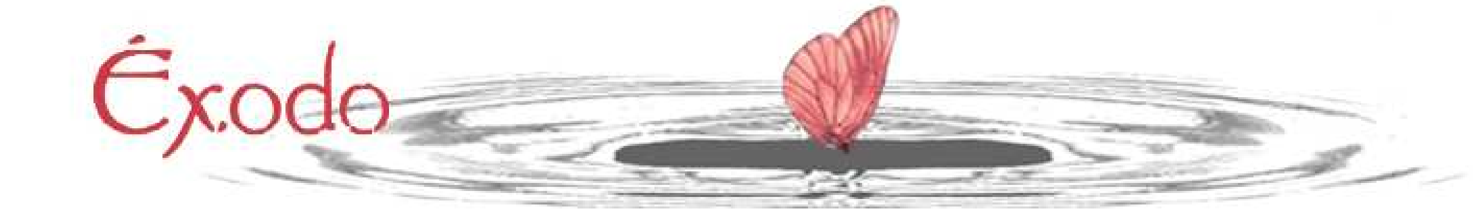
Anissa B. Damom

# Éxodo

AMBAR



# CAPÍTULO 1

**La muerte es solo el principio**

Desperté y descubrí que había muerto.

Me avergüenza un poco admitir que al principio ni siquiera lo noté. Supongo que cuando a una le ocurre algo así, no se despierta y ya sabe que ha pasado a otra vida. A mí, por lo menos, me llevó un poco más de tiempo, a decir verdad, bastante más. Es ahora cuando me doy cuenta de que los vivos están rodeados de sonidos, múltiples y variados sonidos, de su propio cuerpo, pero están tan acostumbrados a ellos que aprenden a ignorarlos. Tal vez por eso no advertí que mi corazón ya no latía y que no necesitaba respirar.

Sé que lo típico sería decir que había despertado en un lugar bañado por una potente luz blanca, ¿no? Eso es lo que suele aparecer en las películas, pero tampoco fue así. No hubo ni túneles largos con luces al final, ni todas esas cosas de las que se oye hablar. No había habido ni cielo ni paz para mí. No quiero decir que no exista el cielo, seguramente sí haya uno, pero desde luego yo no había acabado en él.

Desperté en la cama de una habitación que no había visto nunca y no había nada a mi alrededor que pudiera reconocer, ni siquiera a mí misma.
Esa extraña sensación que se siente cuando comprendes que has muerto no es comparable a ninguna otra en la vida. No se puede explicar con palabras. Pero no recordar nada relacionado con tu pasado… es casi peor.

Aunque, empecemos mejor por el principio.



# PRIMERA PARTE



# CAPÍTULO 2

**Fuera de lugar**

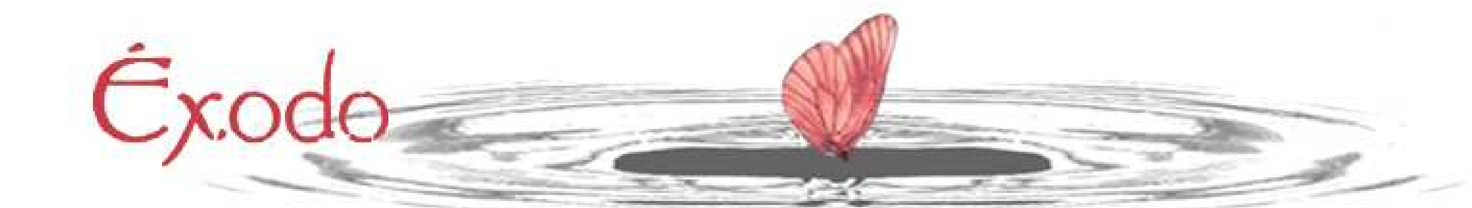
En aquel entonces, lo único que sabía sobre mí era lo que los De Cote me habían contado y lo que yo misma había podido deducir de la escasa, por no decir nula, información que me proporcionaban. Por desgracia, había sido la única que había sobrevivido a un terrible accidente de "tráfico" y, como consecuencia, no recordaba nada, ni siquiera haber estado en el hospital. Desperté en la cama de una de las habitaciones de mi nueva casa, en mitad de una ciudad extraña para mí. De un día para otro me había quedado sin pasado y sin familia que pudiera recomponerlo.

Al parecer, los De Cote representaban todo lo que me quedaba en este mundo. Pero por lo visto ellos desconocían mi existencia antes de lo ocurrido, así que lo que sabían de mí se reducía a poco más que mi nombre y el lugar de dónde provenía, aunque nunca llegaron a decírmelo. El feliz hogar lo componían Flavio, William (Liam), Lisange y dos gatos, Caín y Goliat. No se los podía considerar una familia tradicional porque no existía ni la figura del padre ni de la madre, todos parecían más bien hermanos. Solo Flavio, por ser el mayor, ejercía en ocasiones del miembro más responsable de cara al exterior, y todo eso era desconcertante. Eran raros, no tiene ningún sentido negarlo.

En cuanto al lugar donde había despertado… tampoco hay mucho que contar. Yo lo llamaba La Ciudad. Imagino que, como todo, también tenía un nombre, pero la verdad es que eso no importaba, porque no cambiaría la manera en que yo la veía.

Se la podía considerar una ciudad por el número de habitantes, pero las extensiones parecían más las de un pueblo que ha crecido demasiado. Se situaba cerca de la costa y estaba rodeada casi en su totalidad por un robledal. Se diferenciaba en dos zonas claras, el centro, donde vivía la mayoría de la gente, y los alrededores, en los que se encontraban las residencias más grandes, con enormes terrenos que lindaban con los bosques. Todos los edificios eran bajos, ninguno superaba los tres pisos de altura, excepto los tres más importantes: la biblioteca, el hospital y una vieja universidad.

Situar a los De Cote en una de las casitas del centro sería prácticamente imposible. Ellos vivían en una de las señoriales de las afueras, en una de las más solitarias; de hecho, había una distancia considerable desde la "mansión" hasta la residencia más cercana. Estos caserones no contaban con la buena fama, y era normal, eran edificios grandes y antiguos que llevaban plantados en el mismo lugar desde antes de que esta pequeña ciudad decidiera enterrar sus cimientos sobre su mismo suelo. La mayoría ya estaban abandonadas, así que siempre las acompañaba un aura de misterio que alejaba de allí incluso a los ciudadanos más incautos, ellos nunca sabrían la suerte que tenían de mantenerse alejados de esa zona.



# CAPÍTULO 3

**¿Una vida normal?**

Y ahí estaba yo, de nuevo en el mundo. Parpadeé intentando borrar de mi mente toda aquella maraña de emociones y sentimientos que me invadían de pies a cabeza.

Todo estaba siendo muy surrealista y hasta el más mínimo detalle era nuevo para mí. Sabía hacer lo mismo que cualquier persona corriente, la diferencia es que no tenía recuerdos relacionados con mi vida; era como un robot recién formateado y programado. Al principio parecía sumergida en una bruma, sin enterarme de qué era lo que estaba ocurriendo, pero poco a poco esa bruma empezó a disiparse para dejar paso a la impotencia de una mente sin pasado.

Sacudí la cabeza, no quería volver a pensar en ello. Ahora estaba en la calle, o más bien en el carísimo coche beis de Lisange. Acabábamos de aparcar en frente de un gran edificio antiguo, la biblioteca. Lisange se estaba preparando para hacer un examen de acceso a la universidad, así que acudía allí cada mañana para estudiar por su cuenta.

Ella fue el primer miembro de los De Cote que conocí. Había ido a visitarme a mi habitación cuando desperté, aunque en esa ocasión no pronuncié ni una palabra. También me presentó al resto de la familia y me habló por primera vez del accidente.

Cuando dije que no quería quedarme todo el día en casa, Lisange insistió en que la acompañara a la biblioteca. A mí, sinceramente, no me producía especial emoción, pero accedí porque suponía que ese podría ser el primer paso para readaptarme al mundo, por eso y porque decirle que no a Lisange podía convertirse en "uno de los mayores errores de tu existencia" (palabras textuales de Flavio). De todas formas, por algún lugar había que empezar y, ya que no podía recordar ninguno, lo mejor era hacerlo por un sitio donde se pudiese respirar paz y tranquilidad, y donde la gente estuviese más concentrada en os libros que en cualquier otra cosa. O eso creía.

En cuanto entramos, todas las cabezas se volvieron en nuestra dirección. Me tambaleé e intenté retroceder, pero Lisange me tomó de la manoinfundiéndome ánimos.

- Tendrás que hacerlo tarde o temprano –me susurró al oído.

No les culpaba, yo también me habría quedado mirando si de repente apareciera alguien como ella; rostros así no se ven todos los días. Tenía el aspecto de una muñeca de porcelana, con la tez blanca e inmaculada, los ojos grandes y negros, y el cabello de un rojo intenso que brillaba de forma casi sobrenatural. Pero si había algo que la caracterizaba, incluso por encima de su belleza, era precisamente su sonrisa y su mirada de eterna ensoñación. Nada más verla, podía decirse que era una de esas pocas personas que parecen felices.

También se fijaban en mí, pero imaginaba el porqué. No había tenido ocasión de

mirarme en un espejo porque no había encontrado ninguno por casa, pero yo, al lado de ella, debía de tener el aspecto de un monstruo. La verdad es que había conseguido verme a duras penas en el reflejo del coche, y lo que había descubierto tampoco era algo sorprendente. Dentro de lo que cabe, mis facciones eran más o menos normales, pero a juzgar por el color de piel que veía en mis manos, el rubio apagado de mi pelo y en contraste con Lisange se me veía probablemente demacrada… Suspiré.

- ¿Cómo te encuentras?

Buena pregunta. Simple, si te conoces a ti misma o algo a tu alrededor, pero complicada si de repente te despiertas sin tener ni idea de quién eres.

- He abandonado la cama con todo lo que eso implica –susurré-. Voy a enfrentarme de nuevo al mundo, así que no sé qué decirte.

- Lena, ¿prefieres que volvamos a casa? –me preguntó en tono preocupado.

Ver que en su rostro comenzaba a dibujarse un atisbo de desilusión hizo que me sintiera terriblemente culpable.

- No, no –mentí-. Vamos.

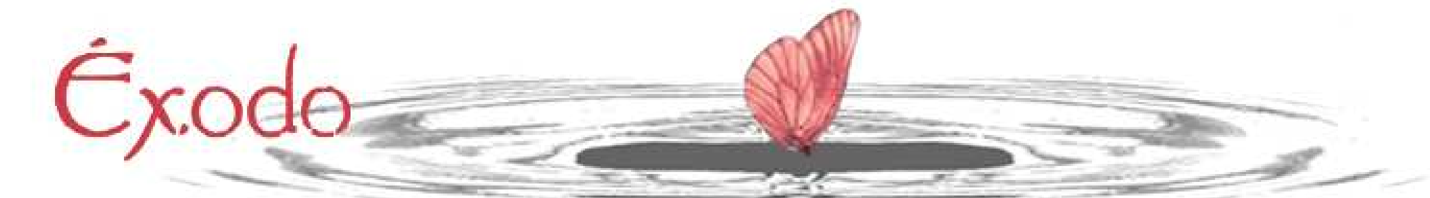
Volvió a aparecer aquella sonrisa que tan especial la hacía. Aún no comprendo cómo ese pequeño gesto pudo hacer que, contra el deseo de mi mente, mi cuerpo se relajara, cuando en mi cabeza lo único que deseaba era volver a la seguridad de la habitación.

Me condujo hacia una de las mesas más alejadas. Desde allí al menos esquivábamos gran parte de las miradas. Ella sacó una lista del bolso, dejó sus cosas sobre una silla y se dirigió a uno de los pasillos más cercanos mientras yo la acompañaba paseando entre montones de libros. El suelo crujía bajo nuestros pies y retumbaba por las paredes rompiendo el silencio. Las estanterías eran de madera oscura, como todos los muebles del lugar, y eran tan altas que había que utilizar escalerilla para acceder a los estantes superiores, aunque en esa zona solo se encontraban los ejemplares más antiguos y amarillentos. Todo en aquel lugar desprendía olor a polvo. Parecía un laberinto, en cualquier recoveco encontraba una nueva estantería o un camino que conducía a otros niveles. La cantidad de libros era tal que algunos incluso se apilaban en el suelo en peligrosas e inestables torres.

Seguí a Lisange buscando algo que llamara mi atención, pero sin mucho éxito. No sabía qué hacer para comenzar a recordar. Cogí al azar un ensayo sobre el imperio maya, e hice un gran esfuerzo por concentrarme en el resumen de la contraportada.

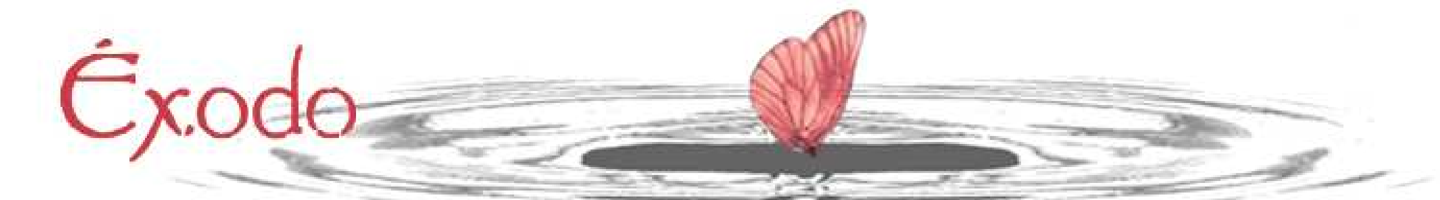
Era inútil. Creer que ese era un buen lugar para empezar suena aún más estúpido cuando lo piensas tiempo después. Pero yo estaba completamente perdida en aquel nuevo mundo. Imaginaba que, si intentaba llevar una vida más o menos normal, los recuerdos regresarían a mí de forma paulatina, con cada acción. Suponía que, por ejemplo, si cogía un libro o escuchaba una canción que ya había leído o escuchado antes, me acordaría del momento exacto en el que lo había hecho, pero tampoco fue así. Pasé por delante de estanterías y vi títulos que sin duda alguna conocía. Me emocioné porque era capaz de recordar las historias, los personajes e incluso el nombre de algunos de los autores (y eso ya era un gran logro), pero no era capaz de visualizar en qué momento de mi vida lo había hecho, y no entendía por qué.

Le di la vuelta al ensayo; no, era muy probable que el Imperio maya no me ayudara a construir mi pasado. Fui a dejarlo de nuevo en su sitio cuando algo pasó por mi lado, como una brisa helada. Giré la cabeza para ver de qué se trataba y me quedé congelada en el lugar. El vello de mi nuca de erizó y un extraño escalofrío me recorrió toda la espalda. Contuve el aire, incapaz de respirar, y de pronto sentí una dolorosa punzada en el pecho. Me llevé la mano hacía ahí, repentinamente mareada. Mi corazón latió con tal fuerza que me hizo retroceder, un único latido que bombeó un intenso dolor por todo mi



cuerpo. Un espasmo brutal al cruzar mis ojos con los suyos. Era un chico, pero no uno cualquiera, más bien como una sombra, oscura, siniestra y fascinante. Me miró durante una décima de segundo y ladeó de nuevo la cabeza hacia el frente, caminando en dirección a las mesas más alejadas. Las piernas me temblaron y se doblaron, habría caído al suelo si el brazo de Lisange no lo hubiera impedido.
- ¡Lena! ¿Qué te ocurre? –Estaba perdida y confusa. El dolor en el pecho me impedía respirar, como si algo me hubiera atravesado, y sentía una agonizante sensación de vacío-. ¿Lena?
Volví bruscamente a la realidad. Me enderecé a pesar de que mis rodillas aún temblaban. Lisange me miraba con el rostro marcado por la ansiedad y la preocupación.
- Estoy bien –balbuceé-. He pisado mal.
- ¿Estás segura? –No parecía nada convencida.
Levanté de nuevo la vista en su dirección y vi cómo se alejaba con andar tranquilo. Había algo en ese chico que me impedía fijarme en cualquier otra cosa que no fuese él. Era alta y delgado, con el pelo tan negro como el carbón, igual que sus ojos; su piel, en cambio, era pálida, como si se hubiera pasado los últimos diez años encerrado sin ver la luz del sol.
Siguió andando hasta el lado opuesto de la biblioteca, un lugar más oscuro y apartado que el nuestro. En él, había dos personas sentadas observándolo con la misma atención que yo. Una de ellas, la chica, dejaba entrever una sonrisa burlona desde la penumbra, mientras esperaba a que él llegara a su lado. Algo en esas sombras consiguió ponerme los nervios de punta.
Pasé la siguiente hora escondida tras un grueso tomo sin llegar a leer ni una palabra, intentando observarle sin ser descubierta. Pero, por un momento, tuve que regresar, avergonzada, la vista al libro creyendo que me había mirado. No, era más razonable pensar que contemplaba a Lisange. Dudé, alcé la cabeza y me encontré con sus ojos. Estaba equivocada. Era en mí en quien se fijaba, y lo hacía de una forma muy extraña. Intenté desviar mi atención hacia otro lado, pero me fue imposible. No podía dejar de observarlo, era inevitable; había una fuerza, una atracción que me obligaba a admirar su belleza, una belleza cruel e irresistible. Me olvidé incluso de disimular. Nada tenía importancia, excepto sus ojos negros, grandes y…peligrosos.
- ¿Qué ocurre?
Salí de mi estupor, Lisange me observaba con recelo.
- ¿Eh? –alcancé a decir.
- Hace más de media hora que no has pasado una página. –Advirtió y siguió la dirección de mis ojos, pero él ya había desaparecido. Volvió a mirarme-. ¿Estás bien?
- Sí, sí –parpadeé un par de veces-, solo me he distraído.
Frunció el ceño y yo intenté adoptar mi expresión más inocente. Estaba segura de que no la había convencido, pero al menos regresó de nuevo a sus lecturas.
Me aclaré la garganta e intenté prestar algo de atención al libro que tenía frente a mí. Me detuve un instante, lo había tenido toda la hora al revés. Miré de reojo a Lisange, segura de que ella se había dado cuenta. Le di la vuelta, con disimulo, para que las palabras volvieran a cobrar sentido, y me dispusiera a leer…

Cinco horas y treinta y siete minutos más tarde, Lisange aparcó de nuevo frente a la casa. Definitivamente, era demasiado tiempo para mí. Había aguantado sin problemas la



primera porque fue el tiempo que ese desconocido permaneció allí, pero las cuatro y media restantes se me hicieron eternas. Era incapaz de leer porque sus ojos regresaban a mi mente, ocupándolo todo. Además, un fuerte dolor se había apoderado de mi cuerpo y me debilitaba cada vez más.

Lisange me dejó en la puerta y volvió a marcharse. Me dijo el motivo, pero no le presté suficiente atención. Miré el edificio que tenía frente a mí, parecía un museo más que una residencia; era todo lo contrario a acogedor, una casa antigua, de piedra, cubierta en buena parte por hiedra seca, la típica que no te acercarías sola o de noche. Y ahora se suponía que aquel era mi hogar.

Me resigné, traspasé la verja de hierro forjado y subí la pequeña escalinata gris que ascendía hasta una enorme puerta de madera maciza. Para abrirla tenía que apoyar todo mi peso contra ella porque no había otra forma de mover semejante mole. Tuve que emplear tanta fuerza que, cuando me di cuenta, había aterrizado sobre la alfombra del recibidor, justo en el momento en que el escandaloso reloj del salón dio la media hora. No me moví, me quedé ahí en el suelo, contemplando el frío techo.

Un rostro se interpuso en la trayectoria de mi mirada.

- ¿Estáis bien? –dijo tendiéndome una mano.

Su voz era apacible, reconfortante, hermosa… Acepté su ayuda sin mucho énfasis, y él me levantó en menos de un segundo.

- Dos de tres –refunfuñé para mí misma. De tres veces que había abierto esa puerta, dos había acabado sobre la alfombra.

Él me dedicó una sonrisa divertida, había sido testigo de todas y cada una de mis entradas triunfales. Me tambaleé ligeramente, tuve que apoyarme contra el marco de la entrada del comedor por miedo a volver a perder el equilibrio. Siempre que él me sonreía causaba ese vergonzoso efecto en mí.

Se trataba de Liam. Él era mayor que Lisange, de escasos veinte años. Su cabello era rubio oscuro, casi igual que el mío, largo y recogido en una pequeña coleta a la altura de la nuca; su tez era blanca como la nieve y sus ojos tan negros como los de Lisange. Me recordaba a los príncipes de los cuentos de hadas; sin duda, debían de haberse inspirado en alguien como él.

- ¿Cómo ha sido vuestro primer día en la ciudad? –preguntó con su maravillosa voz.

Liam tiene la costumbre de utilizar la segunda persona del plural también en el singular, como se hacía en otros tiempos, aunque eso no era lo único antiguo en él. Su elegancia era un talento natural, capaz de combinar a la perfección americanas, corbatas y chalecos de forma que parecía juvenil y clásico al mismo tiempo. Su manera de actuar también recordaba a épocas pasadas, igual que un caballero de los de capa y espada, de esos que no dudarían en matar a un dragón y escalar a lo más alto de una torre para rescatar a su amada. Su modo de tratarme hacía que me sintiera especial, pero estaba segura de que eso le ocurriría a todo el que se cruzara en su camino. Desconozco la razón por la que no me enamoré de él la primera vez que lo vi.

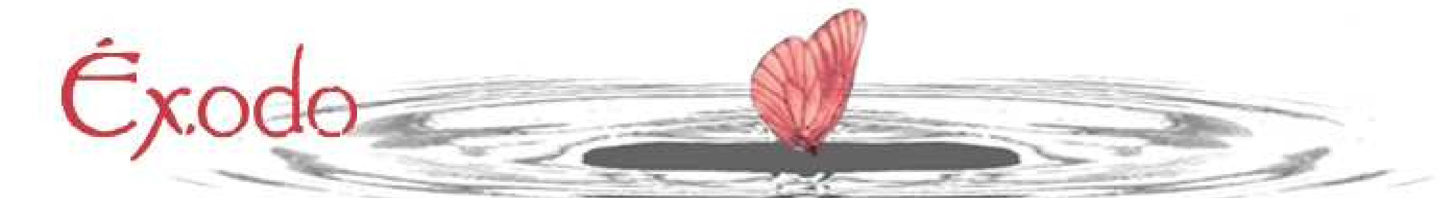
- Lento…, creo.

-No parecéis muy estable –señaló mirando la forma en que me apoyaba en la puerta-. Tomadme del brazo.

- No hace falta –contesté avergonzada.

- Insisto.

Cogió mi mano y la enroscó en torno a él. Liam era el más alto de los De Cote, debía medir aproximadamente una cabeza más que yo, que me mantengo a duras penas en la media de una chica de 17 años. Su ropa y la dureza de su cuerpo dejaban entrever unos músculos fuertes aunque no muy voluptuosos.



Me condujo hacia la salita de estar, el lugar de reunión de la familia. Era amplia a pesar de estar dividida en dos niveles, la zona de comedor y la del sofá. Las paredes combinaban la madera y la piedra a partes iguales y de ellas colgaban varias pinturas de aspecto antiguo, entre las que destacaba un enorme retrato de familia realizado al óleo. Eso era extraño, ya nadie tenía cuadros así, o eso creía. Toda la tapicería, desde las pesadas cortinas hasta el escabel que descansaba junto a un sillón, era de un tono esmeralda algo envejecido que le daba un aire muy acogedor. Al final de la sala, una puerta trasera conducía a un pequeño porche con una mecedora frente a los grandes terrenos que se expandían hasta fundirse con el bosque. La casa no era, ni mucho menos, el lugar inhóspito y lúgubre que parecía desde fuera.

Sentí moverse algo en la salita. Allí estaba Flavio, recostado con elegancia en un sillón orejero mientras leía un periódico apaciblemente. También él era joven, pero bastante mayor que yo; parecía un padre, no hay palabra que lo defina mejor. Su rostro era amplio, unos pequeños mechones anaranjados caían sobre sus ojos negros que contrarrestaban con su pálida piel. Lo que más le caracterizaba eran los grandes hoyuelos que aparecían en sus mejillas cada vez que sonreía; por alguna inexplicable razón, ese rasgo tenía un efecto relajante en mí. Sin embargo, él no era como Liam, poseía un gran atractivo pero no de esa belleza arrebatadora del resto de los De Cote. Flavio era abogado y ahora también mi tutor; era extraño depender de una persona que ni siquiera llegaba a la treintena. Él se había encargado de poner toda mi documentación en regla; el grueso sobre que me había entregado con todos los certificados, el pasaporte, los carnés y las tarjetas de crédito que ahora permanecía cuidadosamente guardado en la mesa de mi habitación.

- Buenas tardes, Lena –dijo saludándome con la mano. De pronto, dos bolas de pelo blanco pasaron como borrones delante de nosotros: eran Caín y Goliat, los dos gatos gemelos de la familia. Ambos eran pequeños, albinos y con la misma mirada oscura de sus amos. No eran gemelos, pero yo era incapaz de distinguir a uno del otro.- ¿Dónde está Lisange? –me preguntó Flavio doblando el periódico sobre sus rodillas y alzando la vista a tiempo para ver cómo me encogía de hombros-. Habrá ido a comprar algo –dedujo mientras lo dejaba en el revistero que descansaba al lado de su sillón.

Dejé mi mochila sobre la mesa.

- Espero que no sea otra tonelada de ropa par mí –dije.

Sí, Lisange había llenado casi por completo mi armario. Fue una de las primeras cosas que me enseñó cuando desperté, y resultó muy impactante. Por suerte, se ajustaba mucho a lo que podía considerar mi estilo, aunque no recordase cuál era el mío.

Liam me condujo hacia el sofá, besándome la mano antes de dejarme sentar. Lo miré helada. No era la primera vez, pero eso no hacía que me acostumbrara a ello. El día que lo conocí, se presentó de esa manera y yo, abrumada por su apariencia de príncipe, debatí mi mente a cuál de los protagonistas de películas infantiles se parecía más; creo que ganó el Príncipe Azul de *La Bella Durmiente*, así que, bueno, era “bastante” guapo. Como es natural, me quedé embobada, algo que a él le resultó gracioso, exactamente igual que ahora. Su sonrisa era amplia y perfecta. Flavio puso los ojos en blanco.

- Deja de jugar, Liam –le alentó-. Dale un respiro a la pobre chica.

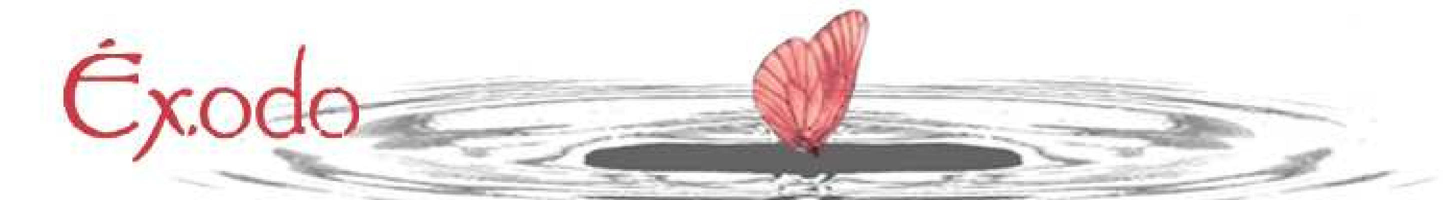
- He sido incapaz de evitarlo –contestó riendo entre dientes y sentándose frente mí.

Miréa Flavio desconcertada.

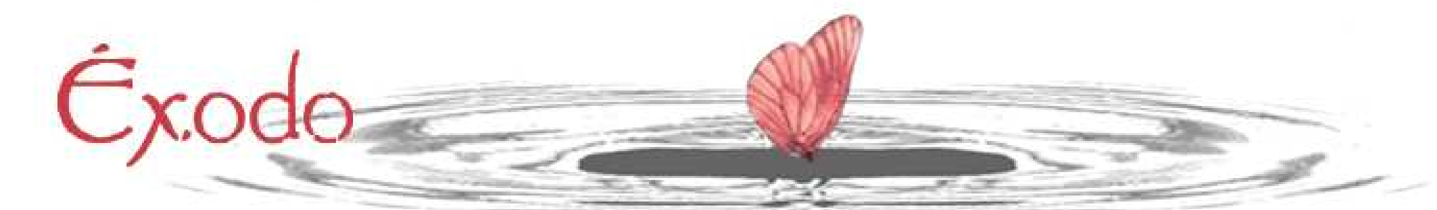
- Liam se ha quedado anclado unos cuantos siglos atrás.

En ese momento no entendí el significado de sus palabras.

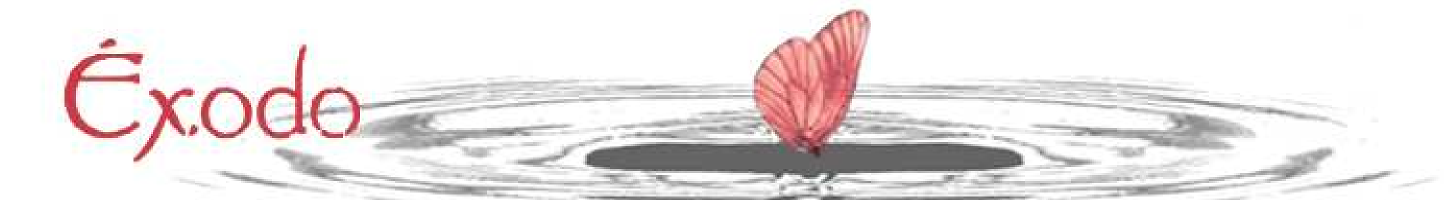
- Continúo haciendo esfuerzos para solventar ese problema –dijo él pronunciando aún más su cautivadora sonrisa-. En realidad esto hace ya tiempo que conseguí superarlo,



pero me pareció divertido.
Tenía un sentido de la diversión un poco distorsionado, pero ¿quién era yo para juzgarlo?
- Lisange quiere que os encontréis completamente a gusto entre nosotros –siguió Liam en respuesta al comentario que había hecho antes de que se belleza me arrastrara a terrenos inexplorados de mi mente-. Tiene plena confianza en que os convirtáis en su hermana y confidente.
Eso contribuyó a que me sintiera peor.
- ¿Yo? Pero si no sabe cómo soy, ni siquiera yo lo sé.
- Ella sólo espera que estés siempre ahí. Lleva mucho tiempo viviendo sola con nosotros –le apoyó Flavio.
- ¿Cuánto? –quise saber.
- Demasiado –prosiguió Liam-. Me persuade a menudo la idea de que se refugia en los libros incitada por nuestra tediosa compañía.
Sonreí y Flavio rió.
- La comprendo perfectamente –dijo él mirando su reloj de bolsillo y poniéndose en pie-. Su forma de…*vivir* es diferente a la nuestra. Ahora, si me disculpáis, voy a ir a refrescarme un poco; este calor es inaguantable.
Me volví hacia la ventana. No estaba nublado, pero tampoco brillaba el sol como para provocar un bochorno insoportable. Cuando volví la vista hacia Flavio, él ya se había marchado. Liam miraba hacia algún otro punto por encima de mi cabeza con los ojos cristalinos. Parpadeó dos veces y dijo:
- Tenéis un pequeño aperitivo preparado en la cocina.
Negué con la cabeza.
- Ni hablar, no pienso comer nada, lo vomito todo –contesté fijándome en él con renovado interés-. Tampoco os he visto hacerlo a vosotros.
- Tenemos horarios diferentes –alegó.
- Oh… -Tomé aire, concentrada en retorcer el puño de mi chaqueta.
- ¿Puedo hacer algo para ayudaros? –preguntó observando mi labor.
- Estoy preocupada –empecé a decir mientras él se inclinaba hacia delante, apoyando os codos sobre sus rodillas para prestarme mayor atención-. No he conseguido mantener en el estómago nada de nada y en cambio no tengo hambre, ni sed… No lo entiendo, porque tanpoco siento que lo necesite –añadí bajando la mirada-, nada material, al menos.
- Podéis hablar en confianza, Lena; os ayudaré en todo cuanto me sea posible.
- No, supongo que recordar quién soy es algo que tendré que hacer yo sola.
- Por desgracia, sí. Pero debéis saber que la obsesión bloquea en ocasiones la mente. Intentad sosegaros, estos asuntos requieren su tiempo.
- ¿Y si no lo consigo nunca?
- Hasta el día más largo llega a su fin. Paciencia, querida Lena, paciencia.
- Me ayudaría más si dejarais de decirme siempre lo mismo, no sabéis lo frustrante que es –dije poniendo los ojos en blanco.
Enarcó una ceja, sacó un pequeño maletín de madera de debajo de la mesa y lo abrió con cuidado. Mantenía la mirada fija en mí mientras colocaba un tablero cuadrado frente a él.
- ¿Creéis que seréis capaz de recordar cómo se juega?
- ¿Al ajedrez? –Sonreí.
- Parecéis sorprendida.
Del interior extrajo una delicada cajita tallada en forma de cofre. Lo abrió y colocó cada



una de las elaboradas piezas en u lugar con movimiento ágiles y veloces.
- Con esa rapidez podrías hacer trampas y yo no me daría cuenta.
Rió en voz alta.
- No acostumbro a engañar a una dama. –Me sonrió divertido-. ¿Os atrevéis a retarme?
Medité.
- No tengo nada mejor que hacer.
Me acerqué un poco más a la mesa mientras él terminaba de colocar sus piezas con una precisión milimétrica. Miré mis pequeñas figuras blancas. Decir que eran elaboradas es menospreciarlas, eran auténticas obras de artesanía. Elegí un peón del extremo derecho para romper el hielo y observé su entrecejo fruncido por la concentración.
- ¿Tú también trabajas? –pregunté mientras él decidía su primer movimiento.
Negó con la cabeza.
- No, asisto a clases en la universidad. –Movió el contrario del mío.
- ¿Qué estudias? –Avancé otro sin pensar.
- Filosofía.
- Vaya… -Sonreí.
- Resulta interesante conocer qué opinaban del mundo los hombres y las mujeres de siglos pasados.
- A mí me bastaría con saber cómo lo hacía yo.
Se interpuso un pequeño silencio entre ambos.
- Imagino lo que estáis sufriendo.
Bajé la mirada.
- Liam, ¿puedo hacerte una pregunta?
- Podéis preguntar todo cuanto queráis.
En cambio, yo sí que centré mi atención en la cuadrícula negra y blanca que se interponía entre ambos.
- ¿No tenía amigos?
Él arrugo el ceño, pero fue tan sutil que apenas se le marcó la frente.
- Imagino que en el lugar donde vivíais sí –dijo-, pero no aquí.
- Pero ¿cómo supisteis de mí? –quise saber. Era algo que aún no me habían contado.
Se tomó su tiempo antes de contestar; parecía meditarlo.
- Después del accidente –me explicó al fin-, vinieron a hablarnos de la situación en la que os encontrabais. Como os dijimos cuando os despertasteis, no sabíamos nada de vuestra existencia, así que desconocíamos de qué manera podíamos ayudaros a recordar, solo estaba a nuestro alcance daros cobijo en nuestra familia y eso fue suficiente para que os trajeran aquí.
Me mordí el labio pensando.
- Pero ¿no habría sido mejor quedarme allí? -pregunté-. Quiero decir, creo que me resultaría más fácil recordar.
Él adivinó por dónde iban mis palabras.
- No sabemos si os queda familia, por eso estáis con nosotros, y trasladarnos es imposible por el momento.
- Ya, pero… -insistí- tal vez debería regresar, yo sola, a intentar encontrarme a mí misma.
- Dudo que eso sea buena idea, no tan pronto, al menos.
Deje caer la cabeza sobre una mano, abatida; otra vez el tema del tiempo…, ¿cuánto se suponía que debía esperar? No podría aguantar mucho más así. Estaba confusa, desorientada y sola; no importaba cuánto se esforzaran los De Cote en hacerme sentir un miembro de su familia, había un gran vacío dentro de mí, como si me hubieran



arrancado algo de golpe, y ese algo era mi pasado. El hecho de no saber cuándo recuperaría esa parte tan importante de mí misma me hacía sentir impotente. No es fácil empezar completamente de cero, sin saber qué hacías, cuáles eran tus sueños, a quién querías, si tenías familia o amigos. En esos dos días que llevaba con los De Cote se había pasado por mi mente la terrible idea de acabar con todo, el problema era que esa posibilidad me resultaba cada vez más tentadora.

Mi desesperación aumentó cada vez más y más. El perfecto desconocido de la biblioteca se convirtió en mi motivación, lo único que me hacía levantar de la cama para ir a un lugar atestado de gente en el que me miraban como si fuera un bicho raro. Pero él no estaba allí la mañana siguiente. Quizás al fin y al cabo, tan solo fuera una alucinación. No, me negaba a creer eso, lo había sentido…, había sentido aquel fuerte latido brotar de mí.

A cada hora me levantaba de mi asiento y barría todo el lugar con la mirada buscando un rastro de él, pero siempre obtenía el mismo resultado. Poco a poco fui abandonando toda esperanza de volver a verle, así que mi única labor a partir de ese momento consistió en dedicarme a la vida contemplativa. Me sentaba y observaba a la gente, intentando recordar algo, pero siempre sin conseguir ningún resultado.

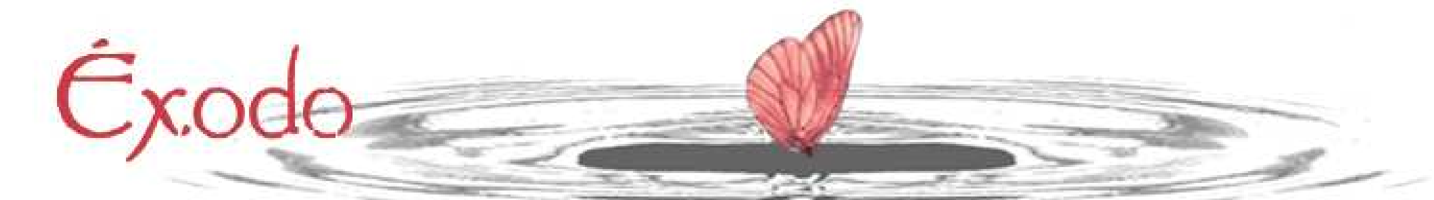
En una de esas mañanas tan poco fructíferas, lo vi. Él ya estaba allí cuando nosotras llegamos, oculto en la misma mesa de la otra vez, la única zona donde no había ventanas, pero en esta ocasión estaba solo. En cuanto posé mis ojos en él, se levantó y caminó en dirección opuesta. Sonreí para mí misma; lo sabía, era real, de carne y hueso. Lo seguí con la mirada, pero desapareció detrás de una esquina.

Lisange estaba concentrada en una pantalla de ordenador buscando las referencias de unos títulos. Volví a mirar en dirección al pasillo por donde había desaparecido y me mordí el labio pensando a toda velocidad. ¿Y si le seguía? Necesitaba verle más de cerca. Tomé una decisión: esperaría a que Lisange comenzara a buscar sus libros y luego me escurriría a su lado.

Lo busqué por los pasillos, entre las numerosas y pobladas estanterías, pero no lo encontré por ninguna parte. Era como si se lo hubieran tragado las paredes, o como si se hubiera sumergido en el interior de una novela. Iba a darme por vencida, pero entonces vi una pequeña escalerilla de madera que ascendía a otro nivel de la biblioteca. No me había fijado en ella hasta ese momento, ni siquiera en las concienzudas misiones de exploración que había llevado a cabo dese prácticamente el primer día. Esa zona parecía desierta. Vacilé, pero había algo en ese chico que me obligaba a querer sentirlo cerca, como si lo necesitara. Subí poco a poco, intentando no hacer ruido. Debía verle, aunque solo fuera una vez más, un pequeño e insignificante segundo…

La parte superior estaba formada por estanterías, pero su contenido eran libros muy gastados, quizá descatalogados o demasiado antiguos como para resultar útiles a la mayoría de los usuarios. La iluminación era escasa en esa zona, procedía de una ventana semicircular que nacía desde el suelo, y una densa atmósfera de polvo rodeaba todo el ambiente.

Mi respiración se detuvo casi al instante. Ahí estaba, al fondo, apoyado contra el vidrio, concentrado en un grueso tomo cuyo nombre no fui capaz de leer. La tenue luz que penetraba por los viejos cristales lo hacía brillar como si de una aparición se tratase. Estaba de perfil y ¡qué maravilloso perfil! Nariz recta, labios generosos, rojizos, extremadamente perfectos. No podía ser humano; ningún hombre o mujer habría podido concebir un ser con semejante belleza, una belleza oscura y… atroz. Lo rodeaba un aura de misterio, como si fuera un espectro, quizás era eso lo que tanto me atraía de él. ¿Por qué no podía dejar de mirarlo?



Observé cada uno de sus movimientos a través de un hueco entre dos libros a unos tres metros de él, procurando no moverme para que nada me delatase. Pero casi derribé la estantería sobre la que estaba apoyada cuando se volvió lentamente hacia mí. Su mirada se clavó en la mía y una pequeña descarga eléctrica sacudió todo mi cuerpo. No dijo nada, se limitó a dejar lo que estaba leyendo en su sitio y a dirigirse de nuevo a la escalerilla.

Escondí la cabeza tras una enciclopedia muy desgastada cuando pasó por delante sin volver a fijarse en mí. Me sentí avergonzada por la manera en que me había descubierto espiándolo. ¿En qué estaba pensando? Dejé el tomo y bajé de nuevo, poniendo especial interés en el lugar donde colocaba cada pie. Al llegar al último peldaño, me di la vuelta y choqué contra algo, o más bien contra alguien, y caí torpemente de espaldas sobre los últimos escalones. Alcé la mirada desde el suelo y lo vi de nuevo, frente a mí. Hizo además de tenderme una mano para ayudarme, pero me levanté y salí corriendo antes de darle tiempo a decir algo.

De regreso hacia la zona *habitada*, encontré a Lisange. Llevaba una pila inmensa de libros en un brazo, pero los cargaba como quien lleva una fina carpetilla, sin tambalearse ni mostrar un leve atisbo de esfuerzo.

- ¿Te ayudo? –le ofrecí mientras desviaba una mirada nerviosa en dirección al pasillo del que había regresado. Ocultar la cabeza detrás de todo aquel montón me parecía una brillante idea.

- No gracias, Lena, ya casi he terminado.

Colocó un nuevo tomo en la cima de su improvisada montaña sobre el regazo.

- ¿Cómo puedes cargar con todo eso? –le pregunté perpleja, olvidándome por primera vez del desconocido.

- Llevo aquí mucho tiempo –me respondió con una magnífica sonrisa-, ya me he acostumbrado.

Pero, entonces, él pasó por nuestro lado y mis rodillas comenzaron a temblar. Temía que dijera algo referente a lo que me había ocurrido un par de minutos antes, pero no lo hizo, ni siquiera ladeó la cabeza en nuestra dirección. Siguió andando y se alejó de nuevo.

- Lisange… ¿quién es ese? –le pregunté en un susurro apenas audible.

Ella olvidó de pronto el libro de gramática griega que tenía en una mano y siguió el recorrido de mis ojos. Su cuerpo se tensó de tal manera que hasta yo pude sentirlo. En ese momento, él dirigió sus ojos hacia ella como si pudiera percibirla y se mantuvieron la mirada a través de toda la sala sin pestañear. Yo los contemplaba a los dos, atónita.

- ¡Lisange! –exclamé zarandeándola-. ¿Qué ocurre?

Ella salió del trance y, en ese momento, con movimientos sutiles y elegantes, él abandonó la sala visiblemente molesto. Ella se relajó de nuevo y, por fin, se volvió hacia mí.

- ¿Vas a explicarme qué ha pasado? –la insté de nuevo-. ¿Quién era? ¿Por qué se ha ido?

Dejó la pila de libros sobre una mesa y me miró confundida por mi repentina impaciencia. Lo pensó mucho antes de juntar su cabeza con la mía y decirme en susurros:

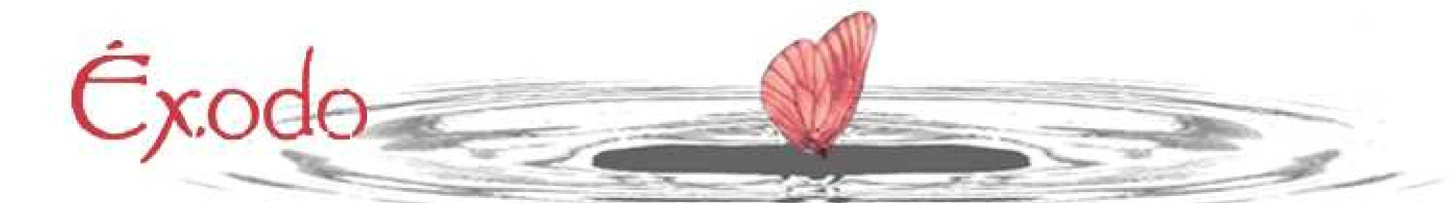
- Se llama Christian Dubois, es gente peligrosa.

- ¿Le conoces? –pregunté.

Ella observó la puerta por la que él había salido.

- He visto lo que es capaz de hacer, es un asesino.

Eso no tenía sentido.

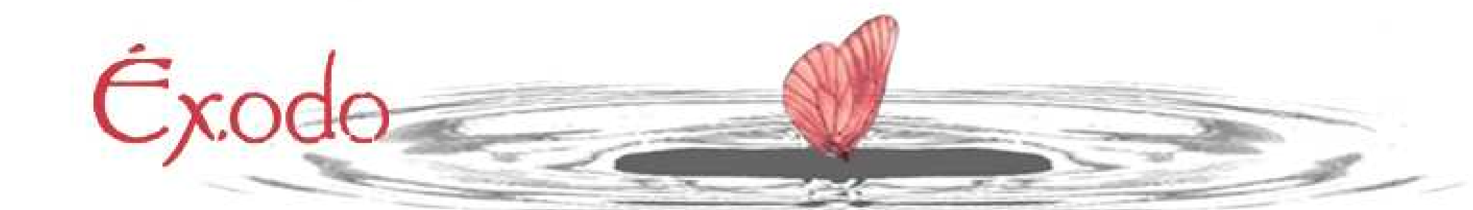


- ¿Y por qué no está en la cárcel?
- ¿La qué? –preguntó, y noté cierta ironía en su voz-. No hay lugar capaz de mantenerle controlado, Lena. De todas maneras, ni un solo policía se atrevería a acercarse a él a menos de cinco metros de distancia. Aléjate de él, dime que lo harás.

No entendía nada, no parecía tan peligroso como para salir corriendo, pero su mirada era suplicante,

- De… acuerdo, supongo.

Ella asintió y volvió a su torre de libros, mucho más relajada. Sin embargo, no pude olvidarle. Sabía de él exactamente lo mismo que de mí, es decir, poco más que el nombre. No podía tocarle, ni hablarle, ni siquiera mirarle porque Lisange estaría pendiente de cada uno de mis movimientos. Lo único que me quedaba era el recuerdo; así que cerraba los ojos y rememoraba aquella vez que nuestros ojos se cruzaron, aquel momento que mi corazón se desbocó al pasar por su lado.



# CAPÍTULO 4

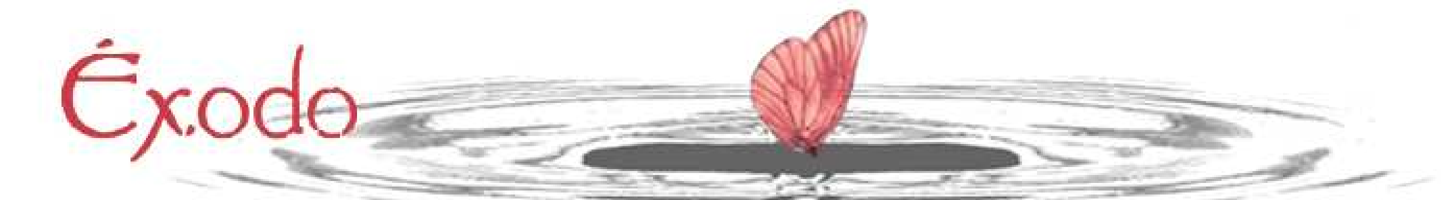
**Alguien debería explicarme hasta qué punto es digno humillarse...**

Está claro que lo que más me apetecía hacer después de despertar sin saber apenas nada de mí no era exactamente prepararme para aprobar unos exámenes; aunque encerrarme en una biblioteca no era tampoco una idea muy alentadora. En ese momento, para mí, recordar toda una vida era una prioridad muy por encima de aprender la Historia en general, pero, por desgracia, para los De Cote era esencial escolarizarse hasta la mayoría de edad...

Aun así, yo me negaba a concentrarme en los estudios, no porque odiara hacerlo ni nada parecido, sino porque dudaba que mi nueva misión fuese aprobar un examen, así que invertía ese tiempo en cosas que consideraba más útiles para mi nueva situación. Como, por ejemplo, la búsqueda de alguna explicación lógica a lo que me ocurría o una prueba de que todo era un mal sueño.

Por suerte para mí, Flavio se mostraba muy comprensivo conmigo. Él era partidario de la enseñanza a cargo de los padres, así que, como ahora era mi tutor, había llegado a un acuerdo con el colegio más cercano para que lo dejaran todo en sus manos y luego examinarme allí. No hubo muchos problemas con eso, primero, porque estoy segura de que detrás de todo había algún tipo de pacto económico y, después, porque Flavio ya había demostrado la eficacia de ese método con Lisange; además, solo quedaban unos pocos meses para el final del curso académico.

En casa, las paredes de la habitación habían dejado de parecerme ese lugar tan acogedor, cobijado de un mundo cruel que no conocía, para convertirse en una prisión en la que solo recordaba mi infelicidad. Era incapaz de sentirme “en casa” con los De Cote, a pesar de todos sus esfuerzos por hacerme ver que era un miembro más de su familia. Yo seguía siendo una intrusa, al menos para mí, y tenía la certeza de que continuaría siendo así hasta que descubriese quién era en realidad. A menudo me embargaba un gran sentimiento de soledad y de vacío, ¿por qué era incapaz de relacionarme con la gente? ¿Acaso no tenía amigos que se interesaran por mi estado tras el accidente? Me negaba a creer que nadie, absolutamente nadie del lugar donde vivía antes, supiera dónde estaba ahora. ¿No podían mandarme una carta o una ridícula postal para que al menos pudiera reconocer algún nombre? Podía acordarme de cosas que imaginaba que había estudiado tiempo atrás, pero nada relacionado con mi vida antes de llegar a esa casa, y eso me estaba consumiendo.



Había decidido no compartir con los De Cote estas emociones porque no creía que fueran capaces de entender cómo me sentía. Lisange era la que más se estaba esforzando para que yo me encontrara a gusto con ellos, así que hablarle sobre mi infelicidad era algo que, sin lugar a dudas, no quería hacer.

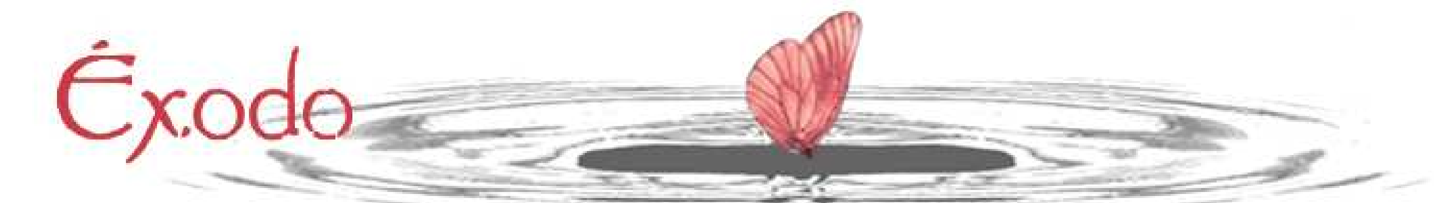
La biblioteca era lo único que me quedaba, así que decidí continuar yendo allí y esperar a ver qué me deparaba de nuevo la vida, al fin y al cabo, ¿podía ocurrirme algo peor? Además,
Flavio había comenzado a mandarme libros para leer y unos cuantos ejercicios y, aunque no quería estudiar, descubrí que eso me ayudaba a pasar las horas.

Pero en ese momento, rodeada de gente y altas estanterías, todo el malestar, la ansiedad y la soledad se acrecentaron. Había pasado toda la noche sin dormir por el dolor y la impotencia, preguntándome hasta qué punto podría aguantar esa situación, y no había sido capaz de derramar ni una sola lágrima. ¡Ni una! Me ardían los ojos de forma abrasadora, pero nada, no lloraba y eso me frustraba muchísimo más. ¿Es que además de haber perdido mis recuerdos, mi familia y mis amigos, también había dejado de ser una persona normal?

Cerré el libro que estaba leyendo, de golpe, acosada por una extraña fuerza. Me sentía atrapada, como si estuviera encerrada en un barco que se hundía conmigo dentro, con el agua aproximándose al cuello sin poder hacer nada por refrenarla. El aire entraba en mis pulmones pero no me aliviaba, yo continuaba ahogándome en esa claustrofóbica sensación. No tuve tiempo de pensar, me levanté de la silla, tenía que marcharme de allí como fuese. Salí por una puerta trasera que daba al aparcamiento y me alejé cuanto pude del edificio, me doblé por la cintura e intenté respirar. Tomé aire pausadamente, pero no sirvió de nada; cada vez me sentía peor.

Era absurdo que yo pudiera adaptarme a todo aquello, ahora lo veía claro. Estaba encerrada en un cuerpo que no conocía, rodeada de extraños, ¡yo misma era una extraña para mí! Vomitaba lo que comía o bebía, sufría repentinos y horribles latigazos de dolor por todo mi cuerpo y dormir se había vuelto casi imposible. Necesitaba acabar con todo eso ya. Continuaba dándole vueltas a esa idea. Yo no tenía la culpa de lo que me había ocurrido y no me sentía con la fuerza suficiente como para afrontarlo.

Levante la vista lentamente, pensando en regresar a casa, y entonces... “lo” vi, como si fuera la respuesta a mis plegarias. Habían pasado días desde la última vez que nos cruzamos. Pero ahora se aproximaba al lugar donde estaba yo, mirando al frente. Era una idea descabellada, fruto de una mente atormentada, pero no tenía muchas opciones. Si ese chico era lo que Lisange decía, en unos pocos minutos habría puesto fin a todo y podría descansar. Se acercaba. Miré a mi alrededor, era el momento idóneo; la gente se agolpaba en la biblioteca, enfrascada en sus lecturas, y el aparcamiento estaba aislado y protegido de la mirada de los curiosos. Me pegué contra una furgoneta, escondida de su vista, esperando a que llegara. Aguardaría hasta tenerlo cerca para abordarlo. Me concedí un par de segundos para aclarar la mente y preguntarme a mí misma por enésima vez si eso era lo que yo quería; una vez tomada la decisión, no habría vuelta atrás. Sí, desde luego que sí, deseaba con todas mis fuerzas dejar atrás todo lo que sentía. Abandonar esa extraña forma de vida y poder descansar. No tenía ninguna



garantía de que no fuese a ser doloroso, pero en ese momento tampoco podía ser exigente.

Volví a mirarle; sin duda, él no tendría ningún reparo en hacer lo que le iba a pedir. Según Lisange, era lo bastante peligroso como para acceder a ello, de modo que no debía resultarme muy complicado convencerle. Estaba cada vez más impaciente, la espera me estaba torturando. ¿Por qué tardaba tanto? Paseé nerviosa por mi escondite, estrujando y arrugando un folleto de la biblioteca; cuando quise darme cuenta, se parecía más a una larga colilla que a una hoja informativa.
Por fin, lo vi pasar por delante de mí, con andar tranquilo y la espalda erguida. Lo seguí a pocos pasos de distancia. Sus sentidos debieron de advertirle, porque ladeó la cabeza poco a poco y aminoró la marcha. Aún así, yo aumenté un poco la velocidad, su zancada era más grande que la mía y no estaba dispuesta a perderle.

Él, de pronto, paró en seco.

-¿Qué crees que estás haciendo? -dijo con una profunda y aterciopelada voz, igual de maravillosa que su rostro.

Se dio media vuelta despacio, de modo que quedamos cara a cara, a poca distancia el uno del otro. Me estremecí al ver sus ojos, los más oscuros y penetrantes que había visto nunca, más hermosos de lo que recordaba y más peligrosos ahora que los veía tan cerca. Proyectaban una mirada casi violenta, con un extraño fulgor en sus profundidades. Me miró de arriba abajo. Yo me aclare la garganta y hablé.

-Quiero que me mates -balbuceé sin salir de mi estupor.

Enarcó una ceja.

-¿Perdón? -preguntó, y en su impenetrable mirada destelló un deje de sorpresa.
-Sé que puedes hacerlo -afirmé.
-Sé que lo sabes.

Esa respuesta me desconcertó, no esperaba que lo reconociera sin más. De cerca se veía aún más misterioso y aterrador, culpa de esos ojos asesinos, de la forma en que los clavaba en los míos haciendo que mis entrañas se agitaran, o de lo imponente de su físico, una belleza oscura e inhumana que no ocultaba, ya que vestía ropa que realzaba su físico. Sacudí la cabeza, intentando volver a pensar con claridad.

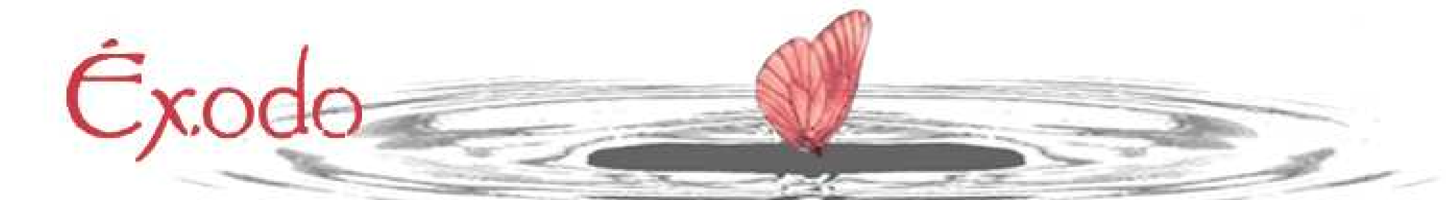
-Entonces, hazlo -tartamudeé acercándome más a él, temblando de los nervios.

Me estudió con la mirada durante una fracción de segundo.

-No -sentenció dándose la vuelta y emprendiendo la marcha de nuevo.

Corrí y me planté frente a él cortándole el paso.

-¿Por qué?
-Tu aparente entusiasmo reduce considerablemente mi interés -contestó y siguió



andando.

Aceleré el ritmo para alcanzarlo.

-Así que es verdad, ¿no? Tú puedes hacerlo.
-Lo dices como si fuera algo complicado -dijo en tono sarcástico.
-¿Qué tendría que hacer para que accedieras?

Siguió andando sin ni siquiera mirarme.

-No lo sé. Corre, grita..., haz algo interesante -soltó de forma burlona y cruel.
-No tiene gracia -reproché.

Se volvió hacia mí de forma brusca pero elegante.

-Tienes razón, no la tiene. Márchate.
-¡Pero tienes que hacerlo! -le espeté.

Fijé la vista en sus ojos, pero él se mantuvo firme, sin mostrar ni un leve titubeo, al contrario que yo, que estaba al borde del desmayo. Un pequeño surco cruzaba su pálida frente.

-Los que me conocen no suelen mirarme a los ojos. ¿Sabes *qué* soy?
-Sí, lo sé, por eso he venido a pedirte ayuda.
-Ayuda para...
-...Morir.

Se echó a reír a carcajada limpia, pero con los ojos igual de inexpresivos.

-Por favor -repetí. Tuve que clavar, un instante, la vista en el suelo, me sentía humillada-, hazlo.

Enmudeció de inmediato y volvió a escrutarme con el semblante muy serio.

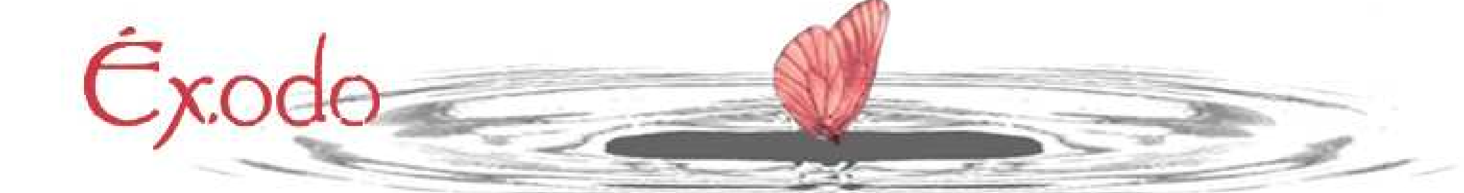
-Si no hubieras añadido eso último, quizás habría pensado en esa posibilidad. Podría haber sido incluso divertido -ironizó y dio un paso hacia mí, acercándose hasta que su rostro quedó a un escaso palmo de distancia del mío-. Pero no soy compasivo, no voy a ayudarte.
-Pero...

Torció su rostro en una mueca despectiva.

-Realmente no sabes lo que soy... -dijo-. Márchate, no me interesas.

Se dio la vuelta y continuó andando.

-No pienso irme. -Le seguí.
-Pues buena suerte.



Llegamos junto a un coche negro y elegante. Brillaba de forma espectacular, como si fuera nuevo o recién encerado. Abrió la puerta y añadió:

-Aborrezco las presas fáciles, Lena. Regresa con los De Cote.

Entró y puso el motor en marcha. Antes de que me hubiera dado cuenta, el reluciente vehículo desapareció de mi vista. Yo me sumí en mis propios pensamientos. ¿Cómo sabía Christian Dubois mi nombre?

-¿Lena? -oí a mi espalda. Me giré y vi a Lisange a pocos metros de distancia de mí-. ¿Qué haces aquí?
-Buscaba el coche -mentí-, pero no lo he encontrado.

Me observó suspicazmente, estaba segura de que no se lo había creído, pero no dijo nada.

-Está en la entrada principal, como siempre. -Hizo una pausa y dirigió una rápida mirada en torno al aparcamiento-. Ten cuidado, Lena, no te quedes en lugares solitarios.

-Lo tendré en cuenta.

Caminé a su lado, sin decir una palabra. No esperaba esa negativa. ¿Qué más le daba a él? Ya estaba acostumbrado a hacer cosas así, ¿no? Me odié a mí misma; suplicar por mi propia muerte había sido patético. Debía sentirme afortunada por haber sobrevivido a ese accidente, pero, en cambio, había buscado desesperada acabar con todo, pidiendo ayuda a un chico que se había mofado de mí en mi propia cara. Me lo tenía merecido por tonta. ¿A quién en su sano juicio se le habría ocurrido algo así?

Por mi propio bien y el de la poca dignidad que me quedaba, decidí no contarle lo sucedido a Lisange; además, confesarle que a pesar de sus esfuerzos prefería morir antes que sus apasionantes actividades no era precisamente una buena idea.

-¿Por qué has salido antes? -me preguntó.
-Necesitaba pensar.

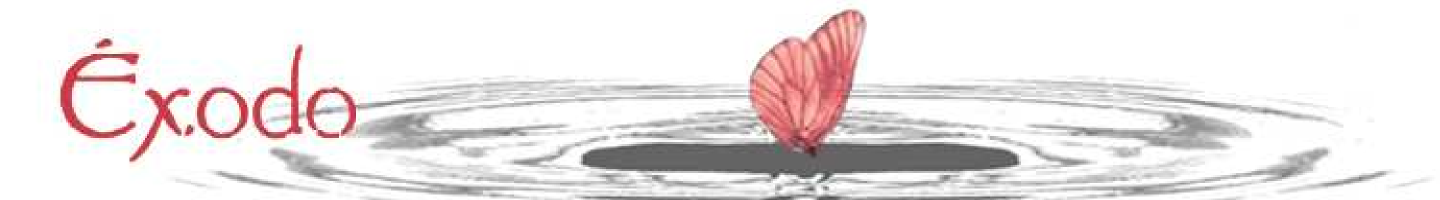
Guardó silencio, mordiéndose el labio inferior y con la frente fruncida. Cuando llegamos al coche, se sentó, pero no arrancó.

-Lo siento -se disculpó de pronto, contorneando el rostro en una expresión de verdadera culpabilidad-, no te estoy sirviendo de mucha ayuda.

Me quedé perpleja, parecía estar sufriendo. Su expresión afligida me conmovió, pero guardé silencio, así que encendió el motor y emprendió el camino de regreso a casa.

-No es culpa tuya -repliqué al cabo de unos pocos minutos-. Creo que no me adapto bien a los cambios.

De repente, dio un brusco volantazo y me precipité hacia la ventanilla. Un increíble vehículo negro se había cruzado a toda velocidad en nuestro camino.



-¿Pero qué...? -Lisange parecía contrariada, sus ojos estaban desorbitados pero mantenía el rostro lo más sereno posible-. Maldito seas, Dubois -exclamó entre dientes. Era la primera vez que la veía abandonar ese aire de eterna ensoñación.

Un pesado nudo se instaló en mi estómago, recordándome cómo habían terminado las cosas pocos minutos antes.

-¿Cómo sabes que es él?
-Para ser franca, Lena, ¿cuántos coches como ese crees que puede haber en esta ciudad?

Yo no entendía nada en absoluto del tema, así que me encogí de hombros. Lisange bajó la temperatura del aire acondicionado hasta los 16 grados. La miré atónita, pero tampoco sentí frío, así que no hice ningún comentario.

-Nadie en este lugar se permite conducir coches así. No hay la necesidad de llamar la atención de semejante forma.

Eché un vistazo a mí alrededor. Está bien, no era una experta, pero no hacía falta ser un genio para saber que en el que estábamos no era precisamente de clase media. Bastaba con observar a través de la ventanilla para ver las miradas curiosas que despertaba. La miré arqueando una ceja con escepticismo. Ella prefirió ignorarme.

-¿Estás segura de que no quieres un coche?

Después de haber sufrido un accidente, haber perdido a toda mi familia y mis recuerdos, ¿me preguntaba ahora si quería conducir?

-Prefiero caminar.
-Creo que Liam tiene una bicicleta que no utiliza desde que llegamos. Está en buen estado, y no tendrá ningún problema en regalártela.

Pensé en la posibilidad, no parecía muy peligroso para el resto de peatones que yo montase en una, ¿no?

-Bueno, creo que eso estaría bien.
-¡Genial! -exclamó con una amplia sonrisa.



# CAPÍTULO 5

**Christian Dubois..., ¿mi salvador?**

La tarde ya estaba muy avanzada, pero necesitaba pensar. El día había sido duro. Mi mente era una madeja enmarañada de pensamientos y emociones. Salí de la casa a hurtadillas, sorprendida de que los oídos de mi nueva familia no captaran mis pasos.

Iba a llover, estaba claro. El ambiente era grisáceo, como yo. Era uno de esos días en los que, nada más salir a la calle, una tiene la impresión de que todo está muy apagado, como si alguien le hubiera bajado la saturación a todo el color. Y, en efecto, no tardó en empezar a chispear. Eso me animó porque me brindaba la excusa perfecta para enfundarme en el chubasquero y esconderme bajo la capucha. Era un alivio saber que, por una vez, la gente no me miraría.

Cargaba con una cazadora en la mano, no sé por qué; es posible que se me olvidara dejarla de nuevo en el perchero cuando me debatía entre cogerla o llevarme el impermeable. Al parecer, mi subconsciente eligió ambas cosas, pero no tenía ganas de volver a casa a dejarla, ya había sido toda una proeza que no me descubrieran como para tentar mi suerte por segunda vez. Los De Cote no querían que saliera cuando ya había anochecido, pero ese era el mejor momento para pensar, cuando apenas había gente por las calles.

Me crucé de brazos apretando la prenda contra el pecho y seguí caminando, sin una gran perspectiva de mi entorno debido a las limitaciones de la capucha. En ese momento, mi mente empezó a trabajar antes de que yo se lo pidiera.

No estaba preparada para afrontar lo que me había ocurrido. Bueno, no creo que nadie lo esté, pero yo no tenía la madurez de aquellas personas que son capaces de enfrentarse a todo lo que les viene sin perder la calma, esas que siempre terminan haciendo lo correcto. No era así. Yo era un amasijo de inseguridades en un lugar donde seguridad era precisamente algo que no sentía, sobre todo si se trataba de confiar en mí misma.

Es como cuando olvidas una palabra o el título de una película y sabes que lo tienes en la punta de la lengua, pero no eres capaz de decirlo y no puedes descansar hasta que la recuerdas. Eso era lo que sentía a todas horas del día, y era horrible. Nunca estaba en paz conmigo misma y no dejaba de ver incoherencias en todas las explicaciones que me

daban. Era frustrante.

Levanté la vista de mis pies, y me sorprendí al ver hasta dónde me habían conducido. Estaba cerca de la biblioteca, justo al lado del acceso al *parking*. Ya había anochecido y no había gente en la calle por el aguacero que caía. De pronto la encontré acogedora, necesitaba la serenidad de sus largos pasillos desiertos. Crucé la calle y me apresuré hacia la entrada.

Tal y como cabía esperar, estaba cerrada. Bordeé el edificio buscando alguna ventana un poco abierta o una cerradura que pudiera forzar, pero no había manera humana de entrar. Le propiné una patada a una de las puertas, pero fue inútil. Me resigné; mi "brillante" plan había fracasado, para variar. Así que deshice mis pasos para salir del aparcamiento.

-Una chica nueva no debería andar sola por aquí –advirtió una voz a mis espaldas.

Me di la vuelta sobresaltada y lo vi, apoyado contra el capó de su coche, tan perfecto bajo la lluvia como en mi recuerdo. Ambos se camuflaban en la penumbra como dos criaturas de la noche. La oscuridad hacía resaltar aún más la palidez de su piel y sus increíbles ojos negros. Estaba más cerca de lo que había imaginado, era increíble que no lo hubiera visto antes.

-Me llamo Christian Dubois -se anunció tendiéndome una mano, que rechacé; aún recordaba lo mal que me había hecho sentir la última vez-. Aunque deduzco que eso ya lo sabes.
-Sí...

Retiró el brazo.

-Creí que debía presentarme después de tu penosa actuación esta mañana.

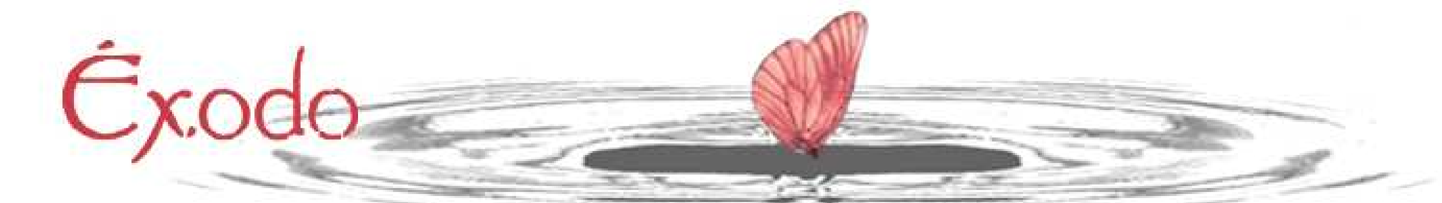
Lo ignoré y miré a mi alrededor. Allí solo quedábamos él, yo y un aparcamiento completamente vacío, a excepción, por supuesto, de su coche.

-Si lo que pretendías era entrar ahí dentro -empezó señalando con la cabeza el edificio de la biblioteca-, conozco formas mucho más efectivas de forzar una puerta que aporrearla.

Me obligué a reprimir mi expresión indignada. Apreté la mandíbula, le di la espalda y busqué a través de la lluvia la dirección de la salida.

-Sube -pidió incorporándose con la intención de abrir la puerta del copiloto.
-No, gracias -contesté, y me miró fijamente. ¿De verdad creía que iba a acceder?
-Como quieras.

Se encogió de hombros, la cerró y rodeó el vehículo para sentarse en el asiento del conductor.
Arrancó mientras yo volvía a andar y me siguió a mi paso, con la ventanilla bajada y el codo asomando por ella.



-Entendería que una persona con sentido común que apreciase aunque solo fuera levemente su vida no subiera, pero tú me has pedido la muerte -me recordó frunciendo el ceño-. ¿O es que te has arrepentido?
-Depende, ¿acaso tú has cambiado de opinión?
-¿Quién sabe?

Sentí la horrible certeza de que estaba jugando conmigo y me detuve ante él cruzándome de brazos.

-¿Vas a hacerlo o no? -Aquello comenzaba a cansarme.
-Eso es lo que tú crees, ¿verdad?
-De no ser así, me dejarías tranquila.
-Si quisiera atacarte ya lo habría hecho en la infinidad de ocasiones que he tenido. Dudo que posea la paciencia necesaria como para andarme con juegos, Lena De Cote.
-¿Cómo sabes mi...? -empecé.

De pronto, la expresión de su rostro había cambiado por completo. Tenía los ojos entornados, apretaba la mandíbula con fuerza y los nudillos de sus largos dedos habían comenzado a volverse más blancos en torno al volante. Seguí la dirección de su mirada, pero allí, en la oscuridad, no vi nada. En cambio, sí que pude sentir un repentino hedor como de alcantarilla...

-¿Te importaría continuar esta conversación dentro? -preguntó con voz seca y sombría.
-¿Qué pasa si no quiero? -le espeté volviendo a mirarlo.
-Espera y tendrás la muerte que deseas.
-Bien -dije cruzándome de nuevo de brazos-, esperaré.
-Confío en que el dolor no sea un inconveniente para ti, entonces -respondió sin un rastro de humor en la voz.

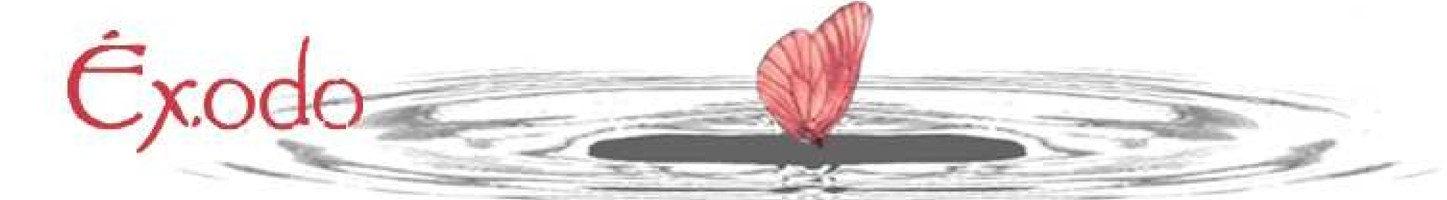
Dudé un instante. Había dado en mi punto débil.

-¿A qué te refieres?
-Lo comprobarás en tres segundos si te quedas ahí.

El repentino rugido del motor despertó mi cuerpo y asustada me reuní apresuradamente con él en el interior de su coche. No había ni cerrado la puerta cuando pisó a fondo el acelerador y dejó tras de sí una estela de humo blanco y un fuerte olor a neumático quemado. Me pegué contra el asiento, con la espalda recta y la respiración a mil por hora.

Christian salió a la carretera a una velocidad de vértigo. La piel le brillaba por el agua y el pelo aún goteaba. Mantenía el entrecejo fruncido y las aletas de la nariz dilatadas. Todo su rostro se contraía en una mueca que me hizo preguntar si no habría sido mejor idea haberme enfrentado a lo que había en el aparcamiento. No me extrañaba que nadie quisiera acercarse a él. Parecía enfadado y yo era incapaz de comprender a qué se debía ese repentino cambio de humor.

Sentí su mirada en cuanto nos camuflamos entre los pocos vehículos de la avenida



principal. Frenó en un semáforo en rojo.

-No sé a qué estás jugando -me soltó de pronto-, pero no puedes andar tú sola por ahí, sobre todo si es de noche. ¿Qué crees que estabas haciendo? ¿Pretendías que te mataran? -exclamó fuera de sí.

Me sentí ofendida, ¿a qué venía esa actitud ahora? Noté cómo la rabia fluía hacia el exterior.

-¿Quién eres tú para hablarme así? -le espeté fuera de mí- ¡No te conozco de nada!

Me ignoró. El semáforo se puso en verde y aceleró provocando que el cuerpo se me pegara de nuevo contra el respaldo del asiento.

-¿Sabe tu clan que andas sola de noche por la calle?
-¿Mi qué? ¿Qué clan?

Paró el coche en seco y se volvió bruscamente hacia mí. Como acto reflejo retrocedí hacia la puerta. Sus ojos echaban chispas. Fue a decir algo, pero se detuvo, respiró hondo y se irguió hacia delante. Continuó conduciendo, en silencio, pero retorciendo el volante entre sus manos. Sacó unas gafas de sol del bolsillo de la camisa y se las puso, a pesar de que era de noche. Luego me miró.

-Relájate -pidió con la voz mucho más calmada--. Te dejaré en casa.
-¿Cómo sabes dónde vivo? -balbuceé.
-Ni que hubiese muchas opciones.

La lluvia se transformó en granizo. Me concentré en el ir y venir del parabrisas; cualquier cosa era mejor que prestarle atención a él. Era una situación muy violenta y estaba nerviosa, no sé si por su cercanía, por su reacción o por todo en general.

Pero no volvió a dirigirme una sola palabra hasta que aparcó a unos metros de la casa de los De Cote. Apagó el motor y se cruzó de brazos mirando al frente con el semblante serio, la vena de la sien le palpitaba. No supe qué decir, aunque en mi interior bullían miles de preguntas.

-La próxima vez -dijo rompiendo el silencio con voz suave; con una fingida tranquilidad que me puso mucho más nerviosa-, si quieres matarte, te ayudaré encantado, pero no saltes a la calle poniendo en peligro a otras personas.
-Te lo pedí -le recordé.

Su mal humor volvió a brotar.

-¡Por favor! -exclamó exasperado mirándome-. No creía que fuera en serio. ¿A quién se le ocurriría...?
-A mí -le corté.

Tomó aire para serenarse.

-Sí, desde luego, eso ya me ha quedado claro.

Me miró durante un instante, analizando algo. Se inclinó hacia la izquierda para coger una pequeña toalla azul y me la pasó para que me secara. Yo no la utilicé, estaba demasiado enfadada como para aceptar algo de él. ¿Cómo podía haberme sentido atraída por un ser tan irritante?

El granizo golpeó con más fuerza. Eso era lo único que se escuchaba en el interior del coche, acompañado por el sonido silbante del parabrisas y el ritmillo del intermitente. Puse una mano en la puerta para salir, pero su voz me retuvo en el interior.

-Si me comprometo a hacerlo -soltó de pronto sin volverse hacia mí-, ¿tendré tu palabra de que no volverás a exponerte de semejante manera hasta llegado el momento?

Me volví hacia él.

-¿Por qué te importa lo que yo haga? -le pregunté en voz baja, sin comprender.

Él endureció el tono de voz.

-La razón que pueda tener me concierne solo a mí.
-A mí también me con...
-No -me cortó de forma brusca- Tú solo asegúrate de hacerlo. De otra forma conseguirás una muerte mucho más dolorosa que la que puedo proporcionarte yo. Elige.

Guardé silencio.

-¿Cómo puedo estar segura de que cumplirás con tu parte?

Él sonrió para sí mismo.

-No tengo ninguna razón para querer mantenerte con vida -rió con amargura-. Créeme, eso no será un problema.

Me mordí el labio. Parecía increíble que esas palabras me sonaran tan alentadoras. Fijé la vista en mis manos, que torcían y retorcían una de las mangas de la cazadora.

-Pero, por supuesto -añadió-, yo pondré las normas de este... “juego”.

Lo miré.

-Dijiste que no tenías paciencia para eso -le recordé.
-Me pondré a prueba -ironizó tajante.

Intenté descifrar alguna intención escondida en sus palabras, pero no encontré nada.

-¿Qué normas? -pedí después de unos segundos.
-No sabrás cómo lo haré ni en qué momento.



Volví a morderme el labio en un esfuerzo sobrehumano por controlarme. No estaba en condiciones de perder esa oportunidad.

-¿Por qué esperar?
-Hay una última condición que quiero que cumplas antes de hacerlo. -Alzó una mano cuando me disponía a preguntar cuál- Estoy seguro de que serás capaz de aguardar a que llegue el momento de contártela. Además, tengo la intención de conocerte; quiero saber qué tipo de vida tengo que sesgar.

Me sentí indignada.

-Eso es mezquino.
-Me importa muy poco lo que opines al respecto. No soy yo el que ha acudido a suplicar su muerte.

Guardé silencio. Quería odiarle con todas mis fuerzas pero no era capaz. Seguramente se debía a la belleza que irradiaba o a la atracción que ejercían esos ojos sobre mí.

-¿Cuál es tu respuesta? -inquirió quitándose las gafas.
-Yo también tengo una condición.

Me miró, atento, escrutándome con sus oscuras pupilas. ¿Por qué todo me daba vueltas cuando fijaba sus ojos en mí de ese modo?

-Sin dolor -balbuceé sin poder mantener el contacto visual.

Torció la boca en una sonrisa.

-No puedo prometerte eso.
-Entonces no hay trato.

Se encogió de hombros.

-Bien.

Volvió la vista al frente y giró la llave de contacto para encender de nuevo el motor. Conectó la radio y comenzó a sonar una música suave. De pronto, abrió el seguro y esperó a que bajara del coche.

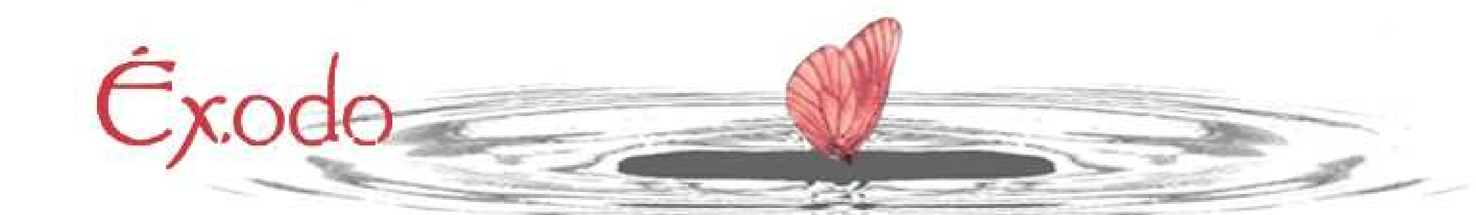
-Piénsalo, Lena -añadió cuando estaba a punto de salir a la calle bajo la lluvia de granizo-. Soy tu mejor opción.

No dije nada más, me limité a encaminarme hacia la entrada de la casa. Sentí sus ojos clavados en mi nuca. Cuando estuve dentro, me apoyé contra la puerta y me dejé caer al suelo, mientras al otro lado escuchaba el motor del coche de Christian Dubois alejarse a gran velocidad. Estaba furiosa con él, pero, sobre todo, conmigo misma. Subí las escaleras corriendo y me encerré en mi habitación.

Fuera seguía lloviendo. Al cabo de un par de horas, al temporal le acompañaron truenos y relámpagos que lo iluminaron todo a mi alrededor. El viento azotaba con fuerza los cristales de la ventana y un incesante ruidito me hizo pensar que debía de tener goteras en alguna parte de la habitación. Aunque me encontraba protegida debajo de las mantas de la cama, sentía que la tormenta había penetrado también en mi mente.

Lo que él me había propuesto era sin duda la solución a todos mis problemas. El dolor era, por supuesto, un obstáculo, porque no es que sea muy valiente. Hasta me sorprendía que me hubiera atrevido a hablar la primera vez. Con él parecía que todo era diferente y eso me desquiciaba. Pero había algo que no terminaba de convencerme, alguna razón que yo ignoraba me hacía dudar de él y debía descubrir de qué se trataba.

Esa noche tampoco dormí. Sin embargo, no culpé a la ausencia de recuerdos, a la ansiedad o a algunas de las cosas a las que estaba acostumbrada a hacerlo en el tiempo que llevaba allí. No.
En esta ocasión fue diferente. Olvidé el absoluto silencio, la gran desesperanza, la amargura que comía lo poco que quedaba dentro de mí. Esa noche solo podía pensar en los ojos penetrantes de Christian Dubois. Me estremecía al rememorarlos, fijos, clavados en mí, y en su expresión al divisar algo en la oscuridad del *parking*.



# CAPÍTULO 6

**La verdad no duele, la verdad mata**

A la mañana siguiente no volví a verle cerca de la biblioteca, ni de ningún sitio donde yo estuviera. No comprendí por qué mi cuerpo parecía de repente tan ansioso por encontrarle de nuevo.

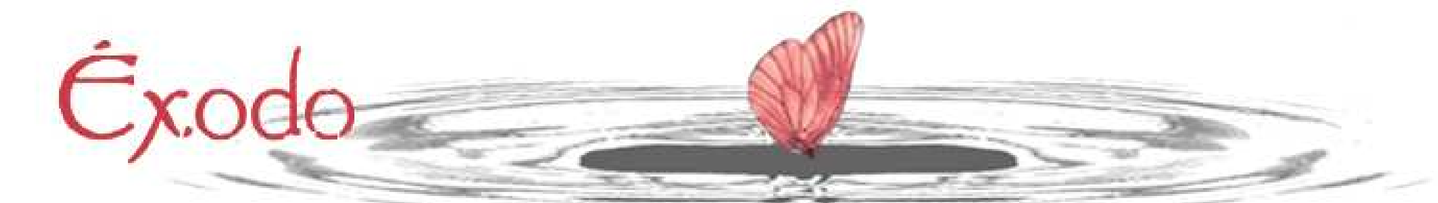
Liam me había puesto a punto su bicicleta, de modo que ir a montar se había convertido en mi distracción del día. Pasaba entre la gente todo lo deprisa que podía para que no se fijaran en mí. Conocí parte de la ciudad, aunque no podía salir tanto tiempo como deseaba; los De Cote eran muy estrictos en ese sentido. Pero, un repentino cansancio comenzó a consumirme y tuve que limitar mis salidas. Mi salud seguía resentida, no podía comer ni beber nada porque continuaba vomitándolo. Además, la agudeza de mis sentidos había disminuido, en cambio, parecía que iba acostumbrándome al dolor de mi cuerpo. Había llegado a un punto en que casi podía ignorarlo.

Esa tarde llegué de otra de mis pequeñas expediciones antes de lo que esperaba. Liam y Lisange no estaban en la casa y Flavio no regresaría hasta la noche. Me encontraba extraña. Sentía la boca pastosa, con sabor como a sangre. Fui a la cocina a beber un poco de agua porque estaba sedienta. Fue reconfortante, me sentí mucho más aliviada. Subí a mi habitación para intentar leer un poco pero, nada más entrar por la puerta, comencé a sentir unas terribles arcadas. Corrí al baño y vomité en el lavabo. Mi cuerpo se retorció hasta que arrojé la última gota.

-Otra vez no… -supliqué entre jadeos.

Abrí el grifo y limpié lo que había manchado. Me lavé los dientes a conciencia, luego pues el tapón al desagüe y llené u poco la pila. Cerré los párpados y me mojé la cara, tenía la sensación de que mi cerebro estallaría en llamas de un momento a otro.

Salí del agua un minuto después, mucho mejor. Dejé que las gotas me resbalaran por la piel para caer de nuevo al lavabo. Respiré lentamente y abrí los ojos. Parpadeé varias veces sin comprender lo que veía. Estaba ante mi reflejo, curvado por las pequeñas ondas que agitaban la superficie. Me quedé inmóvil, sin poder reaccionar durante los primeros segundos. En cuanto fui consciente de lo que estaba viendo, salí corriendo del baño. Miré a mi alrededor en busca de un espejo: por el armario, detrás de las puertas, en algún cajón, pero no encontré ninguno. Me acerqué a la ventana y me miré en el



cristal, pero no era suficiente. Salí de la habitación corriendo hacia la planta inferior. Allí continué con mi búsqueda. Registré hasta en los lugares más insospechados, pero no había nada, ni uno solo en toda la casa. ¿Era eso posible?

Cogí las llaves y salí fuera, pero ni siquiera encontré un coche que pudiera prestarme su retrovisor. Corrí hacia el centro y divisé uno aparcado frente al primer bar. Me dirigí decidida hacia él, pero el dueño se cruzó en mi camino frustrando mi intento. Cambié de rumbo, me di la vuelta y entré veloz en el local. En esos lugares siempre suelen tener alguno en los baños.

Todos los allí reunidos me miraron en cuanto entré corriendo, como una exhalación, en busca de los lavabos. Abrí la puerta de un manotazo. Dentro estaba oscuro. Busqué con ansiedad la pequeña lucecita naranja que indicaba el lugar del interruptor. Encendí la luz, me acerqué al espejo, esta vez con cautela, y miré. Pero lo que vi me hizo temblar. Ahí, frente a frente tenía mi reflejo. Era mío, no había nadie más en ese pequeño y cutre servicio, pero, si no fuera porque sabía que no era posible, habría jurado que esa persona no era yo. Mis ojos eran negros, de un negro tan intenso que hacía difícil diferenciar pupila e iris, mis labios habían perdido su color para adoptar un tono casi violáceo. Pero eso no era lo peor de todo, lo más impactante era mi piel. Directamente, no había color en ella, al menos ninguno que se pudiera considerar normal. Era blanquecina, como el de una tiza envejecida con un ligero tono amoratado. Parecía sin vida, como… muerta.

Como acto instintivo, me llevé una mano al pecho. Guardé silencio intentando captar el movimiento de mi corazón, pero no encontré nada, ni un tenue latido. Volví a insistir. Yo lo había sentido, recordaba perfectamente cómo había saltado al ver a Christian por primera vez. Pero ya no era así, ahora no había movimiento en mi interior. Tomé aire repetidas veces. Respiraba. Eso tenía que significar algo, ¿no? Pero entonces, recordé que no había conseguido comer nada en los dos días que llevaba allí, no tenía ni un poco de hambre; tampoco había sentido ni frío ni claro, ni ninguna otra necesidad, excepto la de llorar. ¿Por qué había tardado tanto en relacionar todas esas cosas? Sacudí la cabeza; todo era un mal sueño. Salí del baño y corrí hacia la calle.

Atravesé lugares que no había visto nunca, abriéndome paso entre la gente sin ninguna delicadeza, sin molestarme en disculparme al golpearles. Corrí hasta que no pude más, que fue mucho tiempo a pesar de mis escasas fuerzas. Llegué a un callejón sin salida, pero mi mente no estaba lo bastante lúcida como para retroceder y buscar otro camino, así que me derrumbé junto ala fachada de una casa de aspecto pobre. Todo eso me superaba, no lo aguantaba ni un solo minuto más. Quise llorar, pero no pude, los ojos me escocían, me ardían y no podía aliviarlos. Me di con la cabeza contra la pared, sintiéndome muy miserable. Me agarre el pelo y tiré de él con fuerza, pero no se desprendió ni un solo cabello. Me abracé las piernas y hundí la cabeza entre las rodillas, ahogando un grito que habría podido desgarrar cualquier tímpano humano. Permanecí ahí, refugiada del mundo, con los ojos cerrados, mientras me juraba a mí misma que esto no estaba ocurriendo.

No sé cuánto tiempo llevaba en aquel lugar, agazapada en la esquina de esa calle abandonada, cuando oí unas pisadas sobre el suelo de arena. No me hizo falta levantar la vista para saber quién era. Su olor llegó a mi mente con toda claridad antes de llegar a ver sus pies. Horas antes me habría aliviado su presencia, pero ahora me irritaba. Tenía

que estar sola, alejarme de todo y de todos.

-Si no vienes a matarme, lárgate – solté escupiendo cada palabra impregnada en un profundo odio. –Él no respondió nada. Me levanté para encararle –. ¡LÁRGATE! –le grité, pero no se movió –. ¡MÁRCHATE DE AQUÍ!

No hizo nada. Le lancé todo lo que me encontré a mí alrededor: piedras, latas…, pero no acerté ni una sola vez y él seguía ahí, implacable. Desesperada, puse el cristal roto de una botella contra su garganta.

-¿Has terminado ya? –me dijo en un tono monótono mientras yo lo amenazaba –. Si de verdad crees que voy a irme de aquí por un puñado de piedras, es que no has prestado atención a nada de lo que se te ha contado –añadió mirando el cristal que apretaba contra su piel –. No vas a hacerme daño con eso.

Aparté la botella de su cuello y la apreté contra el mío.

-¿Y QUÉ HAY DE MÍ? –pregunté –. ¿QUÉ PASA SI ME CORTO? ¿NO PUEDO MORIR? –Su cuerpo se tensó sutilmente a mi lado.

-No de esa forma.

Lancé la botella contra una pared.

-¡ENTONCES HAZLO TÚ! –chillé.

-No –respondió con una seriedad exasperante –. Aún no.

-¿POR QUÉ NO? ¿ES POR ESE ESTÚPIDO TRATO? –Se mantuvo en silencio –. ¡Estoy harta! –solté –. Es insoportable no poder recordad nada, odio no reconocerme a mí misma, ni saber dónde aprendí todo lo que sé o cómo lo hice. –Tomé aire, apenas podía hablar por el nudo de mi garganta –. ¿Por qué? –Lo miré suplicante, mis ojos estaban a apunto de arden en llamas –. Dime por qué no soy capaz de sentir ni siquiera el palpitar de mi corazón, ni el aire en mis pulmones. –Me di la vuelta intentando sosegarme, cada vez me costaba más trabajo hablar –. Tengo la piel amoratada y vomito hasta un pequeño vaso de agua. –Me volví y le encaré –. ¿Qué es lo que me ocurre?

Él no se movió ni un milímetro.

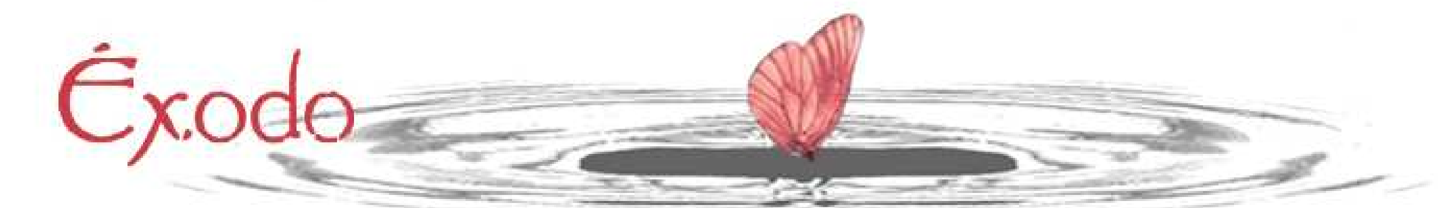
-Tú ya lo sabes.

-¿Te refieres al accidente? –Puse los ojos en blanco –. ¡No puedo seguir creyendo esa historia!

-No esperaba que lo hicieras –dijo con total calma.

-¡CONTÉSTAME, ENTONCES!

-Si crees que estás preparada para conocer la respuesta, entonces formula tu pregunta.



No te mentiré.

Mi respiración estaba desbocada. Mi pecho se hinchaba y se deshinchaba, pero no sentía el aire entrar en mis pulmones. No fui capaz de mirarle baje la vista, pero aún tardé unos segundos más en poder volver a hablar.

-¿Estoy…? –Tomé aire pero las palabras no me salían –. ¿Estoy…?

-Piénsalo bien, Lena –interrumpió él –, una vez formulada no habrá vuelta atrás.

Cerré mis párpados con fuerza, como si eso pudiera aliviar el dolor que me producía decir la última palabra.

-¿…Muerta?

No contestó de inmediato. La espera se me hizo eterna. Alcé la mirada para enfrentarme a la verdad de sus ojos y él respondió pausadamente.

-Sí.

Me sentí muy mareada, me tambaleé y caí al suelo, sobre una pequeña escalera que conducía a u portal abandonado. Él permaneció allí, estático, mirándome frío, sin ningún tipo de emoción.

-¿Qué significa eso? –pregunté con voz temblorosa.

-¿Qué es lo que crees? –respondió él.

-Que todo lo que me han contado es mentira. –Cubrí mi rostro con las manos, apretándome los ojos con fuerza –. Ni siquiera son familia, ¿verdad?

-Los De Cote son tu clan, aquí consideramos a los clanes familias.

-¿Ellos también están…? –no fui capaz de pronunciar la última palabra.

-Sí – respondió él.

-¿Y tú?

-Es evidente que también.

Me llevé una mano al pecho. Nada, no sentía nada.

-Pero…-titubeé – yo escuché latir mi corazón.

-Eso no es posible.

Le oí acercarse.

-¿Por qué a mi?

-Compadecerte de ti misma no va a ayudarte –afirmó con frialdad –, no eres la primera ni la última persona a la que le ha ocurrido esto.

Le fulminé con la mirada.

-Déjame en paz –rogué mientras volvía a esconder la cabeza entre mis manos.

-Levántate –me respondió con voz tranquila pero tajante.

Negué con la cabeza.

-No.

-Lena, levántate –repitió, esta vez de forma más autoritaria.

-No –alcé la mirada para desafiarle, su sola imagen hizo que titubeara, pero me mantuve firme –. Pienso quedarme aquí hasta que alguien se decida a acabar conmigo de una vez.

Me miró con una mezcla de odio y culpabilidad.

-Nadie va a querer matarte así, ahora mismo sería como hurgar en la basura. – Le dediqué todo el desprecio que pude desprender de mis ojos –. No quiero escuchar más tonterías por tu parte –me dijo –, vas a venir conmigo quieras o no.

Subió los escasos peldaños que nos separaban, me rodeó la cintura con uno de sus fuertes brazos y me levantó del suelo sin esfuerzo.

-¿Qué crees que estás haciendo? –le espeté.

-Infundirte un poco de sentido común.

-¡BÁJAME!

-No.

-¡HE DICHO QUE ME BAJES!

Le golpeé en la espalda con los puños cerrados y toda la rabia que pude canalizar, pero mis escasas fuerzas se esfumaron al tercer golpe. Había dejado el coche en marcha en medio de esa zona de la ciudad alejada de la mano de Dios. Era increíble que nadie se lo hubiera llevado. Abrió la puerta del copiloto con una mano mientras me introducía en el interior. Me depositó delicadamente en el asiento y me puso el cinturón. No entendía a qué venía todo ese cuidado y seguridad.

Rodeó el coche y se sentó a mi lado. Iba con prisa. Soltó el embrague y aceleró. Ni siquiera se molestó en abrocharse el suyo. Arrugó la frente con una expresión severa y

la mirada helada. Parecía absorto en sus pensamientos. Intenté abrir la puerta para salir del coche, pero había echado el seguro. Lo miré llena de furia, ¿por qué no podía dejarme en paz?

-No vas a escaparte, Lena. No pienso permitir que te quedes ahí.

-¿A dónde me llevas?

-A casa.

-¡No quiero regresar a esa casa!

-Da lo mismo.

-¡Te odio!

-Enhorabuena –contestó. Su tono sarcástico me exasperaba.

Resoplé. No tenía fuerzas ni para discutir con él. Me crucé de brazos como una niña enfurruñada.

-¿Quién te crees que eres? ¿Mi salvador?

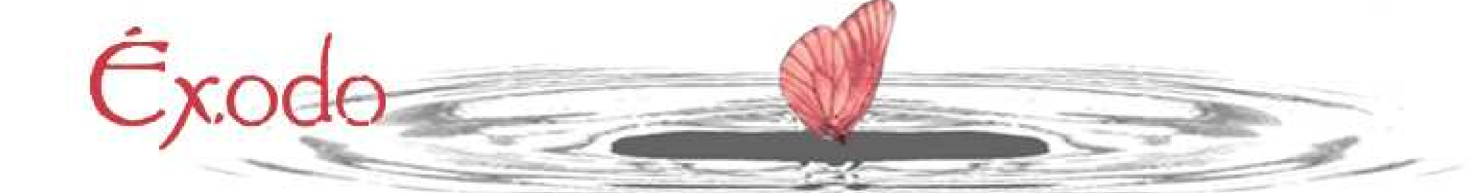
-No –su sola mirada hizo que enmudeciera –, todo lo contrario.

Frenó de golpe. Si no fuera por el cinturón habría salido despedida, pero en cambio él, que no se lo había puesto, no se movió ni un centímetro. Salió rápidamente y me abrió la puerta con más fuerza de la necesaria. Me sacó sin dignarse a preguntarme si quería salir y me llevó hasta las escaleras que conducían a la entrada de la casa. Pero él no puso un pie sobre los escalones, se mantuvo en su sitio.

-Ahí dentro hay gente que te aprecia; se merecen que les des una oportunidad. – Su voz era ahora más suave.

Le miré.

-No pienso quedarme. –Podía sentir mis ojos enrojecidos. Pegué un tirón y me deshice de su mano. Subí las escaleras de espaldas, despacio, sin apartar la vista de él y añadí –: Aléjate de mí.



# CAPÍTULO 7

**Todo lo que un no-muerto novato sabe hacer**

-¡Lena! –exclamó Lisange nada más verme aparecer –. ¿Dónde estabas? Te estábamos…

-¡DEJADME EN PAZ! –grité mientras subía a toda prisa las escaleras.

Me encerré en la habitación con el pestillo y me lancé sobre la cama. No tardé ni dos segundos en escuchar unos nudillos golpear con cuidado la puerta.

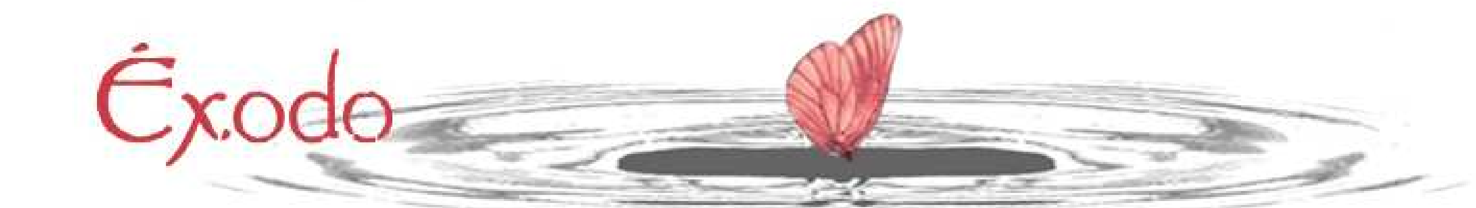
-Lena –la voz de Lisange era cautelosa –, ¿estás bien?

Me mordí el puño para no gritar, refugiada bajo las mantas. Lisange continuó insistiendo. A ella se le unieron el resto de los De Cote, uno por uno, pero no respondí a ninguno de ellos. Al cabo de unas horas, sus voces se apagaron.

¿Muerta…? ¿Yo…? Era absurdo…No era posible que mi vida se hubiera agotado ya. ¡Ni siquiera había llegado a la mayoría de edad! Aún me quedaban un par de centímetros por crecer y no me habían salido ni las muelas de juicio. Me quedaban muchas etapas por experimentar.

Me froté los ojos con insistencia, me pellizqué e incluso corrí al cuarto de baño a hundir la cabeza en agua para intentar despertar, pero acabé de nuevo en la cama, sin fuerzas.

En situaciones así, deseas con todas tus fuerzas que solo se trate de un mal sueño. Llegas incluso a creer que solo se trata de una de esas pesadillas horribles en las que lo estás pasando mal pero en el fondo sabes que vas a despertar. Esa fue mi primera opción, la segunda no era muy alentadora pero al menos no era tan radical como lo que acababan de revelarme: si no estaba dormida, debía haberme vuelto loca en algún momento de mi olvidada existencia.



PASARON UN DÍA…

DOS DÍAS…

TRES DÍAS…

CUATRO DÍAS…

# CAPÍTULO 8

Vi pasar los días con sus noches a través de la ventana, y no desperté de aquella pesadilla.

No sé muy bien cuáles son las famosas fases de la negación, aunque haberlas sabido tampoco me habría servido para nada. El primer día grité, el segundo grité aún más, el tercero entré en *shock*, el cuarto contemplé el techo de la habitación con la mirada perdida hasta que la oscuridad lo hizo desaparecer y al quinto, contra todo pronóstico, mi mente decidió razonar. Solo había una cosa clara: cuando estás soñando, el tiempo nunca pasa tan despacio.

Era sábado. Alguien llamó a mi puerta. Me levanté para abrir sin molestarme en mirar de quién se trataba, luego regresé a la cama y me escondí bajo las mantas, de espaldas al recién llegado. Poco después sentí un peso a mi lado y me llegó un aroma familiar: Lisange.

-Era pronto para contártelo –explicó cerca de mi oído.

-¿Qué fue lo que me pasó? –quise saber apartando un poco la manta y mirándola directamente a los ojos –. ¿Morí en ese accidente?

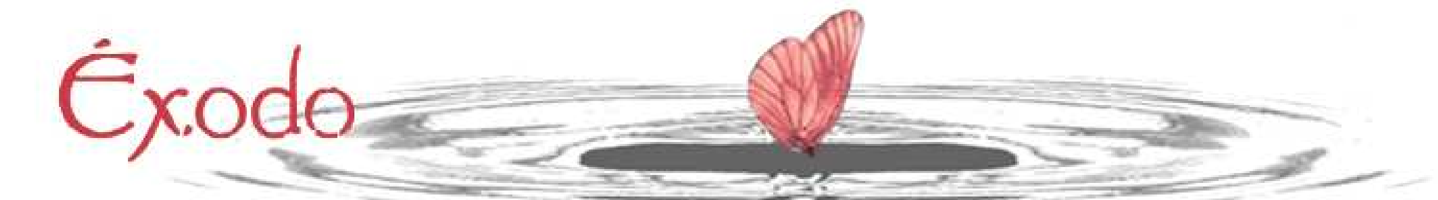
-No existe ninguno, Lena. Al menos de la forma en que tú lo concibes –corrigió con cautela –. Cuando hablamos de accidente nos referimos a pasar de vivo a…bueno, a esto. Eres tú quien debe descubrir lo que ocurrió.

-Lena –escuché la voz de Flavio desde la puerta –, ¿te importa que pasemos?

-Es vuestra casa –dije volviendo a cubrirme la cara.

Entre los pliegues de las mantas divisé a Flavio acercarse a los pies de mi cama y a Liam junto a la ventana. Me sentí incómoda. Los tres me observaban atentos, podía sentirlo. Parecía que esperaban que de repente me pusiera a gritar y a berrear, aunque la verdad es que no les culpaba, a juzgar por mi encierro voluntario durante casi una semana. Me mantuve ahí, escondida, resguardada de sus miradas.

-Lena, sabemos que esta situación es difícil, pero hay cosas que debes saber, que te



ayudaran a comprender por qué sigues en este mundo.

-¿Por qué? –exclamé asomando la cabeza otra vez. Ese movimiento casi consume las pocas fuerzas que me quedaban –. ¿Acaso no es esto lo que hay después de la muerte?

-No exactamente –concluyó Flavio, hizo una pausa y continuó –. Este es un paso intermedio que no experimenta todo el mundo.

Fui a decir algo pero él alzó un poco la mano, interrumpiendo mi intento.

-Antes de preguntar nada más, deberías escuchar con atención, porque lo que vamos a contarte es de vital importancia. –Se acercó más y se sentó en la cama, respiró lento y profundo y volvió a hablar –. No todos son como tú, aquí también hay buenos y malos, con la excepción de que los malos son muy peligrosos.

-¿A qué te refieres con eso?

-Hay tres tipos de existencia relacionadas con la muerte –explicó al fin –; guardianes, grandes predadores y nosotros, cazadores. No estamos del todo vivos, pero tampoco completamente muertos –siguió –. Podemos sentir o hacer casi todas las cosas que hace un ser humano, pero solo nos queda el alma.

-No lo entiendo –interrumpí con un leve balbuceo sentándome en la cama. No tenía sentido que me escondiera, ellos continuarían observándome –, estoy demasiado cansada para esto.

-Y será así hasta que te alimentes –apuntó Lisange.

Negué con la cabeza.

-Lo vomito todo.

-Eso es porque tu cuerpo lo rechaza, tu sistema digestivo ya no funciona.

*¿Todo en mi interior esta muerto?* En ese momento me vino a la mente una imagen de extrañas secas y putrefactas y tuve que sacudir la cabeza para alejar ese pensamiento.

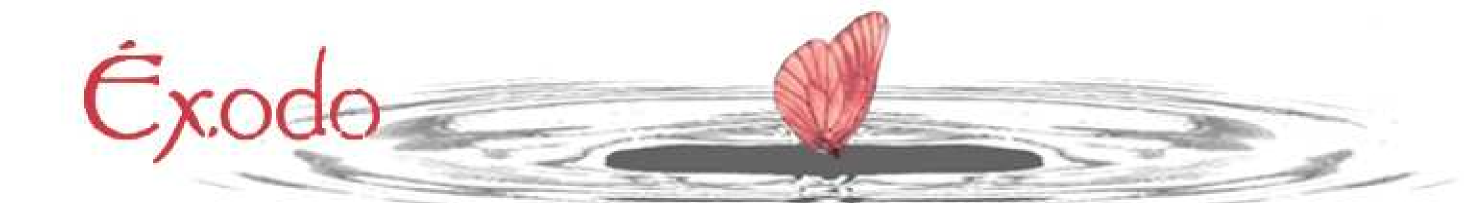
-¿Entonces, de qué os alimentáis? –pregunté –. ¿Sangre, como los vampiros?

-No –dijo Lisange; parecía un poco más tranquila al pensar que bromeaba, supongo que no captó, o no quiso captar, el sarcasmo de mi voz –. Nosotros nos servimos más bien de energía o, si lo prefieres, de sentimientos humanos.

Arqueé una ceja.

-¿Qué?

Tenía que ser una broma.



-Todo lo que habita en el mundo tiene una finalidad, y nuestra existencia no es ninguna excepción –comenzó de nuevo Flavio –. Debe haber un equilibrio emocional entre los humanos. Nosotros fomentamos esa proporción y para hacerlo debemos pasar desapercibidos, por eso intentamos camuflarnos entre ellos.

-Sigo sin entender nada –reconocí.

-Creamos sentimiento en los humanos, lo hacemos porque ellos mismo generan emociones que desequilibrarían a la humanidad. El hombre es un ser incapaz de controlar sus emociones.

-¿Hacéis que se sientan mal? –murmuré, no pude esconder el ligero tono de reproche que acompañaba a mis palabras.

-No debéis verlo de esa manera –intervino Liam –. El sufrimiento les obliga a evolucionar.

Guardé silencio. Flavio cubrió mi mano con la suya y me miró fijamente.

-Nadie puede ser feliz eternamente, Lena –dijo en voz tenue –. Por desgracia, nuestra labor es brindarles esas pequeñas dosis de sufrimiento de vez en cuando. –Lo miré con interés –. No tienes que dañarles. –Sonrió marcando esos hoyuelos de sus mejillas – Considéralo como una vacuna.

Esa era la primera cosa positiva que escuchaba sobre el tema.

-¿Cómo lo hacéis?

-Es muy sencillo, te lo enseñaremos cuando te transformes. Aún no eres como nosotros, tu cuerpo debe terminar de morir.

-¿Qué? –Aparté la mano y retrocedí un poco en la cama, eso sonaba tan mal…

-Por eso has estado sufriendo esos golpes de dolor pero, no te asustes, es algo normal. Aunque aún te queda algún tiempo.

-¿Cuánto?

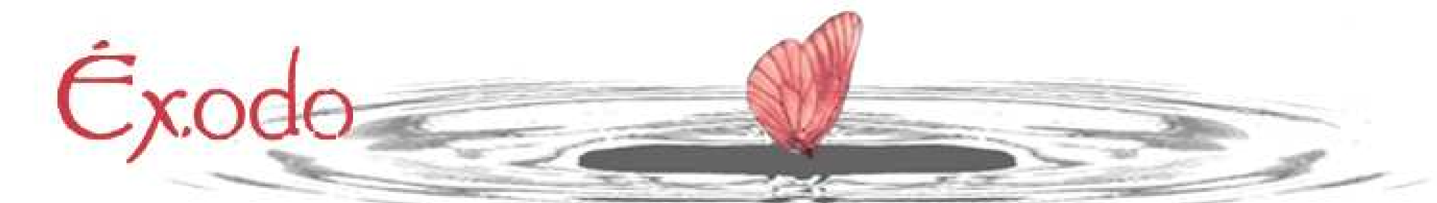
Bajó la mirada.

-Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero no debes preocuparte por eso ahora.

-¿Y qué hay de mi pasado? –inquirí –. ¿Lo recordaré algún día?

-No hay razón para que no suceda así –Liam se acercó a mí. Por un momento había olvidado que Lisange y él también estaban en la habitación –, pero puede que tardéis década en hacerlo.

Me dejé caer un poco hacia atrás contra el cabecero de la cama, de nuevo sin



comprender.

-¿Qué quieres decir? –Los recorrí con la mirada –. ¿Cuántos años tenéis?

Lisange señaló a Liam.

-Siglo XVII –luego señaló a Flavio –, y XX. Yo nací en el XVIII.

Los miré boquiabierta. No iba a ser fácil creer que frente a mí tenía auténticos testigos de la historia. Ante sus ojos habían ocurrido los grandes acontecimientos de la humanidad y, en cambio, no eran muy diferentes a cualquier otro joven. Todo parecía más que nunca un sueño. Clavé la vista en Liam.

-¿Debo creer que has vivido cuatrocientos años? –susurré, era demasiado impactante como para ser cierto. Él asintió despacio con la cabeza –. ¿Se trata de una broma? ¿Cómo es eso posible?

-Nadie conoce los misterios de la eternidad. Es una pregunta a la que no podemos dar respuesta.

-Entonces –empecé mirando a Lisange –, ¿nunca moriré?

Esa revelación suponía un inconveniente para mi propósito con Christian Dubois.

-Toda existencia tiene un fin –me explicó –. Puedes morir por determinadas causas, pero si logras evadirlas no tienes límite de edad y nunca envejecerás.

Bueno, aún había lugar para la esperanza…

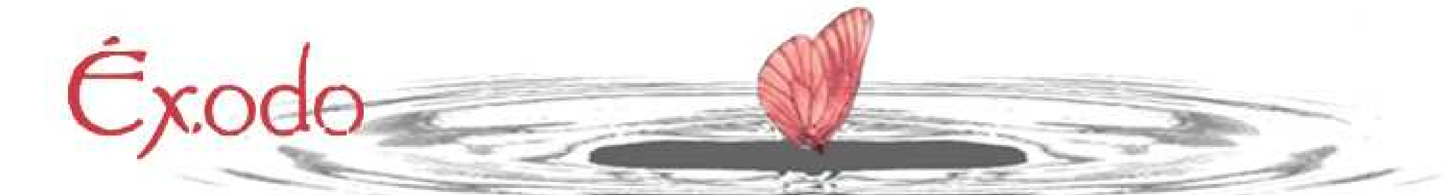
-Pero incluso aquí hay una cadena alimenticia, Lena. Nosotros nos alimentamos de humanos, sin pasar los límites estrictamente señalados para no ser peligrosos para ellos; los grandes predadores son los que cruzan esa raya; y los guardianes se alimentan de nosotros. Ambos suponen una amenaza para los cazadores, y has de tener cuidado si quieres conservar esta vida.

No era el caso, así que…

-¿Cómo puedo reconocerlos?

Era tranquilizador pensar que, si mi trato con Christian no funcionaba, aún me quedarían otras posibilidades.

-Los guardianes tienen la apariencia de cualquier ser humano –continuó Flavio –, pueden crecer, por eso no son tan difíciles de distinguir, pero cuando cazan tienen un olor característico que te alertará si estás cerca. En cuanto a los grandes predadores, también es complicado descubrirlos porque son bastante parecidos a nosotros, pero su corazón palpita mucho más despacio que el de un humano. Cuando te transformes, desarrollarás unas habilidades que te ayudarán a percibir esos pequeños pero importantísimos detalles.



Le miré sin entender, ¿latidos?

-¿Ellos están vivos?

-No, no –se apresuró a añadir –. Pero el nuestro es el único que no late, no obstante, los guardianes pueden silenciar el suyo, por eso tienes que estar atenta a todos tus sentidos.

-De los grandes predadores también debes huir siempre –incidió Lisange – porque, aunque se alimentan de los humanos, tienen por costumbre divertirse a costa de hacer daño a los nuestros.

-Por eso –el tono de Liam fue mucho más autoritario que el del resto –, no debéis relacionaros con nadie. Al menos, no antes de que hayáis completado vuestra transformación y, sobre todo, evitad siempre salir de casa las noches sin luna, porque es el momento en que los guardianes cazan sin control. –Hizo una pausa para evaluar mi cara de confusión –. Ahora deberíais descansar.

No dije nada, tan solo me limité a parpadear, absorta en mis pensamientos. La verdad es que debía asimilar todo lo que me habían contado, toda esa información había comenzado a provocarme un intenso mareo.

-Estaremos abajo si necesitáis algo.

Lisange se acercó a mí y depositó un beso en mi frente.

-Lo superarás, estoy segura de ello –susurró a mi oído. Acto seguido se reunió con Liam en la puerta –. ¿Flavio?

-Voy a quedarme un rato más con ella.

-Lena debe meditar sobre lo que ha escuchado –dijo con una mano en el picaporte.

-No tardaré mucho, Lisange. Bajaré en unos minutos.

Ella intercambió una mirada con Liam, él asintió y ambos desaparecieron por la puerta. Flavio se volvió hacia mí, con expresión comprensiva.

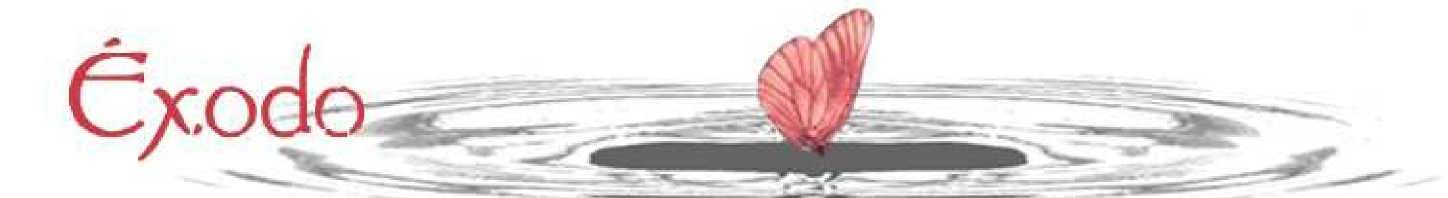
-Han pasado muchos siglos desde que murieron; creo que han olvidado cómo debes sentirte.

-¿Y tú no? – pregunté aún algo desorientada.

-Soy el más joven –sonrió –, recuerdo algo de entonces. Pero no te preocupes, te ayudaremos.

-Si yo he muerto, eso significa que mi familia aún vive –susurré –, ¿no es así?

-Este es tu hogar ahora, Lena –respondió con cautela.



-Ya sabes a lo que me refiero.

Tardó unos segundos en contestar.

-Sí –aclaró –, seguramente sí.

-¿Por qué no puedo recordarles?

-Llegará el momento, Lena, con el paso del tiempo, en que lo harás –dijo con voz comprensiva –.Pero piensa que, cuando lo hagas, no podrás intervenir en sus vidas. Es doloroso, pero para ellos ya no existes, y ver que siguen adelante sin ti…

-No recordar es aún peor. –Concentré mi atención en las delgadas hebras de la sábana que me cubría.

-Tienes que darte tiempo.

Le dirigí una mirada suplicante.

-¿Y si no es así? ¿Cómo estás tan seguro de que lo conseguiré algún día?

Adoptó una expresión paternal.

-No olvides que yo también he pasado por lo mismo.

-¿Lo recordaste? –insistí con ansiedad.

-Cuando estuve preparado –asintió.

-¿Puedo preguntarte qué ocurrió?

Torció el gesto. Pude sentir que era un gran esfuerzo para él, pero no se negó a hacerlo.

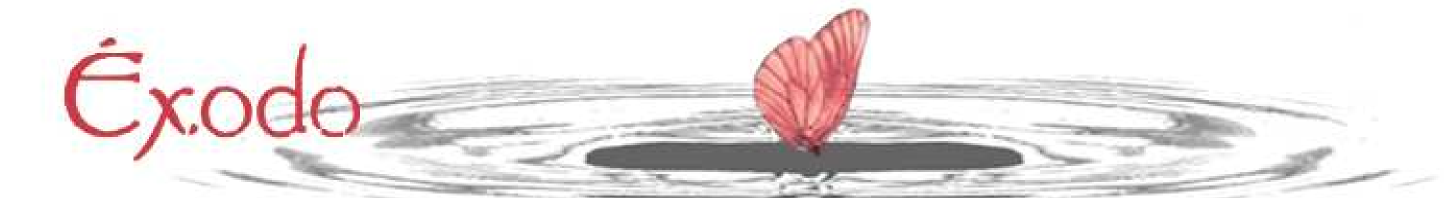
-Es difícil rememorarlo. –Tomó aire –. Digamos que yo solo soy uno más de los tantos que han muerto en combate.

-¿Todos los demás también son cazadores?

-No, claro que no, Lena. –Se puso de pie, con las manos en la espalda, de cara a la ventana –. Supongo que tu generación ha visto las suficientes películas como para saber que los soldados suelen estar instruidos para soportar condiciones extremas y para aguantar todo tipo de tormentos. Pero nadie te prepara lo suficiente para lo que se vive allí.

Guardó silencio un momento y continuó:

-Yo tenía un hermano –comenzó –, muy joven, no debía de tener más de dieciséis años en esa época. Nos habíamos quedado sin padres varios años antes, así que yo cuidaba de



él, incluso después de casarme, y le llevé a vivir a mi casa. Cuando comenzó la guerra, se alistó en el bando contrario sin que yo lo supiera. Era tan testarudo e inconsciente…No sabía nada de la guerra, solo era uno de esos jóvenes impetuosos que sueñan con la gloria. Y no tardaron en hacerlo prisionero. Le tuve tan cerca…, pero no sabía que estaba allí, en mi propio campamento. –Su voz iba perdiendo fuerza –. No pude evitar que le mandaran directamente al pelotón de fusilamiento. Aún peor, yo di la señal, Lena, sin saber que él era uno de ellos. Ordené la muerte de mi propio hermano –dijo conteniendo el aire –. Es irónico, pero antes de irme le había prometido que nadie le haría daño.

Su voz se apagó.

-¿Qué pasó contigo? –pregunté con miedo.

-Estoy seguro de que puedes imaginarlo. Caí un día más tarde, no me molesté en luchar, ni en protegerme; deambulé desarmado por el campo de batalla hasta que alguien puso fin a mi agonía. Desperté siendo lo que soy y cuando lo recordé, meses más tarde, peiné el mundo buscándole, convencido de que él también había regresado en esta extraña forma de vida. Pero me equivoqué. No he dejado de echarle de menos desde entonces, aunque si no está aquí es porque, por suerte, se encuentra en un lugar mejor. –Hizo una pausa rememorando algo en su interior, luego, por fin, se volvió hacia mí –. Regresé a mi hogar con mi esposa y mi hijo solo para contemplar que ya habían rehecho sus vidas…Resulta muy doloroso ver que te han olvidado, pero imagino que forma parte de nuestra maldición. –Bajó la cabeza tomando aire y luego volvió a alzarla hacia mí –. Quizá no saber qué te ocurrió sea menos doloroso, Lena, aunque jamás estarás preparada si continúas negándote a seguir.

-No sé como hacerlo –reconocí. Mi voz sonó débil después de escuchar su historia.

-Encuentra una razón que te anime a continuar –me instó sentándose en una butaca. ¿Cómo iba yo a ser capaz de conseguir algo así en ese lugar? – Descubrir quién eres puede ser una gran motivación –dijo como respuesta a mis pensamientos –. Pero, como he dicho, aún es pronto, primero tendrás que alimentarte.

Negué con la cabeza, abatida.

-No quiero hacer eso –reconocí.

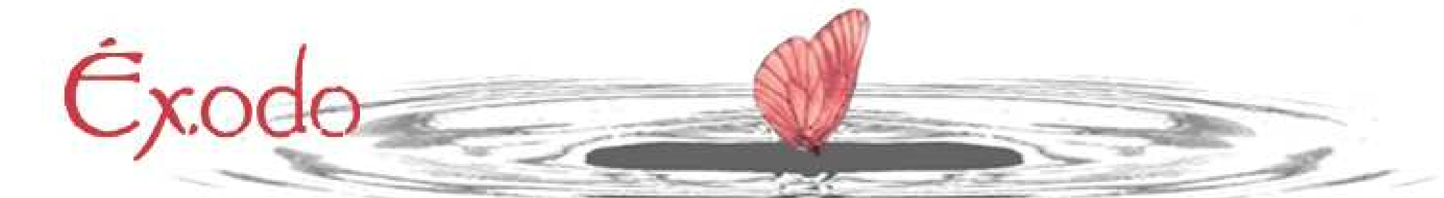
-Puedes llegar a ser un peligro mayor para los humanos si no lo haces.

-¿A qué te refieres?

-A que tu mente podría nublarse hasta tal punto que no reconociese esa delgada línea que nos separa del daño que ocasionamos nosotros al que provoca un gran predador.

Guardé silencio.

-No es tan malo como te imaginas –insistió dedicándome una sonrisa cordial que no llegó a sus ojos, ensombrecidos desde que había comenzado a relatarme su pasado. Se



echó hacia atrás y cubrió su cara con un paño húmedo que no le había visto antes. Tenía un aspecto muy cansado –. El calor es cada vez más agobiante –comentó cambiando de tema.

-Eso tampoco lo entiendo.

Destapó su rostro para volver a hablarme.

-Nuestro estado natural tiende a ser frío –explicó pacientemente –. Podemos tolerar temperaturas un poco más elevadas de lo normal, pero no demasiado porque nuestras habilidades menguan.

-Yo no lo siento –reconocí encogiéndome de hombros.

Se pasó el paño por la nuca.

-Eso es porque tus sentidos no están completamente agudizados. –Su voz también iba perdiendo fuerza –. ¿Nunca te has planteado por qué la gente está más animada en verano?

-¿Por el sol? –aventuré.

Él esbozó una tenue sonrisa.

-Esa es la creencia popular, pero lo cierto es que los grandes predadores soportan el calor aún peor que nosotros, así que cuando suben las temperaturas, su presencia y la nuestra disminuye. Los únicos que toleran bien los cambios son los guardianes.

Tomé aire profundamente, había tanto que entender…

-No debes obsesionarte con todo este tema.

Bajé la mirada.

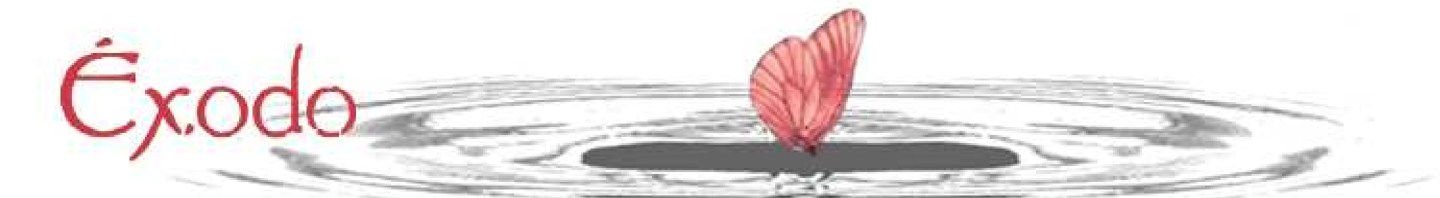
-¿Con el tema de que he muerto? –solté una risa amarga –. Creo que es algo por lo que obsesionarse.

-Mucha gente daría todo lo que tiene por poder disfrutar de una segunda oportunidad.

Esas palabras me llegaron más hondo de lo que pensaba, ¿habría sido yo una de esas personas?

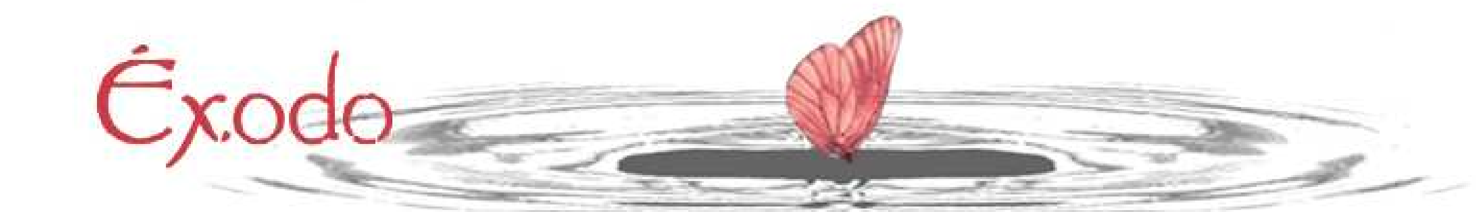
-Por el momento debes adaptarte –continuó poniéndose en pie –. Te ayudará hacer una “vida” más o menos normal.

Acababan de revelarme hacía escasos días que había muerto, y en ese momento querían que “viviera”. Nada, absolutamente nada, tenía sentido para mí. Llegados a ese punto, solo tenía dos opciones: seguir en esa cama, lamentándome de mí misma a la espera de fundirme con el colchón, o intentar entender lo que estaba ocurriendo, decidirme a salir



de esa habitación y descubrir qué ocurriría a continuación. La primera era, sin duda alguna, la que más me tentaba; no tenía la fuerza ni física ni psicológica para enfrentarme a la segunda, pero una existencia ligada a esas cuatro paredes tampoco era una idea alentadora. Entonces, me sorprendí al recordar otra posibilidad. Yo no había pedido ese tipo de *vida* y no la quería, lo tenía totalmente claro. Mi tercera opción se llamaba Christian. Ahora más que nunca, su extraño trato tenía más sentido del que jamás habría esperado.

Por fin, tomé mi decisión.



# CAPÍTULO 9

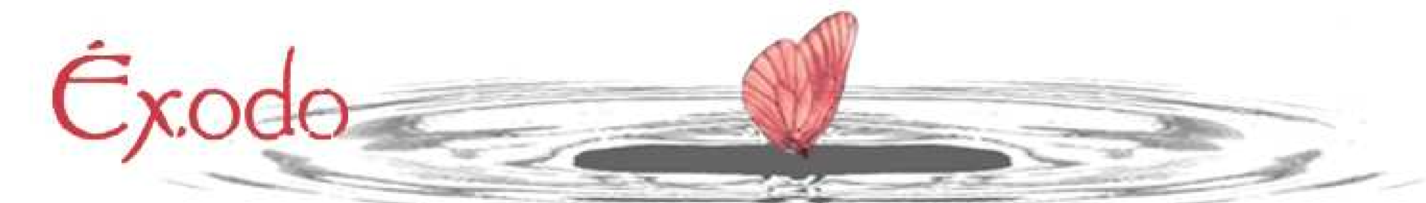
**La verdad y nada más que la verdad**

Me levanté y fui a la ducha. No notaba si el agua estaba fría o caliente, pero esa era una de las pocas cosas que aún me hacían sentir normal. Lisange comentó algo sobre baños de agua helada para cuando me transformara, pero no tenía la más ligera intención de llegar tan lejos en ese momento, así que no había prestado mucha atención. Me recogí el pelo en una coleta, me puse unos vaqueros y una camiseta de manga larga y me calcé unas Converse. Contra lo que tenía que luchar era contra el color de mi piel, ahora que había descubierto la verdad habían vuelto a colocar todos los espejos en la casa y podía contemplar cómo cada vez se volvía más grisáceo. Los botes vacíos de base de maquillaje se amontonaban cada dos por tres en mi papelera.

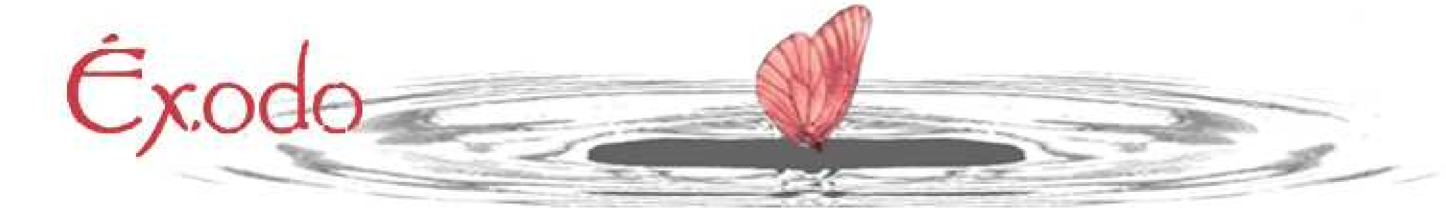
El día era soleado y el característico aroma de la tierra húmeda inundaba el ambiente. Ese olor me levantó un poco de ánimo; me encantaba. El día anterior, Lisange se había quedado atónita cuando le dije que quería continuar acompañándola a la biblioteca; por supuesto, la razón era que quería hablar con Christian. Nada de lo que me habían contado tenía sentido. Explicaba algunas cosas, desde luego, pero no era algo alentador. No sabría decir con exactitud qué pensaba al respecto. ¿Decepción? ¿Escepticismo? ¿Miedo? Acababa de conocer lo que ocurre después de la muerte y no parecía ser capaz de asimilarlo, tal vez porque no recordaba cómo me había ocurrido.

Desde el momento en que lo supe, padecí una sensación de vértigo permanente y muchas ganas de vomitar, acompañados por una irritante impotencia; no sabía qué hacer a continuación. Ahora que todo lo que me estaba volviendo loca (o tal vez sí, nunca se sabe), mi decisión vacilaba. No quiero decir que me estuviera echando atrás, tenía muy claro que no quería volver a empezar y mucho menos sin saber qué era lo que me había ocurrido; pero saber más cosas sobre mi nueva existencia me quitaba la excusa que me empujaba a querer quitarme la vida. Además, no quería ni imaginarme la expresión de los De Cote al enterarse de lo que habría hecho. La verdad es que loes había cogido cariño, eran lo único que conocía y se habían portado muy bien conmigo, pero tampoco podía continuar con esa existencia solo por eso. Ellos entenderían tarde o temprano.

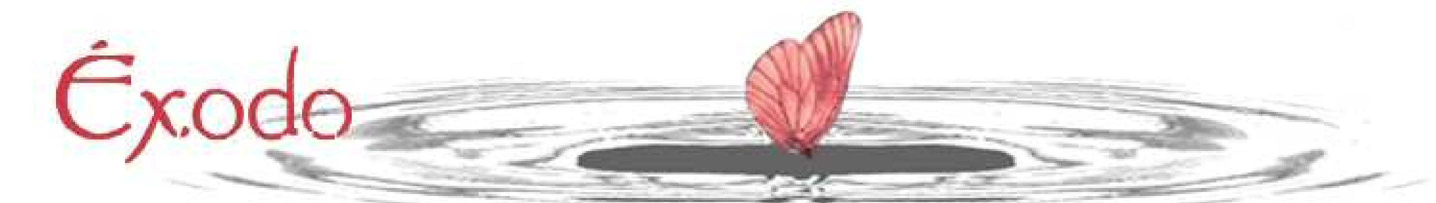
Cogí mis cosas y bajé a la calle. En ese momento, Lisange me esperaba ya en el coche, leyendo un libro cualquiera mientras se pellizcaba distraídamente el labio inferior con dos dedos. Me saludó con un movimiento de cabeza desganado en cuanto me senté a su lado. Yo esperé pero no arrancó, parecía que estaba demasiado enfrascada en la lectura. Me encogí de hombros, la fin y al cabo yo no tenía ninguna prisa, así que me acomodé en mi sitio y aguardé en silencio hasta que, de pronto, en un inesperado arrebato lanzó el libro contra el salpicadero, rebotó y cayó bajo mi asiento.



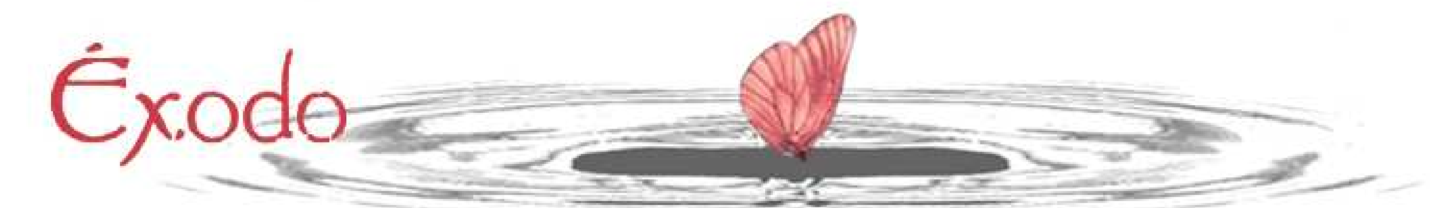
-¡LO ODIO, LO ODIO, LO ODIO!- comenzó a gritar.
-¿Qué ocurre?- pregunté alarmada.
Giró la llave de contacto con un rápido movimiento de muñeca y arrancó pisando a fondo el acelerador.
-¡Los finales felices no existen! ¡Los odio! Malditos sean esos absurdos humanos y su estúpida concepción del amor.
Me aferré a mi mochila; conducía de forma temeraria y ni siquiera parecía prestar atención a la carretera.
-Lisange…- intenté decir, pero ella giró, sin ninguna delicadeza, hacia la izquierda y yo perdí el equilibrio chocando contra el cristal de mi ventanilla.
Frenó ruidosamente y saltó a la acera a toda prisa con un fuerte portazo. La vi alejarse veloz hacia la entrada principal.
Aturdida, me incliné para recoger el libro de debajo de mi asiento. Sus tapas estaban muy desgastadas y había varias páginas marcadas. Le di la vuelta y vi el título Romeo et Juliette escrito en la portada. ¿Por qué habría llamado final feliz a eso? Hasta donde yo recordaba, ambos morían al final de la historia.
Oí el reloj de la biblioteca anunciando la hora en punto. Guardé el libro en mi mochila y salí a la calle. No se me pasó por alto que el coche de Christian estaba aparcado en el parking, y eso me alegró. Entré en el edificio pensando que encontraría a Lisange allí, pero no la vi por ninguna parte.
Busqué a Christian, aunque estaba segura de dónde podía encontrarlo. Me encaminé hacia el piso más elevado. En efecto, tal y como pensaba, él estaba allí, pero no leía nada. Estaba apoyado contra de las estanterías y contemplaba, con los brazos cruzados sobre el pecho, la escalera por la que yo acababa de aparecer. Me miró y alzo la comisura de su boca esbozando una tenue sonrisa.
-Estoy sorprendido, no esperaba que lo afrontaras tan pronto.
-Si estoy aquí es porque no es así- dije.
-¿Y acudes de nuevo a mí? ¿Para que sesgue tu patética vida?- se mofó.
-¿Siempre eres tan agradable?- espeté.
-No- se puso repentinamente serio-, solo contigo.
Le miré confundida, ¿estaba siendo agradable?
-¿A qué has venido?- me preguntó.
-La verdad es que no lo sé- tartamudeé, y él volvió a sonreír-. ¿Y tú?
-He hecho novillos para saber si ya tienes una respuesta.
Negué con la cabeza y él chascó la lengua.
-¿Sólo porque me niego a prometerte un final indoloro?- rió-. Tenía entendido que estabas firmemente convencida a abandonar este mundo.
Me acerqué un poco a él y dejé sobre un taburete cercano mi mochila.
-No serás uno de esos sádicos, ¿verdad?
Rió.
-¿Con quién crees que estás hablando?
Guardé silencio y él se acercó a mí con los ojos entornados.
-No te estarás echando atrás por ese pequeño inconveniente, ¿verdad?
-Ya he pasado por suficiente, ¿no crees?
-Pregúntaselo a la gente que vive tirada en las calles, a los enfermos…, ellos te responderán. Claro que, ¿qué es lo que tú tienes en comparación con su pequeña miseria diaria?- dijo con una sonrisa aún más pronunciada.
-No es lo mismo.
-Por supuesto que no.- Se separó de mí y se sentó con elegancia en el suelo.



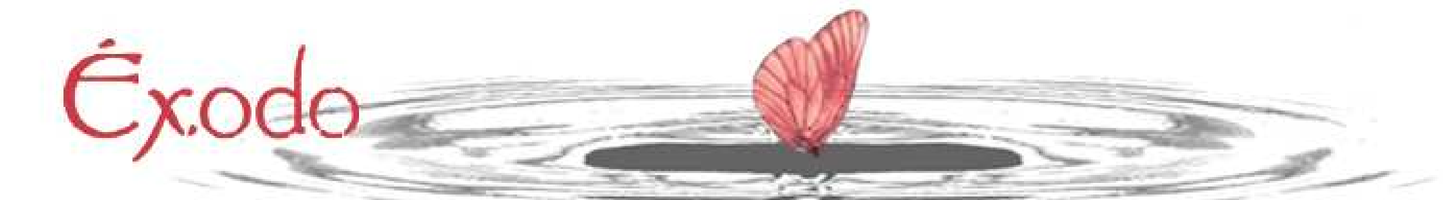
-Creía que ambos sacábamos beneficios de este trato- le reproché con el tono más duro que fui capaz de poner.
-Y así es.
-Te comportas como si prefieras dejarlo correr.
-Mi interés sigue siendo el mismo, pero será mucho más divertido si te arrepientes- reconoció con una sonrisa macabra.
-En tal caso no habría trato.
-Y tendría que matarte sin tu consentimiento, ¡qué gran tragedia!- Rió entre dientes.
-Hablaste de una condición- recordé de pronto-; cuando te ofreciste a ayudarme dijiste que me contratarías llegado el momento. ¿Cuál es?
Evaluó unos segundos la resolución de mis palabras.
-Quiero que antes te conviertas en una auténtica cazadora – anunció con voz grave-. No cumpliré con mi parte antes que te hayas transformado y alimentado.
-¡No pienso hacer eso!
-Son mis normas. No voy a intentar persuadirte y tú tampoco me convencerás a mí, así que elige.
Negué con la cabeza.
-Debí de hablarle hecho caso a Lisange- musité dando media vuelta para salir de allí.
-Fuera lo que fuese, estaba en lo cierto. Escucharla suele ser una buena idea.
Bajé los primeros peldaños de las estrechas escaleras y él se puso de pie.
-¿Te vas únicamente porque has escuchado algo que no te agrada?- dijo desde el fondo de la sala-. Si estás aquí es porque buscas exactamente lo que yo puedo ofrecerte.
Me detuve.
-¿El qué? ¿Una muerte segura?
-Respuestas. Yo no soy como los De Cote, no te diré lo que quieres oír. Ninguno de ellos te hablará con la sinceridad con la que yo puedo hacerlo.
-¿Por qué?- le pregunté volviéndome hacia él.
-Porque ellos quieren que ames este mundo- afirmó avanzando despacio hacia mí-, y lo cierto es que nuestro “mundo” no hay nada digno de ser amado.
Guardé silencio. Él me tendió una mano.
-Siéntate conmigo y hablaremos, si no vuelve con Lisange y finge que superas todo este asunto.
Miré un segundo hacia la escalera, y luego hacia él.
-Alguien podría oírnos.
-Lo dudo, hace años que nadie viene por aquí arriba.
Vacilé. Él no se movió ni un centímetro mientras yo meditaba. Era lo que quería, la verdad sin tapujos.
-Tú ya sabías que estaba muerta, ¿por qué?
Puse un pie en el escalón superior. Retiró su mano, pero su rostro se tensó.
-No es difícil de adivinar. Lo que no sabía era que tú lo desconocías.
Acudí a su lado y me senté en el suelo. Él me imitó un instante después. Tenía aspecto cansado.
-¿Qué quieres saber?- preguntó sin rastro de su típica sonrisa burlona.
-Todo- dije.
-Es una palabra muy grande…
-Lo sé.
-Formula una pregunta, por favor.
Estiró levemente la espalda y se desabrochó un poco la camisa. Por un momento, mientras contemplaba ese pequeño trocito de su pecho al descubierto, olvidé qué hacía



yo allí. Agaché la cabeza, avergonzada.
-¿Y bien?- me instó.
-¿Qué soy?- pregunté mirando la punta de mis zapatillas.
-Cazadora.
-Eso ya lo sé- reconocí resoplando. Él meditó un instante.
-De los tres, sois la especie más numerosa, aunque en el escalafón social os encontráis por debajo de los guardianes. Solo seguido por los humanos y los perros.
Entorné los ojos.
-¿Y qué hay de ti?- quise saber.
-¿Qué crees que soy?- Me miró con atención.
-Tu corazón late, eso lo tengo claro.- Me mordí el labio-, así que no eres como yo, ni como los De Cote.
-¿Eso es bueno o malo?
-Si puedes matarme debes de ser un guardián- aventuré.
-¿Qué te hace pensar que un gran predador no podría?
-Que se alimentan de humanos- contesté encogiéndome de hombros. Alzó una ceja de forma divertida.
-¿Y eso significa que no matan?- Acercó su cabeza a mí-. Respóndeme a una pregunta: ¿quiénes son los grandes depredadores de la cadena alimenticia animal?
-Los humanos- respondí sin pensar.
-¿Y ellos no cazan por diversión?
-Sí…- musité, algo aturdida.
-Entonces, dime, ¿de verdad crees que un gran predador no lo haría?
Seguimos mirándonos fijamente, sin parpadear.
-¿Eres uno de ellos?- susurró con un hilo de voz.
Él volvió a echar la espalda hacia atrás, apoyándose contra la estantería.
-Lo soy. Si quieres correr como hacen todos, este es tu momento- agregó con voz aburrida.
-Sabes que no voy a hacerlo.
-Sí, supongo que lo sé- contestó soltando una risita.
-Lisange dice que os gusta hacernos daño.
-¿Eso te ha dicho?- Rió-. Todos tenemos nuestra forma de divertirnos.
Decidí ignorar ese comentario.
-Lo que había esa noche en el aparcamiento, ¿era un guardián?
-Así es.
Se produjo un intenso silencio. Decidí retomar el hilo de la conversación.
-Así que todo lo que me has contado te sitúa a ti en…
-Los grandes predadores se encuentran en la cima, sí.
-E imagino que eso es malo.
-Malo para vosotros, por supuesto- sonrió-. Seré sincero, no se os tiene en mucha consideración. Nosotros somos más privilegiados; los guardianes, en cambio, son los que tienen poder, por así decirlo.
-¿Nosotros qué tenemos entonces?
Su sonrisa se congeló durante una fracción de segundo y luego desapareció.
-La ventaja de un corazón que no late- sentenció.
-No entiendo.
Cerró los ojos y tomó aire muy lentamente.
-El corazón de un gran depredador y de un guardián late, y cada latido bombea dolor.- Su rostro se endureció, igual que su tono de voz-. Nosotros nunca encontramos la paz,



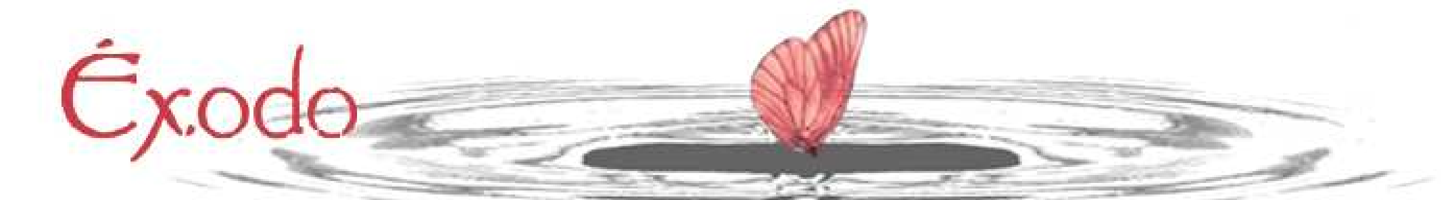
por eso vuestra especie está tan castigada. Sois una raza muy envidiada.
Eso me llevó a la siguiente pregunta.
-¿Quién decide en qué te conviertes?
-Eso es muy complicado. Nadie ha llegado a la verdad absoluta sobre qué es lo que influye en una cosa o en otra, ya que no todo el mundo muere en las misma circunstancias-. Hizo una pausa-. Los que nos quedamos aquí somos, por decirlo de alguna manera, los que no descansamos en paz. Desde luego, existen elementos indispensables, como, por ejemplo, que todos experimentan, antes de fallecer, arrepentimiento, venganza o dolor de forma muy intensa.
-Así que, si mueres sintiendo alguno de esos deseos…, ¿acabas aquí?
-No es tan fácil, como he dicho influyen muchos otros factores y ese sentimiento debe haberse desarrollado a lo largo de los años, pero se supone que no pueden ser personas descarriadas ni crueles. Si alguien excesivamente torturado se convierte en esto, sería un grave peligro para nuestro "mundo". por eso existe un control para nuestra creación: los cazadores sois los más numerosos porque hacéis falta para mantener un equilibrio neutro entre las dos especies restantes; en cuanto a los guardianes, solo nace uno cada vez que muere otro.
-¿Y vosotros?
-No hay control. Nuestra naturaleza es selectiva. Los grandes predadores crean a nuevos grandes predadores, los marcan en vida y cuando mueren los convierten. Los que no son lo suficientemente…- dudó- fuertes para sobrevivir en esta nueva vida mueren antes de cumplir el año. De ese modo, solo quedan los mejores.
-Los mejores…- repetí para mí misma-. ¿Y cómo los elegís?
-De todas las normas que nos han podido imponer, la única que en realidad cumplimos es la de no marcar a personas que supondrían un riesgo para nuestra integridad. Tendiendo eso en cuenta, lo demás consiste tan solo en lo que busquemos en ese momento.
Era demasiada información, pero necesitaba saber para poder entender algo. Me mordí el labio preguntándome si debía o no formular la siguiente pregunta.
-¿Cómo se mata a un cazador?- pregunté al fin.
Él echó la cabeza hacia atrás sonriendo para sí mismo.
-No puedo responderte a eso.
-Dijiste que podías resolver todas mis dudas- le recordé.
-Y así es, pero una de las condiciones de nuestro trato es que no sepas cómo voy a hacerlo.
-Solo quería tener una idea.-Hice una pausa esperando respuesta pero como no reaccionaba así que añadí-: ¿Y a un gran predador?
-¿Tienes especial interés en acabar conmigo, Lena?- Arqueó una ceja. Cerró los ojos un momento, concentrado en algo-. Lissange te estará buscando- dijo abriéndolos de nuevo-; será mejor que vayas en su busca.
-¿Tú también tienes habilidades extrasensoriales?
Se puso en pie.
-Además de algunas otras que algún día te contaré, pero esto no tiene nada que ver con eso, no resulta muy difícil de predecir. Vamos.
Me detuve, ¿Cómo que "vamos"?
-Te llevaré de regreso a casa- afirmó como respuesta a mis pensamientos.
Me levanté con torpeza y volví a coger la mochila que había dejado sobre el taburete.
-No creo que eso sea una buena idea. Tengo que esperar a Lisange.
-No va a regresar aquí.



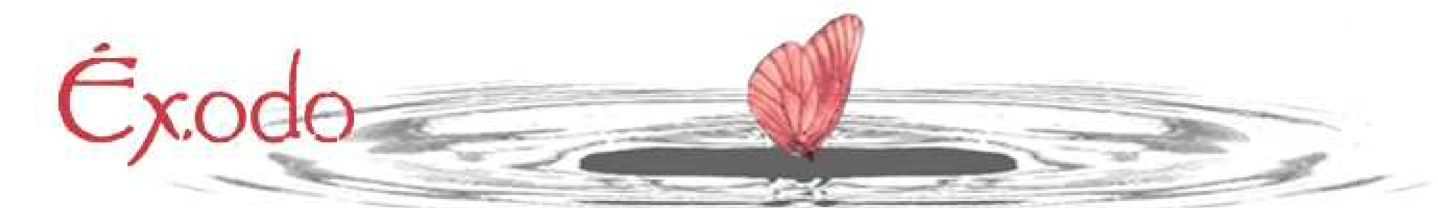
-¿Cómo lo sabes?
-¿Por qué te muestras tan desconfiada? ¿Ahora tienes miedo?
-No.
-Entonces, vamos.

Nos convertimos en el centro de atención de todas y cada una de las personas que estaban allí. Oí cuchicheos, la gente se apartaba de nuestro lado para, supongo, dejar paso a Christian. Salimos de nuevo a la calle. Intenté buscar a Lisange por encima de las cabezas de la gente, pero no encontré ni rastro de ella. En cambio, en el centro del aparcamiento, luciéndose como un pavo real en plena labor de cortejo, resplandecía el sol reflejado sobre la pulida carrocería de su flamante coche. Varias personas se arremolinaban alrededor de él, en especial los chicos jóvenes. Pero en cuanto nos vieron no tardaron ni dos segundos en alejarse asustados. Comencé a juguetear con la correa de la mochila inconscientemente en cuanto lo vi, cada vez más nerviosa conforme nos íbamos acercando. Me perturbaba demasiado la idea de estar encerrada en un lugar “pequeño” con él, quizá porque era peligroso, o porque en mi subconsciente aún perduraba esa típica frase materna que te advierte que “no debes subirte al coche de ningún desconocido”, porque, al fin y al cabo, no sabía nada de él. Nada me aseguraba que fuera a llevarme a casa, tal vez su destino fuera un descampado o un callejón oscuro. Estaba jugando con fuego, era consciente, pero por alguna inexplicable razón no me importaba. No sé qué tipo de fuerza extraña me empujó a acceder, tal vez la esperanza de que tuviera La oscura intención de poner fin a todo mi sufrimiento.
Me cerró la puerta y se sentó frente al volante. Me revolví incómoda, le tenía tan cerca… Dio ágilmente marcha atrás y salió del aparcamiento, dejando a los chicos de antes maravillados con el potente sonido del motor.

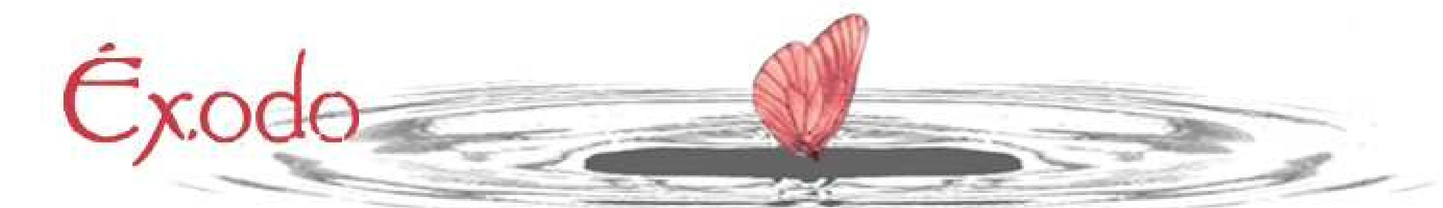
-La otra noche te dejaste algo.
Sin aminorar la marcha, se inclinó sobre mí para abrir la guantera, sujetando el volante con una sola mano. Sacó mi cazadora, doblada con cuidado, y me la puso en el regazo.
-Gracias- musité con un hilo de voz.
Hizo un ademán con la cabeza a modo de asentimiento. Me aclaré la voz con disimulo y abrí la mochila para guardarla dentro.
-¿Qué es eso?- me preguntó de pronto.
-¿Qué es qué?- dije, sorprendida de que existiera algo interesante entre mis cosas.
-Ese libro- alargó un brazo y apartó la manga de la cazadora que ocultaba el título del volumen de tapas desgastadas que había guardado esa mañana-. Romeo et Juliette- leyó arrugando la frente.
-No es mío- me apresuré a decir, incómoda.
Él volvió a centrarse en la carretera.
-Lo sé.- Eso me descolocó por completo-. Imagino que es de Lisange.
-¿Cómo lo…?
-Aquí todos nos conocemos bastante bien- hizo una breve pausa apretando con fuerza los dientes, se le marcaron los músculos de la mandíbula-.¿Lo ha vuelto ha leer?
-Supongo que sí, esta mañana, pero, ¿qué problema…?
-Le hace daño- me interrumpió.
¿Por qué Christian Dubois, gran predador; se preocupaba por Lisange?
-¿Acaso eso te importa?
-Es complicado.
-¿Por qué? ¿Por qué es tan importante ese libro?



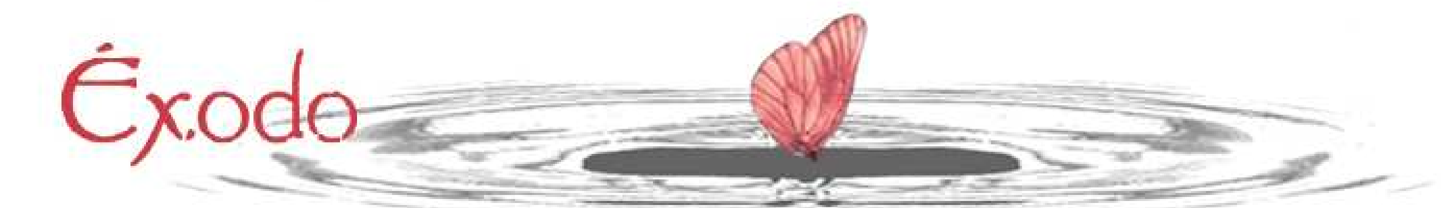
Mantuvo la vista clavado en la carretera.
-Pregúntaselo a ella.
Guardé silencio y miré por la ventanilla. La ciudad se movía muy deprisa a nuestro paso. Él retorcía el volante entre las manos.
-Creo que prefiero ir andando- aventuré-. Déjame aquí, por favor.
-De ninguna manera.
-¿Cómo que no?- respondí encarándole.
-Va a llover y no quiero que te mojes- confesó.
No pude evitar echarme a reír. Él no movió ni un músculo de la cara, la vena de su sien comenzó a palpitar.
-¿Te preocupa que coja un resfriado? Es un poco tarde, ¿no crees? Ya nunca más volverá a ocurrir.
Me miró severamente.
-Te crees muy graciosa. ¿no? La pintura que llevas encima se disuelve con el agua. ¿Quieres que la gente vea un cadáver andando en mitad de la calle?
-No había pensado en eso- reconocí casi en un susurro, avergonzada.
De repente, empezaron a chocar pequeñas gotitas contra el parabrisas. Justo lo que necesitaba en ese momento. Pero él no me miró con suficiencia ni me soltó un "ya te lo dije" como esperaba, sino que continuó mirando al frente, concentrado en la carretera y sujetando el volante mucho más de lo necesario.
-Debes aprender. Esto no es un juego, Lena. Hay muchas normas que no puedes pasar por alto. Si las desobedeces pensando en la muerte, permíteme decirte que hay cosas mucho peores.
Volví a mira por la ventanilla. No me había dado cuenta que ya había aparcado frente al hogar de los De Cote. Me sentí decepcionada, realmente su única intención había sido llevarme a casa.
-Imagino que volveremos a vernos- sentencié.
-Desde luego- sonrió de pronto pillándome por sorpresa-, aguardo ansioso tu respuesta.
-Respecto a eso tengo otra condición. El trato no afecta a los De cote, no quiero que ellos se vean involucrados de ninguna manera.
Torció el gesto.
-Conoces lo suficiente a esa familia como para saber que, si te hago daño, todos vendrán por mí.
-Entonces tendrás que encontrar la manera de que no puedan relacionarte conmigo. ¿Lo harás?
-Desde luego.
Asentí con la cabeza y salí sin decir nada más. Justo antes de cerrar la puerta tras de mí, oí que una voz salía del interior del coche.
-No le des el libro a Lisange.
Asentí de nuevo y me dirigí directa a la entrada, empujé la puerta abierta y entré una vez más en esa extraña casa. Fui directa hacia la salita y vi un poco a lo lejos a Lisange, sentada en el sillón más alejado. Se tocaba el pelo con impaciencia con una mano mientras se mordía el labio inferior, nerviosa. Nada más verme aparecer se levantó de un salto y se abalanzó sobre mí.
-¡Lena! Te he estado buscando; siento mucho lo de esta mañana.
-No pasa nada- la tranquilicé.
-¿Lo has visto?- me soltó de pronto-. Dime que lo cogiste, Lena, ¿lo tienes? Sí, lo tienes, ¿verdad que sí?
-¿A qué te refieres?- le pregunté a pesar de saber perfectamente a qué se refería.



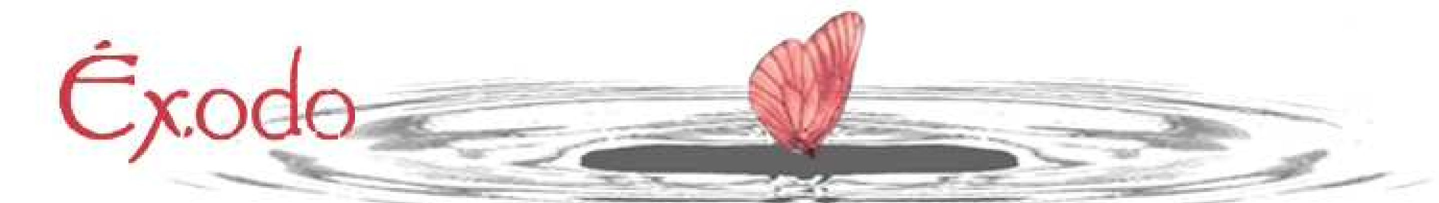
-Al libro, mi libro- me dijo impaciente-, lo necesito. Por favor, dime que lo tienes.
Me miraba con ojos de desesperación, suplicantes. Supongo que si pudiera llorar lo estaría haciendo. Sentí el impulso de decirle que lo tenía bien guardado en la mochila, pero la voz de Christian en mi cabeza fue más fuerte. Quizá fuese cierto que ese libro era malo para ella. Algo en mi interior me dio que debía fiarme de él por esa vez.
-Lo siento- musité.
Losange se desmoronó en el suelo con la cabeza entre sus manos. Solté la mochila sobre una mesilla cercana y me senté a su lado. La puerta, se abrió, sobresaltándonos a ambas, y entró Flavio con aspecto muy cansado. Se había quitado la chaqueta y desanudado la corbata. Tenía todo el cabello emparado y despeinado.
-Lena, Lisange- saludó haciéndonos un breve ademán con la mano. Su voz sonaba agotada y débil-. ¿Ocurre algo?- preguntó al vernos.
Losange se puso en guardia, se levantó y recuperó la compostura antes de que yo pudiera decir una palabra.
-No, Flavio, claro que no.
Ella se apresuró hacia un pequeño armario situado junto a la chimenea. Lo abrió y descubrí que en realidad era un congelador. Sacó de él una bolsa y se la acercó apresuradamente a Flavio.
-Gracias.
-¿Cómo te encuentras?- le preguntó ella.
-No lo estoy soportando demasiado bien este año, cada vez se me hace más difícil.
Le puso con delicadeza la bolsa en la frente y se sentó a su lado, con el semblante preocupado.
-Pasará más pronto de los que esperas.
-No lo creo, Lisange, no lo creo.
La puerta de la calle se abrió de nuevo dando paso a Liam, que entró silbando en el vestíbulo. Poco después apareció en el salón llevando una botella de cristal helada apoyada contra su cuello. También venía empapado, pero le daba un aspecto aún más atractivo.
-El calor ha comenzado antes.- Su voz sonaba ronca pero despreocupada-. El año que viene tendremos que cambiar de ciudad.
-¿Mudarnos? ¿Por qué?- pregunté.
-Esta temperatura es insoportable para nosotros- explicó Lisange, aún pendiente de Flavio.
-Pero si ni siquiera hace sol- señalé sin entender.
Flavio se apartó la bolsa de hielo de la cara y me miró fijamente.
-Eso no importa, Lena, recuerda lo que te conté. Cuando empieces a alimentarte, descubrirás lo abrasador que es el aire que circula por la ciudad.
En realidad, el lugar me daba lo mismo, pero sentí algo extraño al pensar en la idea de dejar de ver a Christian. Paré en seco mis pensamientos, ¿Por qué estaba pensando en él? Liam miraba con detenimiento a Flavio.
-Flavio, no estáis bien- afirmó más que preguntó.
-No, Liam, no lo estoy- concedió-. Se lo acababa de decir a Lisange; no soporto más este calor.
-Podemos instalar más sistemas de refrigeración- propuso Lisange.
-Sería inútil. En el trabajo no puedo seguir poniendo excusas por las bajas temperaturas de mi despacho. Creo que me iré a la montaña antes de lo planeado. Esta oleada de calor no es normal.
Liam abrió un cajón de la alacena de la sala de estar y extrajo de él cinco mandos a



distancia. Recorrió la habitación señalando con ellos a varios puntos. Cinco aparatos de aire acondicionado comenzaron a funcionar desde la parte trasera de cuadros o pequeñas esculturas. Lo miré asombrada, ¿tanto calor sentían?
-Un baño helado te ayudará.
-Sí- dijo él-, creo que iré a prepararme uno.
Losange se puso en pie y fue en busca de su bolso.
-Lisange, ¿a dónde vais?- le preguntó Liam.
-He de encontrar algo- fue su respuesta.
-¡Espera!- dije-. Te acompañaré.
Corrí detrás de ella.
-De acuerdo.
Tal y como imaginaba, nos dirigíamos en busca del libro que yo mantenía escondido en el interior de mi mochila. El primer lugar en el que nos detuvimos fue el aparcamiento de la biblioteca, pero, obviamente, no se encontraba allí. Después de registrar minuciosamente los alrededores del edificio durante casi una hora, regresamos al coche y continuamos buscando por toda la ciudad hasta que el sol se ocultó. Luego Lisange condujo hasta una zona en la que yo no había estado nunca, ni siquiera en mis pequeñas exploraciones en bici.
Salí del coche mientras miraba a mí alrededor. Era una zona casi desierta, se veían casas un poco a lo lejos, pero el lugar donde estábamos era básicamente un descampado, un terreno irregular de montículos de arena que deformaban el horizonte y sin luz, no había ni una sola farola. El sol ya se había ocultado, pero eso no pareció detener a Lisange.
-¿Por qué hemos venido a este lugar?- le pregunté.
-Cuando pienso, ando mucho. He estado aquí esta mañana, así que puede que se me cayera en algún momento.
-¿Aquí?
Ella asintió, abrió el maletero y me dejó una pequeña linterna; a ella, al parecer, no le hacía falta.
-No te alejes de mí, Lena. Esta zona es territorio de grandes depredadores. No nos alejaremos mucho, un rápido vistazo y nos vamos- me miró-, o tal vez sería mejor que me esperases dentro del coche.
-No, ni hablar. Yo te acompaño.
Eché a andar, Lisange me alcanzó en dos zancadas.
-Si oyes o ves algo raro, corre hacia él, ¿entendido?
-Claro- respondí. Empezó a asustarme.
La verdad es que la linterna me servía de muy poco, más allá de su luz no podía ver gran cosa y tampoco es que iluminara mucho. De todas formas, yo sabía que el libro no estaba allí. Losange estaba cada vez más nerviosa y eso me hacía sentir fatal.
Llevábamos cerca de un cuarto de hora allí cuando decidí que había llegado el momento de decirle la verdad, por mucho que Christian me hubiera pedido que no lo hiciera, no podía soportar verla así. Pero unos ruidos no muy lejanos desviaron mi atención.
Lisange se detuvo y oteó más allá de lo que yo podía alcanzar a ver.
-¿Qué ocurre?-le pregunté en un susurro.
-Apaga la linterna, Lena- susurró muy lentamente.
Hice lo que me dijo. En cuanto mis ojos se acostumbraron a la ausencia de luz, pude comenzar a apreciar ciertas formas entre los montículos de arena del descampado, no muy lejos de donde estábamos nosotras.
-Lena- volvió a susurrarme Lisange-, dirígete muy despacio hacia el coche y no hagas ningún ruido.

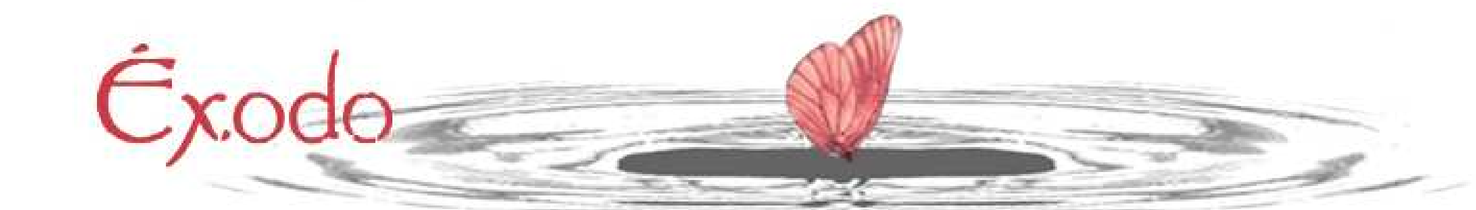


Agudicé el oído y fijé la vista intentando apreciar qué era lo que tanto le preocupaba a Lisange. Los ruidos que había escuchado antes llegaron ahora mucho más nítidos a mí; eran gritos, gritos de dolor acompañados de risas y algo parecido a gruñidos…
Lisange me cogió del brazo para empujarme hacia el coche, pero en ese momento mi visión también se aclaró y vi unas figuras, no sabría decir con exactitud cuántas, pero no muchas, centradas sobre algo que había en el suelo. Ya estábamos solo a un par de metros, pero no podía apartar la mirada de allí.
-Lisange….-dije-, tenemos que hacer algo.
-Ya es demasiado tarde- susurró entre dientes para no elevar el tono de voz-. ¡Vamos!
Entré aprisa en el coche y Lisange arrancó el motor inmediatamente después. Al dar la vuelta, los faros delanteros iluminaron la escena. Me quedé congelada en el sitio. No fueron más que unas décimas de segundo, pero sirvieron para que esa imagen se quedara grabada en mi memoria. Eran tres las figuras que agolpaban sobre un cuarto individuo tirado en el suelo. Había sangre, mucha sangre en torno a la zona del pecho de este último, y ahí, de pie, justo a su lado, con los labios echados hacia atrás y luciendo una brillante dentadura, estaba él: Christian. Me clavó una mirada penetrante, pero Lisange giró el volante con fuerza y salimos de allí a gran velocidad.
-Ahora entiendes por qué no queremos que salgas de noche, ¿verdad?- me dijo Lisange mientras vigilaba nerviosa por el espejo retrovisor.
-¿Qué era eso?- le pregunté aún aturdida.
-“Eso” eran grandes predadores divirtiéndose a costa de un cazador.
-¿Qué quieres decir?
Salió a la carretera principal.
-¿Acaso no lo has visto? Lena, ¡lo estaban torturando! No debí haberte traído aquí, ha sido una irresponsabilidad.
-¿No podíamos ayudarle?
-No, ningún cazador puede enfrentarse a un gran predador. Es imposible, ese pobre infeliz ha tenido muy mala suerte.
-Uno de ellos se parecía a…- Lisange me miró interrogativamente.
-¿A quién?- me apremió.
-Al de la biblioteca.
Ella asintió con la cabeza.
-Desde luego, es uno de ellos. No te mentí cuando te dije que era un asesino. Torturar a cazadores es el pasatiempo favorito de cualquier gran predador, por eso insistí en que debías alejarte de él.
Miré hacia atrás.
-¿De verdad no podemos hacer nada por él?
Se frotó los ojos con una mano y volvió a hablar, esta vez con voz cansada.
-Ni aunque se tratara solo de una podrías ayudarle. La lucha contra un gran predador está ya de antemano perdida.
-¿Lo matarán?
Volvió a echar un vistazo por el retrovisor.
-Probablemente no. Pero sería preferible que lo hicieran, es una gran humillación que te traten así. Servir de alimento para su instinto más sádico.
-Pero había sangre…- apunté-. Si el corazón no palpita, ¿cómo puede ser eso posible?
Ella frunció los labios con fuerza.
-Porque se lo estaban bombeando.
-¿Pueden hacer eso?- pregunté atónita. Losange se echó hacia atrás en el asiento y tomó aire lentamente.



-Eso y mucho más- continuó-. Lo hacen latir para que el dolor concentrado se reparta por todo el cuerpo, y a menudo introducen sangre de gran predador en él. La mezcla de los dos métodos es horrible. Si se descuidan pueden llegar a matar a su víctima. Además, suelen combinarlo con cualquier tipo de tortura utilizada por los humanos.
-Pero ¿podrá vivir si pierde tanta sangre?
-Se regenera, igual que la piel si sufres algún daño.- Me miró con el semblante muy serio-. Debes tener cuidado, Lena, los grandes predadores siempre están al acecho de cazadores. Es raro que tan solo hubiera uno allí, suelen capturar dos o tres a la vez.

Una duda acudió a mi mente: ¿acaso Christian me había pedido que no le diera el libro a Lisange porque sabía que lo buscaría allí? Una extraña sensación subió por mi espalda.



# CAPÍTULO 10

**Día de vaqueros**

De nuevo, el día era grisáceo. No había rastro del sol de unos días atrás, así que la gente había vuelto a enfundarse en sus abrigos y bufandas. Yo circulaba entre ellos, ajena a todos esos cambios de temperatura. Ver a los habitantes de La Ciudad pasar por mi lado resultaba muy extraño. Me sentía rara. Jamás podría ser de nuevo parte de ese mundo. Ahora conocía una parte del misterio más importante que ha intentado desentrañar el ser humano. Ya había pasado por lo que tantos temen y ellos transitaban por mi lado ignorando que yo tenía esa respuesta.

Es difícil saber un gran secreto y no poder compartirlo, pero para mí no era tan complicado. No lo veía como tal, ya que podía hablar de ello con todas las personas que conocía. No había especial peligro de que se me escapara por error porque no me relacionaba con humanos y no era plan de acercarme al primer desconocido y susurrarle la verdad al oído, ¿no? Además, en todas partes hay normas, y guardar ese conocimiento era una de las principales de mi nueva forma de vida. Seguramente, haberlo gritado a los cuatro vientos habría supuesto mi muerte de forma instantánea, pero no me ponía en peligro solo a mí, sino a todos los no-vivos en general.

Si de verdad quería poner fin a todo, debía buscar un plan B. La oferta de Christian seguía sin brindarme muchas garantías, y me daba miedo que convirtiera nuestro pacto en un espectáculo o en un juego, sobre todo después de lo que había visto con Lisange. En el peor de los casos, sabía que esa posibilidad estaba ahí, pero debía buscar alguna otra.

Un par de vehículos me adelantaron sin esfuerzo. Cuando llegué al cruce, un coche que venía a una velocidad considerable paró a medio metro de mí, bloqueándome el camino, y casi caigo sobre su capó beis. Oí chirriar unos frenos y unos pitidos de protesta detrás de mí.

-¡Lena! -Lisange salió del vehículo.
-¿Qué haces aquí? -le pregunté confusa.
-Entra, nos vamos.

La miré sin comprender. Ella se llevaba ya la bicicleta en dirección al maletero, así que

la obedecí. No tenía otra alternativa, con todos esos furiosos conductores esperando.

Lisange no le había comentado nada de lo que había visto conmigo a ninguno de los De Cote, al menos no delante de mí, y parecía que lo había olvidado, igual que la búsqueda de su preciado libro, con lo cual no me vi obligada a decirle que lo tenía a buen recaudo.

Aguardé un poco impaciente a que volviera a sentarse frente al volante.

-¿Ha ocurrido algo? -pregunté en cuanto volvió a mi lado.

Me miró confusa.

-¡Ah! No, no, solo he venido a buscarte.
-¿A mí? ¿Para qué?
-Quería proponerte una actividad.
-¿Y para eso has cortado el tráfico? -dije esbozando una pequeña sonrisita.
-A esta ciudad no le viene mal un poco de acción de vez en cuando... -alegó con fingida seriedad.
-¿Y qué es eso que tienes que contarme?

Puso el coche de nuevo en marcha.

-Se nos olvidó comentarte que tenemos la costumbre de ir a un club de equitación cercano.

-No sé montar -dudé-, o eso creo.

Ni por asomo podría haber adivinado que se trataba de algo así. Busqué en mi mente alguna referencia sobre el tema, pero no encontré nada de nada.

-Eso lo descubriremos cuando lleguemos allí. ¿Te apetece venir?
-¿Es una especie de tradición familiar o algo así?
-Podría ser, es algo que nos apasiona. Pero tú eres de la era de Internet y ese tipo de cosas, así que no sé si...
-La verdad es que no creo que sea buena idea -reconocí-. No estoy de humor para pelearme con un animal, y no quiero ser una carga. Preferiría que os lo pasarais bien sin mí.
-Yo creo que te vendría muy bien, seguro que consigues distraerte un rato. Puedes probarlo y, si no te gusta, no te obligaré a quedarte, te lo prometo.

Suspiré, tenía razón. Estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de alejar de mi mente el trato con ese gran predador.

-De acuerdo -acepté-, lo intentaré.

Dio una palmadita emocionada.

-¡Estupendo! La lástima es que nos quedan pocos días, en cuanto empiece a hacer más calor tendremos que dejarlo. Pero en invierno volveremos. Vas a ver, Lena, es precioso.

Dobló una esquina y enfiló una larga carretera recta, sin curvas. No tardamos más que unos diez minutos en llegar. Era un lugar completamente apartado de la ciudad, en pleno campo. El olor típico de los establos no tardó en llegarme, más intenso de lo que recordaba. Una larga cerca de madera, en cierto estado de descomposición, separaba el campo de la zona de aparcamiento. Apoyados sobre ella, esperaban Liam y Flavio. Ambos equipados para la ocasión con botas altas, cascos negros y ropa ligera. Liam, impecablemente blanco de arriba abajo, y Flavio de color verde militar. Sentí que desentonaba; a pesar de que toda mi ropa la había elegido Lisange, tenía la sensación de que yo no sabía combinarla; era imposible que pareciera tan elegante como ellos, o como Lisange.

Liam me premió con una gran sonrisa en cuanto me vio bajar, mientras Flavio saludaba a Lisange, que había saltado ya del coche para sacar del maletero sus cosas.

-¡Menuda sorpresa, Lena! -me dijo Flavio- Me alegro, de que hayas venido.
-Se me olvidó por completo decírselo esta mañana. -Lisange llegó a nuestro lado con un casco bajo el brazo y poniéndose unos guantes de montar- Por suerte la he encontrado viniendo hacia aquí.
-¿Os gustan los caballos? -me preguntó Liam.
-No lo sé -reconocí-, creo que no he intentado esto nunca.
-Podéis ir yendo a las cuadras -apremió Lisange-, voy a comprarle lo que necesita.

No me dio tiempo ni a despedirme. Lisange me arrastraba de la mano, casi a la carrera, hacia el interior del establecimiento.

Cuando entré tuve la certeza de que mi primera impresión de ese lugar había sido totalmente equivoca. No era viejo ni estaba casi abandonado, como había pensado tras ver las cercas de madera podrida. El interior parecía uno de esos exclusivos clubes que solo pueden verse en la pantalla de una televisión o en las fotos de alguna revista, y estaba casi desierto.

Lisange me condujo, ahora más calmada, al extremo más alejado, donde había un pequeño mostrador de madera de caoba frente a un gran muestrario de equipamiento ecuestre.

-Señorita De Cote, siempre es un placer recibirla. -Un hombre alto, espigado, de barbilla y larga nariz puntiagudas, hizo una solemne reverencia de cabeza a Lisange en cuanto la vio entrar. Luego elevó las cejas hasta casi juntarlas con el nacimiento del cabello y me miró-. ¿Un nuevo miembro en la familia?
-Renoir, le presento a Lena De Cote.

Me hizo la misma reverencia y me examinó con detenimiento, obviamente intentando averiguar dónde estaba el parecido. Era más que evidente que no iba a encontrarlo en ninguna parte.

-¿En qué puedo servir a las señoritas?
-Es la primera vez que Lena viene, necesitará todo el equipamiento.



Eché un vistazo a la etiqueta de unos guantes que había junto al mostrador, la cifra casi me hizo tambalear.

-Lisange, la verdad es que no creo que necesite todo esto rechacé- La gente suele montar sin estas cosas.

Renoir soltó un pequeño bufido de indignación.

-No te preocupes por nada, Lena, considéralo un regalo de bienvenida.
-¿Te parece poco todo el armario que me compraste? –le pregunté entre dientes.
-Eso no fue nada -dijo ella haciendo un ademán con la mano, quitándole importancia. De pronto, algo me quitó parcialmente la visión. Miré hacia arriba, Lisange me había colocado algo sobre la cabeza-. Demasiado grande -comentó ella para sí misma mientras cogía otro.

Me resigné. Un nuevo casco cayó sobre mis ojos, pero este parecía que no me limitaba mucho la visión.

-¡Perfecto! -exclamó.

Intenté no imaginar qué aspecto tendría con esa cosa puesta, me sentía demasiado ridícula. En cuanto Lisange dio media vuelta para seguir buscando cosas, me lo quité para examinarlo desde fuera, era idéntico al de Flavio. Alguien detrás de mí me lo arrebató de las manos; era Renoir, que me miraba muy indignado. Me hizo sentir como si él fuera un ser superior y yo solo escoria.

-Necesitaremos botas de montar.

Él apartó la mirada de mí y se dirigió a Lisange.

-¿Qué talla?

Iba a responder, pero ella se me adelantó.

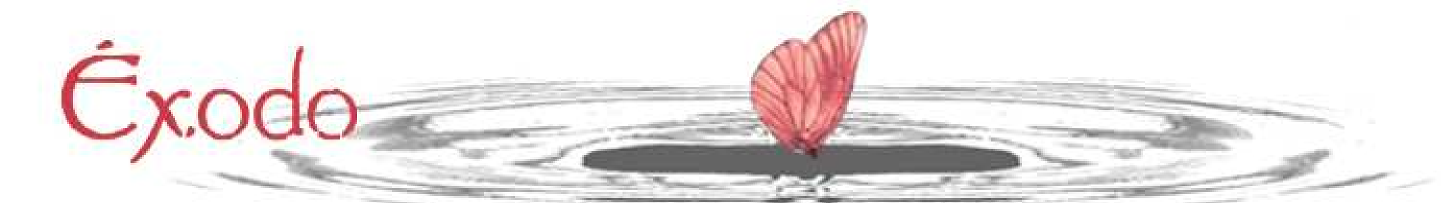
-37.

Él dio media vuelta y se alejó hacia una estancia trasera.

-¿Cómo sabes mi número?
-Llevo siglos comprando ropa, créeme, puedo adivinar la talla de cualquier persona -admitió encogiéndose de hombros.

Tenía lógica, ¿qué esperaba? ¿Qué me hubiera medido mientras estaba inconsciente? Renoir regresó con un gran paquete rectangular que me entregó. Me calcé las botas con algo de esfuerzo pero, para mi sorpresa, se adaptaban bastante bien a mí.

-¿Y bien? -quiso saber Lisange.
-Sí...
-Estupendo, ya está todo entonces. Llévatelas puestas, Lena, así ahorraremos tiempo.



Se dirigió al mostrador y dejó unos guantes negros, como los suyos, al lado del casco. Guardé mis zapatillas en la mochila que llevaba colgada al hombro, retrasándome todo lo que pude para no descubrir el precio total de la compra. Estaba segura de que era una cuantiosa suma de dinero, y me sentiría mejor sin saber la cifra exacta. Cuando vi a Lisange extender su tarjeta de crédito, supe que ya era el momento adecuado de reunirme con ella. Me puso la compra en el regazo mientras Renoir se deshacía en halagos hacia ella, y salió por la puerta. La seguí.

-¿Desea la señorita De Cote dejar sus pertenencias en la taquilla? -me preguntó Renoir justo antes de salir yo por la puerta. Miré hacia fuera, Lisange se acercaba ya hacia Liam y Flavio. Me encogí de hombros.
-Sí, de acuerdo.

Avancé deprisa hacia él y posé la mochila sobre el mostrador.

-Se la guardaré en su taquilla.

Debió ver reflejada la confusión en mi cara, porque añadió con voz monótona:

-La de los De Cote, querida. -Me señaló un gran rectángulo tras el mostrador en el que ponía el nombre “De Cote” escrito con letras doradas en cursiva. Cada familia debía de tener una, porque a su alrededor había otros nombres: Bryar, Dylan, Lavisier, Andrews, Dubois... ¿Dubois?

Le vi dejar mis cosas cuidadosamente en la cavidad de madera de caoba, luego se volvió hacia mí con una sonrisa, ahora mucho más pronunciada.

-Espero que tenga un buen día, señorita De Cote.
-Gracias...

No sé si se trataba de sus facciones puntiagudas, de su mirada de ave rapaz, de su tono de voz aún más afilado o de la expresión de su rostro, pero ese hombre me daba grima. Huí veloz de allí, dando gracias por salir de nuevo al aire libre.

Diez minutos después, quedó más que demostrado que mis conocimientos sobre equitación eran nulos. Me habían elegido un caballo de color caramelo que se suponía que era muy dócil, pero a mí no me hacía caso, iba por donde quería y al ritmo que él marcaba.

-Apretad las rodillas -indicó Liam a un lado, cabalgando sobre un precioso ejemplar negro andaluz-. Debe saber que sois vos quien mandáis.
-No creo que haya tenido nunca habilidades de liderazgo -le dije luchando para que El Cordobés siguiera una línea recta.

Daba igual lo que hiciera, me sentía torpe, extremadamente torpe y ridícula.

-No le temáis, si ve que dudáis habréis perdido la batalla.
-Ya estaba perdida antes de empezar -jadeé.

Me estaba poniendo nerviosa. El caballo se movía inquieto debajo de mí y además, para aumentar mi desesperación, el casco se me caía sobre los ojos cada dos por tres, limitándome la visión. Suspiré resignada, sentía ganas de quitármelo y lanzarlo ladera abajo; lo que más me apetecía en ese momento era apearme de ese caballo y regresar a casa donde, al menos, no me sintiera tan horriblemente inexperta. Liam me miraba con una extraña sonrisa, como si ese momento tuviera algo de entrañable.

-Preparaos -avisó de pronto.
Lo miré con los ojos muy abiertos.
-¿Qué vas a hacer?
-Voy a ayudaros. Sujetad bien las riendas.

No me dio tiempo casi ni a reaccionar, sacó una pequeña fusta de debajo de un brazo y la hizo sonar en los cuartos traseros de mi caballo. El Cordobés y yo salimos despedidos hacia delante. Proferí un grito del susto. Intenté sujetarme como pude, con las rodillas bien apretadas. ¿Cómo era posible que pudiera correr a esa velocidad?

-¿Mejor?

Liam ya me había alcanzado y cabalgaba a mi lado con una espléndida sonrisa en los labios. Le lancé una mirada aterrada como única respuesta y él rió alegremente.

-Ya cabalgáis como una auténtica amazona ¬bromeó- Seguidme.

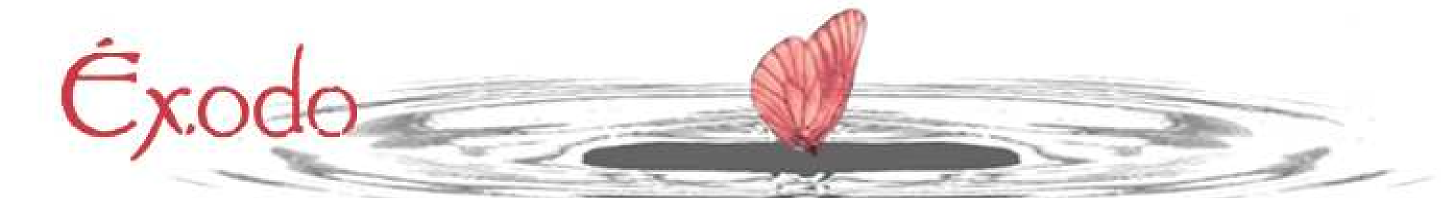
Me adelantó con tanta elegancia que podría haberme hecho perder el equilibrio.

La verdad es que, una vez pasada la primera impresión, sí que resultaba reconfortante atravesar bosques y prados a esa velocidad. Era como estar en una película del Oeste. Seguí a Liam a través de toda una arboleda, cruzando bajo una gran gama de tonos verdes, todos ellos muy vivos. El sol se filtraba entre las hojas de las copas arrancando destellos de luz de las hebillas de Liam. Salimos a una planicie donde, a lo lejos, podía verse el mar algo alborotado. En el linde del bosque nos esperaban Lisange y Flavio.

-Estábamos a punto de regresar para ver qué os había ocurrido -me dijo Flavio ayudándome a desmontar.
-No conseguía hacerle andar -reconocí algo avergonzada mientras intentaba no tambalearme al pisar suelo firme-, él me ha ayudado.
-Liam siempre tan galán...
-¿Qué tal la experiencia? -preguntó Lisange uniéndose a Flavio.
-Ha sido... -intenté buscar la palabra adecuada- intensa.

Sonreí, para demostrar mi contento. Había conseguido sentirme mejor durante unos minutos, e incluso en ese momento a causa de la emoción del trayecto. Miré alrededor.

-¡Vaya! -exclamé.



El sol comenzaba a caer reflejándose en la superficie del mar, miles de brillantes centelleaban al ser regados por los últimos rayos de luz. Durante un instante, los cuatro nos quedamos en silencio observando el maravilloso espectáculo que nos ofrecía la naturaleza.

-Cientos de años y me sigue pareciendo un prodigio -susurró Liam a mi lado.
-Es precioso -admití-. Todo: el bosque, los caballos, el mar...

Flavio pareció ser el primero en salir del trance. Montó de nuevo en su caballo y añadió:

-Grábatelo en la mente, porque no nos queda mucho tiempo este año para disfrutar de todas estas maravillas.

Lisange se acercó a él.

-Pero las vistas de la cabaña tampoco están nada mal -apuntó ella-. Me encanta ese sitio.
-¿De qué lugar habláis? -pregunté.
-De la casa de la montaña -me aclaró ella-. No está demasiado lejos de aquí, pero es un lugar lo suficientemente elevado como para que allí incluso nieve. Te gustará. -Abrió mucho los ojos-. Eso me recuerda que tenemos que empezar a prepararlo todo.
-¿El qué?
-Las cosas para marcharnos -me respondió Flavio-. Pasaremos allí el verano y, en septiembre, regresaremos.
-Pero para eso aún queda bastante tiempo -señalé.
-Sí, así es, pero, como este año el calor es más abrasador de lo normal, hemos pensado en ir allí antes, unos días, y así lo vamos organizando todo -explicó Lisange.

Sentí un nudo en el estómago.

-¿Una carrera? -propuso de pronto Flavio.
-Esa es una gran idea, *monsieur* -felicitó Lisange con una gran sonrisa mientras volvía a montar en su caballo-, ¿qué opinas, Lena?

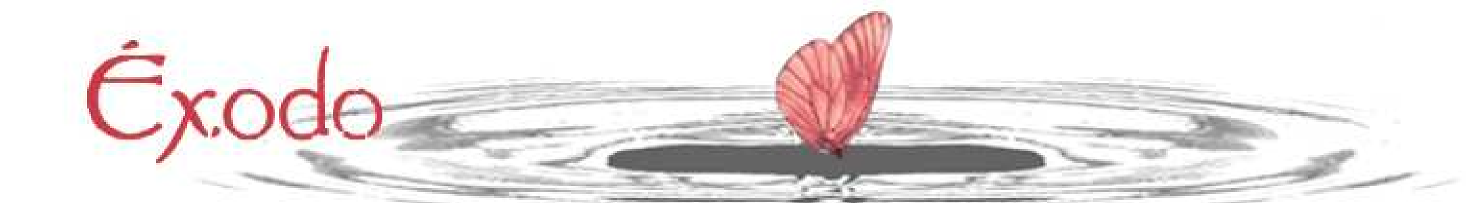
*¿Yo? Definitivamente, no.*

-Creo que prefiero dar una vuelta, puede que recorra la zona de ahí abajo con la bicicleta.
-Puedo quedarme contigo si quieres -aseguró.
-No, Lisange, en serio, nos veremos luego en casa.

Evaluó un momento mi expresión.

-De acuerdo, pues, allá vamos -dijo Flavio marcando el camino hacia la carrera.

Lisange y Liam le siguieron. Yo me quedé rezagada ahí un instante, había visto algo, o más bien a alguien, observándonos con mucha atención entre el follaje, pero estaba demasiado lejos para poder distinguir de quién se trataba.



-¿Lena? -Lisange había vuelto a buscarme-. ¿Seguro que estarás bien?
-Sí... -Desvié un instante la vista hacia ella, pero, cuando volví a mirar, el rostro ya no estaba. Sacudí la cabeza, seguramente lo había imaginado así que presté atención de nuevo a Lisange-. Estaré bien, pero creo que tú vas a perder una carrera.

Ella irguió mucho la espalda sobre su caballo y añadió con voz solemne:

-¡Ja! Aún no ha llegado el día en que un De Cote me gane en campo abierto.
-¡Pues corre! -exclamé.

Sonrió una última vez y desapareció entre los árboles.

Dejé a El Cordobés en las cuadras antes de regresar a por mis cosas. Sentí un ligero alivio. La experiencia había sido increíble, pero los caballos no eran lo mío.

-¿Ha disfrutado del día, señorita De Cote? -me preguntó Renoir cuando regresé a por mis cosas.
-Sí, ha sido bonito -reconocí.
-No la habíamos visto antes, ¿hace mucho tiempo que llegó a la ciudad?
-No, hace solo unas semanas.
-¡Qué interesante! -me dijo mirándome con los ojos muy abiertos, parpadeó dos veces y me entregó mi mochila-. Espero verla de nuevo por aquí, señorita.

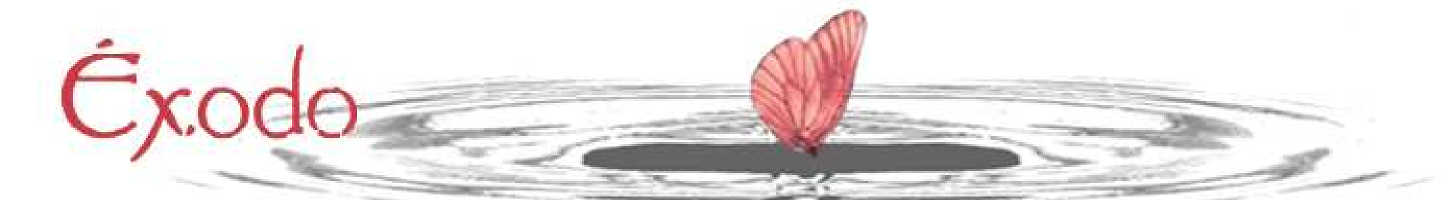
*¿Por qué de repente se mostraba tan amable conmigo?* Me encogí de hombros, tal vez se debiera a la gran suma de dinero que Lisange acababa de dejarle gracias a mí.

Me deshice de las botas, los guantes y el horrible casco y lo guarde todo en el maletero. Saqué la bicicleta y me alejé de allí. Pocos minutos después llegué al lugar que había visto desde el club. Era una zona desierta, tanto de gente como de edificios o coches. Un pequeño acantilado a orillas del mar. Era bastante escarpado, en lo que supuse que era su aspecto más salvaje, pero no debía medir más de unos quince metros de altura y las vistas eran espléndidas.

Me senté en una piedra, la más lisa que encontré casi en el borde, con toda la inmensidad del océano extendiéndose ante mis ojos. Era tan insignificante en comparación con esa maravilla de la naturaleza... Así me sentía, demasiado pequeña respecto a todo lo que me rodeaba. Todo me superaba, y yo no era capaz de comprender nada.

La fuerte brisa procedente del horizonte me revolvía el pelo y lo hacía chocar contra mi cara, el salitre inundó mi cerebro y me embriagó una ligerísima sensación de bienestar. Esa particular fragancia contrarrestaba el hecho de que no pudiera sentir el frescor de la brisa en mi piel. Mi mente trabajaba horas extras intentando encontrar una explicación decente y satisfactoria para averiguar qué hacía yo en ese lugar.

Había pasado casi un mes desde que había despertado siendo lo que ahora era, y nada parecía haber cambiado, no me estaba adaptando sino más bien lo contrario, cada vez me empecinaba más en negarlo todo y en huir de allí, pero, siendo sincera conmigo misma, ¿a dónde podría ir? Al menos me trataban bien, no podía ni pensar en qué ha ría



sido de mí si no hubiera sido así. Me imaginé sola y perdida en medio de ninguna parte y me estremecí. Debía dar gracias, al fin y al cabo, por no estar desamparada en ese nuevo mundo.

No todo estaba perdido, por supuesto, seguía existiendo mi pacto secreto con Christian Dubois. Aunque, por alguna razón, no era capaz de darle una respuesta; quizá la opinión de Lisange me había influenciado más de lo que creía, y no me fiaba de él, su repentino cambio de parecer era demasiado extraño como para creérmelo. Nada me garantizaba que fuera a cumplir con su parte del trato, solo su palabra y, por lo que Lisange decía, no valía mucho.

Si los grandes predadores eran sádicos, y él me había afirmado que no podía garantizarme una muerte indolora, es porque seguramente no lo haría de la forma que yo deseaba. Quizá solo estuviera buscando una víctima para divertirse acabando con ella. Mi cuerpo se tensó. Un exquisito aroma mezclado con la brisa del mar puso mis sentidos en alerta. Sentí su presencia incluso antes de que pudiera relacionar esa fragancia con su nombre. Miré en su dirección. El viento alborotaba su cabello, como el mío, apartándolo de su rostro y dejando su frente despejada. Ahí relucían esos impenetrables ojos negros que tanto le caracterizaban y que, por alguna razón desconocida, a mí tanto me gustaban. Su piel nívea relucía bajo la luz del sol, de la misma manera que una hoja de papel en blanco, haciendo daño a la vista, como una concha blanca de la arena que devuelve la luz del sol.

Se sentó a mi lado, con los brazos apoyados sobre las rodillas y las manos entrelazadas. Miró al horizonte durante un par de segundos y luego a mí.

-¿En qué estabas pensado? -preguntó sin saludar.

Dudé un momento, aún no había olvidado lo que había visto con Lisange.

-En la muerte -le respondí.

No pareció sorprendido.

-Un tema demasiado complicado para estas horas.

El cielo comenzaba a cambiar sus tonos azules por otros carmesí y el sol se veía ahora más anaranjado y redondo. La superficie del agua reflejaba el espectáculo de las nubes. ¿Por qué no sentía miedo al verle, al tenerle tan cerca de mí? Seguramente porque mi instinto de supervivencia había sucumbido al poder de su mirada.

-Llevo tiempo intentando adivinar por qué a mí.
-Eso es algo que todos nos preguntamos -respondió riendo entre dientes.

Volví a concentrarme en el mar, pequeños estallidos de espuma poblaban la superficie agitada por el viento.

-Me gustaría saber cómo ocurrió.

Él también fijó su atención en el océano.

-Es comprensible.
-¿Tú sabes lo que te sucedió a ti? -Asintió lentamente con la cabeza, con el semblante serio-. ¿Qué pasó? -quise saber, ladeando la cabeza hacia él.
-Esa es una pregunta demasiado personal.
-¿No vas a respondérmela? -pregunté.
-No.

Fue un "no" rotundo y tajante. Aparté la vista avergonzada.

-Lo siento.
-No lo lamentes, pero no vayas por ahí preguntándole a la gente cómo murió, no está bien visto.

Guardamos silencio.

-¿Crees que existe el cielo?
-Existimos nosotros; así que todo es posible. Nadie ha pensado nunca en la posibilidad de que la gente se convierta en esto cuando muere. -Se echó un poco hacia atrás con una risa amarga-. Pero, si existe, desde luego yo nunca iré allí.

Sonreí con tristeza. Él se concentró de nuevo en el horizonte. Las últimas luces daban un nuevo brillo a sus ojos. Cogió una piedrecilla del suelo y la hizo girar distraídamente entre sus dedos. Lo observé de forma involuntaria.

-Tienes unas manos preciosas -susurré, e inmediatamente después ladeé la cabeza avergonzada, pero él sonrió con tristeza a la lejanía.
-Capaces de aplastar el cráneo de un hombre sin apenas esfuerzo o de consumir una vida más rápido que el fuego.
-Se supone que la belleza tiene su precio.
-¿Este? -preguntó con voz apagada.
-Supongo que no compensa -suspiré.

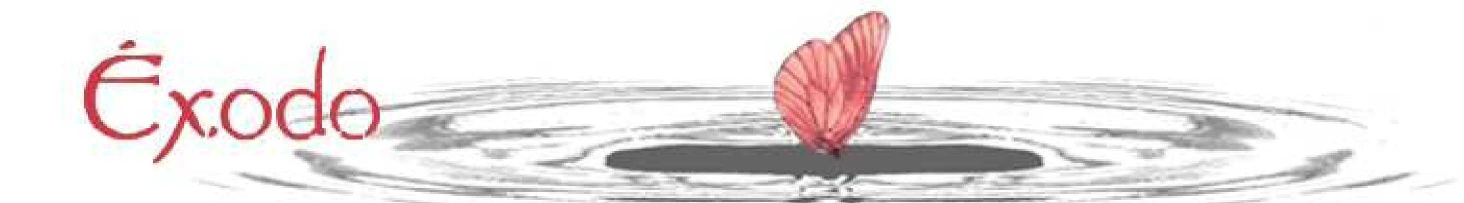
Él me sonrió.

-Estoy de acuerdo, hay algo morboso en todo lo que rodea a la muerte. Esos pobres infelices hablan de ella de forma poética, incluso le brindan culto o la persiguen, ¡qué incoherentes y necios!
-¿Crees que es justa?

Concentró su atención en la piedra que aún rodaba entre sus dedos.

-No soy quién para juzgarla. Yo tengo lo que merezco pero no es así en muchos casos, hay gente buena que debería vivir mucho más tiempo.
-Y, en cambio, parece que los malos son los que más viven.

Me miró con un renovado interés.



-Discrepo en eso. Yo era bastante joven cuando me ocurrió. -Hizo una pausa mientras curvaba la comisura de sus labios en una sonrisa-. ¿Eso echa por tierra tu teoría?
-En realidad no, porque te ocurrió joven, pero ahora tienes toda la eternidad por delante, lo que prueba que los malos son huesos duros de roer.

Su expresión fue una mezcla algo extraña entre diversión y ansiedad. ¿Me lo estaba imaginando o él estaba bajando las defensas?

-Así que crees que soy malo...
-Solo he continuado el ejemplo que tú has puesto.
-Me parecía poco cortés nombrarte a ti como ejemplo.

Endurecí el tono.

-Yo no lo soy.

Acentuó su sonrisa.

-No, claro que no, solo intentaba bromear.

Arqueé una ceja. Ese verbo no era el primero que se me ocurriría asociar con él.

-La otra noche te vi, atacando a un cazador -solté de pronto.
-Soy consciente de ello. -Me revolví inquieta-. ¿Creías que iba a negarlo? -me preguntó.

Miré la piedrecilla que aún rodaba en sus manos.

-No, es solo que no imaginaba que fueras a reconocerlo sin más. Siempre haces lo mismo y eso me desconcierta.
-Creo que en todo este tiempo he dejado claro lo que soy, no tendría sentido contradecirme ahora.

En el fondo, él tenía razón.

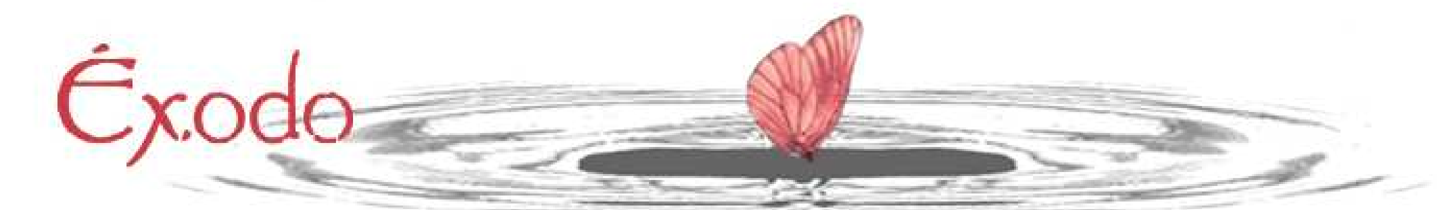
-¿Qué fue de él?
-Si lo que quieres saber es si lo matamos -dijo adivinando mis pensamientos-, puedes estar tranquila, no es algo que hagamos a menudo. Odiamos el silencio que se produce cuando acabamos con alguien. -Observó la piedra un momento-. Hernan lo soltará en un par de días.

Lo miré con atención.

-¿Pretendes asustarme?
-No -sonrió para sí mismo-, conozco métodos mucho más efectivos para lograrlo.

Sujetó una piedra con fuerza y la lanzó por el acantilado, hacia las profundidades del mar.

-¿En qué piensas ahora? -me preguntó, volviéndose hacia mí.



-En nada -mentí.

Miró la labor de mis manos.

-No es que a mí me importe, pero hay mucha gente que se preocupa de que esa hierba, que tú estás arrancando, crezca.

No era consciente de que había estado tirando de pequeños brotes de césped mientras pensaba. En cuanto lo vi, las aparté de inmediato para evitar un estropicio aún mayor. Suspiré.

-¿Qué haces aquí? -Esperaba que no hubiera venido a buscar a una nueva víctima que torturar, especialmente porque no había nadie más alrededor.
-Te vi pasar y temí que quisieras lanzarte por el precipicio. -Creí que bromeaba, pero su tono era serio.
-¿Crees que me tiraría aun sabiendo que sería inútil?

Torció el gesto y dudé.

-¿Habría servido de algo? -musité.
-Solo si lo que pretendes es calarte hasta los huesos, pero no creo que esa hubiese sido tu intención.
-No pretendía hacerlo -reconocí, sorprendida de que no se me hubiera ocurrido esa idea-, solo quería pensar. -

Se echó un poco hacia atrás.

-Bien, no me apetecía ir a buscarte ahí abajo. -Me volví hacia él, no sabía cómo tomarme esas palabras-. Tu muerte me pertenece, Lena. Debo asegurarme de que nadie se me adelante.

Mi cuerpo se tensó.

-Aún no he aceptado tu trato -le recordé con voz grave.
-Esperaré.

El cielo adquirió tonos magenta, veteados por una amplia gama de azules oscuros. El sol casi había abandonado por completo el horizonte.

-Es hora de que regreses.

Asentí lentamente. Me tendió una mano para ayudarme a levantarme, pero la rechacé. El gesto me sorprendió, pero no quería que me viera como una auténtica inútil que solo piensa en lanzarse por precipicios.

Cuando regresamos a la carretera vi su flamante coche aparcado junto a mi bicicleta. La verdad es que, al lado del suyo, mi medio de transporte parecía un desfasado juguete infantil.

-No entiendo por qué te trasladas en "eso" –reconoció él-. ¿No te han comprado un coche?
-No quiero conducir, creo que sería un peligro para la población -mascullé.
-Absurdo -susurró él para sus adentros.

Abrió el seguro del coche a distancia y me abrió la puerta.

-Regresaré por mi cuenta, gracias -le dije con voz dura.
-Sube, llevaré esa cosa en el maletero.
-No... -Me sentí ofendida por cómo se había referido a mi pobre vehículo-, prefiero ir pedaleando.

Cogí la bicicleta y me subí. Él parecía un poco contrariado.

-Te seguiré por si cambias de opinión.
-No voy a hacerlo -le grité mientras me alejaba.

Se metió en el coche y arrancó el motor. El carril estaba vacío, así que reduje la velocidad todo lo que pude con la intención de que desistiera y me dejara volver sola, pero, al parecer, no funcionó. Volví la vista atrás y lo vi, siguiéndome con el codo apoyado en la ventanilla bajada, muy atento a cada uno de mis movimientos. En cuanto me vio girarme hacia él, señaló con un dedo la carretera, advirtiéndome que volviera a mirar hacia delante. Puse los ojos en blanco y sacudí levemente la cabeza. No debería hacer tratos con ese gran predador.

Llegué a casa sin problemas, aparqué junto a la puerta y me volví hacia Christian. Él ya me miraba apoyado contra el capó.

-No me he perdido -le eché en cara aproximándome a él-, y tampoco me ha atacado una manada de lobos salvajes.
-¿Eso es bueno o malo?
-Depende para quién.

Me di la vuelta sin despedirme y regresé a la casa.

# CAPÍTULO 11

**Cazador cazado**

Entré en mi habitación, necesitaba distraerme de alguna manera. Me senté en la cama y cogí el libro que descansaba sobre mi mesilla, Liam me lo había recomendado unas semanas atrás pero, con todo el trabajo extra que me había puesto Flavio, no había tenido tiempo más que para leer tres o cuatro capítulos. Ese parecía un buen momento para retomar la lectura, así que lo abrí y comencé a leer. Me costó concentrarme, siempre me pasaba lo mismo después de ver a Christian; era como si mi cerebro desconectara sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo, y odiaba que eso ocurriera. Me impedía pensar, razonar e incluso dormir en muchas ocasiones. Unos golpecitos me devolvieron bruscamente a la realidad. Levanté la vista hacia la entrada, alguien había llamado. Un segundo después, el rostro preocupado de Lisange apareció tras mi puerta.

-¿Puedo entrar? -preguntó.

Su voz tenía un matiz sombrío que no me gustó ni un pelo; algo debía de ir mal.

-Claro. -Cerré el libro sobre mis piernas cruzadas, una vez más no había conseguido avanzar ni una sola página- ¿Ocurre algo?
-Por eso he venido.

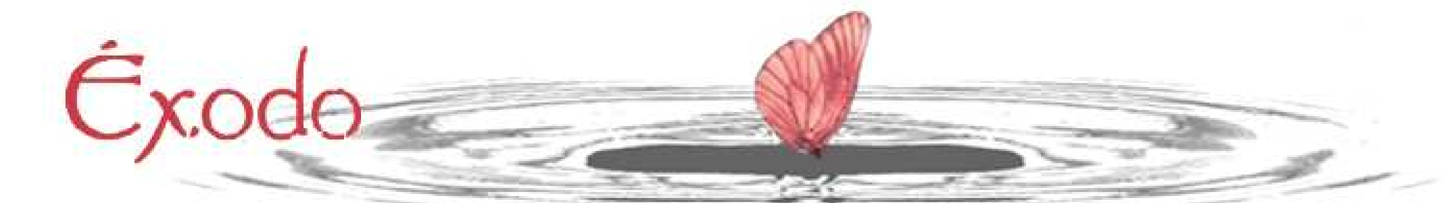
Me incorporé en la cama.

-¿Qué quieres decir?
-Dímelo tú, Lena...

La miré sin adivinar a qué se refería.

-Os he visto en ese acantilado -dijo sin alzar la voz-. Ya sabes de qué hablo, así que no hay necesidad de entrar en detalles.

Sus ojos destilaban una mezcla de emociones incomprensibles. ¿Enfado? ¿Sorpresa? ¿Temor? ¿Dolor? Entonces, recordé que ellos no estaban al corriente de que mantenía contacto con un gran predador. Al parecer, ella acababa de darse cuenta y, desde luego, no lo aprobaba.



-Me he encontrado con él por casualidad -confesé con voz inocente.
-Pero ha venido aquí, he visto su coche.

Se acercó a mi ventana y echó una rápida ojeada al exterior, comprobando si ya se había ido.

-Sí, ha insistido en seguirme.
-¿Para qué?

Debía contarle la verdad antes de que empezara a pensar cosas extrañas de él.

-Solo quería asegurarse de que llegaba bien.

Ahí estaba, lo acababa de decir. Si había algo que tenía claro, era que Lisange no tenía un pelo de tonta así que, tal y como imaginaba, captó perfectamente lo que implicaban esas palabras.
Apartó su atención de las cortinas y se dirigió a mí. He de decir que me intimidó, nunca había visto a Lisange de esa manera, con los ojos tan salidos de sus órbitas. Cogió aire y me preguntó:

-¿Desde cuándo te estás viendo con él?

Sentí una gran presión; estaba acorralada.

-Desde hace un tiempo, pero no lo he visto más que unas cuatro veces -me apresuré a añadir.

Se cruzó de brazos y miró hacia otro lado intentando serenarse. Parecía que estaba haciendo un gran esfuerzo para controlarse y eso me alarmó aún más. Aguardé unos segundos a que ella volviera a hablar.

-Lena, te dije que era muy peligroso, te advertí por tu propio bien que no te acercaras a él. Necesito que me cuentes qué está ocurriendo -pronunció intentando aún moderar sus nervios.

*¿Cómo podía decirle que lo había hecho precisamente por eso?*

Me encogí de hombros.

-Nada importante.

Bueno, ahí, por su bien y por el mío propio, sí que debía mentir. Me negaba por completo a confesarle la verdad.

-Debe de haber una razón-dijo dando unos pasos hacia mi-, una buena explicación por la cual te arriesgues a acercarte a él poniendo a toda la familia a su alcance. Dime un solo motivo que justifique que te relaciones con el peor gran predador de esta ciudad.



Guarde silencio, no podía contarle la verdad.

-Lena -endureció el tono de su voz-, ambas sabemos lo que ese chico es. Prometiste que no te acercarías a él.
-Lo sé, pero...

Ella paró en seco de andar de un lado a otro y me miró a los ojos de forma fija, penetrante.

-Ese “clan” es uno de los más peligrosos de cuantos existen. Su instinto animal es brutal. Él y Hernan son verdaderas bestias, carniceros -resaltó por si no me había quedado bastante claro-. Han matado y torturado cientos de veces, más incluso de lo que es normal para uno de los suyos. -Hizo una breve pausa-. Sé que cuando lo miras no lo parece, pero ahí radica gran parte de su monstruosidad, es lo que le diferencia de Hernan, para la mayoría de sus víctimas es extremadamente cautivador.

De eso ya me había dado cuenta...

-Él no ha intentado -*querido*- hacerme daño -dije.
-Eres nueva aquí, créeme que conozco a ese gran predador bastante mejor que tú. Lo único que busca es una nueva víctima para sus juegos.

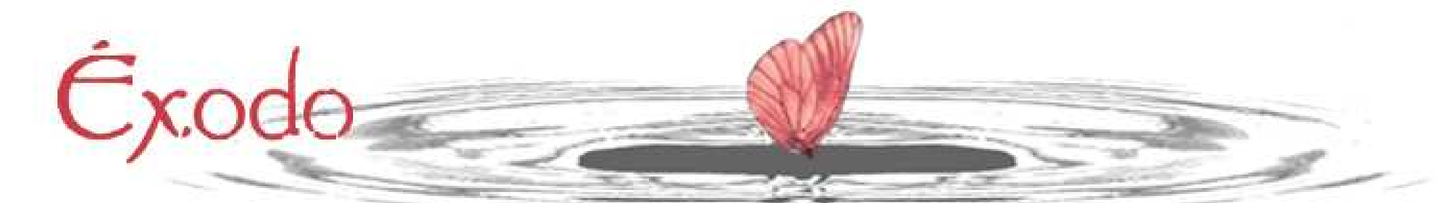
Sabía que ella tenía bastante razón y, en realidad, yo no tenía ningún argumento para defenderlo. No podía basarme en nada más que en el hecho de que no había querido matarme en el momento en que se lo pedí, y tampoco podía darle esa explicación a Lisange. Solo me quedaba contarle la verdad, o al menos una parte de ella. Tomé aire.

-Él fue sincero conmigo -musité. Sabía que esto le dolería, pero la otra opción sería aún peor-. No me mintió sobre accidentes. -Bajé la vista, no podía enfrentarme a sus ojos-. Respondió a mis preguntas.

Me arrepentí de volver la cabeza en el último momento para mirarla, porque la expresión de dolor y desilusión que invadió los ojos de Lisange fue tan fuerte que podría haberme partido el corazón. Ella se había esforzado mucho en hacerme sentir acogida, y ahora yo se lo agradecía así. Me dolía dañarla de esa forma, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

-¿Y de qué manera crees que puede responder a tus preguntas un gran predador? Por el amor de Dios, Lena, no son de fiar. Él no debería haberlo hecho.
-Pero lo hizo -dije poniéndome en pie-, y eso era lo que yo necesitaba. ¿Sabes cuánto tiempo estuve intentando averiguar qué le ocurría a mi cuerpo?
-Lena... nosotros solo pretendíamos protegerte. Eres tan frágil... -añadió en tono abatido.
-¡Vale ya! -exclamé. Sentí un cúmulo de tensión contenida y no pude refrenarlo-. No lo soy. Retrasar la noticia no me habría hecho más fuerte ni tomármelo mejor. Christian solo me lo confirmó. ¿Tienes idea del sufrimiento que me habríais ahorrado si me lo hubierais contado desde el principio? Si me hubierais dicho... -Tomé aire por el dolor que me producía la verdad de mis palabras- que jamás recordaré nada de mi vida.

Me dejé caer en la cama y hundí la cabeza entre mis manos.



-Eso no es cierto... -Lisange se sentó a mi lado, mucho más calmada.

Levanté el rostro para mirarla.

-No, claro, solo es cuestión de tiempo. ¡Siempre es cuestión de tiempo! Podríais haberme dicho que con eso no os referíais ni a hoy ni a mañana, sino tal vez a dentro de medio siglo más o menos. ¿Y qué pasará si no llego a vivir esos cincuenta años?
-Nadie sabe eso con certeza... y no hay razón para que no sea así.
-¡PERO YO NO TENGO TANTA PACIENCIA! -exclamé.

Lisange inhaló aire profundamente, luego lo expulsó despacio; mi grito la había desconcertado. Se levantó de la cama y se dirigió a la puerta.

-Siento mucho no haber sido capaz de ayudarte, Lena -dijo apretando los labios con fuerza, como si intentara no llorar a pesar de no poder hacerlo-. De verdad que lo siento.
-No, Lisange...

Pero ella ya había salido por la puerta. Me puse la almohada sobre la cara. Perfecto, había conseguido justo lo contrario a lo que pretendía. La había herido y, de rebote, había decepcionado y traicionado a todos los De Cote.

Estuve en vela toda la noche. Dudaba cómo afrontar lo que se me venía encima. No esperé a que amaneciera, me metí en el baño y me vestí. Al salir, oí voces procedentes de la planta inferior. Hablaban en susurros. Me detuve, pensando en si debía o no bajar. El miedo me recorrió el cuerpo. Sentí mucho más pánico que aquella noche en la biblioteca. En ese momento, prefería mil veces antes enfrentarme a lo que había en ese aparcamiento, o incluso a Christian, que a la expresión decepcionada de Lisange.

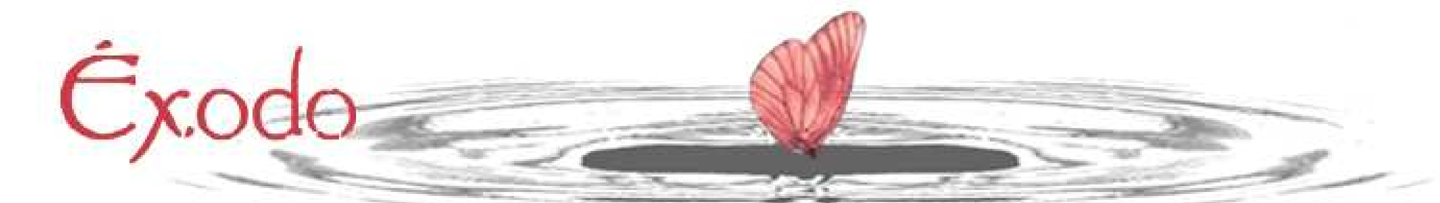
Respiré hondo. Tenía que arreglarlo en ese momento; si lo dejaba enfriar corría el riesgo de que se formaran una idea equivocada. Descendí con sigilo las escaleras, poniendo toda mi atención en cada palabra que se pronunciaba.

-Debes hacerlo, Liam -decía apresuradamente la voz de Lisange.
-No creo que sea una buena idea -alegó él.
-¡Se está viendo con él! ¡Por favor! ¡No podemos sentarnos a mirar cómo destruye su futuro!
-Es su decisión, Lisange. No sería justo privarla de ese derecho.
-! Hablamos de Christian! Ella no sabe cómo es.

A esas alturas, yo tenía el oído pegado por completo a la puerta de la cocina, escuchando con total atención. Pero ambos callaron de pronto, oí una silla moverse y, a continuación, la cara de Liam apareció frente a mí.

-Lo siento, yo... -intenté disculparme.
-Tengo que marcharme ya. -Lisange hizo todo el esfuerzo que fue capaz para no mirarme al salir a toda velocidad de la cocina.

Me quedé sola con Liam.



-Entrad -pidió él inclinando la cabeza hacia un lado y apartándose para que pudiera pasar.

Obedecí y me senté junto a una de las ventanas. Él tomó asiento frente a mí, pero no supe qué decir.

-Deberíais habérnoslo contado -admitió él. Su tono de voz no implicaba el reproche que Lisange había mostrado la noche anterior.
-¿Habría cambiado algo la situación? -inquirí.
-Lisange lo habría preferido; todos, en realidad.
-No creí que fuera tan malo -reconocí.
-Pero, a decir verdad, lo es.
-¿Por qué? -pregunté, pero me detuve al recordar lo que ocurrido la noche que salí a buscar el libro con Lisange. No, me había quedado sin argumentos para defenderlo, de hecho, nunca había tenido ninguno.
-Las intenciones que pueda tener solo las conoce él. Pero hay algo que debéis entender, y es que hablamos de un gran predador. No está en su naturaleza la humanidad o el altruismo.
-Lo sé -dije-, pero a pesar de todo lo que me habéis advertido, incluso lo que me ha contado él mismo o lo que yo he visto ..., soy incapaz de temerle o de alejarme de él. Tal vez si le conocierais un...
-Creedme cuando os digo que así es -me cortó en un tono que se volvió muy severo. Se levantó de la silla y se cruzó de brazos mirando en dirección opuesta-.Por eso esta situación nos inquieta.
-¿Tú también estás enfadado conmigo?
-No, no es eso, Lena, la expresión correcta sería que estamos preocupados -dijo regresando a mi lado y tomándome de la mano.
-Lisange parecía bastante más que eso.
-Ella cree que vuestra “relación” con él no es más que una clara muestra de nuestro fracaso; dadle tiempo.

Fijé la vista en un punto cualquiera del vacío.

-Me encantaría poder decirte que no volveré a hablarle -confesé-. En realidad, desearía poder dejar de hacerlo, pero hay algo en él...
-Una necesidad que os empuja a estar a su lado -musitó.
-Eso mismo, ¿cómo...? -empecé a decir, sorprendida de que me comprendiera.
-Lo sé, simplemente. Pero debo pediros que os alejéis lo máximo posible de él; cuanto antes lo hagáis menor será el daño.

Asentí. No habría servido de nada volver a enzarzarnos en otra discusión para defender a Christian, y más cuando, en realidad, no sabía por qué debía hacerlo.

Tenían razón, debía dejar de verle. No podía enfrentarme a los De Cote, con todo lo que habían hecho por mí, por un chico al que apenas conocía. Me puse en pie.

-¿Os llevo a algún lugar? -se ofreció.
-Voy a ir a la biblioteca a ver si puedo hablar con Lisange, pero prefiero ir en bicicleta.



-Como queráis.

Llegué allí casi media hora más tarde, pero ella no me dirigió la palabra. Liam me pidió que tuviera paciencia, sin embargo, yo temía que no volviera a ser como antes. Pasaron los días y la situación no varió mucho. No volví a ver a Christian; de hecho; dejé de buscarlo, en un esfuerzo porque Lisange viera que lo estaba intentando. Pero ella seguía enfadada conmigo (o preocupada, como decía Liam). Yo prefería mil veces que estallara de una vez y me gritara todo lo que se estaba guardando; pero no lo hacía, ni siquiera me ignoraba, a veces me hablaba y me trataba bien, que era lo peor, porque en su expresión seguía viendo esa misma decepción. Dudaba que pudiese arreglarlo y que toda esa situación dejara de ser tan incómoda, así que poco a poco el trato con Christian volvió a planear sobre mi mente.

Miré el reloj, era más tarde que nunca y la biblioteca ya comenzaba a vaciarse. El sol apenas alumbraba, así que la gente empezaba a encender las pequeñas lamparillas de sus mesas. Nosotras éramos las únicas que la manteníamos apagada. Arrastré el brazo hasta la pequeña cadena que hacía de interruptor y tiré de ella. La bombilla nos iluminó a ambas, Lisange apartó por un instante la vista de sus libros y la posó en mí. Yo volví a mis cosas. Jugueteé con un boli, nerviosa, y de golpe me di cuenta de que ya había tomado mi decisión. Me revolví incómoda en el asiento; quería irme de allí cuanto antes para ir a buscarlo, pero ya estaba anocheciendo y no parecía que Lisange tuviera intención de volver a casa en breve.

-¿Estás bien? -me preguntó.

Dudé.

-Creo que voy a irme ya, ¿vienes?
-No -volvió a clavar la vista en las letras de su libro-, me quedaré un rato más. Recogí mis cosas tan deprisa como pude sin llamar mucho la atención-. Recuerda la luna, Lena –me susurró cuando ya me levantaba de la silla.

Asentí y salí de allí. La situación se volvió tan tensa para mí cuando Lisange descubrió lo de Christian, que decidí evitar los momentos incómodos de los primeros días en su coche e ir hasta la biblioteca por mi cuenta. En ese momento, agradecí que fuera así, debía hacer algo, y debía hacerlo sola.

Creí que iba a ser mucho más complicado encontrar la casa de Christian Dubois, pero la verdad es que fue bastante fácil. Regresé al lugar donde había estado buscando el libro con Lisange. Ella había dicho que esa zona estaba habitada por grandes predadores, así que él también debía vivir por ahí.

Para ser sincera, tampoco había mucho donde buscar: tan solo había tres viviendas y dos de ellas parecían abandonadas, de modo que solo quedaba una, la más grande y alejada. Divisé su coche aparcado frente a la entrada junto con otros tres vehículos, dos de ellos deportivos, así que no cabía ninguna duda. Lo complicado venía a continuación, ¿qué iba a hacer? ¿Llamar y preguntar por él? No dejaba de ser un lugar plagado de grandes

predadores...

Las luces estaban apagadas, puede que no hubiera nadie o que estuvieran dormidos. Pero era demasiado pronto y me extrañaba que Christian fuera a alguna parte sin su preciado vehículo. Suspiré, ahí de pie, en mitad de una calle ajena a toda civilización frente a una “guarida” de grandes predadores. De pronto, ir hasta allí no me parecía tan buena idea... Miré al cielo, no iba a haber luna, así que no podía quedarme mucho más tiempo en la calle. Debía hacerlo ya o regresar con los De Cote.

Un ruido a mi izquierda me sobresaltó. Procedía de un lateral del edificio. No sabía muy bien lo que era, parecían gemidos de dolor, pero no eran como aquellos que había escuchado con Lisange. Apoyé el manillar de la bicicleta contra el asfalto de la carretera y me acerqué, en un estúpido arrebato de curiosidad.

Algo se movía entre las sombras y parecía estar sufriendo. Me apresuré, tal vez fuera el cazador al que habían estado torturando la otra noche y si era él tenía que ayudarle. Ascendí la cuesta que llevaba a la parte trasera, pero ahí no había nada ni nadie. Era un pequeño callejón, estrecho y aislado. Miré a mi alrededor, todo estaba envuelto en una espesa negrura y el único sonido que oía eran mis propias pisadas sobre la grava del suelo.

-¿Hola? -susurré.

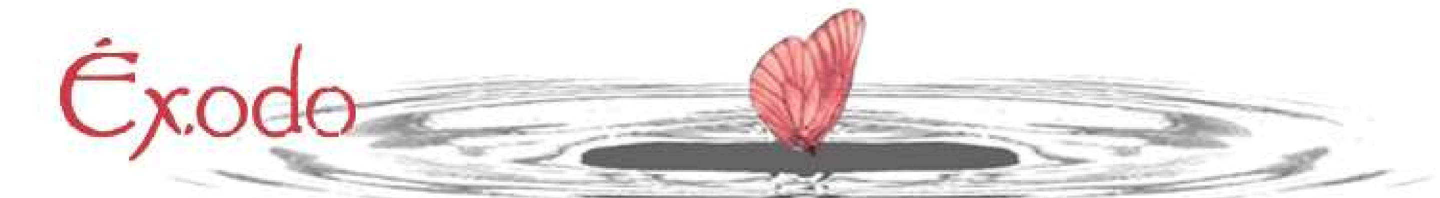
Nadie me respondió. Parpadeé intentando ver algo, pero estaba demasiado oscuro. Me llevé las manos a la chaqueta para palpar los bolsillos y saqué el móvil. Intenté alumbrar un poco entre las sombras, pero el halo de luz que me proporcionaba solo me permitía ver poco menos que un par de metros.

-¿Hay alguien aquí? -pregunté de nuevo a la oscuridad.

Nada, de nuevo silencio. Fuera lo que fuese, ya se había ido. Deshice mis pasos para regresar a la zona iluminada, pero de pronto algo cayó sobre mí con un sonido grave, como un rugido, y fui a chocar bruscamente contra el suelo. Mi garganta dejó escapar un gemido de dolor. Aturdida, intenté zafarme del peso que tenía encima, pero fue inútil; no tenía la suficiente fuerza para deshacerme de él. La oscuridad y la gravilla en los ojos me impedían ver qué era lo que se había abalanzado sobre mí, pero era algo vivo y desprendía mucho calor. Lancé golpes al aire hasta que unas manos fuertes me sujetaron los brazos a la espalda.

-¡Suéltame! -grité, e inmediatamente después una mano abrasadora me cubrió la boca. El tacto de esa piel me quemó en la cara y no pude contener un alarido de dolor, pero percibí algo familiar en el aroma que desprendía-. ¿Christian? -jadeé a través de sus dedos.

Me giró con un solo movimiento. Mi móvil había caído a un lado, pero aún estaba encendido, y la tenue luz iluminaba parte de su rostro. Sí, era él, aunque no tal y como lo conocía. No presentaba el aspecto elegante y refinado de niño acaudalado: tenía toda la camisa rajada, el pelo completamente revuelto y las facciones desencajadas. Me miraba mostrando todos sus dientes de forma aterradora, sobre mí, a pocos centímetros



de mi cara, que aún me escocía por el contacto con su piel. Me estremecí. Mi respiración se aceleró y también la suya, mientras me contemplaba con los ojos de un depredador a punto de matar a su presa. Pero, entonces, su espalda se irguió hacia atrás con un espasmo y todo su cuerpo se tensó de nuevo. Se le marcaron todas las venas del cuello y los músculos de la mandíbula al contraerse.
Profirió un rugido entre dientes. Aproveche para escapar de sus manos arrastrándome, pero me detuve. Dudé, y de golpe sentí una repentina lástima hacia él y un irrefrenable deseo de mitigar su dolor.

“¡ALÉJATE DE ÉL!” gritó mi mente. Pero no estaba segura, ¿por qué tenía que sentir pena por él precisamente en ese momento?

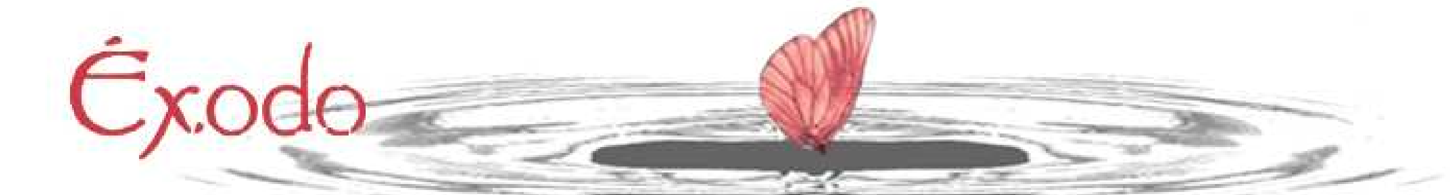
Gateé hacia atrás, pero choqué contra algo duro. Oí otro berrido, pero no me dio tiempo a girar la cabeza para ver de qué se trataba. Dos fuertes manos me habían cogido de los brazos y me elevaban en el aire; no pude ni gritar. Lo siguiente que sentí fue un fuerte golpe contra una tapia e inmediatamente después caí de nuevo contra la polvorienta gravilla. Era incapaz de incorporarme; mi cuerpo aún estaba conmocionado. El mismo par de zarpas me elevaron, y ahora me oprimían contra la dura piedra a varios centímetros del suelo. Pero no era Christian quien me sujetaba. Era algo mucho más grande y corpulento, el pelo caía sobre su rostro de forma desordenada, de modo que ocultaba sus facciones. Solo podía distinguir unos ojos muy negros, enrojecidos y desorbitados.

Le propiné una patada con toda la fuerza que fui capaz de canalizar, pero ni siquiera se tambaleó. Intenté buscar a Christian con la mirada, pero mi campo visual estaba limitado por la mano de ese otro ser que me atrapaba aún con más fuerza contra la pared. Me agarró de las solapas de la cazadora y me lanzó cuesta abajo.

El impacto contra el suelo me desorientó un poco. El dolor se apoderó de mi cuerpo en décimas de segundo, era lo primero que realmente sentía desde que había comenzado mi nueva vida, aparte del reciente contacto con Christian. Me llevé una mano al brazo sobre el que había caído. Estaba casi segura de que me lo había roto y puede que incluso alguna costilla también. Tosí para intentar desentumecerme un poco. Me costó un tiempo poder reorganizar mis pensamientos y despejar mi cabeza del golpe. Por un momento había olvidado dónde estaba, pero lo vi de pie, imponente, recortado contra la negrura del callejón. Había llegado el momento de echar a correr.

Busqué con una rápida panorámica del lugar el punto exacto donde había dejado mi bicicleta. No estaba muy lejos, pero no lo suficientemente cerca como para tener la oportunidad de cogerla y escapar. A él le llevaría la mitad de tiempo saltar y alcanzarme de nuevo.

“¿Quieres morir así?”, me pregunté. Desde mi perspectiva parecía mucho más temible que antes. No necesité negarlo. Conté hasta dos y medio y salí corriendo. Oí un tremendo alarido y, como acto reflejo, me aovillé y cerré los ojos con fuerza preparándome para el golpe, pero este no llegó. Entreabrí un poco un párpado y me atreví a mirar hacia atrás. El extraño estaba en el suelo, enloquecido de ira bajo el cuerpo de Christian. Ambos forcejaban con ferocidad. No me detuve a darle las gracias. Veloz, cogí la bicicleta y pedaleé tan rápido como me permitieron mis escasas fuerzas.



# CAPÍTULO 12

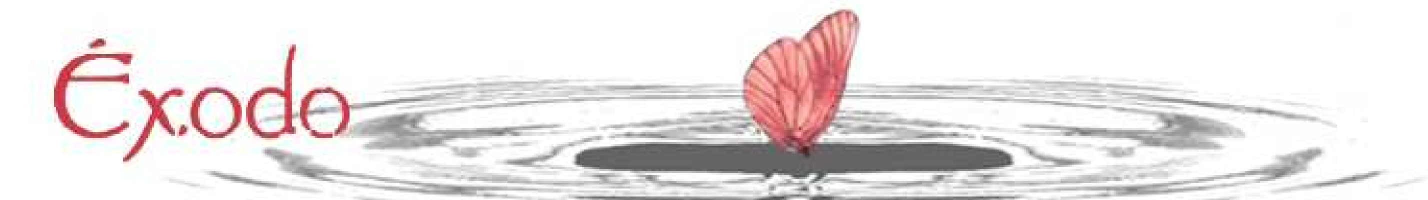
**Dolor, simple y llanamente, dolor**

Regresé a casa lo más rápido que pude, mirando cada dos por tres a mis espaldas. Cuando llegué, subí a mi habitación a toda velocidad, librándome de milagro de los De Cote y del incómodo interrogatorio al que me someterían si me veían así. Tiré la ropa directamente a la basura; destrozada y ennegrecida por los golpes y la gravilla, yo misma estaba cubierta de toda esa suciedad. Me metí en la ducha y dejé que el agua limpiara mi cuerpo mientras intentaba pensar en lo ocurrido. Ahora tenía muy claro que no pensaba aceptar ese trato. Debía idear un plan C, o D, o el que fuera; definitivamente, aquella no iba a ser la solución.

Explicarles a los De Cote el estado de mi brazo fue bastante más complicado de lo que había esperado. No tardaron ni una hora en darse cuenta de que pasaba algo y ni dos minutos en echar por tierra mi versión sobre una dura caída por una calle empinada. Pero era imposible que imaginaran la verdad de los hechos, como bien dijo Christian; a nadie se le ocurriría ir en busca de un gran predador, así que no les quedó más remedio que fingir que me creían. Flavio se mostró bastante comprensivo en el momento de volver a colocármelo en su sitio.

Aproveché la caída como excusa para no salir y quedarme en la habitación. Era posible que él estuviera de nuevo allí, en la biblioteca, y no quería arriesgarme a verle después de haberle encontrado en aquel estado. Nada me garantizaba que no quisiera matarme en mitad de la calle. Me estremecí y me cubrí la cabeza con las mantas. Todo volvía a ser muy complicado.

No volví a ver a Christian en los días siguientes. En el fondo sabía que eso era lo correcto, pero lo que no esperaba fue la reacción de mi cuerpo y de mi mente. Pocos días después comencé a deprimirme, a darme cuenta de que necesitaba tenerlo cerca; esos momentos en los que me hablaba, incluso cuando lo hacía molesto, eran los únicos en los que conseguía evadirme de la odiosa frustración. Así que, a pesar de estar evitándole, cada vez que salía me sorprendía a mí misma buscando con ansiedad su coche negro. Lisange me miraba de reojo y juraría que bufaba para sí. Estaba segura de



que se había dado cuenta de mi reciente obsesión por volver a ver a Christian, y eso empeoraba las cosas. Flavio había insistido de pronto en mandarme una serie incesante de trabajos y ejercicios, seguramente apremiado por Lisange, para que olvidara a Christian de una vez. Así que me vi en la obligación de acudir de nuevo a la biblioteca, aunque me mantenía siempre muy cerca de nuestra mesa, sin levantar la vista de los libros por miedo a encontrar un par de grandes ojos negros fijos en mí.
La proximidad de los exámenes ocasionó que, de pronto, todo el lugar se viera atestado de gente. No me gustaban las multitudes y me sentía incómoda. Sin embargo, a Lisange seguían sin molestarle los ojos curiosos que se clavaban en nosotras, ella continuaba evadida en sus propios mundos ahora abarrotados de nuevos conocimientos. En los últimos días nos quedábamos hasta que cerraban. A mí ya me daba igual pasar las horas muertas que tirada en alguna parte de la casa. Lisange, en cambio, adoraba aquel lugar y se esforzaba en estudiar cosas que iban mucho más allá de lo exigido para las evaluaciones. Ella tenía todo lo que a mí me faltaba.

Ese día las miradas me molestaban más de lo normal; incluso Lisange me observaba. Quizá fuera por la manera en que respiraba, no sabía la razón pero desde esa mañana era como si me estuviera asfixiando y había vuelto a dolerme todo el cuerpo, pero con más intensidad que antes.

Hacia el final de la tarde, empecé a sentir un extraño zumbido. Sacudí la cabeza intentando disiparlo y un dolor muy intenso, como el del flato después de haber corrido más allá de tus posibilidades, se instaló en el lugar donde debía latir mi corazón. Todo el dolor que había estado intentando ignorar regresó con fuerza. Cerré el libro que tenía ante mí. Me había impresionado lo que había leído en él, así que seguramente todo fuera una reacción a su contenido. Pero el zumbido fue en aumento y Lisange seguía observándome confusa.

-¿Estás bien? –me preguntó.

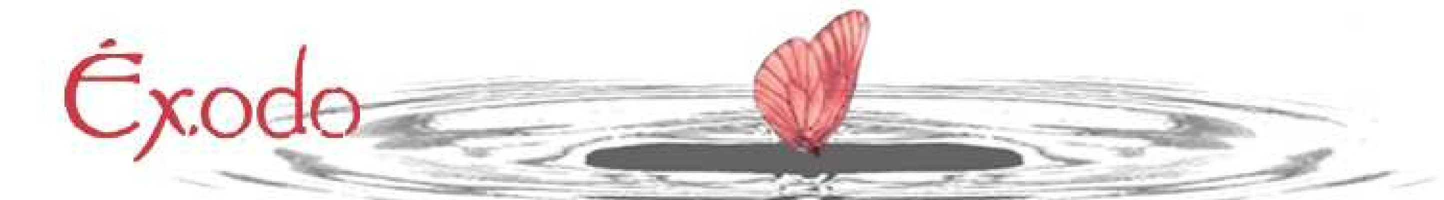
-Sí –mentí. La mano derecha me empezó a temblar y me apresuré a esconderla bajo la mesa antes de que ella pudiera verla –. Creo que voy a dar una vuelta; necesito despejarme.

Huí a la esquina más alejada y escondida de la biblioteca. Estaba rodeada de estanterías, así que pude refugiarme allí sin que nadie se diera cuenta. Esa zona siempre parecía especialmente desierta. Intenté leer los títulos para averiguar la razón, pero lo veía todo muy borroso. Algo en mi interior se convulsionó, me doblé y me precipité al suelo impulsada por un fuerte mareo. Comencé a hiperventilar, pero la asfixia cada vez era mayor. Apreté los dientes y contuve la respiración para no gritar.

-Lisange…-musité entre espasmos.

Solo con ese movimiento, una oleada de dolor me golpeó con violencia. Me aferré como pude a una de las baldas de la estantería e intenté ponerme en pie, pero una nueva sacudida hizo que mi mano resbalara y volví a caer. ¿Qué estaba ocurriendo?

-¡Lena! –Lisange me sujetó antes de que pudiera tocar el suelo – Vamos ahora mismo a casa – susurró cargándome sobre su hombro.



Salimos por la puerta trasera antes de que nadie fuera capaz de ver el lamentable estado en el que me encontraba. Lisange me ayudó a entrar en el coche y no frenó ni una sola vez hasta que llegamos frente a la puerta de casa. Me cogió en brazos y subió a toda prisa las escaleras que conducían a la entrada.

-¡Liam! –gritó nada más abrir la puerta de una patada – ¡Se esta transformando!

-¿Qué? –pregunté casi con miedo.

Liam apareció a toda prisa por el marco de la puerta con la misma expresión que Lisange.

-Liam… -repitió.

-Lo he oído –dijo, sujetándome ahora él.

-Vayamos a su habitación.

Lisange nos precedió hasta ella. Una vez allí, acosada por una repentina prisa, se dirigió hacia las ventanas que yo siempre mantenía abiertas, corrió las cortinas y accionó dos aparatos de aire acondicionado que yo no había visto hasta entonces. Liam me depositó con cuidado sobre la cama mientras Lisange buscaba algo en el armario, y luego miró la calle.

-Ya es de noche; mejor –sentenció – No hay riesgo de que pase ningún humano por aquí.

Sus voces me llegaban lejanas, como si estuvieran en otra habitación o se me hubiera metido agua en los oídos. Sentí otro golpe de dolor y ambos se volvieron hacia mí; una alarma se despertó en mi interior.

-¿Llamamos a Flavio? –preguntó Lisange con un hilo de voz; de pronto parecía mucho más preocupada.

-No llegará a tiempo.

Lisange respondió algo, pero no pude entenderlo; ahora todo se movía y las palabras se perdían en el aire. Me aferré a la almohada y la apreté con fuerza al sentir un nuevo latigazo. Cada vez eran más frecuentes y mucho más dolorosos. Había dejado de pensar con claridad.

-Todo se mueve –exclamé sin saber muy bien si había conseguido que mi voz se oyera o si solo se había quedado en un pensamiento.

Ambos me miraron con preocupación.

-Lena…, intenta relajarte.



Volví a hiperventilar justo antes de gritar de nuevo. Me retorcí y, entonces, me quedé casi inconsciente.

-Liam, esto no es normal.

-Lo sé –Él se acercó a mí y tomó mi cabeza entre sus manos – ¡No os durmáis! ¡Abrid los ojos!

-Liam –la voz de Lisange estaba acongojada –, ¿qué pasa si no lo supera?

-No va a morir, no vamos a permitir que eso suceda… Lena, abrid los ojos.

Intenté hacerle caso, mis párpados vibraron, pero fui incapaz de abrirlos.

-Lena…

Mi voluntad se quebró y me dejé caer en la nada.

-¡Lena! –instó zarandeándome ligeramente.

Me hundía en un abismo cada vez más oscuro y profundo. Tenía miedo, pero me sentía bien, ahí no había dolor ni ese vacío que provocaba no recordar mi pasado. Era tan…apacible. Mi cuerpo se destensó por completo.

-Liam… - Lisange apenas podía controlar su voz –, ¿ha muerto?

*¿Así que eso era lo que me estaba ocurriendo? ¿Estaba muriendo de nuevo?*

-Aún no. –La voz de Liam era grave y apresurada – Sujetadla.

No sentí las manos de Lisange aferrándome contra la cama. Toda mi atención recayó en un sonido metálico, como el de un cuchillo al salir de su vaina. Pasaron unos segundos en los que no escuché nada más que mi respiración de nuevo, rápida y desacompasada. De pronto, curvé la espalda con un horrible espasmo de dolor y eché la cabeza hacia atrás si poder contener un grito. Apreté la mandíbula con fuerza para evitar un nuevo alarido, hiperventilando a través de los diente son todo el cuerpo agarrotado. En un esfuerzo sobrehumano, abrí los ojos y vi a Liam sujetándome el brazo y presionándolo con una cuchilla ensangrentada. Por encima de su muñeca, también resplandecía un profundo corte. Me concedió una leve tregua, que aprovechó para evaluar algo, pero poco después volvió a hundir la hoja en mi brazo.

-¡PARA! –supliqué entre jadeos –. ¡POR FAVOR, PARA!

Lisange me puso una mano en la frente y me obligó a mantener la cabeza apoyada contra la almohada mientras me retorcía intentando liberarme de ellos. Poco después, Liam soltó mi herida. Respiré, intentando recuperarme. Eché un vistazo a mi alrededor, con la mirada nublada y perdida, como si estuviera drogada. Apenas era consciente de que sollozaba en susurros, ni de que todo mi cuerpo temblaba de arriba abajo.



-¡Lena! –exclamó Lisange desde algún abismo lejano; parecía algo aliviada. Luego se volvió hacia Liam –. ¿No hay nada que podamos darle?

-No, debe pasar por esto.

-Voy a avisar a Flavio –dijo saliendo por la puerta.

Liam se acercó a la ventana y miró un momento al exterior.

-Lisange… -llamó siguiéndola veloz por la puerta.

Parpadeé con pesadez. Debía huir de esa habitación, me faltaba aire. Reuní las pocas fuerzas que me quedaban y me tiré de la cama. Me arrastré hasta llegar a las escaleras y allí me ayudé con la barandilla para poder bajar. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Salí de la casa y me interné en el bosque, sin prestar atención al lugar donde pisaba. Aspiré aire e inmediatamente después lo expulsé, me ardía, pero seguía ahogándome. Corrí como pude.

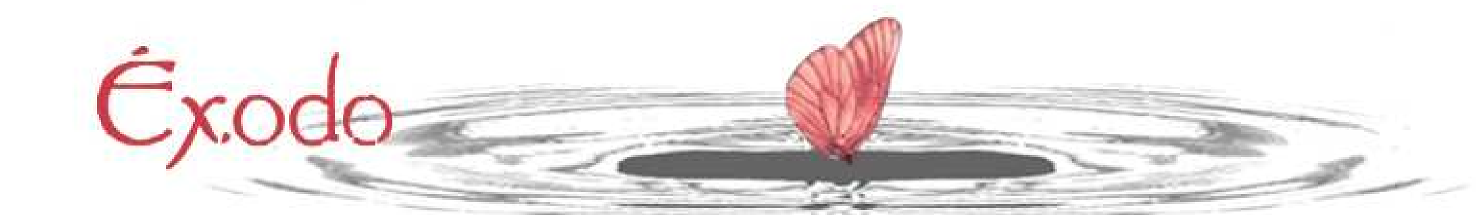
Oí sus gritos, ellos venían tras de mí, podía sentirlos, pero sus voces pronto quedaron amortiguadas por el calvario que estaba sufriendo. Continué arrastrándome, sin rumbo y a tientas, palpando lo que encontraba a mi paso; solo deseaba alejarme de allí. Estaba demasiado oscuro, entorné los ojos para distinguir algo, pero todo era de un espeso manto negruzco y el dolor continuaba, era prolongado y cada vez más fuerte. Mi mente se hundía en una densa bruma.

Una punzada, como una descarga, atravesó mi cuerpo y me precipité al suelo, había sido un latido, seguido de otro y otro… Mi corazón palpitaba, muy lentamente, y cada movimiento se convertía en un tormentoso espasmo, demasiado intenso como para merecer seguir viviendo. Intenté ponerme en pie aferrándome al tronco de un árbol, pero mis piernas perdieron fuerza y caí rodando por una pendiente. Aterricé en una zona húmeda tras golpearme contra un grueso tronco. No podía ver casi nada, apenas era capaz de abrir los párpados más de unos pocos milímetros. Los gritos cesaron abruptamente.

Mis pulmones expulsaron todo rastro de aire en una violenta sacudida, abrasándome la garganta, entonces vi que bajo mi boca se había formado un pequeño charco rojizo. Rompí en sollozos, era lo único que podía hacer. Cerré los ojos y dejé mi cuerpo inerte, sin fuerzas. Intenté hablar para pedir ayuda, pero mi garganta estaba ahogada en sangre, su sabor me produjo unas incontrolables nauseas. Tragué para liberarla, pero fue como si el fuego me abrasara a su paso. El estómago me obligó a vomitarla con una nueva sacudida. Toda la piel comenzó a escocerme como si estuviera en carne viva y alguien me hubiera bañado en alcohol. Y calor…, un calor insoportable; parecía que todo a mi alrededor estaba ardiendo en llamas.

Sentí calambres en la cabeza, como pinchazos en el cerebro. Un instante después, una marea de ruidos, olores y texturas invadió mis sentidos hasta el punto de querer llevarme a la locura. Intenté volver a abrir los ojos. Todo a mi alrededor estaba borroso. Pero, a pesar de la oscuridad, la noche me deslumbró. Era como si lo viera todo por primera vez. Pero las formas se mezclaban y los colores se difuminaban.

Había algo cerca de mí que destacaba por su blancura. Era…como un rostro, un extraño rostro. Extendí un brazo hacia la forma para pedir ayuda, pero se evaporó antes de que yo pudiera rozarla. Un instante después, perdí el conocimiento.

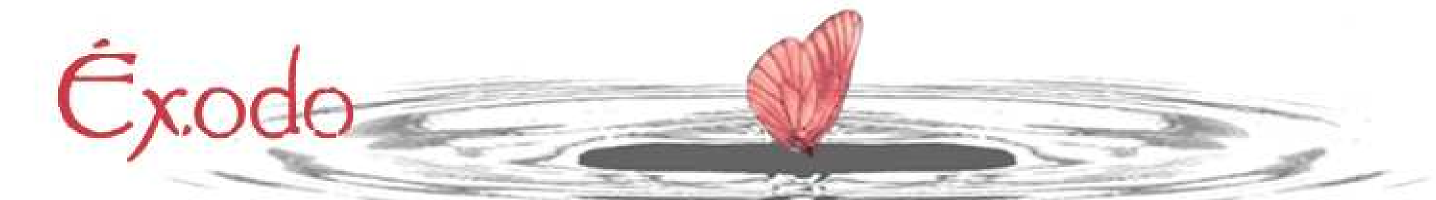


# CAPÍTULO 13

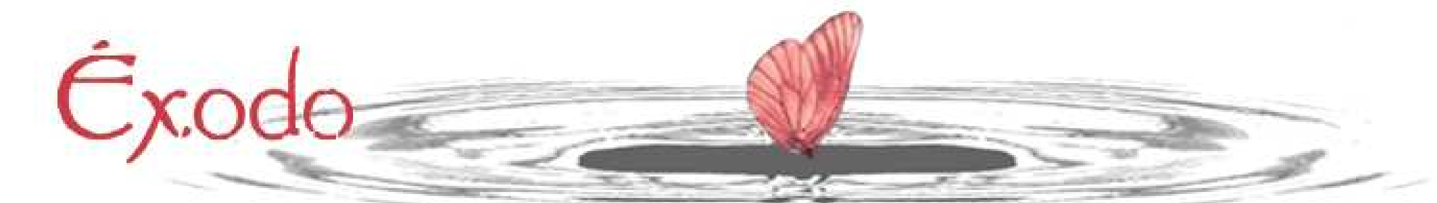
Mi cuerpo se estremecía como si quisiera tiritar. Un frío glacial se apostó en los huesos al tiempo que el corazón y la garganta ardían. Las punzadas en la cabeza habían desaparecido y el escozor de la piel también; no intenté respirar, temía que si hacía un leve movimiento todo el dolor anterior regresaría. Algo cruzó la oscuridad en la que estaba sumergida. Abrí los ojos levemente, con cautela. Lo primero que vi fue una densa luz blanca, todo estaba demasiado iluminado. Parpadeé, pero no sirvió de nada. Me encontraba mucho mejor. Por alguna razón, el frío glacial era reconfortante. Sentí curiosidad por saber dónde estaba. Tal vez había vuelto a morir y ahora estaba en el cielo, esto se parecía mucho más a lo que contaba la gente. Pero no, si no había entrado en el paraíso la primera vez, dudaba que fuera a hacerlo ahora. Extendí una mano hacia la luz, pero no la toqué; la temperatura aumentaba a medida que la alejaba más a mi cuerpo. Al estirar el brazo, pequeñas hondas circulares nublaron aún más mi visión. Entonces, empecé a percibir la verdad.

Abandoné la paz que sentía y me senté en el centro de la gran bañera. La gran claridad se debía tan solo al color de las paredes del baño. Había estado sumergida, con ropa y todo, en mi bañera llena de grandes cubitos de hielo. No era el cielo, pero al menos me sentía bien. Los recuerdos de la noche anterior estaban entremezclados, lo único que permanecía nítido era el tormento, y el olor de mi propia sangre. Salí del agua y cogí una toalla.

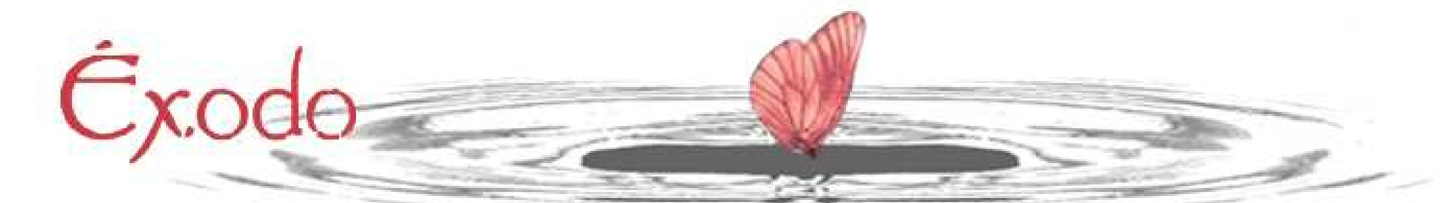
Regresé a la habitación. Los ventanales estaban cubiertos por las pesadas cortinas, así que aún se mantenía en la penumbra. Me costó comprender por qué de pronto veía tan bien los muebles, los tejidos… No necesitaba luz para ver lo que tenía frente a mí. También me llegaron nuevos sonidos. Ni una palabra, solo el traqueteo de un pequeño aparato de aire acondicionado; el movimiento de las palas que utilizaban los otros, más modernos, para cambiar el aire de dirección; y la brisa al penetrar por alguna grieta o ventana mal cerrada; pero el que más me impactó fue el que producían las gotas de agua procedentes de mi ropa mojada al estrellarse contra el suelo. Era increíble. Me puse algo seco y, al hacerlo, me invadieron un montón de nuevas fragancias. ¿Se referían a eso cuando decían que mis sentidos se agudizarían? Rodeé la habitación fijando la esencia de todas las cosas que tenía alrededor. Olores que ni siquiera sabía que existían; madera antigua, algodón, quemado, ¿quemado? Ese sí que lo conocía, pero ignoraba de donde procedía. Giré la cabeza hacia mi derecha y vi el pequeño refrigerador funcionando a duras penas al lado de mi cama. Pero el que más intenso me llegaba era el suyo, “su” olor. Abrí las cortinas para comprobar si él estaba allí, pero tuve que cerrar los ojos



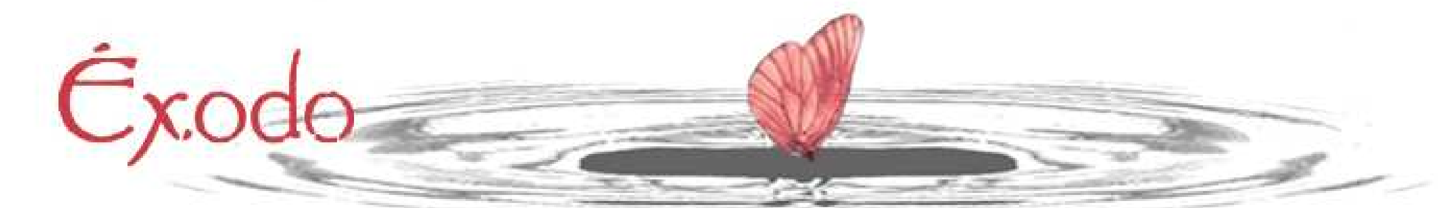
inmediatamente. Al cabo de un segundo los volví a abrir, poco a poco. No había mucho sol, pero todas las cosas relucían más de lo normal. Los colores eran mucho más vivos y tenían un sinfín de nuevos matices. Descubrí nuevas texturas, nuevas formas…
Me acerqué al espejo que habían vuelto a colocar tiempo atrás y tuve que ahogar un grito a ver la imagen que me devolvió el reflejo: mi pelo se había secado por completo en muy poco tiempo y caía en suaves ondas a ambos lados de mi rostro; sedoso, brillante y ligeramente más dorado, aunque quizá solo se debiera al efecto que ocasionaba la repentina luz que irradiaba mi inmaculada piel, mucho más blanquecina. Por suerte, ya no tenía ese aspecto amoratado y grisáceo. No había ni una leve mancha, ni un lunar, ni una sola imperfección. Mis ojos me observaban desde el espejo, grandes y negros, como siempre, aunque mucho más brillantes, como febriles. Mis labios, por fin, tenían color. Poco a poco fue perdiendo mi interés por el espejo, había captado un nuevo sonido, el latido de un corazón, pero demasiado lento como para ser normal.
Abrí la ventana de par en par en busca de aquel sonido, pero tuve que retroceder un paso. Me mareé por el calor y el torrente de olores, pero sobre todo por la cantidad de luz y el brillo de los colores que me llegaron. Me asomé despacio, su coche estaba ahí, pero no había rastro de él a pesar de percibir su aroma de forma tan intensa. ¿Qué hacía él ahí?
Pensé en bajar a averiguarlo, pero en el camino hacia la puerta de mi habitación me crucé de nuevo con el espejo y no pude evitar la tentación de mirarme una última vez, perpleja por mi nueva imagen.
-Te sienta bien- oí a mis espaldas; me di la vuelta alarmada demasiado rápido y todo empezó a darme vueltas.
Christian estaba sentado en el alféizar de la ventana. Lo miré confundida, completamente segura de que no estaba ahí cuando había abierto las cortinas un minuto antes.
-¿Cómo has llegado hasta aquí arriba?- pregunté.
-Saltando- contestó encogiéndose de hombros, como si fuera lo más normal del mundo.
Me acerqué a él y miré hacia abajo, había por lo menos cinco metros de altura.
-No te he visto antes.
-Una lástima, llevo aquí toda la noche- contestó chasqueando la lengua.
Le eché un rápido vistazo. Se había desprendido de la chaqueta y llevaba la camisa blanca arremangada y prácticamente desabrochada, dejando entrever un poco de la pálida piel de su pecho, pero su rostro no presentaba su mejor aspecto.
-La verdad, Lena, hace un calor horrible aquí fuera.
El día estaba nublado y no había ni un pequeño rayo de sol proyectándose contra la casa.
-Olvidaba que vosotros aguantáis peor las temperaturas- le dije echándome a un lado-. Pasa, si quieres.
-¿Entrar en esta casa?- rió-. No gracias, hoy no tengo fuerzas para batirme en duelo con sir William De Cote.
Noté cierta mofa en sus palabras, pero, dejando su ironía a un lado, sí que parecía realmente cansado.
-No imaginaba que te afectara tanto el calor.
-Si tienes pensado matarme, hazlo ahora.- Elevó sus palmas hacia arriba-. Estoy completamente desprotegido.
-Tal vez deberías dormir.
-Sí, claro- rió-, dormir…
Miré a mí alrededor en busca de algo que pudiera ayudarle. Giré el aire acondicionada



portátil hacia la ventana para que le diera el aire a él y me acerqué a la mesilla para coger la bolsa con hielo. La temperatura de mi habitación era tan baja que no se había derretido ni un poco. Junto a la bolsa de hielo encontré mi móvil.
-Lamento no habértelo devuelto antes- dijo. De pronto, recordé cómo lo había perdido y un ligero temor comenzó a recorrer todo mi cuerpo-. También lamento l oque ocurrió esa noche.
-Supongo que la culpa fue mía- balbucí-, nunca debía haber ido hasta allí.
-No voy a negarlo- endureció su voz-. Tuviste mucha suerte de poder escapar.
-Eso fue gracias a ti- sentencié, volviendo a dejar el móvil sobre la mesa. Regresé junto a la ventana y le tendí los hielos.
-Gracias-. Cogió la bolsa y se la pasó por todo el cuerpo, deteniéndose en el cuello y luego en el pecho.
Seguí el recorrido de sus manos, embobada, olvidándome de todo el mido que pueda provocarme en mí. Su aroma era intenso, demasiado tentador para resistirse; dulce, pero oscuro. Su efecto en mí fue como el de una droga. En ese momento supe que, irremediablemente, iba a volverme adicta a él.
-Hueles muy bien- dije.
-Tú también.
Sentí que el calor se concentraba en mis mejillas; debía reconocer que era casi una suerte no poder ruborizarme. Pero, entonces, él torció los labios de tal manera que volví a marearme. Carraspeé y miré hacia otro lado.
-¿Necesitas algo más?- le pregunté sin mirar.
-Tenía la esperanza de que salieras, en el coche podríamos hablar mucho mejor.
Un ruido apenas audible captó mi atención; alguien se acercaba.
-Es Lisange.
Me giré un instante hacia la puerta y luego hacia la ventana de nuevo, pero Christian ya no se encontraba allí sentado. Miré hacia abajo pero tampoco estaba junto a su coche.
Llamaron a la puerta.
-¡Por fin has despertado!- Me equivoqué, era Flavio-. Ayer me perdí la acción, ¿cómo te encuentras?
-Bien… creo- contesté aún mirando por la ventana en todas las direcciones; seguía buscando una explicación lógica a la desaparición de Christian.
Me volví hacia Flavio. Él se acercó a mí y me tomó de una mano, haciéndome girar sobre mí misma.
-Estás preciosa- me halago una enorme sonrisa.
Agaché la mirada avergonzada.
-Siento no haber podido estar aquí, Liam me contó que hubo complicaciones.- Señaló una pequeña marca violácea en mi antebrazo.
Me senté en la cama, los recuerdos de la noche anterior iban regresando a mi cabeza. El dolor de ese corte fue uno de los primeros.
-¿Qué fue lo que me hizo?
-Bueno.- Se aclaró la voz y tomó asiento a mi lado-, cuando nos transformamos, el dolor que sentimos durante nuestra muerta es lo que nos ayuda a llevar a cabo el “paso”, pero no podemos hacerlo si no tenemos suficiente en nuestro cuerpo. El contacto con la sangre de Liam te ayudó a sobrevivir porque añadió la dosis de sufrimiento que necesitabas; mezclar sangre de cazadores causa mucho dolor en quien lo experimenta.
-¿Eso quiere decir que podría haber muerto si él no me hubiese hecho eso?
-Es muy probable.
-Entonces ¿no sufrí al morir?

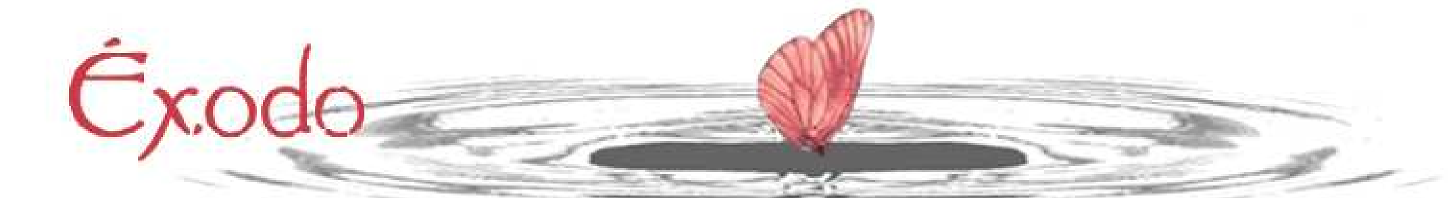


-Podría ser, pero quizá hayan influid otros factores.
Pensé en sus palabras, eso era lo primero que escuchaba relacionado a mi muerte. Era alentador pensar que al menos no había sufrido mucho.
-Recuerdo haber visto un charco de mi sangre en el bosque…
-Era la que has desechado. Anoche tu cuerpo traspasó el umbral, te regeneraste por completo.- Me tomó una mano-. Ya no tienes el aspecto mortecino que debías ocultar ayer. Hoy has renacido, querida Lena.
Me sonrió, pero su vista se detuvo de pronto en el aire acondicionado que tenía orientado hacia la ventana y en la bolsa con hielos que reposaba en el alféizar.
-¿Por qué has colocado el aire así?- Sentí que olfateaba con disimulo-. ¿Ha estado aquí?
Sabía a quién se refería.
-No.- Era verdad, en realidad Christian no había llegado a entrar.
-¿Sigue ahí fuera?
-Supongo…
-Deberías bajar a verle-. Eso me pilló por sorpresa-. Aunque estoy seguro de que ya os habéis visto.
Aparté la mirada para que sus ojos no descubrieran la verdad en los míos; no quería tener problemas.
-Él fue quien te encontró en el bosque. Imagino que ha intentado mantenerse lo más cerca posible de ti, pero no de digas a Liam ni a Lisange que te he dicho nada.- Me dedicó una última sonrisa-. Solo he venido para ver cómo estabas; te dejaré sola.
Salió de la habitación cerrando la puerta. Volví a mira por la ventana, Christian seguía sin aparecer. Terminé de arreglarme a una velocidad récord y salí corriendo de la habitación a prisa. Había una fiera dentro de mí deseando volver a verle.
Me crucé en el vestíbulo con Liam, que me despidió con la mano mientras intentaba bajar a Goliat de lo alto de un armario. Debía de haberme quedado para agradecerle que me salvara la vida, pero no estaba del todo segura de si debía alegrarme o no se seguir en ese mundo. Salí a la calle y me golpeó de una bofetada de calor que me hizo que me tambaleara. Parecía que estaba en pleno desierto en el mes más caluroso del año, a pesar de ser tan solo las diez de la mañana de un día nublado sin sol.
Me acerqué al coche y me volví para mirar mi ventana. Yo tenía razón, eran demasiados metros para saltarlos y no había tubería o celosía alguna por la que poder subir. Sacudí la cabeza; no, Christian no había podido llegar hasta ahí saltando.
La puerta del copiloto se abrió desde dentro. Me metí sin dudar demasiado. La temperatura era agradable, era una suerte que los coches tuvieran aire acondicionado.
En el interior, Christian tenía mucho mejor aspecto. Había recuperado la expresión normal de su rostro, pero aún tenía el pelo alborotado y la camisa abierta. El hielo la había empapado y se pegaba completamente a su cuerpo. No voy a negarlo, eso hizo que le calor volviera con mucha más fuerza a mí. Encendió el motor.
-¿A dónde vamos?- pregunté.
Dibujó su sonrisa más irresistible, ni el aire acondicionado podía sofocar las altas temperaturas que sentía allí dentro.
-A desayunar…
Llegamos a una cafetería. En cuanto entramos por la puerta, me llevé las manos a los oídos; la cantidad de sonidos que rodeaba el lugar era espantosa; creí que la cabeza me iba a estallar.
-Christian…, no voy a hacerlo- susurré.
Se volvió hacia mí, pero no dijo nada.
-No quiero hacerles daño- continué.

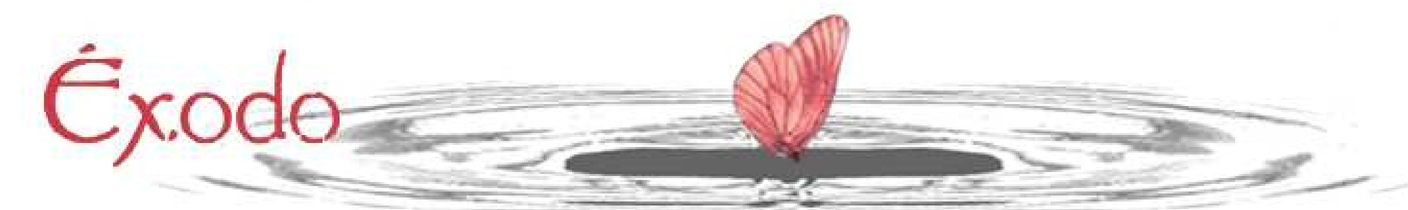


-Sobrevivirán, te lo aseguro- dijo esbozando otra de sus maravillosas sonrisas.
-Pero…- intenté decir.
-Lena- interrumpió-, te voy a pedir que confíes en mí solo por esta vez, ¿lo harás?
Nadie, absolutamente nadie, podría haberse negado a esa mirada. Sentí que vendía mi alma por sus ojos.
-De acuerdo…- musité.
-Bien- se enderezó-, vamos.
Christian me condujo hasta la mesa más alejada, a la sombra, el único lugar de la cafetería que no tenía ventanas, y tomamos asiento. Inmediatamente después, sus ojos ya recorrían veloces a todos los pobres humanos que había allí.
-¿Qué hacemos ahora?- suspiré aún meditando si iba ha hacer lo correcto.
-Esperar y estar muy atentos- susurró.
Eché un vistazo a mí alrededor. No había mucha gente.
-¿Qué es lo que estamos buscando?- pregunté con curiosidad.

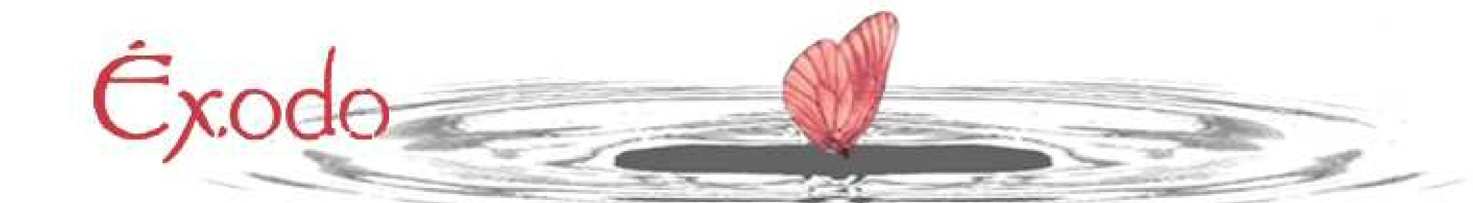
-Ahora que tienes los sentidos más desarrollados, debes aprender a percibir su estado de ánimo.
-Me has traído a una cafetería, ¿tienes una idea de la cantidad de sonidos que hay aquí dentro?
Platos, cubiertos, voces, risas, bostezos, respiraciones, cigarrillos encendiéndose y apagándose, corazones moviéndose a muy diversas velocidades… todo a un volumen sobrenatural que me embotaba la cabeza. Él hizo una pausa en el recorrido de sus ojos y señaló con la mirada una de las mesas centrales.
-Te acostumbrarás. Ahora, mira ahí- empezó-, ¿ves a esa joven? La que está sentada en el centro de aquel grupo de estudiantes.
Seguí la dirección de sus ojos y la vi. Físicamente parecía más o menos normalilla, con el pelo rubio recogido en una larga coleta alta, ojos saltones y brillo de labios última tendencia. Al principio me costó verla, pero oírla… No sé cómo no había reparado en ella antes, parloteaba sin cesar gesticulando mucho con las manos y coreada por su propia risa chillona.
-Sí…
-Se ha pasado toda la semana torturando psicológicamente a la chica que tenemos justo a la izquierda, no la mires, ya ha tenido bastante por hoy.
-¿Cómo lo sabes?- le pregunté impresionada.
-Mira en su interior, lee su rostro.
Me giré hacia él.
-Yo no sé hacer eso.
-tienes razón, aún es pronto- concedió frunciendo los labios.
-Entonces, ¿qué hago?
-Ver y escuchar. Esa rubia se merece un poco de su propia medicina.
-No soy quién para administrar justicia- dije echándome hacia atrás en la silla.
-Ella continuará haciéndolo; no es la primera vez que la he visto despreciar a los que tiene a su alrededor.
Era curioso que, precisamente él, me hablara de esa forma. Él, que se divertía a costa de hacer daño a los que eran como yo. No sabía ni por qué le hacía caso, pero fijé mi mirada en ella intentando ver en su interior.
-Concéntrate en su satisfacción, Lena, en su vanidad. ¿Puedes percibir cómo se regodea?
-Creo… que sí.



De pronto, sentí como si mis ojos casi salieran de sus órbitas. En ese preciso momento empecé a verla bajo una nueva luz.
-Bien.- Vi aparecer, por el rabillo del ojo, una sonrisa burlona. Ladeé la cara en su dirección un momento pero la borró inmediatamente de sus labios, aunque una mueca divertida jugueteaba con salir al exterior.- Atiende, Lena…
-Ya lo hago.
-Tienes que captar su mirada.
¿Por qué tenía que fijarme en ella teniéndola a él tan cerca?
-Dime cómo.
-Establece contacto visual, se sentirá observada y te mirará.
-¿Así de fácil?- pregunté arqueando una ceja.
-Así de fácil- repitió.
-¿No se dará cuenta?
-Estará tan encerrada en sus propios pensamientos que no se fijará en ti. ¿Preparada?
Centré toda mi atención en ella, pero no hubo ningún cambio. Estaba distraída retorciéndome un mechón de pelo y yo empezaba a sentirme estúpida. No tenía ni idea de qué era lo que se suponía que tenía que pasar, pero, desde luego, no estaba ocurriendo nada.
-No me mira- dije entre dientes.
-Sigue intentándolo.
Sin previo aviso, sentí un brazo rodeando mi cintura. Ignoré a la chica y me giré hacia Christian interrogativamente.
-Concéntrate en ella- insistió con una sonrisa.
Era imposible hacerlo sintiéndole tan cerca de mi piel, su respiración, el roce de su cabello… de pronto olvidé por qué esta allí.
-No te distraigas, Lena, acuérdate de la chica.- Me susurró esas palabras de forma pausada, disfrutando de cada una de ellas.
Lo intenté de nuevo. Fijé mi vista en ella, pero ahora no me costó ningún trabajo encontrarla; ella ya me miraba a mí, evaluándome con su pequeños ojos entornados. Me limité a mantenerme ahí, quieta, sin apartar la vista ni un milímetro. Poco después sentí una extraña conexión y me llegó una mezcla de sentimientos de forma muy intensa; primero vanidad, esa sensación cargó mi cuerpo; luego dio paso al egocentrismo, solo existía yo; pero no tardó en acudir e mí una fuerte inseguridad y una voz comenzó a brotar en mi cabeza recordándome cada defecto, no sé si los suyos o los míos, o ambos; entonces, comprendí que no era su voz la única que oía, sino también la mía. Esas inseguridades dieron lugar a la tristeza, a la soledad y, por último, al dolor.
Me vi reflejada en su rostro y me sentí falta; lo que estaba haciendo era horrible, pero no podía ni parpadear. De pronto, sentí ganas de llorar.
-Ya está bien, Lena- me murmuró Christian al oído.
Salí de mi ensimismamiento y volví a la realidad. Sus ojos se dirigían a la chica y yo le imité. Ella aún tenía la mirada perdida y unas pequeñas lágrimas habían comenzado a correr por sus mejillas. Parpadeó dos veces, volviendo en sí, se levantó y desapareció del comedor. En ese momento, me inundó una oleada de increíble bienestar; era lo mejor que había sentido en muchísimo tiempo. Mi cabeza se desentumeció y empecé a notar cierto cosquilleo en las yemas de los dedos. Era el mismo alivio que se siente al respirar la primera bocanada de aire después de haber estado aguantando la respiración durante mucho tiempo. Pero no podía definir con exactitud si estaba complacida, aterrada o avergonzada por lo que acababa de hacer. Christian lo notó de inmediato.
-Se le pasará; sus amigas le dirán lo que quiere oír y volverá a ser la misma de siempre.-



Asentí levemente. Eso bastó para empezar a disminuir esa extraña sensación-. De todas formas, Lena, debes tener cuidado de no cruzar la línea. Si empiezan a llorar debes dejarlo de inmediato si no quieres causar daños. Esa es una reglar fundamental en vuestro caso.- Hizo una pequeña pausa y luego añadió con voz seca-. ¿Cómo te encuentras?
-Mejor-. Fue lo único que alcancé a decir, y era cierto.
Me sonrió. El calor que había podido recuperar se concentró en mis mejillas.
-Adorable- dijo pasando el dorso de su dedo enguantado por mi mejilla-, mi alumna más ventajada.
-Soy la única que tienes- le recordé sin perder mi atención de su guante.
-Que no se te suba a la cabeza.
Reí por lo bajo. Christian esperó a que estuviésemos de nuevo en la calle para retomar la conversación.
-Dentro de un tiempo ni siquiera tendrás que hacer esto. Podrás unirte al ambiente, de varias personas a la vez en lugar de una sola.
-¿Cómo?
Divisé su choche cerca de donde estábamos. Parecía que había pasado una eternidad desde que habíamos llegado, aunque, en realidad, no hubiese transcurrido ni media hora.
-¿Crees que Liam o Lisange se detienen a mirar fijamente a algún humano? No, ellos son el centro de atención sin proponérselo, se alimentan de lo que despiertan en la gente.
-¿tú también?- quise saber.
Frunció la boca en una delgada línea.
-No exactamente, digamos que en nuestro caso la cercanía es necesaria y el contacto físico, en ocasiones, imprescindible.
-¿Contacto físico?- repetí-. ¿Te refieres al mismo que te vi mantener con aquel cazador?
Soltó una pequeña risotada.
-No, ni hablar. Nuestra forma de alimentarnos es bastante menos impresionante. Pero, ahora, debes centrarte solo en ti.
-No creía que fuera tan fácil.- reconocí.
-Suele serlo, pero en este caso lo ha sido más de lo normal. La chica ya desarrollaba ciertos celos hacia ti por estar sentada a mi lado-. Sonrió.
-¿Sabes?- Lo miré con el ceño fruncido-. La humildad es una virtud.
-Algo que según tú, parece que yo no tengo.
Me abrió la puerta del copiloto.
-Sube y no protestes, por favor- añadió al ver mi expresión de descontento.
Accedí. El calor era cada vez más agobiante. Christian se introdujo en el coche e, inmediatamente después, puso al mínimo la temperatura; no se lo dije, pero lo agradecí en lo más profundo de mí ser. ¿Acaso había notado mi repentino sofoco?



# CAPÍTULO 14

**Monstruos**

No regresamos a casa. Christian me llevó a una zona verde, un gran parque alejado del centro. Todo era nuevo para mí, igual que si llevara años encerrada sin contacto con el mundo exterior y, de repente, saliera y sintiera todo por primera vez. Era maravilloso, aunque un poco agotador también, sobre todo en medio del campo, rodeada de tantas y tantas fragancias, colores y texturas.

-¿Qué ha ocurrido? –le pregunté a Christian.

No entendía cómo aquellos pequeños detalles podían hacerme sentir tan bien.

-Has vuelto a nacer.

-Sí…–susurré para mí misma –, exactamente eso. Ahora sí.

Me sonrió radiante y, por primera vez, creí ver que la alegría llegaba a sus ojos impenetrables. No duró mucho, por supuesto, pero bastó para ponerme aún más contenta.

-Christian –dije caminando a su lado –, gracias, de verdad.

-Me comprometí a asegurarme de que te convirtieras por completo.

Me separé un poco de él y adopté una postura un poco seria.

-¿Por qué? –empecé y él me miró extrañado –. ¿Por qué te has quedado toda la noche junto a mi ventana?

Guardó silencio, parecía incómodo y confuso.

-No lo sé. –Su voz era sincera.

-¿Y a qué se debe el cambio de humor? Ser de pronto tan amable, ¿es solo una forma de proteger a tu presa? ¿De hacer de mi muerte algo más divertido para ti?

Esta vez capté toda su atención. Se detuvo y me miró a los ojos.

-No debes confiar en mí –me advirtió con total seriedad. Todo rastro de alegría y jovialidad desapareció de su rostro.

-Respóndeme, por favor.

-No quieres que lo haga.

-¿Qué te hace pensar eso?

-Tienes miedo de lo que pueda decir, no es difícil verlo en tus ojos.

-Respóndeme a otra pregunta entonces. ¿Cabe la posibilidad de que lleguemos a ser…amigos? –le dije apartando la mirada.

Su risa me tomó por sorpresa.

-No, de ninguna manera.

Alcé la vista confundida.

-¿Qué somos entonces?

-Dos almas torturadas que se necesitan desesperadamente la una a la otra.

Ladeé la vista hacia el horizonte para impedir que viera la sonrisa triste que había aparecido en mi cara.

-Es una gran definición –reconocí.

-No sería bueno como amigo; no se me da bien interesarme por los demás –dijo para sí mismo –. Los grandes predadores somos las criaturas más egoístas de la faz de la tierra.

Me volví hacia él.

-Tú te has preocupado por mí. –Mi voz fue apenas un susurro.

-Solo he protegido mis propios intereses, Lena. No veas en mí un rastro de humanidad, porque no existe.

Caminamos en silencio. Registré cada pequeño aroma y cada textura en mi mente; todo era increíblemente real ahora. Mientras, comencé a darle vueltas en la cabeza a una idea que me aterraba. Se detuvo junto a un banco y nos sentamos.

-Justo antes de que Lisange me sacara de la biblioteca leí algo que me preocupó.

-¿De qué se trata?



-Era un libro sobre especies mágicas y mitológicas. Estuve ojeando varias definiciones y, bueno…, había una que se asemejaba a nosotros; no recuerdo ni qué era, pero decía que se nutrían de la esencia de la personas y que eran muy peligrosos y monstruosos.

-Y te sentiste identificada de inmediato, ¿no es así? –Sonrió.

Bajé la cabeza.

-Era muy real.

-¿De qué ejemplar en concreto estamos hablando?

Arrugué la nariz.

-No te rías, pero creo que era un libro infantil.

No lo hizo, aunque esbozó una sonrisa divertida.

-Lena, no es probable que exista ni un solo humano que tenga conocimiento de la existencia de este tipo de vida. Pero, si fuese así, dudo mucho que lo incluyera en un libro y, menos aún, en uno infantil. Ni siquiera somos una leyenda.

-No se trata de eso…, se trata de lo que sentí al leer esas palabras. –Lo miré –. Me aterra la idea de hacer daño a la gente.

Él tomó aire de forma pausada.

-Es curiosos que comentes ese problema precisamente conmigo, teniendo en cuenta lo que soy y el extraño trato que nos une. –Se dio a sí mismo un segundo antes de continuar– No obstante, Lena, hay una verdad indiscutible y es que solo tú puedes decidir qué hacer. No debes torturarte con eso; somos necesarios para que el mundo funcione.

-¿Eso justifica todo el dañó? ¿Dónde acaba el equilibrio y comienza la diversión para vosotros?

El tono de su voz se volvió muy severo.

-Ese punto nunca nos ha importado.

-¿Tú eres como todos los grande predadores?

-¿Te refieres a si me divierte segar vidas?

No respondí.

-No hago de matar un hábito de vida, ya no.



Eso me tranquilizó un poco.

-Pero es así, ¿verdad?

Me miró fijamente a los ojos indagando en sus profundidades.

-No hagas preguntas que no quieres que sean respondidas.

-¿Acaso debería querer? –inquirí.

Rió

-Desde luego.

La verdad es que estaba segura que la respuesta me dolería a pesar de conocerla. Lisange ya me lo había confirmado casi desde el primer día en que lo vi, pero oírlo de sus propios labios sería aún más duro. Prefería darle a Christian durante un poco más de tiempo el beneficio de la duda.

-Vaya –dije intentando dejar aun lado el repentino malestar que ahora nos invadía–, así que nada de superhéroes, ¿no?

-No precisamente –reconoció él.

-¿Ni de salvar el mundo?

-Solo a nosotros mismos.

-¿Y para qué queremos esas habilidades?

-Para sobrevivir.

Sonrió.

-Siento defraudarte, si esperabas una capa y mallas rosas –comentó en tono sarcástico.

-No, odio el rosa.

-Sí… supongo que yo también.

Ambos reímos con una risa tenue.

-Me alegra que ya te hayas transformado –me dijo con el tono más sincero que le había oído nunca.

Hizo ademán de acercar su mano enguantada a mi mejilla, pero, en el último momento, se contuvo. Sus ojos negros brillaban con una luz especial. Aquellas palabras me descolocaron por completo. No sabía si se trataba de un sentimiento sincero e inocente, o al hecho de que ahora yo ya cumplía con todas las exigencias que él había impuesto



para llevar a cabo su parte del trato.

-Todo ha cambiado respecto a ayer –reconocí, y la verdad de mis palabras me abrumó.

-¿Qué es lo que sientes?

-No lo sé, creo que me siento bien. –Le miré a los ojos -. Dime una cosa, ¿merece la pena? Ser inmortal, quiero decir.

Arrugó el ceño.

-Lo que yo pueda decirte no tiene importancia. No son más que los desvaríos de varias décadas sin nada especial.

Se levantó y continuó paseando, yo le seguí hasta llegar a su altura y ambos caminamos uno al lado del otro, en silencio, contemplando el paisaje. Bueno, en realidad, solo él lo hacía; yo me limitaba a observarlo. Sonreí ante lo normal que parecía el hecho de que paseáramos juntos, igual que si nos conociéramos de toda la vida. Eso era precisamente lo que empezaba a sentir cuando estaba a su lado, una extraña confianza.

Se detuvo un momento con los ojos clavados en la zona norte del parque, con cierta inquietud. Miré en su dirección, pero no había nada más que una mujer leyendo un periódico sentada en un banco y una pareja joven tumbada en el césped.

-Creo que será mejor que regrese ya –dije– Aún no he visto a Lisange y debe de estar impaciente.

Poco después ya estábamos de camino a casa, a “mi” casa. Ahora sí que podría llegar a considerarlo mi hogar. Todo comenzaba a cuadrar a la perfección, como un puzzle que había permanecido sin completar durante mucho tiempo a la espera de que apareciera la última pieza, y esta fuera, precisamente, mi transformación. Ahora yo era parte de algo. Tenía de nuevo un lugar en el mundo y él era, en gran parte, el culpable de ello.

Christian me dejó frente a la verja de hierro forjado que daba a la entrada y se marchó. Me volví hacia aquella antigua edificación en la que había “vivido” los últimos días y la encontré sorprendentemente bonita. Ascendí una vez más la pequeña escalinata de piedra grisácea e irregular para llegar ante la puerta de madera. Me preparé, como siempre, para emplear todas mis energías en abrirla, pero en esta ocasión no hizo falta que apoyase mi cuerpo contra ella, bastó con un leve empujón, un pequeño y ridículo empujoncito para que esa mole que tantas veces me había conducido a la alfombra del recibidor se abriera sin problemas. Me miré las manos, ¿así que por eso nunca había visto a los De Cote teniendo problemas para moverla? No me habían comentado nada sobre una fuerza sobrenatural.

La casa estaba prácticamente desierta cuando llegué. Todas las luces estaban apagadas excepto la de la salita de estar y el único sonido procedía del viejo gramófono. Las notas vacilaban, algunas chirriando como chispitas por la antigüedad del vinilo. En ese momento me di cuenta de lo bien que olían todos los muebles a madera antigua.

Me acerqué, pero ahí tampoco había nadie. La puerta de cristal que conducía al jardín de la parte trasera estaba abierta. Salí afuera, pero todo estaba muy silencioso.

-Estoy aquí –dijo la voz de Lisange a mi espalda.

Me di la vuelta. Estaba sentada en una mecedora de mimbre, junto a la pared. No la había visto al salir.

-Hola – saludé.

-¿Qué tal tu primer día como cazadora? –preguntó en un tono mucho menos seco de lo que esperaba.

-No tan bien como me gustaría, pero bien.

-¿Ha ocurrido algo? –Volví a notar ese deje de preocupación.

-Preferiría que no estuvieras enfadada conmigo, la verdad.

La oí inhalar aire pausadamente antes de contestar.

-No lo estoy, Lena.

-¿Ya no? ¿Por qué? –No es que no lo agradeciera, pero me sorprendía ese cambio de actitud.

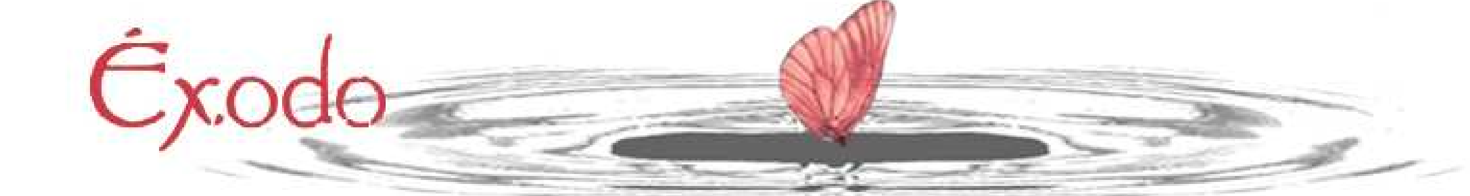
Ella se levantó y se acercó a mí. La luz del interior de la casa iluminó parte de su rostro. Su expresión era confusa, pero relajada.

-No confío en Christian –dijo –, y no creo que vaya a hacerlo nunca –agachó un segundo la cabeza, tomó un poco más de aire y luego volvió a mirarme –, pero él descubrió antes que nosotros que tu hora había llegado, y en vez de aprovecharse de la situación te ayudó, y le estoy francamente agradecida. –Me detuvo antes de que yo pudiera decir nada –. No lo suficiente como para abrirle los brazos y permitir que sea una parte activa de esta familia, pero sí para concederle el beneficio de la duda, tanto a ti como a él. –Hizo una breve pausa, la intensidad de sus ojos se acrecentó –. Voy a creer en ti, Lena; si de verdad lo necesitas, no seré yo quien te separé de él.

Solté aire y la abracé, pillándola completamente por sorpresa.

-Gracias, significa mucho para mí que lo entiendas.

-Pero ten cuidado, Lena, por favor –me susurró al oído.



# SEGUNDA PARTE



# CAPÍTULO 15

**El día en que un sueño perturbó mi mente**

No fue más que una sucesión incomprensible de imágenes borrosas. Su rostro era lo único que distinguía con claridad. Él estaba ahí, sólo durante una fracción de segundo, pero su sonrisa caló en mi corazón de una forma casi dolorosa. En ese poco tiempo mi respiración se cortó, el mundo entero se detuvo y de pronto supe que todo había cambiado.

Me desperté muy agitada, extraña y confusa, con un inexplicable dolor en el pecho, pero no era una sensación física, era algo que me llenaba y acongojaba al mismo tiempo.

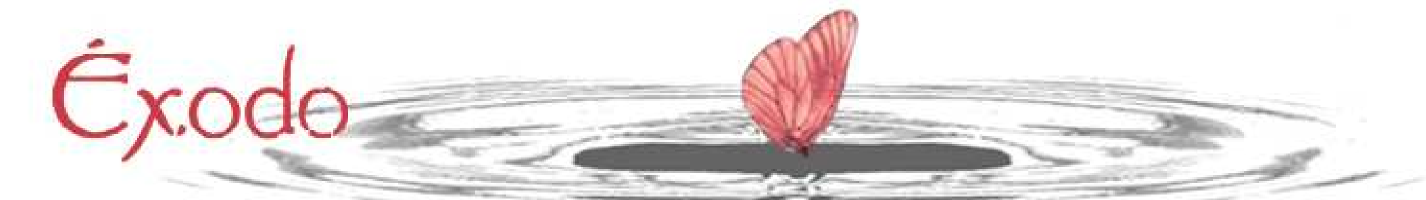
Su rostro…, sus manos…, su sonrisa, la tranquilidad que me transmitía, la dependencia que sentía de su aroma, de estar junto a él. Me dejé caer de nuevo sobre la almohada con el peso de mi nuevo descubrimiento oprimiéndome en el pecho.

-Estoy… – le susurré, incrédula, al techo de mi habitación. Casi me daba miedo lo que estaba a punto de pronunciar. Cogí aire y cerré los ojos con fuerza –, estoy enamorada de Christian Dubois.

Agité la cabeza, borrando esa idea de mi mente. No podía ser. Me gustaba, sí, me había sentido atraída por él, también, pero de ahí al amor hay un gran paso. Frené mis pensamientos bruscamente, su olor me llegaba muy nítido. Miré a mi alrededor, incluso fuera de la casa, pero él no estaba. En cambio, su esencia impregnaba cada prenda de mi ropa, cada célula de mi piel…, ¡todo! No había sido consciente hasta ese momento de lo presente que estaba en todo lo que me rodeaba. Debía escapar de allí antes de que mi cabeza se embotara tanto que me impidiera razonar.

Corrí a la ducha y me enjaboné a conciencia para quitar todo rastro de él de mi cuerpo. Saqué unos vaqueros y una camiseta del fondo del armario, me vestí y salí de la casa antes de que el aroma que desprendían mis cosas pudiese pegarse de nuevo a mí. Cogí la bicicleta, el aire fresco me ayudaría.

Desde la transformación, los De Cote me habían concedido más espacio para mí misma. No estaban siempre preocupados y yo se lo agradecía. Ahora podía pasear por la calle sin tener que pensar en la lluvia o el maquillaje. La gente continuaba mirándome, por supuesto, pero no de forma tan descarada como antes, y el modo de hacerlo también



había cambiado.

Ahora que estaba más tranquila, hice un alto en el camino para adentrarme entre la vida de la ciudad y encontrar alguna persona con la que poder recobrar fuerzas. La verdad es que era mucho más fácil después de la primera vez. Cuidaba meticulosamente cada una de mis “víctimas” asegurándome de que fueran gente que hacía daño a otros. Eso me ayudó a dejar de sentirme tan mal y a dormir por las noches. Primero, porque al estar alimentada veía las cosas de mejor manera y, segundo, porque pensaba que en fondo hacía bien.

Me habían explicado que no podía “utilizar” a la misma persona más de una vez hasta que hubiera transcurrido al menos una semana desde la anterior. Así que me vi obligada a mantener todos mis sentidos en alerta para encontrar al individuo adecuado; cosa que, en un lugar como aquel, no era muy difícil. En esta ocasión en particular, elegí a un jugador del equipo de fútbol de una universidad cercana. No me costó mucho llamar su atención. Parecía que cada vez lo hacía mejor; ese chico tenía un ego tan subido que en un par de segundos me encontré completamente satisfecha.

Cuando salí de la cafetería donde lo había encontrado, la calle estaba atestada de gente que iba y venía con prisa. Pedaleé sin rumbo fijo; no iba a ningún lugar en especial, solo quería alejarme lo máximo posible de todo rastro suyo. Era sorprendente la facilidad que tenía ahora para moverme. Mi cuerpo era mucho más libre y ligero, aunque tenía la sensación de que todo ese peso se había concentrado en mi cabeza, ahora obsesionada con Christian.

Peleé contra mi mente en una de esas batallas épicas entre el bien y el mal. Una parte, la más racional, me decía que tan solo estaba confusa, que lo que sentía por él no era amor, sino algo parecido a una amistad mezclada con una inevitable atracción física. Eso era lo que había creído hasta ese momento y no había ido demasiado mal, pero la otra parte, la más masoquista, me decía que estaba enamorada de él y me lanzaba imágenes a traición de su rostro, su sonrisa, sus manos… Me enfurecí conmigo misma. Su rostro, su sonrisa y sus manos eran iguales que la primera vez que lo vi. Entonces, ¿qué había cambiado ahora?

Pedaleé tan fuerte que la cadena salió despedida y perdí por completo el control. Tardé en darme cuenta de que descendía a toda velocidad por una carretera bastante empinada. Luché contra el manillar, pero este se dobló como si fuera goma. La bicicleta voló por los aires y, segundos después, contemplé irritada cómo terminaba golpeada contra un árbol de la linde de un bosque.

-Genial…

Propiné una patada a uno de los postes de hormigón que bordeaban la carretera. Apenas había llegado a rozarlo, pero se resquebrajó en pedazos. Di un paso atrás, asustada por mi propia fuerza.

Me dejé caer al suelo, boca arriba, ocultando el rostro con las manos. El sol penetraba entre mis dedos, tiñendo la oscuridad de color anaranjado. Un coche frenó detrás de mí. Oí una puerta abrirse y cerrarse y unas pisadas acompasadas acercándose.

-¿Necesitas ayuda?

¿Era mi imaginación o de verdad él estaba ahí? Rogué por que no fuera así. La luz desapareció, algo me hacía sombra y su olor era inconfundible. Sí; por desgracia, era él. En momentos así es cuando una desea con todas sus fuerzas que la trague la tierra.

-¿Estabas siguiéndome? –le encaré mientras me ponía en pie de un salto.

Estaba enfadada por las condiciones en las que me había encontrado y por su costumbre de aparecer de la nada en el momento más inesperado. Seguramente fuera injusto hablarle de ese modo, pero estaba intentando escapar de él, de su rastro y de pronto, ¡regresaba ante mí! Y encima me descubría tirada en el suelo, con la bicicleta deshecha y los últimos restos estrellados contra un árbol: ¡era humillante!

-Compruebo que todo va bien.

-No me hace falta tu ayuda, gracias –contesté, y le di la espalda para recoger un pedal que había caído a mi lado.

-Yo no diría lo mismo.

Pude intuir que sus ojos se desviaban hacia el desastre que había ocasionado.

-Es problema mío.

Miré a mi alrededor. No tenía ni idea de dónde estaba, no había nada que me resultara familiar, ¿tanto me había alejado?

-¿Nadie te comentó que no era conveniente que la utilizaras después de transformarte?

-¿Por qué no iba a serlo? –dije cruzándome de brazos.

-Demasiada fuerza en las piernas –razonó –. Al menos hasta que sepas controlarla, deberías dejarla aparcada en el garaje.

¿Por qué no había pensado yo en eso? La verdad es que daba bastante lástima cómo había quedado.

-De todos modos ya no tiene importancia –admití.

Cogí mi mochila, que había salido disparada unos metros más allá, y me la colgué del hombro. Christian examinó con detenimiento la bicicleta de Liam durante unos segundos.

-Si tanto te gusta, puedo arreglártela.

-¿Sabes reparar bicicletas? –pregunté, arqueando una ceja.

Soltó una leve risita.

-Solo cuando es estrictamente necesario.

Miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie, la cogió y la dobló por la mitad, como si fuera una simple hoja de papel.

-¡¿Qué haces?! –salté horrorizada.

-Voy a guardarla en mi coche. –Abrió el maletero, la metió dentro y luego se volvió hacia mí –. ¿Un paseo? –Dudé; lo que quería en ese momento era alejarme todo lo posible de él. Me mareé al notar su cuerpo cerca del mío –. ¿Tienes prisa?

Salí del trance.

-No –reconocí aún mareada por su presencia -, Flavio estará trabajando, y Liam y Lisange se han ido a montar.

-¿No los has acompañado?

Golpeé con disimulo mi sien para acallar al lado masoquista de mi mente.

-No, necesitaba estar sola para arreglar mis ideas. –Eché a andar y él me siguió.

-¿Algo importante?

-No demasiado –mentí -, pero, si no las ordeno, mi cabeza se convertirá en un caos. –Temí que siguiera preguntando y que al final descubriera que el motivo de ese comportamiento era él. Intenté concentrarme en los caballos para desviar la conversación –. De todas formas, no se me da muy bien todo ese tema ecuestre.

-Exageras.

-No, no lo hago. –Lo miré disimuladamente de arriba abajo –. A ti seguro que se te da bien.

Él sonrió cortando mi respiración.

-Me defiendo, aunque el mérito es todo de mi caballo.

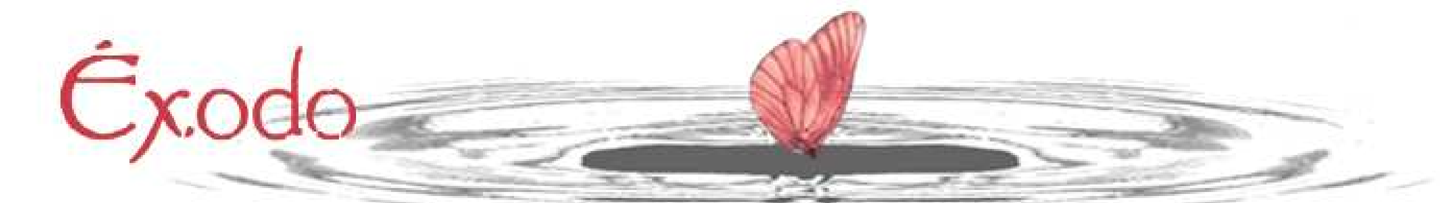
-¿Tienes uno?

*¿Cómo no me lo había imaginado?*

-Sí, es un animal precioso.

*¿Es normal que sienta celos de un caballo?*

-Dicen que las mascotas se parecen a sus amos –musité y callé de inmediato al darme



cuenta de que había pronunciado ese pensamiento en voz alta.

Dejé caer mi pelo a un lado para ocultar mi rostro avergonzado. Se prolongó un pequeño silencio que yo no me atreví a romper. De pronto, él sonrió.

-Imagino que lo dices por lo de “animal”, ¿no es así?

Él intentaba quitar la tensión que mis palabras habían creado en el ambiente. Yo debería dejarlo ahí, pero no, al parecer estaba empeñada en ponerme en evidencia aún un poco más.

-La verdad es que no –susurré al cuello de mi camiseta.

-En tal caso, creo que debería regalártelo, Lena. Se parece más a ti que a mí.

Su voz no fue baja, temerosa, ni avergonzada como la mía; sino suave, profunda y segura mientras oteaba el horizonte con el rostro concentrado. Me aclaré la garganta, pero no fui capaz de decir nada.

-¿Te ha incomodado lo que he dicho? –me preguntó.

Lo miré desconcertada, *¿cómo podía pensar que lo que me avergonzaba eran sus palabras y no las mías?*

-No –dije –, ha sido un detalle por tu parte.

-Es tuyo si lo quieres –rió para sí mismo –, aunque creo que te ganarás la enemistad de Elora.

-¿Quién es? –quise saber.

-Un miembro de mi clan. Está enamorada de él.

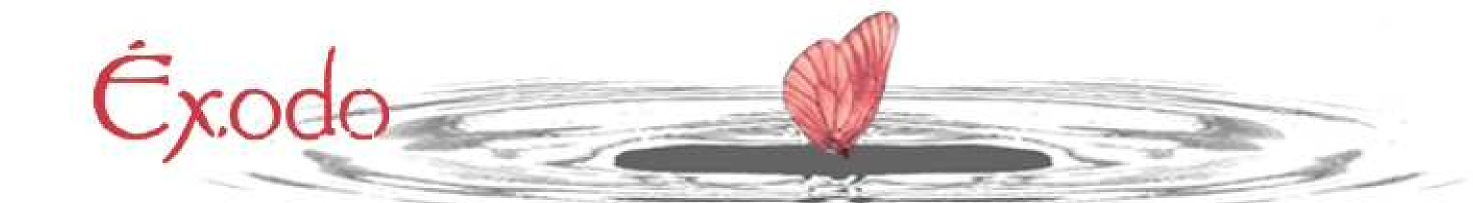
*Del caballo y del dueño.* Un extraño rugido brotó de mi interior; por suerte para él no lo oyó, o quizá sí.

-¿Es tu novia? –tuve que preguntarlo, necesitaba escupir esa pregunta aunque eso terminara de delatarme.

-No –respondió en tono tranquilo y sincero –, no es algo que los grandes predadores solemos tener –mi moral fue cayendo lentamente al suelo –, al menos, no de la manera en que tú entiendes esa palabra.

-¿Cómo entonces?

Tal vez había una pequeña esperanza… Sacudí de nuevo la cabeza; el lado racional estaba perdiendo completamente la batalla. Christian me miró de reojo con una tenue sonrisa.



-Se trata de algo parecido al derecho de posesión.

-¡Eso suena fatal! –exclamé parándome en seco.

-Lo sé –rió de forma tan alegre que consiguió aliviar la tensión de mi cuerpo –, pero no creo que sea lo que piensas. Somos criaturas bastante solitarias, consiste más en lealtad que en algo físico.

-¿Algo así como fraternidad? –pregunté.

-Bastante más complicado.

-¿Y tú tienes eso con ella? –Me esforcé para que sonara de forma completamente desinteresada, aunque es posible que sin mucho éxito.

Él tardó unos segundos en responder.

-No.

-¿Pero te gustaría?

Me miró con intensidad.

-¿Por qué te preocupa de repente mi vida privada?

-No sé nada de ti –reconocí.

-¿Y crees que eso es malo?

-Depende de lo que intentes ocultar.

Él volvió a tomarse su tiempo antes de contestar.

-A veces la ignorancia puede convertirse en el mayor de los regalos… -Su voz se volvió más profunda; parecía que meditaba algo.

-Tienes muy poca fe en las personas –dije.

Él volvió su cabeza al frente.

-Y tú demasiada.

-Todo el mundo tiene algo bueno. –Sonó mucho más seguro de cómo yo lo recordaba en mi mente.

-¿Y si todo lo bueno que uno tuviera fuera otra persona?

Comencé a ponerme nerviosa y él dejo de contemplar el cielo para clavar sus ojos directamente en los míos.

-Alguien diferente a lo que uno es –siguió –. La única persona que podría hacer que esta *vida* mereciera la pena.

Algo revoloteaba con energía en mi estómago. Sin darnos cuenta, ambos nos habíamos parado frente a frente, con los ojos de uno clavados en el otro; nuestras palabras eran casi susurros.

-Entonces, esa persona sería el ser más feliz de este mundo.

Buceé en sus enormes pupilas en busca de algo que tuviera sentido, de una pista que pudiera ayudarme a averiguar qué era lo que sentía. Pero él no tardó en romper el contacto visual.

-No lo creo. –Miró al frente y volvió a emprender la marcha –. No cuando descubriera cómo es en realidad el que depende de ella.

Me apresuré a seguirle.

-¿Y si no le importara?

-Eso solo ocurre en las novelas o en las películas; la realidad es bastante más complicada.

-Depende de quién la viva –dije con un hilo de voz.

Ambos nos sumimos en un profundo silencio. Continuamos caminando uno al lado del otro sin decir nada, meditando cada una de las palabras que acabábamos de pronunciar.

El bosque se hizo cada vez más frondoso y oscuro. Las copas de los árboles se mecían con suavidad al ritmo de alguna melodía silenciosa mientras la débil luz del sol se filtraba entre sus ramas en haces de color dorado. No había sendero. Ramitas y hojas secas crujían bajo nuestros pies. No dijimos nada, absolutamente nada. Anduvimos hasta que una fina lluvia comenzó a caer. Entonces, regresamos de nuevo a la carretera. Me abrió la puerta del coche y yo accedí.

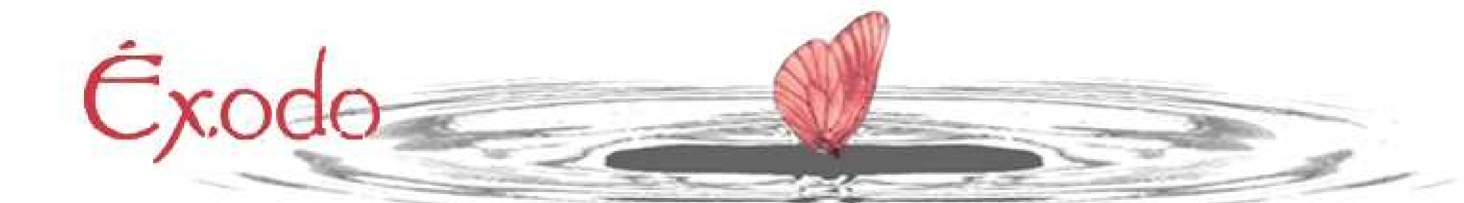
-Vamos progresando –dijo de pronto con una sonrisa radiante. Después de tanto tiempo en silencio, su voz se me antojó más encantadora que nunca.

-¿Eh? –yo seguía ensimismada.

-Ya no vacilas cuando te pido que subas.

Pensaba que se refería a la conversación que habíamos mantenido, pero me equivoqué. A lo mejor para él no significaba lo mismo que para mí, quizá fuera algo normal que acostumbraba a hacer o ¡yo que sé! Pero sentí que algo se desinflaba en mi interior.

-No tengo otra manera de regresar –reconocí.



-Lena –acercó un dedo a mis labios para sellarlos; no llegó a tocarlos pero provocó que mis rodillas volvieran a temblar -, déjame disfrutar un poco del momento, esto no ocurre todos los días.

Le sonreí.

-Una lástima lo de la bicicleta –susurré mientras él entraba y encendía el motor.

-Perdóname si no comparto tu tristeza.

-¿Por qué eres tan cruel?

-Bueno –razonó –, he de reconocer que le estoy agradecido, pero eso es todo.

-Supongo que se debe a que ahora tú eres mi único medio de transporte, ¿no es así? –aventuré.

-No el único, pero sí el mejor.

Arqueé exageradamente una ceja.

-¿Quieres hacer algún tipo de reclamación?

-El olor de la tapicería es un poco fuerte –bromeé. Él puso los ojos en blanco y sonrió –. Aunque se confunde con el tuyo y eso es agradable.

-Qué enternecedor… -se burló. Si había algo que me gustara más que sus ojos, eso era su risa, cuando no lo hacía de forma cruel –. Es un halago que aprecies mi compañía –dijo con voz suave y aterciopelada.

-¿No estábamos hablando de coches?

Me miró, de una forma tan profunda que me hizo temblar.

-Sí –susurró para sí mismo, aún con una pequeña sonrisa jugueteando en sus labios -, hablábamos de coches.

Todos mis sentidos se pusieron en guardia por su cercanía. En contra de mi voluntad, cada vez parecía más evidente el hecho de que me estaba enamorando de él. De pronto, lo veía tan claro como la certeza de que alguien como Christian nunca se fijaría en mí. Me había permitido el lujo de soñar despierta el tiempo que había pasado a su lado, pero debía volver a la realidad. Había un vínculo, algo parecido a la confianza, pero no era amistad y, muy a mi pesar, tampoco amor. Ese pensamiento me entristeció. ¿Cómo un chico como él iba a fijarse en alguien como yo? Lo mejor que podía hacer era guardarlo en secreto, no podía permitirme el lujo de perderle, aunque cualquier posibilidad de estar junto a él de otra manera se limitara a las fantasías de mi mente antes de dormirme.

Pero lo que sentía por él aumentaba con cada segundo que lo veía, que pensaba en sus ojos, que percibía su olor y su aliento sobre mi piel. ¿Cómo no me había dado cuenta

antes? Quizá porque todo lo que me había ocurrido había eclipsado cualquier emoción o sentimiento que no fuera angustia o desesperación. ¿Quién sabe? Lo único que ahora sabía con certeza era que debía ocultarlo a toda costa. No quería ni imaginar lo que él podría decir si se lo contaba…Suspiré.

-¿Qué ocurre? –preguntó preocupado, rompiendo el silencio.

-Nada, solo pensaba.

-¿En qué?

-En el sentido de la vida –bromeé.

-¿Siempre eres tan filosófica?

-¿En qué pensabas tú?

Torció una sonrisa.

-No pienso responder a esa pregunta.

-¡Yo te lo he contado!

-Por favor, Lena –dijo riendo y poniendo los ojos en blanco -, ¿de verdad crees que me he creído eso de los pensamientos trascendentales? Nadie puede ser tan exageradamente existencial.

-¿Estas diciendo que soy exasperante? –Intenté que sonara despreocupado, pero la verdad es que la idea me asustaba.

-No, no del todo.

-¿Cómo dices? –exclamé irguiéndome en el asiento.

-Bueno –reconoció-, la verdad es que el día que hablamos por primera vez sí que lo parecías.

-Perdóname por no tomarme bien el hecho de descubrir que había muerto –dije indignada.

-Aún no lo sabías –me recordó.

-¡Pero no recordaba nada! Para el caso es lo mismo.

Mi tono le sobresaltó.

-¿Vas a enojarte ahora? –me dijo.

-No estoy enfadada. –Me giré hacía la ventana e intenté prestar atención a las farolas



que pasaban aprisa por nuestro lado.

-Sí, por supuesto que sí.

-He dicho que no.

Bufó.

-No sabes mentir…

Me volví hacia él.

-¿Tienes que saberlo siempre todo? –le espeté.

Mi expresión, que pretendía ser de indignación, debió resultarle divertida porque rompió a reír.

-Lena…

-Responde.

Me miró confuso.

-Creí que se trataba de una pregunta retórica.

-Pues no lo era.

Sonrió.

-Relájate, no creo que seas exasperante; era una broma.

Me crucé de brazos, con un puchero más propio de una niña de siete años.

-Tienes un sentido del humor muy peculiar –le dije.

-Me conformo con tener uno.

Abrí la boca, ofendida.

-No digo que tú no tengas –se apresuró a añadir al ver la expresión de mi cara.

-No intentes arreglarlo. –Guardamos silencio, yo me limité a mirar por la ventanilla. Al cabo de un rato recordé algo –. Por cierto… Lisange dijo algo de que tú habías descubierto que me había llegado el momento antes que ellos, ¿a qué se refería?

Su rostro se concentró.

-Bueno, intuí que tu transformación era inminente e intenté advertirle, pero no me creyó; decía que era demasiado pronto.

-¿Y por qué me ha ocurrido ahora?

-No lo sé; nadie sabe con seguridad cuándo va a suceder.

-Pero tú lo averiguaste –insistí –. ¿Cómo?

Parecía incómodo.

-Te observé durante bastante tiempo, así que pude apreciar los cambios, sobre todo los de tu piel.

-¿Siempre te tomas tantas molestias cuando vas a acabar con alguien? –quise saber entornando los ojos.

-La verdad es que no –suspiró -; por desgracia, contigo parece que todo es diferente.

-Gracias…-balbucí -, supongo.

-No des las gracias por algo así.

La extraña sensación volvió a mí, más fuerte que antes, estremeciendo mi cuerpo. Me revolví en el asiento y me acurruqué mirando el paisaje, para que él no pudiera ver la sonrisa de felicidad que se dibujaba en mis labios.

Contemplé su reflejo en el cristal. Se estaba quitando la americana sin prestar atención alguna a la carretera. Un instante después la colocó sobre mi cuerpo, y su olor embriagó mi mente. Se preocupaba por mí, me dije. Tal vez…, no, sacudí la cabeza. Eso no, era imposible. Él era perfecto y, como tal, estaba completamente fuera de mi alcance. Pero yo le importaba y, por mucho que pudiera sorprenderme la posibilidad, quizás ese diminuto y, a simple vista, insignificante detalle podría bastarme para llegar a ser feliz.

Con ese pensamiento revoloteando en mi cabeza, caí en un profundo sueño imaginando que estaba en la cama, abrazada al maravilloso cuerpo de Christian Dubois.

-Hemos llegado –me susurró una voz al oído.

Abrí los ojos lentamente, y me sobresalté al ver su rostro a escasos centímetros del mío. Podía sentir su respiración fundiéndose con la mía.

-Gracias –dije con un hilo de voz, reincorporándome, ¿cuánto tiempo había pasado? Él se apartó despacio de mí –. ¿Te veré mañana?

-Cuando tú quieras.

Sonreí y regresé a casa. Liam y Lisange estaban en la sala de estar, para variar, y aún llevaban puesta la ropa de montar. Capté el olor de Flavio, que provenía del piso superior.

-Francamente, Liam, deberías decirle a esa chica que deje de acosarte. –La voz de Lisange sonaba muy frustrada.

-Lo he intentado de todas las formas existentes para no ser descortés, pero ninguna parece funcionar –decía él con voz abatida.

-Tal vez deberías plantearte la posibilidad de no ser cortés con ella.

-Sabéis que no puedo hacer eso.

-Lo sé –suspiró, dejándose caer sobre el sofá con los brazos cruzados.

Liam se sentó a su lado, con aspecto cansado, y por fin reparó en mí.

-¿Qué tal el día, Lena?

Entré en la sala.

-Nada fuera de lo normal –dije -, excepto porque he tenido un pequeño accidente con la bicicleta.

Me miraron preocupados.

-Yo estoy bien, pero ha quedado un poco…

-¿Por qué la has cogido? ¿No eras consciente de la nueva fuerza que tienes? –preguntó Lisange.

Avancé y me senté en un sillón.

-Me temo que no. No había tenido ningún problema hasta ahora. Estaba pensando en algo y he perdido el control. –Me quedé con la mirada perdida, recordando todo lo que había ocurrido a continuación.

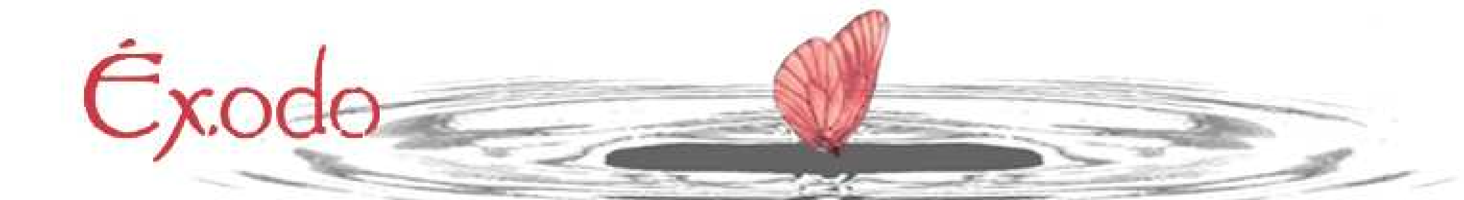
-¿Hay algo que os inquiete? –preguntó Liam de forma educada.

-No –mentí, saliendo de mi ensoñación.

Sí que era preocupante que me hubiera enamorado de Christian, pero sentí pánico ante la idea de tener que contárselo a ellos. Al parecer era algo que tendría que guardar para mí sola. De pronto, una brillante tarjeta dorada colocada sobre la mesa captó toda mi atención. En ella había dibujadas palabras con una caligrafía pulcra y ornamentada. Me acerqué para verla mejor.

-¿Qué es eso? –quise saber.

Lisange se me adelantó, cogió el papel y lo hizo bailar frente a mí, con una sonrisa radiante. Todo rastro de frustración desapareció de su rostro.



-Esto, señorita –canturreó -, es una invitación a una fiesta anual para los cazadores de la zona.

Pasé la mirada de Lisange a Liam intentando encontrar algún sentido.

-En realidad es una tapadera –confesó -. Se organiza una celebración para que asistan humanos, pero en verdad es un encuentro de los de nuestra especie. Con ellos allí, los guardianes no se atreven a atacar.

-¿Tantos cazadores hay aquí? –dije sin dar crédito a lo que oía.

-Los hay por doquier. – Liam sonrió; mi ignorancia debía parecerle divertida -. Pocos, pero bien repartidos.

-¿Por qué nunca nos relacionamos con ellos? –pregunté asombrada, aunque conocer a más gente como nosotros me puso especialmente nerviosa.

-Con siglos por delante, una vez al año ya es suficiente –aclaró.

De pronto, Lisange se concentró mucho en algo y eso me alarmó; no podía ser nada bueno.

-¿Qué ocurre?

Tardó en contestar, con los párpados entornados y el rostro serio.

-Tenemos que buscar algo que ponerte.

-No voy a ir –contesté poniendo los ojos en blanco.

-¿Estás loca? ¡No puedes faltar! Es como tu presentación en sociedad –me reprochó mirándome como si acabase de metamorfosearme en un monstruo grande y peludo.

Me estiré un poco en el sillón y le hice un ademán con la mano quitándole importancia.

-No faltará. –Flavio apareció por la puerta. Teniendo en cuenta el terrible aspecto que presentaba últimamente por el calor, en ese momento estaba bastante bien –. Lena irá y se divertirá –sentenció-. Te hace falta distracción.

-No de ese tipo –aseguré-. Además, no sé bailar.

-¡Qué excusa tan tonta! Te creía más ingeniosa –exclamo Flavio riendo.

-Es la verdad.

-¿Y cómo sabes que es así?

Tomó mi mano y tiró de ella hasta que quedé en pie, frente a él.



-No digo que tengas que saber cómo se bailaba en el siglo XVIII –dijo tomándome de una mano y posando la otra en mi espalda -, pero hay ciertos bailes que son indispensables.

Bajé la mirada, era demasiado tímida como para que me sometieran a semejantes situaciones; todos lo De Cote se estaban divirtiendo a costa de mi vergüenza. Me mordí el labio, nerviosa, y puse mi mano libre sobre su hombro, cuidándome mucho de no alzar la vista del suelo para no encontrarme con sus ojos. Antes de que me diese cuenta, estaba dando vueltas por el salón.

-Mira, Lena –rió Flavio mientras tarareaba una canción-, ¡Estás bailando! Y si te decidieras a levantar la mirada, estoy seguro de que lo disfrutarías mucho más –susurró.

-No me estoy divirtiendo nada, Flavio. –Me detuve, apartándome de él, y regresé al sillón –. Sabéis que yo allí no encajaré; además, a mí me importan muy poco estas cosas.

-Pero a mí sí –alegó Lisange poniéndose en pie -, así que tu obligación como nueva hermana es contentarme.

-No puedes hacerme esto… -dije, pero ella se acercó a mí con ambas manos en sus caderas y expresión intimidante.

-Mañana te quiero bien mentalizada, Lena. Tenemos solo un día, así que después de ir a la universidad buscaremos algo apropiado para ponerte. –Sonrió radiante y dio una palmadita emocionada -. Será divertido.

Miré a Liam, suplicante.

-Sálvame, te lo suplico –le susurré.

-No pienso provocar la ira de Lisange –se excusó riendo.

-Imagino que no querrás disgustar a tu hermana favorita, ¿verdad?

Le hice una mueca.

-Eres la única que tengo.

-¿No harás eso por mí? –Hizo un puchero.

-Eres un ser odioso, ¿lo sabías? –Me escabullí escaleras arriba huyendo todo cuanto pude antes de que me involucrasen en algo más -. Esta me la debes, Lisange De Cote –le grité desde arriba. Su risa triunfal llegó nítida a mis oídos.



# CAPÍTULO 16

**Cinturón negro de kárate**

-¿Se ha marchado ya Lisange?

Bajé corriendo las escaleras intentando calzarme las zapatillas en condiciones. Estuve a punto de tropezar con Caín... o Goliat. Al gato no se le había ocurrido mejor idea que aovillarse en mitad de las escaleras.

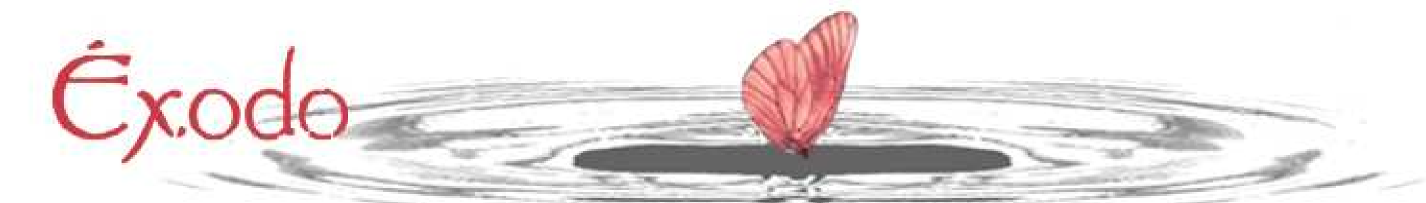
-Sí, tenía que hacer unas cosas antes. Me ha dicho que te vería allí a las nueve en punto -me dijo Flavio, con un pequeño cubito de hielo en la boca.

Miré el reloj y suspiré, no iba tan mal de tiempo. Me detuve frente al espejo que había junto a la puerta intentando encontrar una solución de última hora para mi pelo, pero el reflejo me recordó que ahora lo lucía brillante y peinado. Sonreí y me volví hacia Flavio.

-Bueno, me voy, te veo luego.

Salí veloz de casa. Por suerte estaba nublado y el sol no llegaba a La Ciudad, pero el calor que sentía era como de cuarenta grados a la sombra. Me resultó terriblemente tentador regresar y pedirle a Flavio que me acercara, pero deseché la idea; si me daba prisa, no tardaría mucho en llegar. No estaba muy lejos y, a pesar de la temperatura, yo seguía prefiriendo ir al aire libre, en especial desde que podía apreciar los matices con tanta claridad.

Llegué a una de las calles principales, prácticamente vacía. Casi todo el mundo estaba ya trabajando y los que no, arrancaban los últimos minutos a sus despertadores antes de levantarse. Lo peor de esos días en los que La Ciudad parecía desierta era que, si en las avenidas principales apenas había gente, en las pequeñas y estrechas callejuelas que serpentean por el interior ya no encontraba ni un alma y ese era, cómo no, el camino que yo debía tomar. Me adentré un poco más. La proximidad de unos edificios con otros impedía la entrada de la luz del sol. Solo había atravesado esa zona un par de veces en el tiempo que llevaba allí, y había sido antes de transformarme. La rodeaba una atmósfera de inquietud, algo que me ponía bastante nerviosa. Nunca había visto a nadie en ellas, pero era como si cientos de ojos estuvieran puestos en cada uno de mis movimientos. Por mucho que ahora fuera lo que era, ese lugar me intimidaba. De haber



sido un poco más lista, habría pensado en dar un rodeo; sin embargo, ese era el único camino que conocía.

Me detuve. Mi oído sobrenatural captó unos pasos que se acercaban a mí, nerviosos y pesados; alguien me seguía. Continué andando, ahora más despacio, pendiente de cada pisada que llegaba a mis oídos. Eran lentas y resonaban en la acera y en los pequeños charcos de agua del suelo. Un segundo más tarde, se hicieron más rápidas y, después, corrían. Entonces, yo también eché a correr.

Algo pasó por mi lado a toda velocidad aferrando la correa de mi bolso. No le vi ni siquiera la cara. Como acto reflejo, yo también la sujeté y tiré de ella. Mi movimiento fue tan fuerte, que el extraño se elevó en el aire y fue a dar contra la pared del edificio opuesto, cayendo al suelo, inconsciente, entre dos contenedores de reciclaje. No podía haber imaginado que pasaría eso.

Miré en su dirección, asustada, pero no me atreví a acercarme a ver si se encontraba bien. Huí de allí veloz, zigzagueando entre las callejuelas, con la sensación de que alguien me seguía de cerca. Miré hacia atrás, pero no había nadie. Continué corriendo sin parar hasta que salí de nuevo a la avenida principal. Allí choqué contra algo y caí al suelo.

-¿Estás bien?
-¡Flavio! -jadeé.

Me tendió una mano para ayudarme a poner en pie.

-¿Qué ha ocurrido?
-Un hombre ha intentado robarme - dije tratando de que mi respiración volviera a normalizarse.

Él pareció contrariado.

-¿Dónde está?
-No lo sé, pero no creo que esté bien. -Miré hacia atrás asustada de mí misma-. Creo que le he hecho daño.

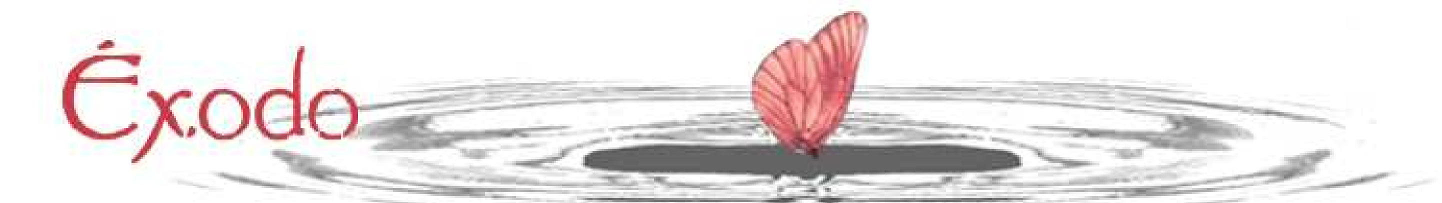
Su expresión se tensó.

-¿Le golpeaste?
-No era mi intención; he tirado de la correa y, al hacerlo, lo he lanzado contra una pared.

Frunció el ceño.

-¿Crees que os ha visto alguien?
-No, la calle estaba abandonada.
-Muéstramela.

Guié a Flavio de nuevo a través del interior; no me costó encontrar el lugar. Sin embargo, yo me quedé atrás mientras él inspeccionaba la zona.



-¿Estás segura de que es aquí? -me dijo mirando a su alrededor.
-Completamente.

Unas finas líneas cruzaron su frente.

-¿Qué ocurre? -pregunté con ansiedad.
-Aquí no hay nadie, debería estar inconsciente, a menos... -Se giró hacia mi con los ojos entornados- a menos que hayas aprendido a controlar tu fuerza y el golpe no haya sido tan grave.
-Lo ha sido, te lo aseguro. Ha salido disparado contra la pared. -La imagen regresó a mi mente y di un paso hacia atrás.
-No era humano -reflexionó para sí mismo-. De serlo debería estar, al menos, aturdido. -Volvió a mirar a su alrededor, con los sentidos agudizados.
-¿Qué quieres decir?
-Alguien intenta averiguar si te has transformado.
-¿Quién?
-No lo sé, pero hazme un favor, Lena, evita este tipo de calles.

Asentí, desde luego que lo haría. Regresamos de nuevo a la civilización, donde el bullicio ya se había despertado entre los habitantes.

-¿Cómo me has encontrado? -le pregunté.
-He pensado que no llegabas a tiempo y te he seguido con el coche.
-¿Debería preocuparme por lo que acaba de ocurrir?

Él dudó.

-Tienes que cuidarte de no mostrar tus habilidades en público.
-No ha sido voluntario -me defendí-, yo misma me he sorprendido, no he podido controlarlo.
-Debes hacerlo. No me cabe la menor duda de que existe un buen número de guardianes y grandes predadores que estarán encantados de saber que hay un nuevo cazador en la ciudad.
-Hizo una pausa-. Los hay que no van solos, Lena, es muy probable que en ese lugar hubiese más de uno acechando.
-Gracias por ayudarme -contesté, avergonzada por la situación.
-Vamos, te acompañaré.

Iba a preguntarle a dónde cuando, de pronto, recordé.

-¡Lisange!

Se me había olvidado por completo. Debía de estar esperándome desde hacía por lo menos media hora. Lo miré con pavor y él asintió.

Lisange jugueteaba con el reloj al borde de la histeria cuando conseguimos verla junto a la entrada.

-Te veré esta noche, Lena -dijo dándome un pequeño beso en la frente-. Que tengas un buen día.
-¿No vienes?

Sonrió cortés.

-Debo ir al trabajo.
-Oh, de acuerdo.
-Lisange te tratará bien -bromeó.
-Sí -sonreí-, lo sé. Gracias por todo, de nuevo.

El rostro de Lisange se relajó por completo cuando me vio llegar.

-¡Por fin! -exclamó abalanzándose sobre mí y tomándome del brazo-. Creía que te habías arrepentido.
-No, siento el retraso. -Eché una última y fugaz mirada hacia el coche mientras desaparecía por la carretera.

Atravesamos las verjas y el pequeño caminito que nos separaba de los grandes portones del edificio. Estaba segura de que, de poder, Lisange avanzaría dando saltitos de emoción. Los exámenes llegan a ser muy importantes para mucha gente, pero apasionantes...

Ya había muchos jóvenes cuando entramos. Pasaban de una estancia a otra hablando animadamente. Lisange miraba a su alrededor, admirando cada pequeño detalle con los ojos demasiado abiertos, incluso para ella. Todo era de madera cobriza: las paredes, los muebles, el parqué del suelo... Una elegante alfombra cubría casi la totalidad del gran vestíbulo y una antiquísima lámpara colgaba del techo. Atravesamos varias salas, pero ella no parecía interesada en el contenido de las mesas que se esparcían por todas partes, abarrotadas de formularios y folletos de las diversas carreras y universidades, alrededor de las cuales se agolpaban un buen número de los alumnos, con las cabezas muy juntas entre ellos y hablando en susurros.

-¿No quieres información? -le pregunté cuando pasamos por la quinta habitación sin acercarnos siquiera un poco a ninguna de las mesas.
-Tengo cientos de informaciones; solo quiero sentir este ambiente, estar aquí dentro entre tanta gente normal, como una alumna más. -Me miró, los ojos le brillaban-. ¿No es emocionante?

Seguramente, el hecho de haber sido una más de ellos toda una vida era la razón por la cual yo no lo veía con la misma emoción. De todas formas, ella no aguardó respuesta alguna. Tiró de mi brazo y me hizo atravesar todas las salas, admirándolas una por una y analizando a cada uno de los estudiantes, con miradas tan penetrantes que en ocasiones debía darle un codazo para avisarle de que se estaban dando cuenta de su poca disimulada observación.

Tras perder la cuenta del número de vueltas que llevábamos, tuve que recordarle por qué habíamos venido. Puso cara de espanto y me arrastró hasta el improvisado mostrador que habían colocado al final de una aula repleta de sillas donde la gente

rellenaba sus impresos. Le dimos toda la documentación a la señora que se encargaba de guardar todo el papeleo, una mujer con el pelo recogido hacia atrás, gafas de media luna con cadena y boca fruncida. Después de examinar detenidamente nuestros papeles, nos entregó dos solicitudes.

-Rellenadlas con toda la información y traédmelas de nuevo -nos indicó.

Nos sentamos en el fondo, la única zona que aún tenía sitios libres, y examinamos los impresos. La verdad es que lo mío era un mero juego, porque Flavio ya había acordado con el colegio que yo haría mis pruebas ahí, pero Lisange sí que debía hacerlo porque también se presentaba a los exámenes preuniversitarios. A mí aún me faltaba un curso para eso.

-¿Menores de 25? -leí por encima del formulario de Lisange.
-No creo que haya ninguno para mayores de cien -comentó ella emocionada.

Un chico pasó por nuestro lado y se nos quedó mirando.

-Podrías haber cogido el de mayores, ¿no crees?
-Creo que me he ganado el derecho a quitarme unos años.
-Unos cientos de años querrás decir -apunté.

Ambas reímos.

-La edad no importa cuando no envejeces. E, incluso en nuestro mundo -me susurró acercándose más a mí-, soy bastante joven.
-Entonces, ¿yo que soy? -pregunté con los ojos muy abiertos-. ¿Un bebé?
-Sí, eso se acerca bastante. -Me sonrió mostrando su perfecta dentadura.
-Genial -dije sarcásticamente-, así que aún tendré que esperar unos cientos de años hasta que pueda ganarme un respeto.
-Pobre niña quejica... -se mofó.
Le hice una mueca burlona pero, en ese momento, sus ojos se desviaron hacia la entrada de la sala.

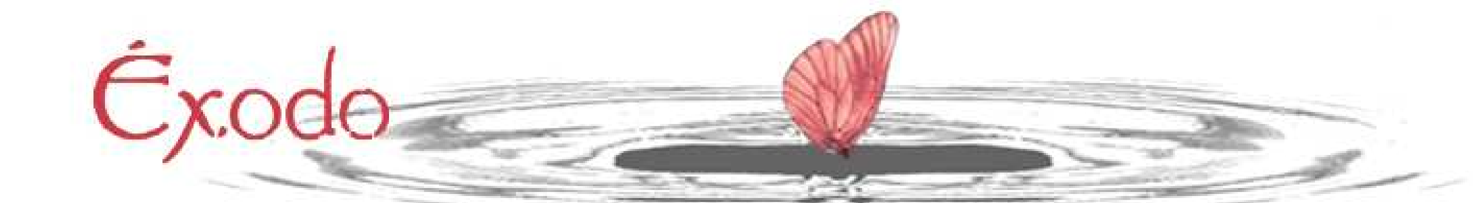
-No puede ser -susurró ella de pronto, encogiéndose, sin dejar de mirar hacia allí-. ¿Qué hace aquí Silvana?
-¿Quién?

Seguí el trayecto de su mirada hasta la entrada. Justo allí, una chica alta y rubia oteaba la sala con interés.

-Una humana que acosa a Liam -explicó entre dientes-. Le sigue a todas partes.

La miré confundida.

-Creía que no nos relacionábamos con la gente normal.
-El problema es otro: él la esquiva, pero ella está obsesionada -soltó un bufido-, o peor..., ¡enamorada!



Lisange entornó los ojos, como si intentara ver a través de la chica.

-No entiendo por qué está aquí, si ella ya estudia en la universidad.

Se sentó junto a un chico rubio con el cabello aún más claro que el suyo. Él también estaba rellenando formularios.

-Se parecen mucho -señalé-. Quizá sean hermanos.
-Sí, seguramente. -Apartó la mirada de ella y volvió a concentrarse en el papel que tenía enfrente-. Terminemos pronto y vayámonos de aquí; tenemos mucho por hacer.

A la salida del edificio, Lisange me obligó a buscar algo bonito para la fiesta. No sé cuántas tiendas visitamos, pero desde luego pasamos por tres ciudades distintas, entrando en todas las boutiques que Lisange encontraba a nuestro paso. Tenía un talento natural para encontrar esas tiendas. Las dependientas se maravillaban al verla entrar, no sé si por su apariencia de modelo o por la abultada tarjeta de crédito. Quizá fueran ambas cosas. Era una de esas pocas personas que pueden presumir de tener estilo; un estilo sencillo, elegante y nada cargado.

La conocían en la mayor parte de los lugares que visitamos. Agotó a todos los empleados y yo estuve probándome prenda tras prenda, pero nada satisfacía a Lisange. Cada vez estaba más segura de que ella buscaba algo que no existía. Sin embargo, aprovechó la situación para cargarme con unas cuantas bolsas de ropa nueva para mi armario, pero esta vez fue distinto porque, al menos, me dejó elegir a mí.

Era tan buena clienta, y estaban tan maravillados con ella, que muchos diseñadores le regalaban prendas. Yo estaba asombrada, por supuesto. Ya puestos, me sorprendía que Lisange no hubiera sido portada de alguna revista de belleza. Y, en cambio, nunca la había visto mirarse en el espejo más de lo necesario o fardar de su belleza o siquiera presumir. Seguramente era algo que tenía asumido, algo que formaba parte de ella y que había aprendido a ignorar a lo largo de los siglos.

Llegamos tarde a casa. Lisange estaba algo decepcionada por no haber encontrado lo que buscaba para mí.

-¿Qué vas a ponerte tú? -dije para intentar animarla mientras soltaba las bolsas sobre un sillón.
-¿Quieres verlo? -contestó volviéndose hacia mí con los ojos que le brillaban.
-Claro. -Sonreí, estaba segura de que se moría de ganas por enseñármelo.
-Acompáñame a mi dormitorio.

Su habitación no era nada parecida a la mía, de hecho, ahora que la veía tenía la sensación de que mi cuarto desentonaba completamente con el resto de la casa. La de Lisange era por lo menos el doble de grande y antigua. En lo único que mi pequeño dormitorio ganaba al suyo era en sencillez. Sus ventanas, al contrario que las mías, iban

del techo al suelo, cubiertas por pesadas cortinas de color crema sujetas con borlas doradas. Los muebles eran de madera brillante y pulida, pero lo que de verdad la diferenciaba era la increíble cama que resplandecía en el centro de la pared lateral. Era enorme, incluso tenía unos curiosos escalones para subirse a ella, y estaba engalanada con un magnífico dosel de seda del mismo color que toda la tapicería. Justo enfrente destacaba una gran chimenea, por supuesto, tapada. Sobre ella había un gran óleo enmarcado. Lisange me observaba desde el retrato, pero no tal y como yo la conocía; su mirada era más inocente, y sus ojos, en vez de negros como la noche, eran azules, el azul más intenso que había visto nunca antes, y su piel, a pesar de ser también pálida, poseía un leve rubor rosáceo en las mejillas.

Sentí una punzada en el costado; ella siempre había sido guapa.

-Es precioso -susurré.

Lisange se acercó-a mí y lo contempló durante un instante a mi lado, pero sin la misma emoción, como era normal.

-Lo terminaron una semana antes de mi muerte -dijo pasando un dedo por el lienzo-, no recuerdo si llegué a cumplir los dieciocho. La primera vez que lo vi, ya era tarde.

La miré a ella y de nuevo al retrato, ahora era incluso más impresionante.

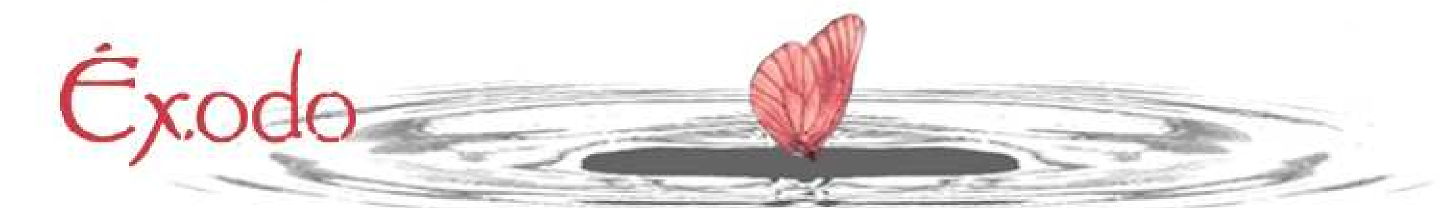
-Entonces, siempre fuiste guapa, tuvo que ser bonito sentirse así...
-Tú también lo eres, y lo serás aún más.
-¿Qué quieres decir? -pregunté sin comprender.
-Al contrario que a los humanos, a nosotros el paso del, tiempo nos beneficia; si estamos bien alimentados, ganamos belleza con los años.

Pensé en ello, la verdad es que eso era un gran punto a favor, para qué negarlo, algo alentador que ayudaba a cargar con la perspectiva de varios siglos de existencia por delante.

-Vaya, por eso Liam...
-Él ya era imponente antes de morir -reconoció.
-Al igual que tú -señalé.
-La belleza a mí no me sirvió de nada, Lena.

Me volví, apoyando la espalda contra la repisa de la chimenea.

-Ojalá pudiera tener algún recuerdo de mi antigua vida.
-Aún es pronto.
-Siempre decís lo mismo, pero me pone nerviosa no saber nada de mí, ¿quién me garantiza que no fuera una persona cruel?
-No creo que lo fueras, Lena, lo serías aquí también.
-Tal vez me suicidara... -aventuré.
Dejó su pañuelo sobre el descalzador y volvió a hablarme.
-No lo creo, no pareces el tipo de persona que buscaría su propia muerte. -Aparté la mirada, estaba claro que ella no me conocía tan bien como pensaba-. Además -siguió-



no es tan... sencillo. Hace falta un gran número de factores para que llegues a esta "vida". Reunir muchas características, no físicas, sino psicológicas. Entre ellas una gran fuerza mental y otras muchas que nosotros no conocemos. Y, aunque alguien reuniese esas peculiaridades, debe ser aprobado por el Ente.
-¿Qué es el Ente? -pregunté, no había oído nunca hablar de eso.
-Es algo parecido a una sociedad pequeña que controla esas cosas. Está formado por cazadores, guardianes y grandes predadores. A decir verdad, son quienes ordenan todo esto..., especialmente el tema del equilibrio. Son muy importantes.
-Eso no me lo había contado Christian...
-Serás más feliz si olvidas todo el lado negativo de este asunto.

Caminó hacia un gran baúl colocado bajo la ventana y sacó algo enorme, un montón de tela junta. Lo extendió ante mí y tuve que esforzarme para no abrir la boca del asombro. Lisange extendía sobre su cuerpo un maravilloso traje de época de color verde pastel, muy claro. Dados mis escasos conocimientos en historia de la moda, solo puedo decir que ese traje era, sin duda, del tipo de María Antonieta. Era francamente bonito y demostraba que Lisange no siempre había lucido ese estilo simple pero elegante que ahora la caracterizaba.
Tenía un escote cuadrado decorado con pequeños lazos que descendían en columna en la parte frontal del corpiño. Las mangas parecía que se ajustaban hasta los codos, de donde luego salían pequeños volantes de encaje blanco. Tal y como lo veía, era enorme, en especial por el volumen de la falda. Nunca había visto tanta tela junta en una única prenda, y eso que supuse que solo era la última capa. La cantidad de cosas que tendría que ponerse para armar ese vestido tenía que ser sorprendente.

-Lisange ..., es precioso -dije impresionada.
-Hace siglos que no me lo pongo, literalmente hablando, pero lo he mantenido bien cuidado porque me encanta.
-Te quedará genial.
-La última vez que lo llevé fue... -hizo una mueca- el día de mi muerte. -Meditó -un segundo. Luego forzó una sonrisa-. Me he negado a volver a ponérmelo durante todo este tiempo -dijo mirándose en el espejo de cuerpo entero que había junto a la ventana.
-Voy a desentonar más de lo normal a tu lado. –Intenté reír para quitar presión al ambiente.

Ella parpadeó y volvió a mostrarse alegre.

-Te sorprenderá lo que verás allí -me dijo sonriendo-. Cada uno viste conforme a la época en la que murió, por eso yo llevaré esto y lo tuyo será más actual.
-¿Y... los humanos?
-Ellos piensan que deben ir disfrazados de época o vestir de gala, pueden elegir, así no se sorprenden. -Soltó una carcajada, y volvió a mirarse en el espejo, pensativa-. Ven a mi lado -me "llamó. Acudí junto a ella y colocó el traje sobre mi cuerpo-. Tienes razón, Lena, vas a desentonar demasiado. No puedes ir vestida conforme a esta época; harían demasiadas preguntas ¿Una cazadora recién nacida? Todos intentarán saber cosas acerca de ti... No quiero hacerte pasar por eso -dijo mordiéndose el labio inferior-. Tenemos que buscarte algo menos reciente, pero tampoco tan antiguo como esto, porque se notaría que eres mucho más joven...



Dejó el vestido sobre la cama y dio una vuelta a mi alrededor, evaluando algo y dándose pequeños golpecitos en la punta de la barbilla con un dedo, pensando. De pronto, sonrió triunfal.

-¿Qué te parecería algo de principios del siglo XIX?
-¿En qué estás pensando? -contesté retrocediendo un paso.
-Creo que conservo algo de esa época.
-Me estás asustando.
-Tengo uno blanco, precioso. Te quedará perfecto y resaltará ese aire inocente que tienes.

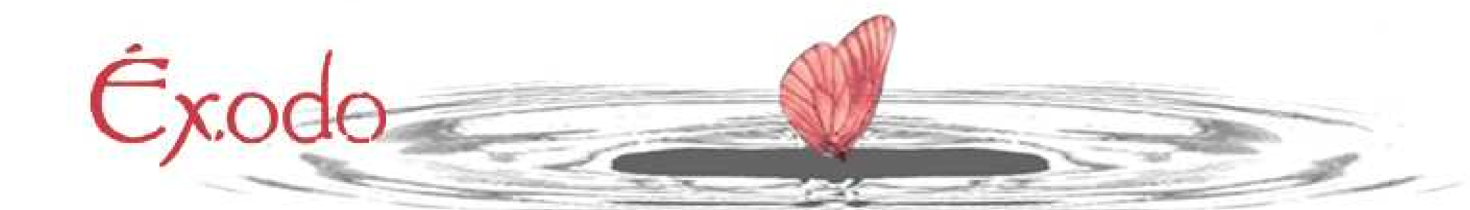
Me resigné.

-Prométeme que no me arrepentiré por fiarme de ti.

Desplegó su mejor sonrisa.

-No te arrepentirás, te lo aseguro.

Pero no me lo enseñó. En lugar de eso, me obligó a pasar toda la noche sumergida en agua helada para poder estar “fresca” al día siguiente. Así que me quedé ahí dormida, flotando entre cubitos de hielo.



# CAPÍTULO 17

**La magia no existe**

Lisange retrocedió un paso para contemplar su obra, sonrió y aplaudió emocionada.

La verdad es que cuando habló del siglo XIX no me imaginé exactamente a qué época se refería. El vestido era blanco y de muselina, de esos de talle alto y escotado que se solían llevar con guantes que llegaban por encima de los codos en la época de historias como *Orgullo y Prejuicio*.

He de admitir que cuando me lo enseñó me gustó más de lo que esperaba; era sencillo, sin grandes ornamentos, y eso me encantaba. Algo que no le perdonaría en la vida es que me obligara a ponerme un corsé. Me dijo que no tenía razón para quejarme, porque respirar ya no era necesario, y no pude rebatir esa respuesta. De todos modos, aseguró que se lo agradecería cuando viera el resultado final.

Me cubrió los ojos antes de dejar que me viera en el espejo y los destapó con un *voilà* y una enorme sonrisa. En ese momento comprendí el significado de la palabra narcisismo. Resultaba difícil de creer que la chica del reflejo fuera la misma que me había recibido esa mañana en mi habitación. Parpadeé un par de veces y continuaba estando ahí, mirándome con unos perfectos ojos negros.

Lisange había cuidado cada detalle, desde los zapatos casi planos con lazo hasta el elaborado recogido al estilo griego que había hecho entrelazando todo mi pelo con pequeñas piedras de circonita. Ese era el único complemento que llevaba, ni collares, ni pendientes, ni pulseras, solo esa discreta decoración en el peinado y una cinta de seda rosada bajo el pecho, que rodeaba el talle y caía libre por la parte trasera del vestido. También había insistido en el tema del maquillaje, pero, por suerte para mí, lo único que había hecho era ponerme un poco de colorete en las mejillas (puesto que pellizcarlas ya no servía de nada), resaltar los ojos y aumentar ligeramente el tono de mis labios; todo de forma muy natural.

-Estás perfecta -me dijo, uniéndose a mí, frente al espejo.
-¿Cómo lo has hecho?
-Siglos de experiencia en el sector -se burló.
-Tienes que enseñarme a hacer estas cosas.

Pronunció más su sonrisa; que yo le pidiera eso significaba que estaba más que satisfecha con su trabajo y proporcionaba la perspectiva de muchas tardes de trucos de belleza. Me miré de perfil abrí mucho los ojos, el vestido era demasiado escotado para mi gusto, pero debía admitir que ese corpiño ceñido había sido una gran idea.

-Vaya, es increíble -admití.
-No importa el tiempo que haya pasado, siguen quedando francamente bien. Por suerte, siempre nos quedarán estas ocasiones para desempolvarlos.

Sonreí, parecía que incluso había crecido unos cuantos centímetros.

-Sigue deleitándote con tu reflejo mientras yo me preparo.

No la oí marcharse, ni tampoco regresar media hora más tarde.

-¿Qué te parece?

La miré e, inmediatamente después, me arrepentí. Fue aún peor de lo que me había imaginado. Si mi traje era sencillo, el suyo era todo lo contrario. Llevaba una cinta rodeándole el cuello unos adornos colocados en la pequeña torre que había hecho con su pelo. ¿Cómo había conseguido hacerse ella sola semejante peinado?

-Tú has hecho algún tipo de pacto secreto para ser así –le reproché-, no es humanamente posible tener ese aspecto.

Se encogió de hombros.

-Olvidas que no lo soy... -me recordó mientras se acercaba al tocador y maquillaba algo en su escote.
-Ni yo tampoco, y mírame.
-Lena, deja de lloriquear; estás increíble -dijo levantando mucho las cejas, y suspiró-. Pobres jóvenes mortales, ¿qué será de sus cortas e insignificantes vidas después de verte esta noche?
-Qué graciosa...

Sonreí al ver a Liam, vestido tal y como me lo había imaginado el primer día, como un príncipe, bueno..., o algo parecido. En estos tiempos, solamente él sería capaz de lucir unos pequeños pantaloncitos cortos con medias blancas y botas de cuero sin perder un ápice de masculinidad o sin provocar una risita. En la parte superior llevaba una chaqueta negra de mangas abultadas y acuchilladas, de tal modo que dejaban ver una camisa blanca debajo de ella. Complementaba el atuendo con capa y un sombrero de esos de ala ancha adornado con una pavorosa pluma. En cuanto nos vio, se lo quitó de la cabeza con gracia agitándolo en el aire con una floritura mientras se inclinaba hacia delante a modo de saludo. Seguía sin entender por qué no me había enamorado de él.

Todo habría sido mucho más fácil; le habría tenido cerca y no me preguntaría todos los días a cuánta gente habría dañado en las últimas horas.

-Espléndida -dijo tomando mi mano, y la besó-, como siempre.
-Gracias -contesté bajando la mirada, avergonzada. Lisange sonreía; sin duda disfrutaba con todo aquello.

Flavio apareció a mi lado, con un traje bastante actual. Era negro y constaba de una chaqueta corta por delante y larga por detrás, adornada con una delicada rosa en un ojal. Bajo ella destacaban una camisa, un chaleco y una corbata de lazo blancos. Para completar el atuendo, llevaba una chistera en la cabeza y un pequeño bastón con pomo plateado en una mano.

-¿Tendría la bondad de acompañarme, *madame*? -preguntó tendiéndome un brazo.

Sonreí, cohibida y acepté.

Llegamos en el coche de Liam. Me sorprendió comprobar que no estaba tan alejado de la civilización como la casa de los De Cote. En esa zona me atrevería a decir que incluso habitaban humanos, a juzgar por la cantidad de viviendas cercanas. La fiesta se celebraba en un gran caserón. Desde fuera parecía una enorme caja rectangular de color hueso con decenas de grandes ventanales alargados. El lugar no parecía tan abandonado como el resto de los grandes caserones de La Ciudad y aún mantenía; ese aire de majestuosa pomposidad. Todas las luces estaban encendidas y del interior llegaron sonidos de voces acompañadas por una música melodiosa. Fuera, la calle estaba repleta de coches de muy diversas épocas e incluso de antiguos carruajes; conducidos por caballos, que pastaban tranquilamente en un lateral.

Flavio me ofreció el brazo de nuevo y los cuatro nos dirigimos a la entrada.

-Esta noche seremos los caballeros más envidiados de toda la fiesta -le dijo Flavio a Liam con una sonrisa-, por ir acompañados de las dos damas más hermosas del lugar.

Miré al suelo, avergonzada. Ascendimos por un pequeño caminito hasta la entrada. Allí había más gente tomando un poco el aire y hablando animadamente. Percibí más de una mirada furtiva en nuestra dirección.

-¡Los De Cote!

Nos recibió un hombre alto y delgado, con barba picuda y monóculo en el ojo derecho. Nos hizo pasar sin demora. Besó mi mano y la de Lisange con una sonrisa cordial e hizo una leve reverencia a Liam. A Flavio, en cambio, le dedicó un breve estrechamiento de manos.

Cuando estuvimos dentro, la luz me deslumbró. Todo era grande, cargado y muy

luminoso, de colores muy claros. La fiesta se extendía por la planta baja, que era enorme; de hecho, era tan grande que habían despejado tan solo una pequeña parte del centro para convertirlo en una increíble pista de baile. Bordeándola, se repartían numerosas mesas con algunos aperitivos para, por supuesto, deleite de los que aún vivían. Al fondo, coronados bajo un delicado telón dorado, tocaba una banda de música muy engalanada. Algo me dijo que ellos tampoco eran humanos.

Había más gente allí de la que podía haber imaginado. Más que una fiesta parecía un concurso de disfraces de época. Resultaba muy fácil diferenciar a los vivos de los muertos: los primeros, cohibidos, estaban mucho más apartados que los segundos, que habían dominado por completo el centro de la estancia más grande, en la que ahora nos encontrábamos.

-Y esto, Lena -me susurró Lisange al oído-, es toda la alta sociedad.
-Me arriesgo a aventurar que los humanos no se encuentran nada cómodos en esta celebración -comentó Liam.
-Entonces, ¿por qué acuden? –pregunté.
-Porque es un evento de sociedad.
Miré a mi alrededor.
-Es abrumador.

Liam y Lisange se desenvolvían perfectamente entre toda aquella gente, saludando a uno y otro lado, mientras yo les seguía con Flavio. Me presentaron como una prima lejana que venía a pasar un tiempo a esa ciudad. Yo me limité a sonreír y a escabullirme en cuanto tenía oportunidad.

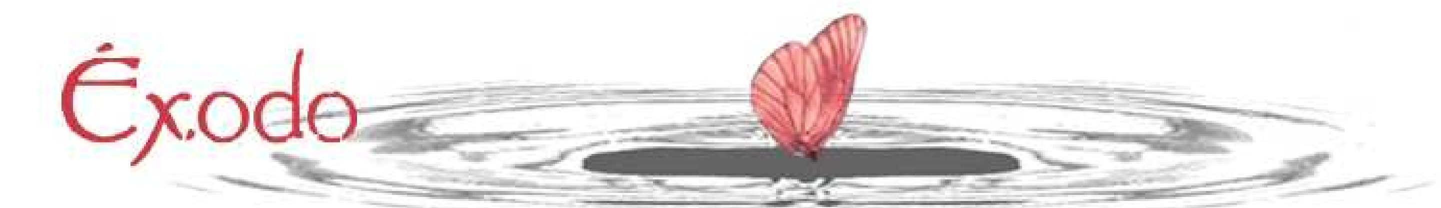
De pronto, cuando llevábamos allí cerca de media hora, la mitad de los asistentes volvió sus cabezas hacia la entrada. Alguien acababa de llegar, pero entre mi estatura, las altas pelucas de algunas de las asistentas y toda la gente que se interponía entre esas puertas y yo no fui capaz de ver de quién se trataba. Sentí el impulso de subirme a una silla para ver algo, pero tuve que reprimirme.

Busqué con la mirada a alguno de los De Cote, pero tampoco los encontré. Sin embargo, mi atención se desvió hacia un hombre alto que miraba casi indignado en esa dirección. Sus ojos eran negros, su piel pálida y su apolillado uniforme militar parecía bastante auténtico, así que me acerqué a él.

-¿Qué ocurre? -pregunté en un susurro.

El hombre apartó la mirada del lugar y la centró en mí; parecía algo impresionado y me analizó exactamente de la misma manera que yo había hecho con él hacía solo un instante, evaluando si yo era humana o una de los suyos. Pareció decantarse por lo segundo, porque se inclinó hasta llegar a la altura de mi oído y susurró con voz grave.

-Acaban de entrar... -dijo bajando aún más el tono de voz- grandes predadores.



-¿Qué? -contesté entre confundida y sorprendida.
-Si Lavisier les ha invitado, desde luego ha sido una broma de muy mal gusto. No me apetece convertirme en el centro de atención de sus monstruosos divertimentos.

Estiré más el cuello para intentar ver algo, pero no sirvió de nada. El hombre volvió a agacharse hacia mí.

-Señorita, más le vale alejarse de su vista.
-Lo tendré en cuenta, gracias.
-Mi nombre es Cánovas, por si precisáis de mi ayuda.
-Lena De Cote.
-¿De Cote? -Abrió un poco más los ojos-. Un placer entonces, *milady*.

Besó mi mano con una leve reverencia y se alejó, no sin antes echar un último vistazo hacia la entrada.

Tuve que resignarme a no poder ver nada. Me mezclé entre la gente, observando cada rostro, cada mirada... Solo había una persona a la que quería encontrar allí, pero ni siquiera sabía si él había sido uno de los recién llegados. Aunque, a decir verdad, las probabilidades eran bastante esperanzadoras.

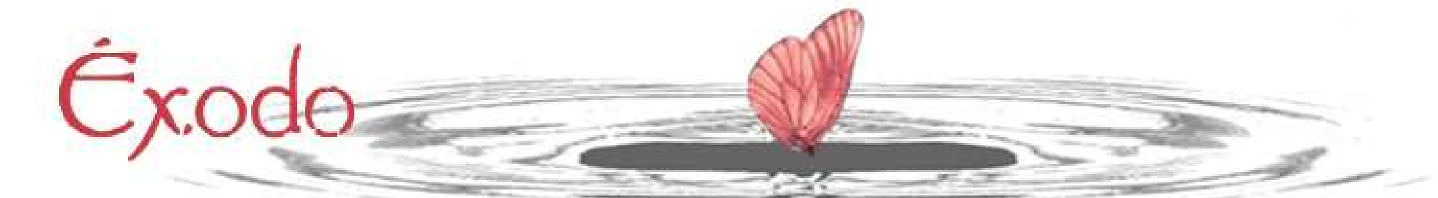
Me puse de puntillas e intenté, en vano, volver a buscar entre la gente. Justo al otro lado de la sala divisé a Flavio, que se dirigía al encuentro de Liam y Lisange no muy lejos de donde estaba. Di una vuelta alrededor de aquel espectáculo y me dirigí hacia los De Cote, pero entonces sentí su aroma, dulce y suave. Mi respiración y mis nervios se desbocaron. Daba igual cuántos olores distintos hubiera allí mezclados, el suyo era el único que podría reconocer en cualquier parte. Los De Cote pasaron a un segundo plano. Busqué en todas direcciones, pero no lo vi. En cambio, las miradas que me dirigía la gente comenzaron a intimidarme tanto que abandoné el centro de la sala y me dirigí a la zona menos concurrida, la más alejada. Allí me apoyé contra una enorme columna e intenté pasar desapercibida, con los ojos cerrados para poder centrarme solo en ese maravilloso aroma. Suspiré...

-Una dama tan hermosa no debería esconderse en un baile -me susurró alguien al oído.

Abrí los ojos de golpe, sobresaltada. Él estaba a mi lado, apoyado en la misma columna que yo.

-Así que tú eres uno de los grandes predadores que han provocado toda esta expectación...
-No tanta como la que habéis provocado vos, señorita De Cote.

Solo por ver la expresión de su rostro mereció la pena todo el tiempo que había invertido Lisange en mi aspecto. Me miraba con una sonrisa tenue y los ojos cargados de algo especial, un sentimiento que no le había visto nunca antes, como la expresión de un padre al descubrir que su niña se ha hecho mayor. Parecía... ¿feliz? Me tomó de un dedo y me hizo girar sobre mí misma, luego me besó en la mano tal y como lo había hecho Liam el día que lo conocí. Christian comportándose como en siglos pasados era



mucho más impresionante que Liam. Se me dibujó una sonrisa tonta en los labios; estaba, simplemente, perfecto. Vestía con una levita corta por delante pero hasta las rodillas por detrás, toda ella de color rojo oscuro, que dejaba entrever un chaleco decorativo sobre unos pantalones blancos ajustados que llegaban hasta las rodillas. Completaba el conjunto con zapatos negros y medias blancas (iguales que sus guantes). Los encajes del pañuelo que llevaba en el cuello a modo de corbata le otorgaban un aire más solemne. Su cabello y sus ojos negros resaltaban más que nunca.

-Así que eres del siglo... -intenté adivinar.
-Finales del XVIII, pero visto de principios del XIX.

¿Principios del XIX? Qué casualidad... Lisange tenía un extraño sentido del humor... Si no fuera porque sabía que odiaba a Christian, juraría que ella me había vestido así a propósito.

-Eres más joven de lo que esperaba -reconocí.

Entornó ligeramente los ojos.

-¿Decepcionada?
-Solo un poco -bromeé.

Liam y Lisange nos miraron desde el otro extremo del salón e inmediatamente después se pusieron tensos. Sus ojos se endurecieron e hicieron ademán de acercarse, pero a él no pareció importarle demasiado. Me tendió un brazo con la otra mano a la espalda e hizo una pequeña reverencia.

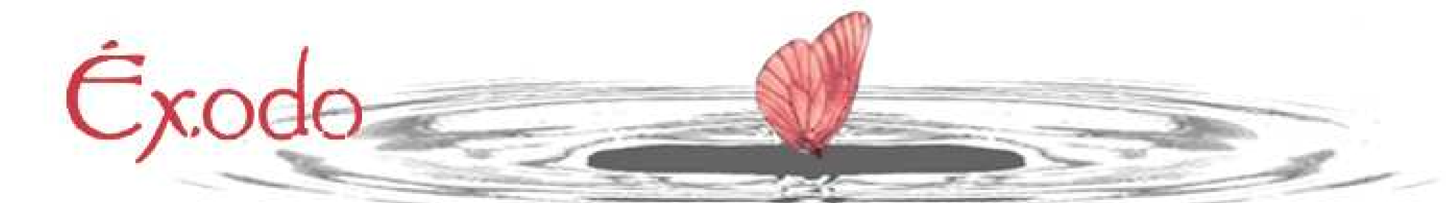
-¿Tendría la bondad de acompañar a un humilde servidor en esta velada?

Sonreí, sabiendo que su intención era apartarme de la vista de los De Cote.

-Será un placer.

Supuse que la gente se acercaría para saludar al chico de cuyo brazo yo paseaba, tal y como había ocurrido con Liam y Lisange, pero no sucedió así. Muchos nos miraban con recelo desde la pista de baile, la mayoría con miedo, entonces recordé todos los comentarios referentes al amplio historial de Christian en temas de tortura a cazadores. Eso no me ayudó a sentirme más cómoda. La situación ya era bastante tensa para mí. Estaba muerta de vergüenza por el simple hecho de tener su cuerpo tan cerca del mío, deseaba que no le diese por querer bailar conmigo porque no podría aguantar mucho tiempo a su lado sin desmayarme... Así que sumarle a eso su fama y la reprobación de la gente lo hacía todo mucho más complicado para mí. Aun así, había quien le dirigía una cortés inclinación de cabeza a modo de saludo, demasiado temeroso de ofenderle. Intenté con todas mis fuerzas no preguntarme a cuántos de esa sala había atormentado o dañado en alguna ocasión. Sacudí la cabeza para ahuyentar ese pensamiento.

-¿Has venido solo? -pregunté sin pensar mientras él me conducía por la sala.
-No -respondió-, con el resto de la... -empezó a decir, dudando- “familia”.
-¿Quiénes son? -quise saber.



Me miró evaluando algo.

-Me pregunto si decírtelo sería una buena idea.
-¿Por qué no iba a serlo?
-¿Te hace especial ilusión conocer a grandes predadores?
-Tú ya sabes con quién vivo yo. Solo quiero poner caras a los nombres que he escuchado -contesté encogiéndome de hombros.
-Así que has oído hablar de nosotros. Interesante...
-Como si no lo supieras.
-Sí, solemos despertar cierto... entusiasmo -dijo sonriendo.
-Entusiasmo por salir corriendo -corregí.

Él no rió ante mi comentario.

-Excepto tú, eres la única que no lo ha hecho.
-Bueno... -Miré a nuestro alrededor-, toda esta gente aún sigue aquí.
-Ellos se preguntan si no has perdido el juicio.
-Sí… , a menudo yo también.
-Eso sí que es interesante afirmo sonriendo de tal forma que temí no poder mantenerme en pie.

Mire hacia otro lado.

-¿Piensas decirme de una vez quiénes son grandes predadores aquí?

Dudó un momento, luego miró a su alrededor buscando algo y juntó su cabeza con la mía. Me temblaron las rodillas.

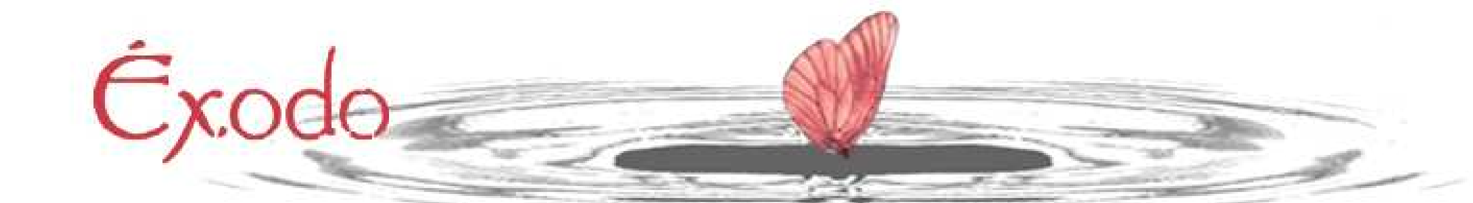
-El que está allí enfrente, hablando con ese cazador -susurró-, es Hernan, ¿lo ves?

En realidad no, porque estaba de espaldas a nosotros. Lo único que podía distinguir con claridad era la expresión de pánico de la persona que lo acompañaba.

-El cazador parece aterrorizado -observé.
-No es de extrañar, es el que viste la otra noche.

Le miré sorprendida.

-¿Ese? -parpadeé-. No tiene tan mal aspecto después de lo que vimos.
-Me equivoqué -tomó aire-, no lo soltó a los dos días sino a los tres. Cada vez le dedica más tiempo a cada uno.
-¿Qué es lo que les hace? -pregunté; en realidad, no quería saberlo. Me arrepentí enseguida de habérselo preguntado.
-A decir verdad -dijo-, no tengo ni la menor idea, y prefiero que siga siendo así. No he conocido nunca a ningún gran predador que disfrute tanto de ser lo que es. Tiene algunas habilidades sorprendentes que le hacen ser uno de los más peligrosos -continuó arrugando el ceño-. El que se acerca ahora hacia él se llama Lester.



He de reconocer que me imaginaba a alguien similar a Christian, pero el gran predador al que había llamado Lester parecía bastante normal. No era tan alto, aunque sí un poco más corpulento. Su cabello castaño caía lacio a ambos lados de un rostro afilado. Quitando los comunes ojos negros, el tono de la piel y ese atractivo diferenciador, en lo único en lo que se parecían era en la sombra oscura que les envolvía y en la forma de vestir; los dos utilizaban trajes de la misma época.

-¿También es de tu familia?
-Es el miembro con el que mejor me entiendo; usa más la cabeza que Hernan y eso para mí es suficiente. Y luego, por supuesto, está Elora. Pero parece que en este momento no está en esta sala -explicó mirando a su alrededor.
-¿Te llevas tan bien con ella como con Lester? –pregunté entre dientes intentando parecer despreocupada.
-Es diferente. Definitivamente, no es tan sádica como Hernan, pero siempre tengo la sensación de que oculta cosas. Ella es capaz de conocer los secretos de la mayoría de las personas.
-¿También los tuyos? -quise saber. Me puso bastante tensa.
-Descubrió nuestro trato y lo compartió con toda la familia.

Dejé de andar y lo miré de frente.

-¿Qué te dijeron?
-Querían que te compartiera con ellos. -Abrí la boca asustada, pero él me sonrió-. Me negué, por supuesto; tienen que aprender a buscarse sus propios cazadores.
-Vaya..., gracias.

Tomó aire.

-Y eso es todo. Solo somos cuatro, por el bien de esta ciudad.
-Creí que era con Hernan con quien más relación tenías -reconocí.
-No me extraña; es lo que creen los De Cote.
-¿Cómo lo sabes?
-Es una ciudad pequeña -razonó.
-¿Quieres decir que no eres como ellos piensan?

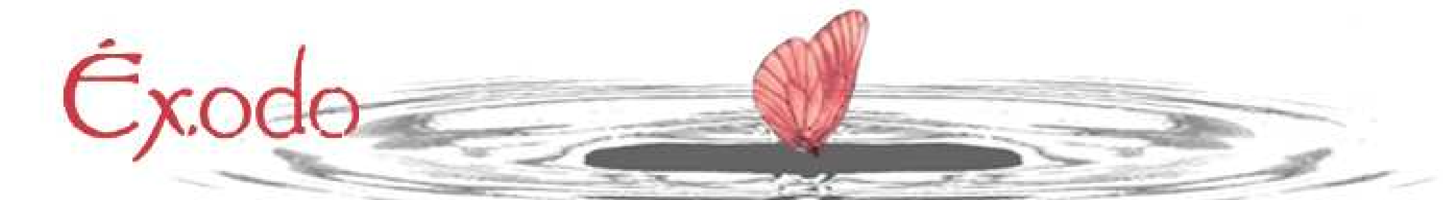
Una pequeña llama de esperanza brotó en mi interior.

-No -susurró-, ellos tienen razón. Ignoro lo que te habrán contado, pero, sea lo que sea, lo habrán suavizado para no traumatizarte. -Rió con voz queda.
-¿No te molesta que digan eso de ti?
-Tengo exactamente lo que me he ganado, para bien o para mal.

Luego se volvió hacia mí. Le miré y me encogí de hombros.

-¿Y ahora qué? -pregunté.
-Es una fiesta -me respondió con una sonrisa tentadora-, intentemos divertirnos.

Me condujo a la pista de baile. Los pocos humanos que había en ella se separaron para abrirnos paso, pero no eran ellos los más impresionados sino los inmortales, que nos



miraban con mayor intensidad. Algunos susurraban entre ellos, pero no me importó.

-Christian -susurré-, yo no sé bailar esto.
-No importa, podemos hacerlo como tú quieras.
-No creo que quede bien.

Solo con pensar en su cuerpo pegado al mío se me congelaba la respiración.

-Entonces, déjame guiarte -me susurró posando una mano en mi cintura y acercándose más a mí-. Este baile no tiene grandes complicaciones.

Me tomó con delicadeza de la mano y me miró a los ojos. Inmediatamente después, aparté la vista; estaba demasiado nerviosa, no me atrevía ni a rozarle y mis rodillas temblaban de forma irracional; el calor había aumentado unos diez grados con su cercanía. Si mi corazón palpitara, estaría desbocado. Lo de Flavio no había sido nada comparado con esto.

-¿Estás bien?

Me aclaré la garganta.

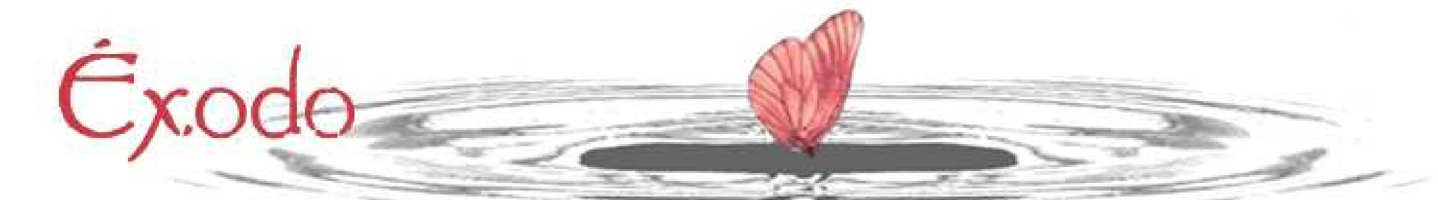
-Sí -musité con un hilo de voz.
-No bailaremos si no quieres -dijo alzando mi barbilla para poder buscar de nuevo mis ojos.

Su mirada me derritió; parecía tan inocente y galán que por un momento creí que no sería capaz de articular palabra, pero sentí la atención de muchos de los presentes puesta en nosotros y eso ayudó a espabilarme.
-Estoy bien.

Me armé de valor, tomé su mano y lo adentré más en la pista. Él me seguía con una sonrisa divertida en los labios. Dejé que volviera a cogerme y, un instante después, el salón y la multitud de lámparas empezaron a girar a nuestro alrededor.

Mis primeros movimientos fueron torpes, bastante torpes, pero nada comparado con los que vinieron después. Sabía que tendría esos problemas de concentración con él tan cerca de mí. Su aroma me embriagaba de tal manera que era incapaz de dar los pasos correctos. Empecé a frustrarme, el calor aumentaba y yo cada vez estaba más nerviosa. Tenía complicaciones con el calzado y con el vestido; no estaba acostumbrada a moverme con semejantes piezas de artesanía en mi cuerpo. Pero Christian se mostró muy paciente y no dejó que tropezara; cuando veía que eso podía ocurrir, me elevaba un poco en el aire para impedir el traspié. Al final, me limité a dejar que él me guiara y, en cuanto lo hice, las cosas comenzaron a fluir de mejor manera.

La brillante demostración de mis dotes para la danza solo provocó nuevas miradas, esta vez mucho más reprobatorias. La mayoría de los presentes eran de otros siglos y estaba segura de que consideraban que una chica que no sabe bailar es un desperdicio. Por suerte, dejamos de ser el centro de atención en cuanto Liam y Lisange se incorporaron a la pista. Ellos brillaban por sí solos. El cabello rojo intenso de Lisange relucía bajo las



luces, y el color de su vestido hacía resaltar su piel albina haciéndola parecer más que nunca una delicada muñeca de porcelana. Era la envidia y frustración de todas las chicas humanas de la pista, incluida yo, que no lo era. Liam se movía con la gracia de un bailarín, como si llevara haciendo eso toda la vida. Sus movimientos eran gráciles, dotados de una elegancia ya hace tiempo extinguida. Los dos eran hermosos. Si hubiera que poner una imagen para cada palabra, ellos representarían la perfección. Estaba convencida de que podrían apoderarse del universo y esclavizar al mundo, que todos les seguirían amando.

Solo se me ocurría una persona capaz de competir contra esa hermosura: Christian. Él no era ni más ni menos maravilloso que ellos; su belleza era diferente. En Liam y Lisange todo era armonía, en Christian, oscuridad; la noche y el día. Odio hacer esa comparación, pero no existe ejemplo más claro.

El corazón de Christian palpitaba con fuerza, un poco más rápido de lo normal. Inconscientemente apoyé la cabeza contra su duro pecho para poder deleitarme con ese sonido mientras les contemplaba bailar, en su mundo, ajenos a toda la admiración que despertaban. Por desgracia, aún había ojos puestos en nosotros. Seguramente todos se preguntaban qué hacía Christian bailando con alguien como yo, incluso yo misma lo hacía. Resultaba mucho más razonable verlo al lado de alguien como Lisange.

Sentí su mano desplazarse por mi espalda. Su roce liberó una ligera descarga por todo mi cuerpo, entonces decidí olvidarme lo que él era y de lo que me había pasado y dejar a un lado todas mis frustrantes inseguridades. Quería sentirme normal, por una noche, por “esa”noche; no deseaba ser más que una chica corriente abrazada al chico que quería, y que fuera como un sueño, un sueño donde todo fuese más fácil y terminara bien.

-Vayamos a otra parte -me propuso en voz baja.

Pasamos al lado de una gigantesca vidriera de colores para salir de esa zona y entremezclarnos con los humanos, que bailaban ajenos a lo que ocurría a su alrededor.

-Así está mejor, no soporto que te miren de esa forma.

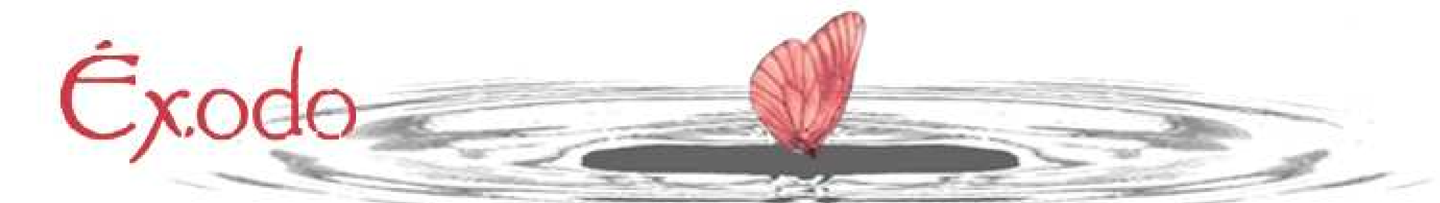
Me tomó de la mano y me acercó a él. Agradecí un baile normal.

-Todos creen que soy tu nueva víctima -susurré contra su pañuelo.
-Algo he oído al respecto.
-¿Es verdad? -murmuré sin levantar la mirada.

Respiró con dificultad.

-¿Qué es lo que tú crees? -preguntó con calma.
-No lo sé, unas veces creo que vas a cumplir con el trato, pero otras...
-¿Me tienes miedo?
-No. -Fue una respuesta automática; ni siquiera la pensé.

Descendió su boca hasta la altura de mi oído.



-¿Crees que voy a matarte? -inquirió.
-No -repetí.
-¿Y a torturarte? -Lo miré.
-Puede..., hay muchos tipos de tortura -contesté torciendo el gesto.

Alzó una ceja, fingiendo sorpresa.

-¿En serio?
-Tú sabes de eso más que yo.

Guardó silencio y continuó meciéndome con suavidad al son de la música.

-No llegaste nunca a darme una respuesta -me susurró de nuevo junto a mi cuello.
-Lo sé -dije.

Él dejó de bailar y se apartó medio paso de mí.

-¿Lo harás ahora? -Su tono de voz volvía a ser tan sombrío como siempre.
-Sí -contesté sin sonar muy decidida, pero estaba dispuesta a acabar con toda aquella incógnita de una vez.
-¿Y bien? -insistió buscando mis ojos-. ¿Aceptas o no? Podemos hacerlo ahora mismo si quieres...

Me concedí un par de segundos antes de responder.

-No.
-Bien... -contestó esbozando una sonrisa.

Puso una mano en torno a mi cintura y volvimos a bailar.

-¿No te enfadas? -pregunté confusa.
-No.

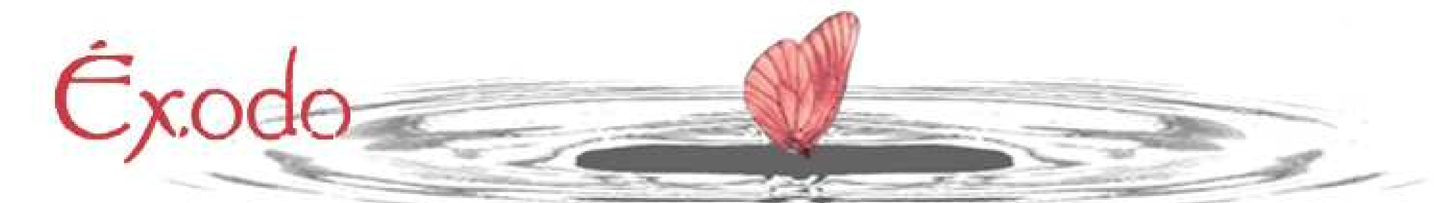
Medité.

-Mi respuesta no te frenaría en caso de que quisieras hacerlo, ¿verdad? -le susurré al oído, aunque en realidad era más bien una afirmación.
-Cierto -concedió.
-Entonces imagino que ahora seré como cualquier otra cazadora -comenté para mí misma.
-No -negó-, tú nunca serás igual que el resto.

Tomé aire, mi voz perdía fuerza.

-Nunca sabré cuáles son tus verdaderas intenciones, si me matarás un instante después...

No fui capaz de terminar la frase. Nuestras miradas se encontraron durante una fracción de segundo, el tiempo que tardó una tercera persona en interrumpirnos.



-¿No vas a presentarnos? -dijo alguien a nuestras espaldas.

Me volví. Era una mujer de edad parecida a la de Christian. De estatura mediana, lucía un vestido color sangre, con un ajustado corsé engalanado y una larga falda cuyos pliegues se recogían hacia atrás formando un polisón y una pequeña cola muy adornada. Llevaba el cabello castaño recogido en un complicado peinado lateral con muchos tirabuzones. Al contrario que yo, iba bastante enjoyada. Avanzó hacia mí, haciendo sonar su vestido y los volantes de su cola, e interponiéndose entre ambos.

-Elora -se presentó.

Elora, tal y como temía, era guapa y atractiva, todo un golpe para mi autoestima. Intenté encontrar algún defecto en ella, pero no encontré nada digno de mención. No podía comparársela ni de lejos con Lisange, pero a mí me ganaba sin ningún problema. Le tendí la mano con timidez, no quería ser desagradable por mucho que la proximidad de esa mujer me ocasionara escalofríos. Su piel era suave y estaba por alguna razón más cálida que la mía, podía notarlo incluso a través de la tela de mis guantes.

-Lena, ¿verdad? -Asentí-. Christian me ha hablado unas cuantas veces de ti.

Lo miré interrogativamente, pero no se fijó en mí. Tenía los ojos clavados en cada movimiento de Elora.

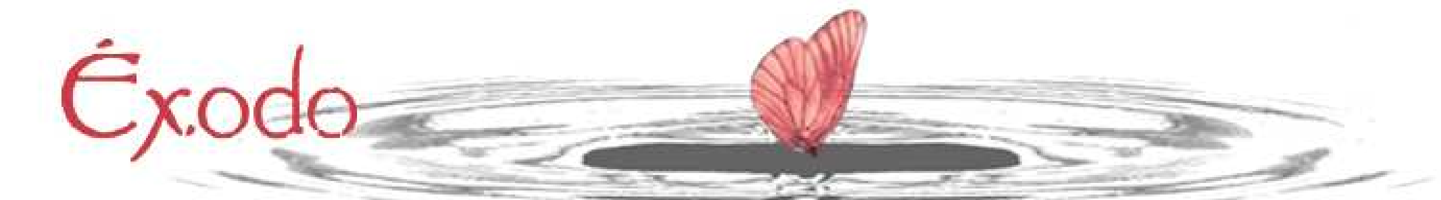
-Imagino que no te importará que acapare la atención de Christian durante unos minutos, ¿verdad?

Él no pronunció ni una palabra, así que me aparté despacio y le cedí mi lugar.

-Gracias, eres un verdadero encanto, querida.

Sin decir más, les vi desaparecer entre la gente. Cuando reaccioné, salí de la pista sin saber muy bien dónde ir. Pasé junto a un grupo de cazadores que se exhibían en lo que parecía un falso duelo con espadas ante la admiración de los humanos, pero ni siquiera eso pudo distraerme. Cogí una bebida para guardar las apariencias y me la llevé al cuello en un intento de que el frío del hielo mitigase el fuego que ardía en mi interior. Me quedé, junto al marco de una puerta, observando a Christian y a Elora bailar. Así que esa era Elora... Ella sí que sabía dónde dar cada paso a la perfección. A ella no tenía que explicarle cada cosa que pasaba, todo lo que ocurría... Con ella podía dedicarse a ser él mismo y ningún trato se interponía entre ellos. Experimenté por primera vez ese sentimiento del que tanto se habla: celos, en el gran sentido de la palabra; y, de nuevo, recordé lo que yo era, demasiado inocente, demasiado tonta e ingenua. Ellos dos eran iguales, la misma aura oscura los envolvía a ambos. Parecía que se entendían a la perfección, seguramente no necesitaban palabras para averiguar las intenciones del otro y era muy posible que llevaran décadas juntos. ¿Acaso podía yo competir contra eso?

Los ojos me escocieron y tuve que apartar la mirada. Me dolía verle con ella, ver que le regalaba la misma sonrisa impactante que a mí. ¡Qué tonta había sido al pensar que conmigo era especial! Mi corazón se encogió. Oí a Elora reír. Era más de lo que yo



podía soportar. Me di la vuelta y me alejé de aquella zona.

Por alguna razón que desconocía, los cazadores más jóvenes (en apariencia, al menos) se estaban reuniendo tras una puerta en la que no había estado. Noté la mirada de varios chicos humanos fija en mí. No se molestaron en apartar los ojos cuando me volví hacia ellos, lo que me incomodó aún más, así que dejé el vaso y me alejé en dirección a esa zona plagada de no vivos. Pero un brazo me cortó la entrada. Retrocedí un paso. Era un hombre enorme.

-¿Edad? -me preguntó con voz ronca.
-17 -dije sin pensar.
-Entonces, este no es lugar para ti, niña.

Sonreí percatándome entonces del problema.

-No creí que lo preguntaras en serio -bajé la voz-. Siglo XIX. -Él me recorrió de arriba abajo, evaluando la verdad de mis palabras-. Debería bastarte con el color de mis ojos – mascullé.
-No es suficiente.
-¿Y el apellido De Cote? -insistí.

Alzó una ceja con disimulo.

-¿De Cote? -Estaba tan sorprendido como todos los demás.

Bufé indignada cruzándome de brazos.

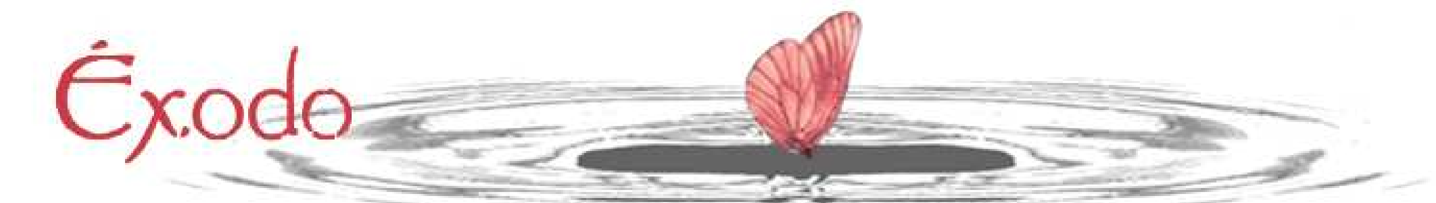
-Aunque no lo parezca. -Rió, pero se hizo a un lado-. ¡Caray! -exclamé nada más entrar.

Retrocedí un paso, asustada; debía de haberme equivocado de fiesta. Todo era completamente diferente: habían sustituido las lámparas por antorchas que colgaban de las paredes y la música no era suave y melodiosa como en el resto de la casa, sino algo casi escandaloso, más parecido al rock&roll, pero mucho más... ¿cómo decirlo? ¿Salvaje? No había rastro de los movimientos dóciles y elegantes de las danzas que había contemplado minutos antes. Ahora, lo primero que había visto era gente saltando por los aires. Parpadeé, pero todo seguía ahí. No me atreví a acercarme. Estaban utilizando su fuerza y su condición de “inmortales” para bailar a lo loco, por el suelo y por el aire, realizando movimientos imposibles, y eso me asustaba.

Me alejé del epicentro de aquella locura; en ese momento no me apetecía formar parte de ella. Encontré una zona desierta y en penumbra; era un pequeño invernadero separado de los salones por otra magnífica vidriera, más pequeña que la anterior y más sencilla. Me apoyé contra ella y cerré los ojos. Necesitaba un poco de tranquilidad.

-Vaya... -susurró alguien a mi oído. Di un pequeño respingo-. Creo que acabo de encontrar a la gran revelación de la noche.

Me volví para ver de quién se trataba. Era un hombre joven, rubio platino y con ojos de color negro intenso enmarcados por unas oscuras ojeras. Era mucho más alto que yo,



incluso más que Christian y, sin lugar a dudas, mucho más corpulento. Sus facciones eran recias, cuadriculadas, pero atractivas. Vestía de color pálido, con una chaqueta larga y acampanada sobre un chaleco largo y bordado, calzones, medias blancas y zapatos con hebilla. Había algo en la forma de mirarme y en el modo en que sonreía enseñando la mayor parte de su dentadura que me obligó a retroceder un paso para alejarme de él.

-Creo que alguien aquí no ha sido muy honesta con su atuendo -afirmó observándome de arriba a abajo con detenimiento.
-¿Qué quieres? -le pregunté dudando si dar otro paso atrás.
-¡Oh, qué torpeza, no me he presentado! Puedes llamarme Hernan -dijo inclinando la cabeza hacia delante a modo de reverencia-. Creo que ya conoces a mi joven y testarudo "hermano" pequeño, Christian...

Vacilé. Hernan... recordaba perfectamente lo que Christian me había contado poco antes sobre él.

-Sí...
-Interesante trato el que os traéis entre manos -susurró, muy cerca de mí.

Oí su corazón, lento pero potente, sus ojos cada vez eran más oscuros y siniestros. Un repentino dolor me subió por la espalda. Ya había escuchado bastante. A diferencia de Christian, él sí que me provocaba un irrefrenable temor, seguramente por la forma en que sonreía o por la delicadeza de su voz. Di media vuelta, pero me detuvo. Miré su mano en torno a mi antebrazo y luego a él.

-¿A qué viene tanta prisa? -dijo riendo.
-Me están esperando.
-Ambos sabemos que no es cierto. Christian debería enseñarte a mentir; eso es algo que a él se le da muy bien.
-¿De qué estás hablando? -pregunté confusa.

Se acercó de nuevo a mí hasta que su mejilla rozó la mía y me habló al oído.

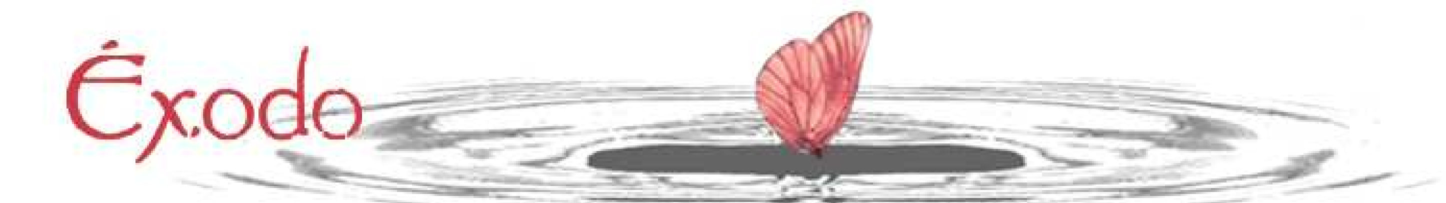
-Confío en que vuestro pequeño acuerdo no impida que tú y yo podamos divertirnos algún día juntos, señorita De Cote. No olvides... -murmuró exhalando contra mi cuello- que él no es el único que puede matarte. -Se apartó un poco y sonrió-. Solo por si acaso.

Me acarició el cuello con una de sus manos enguantadas y me besó en la mejilla. No hubo cosquilleo ni ardor al rozar su piel contra la mía.

-Confieso que torturar a indefensos cazadores no será lo mismo después de haberte conocido. -Tomó mi mano y la besó-. Pensaré en ti, mi pequeña cazadora.
-¡Hernan! -exclamó una voz detrás de él-. ¿Qué estáis haciendo?

Él me sonrió una última vez y se volvió hacia el recién llegado. Mi corazón dio un vuelco de gratitud, metafóricamente hablando, al ver de quién se trataba.

-William De Cote -anunció él arrastrando las palabras-. He venido en son de paz; solo



quería conocer a vuestra nueva adquisición. Últimamente se oye mucho su nombre en nuestra casa.
-No voy a permitir que os acerquéis a ningún miembro de mi familia. -El tono de Liam era autoritario.
-Un poco tarde para eso, ¿no creéis? -Sonrió y se volvió hacia mí-. Un placer, señorita De Cote. Auguro que este será el comienzo de una prometedora amistad.

Inclinó la cabeza hacia Liam y desapareció entre la gente. Liam se acercó a mí.

-¿Estáis bien?

Asentí con la cabeza.

-Creí que estabas con Lisange, en la pista de baile -dije.
-Lisange se encuentra con Flavio en este momento. –Me miró fijamente durante un segundo-. Acabo de ver a Christian con Elora.

Chasqueé la lengua.

-Sí, lo ha secuestrado y lo tiene dando vueltas por la sala.

Agaché la cabeza.

-Ya veo...
-Liam -dudé-, ¿tú no sabrás si ella es ..., bueno, si ella es su...
-… amante? -terminó él.

Asentí concentrando mi atención en estirar la punta de cada dedo de un guante.

-No, no lo es.
-¿De verdad? -pregunté levantando de nuevo la mirada.

Él sonrió y me tendió su mano derecha con una leve inclinación.

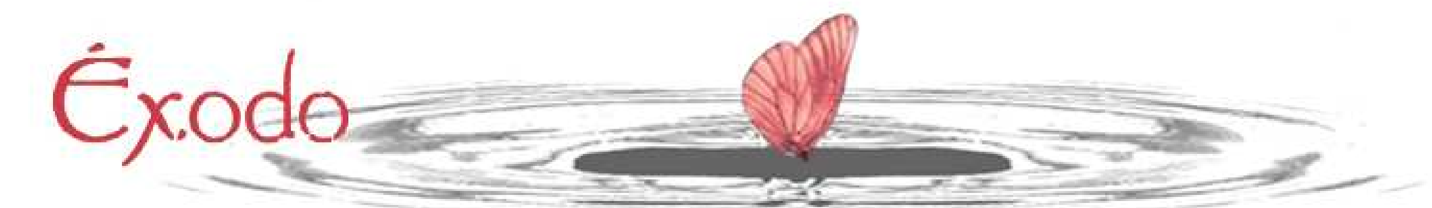
-Lena De Cote, ¿os importaría concederme este baile?

Eso me pilló por sorpresa. Me quedé petrificada, pero él me tomó del brazo y me condujo a la pista.

-¿Pretendes que...?

Puso una mano en mi cintura y entrelazó con suavidad la otra con la mía. A pesar de la velocidad de la música, Liam me llevaba como si bailáramos una pieza lenta. No sabría decir cuál de los dos se deslizaba mejor, si Christian o él, ni cuál de ellos brillaba más esa noche. Lo que tenía claro era que con Liam todo me resultaba mucho más fácil y, por primera vez en la noche, empecé a divertirme de verdad.

Al cabo de un rato, *lo* vi entrar en la sala con Elora. Nos miró fijamente a ambos desde la entrada. Me tensé y no fui capaz de volver a dar ni un solo paso más en condiciones.



Liam se dio cuenta de mi repentino estado de ánimo y me concedió un descanso. Pero yo no me separé de él. Nos mantuvimos la mirada de un extremo al otro de la estancia.

-Queridos hermanos -dijo de pronto Hernan a la sala entera, subido sobre una mesa; su voz me obligó a apartar los ojos de Christian-, todos vosotros creéis que nosotros, grandes predadores, os hemos abandonado.
-¿Qué es lo que está haciendo? -susurró Lisange apareciendo a nuestro lado.
-Nada bueno -contestó Flavio junto a ella.
-Hemos engañado, torturado e, incluso, matado a alguno de los vuestros -continuó-, pero en el fondo sabéis que os amamos. -Sonreía de forma escalofriante, haciendo que toda la sala guardara silencio, pendiente de cada palabra que pronunciaba-. Esta noche no hemos venido aquí con intención de causaros ningún daño, sino en una muestra de nuestro compromiso para con vosotros. Hemos compartido música, pareja, humanos y, ahora, queremos otorgaros un presente. -Alzó una bolsa de terciopelo para que toda la audiencia pudiera verla-. He aquí nuestra muestra de amor hacia vosotros.

Con un movimiento ágil, hizo girar la bolsa y de su interior cayó algo rodando al suelo. Se me heló la respiración, era una cabeza, blanquecina y monstruosa.

-Encontramos a un guardián de camino aquí, os lo ofrezco a todos vosotros, nuestros amados hermanos, con la intención de que...
-¡Cielo santo! -exclamó alguien desde la parte trasera, la voz era entrecortada y acongojada-. ¿Qué es esto?

Toda la sala se volvió hacia él. Era, un humano, de eso no cabía ninguna duda. Estaba junto a la puerta, escondido tras una columna. Retrocedió hacia la salida, pero dos cazadores lo cogieron por los brazos.

-Que inoportuno contratiempo... -farfulló Elora.

De pronto les vi a ambos acercarse a Hernan. Christian, impasible, se sentó en una silla en la penumbra, algo alejado de ella.

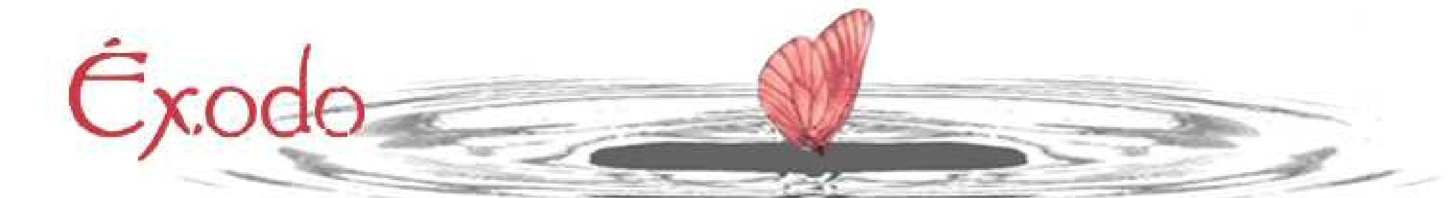
-¿Quiénes sois? ¿Qué es todo esto? -El humano intentaba deshacerse de ellos, pero todo esfuerzo era inútil, así que empezó a gritar.
-¡SOLTADME, SOLTADME! ¡AYUDA, QUE ALGUIEN ME AYUDE!

Elora se cruzó de brazos con gesto impaciente.

-¿Alguien tendría la amabilidad de traerlo hasta aquí? -preguntó.
-¡DEJADME SALIR! ¡SOLTADME!

Lo llevaron hasta los pies de Hernan, como si fuera la ofrenda a algún rey, y eso no me gustó ni un pelo. ¿Por qué tenían que tratarlo como si fuera superior? Elora se acercó al hombre y le puso un dedo en los labios.

-En un segundo, querido. -Él la miró con pavor-. Christian, ¿te importaría hacer los honores?
-Preferiría no tener que hacerlo -respondió él.



Un extraño murmullo se extendió entre la audiencia. Elora se echó a reír, con la misma risa amarga y escalofriante que le había escuchado a Christian en alguna ocasión.

-Confío en que no pretendas ensuciar nuestro nombre. -Hernan le miraba fijamente, sus ojos destilaban furia a pesar de la sonrisa.

Hubo un repentino silencio, solo interrumpido por los forcejeos del humano. Recé en mi interior para que él no se moviera, para que no lo hiciera..., pero lo hizo. Se puso en pie, delante de todos, con los párpados ligeramente entornados y los brazos tiesos. Juraría que estuvo a punto de volver la cabeza en mi dirección, pero se contuvo.

Entonces lo vi, vi el terror del hombre en sus ojos. Su cuerpo se convulsionaba por el pánico. No quería mirar, pero algo me obligaba, una fuerza mucho mayor que mi voluntad. Christian se aproximó a él, con andar acompasado. Los cazadores que sujetaban al desdichado humano lo soltaron y se hicieron a un lado. El hombre intentó huir, en un esfuerzo vago e inútil. Con la velocidad de un rayo, Christian lo cogió de las solapas de su traje y lo alzó bruscamente contra la pared. El muro se rajó bajo su espalda, arrancando un alarido de dolor a la pobre víctima.

Di un paso hacia delante con la firme intención de detenerle, pero Lisange me contuvo agarrándome del brazo para impedirme avanzar. Nadie hablaba; lo único importante era lo que estaba ocurriendo a escasos metros de nosotros.

-Por favor... -tartamudeó el pobre infeliz, una gruesa capa de sudor cubría su frente-. Por favor, no me mate.

Christian agarró con una mano su mandíbula y la abrió con fuerza, provocándole un grito que rebotó en toda la sala, mientras aproximaba su boca a la suya hasta quedar a medio palmo de distancia. Entonces, le obligó a mirarle directamente a los ojos, y su tembloroso cuerpo comenzó a convulsionarse con violentas sacudidas, suspendido en el aire por la mano del predador. La cabeza de Christian se agitaba, igual que su pecho y las aletas de la nariz las tenía muy dilatadas. Llegó a mis oídos un sonido de succión y la respiración ahogada del humano.

Me di la vuelta, ya había visto suficiente como para tener pesadillas durante meses. Sentí lástima, lástima por él y por mí, porque el animal que le estaba haciendo eso era el ser del que yo estaba enamorada.

De pronto, la absorción cesó. No debía de haber durado más de un minuto, pero para mí fue como una eternidad. Miré con miedo. Christian, por fin, lo soltó. El hombre cayó al suelo inconsciente, con un pequeño hilo de sangre cayéndole por la comisura de su boca.

-Mátalo -le dijo una voz de mujer.
-No es necesario -contestó Christian con la voz ronca-; no recordará nada.
-No debemos correr riesgos; nos ha descubierto.
-Ese hombre no sabe lo que ha visto. Si tantas ansias tienes de matarlo, hazlo tú misma, hermana.

Sentí su mirada y no pude soportarla. Me deshice del brazo de Lisange y salí de la sala corriendo, sin preocuparme por lo que pudieran pensar o decir de mí. Pasé entre los humanos, golpeando a algunos a mi paso, y por fin salí a la calle. Respiré cuanto pude a grandes bocanadas, sin que eso me aliviara. Mi estómago sufría espasmos, como si quisiera vomitar, y las arcadas no tardaron en acudir a mi garganta. Me dejé caer en las escaleras, pero aún tardé varios minutos hasta que conseguí serenarme un poco.

Estaba demasiado impresionada como para volver dentro. Sabía lo que era y lo que hacía; esa era su naturaleza, pero, al ver los ojos de ese humano..., yo misma había sentido miedo. Podría haberle matado allí mismo, frente a todos. Tal vez no había acabado con el pobre infeliz porque sabía que lo estaba mirando, pero ¿y si no hubiera sido así? Me horroricé al pensar en cuántos humanos habría matado a lo largo de todas las décadas que había vivido o, peor, a cuántos en el tiempo que yo lo conocía. ¿Por qué tenía que amarle? ¿Por qué tenía que haberme enamorado de alguien así?

-Lena, ¿cómo estás?

Era Lisange. Bajó las escaleras que nos separaban y rodeó mis hombros con sus brazos.

-Siento que hayas visto eso.
-¿Por qué me has frenado? -le pregunté incómoda y apartándome de ella.
-No habrías conseguido nada. Nunca te enfrentes a un gran predador y menos en público, donde se afanan en defender su honor. Lena, incluso si se trata de Christian.

Ella buscó mi mirada, pero cerré los ojos. Era más fácil así, como si de esa forma no tuviera que enfrentarme a la realidad.

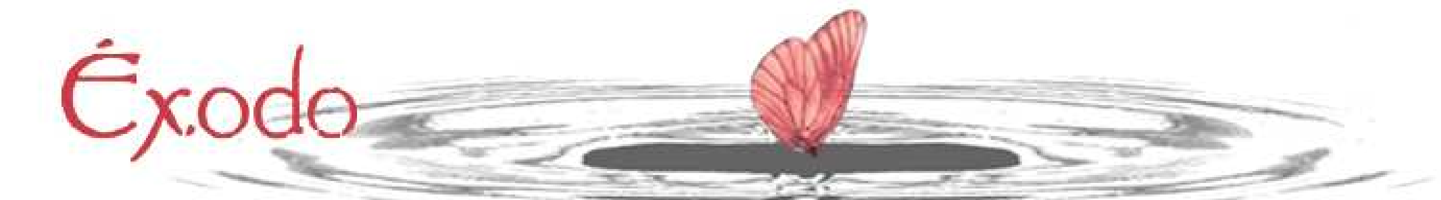
-¿Por qué lo ha hecho? -murmuré con la voz quebrada.
-Elora sabía que le verías hacerlo -dijo en tono débil y pausado-. Le ha puesto entre la espada y la pared. Quien desafía el honor de un clan de grandes predadores muere. Lo ha hecho para torturarlo.
-¿Tú crees que lo habría matado si no le importara mi opinión? -Volví a abrir los ojos y la miré, esperando su respuesta.

Ella tardó en contestarme.

-No puedo responderte a eso porque no lo sé. Pero creo que Christian ha cambiado bastante desde que lo conoces. Hace unos meses sí lo habría hecho. A él y a toda la sala si se lo hubieran pedido.
-¿Tan horrible era? -pregunté arrugando el ceño.
-Lo sigue siendo, Lena, no lo olvides, y no permitas que te convenza de lo contrario. Si no quieres sufrir, será mejor que te alejes de él.

Guardé silencio mientras jugueteaba distraídamente con mis dedos.

-¿Quieres volver dentro? -me preguntó.
-No, necesito estar sola.
-Podemos regresar a casa -aseguró.



Negué con la cabeza. Mi diversión había terminado, pero no quería amargarles la noche a ellos.

-Aún no sé qué es lo que quiero hacer -reconocí-, creo que me quedaré aquí un poco más, necesito pensar.

Me miró de forma comprensiva.

-De acuerdo. -Besó mi cabello y se puso en pie-. Pero no mucho, has causado auténtica conmoción entre los humanos y se sentirán muy desolados si no vuelves a aparecer.

Reí; los músculos de mi rostro se destensaron.

-Buen intento -musité.

Escuché el "fru fru" de su vestido alejarse y perderse entre la música. Me levanté y caminé hacia la zona trasera de la casa. La única iluminación procedía de las luces del interior. Podía escuchar a la perfección risas y voces alegres. ¿Cómo podían ser tan felices después de lo que había pasado?

Me acurruqué contra la pared. Quizá todos ellos ya estuvieran más que acostumbrados a ese tipo de cosas. En ese momento, mis oídos captaron la conversación de dos hombres que hablaban cerca de la ventana bajo la que yo estaba sentada. Una procedía de Liam, sin ninguna duda, la otra... me resultaba conocida; era uno de los muchos cazadores que me habían presentado esa noche, pero no podría asegurar cuál. Escuché con atención.

-¡Qué barbaridad! -exclamó el segundo-. Cada vez son más jóvenes.
-Lo sé, deduzco que están perdiendo el control.
-Ese gran predador está rondando a tu pequeña joyita. Deberías tener cuidado.
-Estoy al corriente.
-¿No vas a hacer nada?

Parecía francamente sorprendido.

-Por desgracia, ya es demasiado tarde.

Hubo una breve pausa en la que agudicé más el oído.

-Lo lamento, querido amigo. Pobre criatura...

*¿Pobre criatura? ¿De qué hablaba ese hombre?*

-¿Estás bien? -Me di la vuelta, sobresaltada; esa voz ya no procedía del interior de la casa, sino de mi espalda.
-Sí -respondí.

Me puse en pie de inmediato, sacudiendo las pequeñas ramitas que podían haber quedado pegadas al vestido. Él guardó silencio.



-¿A qué habéis venido esta noche? -le pregunté.
-Hernan quería divertirse. -La voz de Christian titubeaba, parecía que le costaba trabajo pronunciar esas palabras.
-Al parecer no ha sido el único que lo ha conseguido. -Estaba segura de que me dolía más a mí pronunciar esas palabras que a él oírlas.
-No era mi intención que presenciaras lo que acaba de ocurrir -me dijo sombrío-. Lena...
-No quiero que me expliques nada, Christian -le corté-, me voy a casa.

En realidad, ya no tenía nada que hacer allí. No quería volver dentro ni estar fuera con él. Pasé por su lado, pero me detuvo tomándome por la muñeca. Lo miré a los ojos, más oscuros de lo que habían estado en toda la noche. Las luces de la casa proyectaban en su rostro unas sombras que le daban un aspecto mucho más salvaje, malvado. O tal vez era mi subconsciente el que imaginaba esas cosas por lo que acababa de presenciar.

-Permíteme llevarte.
-¿Para qué? No finjas que ahora te preocupo –contesté deshaciéndome de su mano-. Puedo ir sola -aseguré.
-Sabes que no voy a permitirlo. -Me alejé de él con la firme intención de emprender el camino a casa. Él permaneció en su lugar, sin moverse ni un milímetro-. Lena... -Seguí caminando. Algo se removió tras de mí. Poco después estaba frente a su rostro apagado-. No quiero que te enfades por esto.

Antes de poder entender a qué se refería, ya me había cogido en brazos y me llevaba en dirección a la arboleda.

-¿Qué estás haciendo, Christian?
-Te llevo a casa. -Su voz era grave y profunda.
-¡Bájame! -me puse furiosa-. No soy una niña pequeña. ¡Bájame! -Él no dijo nada y siguió andando a grandes zancadas-. Esto es humillante, ¡quiero que me bajes!

Se detuvo y me depositó en el suelo con cuidado.

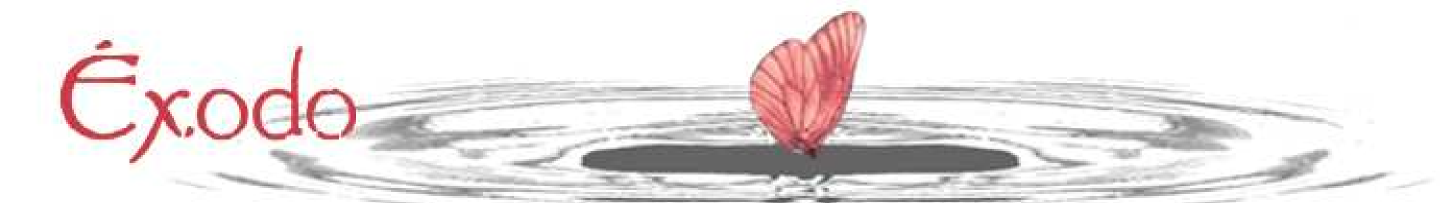
-¿Te importaría explicarme cómo piensas llegar si no sabes dónde estamos? -Su tono fue duro, como de reproche. Eso me enfureció.
-¿Qué te hace pensar eso? -le espeté.
-Nunca prestas atención al lugar donde pisas, no sabrás llegar.

Miré a mi alrededor. Por desgracia, tenía razón. Estaba oscuro y durante la ida no me había fijado en nada que ahora pudiera servirme de ayuda. Debía reconocerlo, nunca lo hacía.

-Eso es asunto mío -le dije cruzándome de brazos.
-Si no quieres volver a verme, lo entenderé, pero voy a llevarte quieras o no.

A pesar del tono en el que me hablaba, mi rostro se relajó de pronto en un gesto de sorpresa, ¿cómo podía pensar eso? La idea de un día a día sin él me aterraba.

-¿Dónde está tu coche? -farfullé dándome por vencida.



Torció el gesto.

-No he venido en él.
-¿Entonces?
-Está ahí mismo -anunció señalando hacia el interior de una espesa arboleda, pero no pude distinguir nada fuera de lo normal en ella.

El viento cambió de dirección, trayendo consigo un olor diferente. Sonreí para mí misma, pero no dejé que él lo notara y me mantuve en silencio mientras me conducía hacia el lugar. La música dio paso poco a poco a los sonidos del bosque y de nuestras pisadas. Él no se volvió ni una sola vez para mirarme, ni siquiera pronunció una palabra. Era como si yo no estuviera a su lado. Lo observé caminar hasta que llegamos a un diminuto claro. Allí pastaba tranquilamente un increíble caballo negro, tan negro que se confundía con la noche, de no ser por el brillo de sus impresionantes ojos. Era como Christian, oscuro, pero con una mirada capaz de arrebatarte el aliento.

-Es precioso -admití.

Era la primera vez que hablaba desde que nos internamos en el bosque. Él me miró sorprendido.

-Elora ha intentado comprármelo desde que lo vio -susurró con aire perdido. ¿Ella? Sentí una punzada de rabia-. ¿Puedo? -Tenía ambas manos a cada lado de mi cintura. Mis piernas temblaron bajo su roce.

Lo miré a los ojos y asentí, me elevó con delicadeza y me sentó sobre el lomo del animal como a las señoritas de antes, quizá porque no tenía ni silla ni nada parecido. El caballo ni se inmutó. Con un movimiento ágil, Christian montó detrás de mí, muy cerca. Su cuerpo desprendía un calor extraño, pero calor al fin y al cabo.

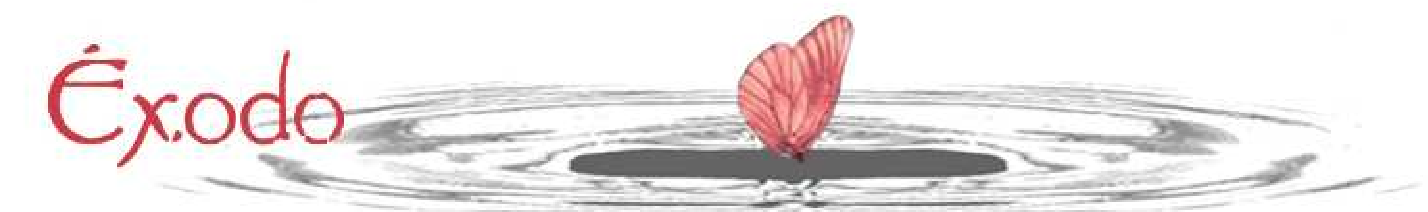
Pasó sus brazos bajo los míos y tomó las riendas. Yo contuve el aliento.



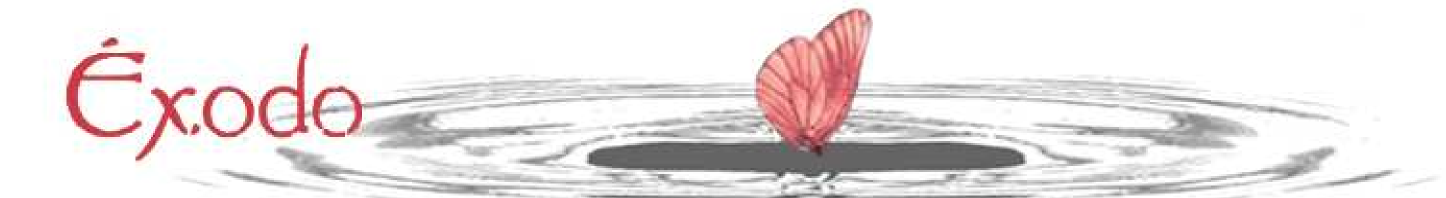
# CAPÍTULO 18

**¿Quién dijo miedo?**

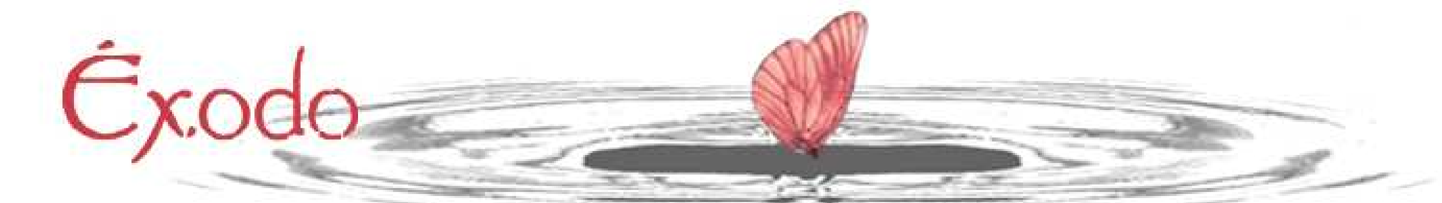
-Gracias por traerme- musité
Fui a entrar por la puerta, pero él bloqueó la entrada con un brazo.
-¿Te importaría dar un paseo?- La pregunta me tomó desprevenida.
-¿Para qué?- quise saber.
-Por favor- dijo-, tenemos que hablar.
Asentí confundida. Él se dirigió hacia los jardines traseros de la casa y yo seguí a su lado, esperando impaciente a que pronunciara la primera palabra.
-¿Y bien?- le insté tras haber caminada juntos durante cinco minutos sin decir nada.
-Lena- comenzó al final tomando aire-, he intentado que te adaptes porque era parte de nuestro acuerdo.
-¿Qué quieres decir con eso?- pregunté con cautela. Mis sentidos se pusieron en guardia, tenía un mal presentimiento.
-Que nuestro tiempo se ha terminado.
Paré en seco, él se detuvo unos pasos más adelante, pero no se volvió para mirarme.
-Eso solo puede significar o que vas a matarme o que vas a marcharte.- Apenas tenía voz suficiente para hablar.
-No volveré a verte después de esta noche.
-¿Por qué?
Se volvió lentamente, de modo que pude ver de nuevo su rostro.
-Hay muchas cosas que ignoras sobre mí.
-Y tú de mí- alegué.
-Ni siquiera tú lo sabes todo sobre ti misma, Lena.
-Pero eso no viene a cuento ahora.
-Te equivocas, esa es precisamente la cuestión- dijo acercándose aún más. Yo también avancé un paso hacia él.
-¿Crees que no sé lo que eres? ¿Lo que haces?
-No puedes ignorar la realidad, Lena- contestó negando con la cabeza.
-Ese es mi problema. Además, teníamos un trato; si quieres marcharte, bien, pero tendrás que matarme. No puedes irte sin cumplir con tu parte.
-No lo aceptaste- me recordó.
-Lo estoy haciendo ahora-. Sentí más que nunca seguridad en esas palabras.
-Ya es tarde para eso- replicó con voz dura.
-No, no lo es.- Me acerqué a él con paso firme-. Si tú te vas, Christian, yo no quiero este tipo de "vida".



-Deja de decir insensateces, Lena, no puedes aferrarte a mí. Hay seres ahí fuera que se merecen tu afecto mucho más que yo.
-A mí eso no me importa.
-¿Por qué eres tan terca?- preguntó irritado.
Porque te quiero.
Reordené todos mis pensamientos; no iba a hacerme cambiar de parecer. En ese instante no me importaba abrirle mi corazón y delatarme a mí misma, si así conseguía no perderle.
-Cuando te conocí, dijiste que no había nada en esta vida digno de ser amado- dijo sintiendo un súbito calor y bajando la mirada-. Te equivocaste, yo lo he encontrado.
-¿Por qué me dices eso?- Cerró los ojos-. Conoces la razón por la que estoy contigo.
Sus palabras me golpearon con fuerza en el pecho. Había sido una estúpida creyendo que podría haber algo más, pero al parecer lo único que había hecho él era reírse de mí todo este tiempo. Cogí aire con dificultad para intentar tranquilizarme, pero no sirvió de nada; todos mis músculos se tensaron y la decepción comenzó a apresarme.
-Entonces hazlo, diviértete acabando conmigo, ¿no era eso lo que querías?- exclamé encarándome a él-. Fuiste tú quien empezó todo esto, así que termínalo de una vez, porque lo que estás diciendo es mucho más cruel que cualquier cosa que puedas hacerme y la verdad, Christian, no sé qué he hecho para merecerlo.
-Nunca he dicho que fuera justo. Tus sermones morales no van a cambiar nada; los juegos psicológicos no sirven conmigo.- ¿Por qué se estaba comportando así? No lo reconocía. Hizo una pausa antes de volver a hablar-. Si quieres que me quede tendrás que escuchar todo lo malo de mi.
-¿Pretendes alejarme de ti de esa forma?- le pregunté indignada.
-Esa es mi condición.
-¿Y qué importa todo eso? ¡Pertenece al pasado!
-No, Lena, no es el pasado.- Me tomó de los hombros, mirándome a los ojos-. Es el presente y será el futuro. Me preguntaste si yo también disfruto con ellos. Pues sí, lo hago; soy un animal que se mueve por sus instintos. No puedo sentir más que dolor y eso es lo que causo; torturo y hago daño a los de tu especie de forma cruel y también a los humanos. Ya lo has visto esta misma noche.
-Sí, lo he visto, pero estoy segura de que con un poco de esfuerzo podrías evitarlo.
-¿con un poco de esfuerzo?- se burló soltándome y riendo a la vez.
-Esta noche lo has hecho- titubeé-, frenaste antes de matarle. Sé que puedes.
-Pero yo no quiero- me cortó-. ¿Crees que puedes moldearme a tu gusto? Soy lo que soy y ni tú ni nadie cambiará eso. Deberías dejar de poner tanta esperanza en las personas. El mundo es cruel, Lena, no todo son buenas intenciones.
Nos íbamos acercando cada vez más y más el uno al otro.
-¿También es cruel para nosotros?- Mi voz apenas tenía fuerza, solo podía prestar atención a su rostro.
-Sobre todo para nosotros.
Un impulso me recorrió todo el cuerpo, luché desesperadamente contra él, pero al final venció y lo besé, no sé por qué. Quizá porque intuía que esos serían mis últimos momentos con él, o por la tensión que fluía entre nosotros en ese instante. Fue un beso corto y suave, sentí una quemazón en los labios y un aleteo en el estómago. Su respuesta me sorprendió. Me tomó de la cintura y me atrajo más hacia él, devolviéndomelo, casi con fuerza, como si pudiera desahogarse de esa forma. Por fin podía sentir el roce de su piel, pero fue doloroso, como una quemadura; una mezcla de dolor y escozor. Emití un pequeño gemido. Él se detuvo, con el cuerpo tenso y se apartó

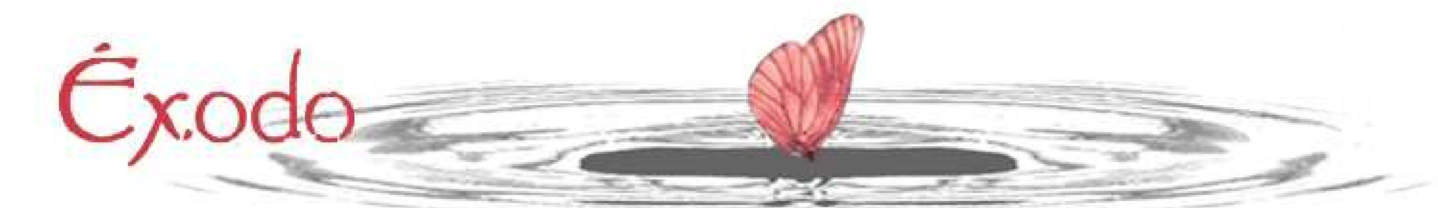


de mí. Abrí los párpados y encontré sus ojos mirándome fijamente. Respiraba con dificultad. Me tomó de los hombros y me separó de él.
-No vuelvas a hacer eso nunca más, Lena.
-¿Qué he hecho mal?- tartamudeé llevándome con disimulo una mano a la boca; aún me ardía la piel.
-No es por ti- dijo agriamente.
-Entonces, ¿Por qué?
-¿Qué más quieres de mí?
Su tono de voz y su actitud habían cambiado por completo.
-¿Por qué me hablas así?- Era como si estuviera de nuevo ante el Christian que había visto por primera vez en la biblioteca, un ser peligroso.
-¡Porque así debe ser! No me conoces ni quieres hacerlo, lo único que te atrae de mí es mi aspecto.
-¡Eso no es cierto!
-¿Entonces qué? ¿Mi bondad? ¿Mi gran corazón? ¿La idea de que puedo matarte en cualquier momento? ¿La manera en que puedo torturarte?
Guardé silencio, la verdad es que no sabía qué responderle.
-¿Ves? Sigues siendo tan… humana- Me miró con desprecio.
-Yo no elegí sentir esto- me defendí-, no elegí nada de lo que me ha ocurrido. Lo único que puede decidir fue acercarme a ti y no voy a arrepentirme de ello.
-¡Pues deberías!- exclamó fuera de sí-. ¿Debo hacerte daño para que te des cuenta?- Se acercaba a mí de una forma cada vez más amenazadora-. Yo soy un gran predador, ni siquiera tendría por qué estar dándote ningún tipo de explicación.
Eso me dejó perpleja.
-¿Se supone que debo estar agradecida?- pregunté sarcásticamente mientras me cruzaba de brazos.
Él se dio media vuelta para marcharse.
-todo esto solo ha sido una pérdida de tiempo. Debí haber hecho caso a…
-¿A quién?- le grité mientras se alejaba-. ¿A Elora? ¿A Herman? Quizá deberías entregarme a ellos de una vez, seguro que saber divertirse conmigo más que tú.
Se giró de inmediato hacia mí. Antes de querer darme cuenta estaba a mi lado y, con un movimiento que apenas fue capaz de percibir, me agarró del cuello con una sola mano, elevándome unos cuantos centímetros del suelo.
-Ni se te ocurra regresar a esa casa, Lena- dijo apretando mucho los dientes-, o te aseguro que en esta ocasión no habrá nadie que detenga a Herman.
Se vio reflejado en mis ojos, mirándole casi con pavor y cerró los suyos con fuerza. Poco después me soltó bruscamente, yo perdí el equilibrio y caí hacia atrás, humillada.
Guardé silencio. De estar viva, no habría podido contener las lágrimas. La verdad cayó sobre mí, y lo entendí todo, ya ni siquiera le importaba. No me arrepentía de haberle conocido, lo único de lo que me culpaba era de sentir algo por él.
-Me he equivocado- balbuceé-, lo siento.
Y tanto que lo sentía. ¿Cómo podía haberme enamorado de alguien así?
-Ya era hora de que abrieras los ojos; los errores, aquí, se pagan muy caros.
Me armé de valor y me puse en pie, frente a él, desprendiendo de mis pupilas todo el dolor y la vergüenza que sentía en ese momento.
-¡Fuera de aquí!- exclamé estirando un brazo hacia la carretera, pero él no se movió ni un milímetro-. ¡HE DICHO QUE TE MARCHES!- insistí.
Era inútil intentar el temblor de mi voz, mi voluntar se quebraba al verle ahí tan quieto, penetrándome con su mirada. No pude soportarlo más tiempo. Me di media vuelta, sin



pronunciar ni una palabra más, sin volverme para grabar su rostro en mi mente por última vez. Estaba demasiado dolida. ¡Qué tonta había sido al pensar que él podía sentir algo por mí!
Entré corriendo en la casa. Cuando cerré la puerta, él ya había montado de nuevo en el caballo. Me apoyé contra la madera, tapándome la boca para ahogar el grito de dolor que se desprendió de mi pecho, el dolor del rechazo. ¿Qué había hecho? Si tanto le quería, ¿Por qué no me veía capaz de escuchar sus palabras? Si ese sentimiento fuera tan grande, no tendría miedo de aceptarle tal y como era. Seguramente por eso se había comportado así. No, no, no. Debía confesarle que le quería, que no me importaba lo que fuera y escucharle.
Abrí la puerta de golpe y salí corriendo a la calle tras él. Aún podía verle; cabalgando a gran velocidad, a punto de desaparecer de la carretera. Debía alcanzarle, tenía que decírselo…Corrí tras él, sin quitarme los zapatos y con el sonido del roce de mi vestido irrumpiendo en el silencio de la noche.

-¡Christian!- grité-, ¡CHRISTIAN!
No lo hagas, no me dejes. Pero poco a poco fue desvaneciéndose en la oscuridad. Yo seguí corriendo, era mi única oportunidad, no podía perderle. Llegué al final del camino, donde se dividía en dos. Pero ya era tarde, se había ido…
Dejé que mis piernas frenaran. El escozor que sentí en los ojos me nubló la vista. Me senté allí, abatida, en el bordillo de la acera. Había dado cualquier cosa por poder derramar aunque solo fuera una lágrima, una única lágrima, pero ni rogándole al cielo conseguí que mis ojos lloraran. Me derrumbé por el dolor que me apretaba en el pecho. No pude gritar ni tampoco respirar por el tremendo nudo que me oprimía la garganta y que apenas me permitía gimotear. Mi cuerpo temblaba, ¿todo había terminado?
Me puse de pie con dificultada, me sentía muy mareada. Tomé aire, pero solo entró a trompicones en mis pulmones. Me quedé ahí plantada durante varios minutos, en mitad de la carretera, observando el lugar por donde había desaparecido. Cerré los ojos con fuerza. Necesitaba regresar a casa y derrumbarme sobre mi cama. Recogí los pliegues del vestido y emprendí el regreso a través de los árboles. Si los De Cote venían por allí, no quería que me encontraran vagabundeando sola, eso solo complicarías las cosas aún más.
Intenté con desesperación no pensar en lo que acababa de ocurrir, pero fracasé. No podía ignorar el hecho de que acababa de perder a una de las personas que más amaba. El aire volvió a ser insuficiente y el sentimiento de soledad volvió a golpearme como un mazo. Si tan solo…
Me detuve en seco, concentrándome por primera vez en el exterior. Pero no había nada a lo que prestar atención; todo estaba asumido en un profundo silencio. Ni el aire rozando las copas de los árboles y meciendo los arbustos, ni los grillos frotando sus alas…, nada. Capté un olor que recordaba perfectamente, una mezcla de alcantarilla, amoníaco y abono de jardín. Comprendí enseguida la razón por la que mi cuerpo entero se había tensado al sentirlo. Sabía lo que significaba, lo intuía. Miré al cielo buscando con ansiedad un rastro de la luna y la encontré tras las nubes. Pero ese hedor…
-Tranquila- susurré a la oscuridad que me rodeaba-. No puede ser eso.
Podía ver la casa no muy a lo lejos de allí. Si me daba prisa tal vez podría alcanzarla. Agarré los pliegues del vestido con fuerza y apreté tanto el paso que podría parecer que corría, pero no lo hice para poder estar más atenta a mis sentidos.
Un segundo después, noté un aliento frío en la nuca y una respiración entrecortada acompañada por un crujir de dientes. No paré, pero reduje la velocidad y, aterrada, me



volví. No pude ni siquiera gritar, mi voz se quedó congelada en mi garganta. A menso de dos palmos de distancia tenía el rostro desencajado de una figura mortecina. No podía decir que se tratara de un hombre, a pesar de vestir como tal. Era mucho más alto que yo, y amenazante. Su iris era azul, eléctrico, y su piel blanca, no quiero decir pálida sino completamente blanca, igual que la extraña masa que caía hacia atrás en forma de caballera. Abrí los ojos como platos cuando lo vi sonreír de forma macabra, enseñando su afilada dentadura. A nadie se le ocurrió comentarme que todos sus dientes parecían colmillos. Ladeó la cabeza muy despacio mientras pronunciaba cada vez más su monstruosa respiración. Su aliento penetró en mi cuerpo y por primera vez sentí frío, un frío espantoso. Sus ojos se tornaron blancos y me miraron como si intentaran atravesarme. Mi cuerpo comenzó a temblar de forma incontenible y la congoja de mi corazón aumentó. Elevó una mano blanquecina hacia mí, con uñas igual de picudas que su dentadura. Horrorizada, temí su roce.

Mi instinto de supervivencia pudo más que la razón y, en ese momento, mi cuerpo reaccionó. Eché a correr tan rápido como pudieron mis piernas. Subí casi saltando las escaleras que dirigían hacia la entrada rezando para no caerme. Abrí de un empujón y la cerré tras de mí, echando, por primera vez, todos los cerrojos y cadenas que vi justo antes de sentir un fuerte golpe contra ella. Me alejé de la entrada hasta que choqué contra la pared opuesta. Caín y Goliat acudieron a mis brazos.

La luz de la entrada estalló dejándome a oscuras, agazapada en una esquina. La puerta seguía agitándose con violencia hasta que, de pronto, cesó. No me moví, ni siquiera respiré. Tenía todos los músculos agarrotados, y los oídos tan agudizados que incluso me dolían. Fuera no se escuchaba ni un leve rastro de vida….

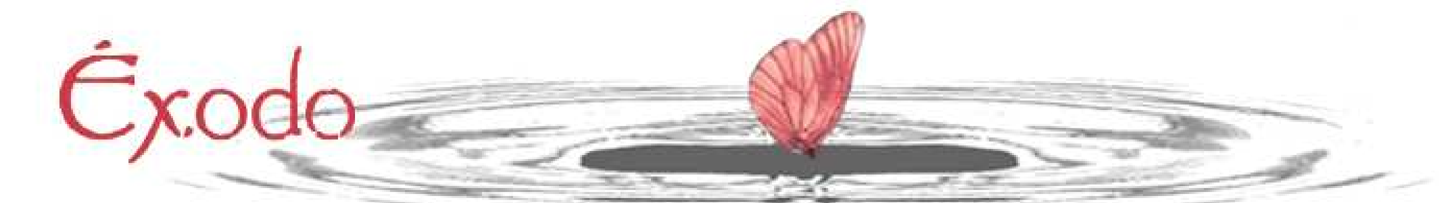
Un pequeño grito brotó de mi garganta cuando, sin previo avios, el reloj anunció la medianoche con doce campanadas. Ese sobresalto me obligó a volver a respirar para tratar de serenarme. Me puse de pie apoyándome contra la pared y encendí todas y cada una de las luces de la planta baja. Con las piernas temblándome me acerqué a la ventana y miré al otro lado. Agudicé aún más el oído; viento, hojas e incluso el aleteo de algún murciélago llegaron a mí. Volvía a haber vida fuera de la casa. Respiré, se había ido. Quité los cerrojos de la puerta, recogí los restos de la bombilla rota y subí a mi habitación.

Mi pequeño encuentro con el guardián había provocado que la última conversación con Christian quedara momentáneamente en segundo plano, pero, una vez sola en la casa, protegida de todo lo que rondara fuera, todo volvió a mi cabeza.

Me vi reflejada en el espejo nada más entrar en mi habitación. Me acerqué a él, mi imagen me devolvió un rostro dolorido, más pálido de lo normal. Ni siquiera el maquillaje que aún me quedaba podía disimularlo. Parecía más muerta que nunca; toda la vida que él me aportaba se había esfumado dejándome con la cruda realidad; no había nada, absolutamente nada, vivo dentro de mí.

Deshice, sin ganas, el elaborado peinado de Lisange y el pelo me cayó libre por los hombros; luego, me quité el maquillaje, el color había vuelto a abandonarme, tenía el mismo tono del día que me vi por primera vez en un espejo. Aparté la mirada para no ver mi propio dolor reflejado. Me quité los guantes, el vestido, los zapatos… Todo. Apagué la luz para poder escapar de mi imagen, me metí en la ducha e hice algo que llevaba siglos sin hacer, abrí el grifo del agua caliente. La sensación de frío que la respiración de aquel guardián había dejado en mi cuerpo iba en aumento y no me abandonaba.

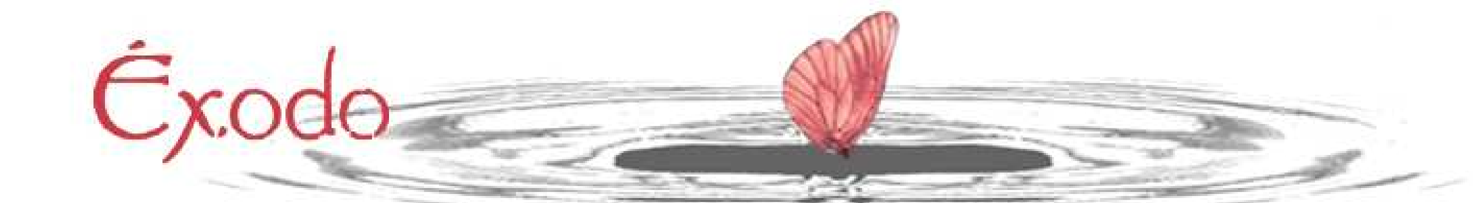
Dejé que el agua resbalara por mi piel, sin reconfortarme, mientras recordaba cada detalle de esa despedida, cada palabra clavándose en mi silencioso corazón; sus ojos



sombríos, su voz fría… Lo que debería haber sido una noche mágica había terminado siendo el peor momento que recordaba desde que descubrí que había muerto. Cerré los ojos; ojalá todo fuera tan sencillo como eso para mitigar ese incontrolable dolor que me carcomía por dentro. No era capaz de asimilarlo, todo era demasiado confuso. Cinco, diez, o no sé cuántos minutos más tarde, cerré el grifo y me envolví en una toalla. Alguien hizo sonar un gramófono en la planta baja, una música lenta llegó a mis oídos. Percibí el aroma de los De Cote; ya había regresado. Sentí unos pasos acercarse a mi habitación y unos golpecitos contra la puerta. No respondí, y entraron. Por el sonido de las telas, estaba segura que era Lisange. El tacón de sus zapatos resonó contra el suelo, dio una pequeña vuelta y, cuando dedujo dónde me encontraba, sus pisadas se perdieron de nuevo por el pasillo. Agradecí que no dijera nada, que no preguntara en ese momento cómo me encontraba, porque no hubiese sido capaz de ocultarlo. Encharqué todo el suelo al salir de la bañera. No fui consciente de nada a mi alrededor. Me faltaba algo, algo que hiciera que tomara consciencia de lo que ocurría. Veía sin mirar, oía sin escuchar, sentía sin sentir…

Apoyé la cabeza contra la pared húmeda por la nube de vaho y dejé que mi espalda resbalara hasta que quedé sentada en el suelo, aovillada, abrazada a la toalla. De pronto, comencé a tiritar de forma descontrolada y mi cuerpo se estremeció de frío. Me rodeé los brazos y eché la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, en un vao intento de que eso me ayudara a olvidar la extraña e incompresible sensación que se había apoderado de mí. Me cubrí el rostro con las manos y, entonces, me di cuenta de algo. Las aparté de inmediato, asustada, su sola idea me aterraba. Alcé mis muñecas por la nariz, con miedo, luego mis brazos, mi pelo…, y no encontré lo que tanto ansiaba, a pesar de inhalar con desesperación, buscando un rastro suyo, un rastro de su aroma en mi piel…, pero ya no estaba. Mis ojos se encharcaron sin derramar una lágrima; había perdido su olor, mi labio empezó a temblar, pero esta vez no era de frío.

Un pesado nudo se apostó en mi garganta, inspiré grandes bocanadas de aire para poder liberarlo, pero fue inútil. Los jadeos se convirtieron en gemidos. Se había ido, se había ido del todo. Sollocé más fuerte. El dolor de la verdad me abofeteó con fuerza; había dejado escapar mi única posibilidad de ser feliz. Me cubrí la boca con la mano conteniendo el aliento mientras mi cuerpo se retorcía de dolor, y allí, encerrada en el suelo de aquel baño, aprendí a llorar sin lágrimas.



# CAPÍTULO 19

**“Nadie se acerca a la mansión de los De Cote”**

Era culpa mía. Jamás debí haberme hecho ilusiones con él. Lo malinterpreté todo y al final lo había fastidiado. Ahora ya no volvería a verle. Me sentía sola y culpable… Tenía ganas de romper cosas, de lanzar todo lo tenía por la ventana y de arrancarme la piel si eso fuera posible.

*Tonta, tonta, tonta,* pensé, *¿pero qué has hecho?*

Hice una lista mental con todos los insultos que era capaz de recordar, pero ninguno representaba lo estúpida que había sido. Tendría que haberle escuchado. Él quería alejarse de mí únicamente porque yo había presenciado eso en el baile; si no, me lo hubiera dicho antes, había tenido un montón de oportunidades para hacerlo.

Tal vez no era tarde, quizás aún podía regresar arrastrándome y suplicándole perdón. Si tan solo pudiera volver a hablar con él… aunque solo fuera una vez. Dudaba que pudiera encontrarle en la biblioteca, pero también podía ir a su casa. Entonces, una extraña sensación me subió por la espalda y me apresó el cuello, recordándome lo que haría si yo regresaba allí.

Alguien llamó a la puerta.

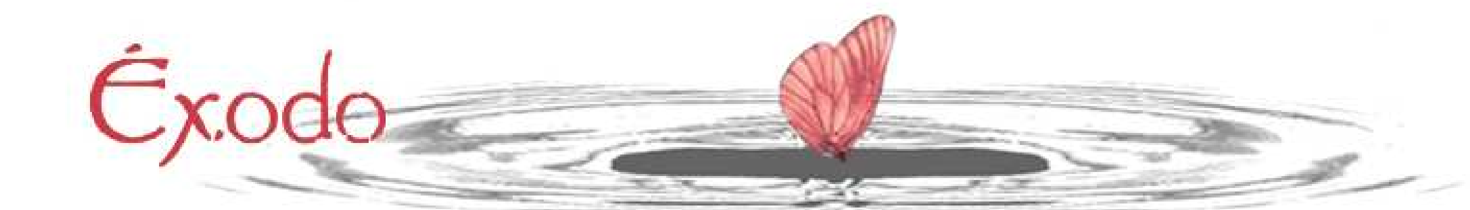
- Lena, ¿estás bien? –preguntó Lisange al otro lado.

Me costó abrir los ojos. Estaba agotada. Había dormido sin pesadillas, pero no había conseguido descansar. Los recuerdos cayeron sobre mí. Me froté los ojos y observé el techo sobre mi cama. No había nada que me motivara a levantarme, no si Christian se había ido definitivamente.

- ¿Lena?

Volví a frotarme los ojos con brío intentando que el escozor que había regresado a ellos desapareciera.

- Estoy bien.



Me levanté luchando por no caerme a causa de un repentino mareo. Deambulé hasta la puerta y la abrí.

- No tienes buen aspecto –me dijo Lisange-. ¿Has llorado?
Sabía muy bien que no podía, pero así llamábamos al hecho de querer hacerlo.

- No he dormido bien –mentí-, nada más.

-¿Seguro?

Asentí con la cabeza. Tenía razón, todo había sido un sueño. Ahora había despertado y debía volver a enfrentarme a la realidad.

- ¿Por qué no nos avisaste para regresar contigo?

- No merecía la pena. Christian quería hablar –dije, y comprendió de inmediato a qué me refería.

- ¿Cómo te encuentras?

- Bien, todo está bien, Lisange –volví a mentir-, solo hablamos, pero la fiesta estuvo bien.

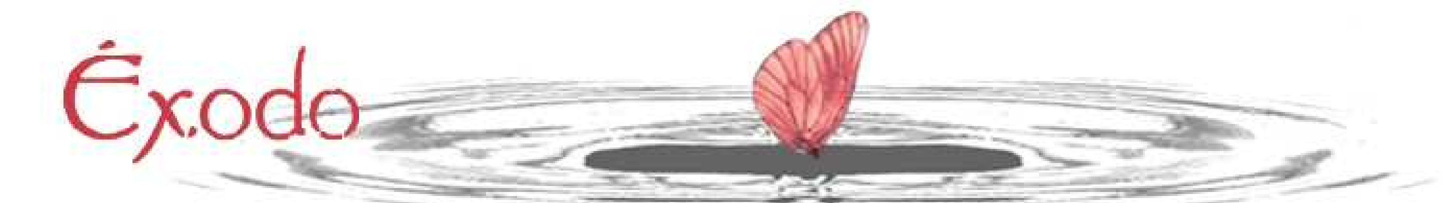
Lo que menos me apetecía esa mañana era tener que aparentar que todo había sido maravilloso, y contarles lo que había ocurrido con Christian tampoco era otra de mis grandes ilusiones. No hacía falta mucha imaginación para adivinar que ellos aguardaban ese momento desde que descubrieron que me veía con él, y ver ese centelleo de júbilo en las profundidades de sus ojos solo me haría aún más daño. No, mejor así, ellos no tenían por qué saber nada. Era imposible que ya se imaginaran algo por lo que habían presenciado en la fiesta, pero era mejor dejarlo pasar.

Era un día caluroso, así que Liam y Lisange decidieron quedarse en casa, renunciando a su habitual visita al centro de equitación. En el fondo, creo que también tenía algún tipo de relación con mi estado de ánimo. Lisange no me había vuelto a preguntar nada, pero estaba segura de que ella sospechaba la verdad.

Había pasado tanto tiempo fuera desde mi transformación, que no me di cuenta hasta esa mañana de lo fresca que era la casa. Antigua, de piedra y húmeda, todo ello seguramente para hacer el ambiente lo menos caluroso posible, teniendo en cuenta que la humedad no nos afectaba a la salud, aunque por alguna razón sentí que la mía estaba resentida; el frío que me había invadido la noche anterior aún no se había ido, ni siquiera había perdido intensidad.

Aun así, la casa se me antojó reconfortante y acogedora, aunque pudiera tener un aspecto siniestro. Eso ayudaba a que la gente se mantuviera alejada y a alimentar los rumores de que el lugar estaba encantado; ni siquiera se le ocurriría a nadie la absurda idea de retar a alguien a acercase. O tal vez sí…

- ¿Han llamado a la puerta? –No había timbre, solo una pesada argolla de metal. El



sonido era algo desagradable y retumbaba haciendo eco en todas las estancias de la casa.

- ¿Esperáis a alguien? –me preguntó Liam por encima de su periódico; ambos me miraron.

*¿Christian?* Mi respiración se aceleró.

- No –reconocí.

No podía ser, él no llamaría a la puerta sin anunciar antes que vendría; quería evitar todo enfrentamiento con los De Cote. Mi estómago se encogió al recordarle, pero… ¿y si era él?

Volvieron a golpear la puerta. Ellos se dirigieron una mirada nerviosa y Liam se puso de pie seguido, inmediatamente después, por Lisange y, un poco más tarde, por mí.

Lo malo de esa casa era que estaban tan poco acostumbrados a recibir visitas que la puerta no tenía mirilla, ni siquiera un pequeño agujerillo por el que poder ver qué hay al otro lado.
Liam cogió el pomo, nos dirigió una última mirada y abrió.

Nos quedamos en silencio. Liam atónito, Lisange enfadad y yo confundida. En el umbral de la puerta sonreía resplandecientemente una chica rubia, esbelta, de ojos color azul intenso y labios que parecían de silicona pintados de un rojo muy oscuro. ¿Un humano en la mansión de los De Cote? Nos repasó a los tres en apenas unos segundos, parecía algo sorprendida. Luego suspiró y se atusó el pelo.

- Hola, Liam –soltó una risita tonta-, ¿cómo estás?

- ¿Silvana?

La sonrisa de la chica titubeó. Juraría que había escuchado ese nombre antes.

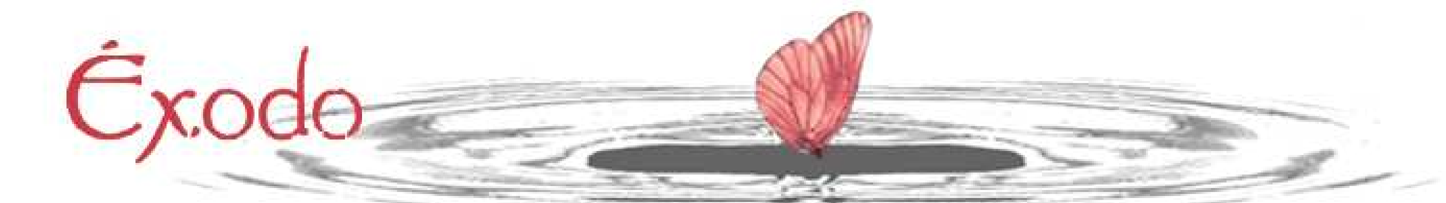
- ¿No te alegas de vegme?

- No recibimos a nadie en esta casa. –Su tono era grave y firme.

Ella chasqueó la lengua, como quitándole importancia a algo.

- Y no entiendo pogqué, Liam. –Se abrió paso entre Lisange y yo, y atravesó el vestíbulo, observándolo todo-. Es… encantadoga –dijo dirigiendo una mirada nerviosa a su alrededor; estaba claro que no lo decía convencida-. Excepto pog el fgío polag, ¿no te congelas aquí dentgo? Además, sé que eso no es ciegto, he visto pog aquí a ese chico tan gago, ¿cómo se llamaba? Sabéis a quién me gefiego, ¿no? –preguntó y, un segundo después, dio una pequeña palmadita de triunfo-.
¡Christopheg!

*¿Christian?* Me sentí ofendida, pero en el fondo era un alivio. Si no sabía su nombre era



aporque no se acercaba a él y eso, ami juicio, era bueno para él y, por tanto, para mí. No me agradaba la idea de ver a esa “barbie” con aspecto de arpía sin cerebro cerca de Christian. Pero de pronto recordé lo que había ocurrido la noche anterior y los ojos volvieron a escocerme.

Como si hubiera escuchado mi pensamiento, centró su atención en mí.

- ¿Quién es esa? –Su voz sonó algo alterada.

- ¿A qué has venido? –Lisange ignoró por completo su pregunta.

- He venido a tgaeg a Liam una invitación paga mi fiesta de cumpleaños –contestó Silvana devolviéndole una mirada cargada de odio.

Le tendió una hoja de papel del rosa más chillón que había visto nunca, y se la entregó a Liam con la más grande de sus sonrisas. Lisange se cruzó de brazos y enarcó con exageración una de sus perfiladas cejas. La recién llegada le clavó los ojos durante un instante, con expresión de envidiosa. Liam apartó los ojos mientras Silvana se enderezaba el jersey de cachemira blanco que llevaba anudado al cuello sobre una camisa color rosa pálido. Aunque, claro está, sin perder la sonrisa.

- No podré ir, lo lamento.

Ella hizo un puchero. ¿De verdad conseguía convencer a alguien con eso? Era la viva imagen de un bulldog.

- ¿En seguio? ¿No podgias intentaglo, pog mí?

*Pobre Liam*… aunque debía admitir que, en el fondo, era divertido.

- No es posible –interrumpió Lisange acercándose a Liam y rodeando su cintura con los brazos; luego le dirigió una sonrisa a la rubia-, pero gracias por la invitación.

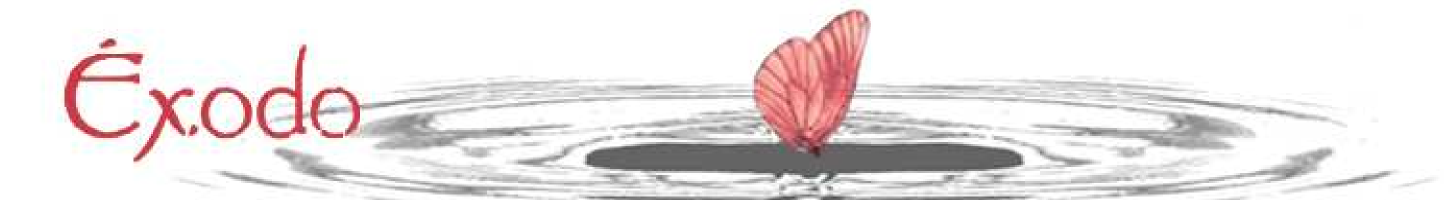
Juntó las cejas en lo que se suponía que debía de ser una carita de dolor sobrecogedora. Podría haber funcionado si no sintiera cierto rechazo hacia ella desde el primer instante en que Liam había abierto la puerta, pero, al parecer, él estaba tan entusiasmado con la inesperada visita como Lisange, o como yo. Poco después, la expresión de la chica se tornó en furia, sin duda dirigida hacia Lisange por la manera en que aún abarazaba a Liam, y dio media vuelta hacia la entrada principal. Caín apareció de la nada y saltó en mis brazos.

- Oh, ¡un gato!

Intentó acariciarle el pelaje, pero Caín se puso a la defensiva y le mostró los colmillos de forma amenazadora. Silvana retiró la mano de inmediato.

- ¡Qué animal tan gago!

- No le gustan los extraños. –Lisange la miraba con la barbilla alzada, esperando



impaciente a que esa extraña se fuera de la casa.

Silvana volvió a dirigirse a Liam.

- Bueno, siento mucho que no puedas venig. Te vegé en el campus, entonces.

Giró sobre sus talones y puso rumbo hacia la pequeña escalera de piedra que dirigía a la salida de la propiedad. Liam la siguió.

- Silvana –llamó. Ella se dio la vuelta más rápido de lo normal, como si estuviera esperando esa llamada, y se quedó mirándolo-. Tened cuidado de regreso a casa, este bosque es bastante traicionero.

Sin esperar respuesta, Liam regresó a casa, nos hicimos a un lado para dejarle pasar y cerró el portón ante la cara descompuesta de la chica.

- ¿Qué hacía “esa” aquí? –inquirió Lisange.

- Esa es una gran pregunta.

- A saber… -susurró Lisange-. No me extrañaría nada que haya estado vigilando la casa. Y, en ese caso, el problema es aún mayor, no podemos permitirnos el lujo de tener a humanos merodeando cerca.

Liam volvió a tomar asiento.

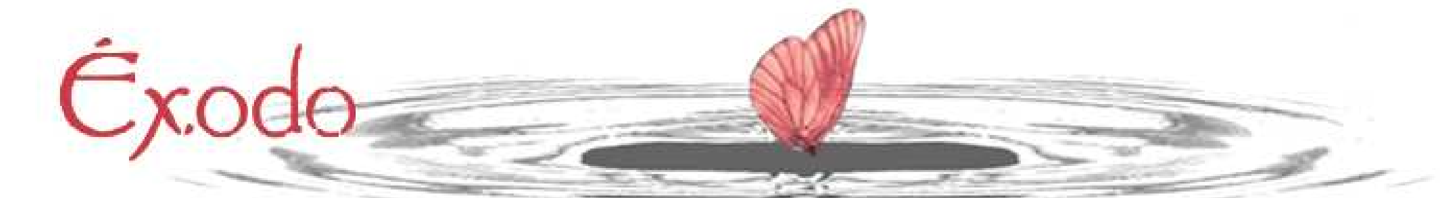
- El próximo año cambiaremos de ciudad, estamos empezando a levantar cuiriosidad entre nuestros vecinos.

- ¿Marcharnos? –exclamé mirando a Lisange.

- Así es. –Fingió un escalofrío-. Ese acento postizo hace que me ponga nerviosa.

Pensé en Christian; los recuerdos vinieron a mi mente tan nítidos como si los estuviera viviendo de nuevo. Sus ojos, fríos e impenetrables, me habían permitido ver un pequeño resquicio de su interior. En ese tiempo, se habían vuelto cálidos y acogedores; un refugio para mí. Debí de haber dejado que ese guardián me matara, ¿por qué no lo había hecho?
Parpadeé, temiendo que alguno quisiera preguntar qué me ocurría. Cogí el periódico y pasé las hojas sin prestar demasiada atención. Ahora que Christian se había ido, debía ocupar mi mente con algo que no fuera él. Tal vez los problemas de la humanidad fueran un buen punto de partida.

Ojeé las páginas intentando actualizarme sobre lo que ocurría al otro lado del mundo. Pasé la sección de sociedad. Era un apartado que solía saltarme, pero una foto de tamaño de una tarjeta me llamó la atención. La miré con especial detenimiento. Una joven rubia, perfectamente peinada, sonreía al lector. Leí a toda prisa el artículo. Cuando lo terminé volví a leerlo conteniendo la respiración. No era posible. Era ella. El papel se escurrió entre mis dedos. Era la misma chica que había utilizado para



alimentare la primera vez.

¿Yo había ocasionado eso? ¿La había dañado hasta el punto de llevarla a la locura? Me dejé caer hacia atrás en el asiento, con la vista desenfocada. Dios, ¿qué había hecho? No me lo creía. No, no podía ser posible. Christian me había frenado en el momento exacto, pero ¿para quién? Él era un gran predador, se suponía que podía llegar a provocar esas cosas. Si me había parado justo cuando él lo habría hecho, entonces sí que era posible que yo fuera la causante. De pronto me sentí mareada, como cuando ves l sangre de una herida abierta o como cuando has corrido por encima de tus fuerzas. Volví a coger el periódico y apunté la dirección y el nombre de la chica, Claire Owen. Tomé aire. Debía verlo con mis propios ojos.

Salí de casa corriendo, fue la primera vez que lamenté no tener coche propio, me hubiese ahorrado tiempo. Me sentía el ser más horrible del mundo, asqueada de mí misma. Yo no era así, ¡lo juro! No podía vivir a costa de hacer daño a los demás. ¿Acaso era ahora la mala del cuento? ¿La bruja malvada? ¿El lobo feroz? ¿El coco…? ¡¿Era lo que la gente temía?!

Empezó a llover, y no era una lluvia fina, sino prácticamente granizo. De pronto me encontré buscando un taxi, a la desesperada. No era normal ese tiempo tan cerca del verano.

Tardé casi una hora hasta que el conductor me dejó frente a la puerta de la clínica. Era un edificio cuadrado y grisáceo, a causa del tiempo y de los pocos cuidados, todo lo contrario de aspecto que ofrecía el interior. El lugar, a pesar de ser de un blanco resplandeciente, me resultó sombrío e inquietante, quizá por todas las almas torturadas que debía haber ahí dentro.

Me acerqué al mostrador. Una chica joven con cofia y uniforme de enfermera me atendió.

- ¿Puedo ayudarle en algo? –me preguntó tras hacer una pompa con el chicle que estaba mascando. El olor a mora me llegó a la nariz.

- Me gustaría ver a Claire Owen –dije.

- ¿Es usted familiar suyo?

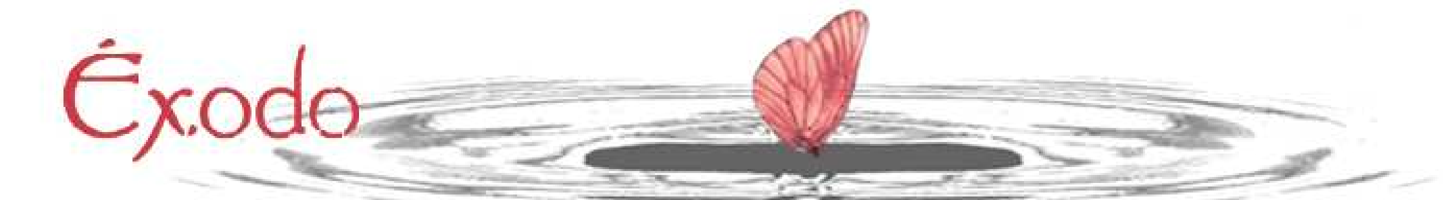
- No…, soy… -vacilé- una amiga.

- La entrada está restringida a familiares, para visitas de otro tipo existen días especiales como los sábados por la tarde. –Volvió a concentrarse en sus papeles.

- ¡Pero si estamos a lunes!

- Son las normas, querida –contestó arqueando un ceja.

- Pero, por favor –insistí -, he leído que ha intentado suicidarse, debe de estar destrozada. Necesito verla, es muy importante para mí. –De pronto, me miró muy



concentrada en mis ojos y sentí que cedía -. No será mucho tiempo.

- La verdad es que la pobre chica no ha tenido ni una sola visita.

- ¿Ninguna?

Ella negó con la cabeza, aún mirándome con esa extraña fijación.

- Los Owen se avergüenzan de ella. La verdad es que a muchos de los pacientes les ocurre lo mismo; los abandonan aquí como a un perro en una perrera y desaparecen. –Me miró tanteándome-. ¿Dónde están el resto de sus amigos?

- No… no lo sé. No la conozco de ir a clase con ella. –Chasqueó la lengua y volvió a menear la cabeza de un lado a otro, con gesto reprobatorio, mientras sacaba una tarjeta-. ¿Va a ponerse bien?

Ella frunció el entrecejo.

-Ningún paciente ha vuelto a salir desde hace ya unos años. ¿No lo sabías? –No hizo falta que contestara, mi expresión habló por sí sola-. Dime tu nombre –dijo regresando a su labor.

- Lena De Cote.

La pompa que estaba haciendo se le reventó en la boca. Ella levantó de nuevo la vista hacia mí.

- ¿De Cote? –repitió -. ¿Otra prima de William De Cote? –Me miró con escepticismo.

- ¿Acaso eso importa?

Se encogió de hombros.

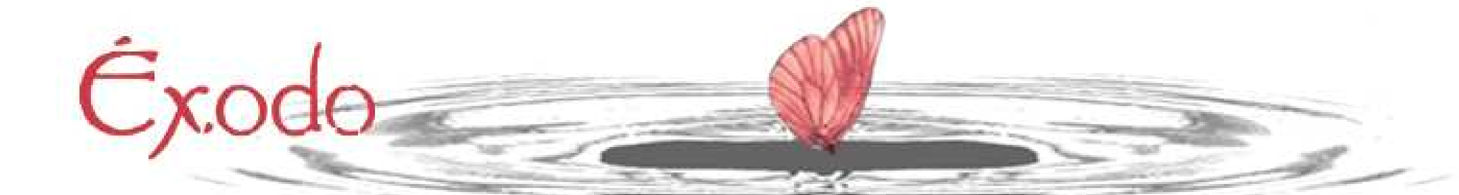
- Una paciente ha estado hablando de tu familia.

- ¿Claire? –pregunté con ansiedad-. ¿Qué ha dicho?

- No, es otra de las internas, pero no puedo decirte el nombre. La identidad de nuestros pacientes es confidencial. –Recitó aquello de carrerilla, como si se lo hubiera aprendido de memoria, mientras apuntaba mi nombre en una tarjetilla.

- ¿Qué… -vacilé – qué fue lo que dijo? –insistí.

- Nada interesante. Por lo que he oído, ha pronunciado vuestro apellido junto con una gran variedad de palabras incoherentes. Pero, en fin, todo el que ingresa aquí lo hace por una razón, quizás esa sea la suya. –La miré confusa. Puso la identificación sobre el mostrador, fui a cogerla, pero se me adelantó-. Dile al resto de sus amigos que Claire sigue teniendo sentimientos. –Soltó la tarjeta-. Habitación 302, sube por este pasillo a la derecha.



- Gracias.

Sentí los ojos de la recepcionista clavados en mi nuca. Aferré la identificación contra mi pecho, en un arrebato de triunfo, pero recordé a dónde me dirigía y la culpabilidad y la congoja se abrieron paso para caer pesadamente en mi estómago. Subí a la tercera planta y torcí hacia la derecha. En seguida encontré la número 302. La puerta estaba entreabierta y de su interior llegaron sonidos como de algunos suspiros. Me estremecí. Sentí el impulso de volver atrás, pero sabía que luego me arrepentiría. Tenía que verlo, si yo había sido la causante del sufrimiento de esa chica, debía afrontarlo y vivir con ello.

Entré. La habitación era igual que el resto del hospital, de un blanco inmaculado. Tenía un pequeño armario y una mesita, con un vaso de plástico lleno de agua. Y justo al lado, sujeta con unas correas en las muñecas, estaba ella. La imagen que tenía frente a mí y la que recordaba en mi mente de aquel día eran completamente distintas. La chica rubia, popular, segura de sí misma y elitista, se había transformado en un débil cuerpo retorcido sobre las sábanas de la cama a la que estaba amarrada. No la rodeaba la corte de fieles seguidores que había visto en la cafetería y en su rostro ya no lucía esa expresión de suficiencia y desprecio. Estaba pálida y con la mirada perdida en el infinito.

Nada más verme entrar intentó ponerse en pie. Tenía los ojos muy abiertos y ladeaba la cabeza hacia un lado, más de lo normal; hasta tal punto que creí que se caería al suelo. Su estado era lamentable. Yo no podía haber sido la causante, no tenía poder de hacer esas cosas, ¿o sí?

- ¿Claire? –susurré, y ella me miró con más fijeza-. ¿Cómo estás? –Retrocedió en la cama con los ojos desorientados-. Yo… -balbuceé con voz apenas audible- lo siento mucho, de verdad. No pretendía… -Callé de pronto al ver su rostro. Abrió mucho los ojos, su expresión pasó de la confusión al miedo y su corazón se aceleró de forma sorprendente-. No voy a hacerte daño –intenté decir.

*No más del que ya te he hecho.*

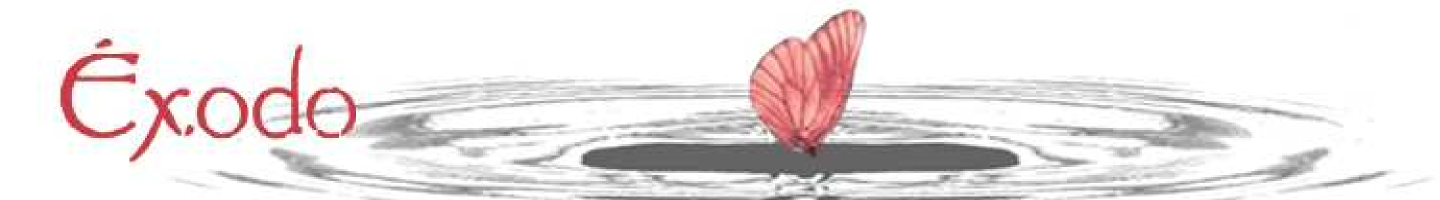
Me acerqué y tomé su mano, pero ella la apartó de un golpe y empezó a gritar descontroladamente, mientras su cuerpo se convulsionaba en violentas sacudidas. Me eché hacia atrás, asustada.

- ¡FUERA! ¡FUERA! –gritó-. ¡ALÉJATE DE MÍ! ¡FUERA!

Dos médicos entraron a toda prisa con una jeringuilla enorme. Mientras uno la sujetaba, el otro le inyectó el sedante.

Segundos después volvía a yacer casi inerte sobre el colchón. Mi respiración aún no había vuelto a normalizarse.

Sentí un aliento en el cuello. Me di la vuelta y encontré una figura humana contemplándome sin expresión alguna en el rostro.



- No te acerques tanto a Claire. –Volví la cabeza hacia el médico que me hablaba, de forma automática, como en un acto reflejo-. Es muy alterable.

- Lo tendré en cuenta –dije-. Será mejor que me vaya.

Dirigí la mirada hacia la puerta, pero la figura había desaparecido.

- Está sedada, se mantendrá tranquila.

- De todas formas, prefiero dejarla descansar –contesté confusa.

- Como quieras.

Salí de la habitación. Busqué por los pasillos y las habitaciones contiguas, pero no encontré ni un rastro de esa extraña mujer. Vencida, regresé de nuevo a la calle, sintiendo esos enormes ojos negros clavados en mí.

# CAPÍTULO 20

**La historia de Lisange**

Nadie me había explicado qué era lo que sucedía a un humano después de ser «utilizado». Esa palabra sonaba tan mal…, aunque él me había asegurado que no sufrían daños graves. Claro que ¿cuál es la definición de «grave» para un predador? Todo este asunto me impedía dormir por las noches o poder pensar en cualquier otra cosa durante las mañanas. La ausencia de Christian no hacía más que acrecentarlo todo; si tan soo le tuviera ahí para poder preguntarle…

Esa mañana había más ruido de lo normal y eso hizo que me despertara muy temprano. Tampoco es que estuviera disfrutando de un apacible descanso; mis sueños parecían motivados por las últimas palabras de Christian, así que en el fondo agradecía todo aquel jaleo. Bajé al recibidor, allí Flavio ponía en hora un pequeño y elaborado reloj de bolsillo plateado, en pie junto a una pequeña bolsa de viaje. El ruido provenía de la salita donde Goliat se había encaramado a las cortinas de una ventana y Lisange estaba intentando por todos los medios separarlo. Para terminar de cuadrar la escena, Caín maullaba como un loco.

-¿Qué ocurre? –pregunté.

-¡Lena! –Exclamó Flavio mientras se ajustaba de nuevo la pequeña cadena del péndulo en su chaleco y se volvía hacia mí con una sonrisa-. Me alegro de que te hayas levantado, no quería tener que despertarte para despedirme.

-¿Te marchas? –pregunté desconcertada.

-Sí, he adelantado el viaje a la montaña para combatir este incómodo calor.

En ese momento, Liam apareció por la escalera justo detrás de mí.

-¿Nos vamos todos? –pregunté al ver que cargaba con una pequeña maleta.

-No, no; Liam me acompañará para ayudarme a prepararlo todo.

-Regresaré mañana, nos reuniremos todos allí después de que realicéis los exámenes.

Flavio se acercó a mí y me abrazó.

-Y más te vale aprobar o el año que viene te escolarizaremos de verdad.

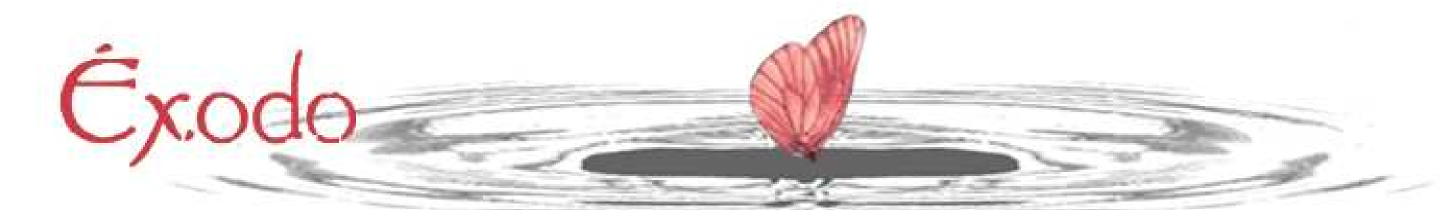
Reí contra su hombro. Creí que me soltaría pero no fue así. Unos segundos más tarde, se separó de mí y me tomo delicadamente de los brazos.

-Ha sido un verdadero placer enseñarte, Lena –dijo mirándome de forma muy directa a los ojos-. Eres capaz de más cosas de las que crees, estoy seguro de que les sorprenderás a todos.

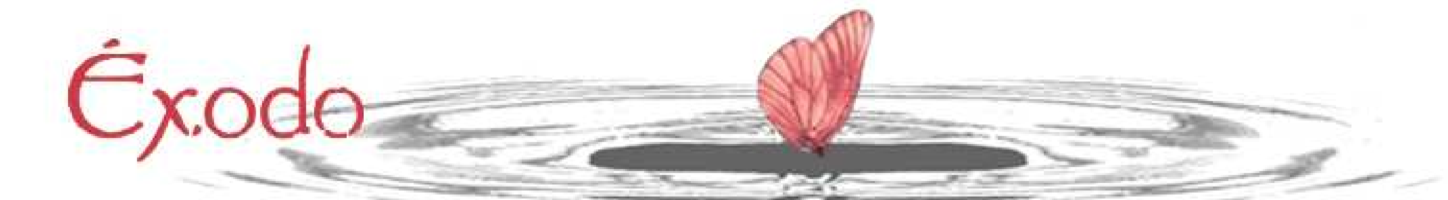
Sonreí; tenía demasiada fe en que aprobara esos exámenes.

-Buen viaje –le deseé.

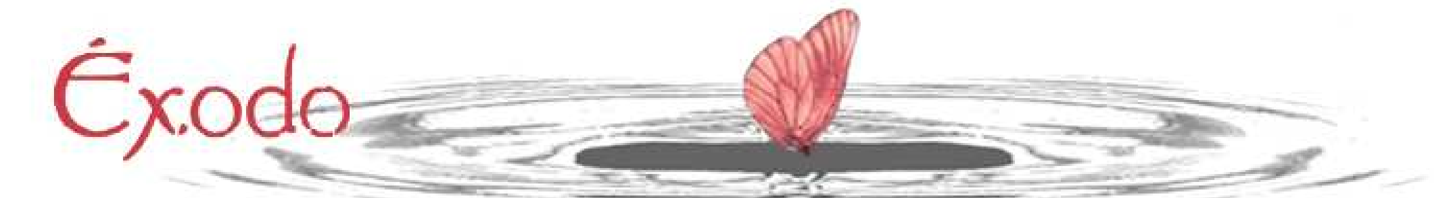
-Bueno o malo, pero que sea rápido. –Me guiñó un ojo y se volvió hacia la puerta. Justo



antes de salir me miró una última vez y añadió-: Ten mucho cuidado ahí fuera.
-Lo tendré. Hasta dentro de unos días, Flavio.
Me dedicó una última sonrisa, levanté una mano a modo de despedida y se fue.
El hecho de que se marcharan nos proporcionaba a Lisange y a mí dos días completamente solas. Ella, por supuesto, se volvió loca con la idea de quedarnos para poder hacer «cosas de chicas».
Tras ver los resultados que había conseguido con la fiesta, su emoción había crecido y estaba decidida a hacer de mí una belleza, algo que no entraba en mis planes porque la verdad es que me sentía bastante a gusto con mi nuevo aspecto. Pero incluso a mí me pareció alentador el plan, teniendo en cuenta la desesperada necesidad de evadirme de todos los problemas que acosaban mi mente.
Nuestro primer día solas consistió, cómo no, en una larga jornada de compras. Terminamos avanzando la tarde, cargando con un montón de bolsas porque ella quiso aprovechar para renovar el armario de Liam. Pero, a pesar de todas esas horas transcurridas entre probadores y montones de ropa, no había podido deshacerme del sentimiento de culpabilidad que me perseguía por lo de Claire. Cada vez que cruzaba con una chica rubia las comparaciones eran inevitables y Lisange terminó dándose cuenta.
Al llegar a casa, sus ojos se desviaron hacia la bombilla rota que había sobre la entrada en el recibidor.
-¿Qué le ha pasado? –preguntó mientras cerraba la puerta.
-No lo sé, se sobrecalentaría o se le habrá dado algún golpe –dije encogiéndome de hombros y dándome cuenta de lo absurdas que sonaban mis palabras.
-No hay cristales en el suelo –insistió.
-Lisange, no sé lo que le ha ocurrido.
La dejé en la entrada y me dirigí al salón, pero ella me siguió. La verdad es que no era una autentica mentira; sabía cuándo se había roto pero no el porqué.
-Está bien, habla –me dijo dejando las compras sobre el sofá-. ¿Qué es lo que te preocupa?
-No pasa nada –volví a mentir.
-Lena, no vamos a movernos de aquí hasta que me lo cuentes. Puedes confiar en mí –insistió.
Tomé aire. La verdad es que necesitaba compartirlo con alguien, así que no hizo falta que lo dijera más veces; cogí el periódico del otro día que había guardado entre mis libros y lo abrí justo por la página.
-Esa chica –empecé señalando la foto- es la que utilicé la primera vez.
Revisó en dos segundos todo el artículo y alzó la cabeza de nuevo hacia mí, algo confundida.
-Lena, ¿qué tiene que ver esto contigo?
Abrí mucho los ojos, sorprendida de que no hubiera visto a que me refería.
-¡Todo! –exclamé exasperada, instándole a que lo repasara de nuevo-. ¡Léelo otra vez! Creo que yo le hice eso.
Pero no se movió, se limitó a fruncir la frente, esta vez preocupada.
-No has sido tú –afirmó con total naturalidad devolviéndome el pliego.
-¿Cómo puedes estar tan segura?
-Porque un cazador no puede hacer esas cosas, y menos con una sola vez.
Volví a observar la página.
-¿Entonces cómo lo explicas? –murmuré-. No ha podido ser una casualidad.
-No he dicho eso. Algo así ha sido sin duda obra de un gran predador.

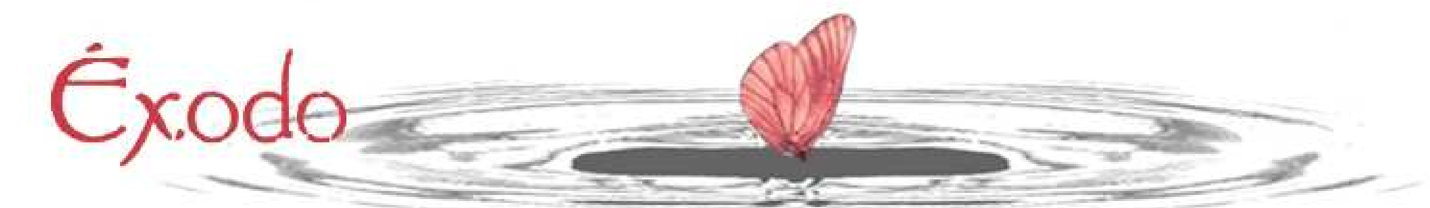


Alcé la vista hacia ella.
-¿A qué te refieres?
-Tú no eres capaz de hacer estas cosas excepto que quieras provocarlas intencionalmente, a aún así necesitarías muchos años de experiencia.
-No entiendo…
Adoptó una expresión paciente.
-Cuando estamos en plena… -buscó la palabra adecuada- labor, hay un instinto que nos indica que debemos frenar. Los grandes predadores también lo tienen, pero lo ignoran. Eso marca la diferencia entre unos y otros.
-¡Pero le hice llorar! Quizá no distinguí cuándo debí parar y… -Me detuve un momento y reflexione sobre lo que había dicho, de pronto entendí lo que significaban las palabras de Lisange-. ¿Crees que Christian…?
-Él no deja de ser uno de ellos, Lena, aunque te niegues a verlo. Aun así –volvió a decir-, no creo que sea su estilo, dudo que utilizara a la misma chica que tú. De todas formas –continuó dejándose caer con elegancia en el sofá-, puedes preguntárselo a él, a ver qué te dice.
-No puedo –reconocí y me senté a su lado-, es bastante difícil que vuelva a verle.
Me miró sorprendida y se reincorporó en el sitio; ahora sí que había captado por completo su atención.
-¿Qué ha ocurrido? –quiso saber.
-La verdad es que no lo sé. Quería contarme toda la verdad sobre él, pero yo me negué.
De forma instintiva me llevé la mano a la boca. Mis labios aún ardían, pero no había marca ni quemadura alguna que justificara el dolor. Lisange se quedó quieta, como una estatua, con el ceño fruncido.
-¿Por qué no quieres?
Me puse en pie, incapaz de mantenerme sentada.
-Porque dice que me alejaré de él, que le odiaré… y yo no quiero, Lisange, no lo soportaría. –Me cubrí la cara con las manos y recordé que ella sabía más de él que yo. Sin embargo, guardó silencio-. ¿Tan malo es lo que tiene que contarme? –pregunté con miedo.
-La historia de cualquier gr5an predador es horrible –señaló levantándose y acercándose a mí-. Acabas de nacer, Lena; hay muchas cosas de su pasado que podrían conmocionarse y él sabe que si lo hace le temerás, lo cual, por otra parte, sería lo más normal…
-¿Por qué todos insistís en que debo tenerle miedo? Vosotros no se lo tenéis –dije dándole la espalda.
-Pero tú eres vulnerable.
-¿A qué? –insistí al borde de la histeria volviéndome hacia ella.
¿Por qué razón no podían hablar claro conmigo?
-A él –respondió ella clavándome los ojos-. No importa cuánto creas que le necesitas, hay cosas que no puedes ignorar.
-¿Cuáles? –insistí.
Se levantó y me tomó de los brazos.
-Tú misma viste lo que ocurrió en la fiesta con ese humano y cómo torturaban a uno de los nuestros la otra noche. ¡Abre los ojos! Lena, eso no es nada comparado con lo que hace cuando no esta contigo. Hemos respetado tu decisión –continuo con voz suave-, pero el camino que has elegido solo conduce al dolor. Créeme cuando te digo que soy la primera que sabe lo que es cegarse por algún sentimiento e ignorar todo lo demás. Por eso me negué a que te juntaras con él, porque sabía lo que sufrirías…

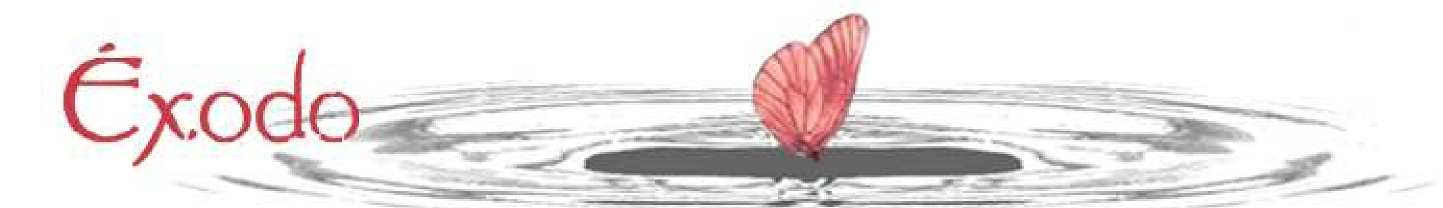


De pronto, sin previo aviso, Lisange se envaró. Mi cuerpo entero también se puso en tensión y ambas guardamos silencio. Ella no era la única que lo había escuchado. Todos los perros dela ciudad estaban ladrando descontrolados, me atrevería a decir que asustados. Se acercó en dos pasos a la ventana y oteó el exterior.
-¿Qué pasa? –pregunté alarmada.
-¿Notas eso? –dijo Lisange.
Me uní a ella.
-¿El qué?
-Nada –respondió en susurros-. Ni viento, ni grillos… Solo los ladridos de los perros, parece que todo lo demás se ha detenido ahí afuera.
-Como si todo estuviese muerto –comenté sin pensar.
Me dirigió una mirada locuaz.
-Precisamente eso, Lena.
-¿Por qué?
Cerró las pesadas cortinas con un solo movimiento e hizo lo mismo con todas las dela planta baja, después apagó todas las luces excepto una pequeña lamparita de té.
-Allí fuera hay guardianes. –Por desgracia, en el fondo sabía que tenía razón, era prácticamente lo que había ocurrido el día de la fiesta. Me alejé de la ventana. Ella regresó con una daga en el cinturón, me tomó de la mano y me condujo de nuevo al sofá-. No respires –susurró.
Caín subió a nuestro lado y se quedó tan quieto que podría haber pasado por parte del mobiliario. Los perros callaron y un absoluto silencio lo invadió todo. Aguardamos inmóviles. Al principio no ocurrió nada, pero poco después los cristales de las ventanas comenzaron a temblar y la luz de la lamparilla amenazó con estallar. Entonces, Lisange alargó un brazo y se apresuró a apagarla de inmediato.
-Están comprobando si hay vida en la casa –susurró de forma casi inaudible.
Sentí la misma respiración profunda y difícil de la otra vez, con ese rechinar de dientes tan espeluznante. No fui capaz de moverme ni un milímetro. Una sensación desagradable recorrió toda mi espalda y el frío regresó con fuerza a mi cuerpo. El suelo también vibró y juraría que incluso Caín temblaba. Lisange mantenía el ceño fruncido y la vista clavada en la ventana más cercana, con una mano firme en torno al puñal de la daga y la otra sujetando mi muñeca.
No sé cuanto tiempo estuvimos así, atentas al silencio. De pronto, Caín maulló e, inmediatamente después, escuché un grillo, seguido de otro… y otro. Las hojas de los arboles volvieron a balancearse con normalidad. De nuevo había vida fuera de la casa.
Lisange liberó mi brazo y se incorporó con lentitud.
-¿Ya ha pasado? –pregunté con un hilo de voz.
Abrió un poco las cortinas y escudriñó a través de los cristales.
-Sí, pero será mejor que nos quedemos aquí por esta noche. Puedes dormir, yo vigilaré.

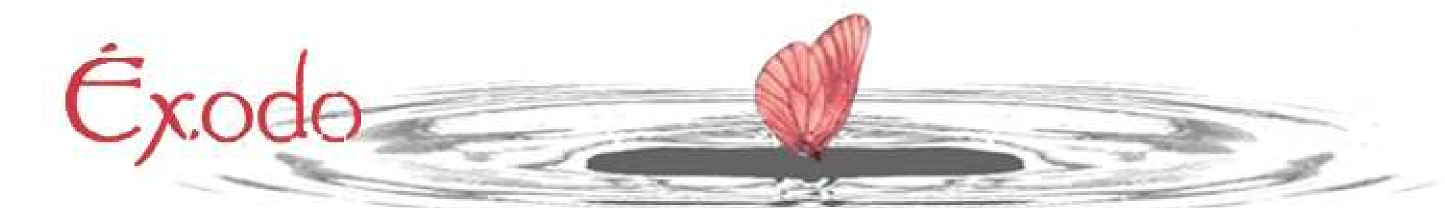
Quitó todas las bolsas del sofá para que pudiera acurrucarme allí y se sentó en el sillón de enfrente. Yo la miraba sin pestañar cuando, de pronto, recordé algo.
-Tengo tu libro –confesé.
No sé exactamente por qué, pero sentí que debía hacerlo. Ella guardo silencio un momento antes de contestar.
-Gracias por decírmelo.
Me apoyé sobre un codo para verla mejor.
-No te lo había dicho antes porque Christian aseguró que era malo para ti –añadí a modo de disculpa-. Aunque no me contó la razón.



-Muy considerado de su parte –pensó en alto, pero no parecía muy agradecida. Entonces, fijó la vista en mí-. Aún no sabes cómo llegué aquí, ¿verdad?
-No –susurré-. Quise preguntártelo cuando me enseñaste tu vestido, pero Christian también me advirtió en una ocasión que no estaba bien visto hacerlo.
Alzó la cabeza hacia el techo. Parecía meditarlo, como si aún no estuviese completamente segura de querer explicármelo. Cruzó las piernas sobre el sillón y se echó hacia adelante, apoyada contra sus rodillas. Luego, me miró.
-¿Quieres escucharlo? –Asentí lentamente. Ella pasó una mano por su cabeza, inquieta-. En vida, pertenecí a una familia que tiempo atrás había sido una de las más acaudaladas de toda Francia, pero en mi época las cosas eran diferentes. No éramos pobres, aún poseíamos un buen apellido y tierras, pero nada comparado con lo que había sido. –Hizo una breve pausa-. Yo era una de esas muchachitas que no tenía nada mejor que hacer que soñar con caballeros de capa y espada montados en grandes corceles blancos. Era inocente… -Me miró y avanzó un poco más la cabeza-. Demasiado inocente. Un día creí que había encontrado al mío. Era uno de los hijos de una familia asentada al otro lado de la capital. ¿Me dijo que se había enamorado de mí en el mismo instante en que me vio y yo le creí! Es lo que toda chica desea escuchar –soltó con una risa amarga poniendo los ojos en blanco-. Comencé a verle en secreto. Mi padre no quería que me relacionara con hombres hasta que no hubiera casado a mi hermana mayor. ¡Pero era una injusticia! Temí que él no quisiera esperar, así que le desobedecí y continúe encontrándome con él.
-¿Os descubrió? –aventure.
-No –negó moviendo la cabeza-, pero no eran buenos tiempos y caí enferma. Él me aseguró que continuaría estando a mi lado y que cuando me recuperara nos casaríamos y compraríamos una casita lejos de nuestras familias.
-Pero eso era bueno, ¿no? –interrumpí de nuevo.
-Sí, claro. Sin embargo, comenzó a no presentarse a nuestros encuentros. Me mandaba notas excusándose de formas cada vez más absurdas y yo cada día estaba más enferma. Un día, me envió un libro junto a una nota que hablaba de una maravillosa historia de amor en la que los amantes deciden quitarse la vida para poder vivir juntos en el más allá.
-Romeo y Julieta…
Ella asintió con la cabeza. Se sacó la daga del cinturón y jugueteó con ella mientras volvía a hablar.
-Me enamoré de cada palabra escrita en ella. –Respiró hondo-. Pocos días después, me propuso hacer lo mismo que los protagonistas. Me dijo que temía que no recuperara la salud y que no podía seguir viviendo así; incluso traía consigo u frasco de veneno. –Rió una vez más-. Me vendió una muerte dulce e indolora, como un sueño.
Apretaba cada vez con más fuerza el puño de la daga. Sentí algo pesado en el estómago, como el anuncio de que algo malo iba a ocurrir.
-Accediste…
Juntó sus labios en una delgada línea, con los ojos cerrados, y tomó aire para intentar relajarse.
-Había tanto poder en su mirada, Lena. –Su voz titubeaba-. Sonaba tan sincero… Tal vez era yo la que veía esos rasgos en él, cegada por mi enamoramiento, pero sí –dijo abriendo los ojos para mirarme-, lo hice. Era romántico morir junto a la persona amada y ver que él se sacrificaba por mí. ¿Cómo podía negárselo?
-¿Qué ocurrió después?
Lisange se revolvió incómoda y ladeó la cabeza hacia otro lado.

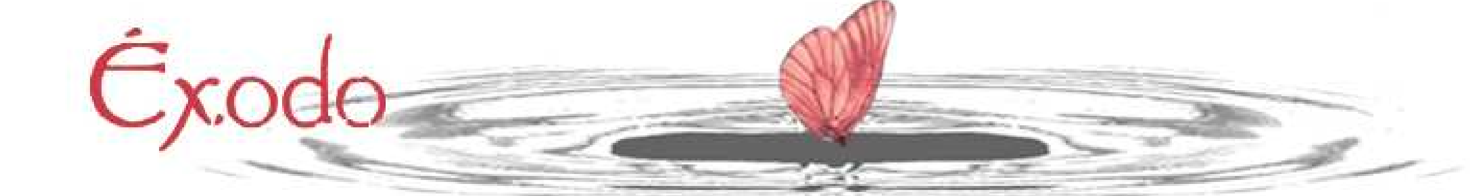


-Él no bebió. No entendí qué estaba ocurriendo, por qué razón él no lo hacía, pero ya era tarde para mí. Alegó que mi vida ya había terminado de todas formas, pero que él no podía acabar así, que merecía continuar.
No fui capaz de articular palabra en ese momento. Ella se cubrió la cara con las manos, me senté a su lado e intenté reconfortarla, pero no sabía qué podía hacer o decir para mitigar el dolor de algo que había ocurrido siglos atrás.
-Lisange…
-Huyó –susurró entre sus dedos-, huyó como un cobarde dejándome morir sola y con el corazón roto en mil pedazos. En mi último aliento, todo el amor que sentía por él se transformo en odio. –Descubrió de nuevo su rostro mirándome con ansiedad-. Pero a pesar de todo el daño, de todos estos siglos…, no he podido olvidarlo.
-Si no pensaba hacer lo mismo, ¿por qué te lo propuso?
Soltó una risa amarga.
-Después descubrí que se había prometido con una joven de la corte. Ella tenía mucho dinero y su padre desconfiaba de él, así que imagino que tendría prisa por terminar con nuestro capítulo antes de casarse con ella. Tal vez únicamente quiso acelerar lo evidente.
La veía tan triste y abatida, que sentí una enorme lástima por ella. Yo no era experta en amores pero sabia lo que era que te rompieran el corazón.
-Lo siento mucho, de verdad.
-Debería haber acabado con él cuando me di cuenta de todo, pero fue la única vez en toda mi existencia en que no tuve valor suficiente. Solo fui capas de recoger el libro y marcharme lejos. Retiré con cuidado la daga de sus manos y la dejé sobre la mesa.
-Pero eso ocurrió hace muchos años, Lisange, debes olvidarlo.
-Lo he superado, Lena, es solo que en ocasiones el recuerdo viene a mi mente y entonces recurro a la novela para recordar que podía haber acabado de otra manera.-Me miró con ansiedad-. Créeme, serás más feliz mientras ignores cómo moriste. –Mi mente divagó, ¿habría sido mi historia tan desalentadora como la de Lisange? Flavio me había dicho exactamente lo mismo-. Quédate con él, Lena, no quiero saber dónde lo guardaste.
Asentí.
Lisange había suspendido todo lo que tenía pensado para nuestro último día solas y se mostraba de pronto muy interesada en hablar con Liam; de hacho, había decidido no moverse de la casa hasta que él regresara. Me quedé con ella toda la mañana y gran parte de la tarde, pero estar encerrada allí era lo que yo menos necesitaba. Además, fuera lo que fuese lo que tenía que contarle a Liam, estaba segura de que agradecería que yo no estuviera alrededor, escuchándolo todo con mis ultrapotentes sentidos.
Solamente había pasado unos pocos días desde la fiesta y ya sentía que el tiempo me comía lentamente. ¿Qué sentido tenía todo ahora sin él? Quizá se había dado cuenta de que yo no era más que una carga. Puede que al final sintiera lástima por mí y decidiera perdonarme la vida…, o tal vez su lado salvaje y sádico consideró que yo sufriría más viviendo. Puede que esta fuera su manera de acabar conmigo, una muerte lenta y dolorosa. Cumplía todas las condiciones que él había impuesto: yo ya me había convertido en una autentica cazadora y me había alimentado, mientras tanto, él había tenido tiempo para conocerme y lo había hecho justo en el momento en que yo menos me lo esperaba. ¿Y si todo había sido de verdad un juego? Sus palabras, su comportamiento… ¿Y si lo que pretendía era precisamente que me enamorara de él para luego acabar conmigo de esta forma despiadada? Sentí un fuerte dolor en el pecho.
-No –me dije en voz alta-, él no haría eso.



¿No? Entonces, ¿por qué se había ido? La idea de ir a buscarle me resultaba realmente tentadora. No me importaban ni Hernan ni Elora ni todo el daño que pudieran hacerme. Necesitaba verle una vez más. Decidida, me di la vuelta y fui a buscarle. Aunque a decir verdad, yo no era la causante d lo que había ocurrido. Mi reacción había sido normal y él no tenía ningún derecho a enfadarse y a decirme todas las cosas que me había dicho. Tal vez la culpa no fuera solo mía… No, no, no, no pensaba arrastrarme ante él. ¡Sólo me faltaba eso! ¡Y que encima se riera de mí! Era comprensible que yo no quisiera conocer todas las cosas terribles que él había hacho, ¿qué pretendía? ¿Alardear?
Paré en seco, no iría a buscarle. Giré sobre mis talones y me encaminé a mi casa. Él se había comportado muy mal esa noche. Jamás creí que sacara a la luz su condición en la escala social para hacerme sentir tan inferior. Durante todo ese tiempo le confesé sentimientos que ni siquiera había manifestado delante de los De Cote. Había confiado en él y ese fue mi mayor error. Jamás debí haber bajado tanto la guardia. ¡Le había abierto mi corazón!
Frustrada, di una pequeña patada a una piedrecita, está salió disparada con tanta fuerza que pinchó la rueda de un coche. Me detuve horrorizada por lo que acababa de hacer; aún no terminaba de ser consiente de mis nuevas… habilidades. Cambié de dirección para no tener que cruzarme con el dueño del coche que miraba su rueda pinchada con un gesto de contrariedad, mientras se rascaba la cabeza. Un poco más adelante, vi a un chico que me observaba fijamente, sin perder detalle de cada uno de mis movimientos. Me asusté, ¿y si me había visto? Doble por un recodo a la derecha y apreté el paso para alejarme todo lo posible de él, con la mala suerte de toparme con una calle sin salida. Me di la vuelta para regresar, pero, al alzar la vista, un grito se quedó congelado en mi garganta; a pocos metros de mí se encontraba una mujer de aspecto salvaje, con los ojos desorbitados, delgada y consumida. Retrocedí, pero ella corrió hacia mí con una agilidad que ni siquiera yo, que era mucho más joven, tenía. Me arrinconó al fondo, contra una esquina provista tan solo de una pequeña bombilla. A lo lejos pude ver las farolas de la calle encenderse lentamente y recortar su figura encorvada. Me miraba sin pronunciar una sola palabra. Intenté zafarme, pero me sujetó con una fuerza inhumana que no pude combatir. Estaba claro que ella tampoco era «normal».
-¡Suéltame! –grité.
Tapó mi boca con un ágil movimiento para que no pudiera chillar.
-Huye.-Su voz era muy áspera, afónica-. Debéis huir.
-Se acercó más a mi oído, con tono apremiante, como si tuviera tantas ganas de salir de ahí como yo-. Lo he visto, lo siento en cada hueso de mi cuerpo, en cada músculo… Son cada vez más. Están cerca y no se irán hasta que consigan su propósito… ¡No hay tiempo! ¡Esto no es un juego!
La luz que tenía encima parpadeó y se apagó, y la extraña aprovechó el momento para desaparecer. Lo último que vi fue el vuelo de una extraña bata de hospital ondeando en la oscuridad. Algo metálico cayó al suelo. Me agaché y lo recogí, era una pequeña chapa identificada con un número y un nombre: «H. Lavisier».
Tardé dos segundos en reaccionar, justo el tiempo que me llevó darme cuenta de que estaba sola en mitad de un callejón a oscuras. Salí corriendo de allí y paré un taxi. La noche ya era inminente y no quería volver a arriesgarme. Eché un último vistazo a la insignia e intenté encontrar algún significado a las palabras de aquella mujer durante todo el trayecto pero sin mucho éxito. Bajé del vehículo antes de llegar y recorrí la pequeña distancia que me separaba tan deprisa como pude. El todo terreno de la familia ya estaba aparcado allí, iluminado por las tenues luces que proyectaba la casa. Intente relajarme antes de entrar. Lo que me había dicho esa mujer no tenía ningún tipo de

sentido, seguramente no guardaría relación conmigo. Sí, era bastante posible que solo fuera un desvarío.
-Hola, Lena.
La puerta se abrió antes de llegar frente a ella. Era él. Estaba sonriente y fresco, por decirlo de alguna forma, era evidente que el poco tiempo que había estado en la montaña le había servido para evadirse del calor que el resto de nosotros sufríamos aquí.
-Liam, ¿qué tal?
Me dio un corto abrazo antes de dejarme entrar en la casa.
-El viaje, largo, pero ha merecido la pena. Ese lugar os encantará, ya lo veréis.
Por algún motivo tenía la ligera impresión de que Lisange ya le había puesto al corriente del fin de mi inusual «relación» con el gran predador. Ahora dudaba seriamente de si su buen humor se debía a la nieve de las montañas o a la desaparición de Christian del mapa de nuestra zona.
-¡Adivina! –soltó de pronto Lisange-. Liam dice que se esta tan bien allí arriba que en un par de días iremos nosotros también a recobrar fuerzas para los exámenes, ¿qué te parece?
-Genial –contesté intentando que mi voz sonara entusiasmada, pero mi mente estaba en lo que acababa de ocurrir.
-¿Estás bien? –preguntó ella mirándome con atención-. Pareces preocupada.
-Cierto –confirmó Liam alejándose de mí un paso para evaluar mi aspecto-. Si guarda relación con los guardianes, no debéis inquietaros. En unos días estaremos lejos de aquí.
Oh, eso… Lo cierto es que lo que había ocurrido la noche anterior no se encontraba en la lista de mis principales preocupaciones en ese momento. Christian se había marchado; me había encontrado cara a cara con un guardián, había sobrevivido de milagro; y una mujer, de cuya cordura dudaba, me acababa de abordar para decirme que me fuera; eso sin contar con que la espinita de Claire seguía ahí clavada, acosándome cada vez que intentaba alimentarme. No, definitivamente, ese pequeño incidente al que se refería no era lo que más me asustaba.
-Sí, lo sé; no tengo por qué preocuparme.
Tampoco iba a contarles la verdad. Debía afrontarlo, estaba aturdida y conmocionada por todo lo que me había sucedido los últimos días, de modo que lo que me acababa de ocurrir tenía todas las papeletas de tratarse de un producto de mi imaginación, demasiado fértil o perturbada. Aunque, ¿qué sentido tenía entonces la insignia que descansaba en lo más profundo de mi mochila?



# TERCERA PARTE



# CAPÍTULO 21

**Gatos**

Me despertó el sonido del claxon. Estaba segura de que acababa de dormirme, pero al mirar el reloj vi que eran las cinco y tres minutos de la madrugada. Gruñí para mí misma y me dejé caer sobre la almohada; no podía ser legal levantarse a esa hora... Pero alguien dio unos golpecitos a mi puerta.

-¡Lena, nos vamos!

De repente lo recordé. ¡El viaje! Salté de entre las sábanas como si me quemaran, agradeciendo mil veces haber aprovechado las horas de insomnio para preparar el petate.

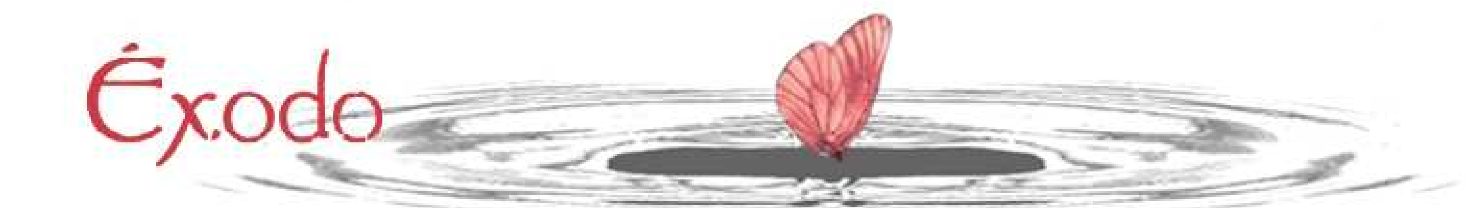
-¿Lena? -La voz de Lisange sonaba muy apurada-. ¿Estás ahí?
-¡Sí! -dije como pude mientas me pasaba una camiseta por la cabeza-. ¡Ya voy!
-Date prisa, debemos salir antes de que salga el sol o el viaje será bastante incómodo.
-Sí, sí -grite, y caí sobre el colchón peleando contra mis vaqueros para meter las piernas en el lugar adecuado-. ¡Ya estoy!

Busqué un par de calcetines debajo de la cama y las botas de montaña. Me recogí el pelo en una coleta, me colgué la bolsa al hombro y salí disparada escaleras abajo, allí Lisange me esperaba junto a la entrada con el pequeño Caín en brazos. En cuanto me vio aparecer hizo un ademán con la mano metiéndome prisa. Salté a la calle; aún permanecía a oscuras, aunque no tardaría en empezar a clarear. Lisange cerró la puerta mientras yo metía mi equipaje en el maletero abierto. Me senté en el asiento trasero justo a la vez que Lisange lo hacía en el del copiloto e inhalé aire pausadamente para recuperar el ritmo normal de mis respiraciones.

-¿Todo en orden?

Liam me miraba a través del espejo retrovisor con las gafas de sol ya puestas y una sonrisa en los labios. ¿Cómo era capaz de estar tan sonriente a esas horas de la mañana?

-Sí -dije avergonzada-, lo siento.
-Vayámonos ya, pues. Nos aguarda un largo trayecto.



Arrancó y en poco tiempo dejamos el caserón atrás. Eché un último vistazo con una punzada de dolor; sabía que no volvería a ver a Christian en mucho tiempo, quizá nunca más, aunque “nunca” fuera entonces una palabra demasiado grande. Vi pasar la ciudad a través de la ventanilla de cristales tintados. No había gente en la carretera, ni siquiera las luces de las casas estaban encendidas, y la calle tan solo la transitaban los que regresaban de una noche de fiesta en el centro.

Liam puso una música lenta que me adormeció un poco. Él y Lisange hablaban entre ellos en tono muy bajito, casi ni movían los labios, para que yo pudiese volver a dormirme. Poco a poco la claridad del cielo fue cada vez más evidente. Las farolas comenzaban a apagarse y los primeros coches, los de los trabajadores más madrugadores, salían ya de sus respectivos garajes. La ciudad dio paso a un bosque y este al campo, cada vez más agreste y salvaje.

Dormité durante un rato, más o menos hasta que, sin previo aviso, Liam suspendió el motor en seco. Me precipité hacia delante y luego caí hacia atrás, golpeándome contra el propio asiento. Liam se volvió hacia mí con una sonrisa torcida.

-Espero que hayáis dormido, Lena.
-¿Por qué? -pregunté.

Intercambió con Lisange un gesto de complicidad.

-Porque, de no ser así, habréis desaprovechado una gran oportunidad.
-¿Ya hemos llegado?
-No -volvió a sonreír-, pero ahora viene lo interesante.

Pasé la mirada de uno a otro sin comprender, en busca de una respuesta.

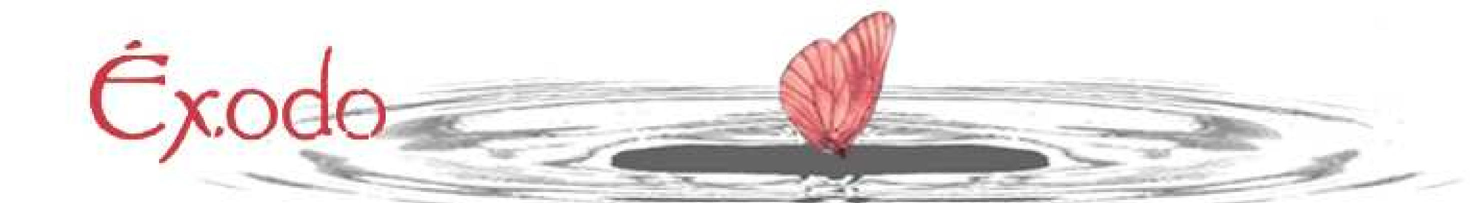
-Ponte el cinturón, Lena -fue lo único que dijo Lisange mientras se abrochaba el suyo.

Liam la imitó.

-No queremos romper el coche con los golpes.

Sin comprender muy bien y aún embotada por el sueño, lo hice. Liam volvió a encender el motor, pero en vez de seguir por la carretera giró el volante y torció a la izquierda, saliéndose del camino. Lo que vino a continuación fue una serie de violentas sacudidas causadas por lo escarpado del terreno. Apoyé el cuerpo contra el asiento en un intento vago e inútil por mantenerme en mi sitio, los saltos eran tales que en más de una ocasión me estrellé contra el techo del vehículo.

Liam y Lisange disfrutaban de lo lindo. Gritaban y reían de tal forma que me recordó a las películas del antiguo Oeste, cuando los personajes montaban algún caballo encabritado intentando domarlo. Oí maullar enojado a Caín y en un brusco movimiento cayó sobre mí, rasgándome con las uñas la manga de la camiseta. Intenté cogerle, pero le perdí de vista. No sé cuánto tiempo estuvimos así; solo sé que, de pronto, el coche frenó con una última sacudida. Pasaron varios segundos hasta que dejaron de reír.



-¿Qué tal la experiencia, Lena?

Liam se volvió hacia mí, con la sonrisa muy dilatada.

-Agitada.

Fue lo único que pude decir. Lisange rió. Miré por la ventanilla y una sonrisa se escapó de mis labios. Todo era precioso. Estábamos rodeados de un gran manto blanco de nieve y un viento bastante fuerte que tambaleaba un poco el vehículo y que no dejaba ver mucho más allá de donde estábamos, pero la temperatura era maravillosamente agradable.

Lisange abrió la puerta y saltó sobre la nieve; en cuanto lo hizo, la tormenta penetró en el interior del coche. Liam se reunió fuera con ella e intentó divisar la dirección para ir a la cabaña. Yo salí con cuidado y hundí las botas en el manto blanco, tenían razón, era increíble lo bien que me sentía. Un bulto cayó en mi regazo, agaché la cabeza hacia él y descubrí a Caín bufando ante la aparente falta de atención que le estábamos prestando todos. Acaricié su suave pelaje para tranquilizarlo. Lisange volvió a ponerse en pie sacudiendo los copos de su ropa.

-No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos esto -confesó.
-Deberíamos adentrarnos para buscar a Flavio -dijo Liam-. Hemos tardado menos de lo normal en llegar al camino que lleva a la casa, aún no debe de esperarnos.
-¿No decías que hacía buen tiempo? -comenté en voz alta.
-Al parecer ha cambiado -respondió él.
-¿Puedes ver el camino? -preguntó Lisange deshaciéndose de su chaqueta para quedar en manga corta.
-Sí, aunque es probable que alguna parte haya desaparecido por culpa de la tormenta. Quizá tardemos un poco más en llegar.
-No importa, es perfecto -canturreó ella saltando de un lugar a otro.

Era muy despierta y optimista, pero nunca la había visto de esa forma. Liam se acercó a mí y me tomó de la mano.

-Para que no os perdáis -me susurró al oído haciendo brillar una sonrisa.

Intenté avanzar, no sin cierta dificultad. La nieve cubría parte de la rueda del coche, lo que hacía que andar fuera algo lento y cansado, pero mis piernas ahora tenían mucha más fuerza; en realidad, fue como si me abriera paso entre bolitas blancas de porexpán.

Nos adentramos en la tormenta. El sonido del viento era tan fuerte que me retumbaba en la cabeza. Ni siquiera podíamos oírnos entre nosotros, por lo que tuvimos que caminar en silencio. Caín se acurrucó en mi regazo ronroneando, a él también le agradaba el frío del ambiente. En un descuido, el gato saltó al suelo, sus pequeñas patitas apenas se hundían en la nieve y su pelaje albino se camuflaba de forma que solo se distinguían un par de enormes ojos negros entre el terreno blanquecino.

La mano de Liam me sujetaba con firmeza manteniéndome a poca distancia de él, gesto que agradecí porque era el único que sabía llegar hasta allí y tuve miedo de perderme si

me soltaba. Por muy reconfortante que fuera el frío, no estaba segura de poder aguantar mucho tiempo bajo aquel temporal. A Liam parecía que tampoco le entusiasmaba mucho la idea de vivir bajo una tormenta incesante. La única que disfrutaba ante aquella perspectiva era Lisange, que aunque ya no saltaba, seguía manteniendo la misma cara de felicidad.

-Ahí está -me dijo Liam varios minutos más tarde.

Me señaló un lugar frente a nosotros. Me froté los ojos para deshacerme de los copos que se habían quedado atrapados entre mis pestañas e intenté divisar algo. No muy lejos de allí, descansaba una pequeña cabaña de madera clareada. Parecía bastante antigua, pero se mantenía en pie sin problemas. Tenía dos plantas y una chimenea apagada. La nieve se acumulaba en torno a las ventanas y obstaculizaba un poco la puerta principal. No era muy grande, pero parecía capaz de albergarnos a todos nosotros. Le dirigí una sonrisa; la verdad es que me aliviaba haber llegado. Por supuesto, no pensaba en baños calientes o en sopas reparadoras, pero sí en un poco de paz para mis sentidos.

Caín se detuvo y empezó a dar vueltas sobre sí mismo. Le di unos golpecitos en el brazo a Liam para que se fijara en el gato y los tres nos detuvimos contemplándolo.

-¿Qué ocurre?

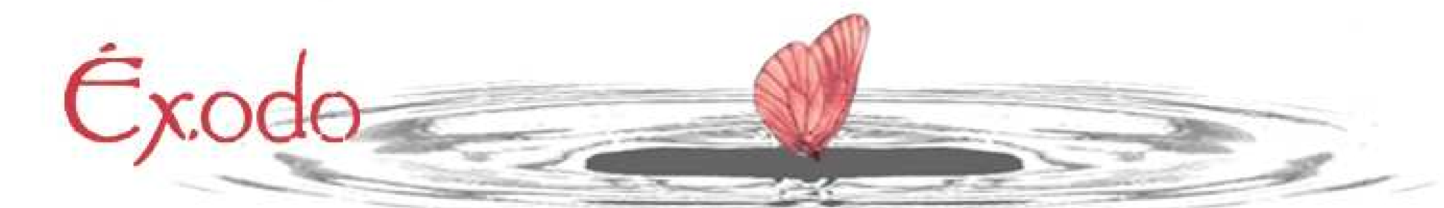
Lisange se arrodilló e intentó pasar el dorso de un dedo por su lomo para acariciarle, pero él se escurrió de su lado sin previo aviso y se perdió entre la tormenta. Ella se incorporó de inmediato.

-¡Caín!

Por primera vez, Liam me soltó la mano. Parecía preocupado. Ambos salieron despedidos detrás del gato y yo me vi siguiéndolos a toda prisa en un intento desesperado por no perderles de vista entre el temporal. Se adentraron en un bosque que no había visto al llegar. Luché contra los elementos: el viento silbaba en mis oídos, no podía ver si los árboles se cruzaban en mi camino, hasta que los tenía a un escaso palmo de distancia y, considerando la velocidad a la que corría, fue un milagro que no me estampara contra ninguno. También era una suerte no hundirme mucho en la nieve porque jamás habría podido alcanzarles de no ser así. No les veía y tampoco podía oírles, así que seguí el rastro de su aroma. De pronto, me estrellé contra la espalda de Liam y caí hacia atrás sobre la nieve. Al verles me asusté. Ambos estaban inclinados sobre algo en el suelo, mirándolo fijamente. Gateé hasta llegar a su lado en el momento en que Lisange sacudía la nieve de la superficie de un pequeño tablero de madera. En él habían grabado con prisa unas palabras. Me incliné más para leerlo. Los trazos eran bruscos y, a juzgar por el color del tablón, hacía poco tiempo que lo habían colocado ahí. La inscripción constaba de un nombre y una fecha, aunque los últimos números eran ininteligibles.

-Goliat... -musité al leer la primera palabra-, el gato de Flavio.
-No puede ser -decía Lisange-, es imposible que...

Se detuvo, ya no tenía ese rostro de felicidad que lucía pocos minutos antes; una mueca



de terror se había apoderado de ella. Liam, en cambio, mantenía la mandíbula apretada.

-Flavio... -susurró él mirando a través del bosque.

Se puso en pie y desapareció de pronto tras la ventisca a todo correr.

-¡Liam, espera! -Lisange volvió hacia mí y tiró de mi mano con fuerza-. ¡Deprisa, Lena!

Le seguimos a través de los árboles hasta que salimos del bosque. La cabaña apareció ante nosotras, no muy lejos de donde estábamos, él ya se encontraba junto a la puerta. Atravesamos el claro que nos separaba, tan rápido como pudimos, y entramos con cautela.

-¿Flavio? -llamó.

No hubo respuesta.

-¿Flavio?

El fuerte viento hacía crujir las paredes y nuestros pasos sonaban sordos contra el suelo envejecido. Recorrimos entera la planta baja, todo estaba desordenado: las sillas caídas, alguna mesa tumbada, los cuadros se habían desprendido de las paredes..., pero ahí no había nadie.

-Busquemos arriba -sugirió Lisange con un hilo de voz.

Las escaleras eran antiguas y rechinaban al pisar la madera. Subí despacio, intentando captar cada pequeño sonido, pero no se oía nada, absolutamente nada, excepto a nosotros. Lisange clavó la vista en la barandilla, destrozada en la parte más alta. El piso superior estaba aún peor. Una viga caída cortaba el camino antes de llegar al rellano. Liam la esquivó con facilidad y siguió andando. El lugar era pequeño, tan pequeño como parecía desde fuera. Solo una puerta se mantenía aún en pie, y estaba cerrada. Nos reunimos frente a ella. Ellos intercambiaron una mirada y, a continuación, Liam la empujó levemente haciéndola chirriar al abrirse.

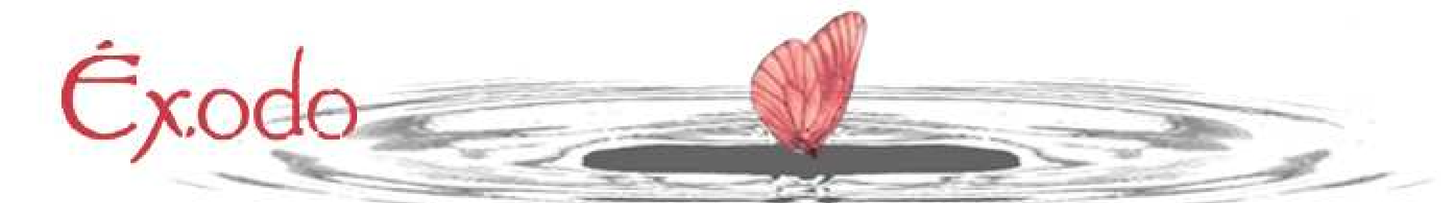
Lisange ahogó un grito. Yo no pude ni siquiera hacer eso; me quedé congelada en la entrada al mirar al interior. Los graves destrozos de la habitación eran lo menos importante. En las paredes, en el suelo, en la cama de madera volcada..., en todas partes había grandes rastros de sangre.

-¡No! -susurró él.

Entró en la habitación a grandes zancadas y revolvió entre todos los escombros con desesperación.

-¿Dónde..., dónde está Flavio? -tartamudeé con ansiedad.

No obtuve respuesta, era demasiado obvia como para pronunciarla en voz alta. Lisange me rodeó los hombros con un brazo.



-No te acerques a la sangre -me susurró.

No pensaba hacerlo, estaba demasiado impactada como para atreverme a hacer cualquier cosa; además, aún recordaba lo que había ocurrido cuando Liam me hizo la cicatriz del brazo. Él lanzó la única silla que quedaba contra la pared opuesta y esta se hizo añicos al instante, luego se volvió hacia nosotras con los ojos cargados de ira. Retrocedí asustada, nunca le había visto así. Se llevó una mano a la cabeza, ocultando todo el rostro, excepto la boca. Había echado los labios hacia atrás y lucía ambas dentaduras apretadas con rabia, mucha rabia. De pronto, nos miró.

-Lisange... -pronunció muy despacio y con voz seca-, tenemos que salir de aquí de inmediato.
-Sigue aquí... -musitó dando un paso hacia él.

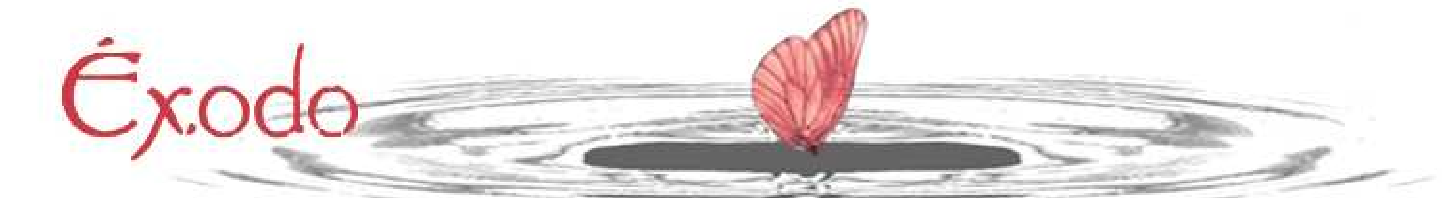
Liam afirmó con un débil movimiento de cabeza, con el semblante más relajado pero con los ojos muy abiertos. Mis oídos captaron algo repentino, un horrible rechinar de dientes y una respiración profunda que procedía del tejado, acompañado del mismo sonido desagradable que producen las uñas al arañar la pizarra. Miré en un acto instintivo hacia arriba. Sabía lo que eso significaba, aunque deseé desesperadamente estar equivocada. Liam se volvió hacia Lisange, alertado.

-Lo he oído hasta yo -balbuceé.
-¡SALTAD!

No esperé a escucharlo una segunda vez. Me arrojé por la ventana al tiempo que el techo se desplomaba justo sobre el lugar donde nos encontrábamos hacía apenas unas milésimas de segundo y caí rodando por la nieve.

-¡CORRED! -gritó Liam.

Me volví hacia la casa; algo se removía entre los escombros. Asustada, me levanté y salí de ahí tan rápido como pude. Liam iba en primera posición y yo, en la última. No me movía tan rápido como ellos y era incapaz de seguir sus grandes zancadas, a tientas, sin distinguir el camino y a contraviento. La nieve me entraba en los ojos, luché con desesperación para liberarlos, pero era inútil. Entonces, tropecé con algo y caí al suelo. Mis brazos se hundieron en la nieve al intentar frenar el golpe. Me puse en pie tan veloz como pude, pero, por un momento, no advertí nada a mi alrededor, nada en absoluto. La brisa me envolvía por completo ocultándolo todo y ni siquiera era consciente del ruido penetrando en mis oídos. Me mantuve inmóvil. Estaba desorientada, había perdido a Liam y Lisange y ahora no sabía qué camino debía seguir. Mi cuerpo empezó a temblar, pero no de frío, como si hubiera advertido la peligrosa cercanía de esa criatura antes que mi mente. De nuevo, ese frío aliento ascendió hasta mi nuca y mi cuerpo entero se estremeció. Mis rodillas flaquearon, pero, en ese preciso instante, divisé vagamente a Liam entre la tormenta. Sentí una oleada de alivio, pero quizás ya fuera demasiado tarde. Me gritó algo que fui incapaz de escuchar, pero podía imaginarlo: me estaba diciendo que lo tenía justo detrás, demasiado cerca de mí, que corriese para salvarme... pero yo era incapaz de reaccionar. Me limité a mirarlo mientras mi respiración se aceleraba, contando los segundos para que todo acabara. Entonces, echó a correr en mi



dirección. Cerré los ojos, preparándome para el golpe final. El guardián no esperaría a que él llegara a salvarme. En ese momento me vino a la cabeza la imagen de Christian, borrosa excepto por sus ojos, tan negros y penetrantes como los recordaba.

-¡LENA!

Abrí los ojos de golpe, ese grito sonaba mucho más cercano. Liam estaba ya a tan solo unos pocos metros de distancia. Entonces, sin darme tiempo para preguntarme por qué razón aún seguía viva, llegó hasta mí, me aferró de la muñeca con firmeza y tiró de ella con fuerza detrás de Lisange.

Volvimos a introducirnos entre los árboles. Liam me condujo zizagueando entre ellos y evitando la línea recta. Noté de nuevo esa horrible sensación helada en mi nuca, la misma de hacía apenas unos segundos y la que había sentido la noche que Christian se había ido. Recordé su cara a escasos centímetros de la mía y luché contra mí misma para no volver la cabeza y concentrarme en correr más de lo que me permitía mi nueva fuerza. Esquivé milagrosamente las ramas, los troncos caídos y los horribles matorrales. Me llevaba tan rápido que creía que iba a echar a volar.

Por fin, salimos del bosque, intenté frenar al ver lo que tenía delante pero él seguía tirando de mí. Proferí un grito al caer por una empinada pendiente, casi parecía un precipicio. Rodé chocando contra piedras y arbustos. Sentí dolor, mucho dolor, y aferré la mano de Liam más fuerte. Un golpe en la cabeza hizo que perdiera el sentido de la orientación durante un momento. Cuando logré recuperarlo, distinguí el coche no muy lejos de nosotros. Lisange ya había llegado, había abierto una puerta trasera y se apresuraba a entrar en el asiento del piloto.

-¡CORRED, LENA! ¡CORRED! -me gritaba Liam-. ¡YA ESTAMOS CERCA! ¡CORRED!

Llegamos al todoterreno, que ya estaba en marcha. Liam me empujó al interior, se tiró sobre mí e, inmediatamente después, cerró de un portazo. Algo impactó con un gran golpe que hizo tambalear el coche. Lisange no esperó ni dos segundos para pisar con fuerza el acelerador.

Yo estaba helada, pero no de frío. Liam se apartó un poco de mí y miró con ansiedad a través de la luna trasera. El todoterreno comenzó a dar fuertes sacudidas, mucho más violentas que antes porque ahora circulábamos cuesta abajo y a mucha más velocidad. Él se acercó más a mí y me abrochó el cinturón de seguridad como pudo. Como acto reflejo aferré su mano con fuerza, hasta tal punto que podría haber quebrado los huesos de una persona normal.

-¿Estáis..., estáis bien? -balbuceó Lisange desde el asiento delantero.
-Sí -respondí respirando con dificultad, pero sin ser consciente de lo que decía.

Algo golpeó el techo del coche, provocando que Lisange perdiera el control del vehículo durante un instante. Me estampé contra la puerta. Con miedo, alcé la mirada; algo se movía ahí arriba.

-¿Qué ocurre? -preguntó ella intentando no apartarla vista del camino, sin mucho éxito.
-Lo tenemos encima -anunció Liam, confirmando mis peores expectativas-. Regresad a la carretera. -Intentaba que su voz sonara calmada, pero ella no parecía reaccionar-. ¡Lisange! ¡Dirigíos a la carretera! -repitió.

Mantenía el volante sujeto con fuerza y no dejaba de mirar hacia arriba. Liam se desabrochó el cinturón de seguridad y se pasó al asiento delantero en un intento de hacerse con el control del coche, pero, en ese momento, Lisange apretó la mandíbula e hizo girar el todoterreno casi con violencia provocando que
Liam casi se precipitara hacia delante. Cuando el coche dejó de girar, salimos a una empinada carretera descendiendo por un camino plagado de curvas al borde de un gran barranco.

Las sacudidas cesaron al conducir por el asfalto, pero Lisange cogía las curvas a tanta velocidad que me chocaba contra la ventanilla a pesar del cinturón. En una bastante cerrada, el vehículo derrapó y quedó durante un instante suspendido sobre dos ruedas. Vi en primer plano la pendiente que caía a pocos metros de distancia. Miré hacia atrás con la esperanza de que ese movimiento hubiera acabado con el guardián que se aferraba al techo, pero no vi caer nada de la parte superior.

Lo que pasó a continuación ocurrió en una fracción de segundo. Una mano apareció por el parabrisas partiendo el cristal con un fuerte golpe. Lisange perdió por completo el control del vehículo y nos precipitamos a través de la pendiente. El todoterreno cayó abollándose como si fuese de papel, chocando contra troncos, ramas, rocas..., girando y dando vueltas sobre sí mismo. El cristal trasero se rompió a mi espalda haciéndose añicos y todos los airbags se activaron. El coche continuó rodando y, finalmente, se desplomó sobre el asfalto de la carretera que circulaba al pie de la montaña.

Un instante después, solo había silencio, y así fue durante unos segundos. Poco a poco sentí revolverse a Liam y la respiración entrecortada de Lisange delante. Levanté la vista e intenté mirar a mi alrededor. Escuché los pequeños cristalitos caer conforme nos movíamos y los cinturones de seguridad abriéndose. Liam se volvió hacia atrás y me puso una mano en el hombro.

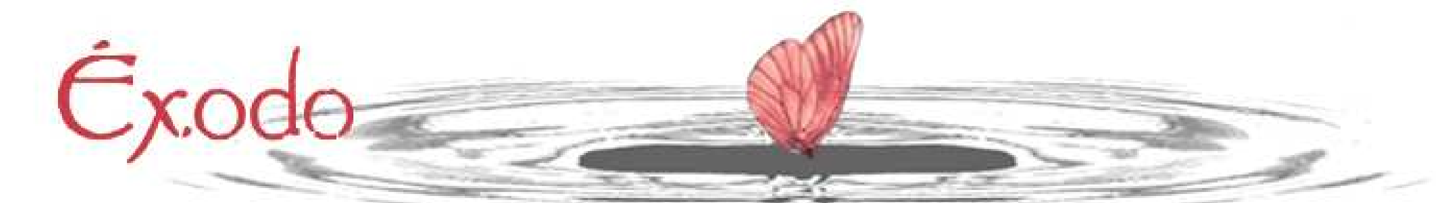
-¿Estáis bien? -me preguntó.

Su inmaculado rostro estaba teñido de barro y tenía pequeños fragmentos de cristal incrustados en la piel de la cara y de los brazos.

-Sí... -le contesté examinándome a mí misma.

¿Qué había ocurrido? No podía verme, pero sabía que debía de estar igual que él. Tenía cortes en la ropa, los brazos y las manos, pero no sangraba.

Ambos miramos a Lisange. A pesar de lo aparatoso de lo sucedido, ella no había sufrido apenas ningún daño. Su airbag había sido el primero en saltar evitándole la mayor parte de los golpes. Se volvió hacia nosotros con los ojos desorientados, pero no dijo nada. Nos evaluó un instante y luego elevó sus ojos hacia arriba. La caída había provocado que por un momento olvidara por qué huíamos, pero, en ese momento, lo recordé todo y



el pánico volvió a crecer dentro de mí. ¿Seguiría ahí fuera?

Liam abrió lentamente la puerta y salió a la carretera. Quise detenerle, pero no pude. Lisange le siguió. No me sentía nada segura dentro sin ellos, así que los imité. Me fijé con cierto temor en el techo del coche, pero ahí ya no había nada. Recorrí con la vista el lugar a mi alrededor. Todo estaba en perfecta tranquilidad.

-¿Ha muerto? -pregunté en un hilo de voz.
-No -anunció Liam agudizando el oído-. Se ha marchado. -Luego se volvió hacia nosotras-. Regresemos a casa.

Lisange se sentó conmigo atrás. Él arrancó todos los airbags, los soltó sobre la carretera y luego condujo de camino a La Ciudad. Por suerte, el motor no había sufrido daños importantes. Escuché un maullido. Caín salió del interior de la chaqueta de Lisange, que había estado dando vueltas por todo el coche, con el pelaje alborotado. Ella lo cogió y lo apretó con fuerza contra su pecho acariciándolo con la mirada perdida en el vacío. Nadie volvió a hablar durante el trayecto de vuelta a casa.

Llegamos bastante tarde a La Ciudad. Durante el camino estuve aguardando con impaciencia a que el cielo terminara de cerrarse, agradeciendo mil veces que esa noche tuviera luna. Cuando aparcamos frente a la entrada, Lisange salió y abrió la casa mientras Liam sacaba el equipaje del maletero. Les seguí sin saber muy bien qué hacer o decir y mirando con ansiedad hacia atrás, a cada ruido que oía o a cada cosa que se movía, por miedo a que volviera a aparecer. Deseé con todas mis fuerzas tener a Christian en ese momento y la seguridad que me proporcionaba su presencia.

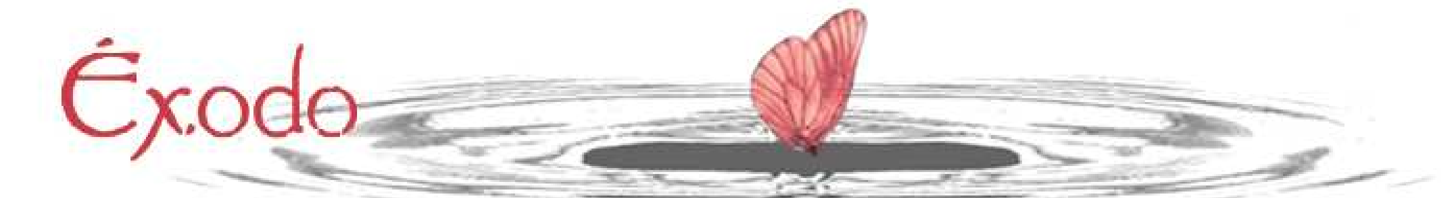
Entramos en silencio y por primera vez vi a Lisange cerrar con todos los seguros que tenía la puerta, exactamente lo mismo que había hecho yo un par de semanas antes. Liam dejó las bolsas en mitad del vestíbulo y los tres nos miramos.

-Iré a por algo para limpiarnos -anunció Lisange.
-Te acompañamos -me apresuré a decir.

Liam me puso una mano en la espalda y me condujo hasta la cocina. Me senté en una silla, lo más alejada posible de la ventana, y esperé a que Lisange pusiera ante nosotros un gran cuenco con agua y unos paños. Luego se unió a nosotros a la mesa, pero ninguno hizo nada. Decidí dar el primer paso. Cogí uno, lo mojé y empecé a limpiar los restos de suciedad de mis cortes.

No me atrevía a decir nada. Esperaba que alguno de los dos hablara primero, pero parecían absortos en sus propios pensamientos. Liam miraba hacia abajo, con la vista concentrada en sus dedos entrelazados sobre la mesa. Lisange mantenía la suya perdida en algún lugar al otro lado de la ventana, con el entrecejo ligeramente fruncido y pellizcándose el labio inferior con dos dedos, nerviosa.

Iba a romper el silencio cuando Lisange se levantó de improviso, sobresaltándome. Liam alzó poco a poco la cabeza, intercambiaron una mirada y asintió. Ella se acercó con pasos decididos a la encimera, cogió algo y salió de la cocina en dirección al recibidor. Me fijé en el semblante mortecino de Liam y vi reflejado en él un dolor que



no fui capaz de calcular. Me eché hacia delante en la mesa y le tomé una mano con tanta delicadez como mis temblorosos dedos me permitieron. Él me miró.

-Gracias por volver a por mí -le dije-, no habría llegado al coche de no ser por ti.

Intentó dirigirme una sonrisa, pero no consiguió que llegara a sus ojos.

-No tenéis que agradecérmelo, Lena. -Su voz sonaba mucho más grave de lo normal.
-Yo creo que sí.

Me fijé en su rostro. Aún no se había quitado los restos de tierra e incluso aún había algún cristalito clavado en su piel. Cogí un paño humedecido y fui limpiándolo. Extraje uno de los cristales de su pómulo; la punta estaba teñida de rojo.

-Creía que no podíamos sangrar -reconocí poniendo toda mi atención en el cuenco con agua.
-Tenemos sangre aunque no se bombee, la única diferencia es que no hay hemorragia.

Medité mientras escurría el paño, ¿qué le habrían hecho entonces al pobre Flavio para que dejara esas marcas en la cabaña? Me estremecí. Liam apartó un mechón de pelo que había caído sobre mis ojos.

-Imagino que tampoco quedará cicatriz -comenté intentando evitar su mirada.
-Así es.

Me concentré en un profundo corte que tenía en una ceja. Sabía que no le dolía, pero aun así puse todo mi empeño en hacerlo delicadamente. Noté, de pronto, su mano sobre la mía, apretándola más contra su mejilla. Mis ojos se cruzaron con los suyos, pero ninguno los apartó. Era extraño, pero ese contacto me hacía sentir... bien. Entonces, la puerta de la cocina se abrió de par en par sobresaltándonos a ambos.

-Lena. -Christian se dirigió con paso seguro hacia mí. Se me cortó la respiración. ¿Qué hacía él ahí? Me levanté y me obligué a refrenar el impulso de abrazarme con fuerza a su pecho, aunque lo necesitara con locura. Recordé lo horrible que había sido nuestra última conversación y retrocedí un paso-. ¿Estás bien?

Su voz sonó como un leve gesto de cortesía hacia mí. Eso me dolió, era evidente que continuaba pensando lo mismo que la última vez.

-¿Qué haces tú aquí? -le espeté.
-Ella está bien -señaló Liam antes de que él pudiera responder-. Se trata de Flavio, ha muerto.

Esa última frase caló en mi silencioso corazón y un extraño escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Oírselo decir en alto era como la constatación del hecho. Christian apartó su atención de mí y la clavó en el rostro de Liam, que la sujetaba cabeza con los dedos apoyados contra sus sienes y los párpados cerrados.

-¿Qué ha ocurrido?

Liam, sin abrir los ojos, extendió un brazo señalando una silla vacía en la mesa. Christian se sentó despacio y miró de hito en hito a Liam y a Lisange, que también había regresado a la mesa. Imitándoles, volví a ocupar mi asiento.

-Al llegar -comenzó Liam- encontramos restos de la sangre de Flavio... Aún había un guardián ahí cuando llegamos. -Cerró los ojos y aspiró con fuerza, provocando que las aletas de la nariz se le ensancharan-. Tuvimos que huir de allí como cobardes. No estábamos preparados. -Nos hemos salvado por poco -reconoció con rabia.

Le dirigí una mirada, pero él no la notó. Guardaron silencio. Christian fue a decir algo pero Lisange le interrumpió.

-Hay algo más -agregó-, encontramos la tumba de Goliat.
-¿Su gato? -Los ojos de Christian se abrieron más de lo normal-. No es lógico que muera antes que su amo -continuó.
-Flavio tuvo tiempo para construírsela. Caín la encontró antes de que llegáramos a la cabaña.

Christian adoptó la misma expresión que había visto en los otros dos en la montaña.

-¿Qué significa eso? -quise saber.
-No lo entiendo. -Liam se puso en pie motivado por una fuerza interna-, ¿por qué no regresó a nuestro lado? ¿Por qué no buscó ayuda?
-Quizá quería eso -susurró Lisange.

¿Morir?

-¿Quién podría anhelar una muerte tan despiadada? -espetó Liam.
-Flavio odiaba esta existencia desde hacía décadas -reveló Lisange.

*Al parecer teníamos más cosas en común de las que pensaba.*

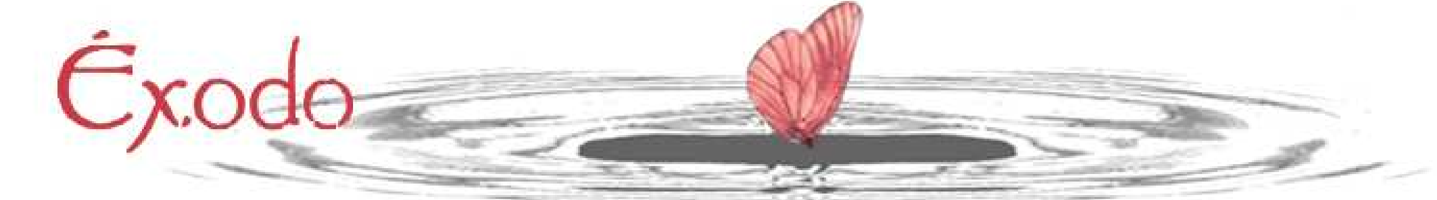
Liam volvió a tomar asiento, abatido, y supe que las palabras que ella acababa de pronunciar le habían herido.

-Sí -reconoció-. Aún se culpaba por lo que ocurrió en el puente.
-¿Qué fue lo que pasó? -pregunté, pero me ignoraron una vez más.
-Esa debe de ser, sin duda, la razón por la que le han dado muerte como a un gran predador -agregó Lisange.
-¿Le importaría a alguien explicarme de qué estáis hablando?

Christian se echó hacia atrás en su silla, rígido, meditándolo todo con la frente fruncida mientras cerraba los puños sobre sus rodillas. Nadie me respondió.

-¿Hola? -insistí.

Lisange alzó sus ojos hacia mí, como si fuera la única que me había escuchado. Tomó aire y, por fin, habló.



-Flavio cometió un delito hace años -comenzó.
-¿Qué hizo? -pregunté.

Miró de soslayo a Liam y continuó.

-Eliminó a un gran predador que estaba a punto de acabar con la vida de una chica, justo a tiempo de evitar que la hiciera saltar por un puente.
-Y... ¿no se supone que eso era lo correcto?
-No se puede matar a un gran predador para salvar una vida humana, Lena -susurró Lisange.

Esta vez fue Christian quien continuó.

-El número de grandes predadores es muy reducido -explicó de forma monótona, sin mirarme-. Somos importantes también para mantener el equilibrio, así que la muerte de uno supone un gran desajuste.
-Esa es la razón por la que son tan despiadados y prácticamente intocables.

Christian no hizo ningún comentario al respecto.

-¡Pero eso no es justo! -exclamé.
-Nosotros no hacemos las leyes, Lena -señaló Lisange.

Mi confusión iba en aumento.

-Entonces, ¿se sentía culpable por haber acabado con ese gran predador?
-No, fue porque la chica saltó de todos modos y no pudo salvarla.

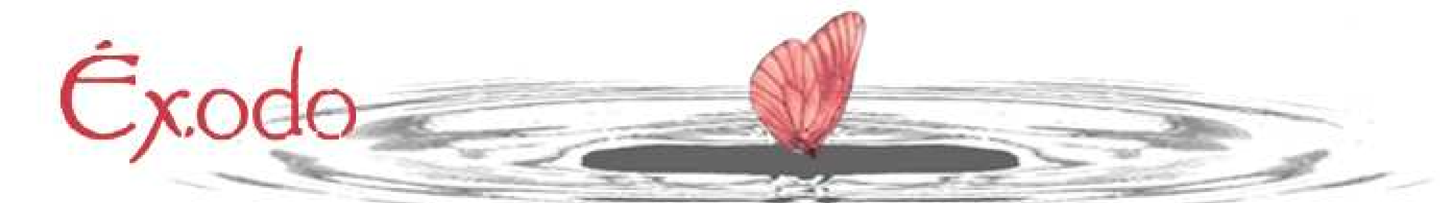
Parpadeé confusa.

-¿Pero qué tiene que ver Goliat en todo esto?
-Los gatos de los cazadores no son simples mascotas-, Lena, son un símbolo, una protección ante guardianes; cada clan de cazadores tiene uno. -En ese momento, Caín saltó a sus brazos y ella lo acarició con suavidad-. También murieron en su época, pero existen, igual que nosotros, hasta que fallece el último miembro de la “familia” a la cual protegen. Lo desconcertante es que Goliat muriera antes que Flavio, por eso no es normal.
-Pero él también era un De Cote, ¿por qué tenía otro gato?
-Porque antes de formar parte de esta familia vivía solo -siguió-, él era su propio clan. Al venir a esta casa, Goliat vino con él.

Guardé silencio durante unos segundos.

-Pero no era de noche -insistí- y, además, hoy hay luna.
-Lena, esos guardianes no iban a cazar, sino a matar.
-¿Y por qué son ellos los que le han castigado?

Había tantas cosas que no entendía...



-¿Quién mejor? Se nutren de nosotros, ¿no? El Ente les da carta blanca porque se asegura que la sentencia va a ejecutarse -explicó ella de nuevo.

Liam se mantenía callado.

-Y nosotros, entonces, ¿qué somos? -pregunté cada vez más indignada.
-Alimento de guardianes y grandes predadores en potencia. Vuestros privilegios son mínimos, el lugar más bajo en la jerarquía, como te conté hace tiempo -señaló Christian.

Le dirigí una mirada dolida recordando cómo había incidido en eso la última vez.

-Pueden disponer de nosotros para lo que les plazca. -La voz de Liam era gutural, como si en realidad pensara que estaba hablando solo.

Demasiado para mis oídos. Pasé la mirada de Liam a Christian, pero ninguno de los dos me miró. Solté el aire. No, estaba segura de que él no compartiera la misma opinión. De ser así no se habría negado a matarme, ni me -habría ayudado..., aunque en nuestra última conversación pareció todo lo contrario. Él seguía tenso. Se deslizó despacio de mi lado y se levantó.

-Será mejor que me vaya -dijo con voz mortecina, completamente ausente de todo tipo de vida-. ¿Estarás bien?

*¿Ahora se preocupa por mí? Ni hablar*, pensé, no podía estar bien sin tenerle a mi lado. Pero la expresión de su rostro me preocupaba y tuve la impresión de que no se iría si no hubiese algo mucho más importante que hacer. Aunque ya me había equivocado antes con él.
-Sí...
-No os quedéis toda la noche ahí fuera, es peligroso e innecesario. La protegeremos bien -dijo Liam levantándose y colocando una mano sobre el respaldo de mi silla-. Si hay algún cambio, os lo haremos saber.

Christian cambió de expresión y le lanzó una extraña mirada que no comprendí. Liam se la devolvió con la misma fijeza; era como si se estuvieran retando o algo así. Christian salió del trance y dio media vuelta hacia el vestíbulo, donde Lisange ya le esperaba con la puerta abierta. Yo le seguí. Al llegar junto a la entrada se volvió hacia mí.

-No salgas de la casa hasta que venga a buscarte, por favor.
-¿A buscarme? -repetí.
-Sí, tenemos que hablar.
-¿Sobre qué? -pregunté a la defensiva.

Miró de reojo a Lisange.

-Ya habrá tiempo para eso, ahora debo irme.

*¿Se marchaba? ¿Así? ¿Sin decirme nada?* Pero en el fondo sabía que no tenía elección. Asentí con pesar, él no me contaría nada con ellos delante. Lisange cerró la puerta tras



él y volvió a echar todos los cerrojos. Luego se giró hacia mí.

-¿Por qué le has llamado? -pregunté antes de que ella pudiera decir nada.

*¿Cómo se había atrevido a hacer algo así? ¡Y sin decirme nada!* La rabia iba en aumento.

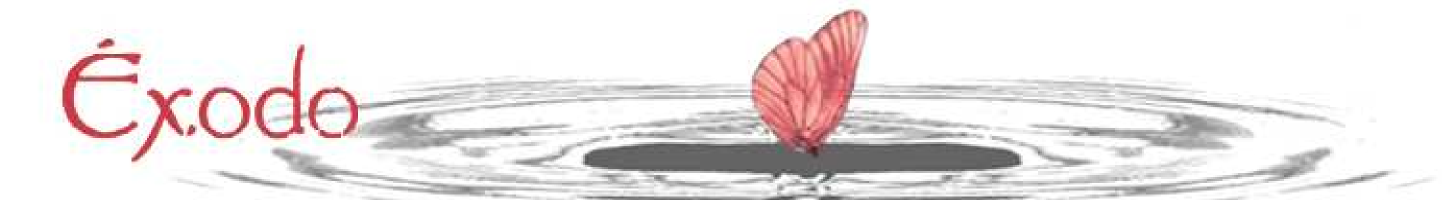
-Ahora no es el momento -respondió ella con voz apagada.
-Solo dime por qué.
-Lena, por favor, ve a la cama.

Lo dijo de tal forma que fui incapaz de rebatirla. Flavio había muerto y debía dejar momentáneamente el asunto de Christian a un lado. A pesar de mi rabieta contenida, asentí y subí directamente a mi cuarto, pero no con intención de dormir. Me conocía lo suficiente como para saber que no volvería a hacerlo en unos cuantos días. Me asustaba la posibilidad de tener pesadillas. En cuanto entré, descorrí las cortinas de mi habitación de par en par. Abrí las ventanas y me asomé al exterior para comprobar que ya se había marchado. Efectivamente, su coche ya había desaparecido. No tenía ni idea de para qué había regresado, pero no estaba dispuesta a pensar en ello en ese momento, así que cerré los cristales y me volví al interior para enfrentarme a mi cama y a una larga noche en vela.

Pensé en las cosas que podría hacer. Desde luego, todas ellas evitaban la posibilidad de quedarme en silencio y con la luz apagada. Me dirigí a la ducha. Era lo único que se me ocurría hacer en ese momento; aún debía quitarme los restos de suciedad y el agua me serviría para aclarar las ideas. Cogí una toalla y ropa limpia y me encerré en el baño. Me miré en el espejo, tenía peor aspecto del que imaginaba. Mi pelo era una maraña informe entre restos de ramas, hojas de árboles, barro e incluso pequeños cristales. La ropa no tenía arreglo, la tiraría directamente a la basura, estaba teñida de barro y llena de agujeros de distintos tamaños y formas. La lancé contra una esquina y me metí en la ducha.

Conforme el agua fue cayendo por mi cuerpo me fui sintiendo cada vez mejor. Me miré las manos, ahora limpias, y comprobé que apenas se distinguían ya los cortes. Cerré el grifo para lavarme el pelo y oí otra ducha abierta; no había sido la única que había tenido esa idea, aunque, por el aspecto con el que habíamos regresado los tres, la verdad es que no se me ocurría ninguna otra posibilidad.

Comencé a dar vueltas a la conversación que habíamos tenido minutos antes. Oír de boca de Liam que Flavio había muerto me había resultado mucho más impactante y doloroso que la imagen de la evidencia en la cabaña. Él me había cuidado como ningún otro, se había preocupado de cada detalle y me había apoyado igual que lo habría hecho un padre. Era extraño, pero podría haber llegado a quererle como a uno, aunque supongo que ahora ya ninguno de los dos lo sabría nunca. Sentí soledad ante la perspectiva de un futuro sin alguien con quien compartir tan abiertamente todas mis dudas y emociones. Esa sensación superaba al dolor, tal vez porque era incapaz de creer lo que había ocurrido. Todos se habían alterado con la muerte de Goliat. Seguían ocultándome algo. Quizá Christian me lo explicara cuando estuviéramos a solas al día siguiente. Christian... Era increíble la mezcla de emociones que despertaba en mí.



No sé cuánto tiempo estuve bajo el agua, pero no fue poco. Cerré el grifo, me escurrí el pelo y me envolví en una toalla. Empapé todo el suelo al salir de la ducha, pero ponía tan poca atención en lo que hacía que no me di cuenta. Me vestí y salí de nuevo a mi habitación. La noche era aún más oscura, pero se veía la luna allí lejos, en lo alto del firmamento. No pude contenerme, me acerqué a la ventana con la esperanza de ver allí a Christian, pero, una vez más, no lo encontré. ¿Por qué le habían llamado? Es más, ¿por qué razón él había decidido regresar? Había deseado ese reencuentro más que cualquier otra cosa, pero él se había mostrado tan frío y distante que ahora dudaba que de verdad quisiera volver a verle. Lo que menos necesitaba en ese momento era que regresara para complicarme de nuevo la vida.
Por la manera en que se había comportado, no parecía que tuviese la más mínima intención de reconciliarse conmigo, pero, entonces, ¿qué era lo que pretendía? Otra duda acudió a mi mente, ¿acaso yo quería hablar con él o tenía demasiado miedo a hacerlo? Ya le había perdido una vez y ahora también a Flavio, no estaba dispuesta a que volviera a hacerme pasar por eso.

Me di por vencida y me tiré sobre la cama. Error. Las imágenes vinieron a mi cabeza en una sucesión de escenas más propias de las películas de terror. La noche del aparcamiento, el día que me encontré cara a cara con un guardián después de la fiesta, la imagen de la cabaña ensangrentada, la lápida de Goliat, la sensación de algo respirando contra mi nuca, aquel horrible rechinar de dientes y el frío calado en los huesos...

Me quedé inmóvil, incapaz si quiera de pestañear, escrutando la oscuridad de mi habitación con los ojos tan abiertos como platos y los oídos en alerta intentando captar cualquier tipo de ruido. Mi imaginación empezó a crear sonidos en el silencio y formas en las sombras, formas que parecía que se acercaban cada vez más, hasta que parpadeaba y volvían a alejarse.

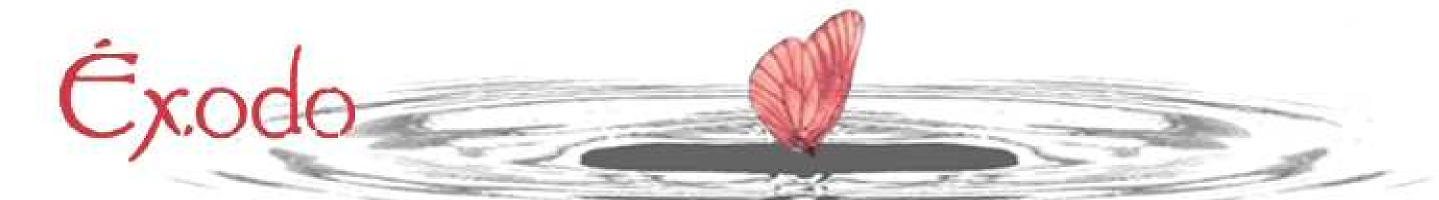
Escuché unas ligerísimas pisadas en el pasillo. Mi cuerpo entero se tensó. Un ruido sordo retumbó en el silencio, acompañado de una pequeña vocecilla que maldecía algo con un tenue susurro. Me relajé, era Lisange. Salté de la cama y salí al pasillo. La encontré recogiendo un pesado libro del suelo, vestida con un delicado pijama de seda verde, con la piel inmaculada de nuevo y el cabello perfectamente peinado, como siempre.

-¿Te he despertado? -me preguntó.
-No, para nada.
-¿Tú tampoco puedes dormir?
-Supongo.

No quería reconocer que en realidad me daba pánico hacerlo.

-He estado intentando leer para evadir la mente, pero... es inútil. -Hizo una pausa, parecía confundida--. A lo mejor debería ponerme a estudiar. O quizá salga al balcón de Liam, necesito pensar con claridad.

Tenía la mirada perdida y estaba segura de que no era consciente de que yo estaba allí. Siguió hablando para sí misma mientras desaparecía por el pasillo a oscuras. Oí el



sonido de cubitos de hielo estrellándose contra una fuente cristalina, puede que un cuenco, como de costumbre, proveniente de la planta baja.

Bajé despacio y encontré a Liam, aún con la ropa rasgada puesta, tumbado en el sofá con las manos detrás de la nuca. Tenía el cuenco de hielos posado sobre su vientre y trituraba distraídamente un cubito en la boca. Tenía el aspecto de un perfecto muñeco maltratado y el rostro muy sombrío. Sus ojos destilaban dolor, mucho dolor. No me vio hasta que estuve junto a él. Parpadeó unas cuantas veces para intentar disipar ese rastro de sufrimiento y bajó las piernas para hacerme un sitio a su lado. Sin decir una palabra me ofreció el cuenco, pero lo rechacé con un movimiento de cabeza; me encontraba bien, al menos físicamente. Lamentaba no ser de esas personas que siempre encuentran la palabra perfecta para cada situación.

-¿Estás bien? -pregunté con timidez.
-Definid esa palabra, os lo ruego -respondió contemplando el techo.
-Liam...
-No debéis preocuparos por mí, Lena. ¿Cómo os encontráis? Debéis de estar conmocionada.
-Es... complicado. -Se volvió hacia mí por primera vez, yo me acerqué un poco más-. No sé qué siento porque soy incapaz de asimilarlo, no puedo creer que no vaya a volver a verle. Todo es tan... surrealista -dije-, como una extraña pesadilla.
-Sí, quizá toda esta vida sea tan solo eso, una pesadilla -murmuró centrando de nuevo su atención en el techo.

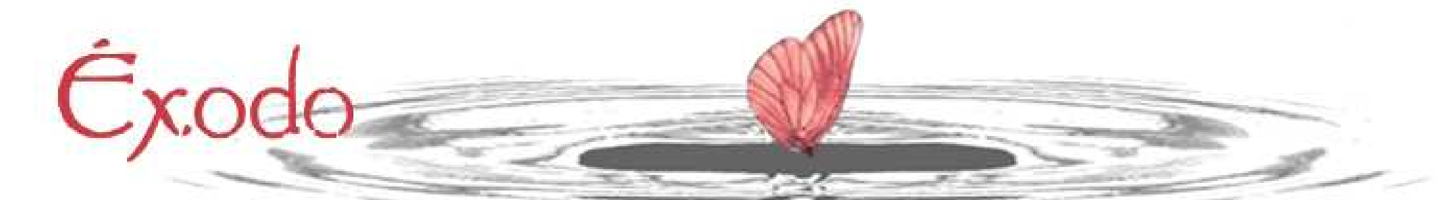
Jamás había oído hablar a Liam de esa manera, como si de verdad odiara ser lo que era. Por primera vez, vi el paso de los largos siglos reflejado en sus ojos. Arrugué el ceño.

-Creía que te gustaba este tipo de vida.
-Cada uno se aferra a algo para salir adelante. -Me miró y la tristeza aumentó en su mirada-. En vuestro caso, imagino que es ese gran predador. -Guardé silencio. Unos días atrás hubiese dicho que sí sin dudarlo ni un solo segundo, pero ahora ya no sabía qué pensar-. ¿No podéis dormir?
-No quiero hacerlo -reconocí.
-Os entiendo.

Suspiró de forma lenta y profunda, dejó el cuenco sobre la mesa y cogió un libro.

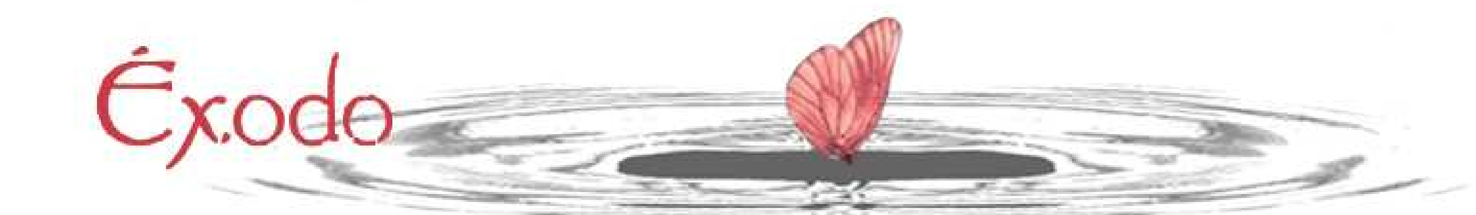
-Leamos un poco, pues. -Eso me dejó un poco desconcertada-. A los niños les ayuda -me dijo mientras abría el tomo por la primera página-. Yo ya no lo recuerdo, pero creo que hacía que soñaran cosas bellas. -Intentó sonreír, pero-no lo consiguió. Se reincorporó en el sofá, sentándose más o menos recto, y lo sostuvo frente a él con una sola mano, mientras que con la otra se sujetaba la cabeza, con el codo apoyado contra el brazo del sofá. Se aclaró la garganta-. Los Viajes de Gulliver -comenzó.

Me hizo ilusión descubrir que podía recordar esa historia pero no le dije nada. Dejé que su voz comenzara a inundar e salón. Leía con un tono melodioso, suave y aterciopelado, pero por mucho que me fascinara, las palabras se hicieron cada vez más lejanas. Su voz comenzó a transformarse en murmullos ininteligibles para mí. Poco después, se apagaron sumiéndome en un silencio sepulcral.



Me dormí. No fui ni siquiera consciente de ello, y poco después, o eso me pareció a mí, desperté. No tuve sueños, por suerte estaba tan cansada que mi mente no pudo fabricar ninguno. Miré a ambos lados, ya no me encontraba en la sala con Liam. Estaba sola y la luz del sol bañaba toda mi habitación. Las heridas de las manos habían desaparecido y no había ni rastro de las señales del día anterior, ni una sola imperfección.

Entonces oí ruidos procedentes de la planta inferior, salí al pasillo y bajé.



# CAPÍTULO 22

**Lavisier**

No sabemos lo que tenemos ni cuánto apreciamos algo hasta que lo perdemos. Es un dicho popular, pero su verdad resulta abrumadora. Pensamos en la muerte como algo lejano. Pero, en cambio, está tan presente en nuestras vidas... Nunca sabes cómo, ni cuándo, ni por qué llegará o a quién se llevará. ¿Cómo saber cuánto tiempo le queda a nuestro reloj vital para que suene la alarma, para que el contador de segundos se ponga a cero?

Si me lo contaran, jamás creería que no iba a volver a verle. Era extraño pensar que nunca contemplaría su rostro de nuevo... No, no me lo creía, no podía ni tampoco quería hacerlo. Tuve que dejar incluso de pensar porque un gran nudo me ahogaba en la garganta. Se había ido y yo nunca le agradecí el tiempo que estuvo conmigo, ni su comprensión, ni su amabilidad. Ya nunca más podría hacerlo. Ojalá pudiera expresar mejor mis sentimientos, ojalá fuese una persona capaz de decir con palabras qué es lo que siente, pero, desgraciadamente, no lo soy. No puedo explicarla conmoción, la falta de aire en mis pulmones al verle ahí, su sangre, él, al fin y al cabo, esparcido por las paredes de aquella ruinosa cabaña. Solo. ¿Cómo debió de sentirse al verse morir sin la gente que quería? ¿Cuál fue su último pensamiento?

Él me había hablado tantas veces sobre la muerte; sus labios habían pronunciado en numerosas ocasiones esa palabra..., era, seguramente, el tema que más habíamos tratado y, sin embargo, no estaba preparada para presenciar cómo se llevaba a lo más parecido a un padre que tenía. Lo único que me quedaba por hacer, lo único que realmente podía hacer a esas alturas, era pedir que su alma, por fin, encontrara la paz.

Lisange se levantó de un salto en cuanto me vio aparecer por la puerta de la cocina. Se acercó a mí con expresión preocupada y me abrazó.

-¿Cómo has dormido?

-Sin pesadillas -reconocí sorprendida-, así que supongo que bien.

Liam me hizo un ademán con la mano a modo de saludo, sin apenas levantar la vista del periódico que estaba leyendo; la verdad es que esperaba encontrarle bastante peor.

-Ayer fue un día muy duro -reconoció Lisange con una extraña comprensión-, ¿qué vas a hacer hoy?

Como acto reflejo miré hacia la ventana. Me sentía mal al pensar que podría estar esperando fuera desde primera hora de la mañana, pero él no estaba allí.

-No ha llegado aún dijo ella adivinando mis pensamientos-. Seguramente habrá imaginado que dormirías hasta tarde.

La miré y me encogí de hombros intentando disimular mi frustración. Volví a echar un vistazo hacia fuera. El todoterreno estaba aparcado en el mismo lugar de la noche anterior. Los recuerdos volvieron a mi mente pero sacudí la cabeza para desecharlos. Flavio..., sentí la mirada de Liam como si hubiera leído mi mente; yo me aclaré la garganta para disimular

-¿Qué vais a hacer con el coche? -fue lo único que se me ocurrió decir.
-Nos desharemos de él.

Contemplé una vez más el vehículo que nos había salvado la vida y sentí lástima.

-Quizá pueda arreglarse -aventuré esperanzada.

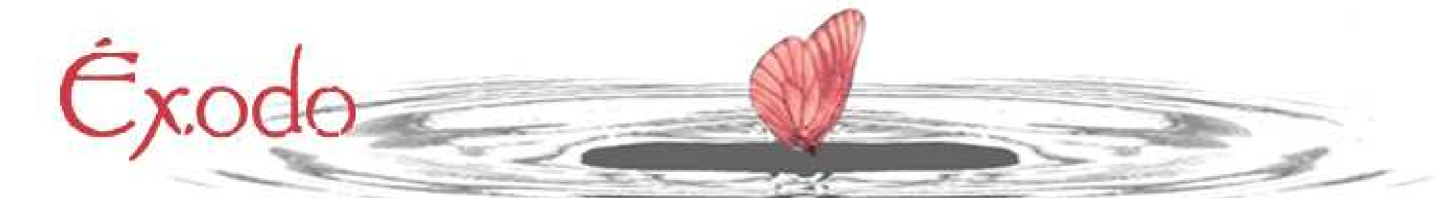
Después de ver la forma en que Christian había doblado en dos la bicicleta de Liam, ya todo era posible.

-Habría que responder a muchas preguntas, Lena, no es seguro. -Su voz sonó tajante y seca, impropia de Liam.
-¿Y esconderlo?
-Nuestro rastro está ahí y no nos conviene atraer la atención.

Me di por vencida. Eché una última ojeada y volví a centrar mi atención en la cocina. Me acerqué a Liam e intenté ver algo por encima de su hombro.

-¿Qué lees con tanta atención?
-Busco noticias que tengan que ver con nosotros –dijo concentrándose de nuevo en la lectura-. Algo que pueda significar la presencia en la ciudad de un mayor número de guardianes o grandes predadores.

Estaba tenso, podría haberlo notado a metros de distancia: mantenía la frente fruncida y sus ojos destilaban una fuerza y un sentimiento que me sobrecogieron. Sentí la necesidad de alejarme un poco de él. Así que al ver a Lisange salir de la cocina me apresuré a seguirla. Ella daba vueltas de un extremo a otro del vestíbulo, nerviosa, hablando para sí misma. No aguantaba más, estaba segura de que había algo grande que aún no me habían contado. La detuve por un brazo y la llevé a una esquina.



-Por favor, dime de una vez qué es lo que está ocurriendo.

Se detuvo y me escrutó con detenimiento. Tenía los ojos muy cansados, por primera vez la vi como a una humana.

-Todo está bien, Lena. -Intentó sonreír pero ladeó la cabeza para ocultar las claras muestras de su fracasado intento. Respiró hondo y volvió a hablar-. La muerte de Flavio nos ha afectado, tienes que comprenderlo.
-Y lo hago, de verdad -reconocí-, a mí también me duele su pérdida, no sabes cuánto, pero no puedo evitar pensar que me estáis ocultando información. Hay algo que se me escapa.
-En apenas unas horas todo ha dado un cambio monumental. El pobre Liam... -Bajó el tono de voz y se alejó de la cocina, adentrándose en la sala de estar. Me hizo una señal para que la siguiera y después cerró la puerta tras de mí. La miré esperando a que continuara-. Me sorprende su serenidad, la frialdad con la que se está tomando todo este asunto.
-¿No vamos a hacer nada? Una misa, un entierro...
-No hay nada que enterrar... -Lisange y yo nos sobresaltamos. Liam había entrado en la habitación y no nos habíamos dado cuenta. No quedaba ni un ápice de la antigua jovialidad de sus ojos-. Y dudo que una oración pueda hacer a estas alturas algo por él, o por su alma -acabó.

Lisange se puso en pie de un salto.

-¡Liam...!
-Dejadlo, Lisange. -Extendió el periódico ante nuestras avergonzadas caras, señalando un artículo-. He encontrado esto.

Me acerqué a la página y leí con atención.

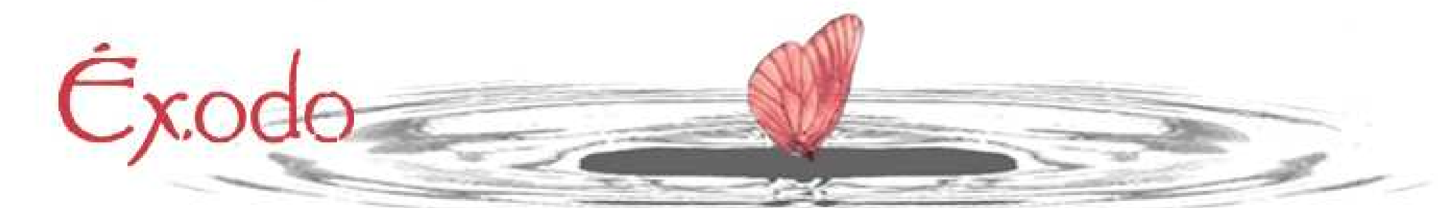
El conocido abogado A. Lavisier acaba de anunciar que en los próximos días abandonará la ciudad. Según fuentes cercanas, el motivo guarda relación con una importante oferta de trabajo de un famoso bufete de Nueva York. Recibimos esta noticia cuando cumple cinco años de célebre contribución a la comunidad. La mu danza se realizará con efecto inmediato y en pocos días partirá junto con toda su familia a...

-Lavisier... -repetí en voz alta-, ese apellido me suena de algo.
-Son los que convocaron la fiesta de la otra noche.
-¿Y qué tiene esto que ver con nosotros? -quise saber.

Lisange releía el artículo.

-Os aseguro que no existe tal oferta.
-¿Crees que se marchan porque...? -comenzó ella levantando la vista del periódico.
-Porque han percibido un aumento de guardianes, sí -terminó él-, igual que los Dawson.

Eso me hizo recordar.



-¡Un aumento de guardianes! -exclamé volviendo a ponerme en pie, Liam y Lisange me miraron atónitos-. ¡A eso se refería!
-Lena, por favor, explícate.
-La noche antes de irnos a la montaña -empecé-, una mujer me abordó por la calle, se le cayó algo cuando se fue.

Cogí mi mochila y rebusqué en su interior.

-Parece una insignia, en ella hay escrito "H. Lavisier".

Los dos siguieron cada uno de mis movimientos, expectantes. En cuanto lo encontré les pasé el objeto para que lo vieran.

-¿Helga? -intercambiaron una mirada nerviosa y se volvieron hacia mí-. ¿Qué te dijo?

Intenté recordar.

-Que los sentía cerca o algo así, pero pensé que estaba loca. -Me detuve un momento-. Creo que también... "sugirió" que nos fuéramos de aquí.

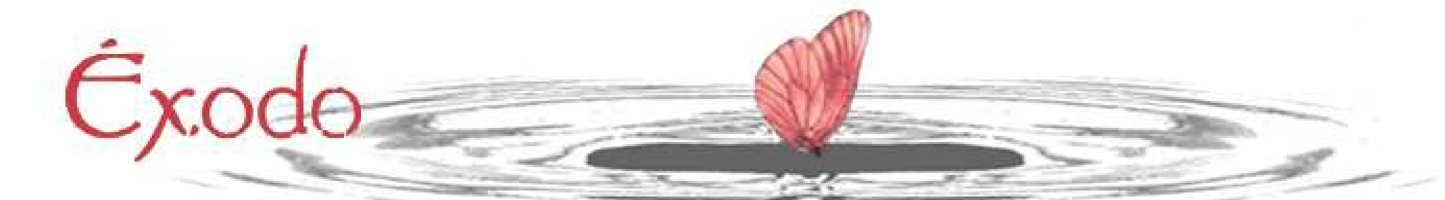
Oh..., de repente todo empezaba a cobrar sentido. Liam abrió mucho los ojos.

-¿Por qué no nos lo contasteis? -Su tono de voz fue muy duro.

No necesité que lo expresara, sabía que en ese momento él pensaba que Flavio había muerto por culpa de mi imprudencia.

-Porque no parecía estar cuerda -intenté justificarme, aunque sabía que ellos tenían razón; había cometido un grave error.
-No lo está, pero en su locura ella ve cosas que el resto no podemos ver -siguió Lisange.
-¿A qué te refieres? -pregunté.
-Helga Lavisier intuye la presencia de los guardianes -explicó-. Tiene algún tipo de conexión con ellos.
-¿Y se suponía que yo debía saberlo? -Me puse a la defensiva.
-No. -Liam tomó aire, serenándose-, claro que no, perdonadnos.
-Pero Helga estaba encerrada en un psiquiátrico, ¿no? –siguió Lisange mientras volvía a coger el periódico.
-Ha debido de escaparse y por eso los Lavisier se van. Ella les habrá prevenido.
-¿Por qué la encerraron si les servía para estar en alerta?
-Una persona como Helga levanta muchísimas sospechas -explicó Lisange aceleradamente-. Antes se escudaban en su locura, pero ella reveló demasiadas cosas sobre la familia y la gente comenzó a preguntar. La encerraron y se mudaron, pero ella les siguió y los Lavisier tuvieron que ingresarla en el hospital de esta ciudad.
-Vamos, tenemos que hacerles una visita -dijo Liam dirigiéndose a la salida.

Christian me había dicho que no saliera hasta que él llegara, pero no pensaba quedarme allí parada y sola; yo también necesitaba encontrar alguna respuesta a los cientos de preguntas que bullían en mi interior y, además, no le debía nada a él. No pensaba volver



a ser la niña tonta que debía dar las gracias porque el señor importante se dignara a compartir unas horas de su larga eternidad conmigo. No, bastante había machacado ya mi pobre orgullo.

Nos abrió la puerta una chica del servicio, joven y perfectamente uniformada, desde unos zapatos relucientes de suela plana hasta la cofia, colocada con perfecta pulcritud sobre la cabeza. Clavó sus pequeños ojos en cada uno de nosotros, evaluándonos de arriba abajo. Por la palidez de su piel y la oscuridad de sus ojos, deduje que ella tampoco era humana.

-¿La familia De Cote? -El tono interrogativo fue muy leve, como si más bien lo afirmara.
-Desearíamos hablar con el señor Lavisier, si no es molestia.

Nos inspeccionó por última vez con ojos suspicaces y el mentón elevado; por un momento creí que nos iba a cerrar la puerta, pero se hizo a un lado para dejarnos paso.

-El señor no acepta visitas, pero, dadas las circunstancias...

Me miraba con un interés descarado, resultaba evidente que no sabía de mi existencia y por alguna extraña razón intuí que no se fiaba en absoluto de mí. A Lisange la trataba con indiferencia; en cambio, a Liam con una secreta admiración y respeto.

Nos condujo hasta un elegante salón. No había rastro del esplendor de la fiesta y, en ese momento, todos los muebles estaban cubiertos por amplias sábanas blancas. No había cuadros, ni retratos, ni ningún tipo de elemento decorativo. El único vestigio que quedaba de lo que días atrás había sido una gloriosa estancia era la increíble lámpara de araña que aún colgaba del techo del vestíbulo, junto a las grandes escaleras de caracol que ascendían al piso superior.

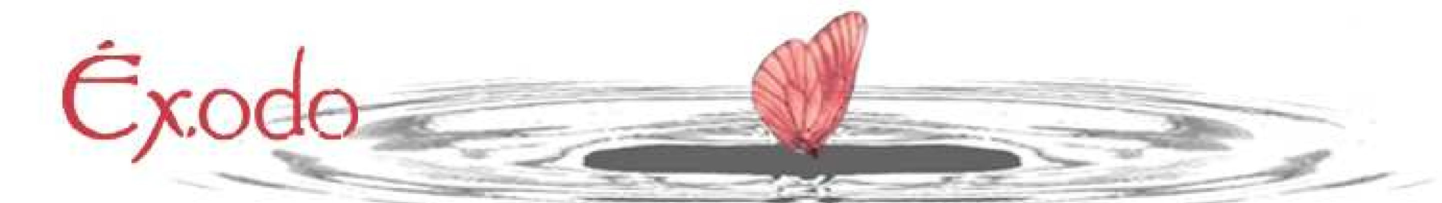
-El señor vendrá en un instante.

Esperamos de pie, junto a uno de los enormes muebles cubiertos; por suerte no tardó mucho en bajar. Entró en la sala veloz, con una sonrisa radiante y los brazos abiertos en señal de bienvenida.

-¡Los De Cote! -exclamó.

A juzgar por la mirada que intercambiaron Liam y Lisange, a ellos también les sorprendía ese comportamiento. Se acercó a Liam y le estrechó la mano en un gesto políticamente correcto; hizo lo mismo con Lisange, aunque con bastante menos entusiasmo; y lue go se detuvo frente a mí, pero hizo como si yo no existiera.

-Imagino que sabe por qué hemos venido. -El tono de Lisange era firme, directo y sus ojos fijos, impenetrables, todo lo contrario a como yo la conocía.



-Sí -masculló dirigiéndole una mirada nerviosa-, puedo hacerme una idea.

Retiró unas mantas y aparecieron unos sillones y un sofá, y nos invitó a tomar asiento.

-Hemos leído esta mañana la noticia -siguió ella.
-Lo más inteligente habría sido partir antes -explicó él-, pero queríamos hacer las cosas bien. Ya se están levantando demasiadas sospechas.
-¿Os habéis cruzado con algún guardián? -prosiguió Lisange.

Negó enérgicamente con la cabeza.

-Por supuesto que no, no habríamos vivido para contarlo.

Se llevó una mano a su abundante melena grisácea con gesto cansado.

-Entonces, fue Helga, ¿no es así? Ella os ha advertido.
-Nunca hemos sabido dónde estaba el límite entre su locura y su don, pero esta vez es distinto, podemos sentirlos -dijo asintiendo con lentitud Inclino su cuerpo hacia delante para acercarse más a nosotros, como para susurrarnos algo al oído-. Hay más. Estoy seguro de que vosotros también los habéis notado. Están en todas partes la calle, la gente, el aire… ¡Incluso en el propio silencio! -exclamo fuera de sí con los ojos desorbitados.

Sabía perfectamente a que se refería. Una vez que has oído el horroroso rechinar de dientes y esa respiración es muy difícil que vuelvan a desaparecer. Se detuvo, cabizbajo, apretándose el puente de su prominente nariz aguileña con la punta de los dedos.

-Nuestro clan ha sufrido un duro golpe con la tortura a la que fue sometido el menor de los nuestros a manos de los grandes predadores, y ahora la advertencia de Helga... Debo proteger a esta familia, por eso he decidido poner tierra de por medio. Es mejor prevenir -sentenció levantando la vista de nuevo hacia nosotros-. He oído que sufristeis un contratiempo.

Era increíble lo rápido que corrían las noticias.

-Sí -Liam habló por primera vez, con voz grave y seria, perdimos a Flavio.
-Lo lamento. ¿Qué… -vaciló- qué ocurrió?
-Le ataco un guardián -informó Lisange- , o quizá fueron más. Solo pudimos ver a uno.
-¿Y conseguisteis escapar? -parecía sorprendido.
-Por muy poco -dije.

Él clavó en mí la misma mirada de extraña curiosidad que la doncella que nos había abierto la puerta.

-No te conozco, joven. -En realidad nos habían presentado en la fiesta, pero por lo visto no le había causado una gran impresión. Miró a Liam-. ¿Es una De Cote? Se parece a ti –afirmó observándome por un momento-, no te costará trabajo hacerla pasar por tu hermana.



¿A Liam? Eso era algo imposible, ¿cómo podría compararme con ese joven de belleza arrebatadora?

-¿Tenéis alguna teoría que explique este aumento?
-Ninguna en absoluto, querido Liam, pero hay algo que es cierto: no somos los únicos que han percibido el cambio; todos los cazadores están huyendo de la ciudad. Los Dawson ni siquiera avisaron, partieron hacia el norte y van a instalarse en Groenlandia. Nuestros clanes son los únicos que quedan aquí.
-Adam..., evitad los lugares fríos.
-Nosotros nos vamos a algún país del centro, improvisaremos, lo de Nueva York es falso; imagino que lo dedujiste.
-Sí -dijo, y se puso en pie-. No os molestamos más.

El señor Lavisier también se levantó y le estrechó la mano.

-Liam, sabes que te tengo un gran aprecio. Permíteme una recomendación: huid de aquí cuanto antes, la situación es seria.
-Es algo que aún debemos decidir -aseguró.
-Nosotros partiremos en dos días. -Le puso una mano en el hombro-. Amigo mío, al menos, trasládate con tu clan a esta casa; estáis demasiado desprotegidos en mitad del bosque.
-Lo pensaré. Gracias, Adam. Que tengáis buena suerte.
-Lo mismo os deseo.



# CAPÍTULO 23

**“La inmortalidad solo tiene sentido si encuentras la razón para vivirla”**

Con la aparición de Christian en la cocina unos días atrás, la ilusión me sobrecogió en un primer momento, pero, con el paso de los días, fue desvaneciéndose para dar lugar a la amargura.

Durante todo el tiempo que no había estado a mi lado, intenté convencerme a mí misma de que aquello era lo mejor para ambos, sobre todo para él, porque debía admitir que yo era una carga, pero verle de nuevo, allí, ante mí, había hecho que perdiera el control sobre mis propios pensamientos: ya no sabía qué era lo mejor ni lo que mi cuerpo me pedía a gritos. Deseaba encontrarme con él de nuevo, sí, pero también temblaba ante la perspectiva de volver a sufrir; ya había tenido suficiente y no necesitaba más. También existía la posibilidad de que él no quisiese solucionar nada; quizá quería sonsacarme información sobre el incremento de guardianes o burlarse de mí o, tal vez, lo peor, decirme que realmente estaba mucho mejor así y que estábamos haciendo lo correcto. Mi cabeza era un auténtico hervidero de emociones.

A pesar del conflicto que vibraba sin descanso en mi interior, esperé y desesperé pero Christian no llegó; estaba dolida, pero eso no evitaba que le echara de menos. Poco a poco empecé a darme cuenta de que, por desgracia, mis sentimientos hacia él no habían cambiado a pesar de lo sucedido esa noche. Había intentado mentalizarme de que no volvería a verlo y, en cambio, cuando apareció por la puerta de la cocina todo se me vino abajo. Oír de sus labios que vendría a buscarme había sido lo único que me había consolado esas últimas noches. He de reconocer que muchas mañanas me sentaba junto a la ventana esperando a que su coche aparcara junto a la puerta e imaginando cómo sonaría la excusa que me pondría por todo lo que me estaba causando, pero su flamante vehículo no aparecía. A veces, la impotencia me incitaba a que lo buscase yo, pero no sabía si era lo mejor ni cómo reaccionaría. Sin embargo, en mi mente comenzó a forjarse el temor de que se hubiera arrepentido y decidiera no volver. A pesar de cómo me había destrozado el poco orgullo que tenía, aún no me había acostumbrado a que no estuviese cerca y todo lo que había conseguido durante los últimos largos e interminables días se había desvanecido. Aún así, no sabría decir a quién detestaba más, si a él o a mí, por haber dejado que todo aquello me sucediera. Pero la tensión era tan palpable en casa que necesitaba con urgencia su presencia, que algo en mi “vida” volviese a ser como antes.



Lisange salía a la calle a primera hora de la mañana, con casco y botas altas, y no regresaba hasta poco antes de que el sol se ocultara. Liam decía que cuando ella pasaba por un mal momento se iba a montar a caballo para poder pensar y desahogarse, pero el hecho de que no estuviera nunca en casa hacía que me sintiese realmente sola. Ahora que Flavio no estaba con nosotros, ya no había nadie con quien pudiese compartir cómo me sentía. Liam, en cambio, se aislaba en su habitación, y eso me preocupaba muchísimo porque daba la sensación de que se estaba encerrando en sí mismo, como si ya no le encontrara el sentido a seguir viviendo, y tampoco sabía cómo ayudarle.

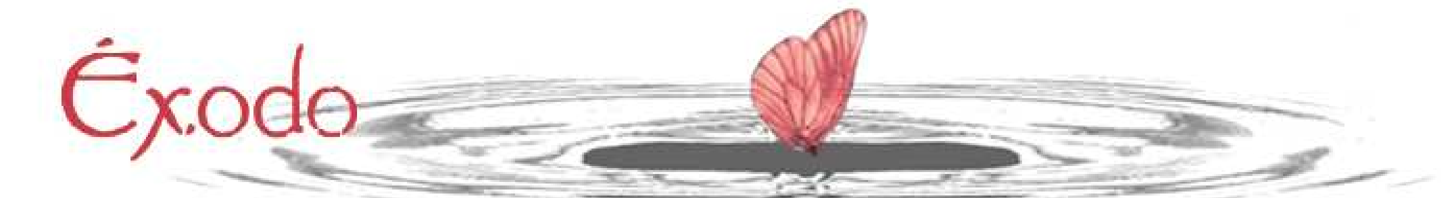
Yo me culpaba por haberles ocultado las palabras de Helga; había sido una peligrosa imprudencia. No podía evitar pensar que tal vez yo tuviera parte de culpa en la muerte de Flavio y eso me torturaba lentamente. Él había sido como la figura paterna de mi nueva existencia, el único padre que había conocido, pero ya no volvería a verlo nunca, sus profundos hoyuelos no me acogerían ni me animarían una última vez... Me sentía fuera de lugar, como si todo aquello que era mi mundo se hubiese desvanecido y ya no quedasen más que los escombros; estaba, de nuevo, perdida, y en gran parte, era por mi culpa.

Días después de que regresáramos, mientras esperaba impaciente que el coche de Christian apareciera por el recodo de la calle, oí unas notas agudas en el aire que invadieron todo el espacio. Formaban una melodía muy melancólica que provocó que algo en mi interior se conmoviera. En casa solo quedábamos Liam y yo. Salí de mi habitación y busqué el origen de aquellos dulces sonidos caminando más sigilosa de lo normal y deleitándome con su música. No reconocí la canción, pero era preciosa, capaz de hacer llorar incluso al ser más insensible, aunque yo no pudiera, no con lágrimas al menos.

Llegué hasta el final del pasillo en el que estaba mi habitación y miré a mi alrededor. La verdad es que no me había dado cuenta hasta ese momento de que no conocía ni la cuarta parte de la casa. El recorrido terminaba en una maravillosa vidriera que hacía que la luz lo inundara todo de diversos colores. Torcí a la derecha y vi otro camino. Procedía de una de las puertas más alejadas. Me detuve frente a la última, apoyé el oído contra la madera y escuché. Sí, sin duda procedía de allí. Abrí con cuidado y miré al interior. Era una habitación amplia, bastante más grande que la mía, decorada de forma algo barroca, pero elegante. El estilo de Liam estaba impregnado en cada detalle.

A la derecha se imponía una espléndida cama, con cuatro pequeñas columnas talladas de caoba. Enfrente de esta había un buró de la misma madera y con el escritorio abierto, donde lucía una estilizada pluma metida en un tintero muy trabajado. Junto al mueble, una chimenea idéntica a la de Lisange, con el retrato de su propietario, ascendía hasta el techo. Al otro lado, el espacio estaba ocupado en su totalidad por una enorme estantería repleta de un sinfín de libros, la mayoría de ellos de aspecto muy antiguo. Era la versión masculina de la habitación de Lisange, pero un poco más elaborada y en tonos oscuros; además, tenía algo de lo que carecía tanto la mía como la de ella, un balcón bastante amplio que se dejaba entrever a través de los enormes ventanales.

En el centro, sobre una alfombra circular, distinguí la figura de Liam recortada contra la ventana, balanceándose con delicadeza hacia uno y otro lado mientras tocaba enérgicamente un violín. No me vio entrar y tampoco quise interrumpirle. Me quedé



embelesada. Parecía un ángel como los de las pinturas antiguas sobre la mitología clásica. Tocaba con los ojos cerrados, concentrando toda su atención en el sonido. Se le había desprendido de la coleta un pequeño mechón que caía libre por su rostro, acariciándole con suavidad la mejilla con cada vaivén de su cuerpo.

La pieza se tornó, de pronto, mucho más violenta. Me sorprendí. Sus dedos iban y venían por las cuerdas, el arco las rozaba casi con crueldad, como un roce mortal. Estaba dispuesta a marcharme cuando escuché un chirrido y la melodía cesó de golpe. Liam agachó la cabeza abatido; una cuerda se había roto. Depositó con delicadeza el violín en su funda, en una esquina junto a un elaborado atril de madera.

-Lo lamento -dijo sin mirarme.

No supe si se refería a mí, pero volvió el rostro en mi dirección para despejar toda duda. Me sentí avergonzada por haber invadido su intimidad de esa manera.

-Es preciosa -musité para intentar arreglarlo-, ¿es tuya?

Asintió mientras volvía a guardar su arco en la funda.

-La he compuesto para Flavio, es la única despedida que puedo brindarle.

Mis piernas temblaron a la vez que un nuevo nudo se instalaba en mi garganta. Entonces, sin ni siquiera meditarlo, avancé hacia él y lo abracé. Me aferré a su pecho con los ojos cerrados y unas incontenibles ganas de llorar. Al principio, Liam se mantuvo inmóvil, pero unos segundos después sentí sus brazos rodeando mis hombros.

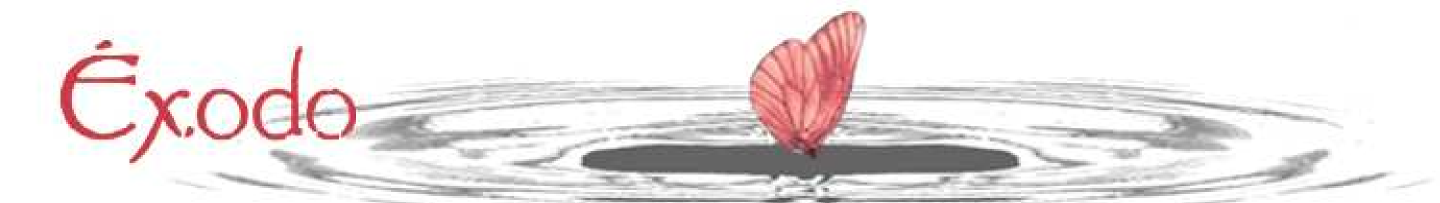
-Todo saldrá bien, Lena, no permitiré que nada malo os suceda.

*¿Por qué me estaba consolando él a mí, si se suponía que tenía que ser al revés?*

-No sé qué pensar ni qué sentir -sollocé-; es demasiado complicado.
-Lo sé, desearía que no hubierais visto esa cabaña.

Mi cuerpo volvió a estremecerse y él me acunó ligeramente entre sus brazos.

-Lo siento mucho, Liam -gimoteé contra su camisa-. Siento lo que le ha ocurrido.
-Yo también, Lena, no sabéis cuánto; era la única familia que me quedaba.
-Me sentía muy unida a él, aunque supongo que nada comparado con vosotros... Pero, Liam nos tienes a Lisange y a mí...
-Era descendiente de mi linaje, de mi propia sangre -dijo respirando hondo.
-¿Cómo? Yo... no lo sabía -tartamudeé-. Entonces es aún peor, Liam... Yo tuve la culpa de lo que ocurrió.
-¿Qué es lo que queréis decir? -preguntó extrañado.
-Que, si os hubiese contado lo de Helga, quizás... quizás él no...
-Habría muerto igualmente, Lena -me córtó-. Solo transcurrieron unas horas entre ambos... acontecimientos. No habríamos podido hacer nada.
-Pero...
-Si vais a buscar un culpable, culpadme a mí. Fui yo quien debió haberse mantenido a



su lado -concluyó apartándose de mí para recoger el violín-. ¿Por qué no habéis salido a tomar el aire? -me preguntó cambiando de tema para romper el repentino silencio que se extendía por la habitación.
-Christian... me pidió que me quedara aquí hasta que él viniera.

Arrugó el entrecejo.

-¿Y eso cuándo ocurrirá?
-No lo sé, pero empiezo a creer que no regresará.
-Lo hará, no podrá evitarlo.

Era la primera vez que él decía en voz alta algo relacionado con el tema, pero lo hizo de tal modo que me di cuenta de que sentía muchísimo aquellas palabras.

-¿Cómo estás tan seguro? Quizá sea mejor así. -Guardé silencio un segundo-. Liam. ¿Por qué llamasteis a Christian si no os lleváis bien?

Me miró, desde el suelo, arrodillado.

-Porque, si de verdad hay una seria amenaza de guardianes, él es el único que realmente podrá protegeros.
-¿A mí?
-No sabemos qué es lo que buscan.
-Eso da igual, no le necesito y tampoco creo que quiera colaborar.

Me observó un instante, confuso.

-No os entiendo, creía que confiabais en él.
-Las cosas han cambiado, no quiero que regrese.

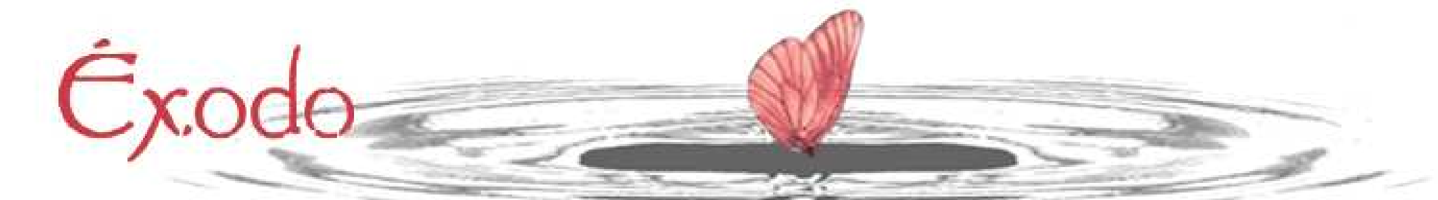
Mi voz perdió credibilidad en esa última frase. Liam me observó, no cabía la menor duda de que no se lo estaba creyendo.

-No voy a negároslo, Lena, Lisange me contó lo que ocurrió.
-Creí que os alegraríais -reconocí.

Se puso en pie y volvió a mi lado.

-Y en parte así es, pero nosotros cometimos el error de pensar que estabais bien cuando no era cierto; tampoco fuimos capaces de ver que vuestra transformación era inminente, y él sí. -Tomó aire-. Él ha estado ahí justo en el momento en que le habéis necesitado y os ha ayudado a salir adelante, es un hecho que no podemos ignorar, aunque no lo aprobemos. No imagináis hasta qué punto es malo que os relacionéis con ese gran predador, pero sin Flavio nuestro poder de protección ha menguado. Creedme, jamás recurriríamos a Christian Dubois sino fuera necesario. Aún debemos pensar en lo que haremos a continuación.

Estaba completamente equivocado con él. Debería haberle dicho que la razón por la que



Christian sabía que no estaba bien era porque le había pedido que me matara.

-Creo que teníais razón -reconocí-, tal vez debería haberme dado cuenta antes de con quién estaba tratando.
-Aprendemos de nuestros errores pero contáis con toda una eternidad para enmendarlos.
-Ya... supongo que sí, pero me pregunto si no es...
-¿Tarde? -terminó él-. Eso solo depende de lo que hagáis a continuación -añadió con voz comprensiva-. ¿Qué es lo que deseáis?

Medité unos segundos la respuesta antes de contestar.

-Encontrar la forma de olvidarle para poder sentir un poco de paz conmigo misma -sonreí con pesar-, pero es demasiado pedir -admití encogiéndome de hombros-. La verdad es que dudo que quiera hablar conmigo para que volvamos a ser amigos, así que quizás ahora sea más sencillo. Pero te aseguro que voy a intentarlo; además, os lo debo.

Liam posó una mano a un lado de mi cabeza y me acarició la mejilla.

-No debéis preocuparos por nosotros, solo procurad vuestro propio bienestar, pero tened cuidado, os lo imploro, no podemos estar seguros de cuánta humanidad le queda.

Me entristecí, él me tomó de forma suave el mentón y lo elevó para cruzar sus ojos con los míos.

-Nadie os va a hacer elegir, tenéis mi palabra de honor, por mucho que estas palabras hayan perdido el auténtico significado que tenían en mis tiempos, cuando yo vivía.
-Me gusta cuando hablas así.

A pesar del dolor que invadía su rostro, torció la boca en una sonrisa que habría arrebatado el aliento a medio planeta.

Seguí esperando y Christian no regresó. A última hora de la tarde del tercer día, cuando ya había comenzado a resignarme y perdido toda esperanza, sonó la argolla de la puerta. Oí que alguien abría los cerrojos y un breve y desganado saludo por parte de Liam.

-Lena -me llamó desde la entrada sin alzar la voz-. Venid un momento, por favor.

Me levanté como si de pronto la silla quemara y me apresuré a acudir a su encuentro. Liam sostenía la puerta con pesar y allí, por fin, estaba él, con las manos metidas en los bolsillos y el rostro contraído en una extraña expresión que no pude descifrar. Me dirigí hacia él obligándome a mantenerme firme, a no mostrar las ganas que sentía de abrazarle.

-Gracias, Liam -le agradeció con una leve inclinación de cabeza.
-Un placer -respondió de manera monótona.

Me despedí de él y Christian puso una mano en mi espalda al tiempo que me dirigía hacia su coche, pero en vez de detenerse lo pasó de largo, de forma que paseamos por la calle a pesar del calor asfixiante. Entramos un poco en el bosque, lo suficiente para quedar ocultos del resto de la gente, y cuando digo “gente” me refiero exactamente a los De Cote. Estaba segura de que no estarían mirando por la ventana ni nada por el estilo, pero respetaba la decisión de Christian de alejarnos lo suficiente para que sus oídos no pudieran captar nuestras palabras.

Ninguno de los dos hablaba. Mi euforia por su llegada estaba disminuyendo cada vez más al ver su actitud. La última vez que habíamos estado a solas había partido mi inerte corazón en mil pedacitos y la herida aún sangraba, más ahora con su cercanía. Su aroma volvió a invadirme, como hacía siglos que no ocurría y mi respiración se aceleró; hacía tanto tiempo que deseaba volver a sentirle...

-¿Cómo te encuentras? -me preguntó al fin.

No sabría describir su tono de voz; era extraño y parecía tenso. Puede que estuviera tan incómodo como yo con toda esa situación.

-Creí que no querías volver a verme -le encaré.

Me arrepentí de haber pronunciado esas palabras, porque en realidad solo quería lanzarme a sus brazos y agradecerle una y mil veces que hubiera regresado, pero en esos últimos días parecía que obedecía más al lado racional que al emocional.

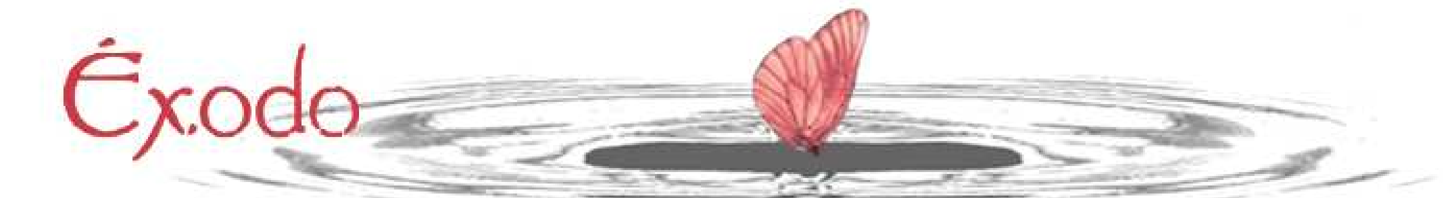
-No, Lena, dije que quería que me conocieras, creí que era necesario.
-Lo que yo creo es que eso no tiene nada que ver. Nunca antes te ha preocupado ese asunto.
-Hay cosas que han cambiado.
-Sí, es verdad -afirmé intentando sostenerle la mirada, pero no fui capaz-. Me quedó muy claro qué es lo que piensas.
-Lena...

Tomé aire y continué.

-Christian, he pensado mucho sobre eso y si es lo que quieres lo acepto, no te molestaré más, no tienes ninguna obligación conmigo.

*Dios, ¿por qué narices estaba siendo tan tonta? ¿Por qué estaba apartándole de nuevo de mi lado? ¿Acaso no había regresado?* Él estaba ahí, esperando para hablar, quizá para intentar darme una explicación de lo que ocurrió ese día o tal vez para terminar de zanjarlo todo, y yo me estaba comportando como una estúpida. De pronto, me asusté. Tenía miedo, temía que me hiciera daño, y no me refería a que pudiera matarme, sino a mis sentimientos.

-Si lo que querías era que me adaptara, lo has conseguido -comencé de nuevo, concentrada en contemplar mis manos, retorciéndose sobre mi regazo-. Es posible que la culpa sea solo mía; nunca debí haber dejado que mis emociones corrieran por libre,



creo que en ese aspecto sigo siendo... ¿cómo me llamaste? Ah, sí, humana, una humana tonta y estúpida que...

Un golpe de ira brotó en mi pecho al recordar todo lo que me había dicho aquella noche, todas las frases que me habían causado dolor y que, en el fondo, sabía que no merecía. Pero cuando fui a acabar la frase, cuando estaba a punto de decirle cuánto detestaba ser tan frágil con él, me puso un dedo en los labios, sellándolos. Levanté con miedo la vista para enfrentarme a la fuerza de sus poderosos ojos.

-Déjame hablar, Lena. -Su voz era firme y sonó como si tuviera prisa por terminar cuanto antes, y eso me molestó. Me crucé de brazos, guarde silencio y esperé-. No creas que no he pensado en nuestra última conversación. -Parecía de pronto irritado y cortante, e imaginé que en el fondo mis palabras le habían contrariado-. Cuando Lisange me llamó, no puedes ni imaginar cómo me sentí al pensar que te podría haber ocurrido algo malo. Aunque no te lo creas, significas para mí más de lo que parece, mucho más de lo que yo mismo imaginaba.

*¿Ah sí? Entonces, ¿por qué había tardado tanto en venirme a buscar? ¿A qué había estado esperando?*

-Entonces, no intentes apartarme de ti.
-¿Por qué no quieres entenderlo? -preguntó exasperado.

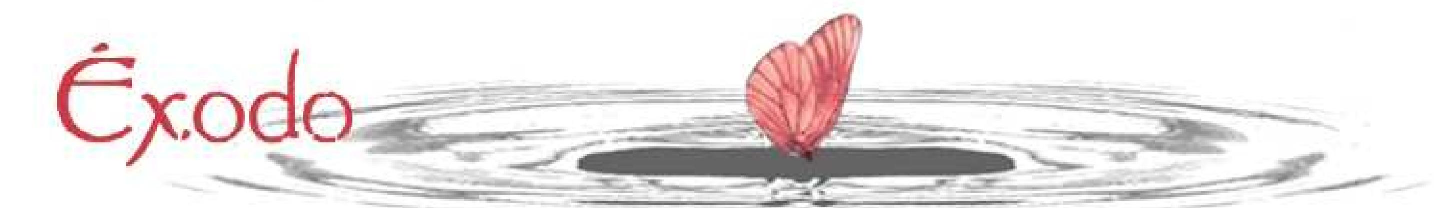
Desvié la mirada, temiendo que volviera a decir que la decisión de la última vez era la más apropiada.

-Sé lo que eres -le recordé- y lo que haces. Quizá, más adelante, llegue el momento en que deba conocer los detalles, pero no ahora. Además, ¿por qué te preocupa tanto lo que piense de ti?
-Quiero ser justo contigo, Lena.
-¿Justo? -repetí con voz dolida mientras me acercaba hasta sentir su aliento sobre mi cara. Por fin podía volver a percibir su maravilloso aroma-. ¿Justo? ¿Tú me hablas de justicia? ¿Y no tendría que ser yo quien decidiese qué es justo para mí? ¡No tienes que serlo conmigo, Christian; tal y como dijiste, tú eres un gran predador y yo solo...!
-Lena...
-¿No es así? -insistí.
-Lo es -soltó.
Retrocedí un paso; él seguía creyendo lo mismo, todo era inútil.
-Entonces, dime por qué -musité en un hilo de voz.
-Me niego a creer que no te hayas dado cuenta. -Se detuvo y me miró fijamente a los ojos-. ¿Acaso tengo que explicártelo?

Negué con la cabeza.

-No -lamenté al percibir que se estaba comportando igual que la última vez-. No sé a qué has venido, pero yo me vuelvo a casa.

Me di la vuelta para enfilar el camino de regreso. *¿En qué estaba pensando? ¿Cómo había sido tan estúpida al creer que vendría a arreglar las cosas? ¿Pedir perdón?*



*¿Christian? ¡Pero qué tonta! Él tenía razón, seguía siendo demasiado humana, tan...*

-Lena, escucha mi corazón.
-¿Qué?

Me volví hacia él. Christian se acercó a mí en dos zancadas.

-¿A qué velocidad late? -susurró con el rostro a un palmo de distancia del mío.

Lo miré sin comprender.

-Rápido -contesté, y escuché cómo su respiración se aceleraba aún más.
-¿Siempre lo hace así? -preguntó.
-A... a veces -tartamudeé-. ¿A qué viene esto?
-¿Cuándo? -insistió.

Me aparté un poco de él, concentrándome nerviosa en mis manos, mi mente comenzaba a perder lucidez y empezaba a costarme trabajo mantenerme firme. Su olor era como una droga para mi.

-No lo sé -reconocí-, no puedo recordarlo.

Él frunció los labios, pensando.

-Sabes que el corazón de un gran predador late más despacio que el de un humano. Ahora vuelve a escuchar -dijo-. Si doy un paso hacia ti -observó acercándose de nuevo, captando una vez más mi mirada con sus ojos-, ¿qué es lo que ocurre?

Muy a mi pesar, cerré los párpados y me concentré en sus latidos, pero no me atreví a volver a abrirlos.

-Late más fuerte y -mi voz se desvanecía- más rápido.

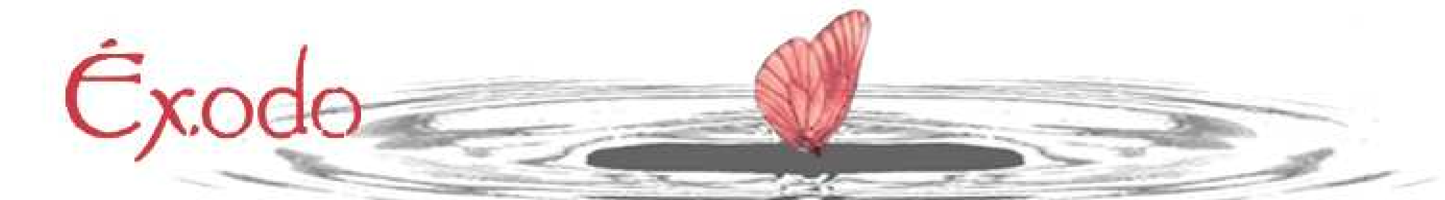
Tomó mi mano con gran delicadeza y la posó en su pecho.

-¿Y ahora?

No sabría decir qué iba más rápido, si mi respiración, la suya o su corazón. Un profundo dolor se apoderó de mí. Apreté los labios con fuerza para detener el temblor en el que habían comenzado a sumirse. Vacilé al alzar la vista por miedo a lo que podría encontrar, a enfrentarme a la realidad, pero, por encima de todas las cosas, a que se tratase tan solo de un sueño. En un esfuerzo sobrehumano, lo hice. Sus ojos brillaban de forma febril. Lo miré, confusa.

-Te fuiste..., dijiste que... -No era capaz de terminar ninguna frase.

Se me hizo un nudo en el estómago, había demasiadas emociones en mi interior, no entendía ni qué trataba de explicarme: *¿Qué me quería?* No, esa no podía ser una opción. Parpadeé repetidas veces, pero eso no alivió el dolor de mis ojos. No podía, es



más, no debía volver a crearme falsas esperanzas. Él soltó mi mano.

-Fueron muchas cosas sin sentido porque nada de esto lo tiene para mí -admitió despacio, se notaba que le costaba pronunciar todas aquellas palabras-. Me fui por la misma razón por la que he regresado.
-No te entiendo...
-Hay algo que no te he contado -confesó-. En una ocasión te comenté que cada uno de nuestros latidos es doloroso.

Apretó mucho la mandíbula con los ojos cerrados antes de continuar.

-Pues bien, mi corazón palpita desenfrenado cuando me acerco a ti, cuando intento tocarte..., es un tormento que creí que no podría resistir. -Tomó aire, como si más bien estuviera cogiendo fuerzas para enfrentar sus propias palabras-. Me fui porque por un momento temí cumplir con mi parte del trato.

Solo pude prestar atención a la primera mitad de sus palabras.

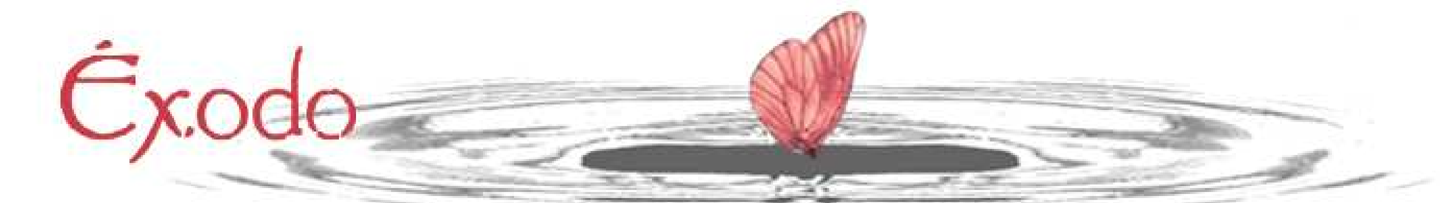
-Yo... ¿te hago daño?

*Entonces, tal vez tenía sentido que se hubiese marchado...*

-Lo importante, Lena, es que estos últimos días he experimentado un nuevo dolor muy distinto. Algo grande e inexplicable, ni siquiera podría decir que se trate de algo físico, pero ahora tengo muy claro cuál de ellos no puedo soportar.
-Christian...
-No sé qué es porque nunca he sentido algo así. Solo sé que cierro los ojos y te veo a ti, que tengo tu aroma incrustado en mi mente, que mi ira se desata cada vez que se cruza otro gran predador por mi camino porque pienso que puede dañarte. Temo mirarme en el espejo porque me odio ante la posibilidad de que pueda corromperte. Sé que te hice daño, Lena, y toda una eternidad no será bastante para compensártelo, pero soy una criatura egoísta que solo mira por su propio bienestar, por eso estoy ante ti, de nuevo, pidiendo que no me apartes de tu lado. Quiero protegerte de todo, aunque no pueda defenderte de lo que soy.

Contuve la respiración, demasiado conmocionada para decir una sola palabra, incluso toda la mezcla de sentimientos se detuvo un instante; ahora sí que estaba perdida, ya no sabía ni qué pensar. Aquellas palabras que había estado esperando durante tanto tiempo se me estaban haciendo increíblemente extrañas y dulces a la vez. ¿Y ahora qué? ¿Qué se suponía que tenía que hacer yo? ¿Cómo debía reaccionar? Escruté sus ojos, pero solo vi sinceridad en ellos. ¿Era acaso eso posible? ¿Existía un mundo en el que Christian Dubois me quisiera a su lado? ¿A mí? Mi corazón se encogió con un dolor diferente, a pesar de todo lo que había pasado, de cómo me había tratado, seguía sintiendo que lo quería y que, en el fondo, una parte de mí siempre lo haría. Pero él arrugó el ceño, confundido y preocupado.

-¿No dices nada?
-No puedo -reconocí.
-Entendería que no compartieras mis sentimientos, en especial después de mi



comportamiento. No suelo arrastrarme de esta manera, así que, si vas a rechazarme, hazlo ya. -*¿Christian..., inseguro?* Era la primera vez que su máscara caía y podía ver en su interior, la primera vez que le veía dudar, tan vulnerable como yo. Entonces sonreí-. ¿Hay algo divertido en todo esto? -me preguntó, ligeramente a la defensiva.
-No -dije a través del nudo de mi garganta-, sonrío porque no puedo llorar.

Se puso tenso, girando la cabeza hacia un lado.

-¿Tan terrible te parece la idea?
-No me protejas -respondí-. ¿Acaso no te has dado cuenta de que solo te quiero a ti? No vuelvas a escoger por mí, deja que de eso me ocupe yo.

Me miró inmóvil durante un instante y, de pronto, acortó la distancia que nos separaba y me estrechó entre sus brazos. Sentir su cuerpo tan cerca del mío ..., su aroma, el latido de su corazón..., todo era perfecto ahora. Le rodeé yo también con mis brazos, había necesitado tanto ese abrazo... Noté sus labios suaves y delicados sobre mi coronilla.

-No volveré a hacerte daño, te lo juro.
-Lo sé.

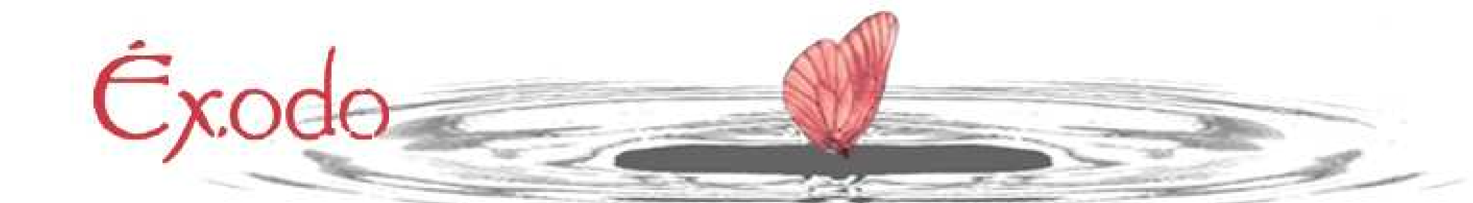
Si no supiera que era imposible, juraría que mi corazón había latido, ¿o era acaso el de Christian, que palpitaba tan frenéticamente que había sido capaz de atravesar su cuerpo y el mío?

Me acompañó frente a la puerta y esperó a que yo me soltara. Besó con ternura mi mano y me miró con intensidad a los ojos. Sentí un extraño dolor en la zona donde había posado sus labios.

-Te veré mañana -susurró.
-Prométełlo -mi tono de voz era suplicante, no me atrevía a dejarle, a alejarme de él. Si esto era un sueño, no quería despertar.
-Tienes mi palabra.

Indagué en su mirada, pero, a pesar de encontrar allí la misma respuesta, sentí miedo: *¿y si no volvía? ¿Y si pasaban los días y él no regresaba?* Pero no tenía ninguna otra opción, debía confiar en él, aunque ahora me costase más que antes.

Sus ojos fueron lo último que vi antes de cerrar la puerta.



# CAPÍTULO 24

**Todo es demasiado complicado**

Su voz ascendió desde la planta baja hasta mis oídos. Me levanté de un salto; no había nada que deseara más que volver a verlo. El mundo brillaba de nuevo ahora que había regresado. Salí apresurada de la habitación, emocionada, sin molestarme ni siquiera en arreglarme un poco, pero me detuve en lo alto de las escaleras al percibir el tono en el que hablaba. Gateé por el suelo, escondida, y los vi a los tres, sentados alrededor de la mesa de la sala. Agudicé el oído sin moverme un milímetro de donde estaba para que no pudiesen advertir mi presencia.

- Es mucho más serio de lo que imaginamos –sentencio Christian sin un vestigio del rostro de la noche anterior.

- ¿A qué os referís?

Hizo una pausa antes de continuar.

- ¿Habéis pensado en la posibilidad de que se trate de…*ellos*?

- Desde luego que sí –respondió Liam con total naturalidad-, pero todos nosotros sabemos que eso es imposible.

- Tal vez sean meros imitadores –sugirió la voz de Lisange.

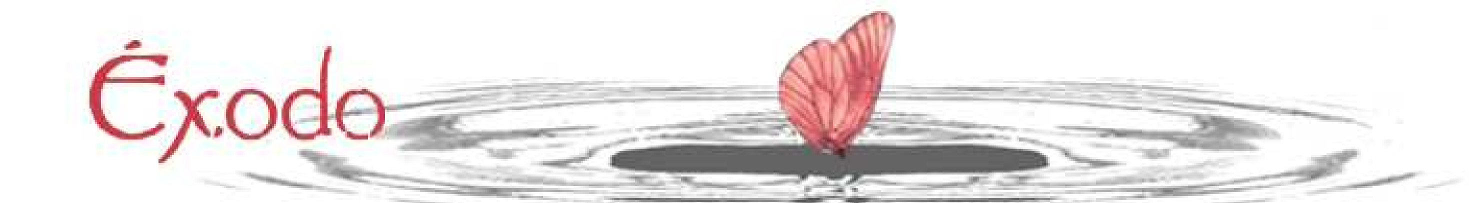
- No, no lo creo. Estoy seguro de que son ellos, los auténticos, de nuevo.

Lisange se llevó una mano a la boca, con expresión confusa. Yo contuve el aliento.

- Explicaos.

Christian bajó un par de tonos el volumen, de modo que su voz era casi un susurro.

- La muerte de Goliat podría ser una imitación de cualquier otro, pero Flavio lo sabía –explicó mientras sacaba un trozo de papel del bolsillo de su camisa y lo desdoblaba ante ellos-. Esto es una réplica de lo que había escrito en la lápida de su gato.



- ¿Has ido allí arriba? –preguntó Lisange desconcertada.

- Sí, fui a buscarla; he intentado averiguar qué es lo que escribió, y ahora no me cabe ninguna duda: Flavio reprodujo la inscripción de la Orden de Alfeo; creo que intentaba avisaros de la amenaza, sabía que, si llegabais allí con Caín, él os conduciría hasta la tumba.

Se hizo el silencio y yo me quedé aún más quiete. El corazón de Christian latía como de costumbre pero con mucha más fuerza.

- ¿Por qué no escapó? –La voz de Lisange sonaba entrecortada.

- Si hubiera regresado aquí les habría conducido directamente hacia nosotros –explicó Liam en tono lúgubre-. No se puede escapar de ellos, no si ya te han rondado.

*¿Qué debía significar eso?*

- Pero no tiene sentido –continuó ella-, ¿qué haría la orden aquí?

- Tal vez ejecutar la sentencia de Flavio, no podemos estar seguros de cuánto saben sobre vuestra familia.

Pasaron unos segundos sin que ninguno dijera nada, los tres sumergidos en sus pensamientos.

- Liam, es lo que le dijo a Lena…

- ¿Quién le dijo qué? –El tono de Christian de pronto llevaba explícito un deje de ansiedad.

Me acerqué más. Ahora que mi nombre había salido a relucir, mi atención era máxima. Hubo un prolongado silencio mientras yo esperaba con impaciencia que alguien volviera a hablar.

- Helga habló con ella –confesó Liam

- ¿Lavisier?

*¿Acaso todo el mundo la conocía?*

- Le advirtió de un aumento de guardianes.

- ¿Qué? –exclamó poniéndose repentinamente de pie-. ¡Deberíais haber compartido esa información conmigo!

Alguien se removió, incómodo.

- Nosotros no nos hemos enterado mucho antes que tú, Christian.



- Quizá deberíamos irnos –sugirió Lisange-, podemos regresar con Gaelle.

- Es demasiado arriesgado, aquí al menos conocemos el terreno…

Sin darme cuenta, volvía a respirar. Se hizo un silencio mucho más acentuado que el anterior. Me tapé la boca de un golpe, conciente de que acababan de descubrirme. Liam bajó el tono de voz.

- Acompañadme un momento, Christian, aún hay algo de lo que debemos hablar.

Se levantaron y se alejaron hacia el extremo opuesto de la casa. Podría haberles oído si me acercaba más a ellos, pero algo me decía que encontrarían la forma de ocultar sus palabras de mis desarrollados oídos.

Descendí sigilosamente por la escalera hacia la entrada y salí al exterior. Hice una mueca por el golpe de calor que sentí al abrirla, seguía sin acostumbrarme a eso. Bordeé la casa y atravesé el campillo que había detrás. Busqué una sombra y me tumbé para observar el infinito. No había nubes y el sol era tan brillante que impedía ver el azul del cielo.

Tomé aire, despacio, sintiendo cómo cada molécula de oxígeno, penetraba en mis pulmones, y luego lo dejé escapar poco a poco pendiente de cómo se desinflaba. Me sentía confusa y un poco irritada; no entendía por qué actuaban así, ni por qué me trataban de esa forma. ¿Qué era la Orden de Alfeo? ¿Tan peligrosa era como para que los De Coste se sentaran a hablar de ello con un gran predador? ¿y quién era Gaelle? En momentos así era cuando más notaba la ausencia de Flavio; seguro que él hubiese intentado explicármelo o, como mínimo, buscado la forma de hacerme sentir mejor. Más problemas se sumaban a la lista… Cerré los ojos, se me estaba haciendo un nudo en la garganta y debía relajarme. ¿Pero por qué a Christian sí se lo contaban? ¿Preferían que lo supiera alguien a quien detestaban antes que yo? En ese instante, sentí un peso a mi lado y ladeé asustada la cabeza para ver de quién se trataba.

- ¿Cómo lo has hecho? –pregunte sorprendida.

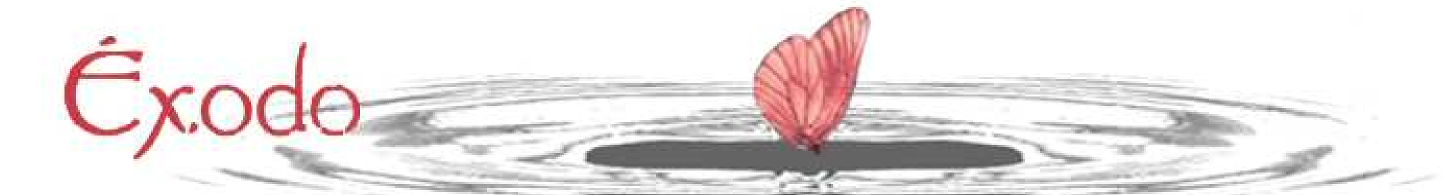
- ¿El qué?

- No hacer ruido, no he oído ni una sola pisada.

- Las presas no suelen advertir al depredador antes de ser cazadas –sonrió-. Supongo que soy sigiloso por naturaleza.

- Sí… -Volví a concentrarme en el cielo-. Será eso.

Sin pensármelo dos veces giré hacia a un lado y lo abracé, como empujada por una fuerza invisible. Evité mirarlo a la cara para no ver su expresión, él solía cuidar mucho la distancia entre ambos y no sabía cómo iba a reaccionar. Fijé la vista en mi brazo, que rodeaba su cintura. Estaba tenso, sin ninguna duda le había tomado por sorpresa; creí que iba a apartarme de él, pero pocos segundos después me rodeó y me estrechó contra su pecho. Quise preguntarle sobre la conversación que había escuchado, pero me



encontraba tan tranquila en ese preciso momento que me negaba a regresar a la realidad; necesitaba una vez más esa paz que únicamente el me proporcionaba. Puede que estuviera siendo irresponsable o tal vez inmadura por no querer enfrentarme a la verdad, pero, al fin y al cabo, no me cabía la menor duda de que habría muchos otros momentos para preocuparse por el futuro. Solo quería sentir que aún había algo funcionaba bien, que estaba en su sitio, donde tenía que estar, y, por un momento, así fue.

- Lena, sabes que no puedo quedarme –me recordó rompiendo toda la atmósfera idílica que había creado a nuestro alrededor.

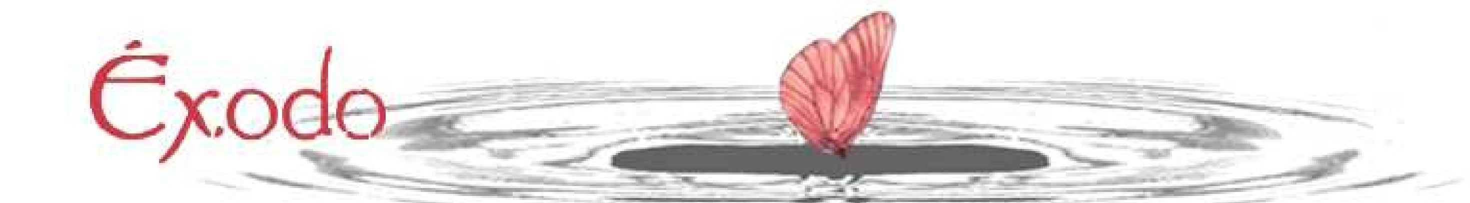
- Lo sé –admití mirándolo, pero algo se desinfló en mi interior-. Supongo que esto no va a se fácil, ¿verdad? –Christian no respondió-. Bueno, no me importa –dije, interpretando su silencio-, supongo que puedo seguir esperando.

- Te veré pronto, te lo prometo.

El resto del día pasó sin pena ni gloria. No salí a cazar y terminé acostándome temprano, deseaba que llegara el día otra vez para volver a verlo y, aunque nada aseguraba que “pronto” significase “mañana”, algo me decía que esta vez no tendría que esperar tanto.

No conseguía dormirme y mi mente, en un intento cruel y despiadado por destruir la poca felicidad que sentía, empezó a divagar. ¿Y si me había precipitado con Christian? Es decir, ¿había hecho mal al creerme todas y cada una de sus palabras? ¿Y si se lo había puesto demasiado fácil? Tal vez debería haber sido un poco más dura con él, no quería que creyese que era tan tonta como para perdonar todo lo que hiciese. Aquel repentino cambio de opinión, el hecho de que pronto decidiera regresar, me hacía dudar. Todo había ocurrido demasiado rápido para ser creíble. ¿Debía fiarme de él? Después de la fiesta no parecía el mismo. Quizá esa fuera su auténtica identidad y lo otro solo una forma de jugar conmigo. Además, había sido absurdo que se enfadara porque no quisiera conocer todos los detalles morbosos de sus sádicas acciones. ¿Qué sentido tenía que supiera a cuántos había dañado? Es más, ¿desde cuando ser justo y sincero se había vuelto tan importante para él? Pero ¿y si se arrepentía de estar de nuevo a mi lado? ¿Y si se volvía a repetir toda aquella despedida? No podía evitar recordar lo mal que me había hecho sentir al recordarme que yo no era como él, que yo no merecía el tiempo que estaba invirtiendo en intentar despedirse… Había visto tres Christian distintos en una misma noche, uno galán y educado, otro enfurecido y un último cruel, y no sabía a cuál debía creer o si debía creer a alguno. Pero, en cambio, había visto tanta fuerza en sus ojos cuando me hablaba de su corazón la pasada noche…Yo quería creerle, necesitaba hacerlo, pero no me atrevía. Quizá, lo mejor que podía hacer era esperar y ver qué ocurría a continuación…

Frené en seco mis pensamientos. Me senté en el borde de la cama y agudicé el oído. Me llegaban unas levísimas pisadas sobre la hierba del jardín, casi inapreciables incluso para unos sentidos como los míos. Me acerqué a la ventana y vi a Christian pasear tranquilo de un lado a otro, con andar despreocupado y acompasado. Llevaba las manos en los bolsillos y caminaba mirándose los pies mientras sonreía. Había luna en el cielo, llena, grande y amarillenta.



Miré el reloj; me restregué los ojos incrédula, habían pasado casi cuatro horas desde que me había acostado. Abrí los cristales y me asomé al exterior. No había rastro de su coche. Se volvió hacia mí y me regaló una sonrisa encantadora. De pronto todas las dudas se esfumaron de mi cabeza. Aguardé hasta que llegó bajo mi ventana.

- ¿Qué haces ahí? –le susurre a la noche.

- ¿Te he despertado?

- No podía dormir, ¿y tú? –pregunté.

- Esperaba a que amaneciera para verte.

- ¿Mientes? –pregunté entrecerrando los ojos.

- ¿Qué retorcida idea se te está pasando por la cabeza?

- Podrías estar a la caza de tu próxima víctima –sugerí; eso era lo bastante factible, sobre todo después de lo que había estado pensando.

- Cierto –afirmo meditando -, ahora que rechazaste el trato sería mucho más divertido.

- En realidad, lo acepté –recordé.

- Ya se había pasado tu oportunidad.

Me crucé de brazos.

- Así que pretendías raptarme…

- Es muy posible.

- Mis gritos despertarían a toda la ciudad.

- Bueno…-sonrió-, cabía la posibilidad de que estuvieras dormida.

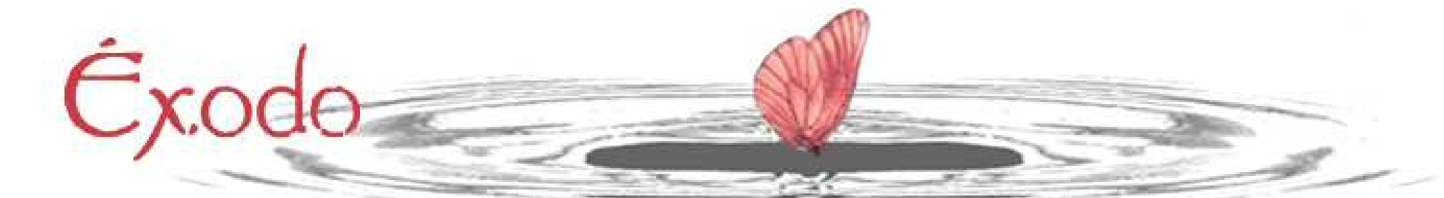
- Pero no es así –apunté.

- No tengo la culpa de que tengas el sueño ligero, Lena.

- En realidad, sí…-reconocí y, casi al instante, me detuve un momento con el ceño fruncido-. ¿Christian Dubois embutido en una cazadora de cuero?

Su expresión hizo que tuviera que taparme la boca para ahogar una carcajada.

- De acuerdo…-admitió dándose por vencido-, dejemos ese tema a un lado. Tenía la vaga esperanza de que hoy no pudieras dormir.- Lo mire extrañada y él se cruzó de brazos-. ¿Intentarás encontrar intenciones ocultas a mis palabras o esta vez vas a creerme?



Me apoyé contra la ventana.

- ¿Qué pasará si no dudo de ti?

- Te haré una proposición indecente –dijo dedicándome su sonrisa más arrebatadora. Adivinó lo que iba a preguntar a continuación y se me adelantó-. Ven aquí y te lo enseñaré.

*¿Bajar? ¿Cómo pretendía que lo hiciera sin llamar la atención de Liam y Lisange?*

- No puedo, me escucharán.

- Entonces, no bajes por ahí – contestó encogiéndose de hombros.

- Muy fácil de decir, ¿por dónde quieres que lo haga?

- ¿Por la ventana? –sugirió.

- ¿Saltar? ¿Te has vuelto loco? Está muy alto.

Christian negó con la cabeza poniendo los ojos en blanco y suspiró pacientemente.

- Lena, ya estás muerta –me recordó.

Esa frase sonaba realmente cruel, aunque tenía razón, había olvidado ese pequeño detalle.

- Está demasiado alto –insistí.

- Te cogeré, ¿eso te satisface?

Pensé en sus fuertes brazos rodeándome y bajé la mirada avergonzada.

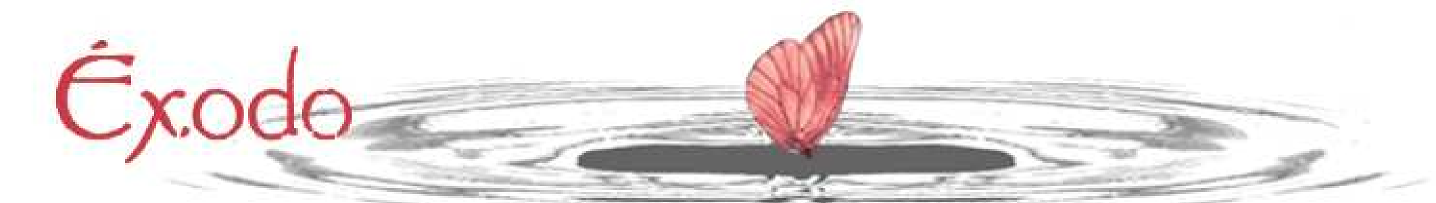
- De acuerdo –refunfuñe-, lo haré.

Se acercó, preparado para cogerme. Terminé de abrir los cristales de par en par, saqué un pie y luego el otro sujetándome al tejadillo. Él estaba preparado.

- Salta, Lena, prometo no salir corriendo.

Le sonreí una última vez y me dejé caer. Un instante después me encontraba entre sus brazos, a escasos centímetros de su rostro y rodeándole el cuello. En contraste con mi fría piel, la suya estaba un poco templada, podía sentirlo a través de mi pijama. Parecía la escena típica de una de esas películas clásicas, donde la chica se fuga de casa con su amado. Aunque lo cierto es que era exactamente eso lo que estaba ocurriendo.

- ¿Quieres que te suelte ya o el escaso metro y medio que te separa del suelo es demasiada altura para ti?



Le hice una mueca y me bajé muy a mi pesar.

- Bueno, ¿qué era eso que querías enseñarme? –dije colocándome bien la ropa.

Sin decir nada me tomó de la mano y me condujo al otro extremo del terreno. Algo escondida entre las sombras que proyectaba la casa, vi una gran moto plateada; aquello explicaba la ausencia del coche.

- He pensado que esto te ayudaría en tu ferviente deseo de encontrarte con la muerte.

La verdad es que hacía tiempo que no me había vuelto a plantear la idea de querer abandonar esta “vida”, pero le seguí el juego.

-Christian…, sabes que no sería de ninguna ayuda.

Fingió contrariedad y yo puse los ojos en blanco.

- Y si te prometo que te ayudaré con ese tema si la moto no funciona, ¿vendrás?

Me cruce de brazos.

- Puedes hacerlo mejor.

Me tomo suavemente de la cintura y me acercó a su cuerpo sin dejar de mirarme a los ojos.

-¿Ir sujeta a un gran predador aumentaría lo suficiente el peligro? –susurro.

- Creo que podría conformarme con eso por el momento –conteste sonriendo.

Dio un par de palmadas sobre el asiento trasero de la moto, me tendió una mano y me ayudó a subir. Cuando él se montó, cogió mis brazos y se los enroscó en torno a la cintura. Yo me agarré fuertemente, notando cada músculo bajo mis dedos, y eso bastó para distraer mi mente de todo lo demás.

- Sujétate.

- ¿A dónde vamos? –le pregunte mientras hacía rugir un par de veces el motor antes de arrancar.

- A un lugar peligroso.

Sonreí para mis adentros mientras hundía la cara en su espalda. El viento era gélido a nuestro paso, pero tremendamente agradable, acrecentado por la gran velocidad a la que conducía Christian. Me sentí un poco avergonzada al ir montada junto a él vestida con un ridículo pijama, en especial porque, de haberlo sabido, me habría pasado toda la tarde decidiendo que ponerme. Pero no había gente por las calles y tampoco coches transitando. La única persona que me veía era, en realidad, la única que importaba.



Inspiré su aroma, intentando adivinar a qué olía tan maravillosamente bien, pero no logré adivinarlo; no se parecía a nada que conociera, pero era hipnotizador, agradable y dulce.

Sin darme cuenta, abandonó la carretera y emprendió un recorrido cuesta abajo a través de la maleza. Me aferré más fuerte a él, estaba segura de que le hacía daño, pero él no me lo diría nunca. Ese camino no fue largo, poco después comenzó a aminorar la marcha hasta que se detuvo con suavidad. Él desmontó antes que yo y me tendió un brazo, pero aún así bajé tambaleándome.

- ¿Cómo estás? –preguntó acariciándome el cabello.

Mi pelo era ahora una masa informe por el viento. En cambio, él estaba perfecto, como siempre.

- En pijama y despeinada. Perfecta, ¿no?

Christian dejó s cazadora sobre la moto, me tomó de la mano y comenzó a andar.

- No me importa como estés vestida o en qué extraño estado se encuentre tu cabello –me halagó mirándome con intensidad-, solamente quiero compartir esta noche contigo.

Intenté ocultar la sonrisa boba que acababa de dibujarse en mis labios.

- Es fácil decirlo cuando vas vestido así –me quejé contemplando a mi alrededor-. Por cierto, ¿a dónde me llevas?

- A un sitio donde podemos estar solos, sin gente, así que no tienes nada de lo que preocuparte; nadie más te verá con ese encantador "conjunto"

Cerré los ojos e inhalé la brisa que llegaba hasta nosotros.

- Huele a mar y escucho las olas moverse, ¿vamos a la playa?

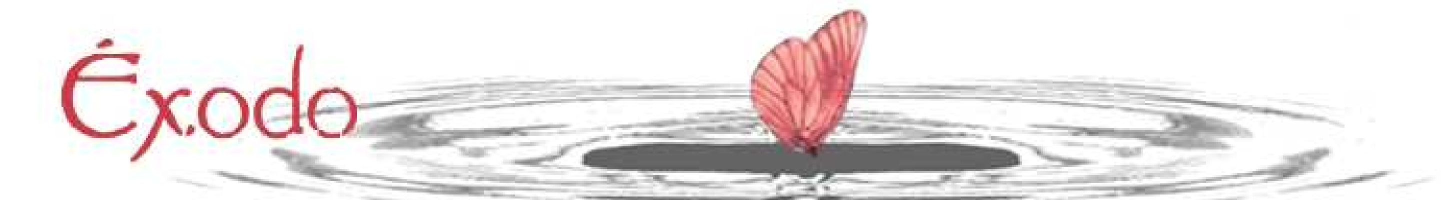
- Mira ahí delante.

Nunca había estado en ese lugar, así que no tenía ni la más remota idea de qué cabía esperar. Apartó un poco las ramas de unos árboles y desplegó ante mí una visión increíble. En efecto, lo había adivinado.

- La llaman el cementerio de catedrales. Fíjate en la forma de esas inmensas rocas.

Hacía mención a su nombre, de eso no cabía ninguna duda. Las rocas eran tremendamente altas, enormes pilares marrones, carcomidos por el mar, que se unían a la costa con extraños arcos y formas imposibles. Ahí abajo se veían varias galerías que penetraban en la profundidad de la piedra.

- Oh…-No se me ocurrió nada mejor que decir.



Sonrió contento y me guió por los irregulares tablones de madera seca que descendían a la pálida arena cubiertos por pequeñas hierbas punzantes al tacto. El lugar estaba protegido por esas inmensas agrupaciones de roca. Desde ahí abajo eran incluso más impresionantes, debían de medir como un edificio de diez plantas por lo menos. Frente a todo aquel espectáculo se extendía el océano, amplio y brillante, las olas rompían contra la orilla, altas pero tranquilas. Su sonido era relajante y apaciguador, algo que en esos momentos necesitaba con urgencia. Sentí que en ese lugar podría olvidarme por un instante de todos los problemas. Andamos cogidos de la mano, paseando por la orilla. El mar parecía una gran gema, un enorme topacio que reflejaba una luna enorme, reluciente y redonda sobre el cielo, más perfecta que cualquier otra noche, iluminando nuestros pasos a través de la fina arena que se hundía entre mis dedos. Su luz encendía la espuma de las olas haciéndolas parecer auténticos diamantes.

- Sabía que te gustaría –afirmo haciéndome salir de mi ensimismamiento.

Le dedique una gran sonrisa, como hacía tiempo que no hacía.

- Gracias.

Si existía algo más hermoso que el efecto de la luna llena en las olas, eso era el rostro de Christian. Su piel parecía más que nunca de porcelana, y sus facciones eran irreales de tan hermosas, de esa belleza clásica ya desaparecida. Recordé cómo había sucedido todo. Jamás habría podido creer que encontraría entrañable ese momento.

- ¿Qué ocurre? –me dijo.

- Pensaba en lo que han cambiado las cosas desde la primera vez que te vi.

Me atrajo hacia sí mientras continuamos andando.

- Me alegra que decidieras precisamente ese día para hablar conmigo.

-¿Por qué?

- Quizás abría accedido a tu proposición de haber estado de mal humor.

Me separé un poco de él para mirarle y enarqué una ceja.

- No me parecía que estuvieras muy contento –señalé.

- Hacía mucho tiempo que no lo estaba…-guardo silencio un instante-. ¿Por qué acudiste a mí para que te matara?

Me encogí de hombros.

- La verdad es que no sabía de nadie más que estuviera dispuesto a ello.

- ¿Te dijo alguien que yo lo haría?

Negué con la cabeza intentando recordar.

- Lisange dijo que eras un asesino, así que supuse que no te importaría hacerlo una vez más…

Callé inmediatamente al escuchar mis propias palabras. Siguió un prolongado silencio durante el que no me atreví a mirarle; su mano estaba tensa contra la mía.

- Lo siento…-musité.

- No me he enfadado, Lena, no has dicho nada que no sea verdad; he hecho daño a muchas personas –dijo en tono sereno-. Pero ¿de qué forma creías que iba a hacerlo?

- No lo sé. Yo no era conciente de que ya no era humana, así que…de cualquier forma, la verdad es que lo único que me importaba era que no doliera. –Solté una risa nerviosa, demasiado forzada. El se mantenía callado, entonces recordé algo-. ¿Por qué dijiste que nadie te miraba a los ojos?

Se volvió hacia mí, con los ojos igual de oscuros que el color del mar, igual de penetrantes.

- Precisamente por eso.

- Sigo sin entender –protesté, confusa.

- ¿Conoces el dicho "Hay miradas que matan"? Usa la imaginación.

Mi boca se abrió en una mueca de sorpresa.

- ¿Puedes acabar con alguien con solo eso? –balbuceé.

- Esa es la teoría, la práctica no es tan sencilla.

Se apartó un poco y siguió caminando. Esta vez, solo. Tardé un instante en reaccionar. Parpadeé repetidas veces y corrí tres pasos hasta llegar de nuevo a su altura. Volvía tomarle de la mano y él me miró con los ojos muy abiertos.

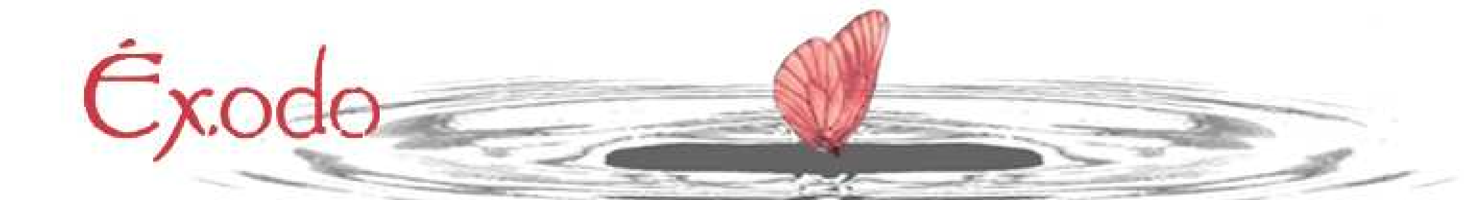
- ¿Acaso no te importa? –parecía sorprendido.

- ¿Debería?

- Por supuesto que sí.

- ¿Por qué razón? Se que si quisieras acabar conmigo ya lo habrías hecho –repuse encogiéndome de hombros. Christian meneó la cabeza de un lado a otro, resoplando.

- ¿No tienes miedo?



- Al principio era lo que quería, ¿recuerdas? Que tengas esa habilidad no significa que vaya a salir corriendo.

- No puedo controlarlo siempre, Lena; te convendría tener cuidado.

Me contempló un instante aguardando mi reacción.

- Creo que desde que he llegado a esta *vida* no he hecho nada que sea razonable.

- No podría estar más de acuerdo. Pero esto es distinto.

Tome aire, aunque no me ayudó a relajarme. *¿Por qué lo hacía? ¿Por qué estaba empeñado en hacer que me alejara de él?* Endurecí el tono de mi voz.

- No te odio, Christian.

- ¿Por qué eres tan mezquinamente comprensiva?

Ignoré su pregunta.

- Solo hay una cosa que me gustaría saber –empecé, y me miró muy atento-, ¿te cuesta controlarlo muy a menudo?

- Con la suficiente frecuencia como para que sea más prudente no acercarte demasiado a mí.

- De acuerdo, lo tendré en cuenta –dije poniendo los ojos en blanco.

Caminamos un rato más, sin decir nada. Lo que acababa de descubrir era impactante; de verdad tenían razón los De Cote cuando decían que era muy peligroso. Los De Cote… Poco a poco sentí que mi expresión se iba ensombreciendo. Christian lo notó.

- ¿Qué te ocurre?

- La verdad es que me siento culpable por ser un poco feliz después de todo lo que ha ocurrido, solo hace algunos días que Flavio murió. No le caías muy bien, pero siempre…

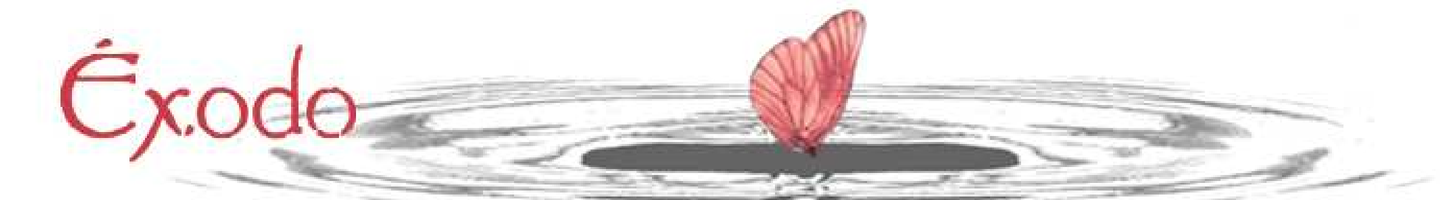
-¿Por qué no me sorprende? –soltó con voz irónica.

- Y ahora, mientras los De Cote lloran su muerte, yo voy y me fugo de casa contigo sin saber cuáles son tus verdaderas intenciones.

- ¿Qué quieres decir?

- Nada…, déjalo.

Reconocer que no terminaba de creerme su historia y que dudaba de todas y cada una de sus palabras no iba a servir para nada bueno.



- Lena, tu no tuviste la culpa de lo que ocurrió, él mismo se lo buscó.

- ¿Qué? –lo miré perpleja.

Se encogió de hombros.

- No debió atacar a ese gran predador.

- ¡Lo hizo para ayudar a esa chica!

- ¿Y de qué le sirvió? Ella saltó de todos modos.

Frené en seco, incrédula.

- ¿Estás defendiendo lo que le han hecho? –pregunté con cutela.

- Si no le hubiesen castigado, eso habría dado pie a que otros cazadores hicieran lo mismo, a que tomaran demasiada fuerza.

- Y eso es un problema para ti, ¿no es así? –repliqué arrugando la frente.

- No para mí; dudo que haya muchos cazadores ahí fuera capaces de acabar conmigo.- No sonó como algo prepotente, sino sincero-. Pero existe un orden por alguna razón. Si mantenerlo significa que se debe acabar con algún cazador como Flavio, hay que aceptarlo.

- ¡Era como mi padre! –le espeté-. Hablas como si hubieses estado dispuesto a hacerlo tú mismo.

Él se envaró.

- ¿Eso es lo que crees?

No respondí, me limité a mirar hacia la arena.

- Bien, de cara al futuro, haznos un favor a ambos y no olvides con quién estás hablando.

Me detuve, indignada, y le di la espalda.

- ¿Vas a sacar eso a relucir a cada oportunidad que tengas?

- No me estoy refiriendo a lo que tú crees. Quiero que recuerdes que nunca he tenido un problema en confesarte todo lo que hago; si hubiese sido yo, no habría regresado para proteger a tu familia.

Me volví hacia él.



- Tal vez era lo que esperabas, una excusa para que te abrieran las puertas.

Él frunció los labios, molesto.

- Si vas a empezar a dudar de mí, esto no va a funcionar. Liam no es un insensato –continuó-, y sabes que Lisange es la última persona del mundo que se fiaría de mí. Si ellos no piensan que tengo algo que ver, ¿Por qué vas a hacerlo tú? ¿Tantas ganas tienes de ser infeliz?

- No, pero no quiero volver a equivocarme contigo.

Se alejó un paso de mí con mirada sombría y me tendió una mano.

-Ya veo…- Tomó aire, las aletas de su nariz se dilataron-. Vamos, te llevaré de regreso a casa.

- No, aún no –dije sin moverme.

- Entonces, ¿Qué es lo que quieres?

Dudé.

- Poder fiarme de ti. Necesito dejar de estar enfadada conmigo misma.- Hice una pausa-. Siento que podrías cometer cualquier atrocidad y yo te perdonaría, y eso me da miedo.

- No puedo ofrecerte algo que no soy.

- Lo sé –reconocí abatida.

- ¿Quieres que me vaya?

- Me gustaría que todo fuese como antes –confesé con voz débil-, cuando mi vida era la única que peligraba. Ya ha muerto uno y no quiero que le ocurra lo mismo a nadie más.

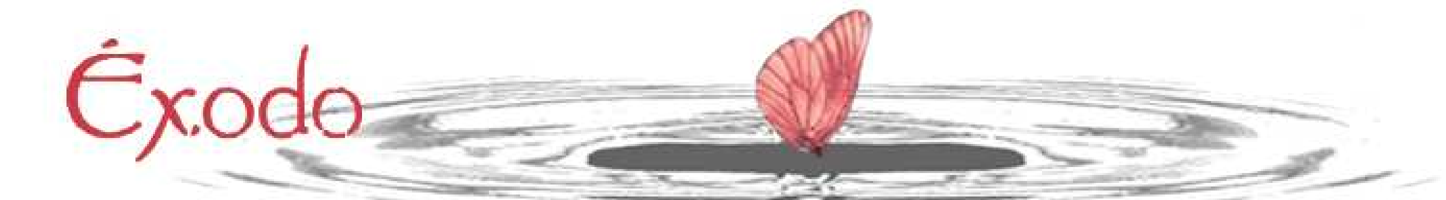
- Flavio debía morir –repitió despacio, marcando cada palabra.

- Si me aprecias un poco, no vuelvas a decir eso.

- Tal vez habría sido mejor para ti que yo no regresara –dijo desviando la mirada. Una ola mojó mis pies descalzos y me estremecí.

-¡Basta! –exclamé de pronto-. Irte fue lo peor que podrías haberme hecho. No sé si todo lo que has dicho, si toda la insensibilidad que acabas de mostrar, no es más que una nueva exhibición de lo cruel que dices ser, pero, si lo que pretendes es que me aleje de ti, estás perdiendo el tiempo.

Mi voz sonaba más aguda de lo normal; sentí un profundo dolor en el pecho. De repente me di cuenta de toda la presión que había estado acumulando dentro. Entonces, sin saber por qué, empecé a reír.



- Lena, esto no tiene gracia.

- ¿Ah, no? Ya no sé qué es lo que la tiene y qué no.

Me alejé un poco de él, internándome en el agua, sonriendo sin ningún tipo de humor. Hablaba alto, a pesar de saber que no era necesario, pero sentía la necesidad de que mi voz se escuchara en toda la playa, quizás así podría ahuyentar el profundo dolor que sentía. Lo miré.

- No soy capaz de comprender nada. Haces daño a la gente y debería importarme –me faltaba aire-, pero –sentencié avanzando de nuevo hacia él- parece que no es así. Me heriste a mi y ¡mírame! Aquí estoy de nuevo, como si no hubiese ocurrido nada. Dime, ¿acaso me he vuelto una criatura egoísta e insensible sin corazón? –Callé de pronto, llevándome una mano al pecho, donde ya no se oía ningún latido-. Sí, debe ser eso…

Dejé que las olas pasaran mojándome, el agua me llegaba a las rodillas. Christian se acercó a mí, muy despacio, con miedo a espantarme. Yo aún analizaba el significado de mis propias palabras, todo lo que había dicho era cierto. Él llegó a mi lado.

- Lena…

No le dejé terminar, me lancé a sus brazos abrazándole con fuerza, como si la vida se me fuera en ello. Caímos, pero no me importó. Lo miré con una seriedad que no había mostrado nunca antes.

- solo sé que quiero estar contigo, Christian. No recuerdo mi pasado y no sé qué me depara el futuro, pero tú formas parte de la mayoría de mis recuerdos y de mis emociones. No sé por qué no puedo temerte ni odiarte, pero te quiero, y por desgracia eso es lo único que tengo claro.

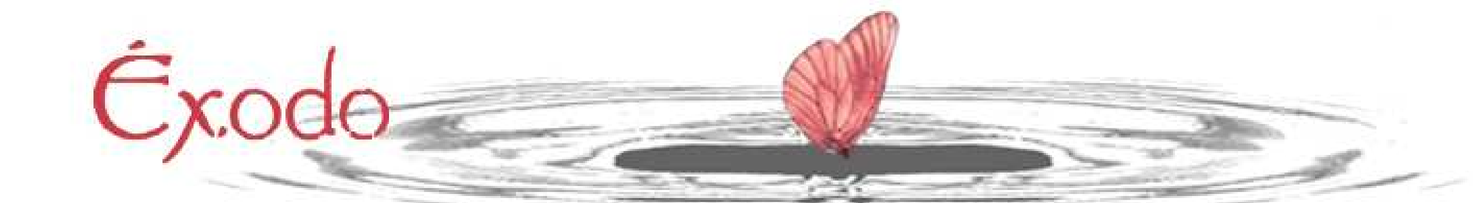
Analicé esa última frase. Le había dicho que le quería… Él tomó aire pausadamente y pasó una mano por mi pelo.

- Haces que merezca la pena que mi corazón continúe latiendo –susurro contra mi cuello.

Alcé la vista y lo miré a los ojos.

- Y tú que el mío dejara de hacerlo.

Intenté sonreír, pero él estaba serio, más aún de lo que yo estaba un segundo antes. De pronto, una ola nos empapó. Reí, esta vez con ganas, y él se contagió haciendo que todo rastro de seriedad se esfumara. Me levantó y me llevó en brazos hasta la orilla. En cuanto me posó sobre la arena, caí de nuevo al suelo, aún riendo. No sabía por qué, pero me sentía mejor, como si estuviese expulsando toda la tensión. Agarré la manga de su camiseta y tiré de él hacia abajo. Paré de reír poco a poco, tumbada a su lado y recostada sobre su hombro.



Me acarició con ternura la mejilla húmeda, pero yo tomé su mano.

- Aún sigues llevando estos guantes…- Lo miré- ¿Por qué te los pusiste de repente?

Él miró sus manos casi con repugnancia pero no contestó, era evidente que los llevaba para no hacerme daño…

- Cuando Hernan me tocó en la fiesta no ocurrió nada –recordé.

Su cuerpo se tensó tras mis palabras.

- ¿Estuviste con Hernan?

Asentí con la cabeza.

-¿Te hizo algo?

- No, dijo que solo quería conocerme y que él también podía ayudarme a…- dudé-, ya sabes a qué se refería, ¿no?

Posó un dedo bajo mi barbilla y me obligó a alzar la cabeza.

- Lena, mantente alejada de él.

- Pero ¿Por qué su piel no me "quemó"? –insistí-. ¿Solo me ocurre contigo?

- Eso parece.

- ¿Por qué?

- No lo sé, Lena.

- ¿También te duele a ti conmigo?

No contestó, supongo que no quería mentirme. Me aclare la voz e intenté recuperar la compostura para concentrarme en su mano, sabía lo que quería que hacer. Tiré poco a poco de sus dedos hacia arriba, desprendiéndole de esa tela que apartaba su piel de la mía.

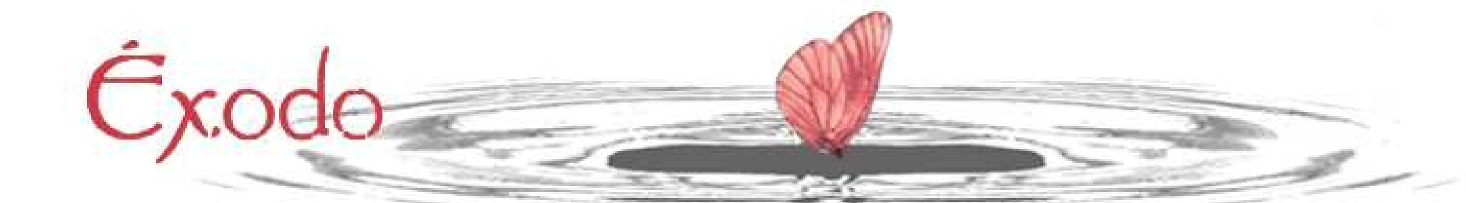
- Lena…

Me llevé un dedo a los labios.

- Shhh.

Sonreí y terminé de deshacerme de la prenda.

- ¿Qué vas a hacer? –me preguntó con un deje de inquietud en su voz.



- Experimentar –bromeé.

Acerqué su mano a mí, teniendo mucho cuidado de no rozarle con mi piel, y bese su palma. Sentí un cosquilleo en los labios y una ligera sensación de quemazón. Lo miré.

- ¿Soportable?

- Soportable –respondió.

- Tu piel es un poco más cálida que la mía –observé.

Él torció un poco el gesto.

- Es porque me alimenté antes de ir a buscarte.

Fruncí un poco el ceño.

- A mí no me ocurre eso.

- Tú no absorbes vida, Lena –apuntó.

El recuerdo de lo ocurrido en la fiesta de los Lavisier provocó un prolongado silencio entre ambos. Me mordí el labio y decidí ignorar lo que me acababa de contar; lo que ocurrió esa noche ya que me había dañado bastante.

- Volvamos al experimento. ¿Qué sientes si ahora…?

Él me detuvo por los hombros.

- Es mi turno.

Giró el cuerpo para que sus ojos quedaran frente a los míos. Permanecimos mirándonos. Esa oscuridad profunda e insondable de su mirada siempre hacía que perdiera el sentido del tiempo. Pero el tiempo ya no importaba.

- No hagas nada –susurró de pronto.

Entrelazó con mucho cuidado sus dedos con los míos. Al principio la quemazón fue bastante fuerte, pero poco a poco parecía que disminuía la intensidad.

- Soportable –dije con una sonrisa.

- Bien…

Aún con las manos entrelazadas, me colocó los brazos a ambos lados de mi cabeza, sin soltarme. Luego acercó su boca despacio a la mía, pero se detuvo antes de llegar a ella. Nuestras respiraciones se entremezclaron y una descarga recorrió todo mi cuerpo. Giró la cabeza levemente de un lado a otro para rozar con delicadeza sus labios con los míos. Sentí un cosquilleo y el impulso de atraerlos hacia mí, pero me contuve. Descendió

hacia mi cuello. Su cabello mojado intensificaba su maravilloso aroma. Cerré los ojos, disfrutando del efecto de su boca en mi piel. Era una sensación extraña, algo dolorosa pero agradable al mismo tiempo. Abrí los ojos, me faltaba el aire. Él subió hasta mi frente y la besó. Luego me miró interrogativamente, pero no fui capaz de articular palabra.

- Bien…

Se separó de mí, dejándome estupefacta, tuve que parpadear varias veces para volver a la realidad. Me volví hacia él y sentí celos de la luna; estaba tumbado a mi lado, con las manos entrelazadas detrás de su nuca, y le dirigía su sonrisa más seductora.

- ¿Estás jugando conmigo? –le pregunte.

Ladeó la cabeza hacia mí, divertido.

- Oh, vamos, Lena, ¿de verdad crees que voy a aprovecharme de una joven sola e indefensa?

- A ti eso te da exactamente igual.

- No lo dices en serio –dijo con cara de fingida indignación.

- siempre estoy sola cuando estoy contigo y no estoy indefensa, tengo bastante fuerza.

- Yo también.

- Pero yo más.

Se encogió de hombros.

- Puede, pero no sabes utilizarla –me echó en cara, y se rió con una risa aterciopelada-, menos contra mí.

Eso era un golpe bajo. Me incorporé sobre los codos.

- Tengo otros métodos.

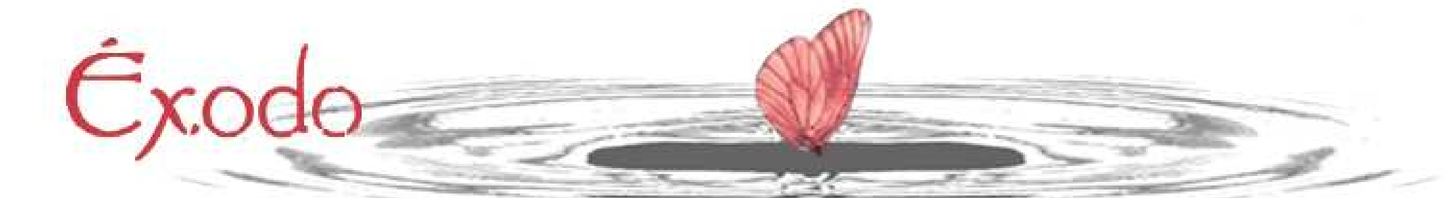
- ¿Eso debe asustarme? –preguntó arqueando una ceja.

Giré sobre mí misma y me coloque sobre él apretando con fuerza sus manos contra la arena, el contacto con su piel me hizo vacilar, pero la verdad es que la velocidad de mis movimientos me asombró.

Él sonrió.

- Estoy impresionado.

- Te dije que tenía una fuerza considerable; no creas que no puedo utilizarla contigo.



Frunció los labios, empujo sus manos contra las mías con fuerza y un segundo después la situación era al revés, yo debajo y él encima. Su sonrisa reapareció de forma triunfal.

- No tendrías ninguna posibilidad contra mí, pequeña cazadora.

- Te he advertido que tengo mis más métodos.

Arqueó las cejas fingiendo sorpresa.

- Exijo una demostración.

Negué con la cabeza.

- No, no eres una presa interesante –me burlé.

Disminuyó la fuerza con la que sostenía mis manos y me miró atónito.

- Hablas con un gran predador –me recordó.

- Siento herir tu ego.

- Sabes que te arrepentirás de lo que has dicho –Hablaba con el semblante muy serio, pero no le di importancia.

-Adelante –le insté, haz que me arrepienta.

Acercó su rostro al mío.

- La venganza es dulce, mi querida Lena, si es lenta se saborea mejor. –Hablaba con los labios muy cerca de los míos. Mi respiración iba tan acelerada que creí que me desmayaría. No podía luchar contra algo así-. Cuando estés desprevenida –advirtió Christian-, te arrepentirás de haberme retado.

- Creo que empiezo a temblar.

Me vi reflejada en sus enorme ojos negros, pálida bajo la luna, con los labios entreabiertos y encendidos. Me susurro al oído.

- Ríete, pequeña, tú ríete. Se bastante de venganza.

Volvió a tumbarse a mi lado sonriendo con suficiencia. A saber qué estaba maquinando su retorcida mente. Dejé atrás el espacio que nos separaba y me abracé a su cuerpo. Su corazón latía acompasado. Si hubiese podido detener el tiempo, lo habría hecho justo en ese preciso instante. Suspiré, él soltó una risa suave.

Apoyé la cabeza sobre su pecho. Su latir se había vuelto música para mis oídos. Ahora danzaba tranquilo, pausado, acompasado con su respiración. Suspiré.



- ¿Estás bien? – Su voz sonó profunda mientras me acariciaba el pelo.

- Tengo miedo –susurré.

Su corazón se aceleró levemente.

- Sí, a que esto sea solo otro de tus juegos –confesé-. Miedo a que un día desaparezcas otra vez, o a que solo se trate de un sueño. Hay tantas cosas que temer…

- Lena –susurró a mi oído-, no te ofrecí ese trato con intención de matarte, solo quería mantenerte a salvo. Tampoco te mentí cuando dije que no tenía la suficiente paciencia para andarme con juegos. Y, respecto al resto…, aunque quisiera alejarme de ti, ya es demasiado tarde, estás muy clavada en mi corazón.

- ¿Por qué querías mantenerme a salvo antes de conocerme?

- Porque desde el primer momento en que te vi supe que serías mi perdición.

Me estrechó aún más con sus brazos. Era increíble lo bien que me sentía así.

- ¿Tú no le tienes miedo a nada?

- Todo el mundo le teme a algo –respondió respirando de forma lenta y profunda-. No me preocupa tanto el hecho de que puedas resultar herida físicamente, porque confío en poder protegerte, pero…

- ¿Qué? –le insté.

- Eres tan vulnerable, tan…inocente.- Dejó caer la mano que me acariciaba -. Temo corromperte de alguna manera y convertirte en algo como yo.

Había una gran tristeza impregnada en sus palabras, un gran pesar que me sobrecogió. Comprendí que por alguna extraña e inexplicable razón yo le importaba de verdad. ¡Yo! Un ser tan insignificante y tan… normal, dentro de lo que cabe, claro. Ni la belleza de Lisange, ni la complicidad de Elora…, solo yo y mi estúpida ingenuidad.

- Eso no va a ocurrir –le dije intentando reconfortarle-, seré yo quien termine influyéndote a ti, ya lo verás.

- Me gustaría que tomaras esto en serio, Lena, no estoy bromeando.

- Confío en ti y sé que eso no ocurrirá. Iremos con mucho cuidado, te prometo que no cambiaré – le sonreí-, a no ser que decidas abandonarme, en ese caso…

Puso los ojos en blanco.

- Eres incorregible.

- Ojalá pudiéramos quedarnos aquí toda la noche.

- ¿Es lo que quieres?

Asentí lentamente, no había nada que deseara más en ese momento que su compañía, pero sabía lo que opinarían los De Cote al respecto.

- Muy bien.

- ¿Qué? –exclamé sorprendida.

- Nos quedamos –respondió con total naturalidad, como si fuera así de sencillo.

- Pero Liam y Lisange…

- Ellos me han permitido quedarme en la casa.

- ¡¿Qué?! – repetí, ahora mucho más impresionada, clavando mi barbilla en su pecho para poder mirarle a los ojos.

Chasqueó levemente la lengua.

- Solo por temas de seguridad, aunque, por supuesto, quieren que me mantenga alejado de ti todo lo posible –dijo-, pero creo que hoy podré arriesgarme.

- Me incorporé sobre un codo.

- ¿De qué hablabais esta mañana?

Se removió incómodo.

- De nada que deba preocuparte.

- Christian, los De Cote jamás te permitirían entrar en casa si no ocurriera algo muy grave.

- Están asustados por lo que le ocurrió a Flavio.

- Ellos no son de los que tienen miedo –alegué mientras me sentaba para verle mejor-. Sabes que os oí esta mañana; hablaste de una inscripción relacionada con Goliat.

Respiró hondo.

- Creemos que puede tratarse de un grupo de guardianes descontrolados.

*¿A eso se referiría Helga?*

- ¿Y qué tiene eso que ver con Flavio?

- Es posible…-dijo dudando, como si le costara soltar información- que él se diera



cuenta y que por eso dejara un mensaje con Goliat.

- ¿Es…peligroso?

- Aún es pronto para saberlo.

- ¿Qué vamos a hacer? –pregunté preocupada.

- Esperar a ver qué ocurre. Pero por el momento, tenía la esperanza de que pudieses disfrutar de esa increíble luna esta noche.

Tiró con cuidado de mi brazo para que volviera a tumbarme a su lado.

En las horas siguientes no hicimos nasa, excepto mirarnos a los ojos; ni siquiera pronunciamos una palabra, sin embargo, durante ese rato, aprendí de Christian más que en todo el tiempo que hacía que lo conocía: la frecuencia de sus latidos, el ritmo de su respiración, la firmeza de sus músculos, la manera en que todo su cuerpo de tensaba cuando lo acariciaba… Su piel era tan perfecta que ni siquiera tenía huellas dactilares, cuando sonreía, su boca se curvaba hacia la derecha y sobre la comisura aparecían dos pequeñas arruguitas que le conferían ese aspecto tan seductor. Pero lo único que no fui capaz de desentrañar fue el matiz de sus ojos.

Había algo en ellos que me impedía llegar a sus profundidades. Me molestó eso, fuera lo que fuese, se interpusiera entre nosotros. Estaba segura de que a él no le gustaba que me concentrara en ellos durante mucho tiempo, porque los apartaba en cuanto esa capa empezaba a ceder. Quizá tuviera algo que ver el hecho de que una mirada suya pudiese matarme.



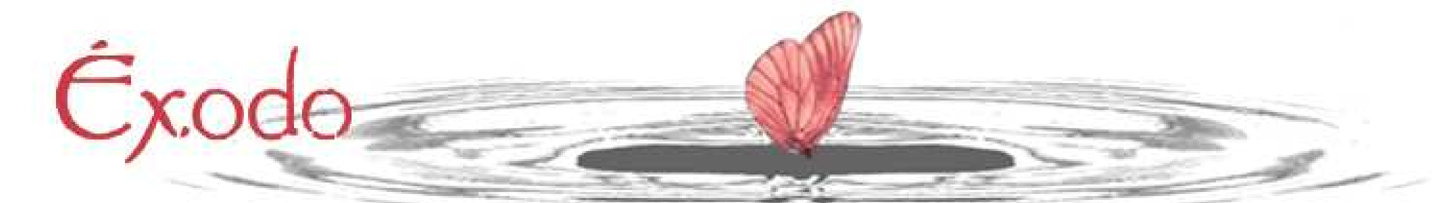
# CAPÍTULO 25

**Dudas**

Desgraciadamente, el hacho de que Christian se quedara no resultó como había imaginado. Los siguientes días apenas lo vi y podía considerarme afortunada si alcanzaba a desearle unos «Buenos días» o decirle un simple «Hola», ya que no estábamos cerca nunca el uno del otro, y era frustrante. Lisange jamás nos dejaba solos en la misma habitación, ni siquiera en la misma planta; en la mesa, se sentaba entre los dos, y en la sala también; si teníamos que salir, yo siempre iba en su coche y Christian en el otro. Así que tuve que contentarme con mirarle y hacer uso de mi imaginación, porque, aunque procuraba pasar fuera el menor tiempo posible para forzar nuestros encuentros, era imposible aproximarse a él. La obsesión de Lisange había llegado a tal punto que incluso interceptaba nuestros inocentes contactos visuales. Él se lo tomaba con humor, algo que me desesperaba, pero al menos sabía que le tenía ahí. Sin embargo, lo que llevaba cada vez peor era contener mis impulsos de abrazarle a él cuando lo veía o esconder la sonrisa boba que aparecía en mi rostro cuando nos cruzábamos.

Conforme fueron pasando los días, la situación cambió y, poco a poco, el descontrol fue apoderándose de la mansión de los De Cote. Apenas había comunicación entre nosotros: Liam se aislaba y de vez en cuando las notas de su violín llegaba hasta mi cuarto; por otro lado, Lisange estaba confusa porque no entendía la frialdad de Liam y eso hizo que comenzara a olvidarse de mantenerme alejada del recién llegado, de modo que en realidad, la única persona que de verdad se fijaba en mí era Christian. Pero él siempre se mostraba demasiado preocupado por mí, hasta un punto quizás obsesivo. Cualquiera que fuera mi más mínima queja, se desvivía por solucionarla para hacerme sentir mejor. Pero, en realidad, la única que tenía era no poder estar con él como una pareja normal. Le tenía más cerca que nunca y, en cambio, le notaba tan lejano como aquellos primeros días en la biblioteca.

Aunque eso no era lo peor. Para colmo, empezaba a sentirme muy cansada, no el tipo de cansancio que te va consumiendo cuando no has dormido, no; era algo más mental que físico. Había comenzado a salirme unas extrañas manchas grises en la piel que se extendían por todo el cuerpo cada vez más rápido. No estaba segura, pero sospechaba que tenían algún tipo de relación con el hecho de que llevaba sin alimentarme desde que visite a Claire en aquel hospital. A pesar de lo que me había dicho Lisange, yo continuaba sintiéndome culpable por lo que le había ocurrido y me negaba en rotundo a la posibilidad de dañar a alguien más.

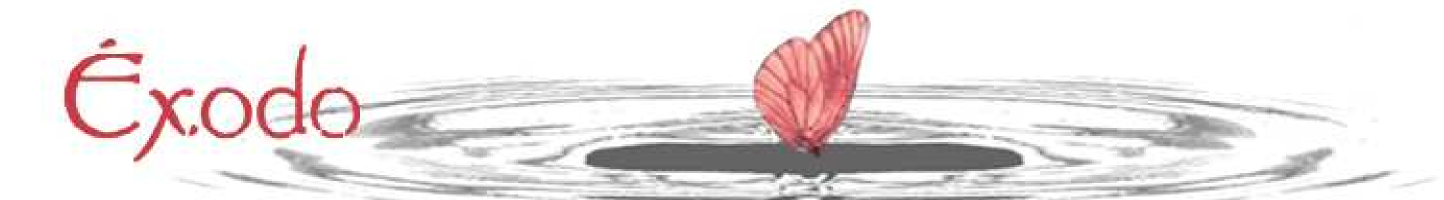


Demasiado agotada incluso para estar de pie junto a la ventana mirando al exterior, ya habían pasado tres días desde la última vez que salí de casa y cada vez me encontraba peor. Tomé aire con dificultad. Todos habían dado por sentado que mi creciente aspecto desnutrido se debía a la muerte de Flavio, y en parte era verdad. Se trataba de él y de todo lo demás, pero, por alguna razón, no me sentía capaz de compartir con nadie qué era lo que sentía; ni siquiera con Christian.

Aparte de todo eso, tenía muy claro que había algo más que yo desconocía, algo muy serio que se negaban a contarme. A lo mejor me estaba volviendo paranoica o había comenzando a perder el juicio. Todo había cambiado tanto desde que Flavio se había ido… Le echaba mucho de menos.

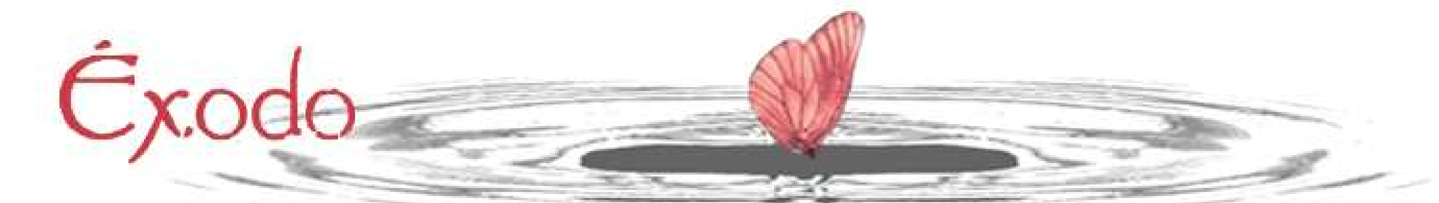
Unos brazos me rodearon por la espalda tomándome por sorpresa. Ni siquiera le había oído acercarse, probablemente porque mis sentidos tenían la misma agudeza que cuando llegué allí, es decir, casi ninguna.
-¿Cómo has entrado aquí? –pregunté sobresaltada.
-He burlado la seguridad de tu puerta, Liam parece más animado y Lisange está con él.
-Es una gran noticia –dije con menos entusiasmo del que pretendía.
-¿Cómo estás hoy?
Me apartó el pelo y me besó el hombro. La piel no me ardió; apenas sentía nada a mi alrededor.
-Cansada –contesté con voz desganada-. Pero no tengo fuerzas ni para llegar hasta la cama –confesé.
Christian se separó de mí, me cogió en brazos, me tumbó con delicadeza sobre la colcha y se sentó a mi lado.
- ¿Qué te ocurre, Lena? –preguntó acariciándome la mejilla con ternura-. Me tienes preocupado.
-Es solo que… -vacile- no duermo bien.
Tomó mi mano sobre la suya y la rozo con los labios. Seguía poniendo cuidado en no dañarme cuando tocaba mi pial, pero de pronto se quedó inmóvil. Me miró y estiró mi brazo, subiendo la manga de la camiseta. Giré la cabeza en su dirección, una gran mancha de color grisáceo cubría la mayor parte de la zona. Alzó aún más la tela y descubrió que continuaba ascendiendo hasta el hombro.
-Lena, ¿Cuándo fue la última vez que te alimentaste? –susurró casi sin voz.
Genial, justo lo que me faltaba…
-No lo recuerdo.
-Hazlo.
Seguía mirando mis manchas. Su voz era muy grave y todo su cuerpo se había puesto en tensión.
-Creo que desde poco antes de que regresaras.

Sabía que en realidad hacía más tiempo, pero no creía que fuera buena idea ser completamente sincera en ese tema. Él se puso en pie de un salto y yo aproveché para volver a cubrirme el brazo.
-¿Tanto?
-Tampoco es mucho…
Teniendo en cuenta el tiempo real que llevaba sin alimentarme, su regreso no quedaba tan lejano…



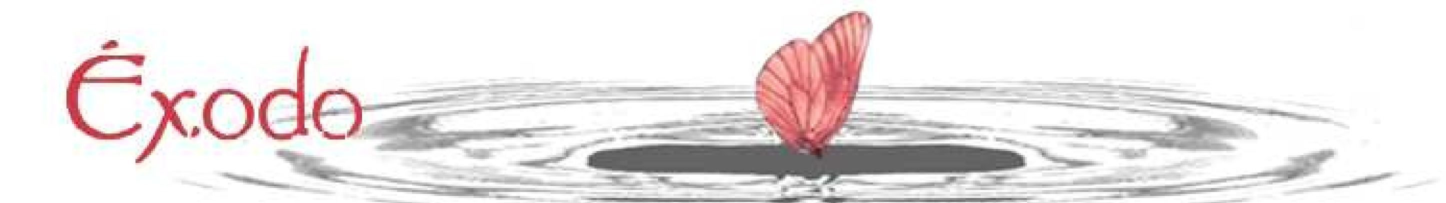
-Mira esas manchas, Lena; es demasiado –dijo, con la frente arrugada, atónito y preocupado al mismo tiempo. Alegar algo en mi defensa requería una fuerza que no tenía en ese momento, así que me di media vuelta en la cama, dándole la espalda.
-Buenas noches, Christian.
Su asombro fue aún mayor. Cerré los ojos y cuando volví a abrirlos, un par de segundos después, él estaba arrodillado de nuevo delante de mí.
-¿Por qué te estás haciendo esto, Lena? –Su voz era ahora un susurro-. ¿Por Flavio? ¿Por miedo?
Torcí el geste.
-Puede.
-No tienes que temer nada, te protegeré –dijo volviéndome a tomar mis manos.
Suspiré.
-Sé que debía estar asustada por todo lo que ha ocurrido, pero no se trata de eso –afirmé cerrando otra vez los ojos-. Es de mí de quien tengo miedo.
Aguardé su respuesta, pero, al no recibirla, volví a abrirlos. Él me miraba confundido.
-¿Qué esta ocurriendo? Si no me lo cuentas no podré ayudarte.
-Es que no puedes hacer nada.
-Deja que eso lo decida yo.
Sus ojos parecían suplicantes. Giré en la cama para contemplar el techo, sin parpadear.
-Claire Owen está en un psiquiátrico. La chica con la que aprendí a cazar, ¿la recuerdas? Está francamente mal. –Mi voz perdió fuerza-. No puedo soportar la idea de que sea por mi culpa.
Christian tomó mi rostro con sus manos.
-Lena, ¿eso es lo que te preocupa? Tú no tienes ni la fuerza ni la experiencia necesaria para llevar a un humano a la locura.
-Eso mismo dijo Lisange, pero Christian, si vieses cómo me miraba. Era como si me gritase que la culpable era yo…
-¿Has ido a verla? –Se puso de pie y agravó el tono de su voz.
-Tenía que hacerlo.
-No, eso no te ha ayudado a ti ni tampoco a ella –objetó enfadado.
-¿Cómo que no? Ahora veo las cosas desde otra perspectiva –afirmé sentándome en la cama.
-¡De la manera equivocada! ¡Te estás haciendo daño sin motivo! ¡Estás castigándote por algo que no has hecho!
-¡No viste esos ojos!
-Tendrás que fiarte de mí. –Volvió a sentarse a mi lado. Yo guardé silencio-. No debes visitarla. Tu presencia allí no le ayudará.
-¿Qué puede hacer, entonces?
La ansiedad cada vez era más patente en mí.
-Salir y alimentarte –respondió él-. Volverás a pensar con claridad.
-Ya, pero no quiero… ¿Podrías jurar que no he sido yo? –pregunté.
-Con total seguridad –me tomó de los hombros-. Debes hacerlo.
-Mañana –concedí al fin suspirando-, pero voy a necesitar tu ayuda.
-No dejaré que te escaquees –me advirtió.
-Lo sé –gruñí para mí misma.

Entonces, él se inclinó hacia los pies de la cama y se puso a desatarme los cordones de las zapatillas.
-¿Qué haces? –le pregunte confusa.



-Ayudarte. –A las zapatillas le siguieron los calcetines y luego la chaqueta. Me elevó con cuidado para poder abrir las sábanas y me metió en ellas arropándome con mucho cuidado. Le miré con una ceja levantada-. ¿Mejor? –me preguntó.
-Ya has hecho esto antes, ¿verdad? –Los párpados me pesaban cada vez más. Él no contestó-. Quédate conmigo, por favor…
Apoyó las manos sobre la almohada a ambos lados de mi cabeza, de modo que su rostro quedó frente al mío.
-Vas a buscarme problemas.
-Nada que no puedas superar –balbuceé entre sueños.
Sabía que no diría que no.
-Sólo por esta noche.
-Bien…
Se tumbó a mi lado, sobre la colcha, y me abrazó.
-¿Por qué no te he visto nunca dormir? –le pregunté.
-Después de ver tu reacción con mi pobre cazadora de cuero, me asusta lo que se te podría ocurrir comentar acerca de uno de esos… pijamas.
-Tú me has visto varias veces así, sobre todo desde que vivo aquí –alegué.
-Cierto, y en ocasiones no sabes lo duro que me resulta no reírme.
Abrí la boca, indignada.
-¿Cómo te atreves? No tienes derecho a burlarte de mí.
-Yo creo que sí.
Esbozó una sonrisita.
-Bien –dije sentándome en la cama, me tambaleé como si hubiera bebido más de la cuenta y cogí mi almohada-, me iré a dormir a otra parte.
Fui a levantarme, pero el brazo de Christian en torno a mi cintura me lo impidió. Intenté deshacerme de él, pero todo esfuerzo fue inútil. Me rodeó con su otra mano y tiró con delicadeza de mí, de modo que me hizo caer sobre él y me abrazó apretándome contra su cuerpo.
-Eres preciosa, Lena, te pongas lo que te pongas.
-¿Vas a responderme?
Sonrió aspirando con aire paciente.
-Yo no duermo.
-Ya…, claro.
-Es cierto, y no debería sorprenderte, tampoco es algo frecuente en Liam y Lisange.
-¿Qué quieres decir? –pregunté confusa.
-Que ellos no lo necesitan; tú sí porque eres demasiado joven.
-¿Y a ti te pasa lo mismo?
-Nosotros no dormimos, simplemente, porque no queremos.
-¿Por qué? –insistí.
-Tiene que ver con el corazón –explicó-; los latidos son demasiado dolorosos como para poder proporcionarnos paz. Los gritos vuelven a nuestros oídos cuando reina el silencio. Si nos mantenemos despiertos es más fácil ignorarlos.
-¡Pero eso es horribles! –Me aparté un poco de él para poder verle mejor el rostro. No respondió-. Te haré compañía –le dije incorporándome un poco.
-Lena, tú sí que lo necesitas.
-Ya no tengo sueño –mentí haciendo un esfuerzo sobre humano para mantenerme firme.
-Sigues si saber mentir.

Lo miré sin parpadear, en un intento por infundir fuerza a mis palabras, pero me cogió



de la cintura y me revolcó sobre él, con la cabeza recostada sobre su pecho, y empezó a mecerme entre sus brazos. Me dio un beso en la frente y comenzó a acariciar mis cabellos mientras los ojos se me cerraban, rendidos. Escuché el ritmo acompasado de su corazón; los párpados me pesaban cada vez más y más.

-No es justo –le dije en un balbuceo casi incoherente con las pocas fuerzas que me quedaban-, has hacho trampa.
-Es lo que ocurre cuando apuestas contra los malos.
-Te odio.
-Por fin dices algo sensato. –Rió entre dientes y me besó en la coronilla-. Duérmete.

Al día siguiente me alimenté obligada por Christian, pero desde entonces no había día en que no releyera el periódico tres veces en busca de algún indicio que probara que me había pasado de la raya.
Poe suerte, la amenaza de los guardianes solo era real por las noches, aunque Christian me recordara con insistencia el hecho de que nuestro encuentro en la montaña se produjera por la mañana, de modo que me hicieron prometer que, de salir sola, lo haría únicamente por lugares concurridos y, desde luego, nunca tras haberse ocultado el sol. También me había impuesto un toque de queda bastante estricto.

Sin embargo, esa mañana no había nadie en casa que me pudiera acompañar: Christian había ido a realizar los exámenes de su curso, Liam aún no había regresado de comprar el periódico y Lisange había vuelto a su adorada biblioteca. Pero no pensaba quedarme a esperar; podría estudiar, pero a esa hora no me apetecía nada de nada, así que salí a la calle sin rumbo fijo. Estaba nublado, algo que agradecí, y seguía haciendo calor, pero al menos era soportable. Dejé que mis pasos me guiaran, a qué lugar no me importaba. Necesitaba reflexionar sobre todo lo que me había ocurrido en los últimos días, pero lo que no esperaba era acabar sin darme cuenta frente a las puertas negras que flaqueaban la entrada de un cementerio.

La gente suele tener miedo de ellos. Hay muy pocas personas que de verdad se sientan bien en uno. Casi todos los demás se imaginan un terreno gris y seco, con lápidas viejas y estropeadas entre zarzas, árboles consumidos y seguramente una iglesia abandonada al fondo. No es de extrañar, teniendo en cuenta que el mayor temor del ser humano es la muerte y que los cementerios, con sus cruces y neblinas, son un símbolo indiscutible de ella. Era increíble que después de haberme enterado de lo que me había ocurrido no hubiese estado en ninguno. La verdad es que nunca me había planteado si en alguna parte del mundo habría una lápida con mi nombre escrito en ella. ¿Habría alguien poniéndome flores frescas o hablándole a la tumba vacía? ¿Tendría acaso una familia que aún se acordara de mí?

El caso es que aquel lugar no era siniestro no tenebroso. Era una agradable colina cubierta de césped muy bien cuidado, con árboles y plantas en flor. Incluso había pequeños bancos y caminos para que la gente paseara por allí. Me llamó la atención un pequeño grupo vestido de negro no muy lejos de donde yo estaba. Me aproximé hasta quedar a unos diez metros de ellos. Era un entierro, y sin muchos asistentes. No debían de llegar a las diez personas, sacerdote incluido.



-No es gran cosa –dijo una voz a mis espaldas-; los he visto mucho más emotivos.
Me volví y reconocí de inmediato a la mujer que había hablado. Estaba apoyada contra el tronco de un árbol, mirando exactamente en la misma dirección que yo.

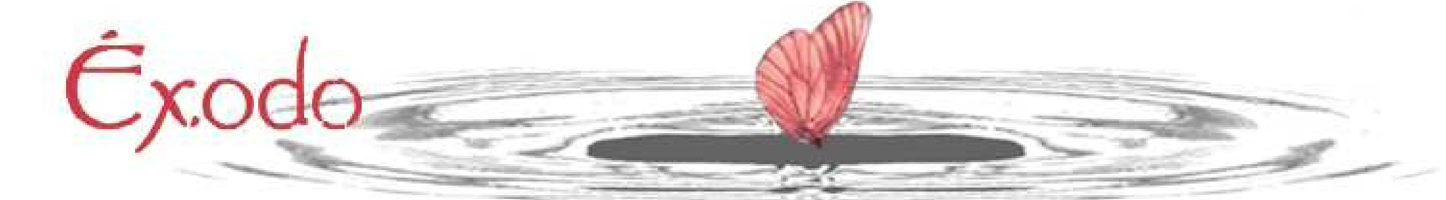
-Me alegra volver a verte, Lena.
-Hola, Elora.

El sentimiento no era mutuo; además, dudaba que sus palabras fueran sinceras.

-¿Has venido al evento? –preguntó con una sonrisa taimada señalando el corro de personas.
Me encogí de hombros poco después de que una variedad de sollozos llegara a mis oídos.
-La verdad es que no sé por qué estoy aquí.
Rió entre dientes de forma macabra.
-Eres mucho más despiadada de lo que imaginaba, Lena. Yo que pensaba que habías venido porque estabas arrepentida…
-¿Arrepentida? –repetí sin comprender-. ¿De qué?
-No finjas sorpresa, querida, llevo años en esto.
-No entiendo…

Bufó, me tomó del brazo y me condujo cerca del grupo de gente. Tampoco hubo quemazón por su roce.
-No me digas que no la reconoces –me susurró al oído con una leve sonrisa, señalando al gran marco de fotos que había en el centro.
Mi respiración se cortó de súbito y mi garganta se secó en ese mismo instante.
-Claire…,¿qué le ocurrió? –pregunte horrorizada.
-Dímelo tú.
-No he sido yo –me defendí volviendo la cabeza hacia ella, y la miré directamente a los ojos. Retrocedí hasta los arboles, no me sentía con valor para afrontar aquello. Elora apareció justo detrás de mí.
-No he dicho que fueras tú, Lena De Cote, aunque las evidencias…
-No he sido yo –repetí dándole la vuelta para encararme a ella.
-Te creo, pequeña fierecilla –dijo riendo.
Volví a mirar el grupo.
-¿La conocías?
-Por supuesto que no, yo elijo mejor a mis presas. –Volvió a apoyarse contra el árbol cruzándose de brazos-. Aunque sí que creo que es obra de un gran predador. Uno con un muy mal gusto, por cierto. Claro que ¿quién podría tener interés en que esa chica dejara de ser un estorbo?
-Tampoco ha sido él –le espeté sintiendo un horrible vacío en el estómago.
-Yo no he dicho nada –se defendió poniendo cara de fingida inocencia-, pero piensa en las probabilidades… Ningún gran predador en sus cabales utilizaría a un desecho como ese. Quien le hizo esto desde luego no fue para alimentarse.

Entorné los ojos, viendo de pronto sus intenciones.
-Intentas hacer que dude de Christian.
-¿Por qué iba a querer yo algo así? Aprecio a mi medio hermano, yo solo quiero su felicidad. –Puso los ojos en blanco-. O l que sea que quiera él.



-No ha podido ser Christian… -susurré para mí misma.
-Por cierto –dijo ella-, permíteme felicitarte por tu acción con ese ladronzuelo, no tuve ocasión de hacerlo en la fiesta.

Bajé la cabeza, cohibida.
-Fue un accidente, no quería hacerle daño.
Resopló de nuevo.
-Oh, vamos, Lena, no te lamentes por algo así, se lo merecía.
Hizo una pausa mirándome de arriba abajo.
-Tuviste mucha suerte, tú sola en ese callejón… ¡A saber qué otro tipo de criatura podría haber sido…!
-No se lo he contado a Christian, ¿cómo sabes todo eso?
Sonrió con suficiencia al ver mi mirada suspicaz.
-Puedo leer todo pasado, no hay un solo recuerdo tuyo o de cualquier otro ser que no pueda ver. –Me sentí cohibida, invadida. Ella se echó a reír-. Tranquila, hay ciertos momentos que no deseo ver. Aunque es increíble la forma en que registras tus encuentros con mi querido gran predador. En fin, siempre es un placer hablar contigo, Lena De Cote, pero he de alimentarme. –Inclinó en un gesto gentil la cabeza y añadió-: Hasta pronto.

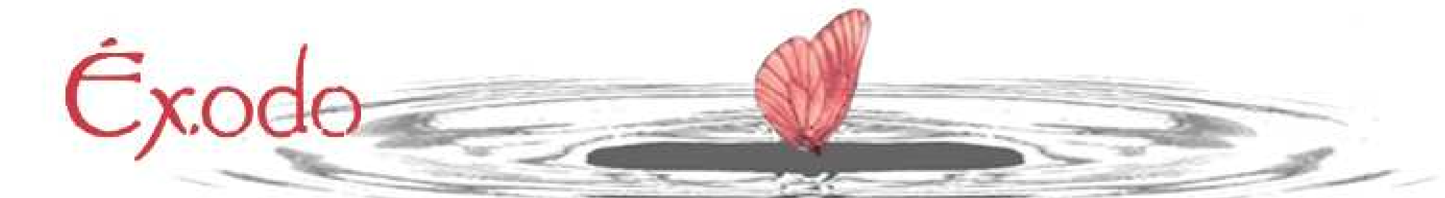
-¡Elora! –la llamé cuando ya se alejaba-. Si no la conocías, ¿por qué estabas aquí?
Se volvió hacia mí con una sonrisa torcida, más propia de Christian.
-Porque sabía que vendrías.

Se llevó los dedos a los labios, me lanzó un beso y sonrió justo antes de desaparecer entre los árboles.
Regresé a mi habitación como un huracán. Estaba frenética; ella solo intentaba ponerme en su contra. Pero sus palabras no servirían de nada, yo estaba completamente segura de que Christian nunca habría hecho algo así, aunque fuera un gran predador y a veces saliera su instinto más salvaje, y menos sabiendo lo mal que yo me sentía respecto al bienestar de Claire. Me estremecí al pensar en lo poco que le habría costado acabar con esa pobre chica. Pero ¿qué estaba haciendo? ¡Dudaba de él! No, no; él nunca, nunca, nunca haría algo así.

Abrí el periódico justo por la página, ahí estaba la terrible noticia. Me deje caer sobre la cama, releyendo una y otra vez ese artículo; incluso cuando ya me lo sabía de memoria seguí repasándolo y recordando las palabras de Elora. Pobre chica, qué mala suerte tuvo al cruzarse en mi camino esa mañana.

Con ese pensamiento rondando en mi cabeza, caí en un profundo sueño…

Me encontraba en mitad de un campo muy seco, caminando por un estrecho sendero. Mo sabía porqué me encontraba ahí, solo que le buscaba con desesperación. Estaba sola, tremendamente sola, y me sentía pequeña e impotente, con miedo. Oía sus latidos, pero no podía verle a él. Seguí el sonido, atravesando arbustos y matorrales e internándome en una espesura repentina. Las pulsaciones cada vez más débiles, más apagadas. Si dejaba de escucharlas, le perdería para siempre. Grité su nombre, buscándole. La luz se apagaba conforme el silencio se iba extendiendo. De pronto, me hallaba enredada en un gran zarzal, podía notar cómo cada espina se me clavaba en la piel. Contemplé mis



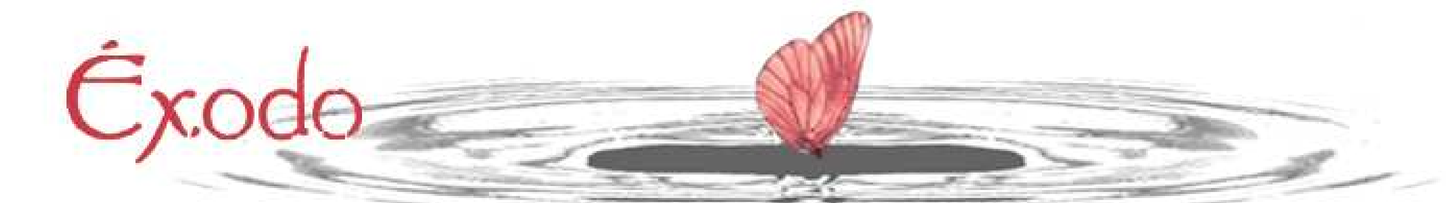
manos, de ellas brotaban numerosos senderos de sangre. Un segundo después, el zarzal ya no existía y volvía a estar en mitad del árido camino. Corrí en su dirección, si avanzar ni un centímetro. Yo corría, pero él ni siquiera se daba cuenta de que yo estaba allí y se alejaba cada vez más de mí, sin moverse.

Entonces caí, y de pronto estaba frente a él. Pero retrocedí un paso; era distinto, era un Christian completamente diferente. Tenía mirada rojiza y pupilas alargadas, como las de una serpiente. Grité, pero ningún sonido salió de mi garganta, ni un gemido. Su camisa blanca estaba ensangrentada a la altura del pecho, y entonces me fijé. No miraba al suelo, sino un corazón que latía entre sus dedos, cada vez más cansado, cada vez más muerto. Él me miró con esos ojos que no conocía y me hablo: «Yo sólo deseo hacerte feliz, Lena». Me rodeó el cuello con una mano y lo apretó con fuerza. El aire dejo de llegar a mis pulmones. Intenté deshacerme de su garra, pero cualquier esfuerzo fue inútil. Una densa bruma comenzó a rodearme. Todo empezaba a estar borroso. Volvió a hablarme, pero sus labios ya no eran como siempre, sino que estaban manchados de sangre. Me horroricé al ver que se curvaban para formular sus últimas palabras: «Pero las bestias no aman». Me miró con esos ojos que tanto amaba y, a continuación, sentí una descarga por todo el cuerpo.
Abrí los ojos e inhalé aire desesperadamente. Lo observé todo a mi alrededor, desorientada en un primer momento, estaba sentada en el centro de la cama y me rodeaba el cuello con ambas manos. Poco a poco, las aparté y respiré. Tenía la boca empalagosa y sentía un fuerte nudo en la garganta. Intenté calmarme. Solo había sido un estúpido sueño. Mi respiración volvió a la normalidad. Rodee las mantas con mis brazos y me quedé ahí, contemplando la nada. No pude volver a dormirme en toda la noche. Las palabras de Elora me habían perturbado; estaba segura de que por eso había tenido aquella pesadilla.

Al día siguiente, Liam, con la ayuda de Christian, tapó con maderas todas las ventanas y cualquier acceso a las habitaciones que no ocupábamos. Su intención era aparentar que habíamos abandonado la casa en ese estado y, según él, no debíamos dar muestras de que seguimos en ella, por lo que nos vimos obligados a tener que pasar las noches con velas.

Lo único que tenía todo eso de bueno era que Christian no se separaba de mí; me prestaba aún más atención de la que había mostrado antes e intentaba complacerme en todo lo que podía para que yo alejara cualquier temor de mi mente.

-Estudia –me susurró mientras colocaba un pequeño candelabro a mi derecha-, solo te quedan dos días para los exámenes.
-Creo que podría recitarlo al revés –dije aburrida mientras cerraba un gran tomo de historia universal-. ¿Cómo es posible que recuerde lo que estudié a lo largo de toda una vida y no quién soy?
-Date tiempo, Lena, lo descubrirás.
Puse los ojos en blanco.
-Ya…, claro…
-Sí, pero ahora debes aprobar.
Se acercó a mí y volvió a abrirme el libro.
-La historia es entretenida –defendió hojeando las páginas.
-Para ti que la has visto en primera persona –alegué poniéndome de pie.



-Te sorprendería saber la cantidad de gente como nosotros que pueblan estas páginas.
-¿En serio? ¿Cómo quién? –quise saber volviéndome hacia él.
-Desde faraones hasta políticos y pintores famosos. –Captó totalmente mi atención, sentía gran admiración por la civilización egipcia-. La gran mayoría de los famosos saqueos de tumbas son solo un mito, al igual que la destrucción de las momias; muchas de ellas no se encontrarán jamás.
-¿A qué te refieres?
-Algunos eran ciertos, pero en más de una ocasión se fingían. Se decía que habían robado o destruido el cuerpo de algún miembro de la familia real para justificar la desaparición del cuerpo al convertirse en lo que somos. En realidad no fueron muchas las auténticas profanaciones.

-¿Eso significa que podría cruzarme con un gran faraón sin saberlo?
Torció el gesto.
-Sería complicado, han pasado miles de años. Lo normal es que los más longevos se reúnan en colonias o congregaciones; no pueden mezclarse con la gente porque han llegado a un punto en que no pueden soportar los cambios de la humanidad. Cuanto más tiempo pasa, más difícil resulta asimilarlo todo y adaptarse. Aunque por esas fechas no había ningún tipo de control sobre las transformaciones, la mayoría de los faraones ya han muerto, si es eso lo que te interesa.

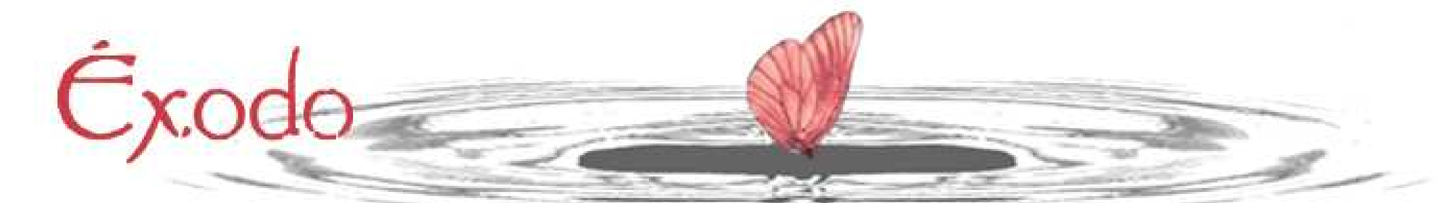
Me dejé caer en la cama, seguía cansada pero ahora sí que era algo físico. Necesitaba dormir de verdad. Christian me cerró el libro, lo depositó en el escritorio junto a la ventana y se sentó a mi lado.

-No creo que estés preparada para hacer esas pruebas.
-Es una de las pocas ocasiones en las que coincidimos en algo. –Reí.
-Me pregunto por qué vas a hacerlos si no te interesa.
Inhalé una gran bocanada de aire.
-No es eso, Christian, es simplemente que hay un millón de cosas por encima de unos exámenes en este momento; pero Flavio quería que los hiciera, y también Lisange. Suena estúpido, pero creo que es lo único que puedo ofrecerle.

Bajé la mirada.
-No es estúpido, tal vez incluso los apruebes…
-¿Quién sabe? –Sonreí.

Se acercó y me deposito un beso en la frente. El ardor no fue tan intenso a pesar de haberme alimentado recientemente; tampoco debió serlo para él porque no se detuvo ahí, fue descendiendo hacia mi cuello, pero entonces, cuando su mano me rozó la garganta, todos mis músculos se contrajeron. Esta vez no tuvo nada que ver con lo nerviosa que me ponía su cercanía o con el ardor que me producía su piel, sino con el recuerdo de una pesadilla que aún no había abandonado mi mente. Y entonces, por primera vez, deseé que se alejara todo lo posible de mí. Christian se detuvo, alertado por la tensión de mi cuerpo, y me miro a los ojos, indagando en mi interior de forma desconcertante, y entonces sus ojos se entornaron, su ceño se frunció y una mueca de decepción cruzó su pálido rostro. Lentamente, apartó la mano de mí.

-Me tienes miedo –susurró enderezándose.



Me senté de nuevo en la cama. Quería decirle que no, pero las palabras se quedaron atascadas; no fui capaz ni siquiera de mirarle. No tardó ni medio minuto en interpretar mi silencio. Tartamudeé algo intangible, pero ni yo misma sabía qué quería decir. Él salió de la cama.
- Han pasado muchas cosas –alegué a modo de pobre disculpa.

-¿De qué acontecimiento en concreto estamos hablando?
No podía soportar cómo me clavaba esa oscura mirada. Me levanté y me apoyé en la ventana.
-Tuve un sueño –confesé al fin.
-¿Qué clase de sueño?
-Decírtelo solo complicaría las cosas, aún debo buscarle un significado –dije inclinando la cabeza.
-¿Tiene acaso algo que ver con Claire Owen?
Abrí muchos los ojos, ¿cómo lo sabía?
-¿Por qué dices eso?
-Por el recorte de periódico junto a la cama. –Señaló la hoja doblada caída entre la cama y la mesilla de noche. Había sido un descuido dejarla ahí-. ¿Acaso crees que fui yo? –preguntó de forma calmada, pero un deje afilado en su voz me alertó.
-No lo sé…, es bastante posible.
-Así que piensas que le haría algo a ella después de asegurarte que nada malo le ocurriría…
-Entonces niégalo –le insté-, prométeme que no tuviste nada que ver.
-Eso no servirá, Lena, y lo sabes, tu desconfianza viene de un lugar más profundo, nada te impedirá creer que te he vuelto a mentir.
-¿Y haría mal?
Durante un momento, no pronunció palabra. Se limitó a mirarme fijamente a los ojos, sin mostrar ni un leve titubeo.

-No –sentenció al fin muy serio-, todas tus dudas son ciertas. Soy un gran predador, un animal. No te quiero ni siento por ti nada más que desprecio porque no soy capaz de sentir ninguna otra cosa. Finjo que no es así porque forma parte de otros de mis juegos. De hecho, regreso cada día a mi casa para contarle al resto de los míos lo fácil que ha sido que los De Cote me abrieran sus puertas. Lo fácil que fue acabar con la patética vida de Claire Owen para que tú te mostraras aún más vulnerable y así continuar torturándote poco a poco, porque eso es lo que hago. Te lo he dicho desde le principio, aunque te niegues en creerlo, pero eso también forma parte del juego. Yo llegué en el momento adecuado, cuando más frágil eras, y te apoyaste en mí. Te enseñé a ser algo que aborreces haciéndote creer que no había nada malo en ello. Vi en nuestro pacto una nueva diversión que no se me había planteado nunca antes. Me gané tu confianza, te abandone sabiendo que no cumpliría con mi parte del trato porque confiaba en esto, en estar en este mismo lugar en este mismo momento, en una caza de cazadores, ¡en la de los De Cote! Solo una insignificante puerta me separa de bajar y abandonar a la más satisfactoria diversión si así lo deseara. Y tal vez lo haga en este mismo momento.

-¿Por qué me cuentas eso? –pregunté con voz temblorosa. Todos mis temores habían sido confirmados, ¡y con qué frialdad! Sentí como la parte que aún confiaba en él se desinflaba lentamente hasta desaparecer.

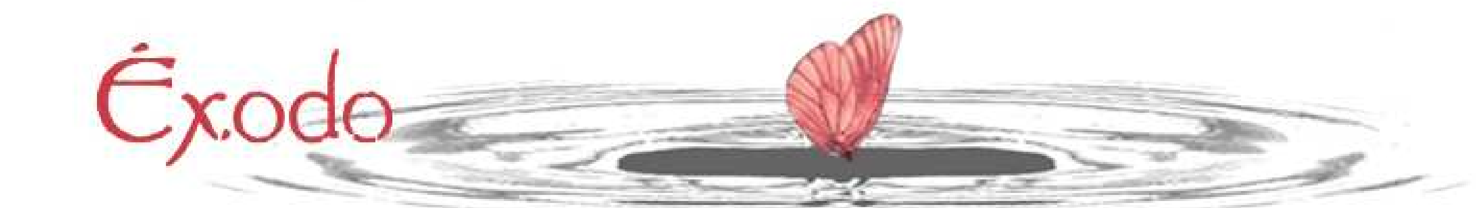


-Porque es exactamente lo que deseas escuchar; es lo que has ansiado desde que me marché.
-Y tenía razón.

-Tal vez. Lo cierto Lena, es que nada me impide hacerlo, excepto tú y el hecho de que aun me queda humanidad, y ese castigo ha provocado que irremediablemente me sienta obligado a evitar que sufras, a humillarme de forma continua frente a ti, a verme a obligado a depender de tu bienestar. Puedes creer todo lo anterior si quieres, nada te lo impide. Pero todo lo que te dije aquella noche era cierto. Si vas ha fiarte de algo, entonces, créeme cuando te digo que sería mil veces menos doloroso arrancarme el corazón aquí mismo que permanecer a tu lado un solo minuto más y, aun así, mil veces más insoportable la idea de no sentirlo. –Solté el aire que había estado aguantado en los pulmones-. Yo no lo hice daño a esa chica, Lena.

Avancé dos pasos hacía él y me abracé a su pecho. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía tranquila.

-Gracias.



# CAPÍTULO 26

**Estudiar demasiado puede alterar gravemente la imaginación**

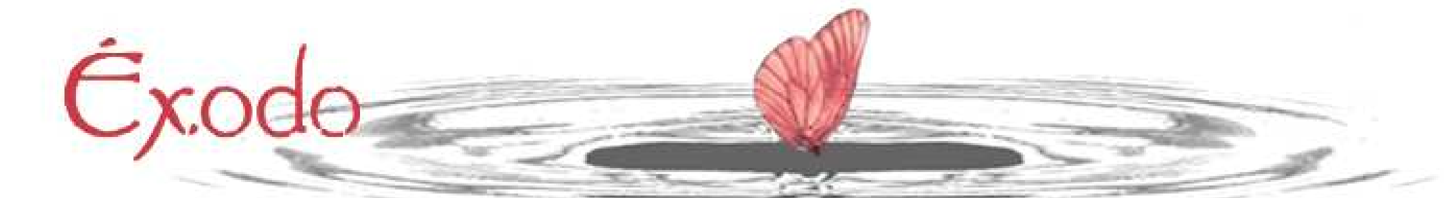
El día antes de comenzar los exámenes, el nerviosismo creció entre todos nosotros. Imaginaba que Lisange estaría frenética, que durante unas horas se evadiría de todos los problemas que nos rodeaban, embargada por la emoción del día que tanto había estado esperando, pero no fue así. Esperaba poder alegrarme de verla feliz, de contemplar un pequeño reflejo de lo que era ella antes de lo de Flavio, pero se mantuvo fría. Se había preparado a conciencia para esas pruebas con un entusiasmo sobrecogedor y, en cambio, ahora parecía como si fuera un simple trámite, algo que se veía obligada hacer para salir adelante, y eso me dolió.

Mi entusiasmo por las pruebas era mínimo, pero había sido así desde el principio. En cambio, era algo que consideraba necesario; no sabía a qué deberíamos enfrentarnos si de verdad nos cambiábamos de ciudad y era lo único por lo que había estado "luchando" desde que desperté, sin contar mi relación con Christian. También Lisange había tenido mucho que ver; haberla escuchado tantas veces hablar de esos exámenes hacía que ya los sintiese como una obligación y ahora necesitaba pensar que había hecho bien algo. Además, era lo único que podía ofrecerle a Flavio en honor de las "clases" que me había dado.

Al parecer, las pruebas serían en la universidad debido a un cierre temporal del colegio por una inoportuna plaga. Lisange insistió en estar ahí a primera hora, pero, por desgracia, un autobús se averió en mitad de la avenida principal y llegamos diez minutos después de la apertura. Eso era una fatalidad para ella. Observarla revolverse en el asiento a la espera de que le entregaran su primer examen me hizo sentir bien, en el fondo sabía que deseando ese momento.

A pesar de haber un curso de diferencia entre ambas, compartíamos el aula del examen. Éramos más bien pocos los que nos presentábamos de esa manera, así que utilizar una sala por año académico parecía una tontería. Rogué con todas mis fuerzas para que en literatura no preguntaran sobre Shakespeare así que respiré aliviada cuando vi que se trataba de Kafka.

Cálculo fue horrible, un desastre de magnitudes astronómicas. Ya empezaba a escuchar a Christian en mi cabeza diciéndome lo mala que era por no haberme esforzado más. Pero, para ser sincera, en las circunstancias en las que me encontraba, mi nueva



situación en el mundo y el poco tiempo que había tenido para estudiar, ¿qué esperaba?

Mi último examen del tercer día era el único que no compartía con Lisange: Historia. Ella decía que no podía enfrentarse a esa asignatura porque era incapaz de contar las cosas tal y como las ponían en los libros; el hecho de haberla vivido en primera persona hacía que su forma de contarla fuese bastante distinta, así que había preferido examinarse de Filosofía, que empezaba una hora más tarde que el mío.

Concentrarse en una hoja de papel cuando hay tantos sonidos a tu alrededor es un proeza digna de medalla, pero lo estaba haciendo bastante bien, por lo menos hasta el momento. Poco después de empezar ese último examen, capte unos pequeños golpes contra lo que parecía una tubería de metal. Agudicé el oído; eran toques lentos y uniformes que parecían… campanas.

Alcé la vista y miré a mi alrededor; parecía que nadie más lo había escuchado. Sacudí la cabeza e intenté volver a concentrarme en la página que tenía frente a mí. La guerra de independencia de 1898. Intenté recordar. “La guerra de 1898 se desató entre España y EE. UU. –comencé a escribir- durante el reinado de…” me puse nerviosa, había vuelto a sonar.

- ¿Algún problema, señorita… -miró una lista- De Cote?

El noventa por ciento de la gente que había en el aula se volvió para mirarme, el otro diez por ciento aprovechó para echar un vistazo a sus chuletas.

- Ninguno. –Me aclaré la garganta y volví a escribir.

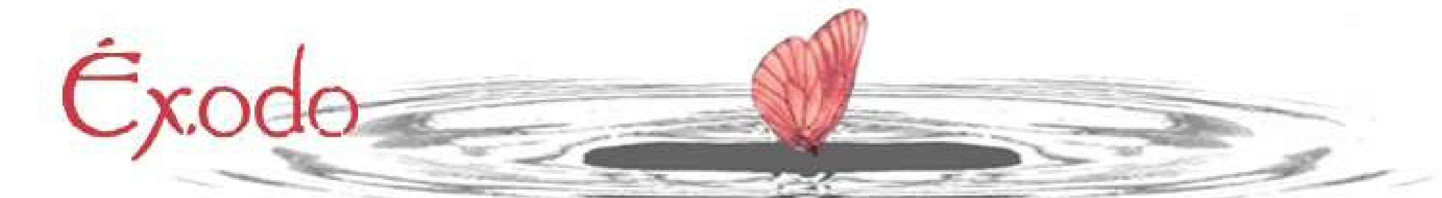
Por suerte, pude terminar el examen sin que ese sonidito volviera a interrumpirme. Entregué mi ejercicio y salí fuera del aula.

Miré el reloj, Lisange aún estaba en mitad del suyo y solo tenía que esperarla poco menos de una hora. Tenía tiempo para dar una vuelta y regresar justo cuando ella saliera; también podía llamar a Christian, la hora pasaría volando si hablaba con él. Me descolgué la mochila para coger el móvil, pero todo mi cuerpo se puso en tensión. Ahí estaban de nuevo las campanadas. Me estremecí.

No había nadie cerca que también pudiera haberlo oído; todo estaba muy silencioso y desierto. ¿De dónde saldría aquel ruido? Busqué a mi alrededor y mi mirada se detuvo en el techo; sin duda, procedía de alguna planta superior. Me mordí el labio pensando a toda velocidad. Volví a colgarme la mochila al hombro y me dirigí escaleras arriba en busca de su origen. Eran tan sutiles que el ser humano no era capaz de apreciarlas, pero no podía esperar hasta que Lisange saliera de su examen. Sentía demasiada curiosidad.

Subí hasta el piso más alto y paseé por toda la planta, pero allí no había nada.

Resignada, iba a descender cuando encontré unos peldaños que conducían a un piso más arriba; era increíble que no me hubiera dado cuenta. Quizá se debiera a que quedaban ocultos entre las sombras del pasillo. Dudé y eché un vistazo hacia arriba a través del pasamanos, allí había luz. Eso me ayudó a decidirme. Subí. La zona estaba en desuso,



desierta, y en algunos tramos faltaban baldosas, y las paredes del corredor principal que conducía a las aulas laterales estaban desconchadas por algunas partes. Las luces parpadeaban.

Escuché mis pasos sobre los azulejos rasgados. El sonido de campanas vaciló y se apagó, pero yo aún podía escuchar los sutiles restos de la vibración en el ambiente. Procedía de la puerta más alejada, la única que estaba enfrente y no a ambos lados del pasillo. Me acerqué a ella, con sigilo y sin respirar. Estaba cerrada. Puse una mano en el picaporte, pero me detuve un instante para meditar lo que iba a hacer. Sentí un pequeño temblor en todo mi brazo, pero me obligué a ignorarlo. Tomé aire y la abrí.

Dentro estaba oscuro, incluso demasiado para mí. De nuevo, más silencio. Tanteé la pared junto a la entrada, buscando un interruptor. Lo encontré, pero no funcionaba. La luz del pasillo iluminaba el interior de forma desigual debido al parpadeo. Mi respiración era irregular, aguanté el aire para que el ambiente dejara de ser tan tétrico, pero me llevé una mano a la boca cayendo de pronto en algo: yo había dejado de hacerlo antes de entrar en la sala, pero el jadeo continuaba. Me alerté. Allí había alguien más, observando. Una sombra pasó veloz por mi espalda. Me di la vuelta, sobresaltada.

- ¿Hay alguien ahí? –susurré a la oscuridad.

El soplo cesó, pero los golpes volvieron a sonar. Estaba en lo cierto, procedían de esa habitación, pero ya no me parecía una buena idea haber subido a averiguar qué era. Entonces, me percaté de algo que no había escuchado antes: el latir de un corazón. Era muy débil y se movía de forma irregular; no era humano, eso lo tenía claro. ¿Cómo no lo había escuchado antes? Retrocedía hacía la salida, cuando escuché otro; eran ya dos. Salí al pasillo dispuesta a regresar; no había duda de que había sido una equivocación.

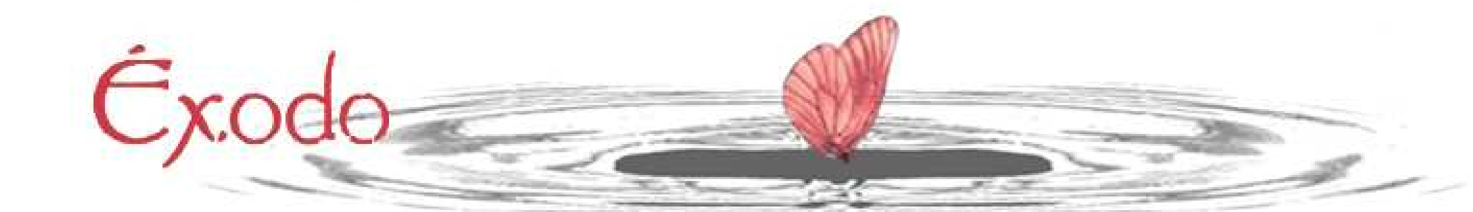
Las campanadas se acrecentaron; parecía que entonaban una melodía fúnebre. Me alejé de esa puerta y volví a respirar para intentar calmarme, pero no sirvió de nada. En ese momento, percibí un olor, fuerte y desagradable, y el miedo se apoderó de mi cuerpo; todos mis músculos se contrajeron, acongojados. De pronto, sentí otra sombra por detrás. Me volví, aún más asustada, y entonces todo se sumió de nuevo en el silencio. Esta vez sí que podía escuchar mi propia respiración.

Las luces parpadearon de forma más frecuente hasta que finalmente se apagaron. Miré a mi alrededor, buscando con los ojos alguna figura o, más bien, temiendo encontrarla. De nuevo volvieron las respiraciones y el primer corazón, luego el segundo y, para mi horror, un tercero. Eran tres y me rodeaban. Los notaba cada vez más y más cerca; su aliento me provocó un espeluznante escalofrío que recorrió todo mi cuerpo y, de repente, todas las bombillas del pasillo estallaron. Grité de forma inconsciente y salí de allí corriendo mientras los fragmentos me caían por encima. No me atreví a mirar atrás; seguí por el largo pasillo hasta llegar a la seguridad de las escaleras. Bajé muy deprisa. Había sido estúpido subir allí yo sola; ¿qué me creía? ¿Una heroína? ¡Por favor!

Cuando llegué al segundo piso me detuve. Ya no se oía nada, nada de nada. Me miré los hombros, pero no había restos de cristal, ni trozos que pudieran haber caído del techo. Alcé la vista hacía arriba; todo estaba en silencio.

Tuve que pensar muy seriamente lo que hice a continuación; me armé de valor, algo muy poco propio en mí, y volví a subir. Al parecer, soy lo bastante tonta como para no aprender de mis errores. Pero me detuve un instante antes de doblar la esquina que conducía al largo pasillo por el que acababa de escapar corriendo de tres seres que desconocía. Tomé aire y, poco a poco, asomé la cabeza.

Mis ojos se abrieron como platos, todo estaba en orden; incluso las luces permanecían encendidas y sin parpadeo alguno. No era posible, ¿de dónde había escapado yo, entonces? Me apoyé contra la pared, ¿a cado me estaba volviendo loca?



# CAPÍTULO 27

**En la boca del lobo**

Algo me rozaba la mejilla. Abrí lentamente los ojos, acostum-brándolos a la luz. Lo primero que encontré fue a Christian que me miraba sereno mientras me acariciaba. Sin darme cuenta, mis labios se curvaron en una sonrisa, era agradable ver aquel rostro tan perfecto nada más despertar, aunque no se trataba solo de eso: todo había cambiado para mí desde nuestra última gran conversación, escuchar de su boca todos mis miedos había tenido el mismo efecto que un gran jarro de agua fría. Cuando los enumeró, uno por uno, el temor se apoderó una vez más de mí, pero ahora parecían casi absurdos. No sé, es extraño cómo algo puede parecerte tan vital, tan preocupante, y al día siguiente considerarlo una tontería. Que yo me librara de esas dudas, el hecho de que habláramos de forma abierta de ello, había significado un gran cambio, ahora estaba segura de que no cometía ningún error al confiar en él y eso era algo que necesitaba de verdad.

Desde que regresó, o incluso antes, había estado a su lado todo el tiempo, pero con recelo. ¿Cómo se le dice a alguien a quien quieres por encima de ti misma que no puedes confiar en él, que tienes miedo de que te haga daño, de que sea un monstruo y tú solo uno más de sus retorcidos juegos? No, no era nada fácil. Pero ahora me alegraba de que esa inseguridad se hubiera esfumado, ahora únicamente quedaba lo mejor, ese sentimiento que por alguna extraña coincidencia él también compartía: amor.

A pesar de que intentara esconderlo, yo sabía que todavía existía algo más que le mantenía un poco alejado, no en el sentido físico, sino en el emocional. Se supone que, cuando quieres a alguien sientes una confianza y una trasparencia casi plena, pero, por alguna razón que yo desconocía, Christian se negaba en rotundo a derribar el muro que desde su regreso había comenzado a construir entre ambos. Y ahora no me cabía la menor duda de que se trataba solo de una demostración más de su afán por protegerme de él mismo.

—Estás preciosa recién levantada.

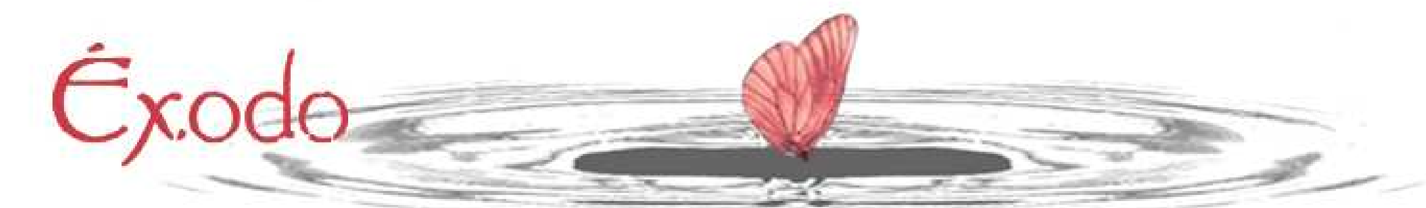
Evité sus ojos, avergonzada, y al volverme capté un olor nue¬vo. Busqué con curiosidad de dónde provenía aquel aroma, pero no me costó mucho encontrarlo. Su mano sujetaba con delicadeza un lirio blanco con el que rozaba mi piel.

—Veo que has conseguido colarte otra vez aquí dentro —comenté.

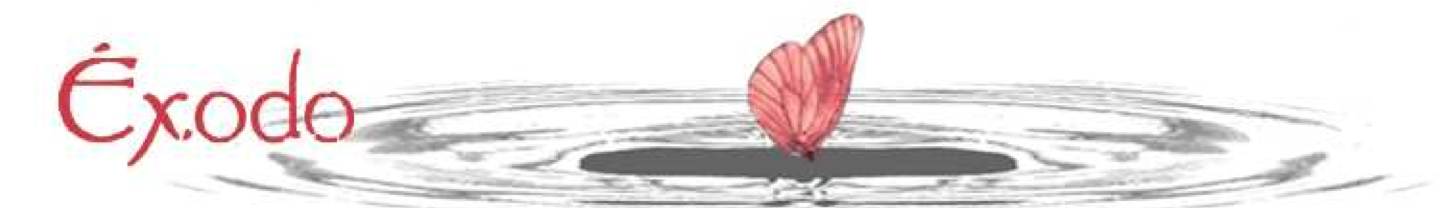
—Cada vez se me da mejor —dijo riendo entre dientes.

Acaricié con cuidado uno de los delicados pétalos, tenía una textura fresca y aterciopelada.

—Me alegra que hayas venido a despertarme. —Contemplé la flor y luego a él—. Es preciosa.

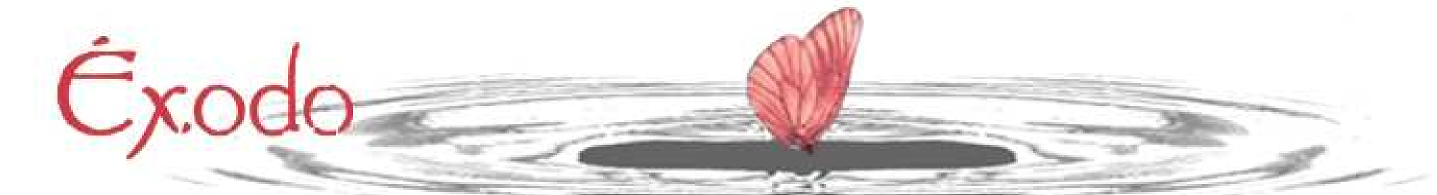


—No tanto como tú.
Le rodeé el cuello y lo atraje hacia mí, haciendo que su cuerpo cayera sobre el mío, pero él estiró los brazos para asegurarse de que no tendría que soportar ni un gramo de su peso. Nos contemplamos el uno al otro durante unos segundos, sin parpadear.
—Me gusta tu forma de decir «Buenos días» —murmuró ampliando la sonrisa.
Dirigió su atención a la camiseta de mi pijama, que se había subido un poco dejando al descubierto parte de mi vientre, arqueó una ceja de forma seductora, e hizo una mueca juguetona.
—Mmm...
A continuación, descendió lentamente y me besó por encima del ombligo, haciendo que me estremeciera.
—No deberías hacer eso —avisé respirando con dificultad. — ¿Por qué?
La sensación de su aliento en mi piel provocó una descarga que me recorrió todo el cuerpo.
—Hay zonas que aún no están acostumbradas a ti —dije con tono inocente, refiriéndome a la quemazón.
— ¿Te hago daño? —preguntó preocupado.
—No, no lo sé —reconocí—, creo que es... agradable, por sorprendente que parezca.
—Bien.
Me dedicó una de sus sonrisas más atractivas y subió para besarme el cuello.
—Como sigas haciendo eso te aseguro que no responderé de mis actos.
Los latidos de su corazón se aceleraron. —Veámoslo pues.
Se dirigió a mi hombro y desde ahí trazó con los labios una trayectoria hasta la frente, captando el rastro que había dejado el lirio. Luego exhaló aire lentamente y descendió de nuevo para mirarme a los ojos. Me pasó una mano por la cintura, acariciándome mientras ascendía con suavidad, mi respiración estaba desbocada. Pero de pronto se detuvo, alguien había llamado a la puerta. Ambos giramos la cabeza en su dirección y Lisange apareció recortada contra la luz que inundaba el pasillo al otro lado de mi habitación. Me tensé de la vergüenza y me metí, aún más, bajo las mantas, intimidada por el modo en que nos había encontrado a Christian y a mí. En cambio, él no parecía cohibido ante el rostro severo de Lisange.
— ¿Qué haces aquí, Christian?
Oh, no...
—He venido a despertar a Lena, igual que tú, imagino.
—No creo que Liam apruebe que hayas venido aquí para hacer... eso. —Guardó silencio durante un instante para darle mayor dramatismo a la situación—. Es tarde, será mejor que salgáis ya de aquí.
—Danos cinco minutos, por favor —pidió él educadamente.
—Por supuesto —añadió con voz agria antes de cerrar la puerta.
—En mi casa no ocurren estas cosas— soltó Christian dándose la vuelta y saliendo de la cama.
—Juro que un día de estos la encerraré en un armario —bufé; estaba muy enfadada con ella.
—No creo que sirviera para nada —apuntó él.
—Da igual, me sentiré mejor.
Me levanté y lo abracé por la espalda, pero él estaba ofuscado en algo, se le notaba.
—Haces que mi autocontrol se quiebre. Sonreí.
—No me ha parecido tan malo.
Negó con la cabeza y se deshizo con cuidado de mis brazos.

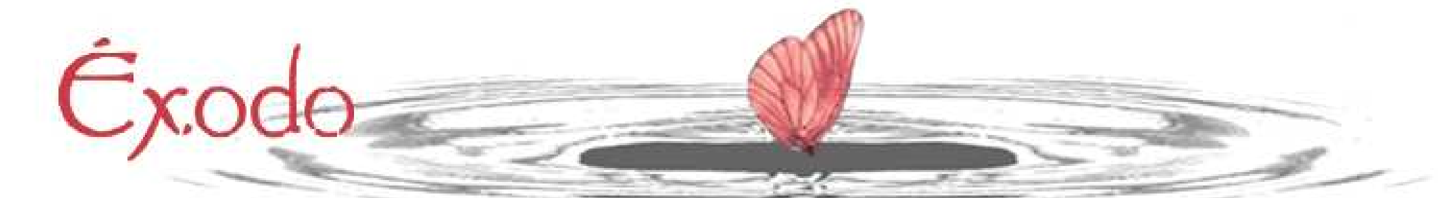


—Lisange tiene razón; he venido aquí por otras razones.
— ¿Desde cuándo obedeces a cazadores? —refunfuñé.
Me dejé caer sobre la cama, cubriéndome la cabeza con la almohada, pero él se acercó y me la quitó de la cara.
—Tengo que irme, pero volveré pronto —prometió, ignorando mi pregunta.
—Ni hablar. —Tiré de nuevo de él haciéndole caer sobre las sábanas—. Hoy eres solo mío.
Me apoyé sobre su pecho, aprisionándole contra el colchón.
—Solo serán un par de horas.
— ¿A dónde vas? —quise saber.
—A mi casa, tengo que recoger mis cosas. Liam ya me ha prestado su ropa durante demasiado tiempo. —Llévame contigo —pedí. —No. Es peligroso. —alegó.
—Ya he estado ahí antes —señalé separándome un poco de él.
—Y tuviste mucha suerte de salir más o menos ilesa. No eres consciente de lo que podría haber ocurrido.
—Pero ya les conocí en la fiesta —le recordé—; además, iré contigo, no pasará nada.
Suspiró.
— ¿Qué tiene de interesante una casa repleta de grandes predadores?
La verdad es que no esperaba encontrar nada especial allí, lo que no quería era separarme de él.
—Me gustaría ver dónde vives —mentí encogiéndome de hombros—. Por favor...
Puso los ojos en blanco al ver mi puchero y miró su reloj.
—Solo si te preparas en menos de cinco minutos. Espero que hayan salido todos a alimentarse.
Sonreí triunfal.
— ¡Hecho!
—Te esperaré abajo —dijo levantándose de la cama y dirigiéndose hacia la puerta.

Me apetecía arreglarme para él, pero, por desgracia, debía darme prisa, así que me conformé con unos vaqueros, una camiseta algo ajustada y unas sencillas zapatillas blancas. Como toque final, dejé caer el pelo libremente a ambos lados de la cara. Eché un fugaz vistazo al espejo; teniendo en cuenta el escaso tiempo que había tenido, no estaba mal del todo.
Cuando bajé, vi que los ojos de Christian recorrían con especial atención el conjunto; parecía que, como mínimo, había acertado al vestirme.
— ¿Es algún tipo de venganza? —me susurró poco después al oído refiriéndose a mi aspecto.
—Eres tú el que juega sucio —le respondí.
El negó con la cabeza, fingiendo preocupación.
—No me lo estás poniendo nada fácil —aseguró. —Nadie dijo que fuera a serlo. Torció una sonrisa.
—Tú y yo tendremos una pequeña conversación más tarde. —Su tono era divertido, pero con cierta picardía a la vez. En ese momento, Caín apareció en lo alto de las escaleras y saltó a nuestros pies, nos rugió y salió corriendo hacia la sala—. Hasta el gato se está volviendo loco —comentó Christian con tono sarcástico siguiéndole con la mirada.
—Hacía días que no lo veía —reconocí—. Pobre, debe de sentirse muy solo sin Goliat.
—Lena, es un gato, lo superará —bufó él.

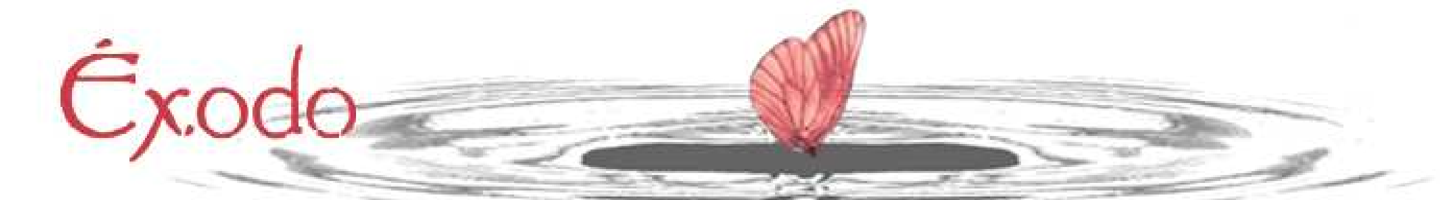


Me crucé de brazos.
— ¿Por qué eres tan insensible?
—Es un talento natural.
Liam entró de pronto en el recibidor; deambulaba como si fuera una sombra, oscura y moribunda. No era difícil advertir que no había vuelto a ser el mismo desde la muerte de Flavio. Deseaba poder hacer algo para mitigar su sufrimiento, pero su relación conmigo se había enfriado debido a la constante presencia de Christian en la casa. Me había asegurado que no tendría que elegir, pero yo tenía la impresión de que me habían obligado a hacerlo, y odiaba esa sensación.
—Christian —le detuve cuando íbamos a salir—, ¿te importa esperarme fuera un momento?
No le costó ni un segundo adivinar el motivo por el cual quería retrasarme un poco, así que asintió y desapareció tras la puerta.
—Liam —le llamé—, ¿podemos hablar? Se volvió hacia mí, despacio. — ¿Qué ocurre, Lena? —me preguntó con calma. — ¿Cómo te encuentras? —La verdad es que no sabía cómo empezar.
—He tenido siglos mejores —contestó.
—Liam...
—No debéis preocuparos por mí, Lena —me interrumpió—; todo está bien. —No era cierto, puede que no lo conociera como a Lisange, pero no me hacía falta para saber que él no estaba mejorando—. La muerte forma parte de nosotros —alegó—, es algo que debemos aceptar. Flavio murió, no hay nada que podamos hacer para cambiar eso, y lamentarnos tampoco va a ayudarnos a seguir con esta vida. Además, la situación en la que nos encontramos es delicada, ahora hay otras cosas en las que pensar.
—Quiero ayudarte —insistí.
— ¿Y cómo vais a hacerlo, Lena? —preguntó con voz débil—. No hay forma de cambiar lo que ha sucedido.
Guardé silencio. El aspiró aire con pesar.
—Christian os está esperando —me recordó—. No hagáis impacientar a un gran predador, sería una imprudencia.
Fruncí el ceño.
—Aún no comprendo por qué le has permitido quedarse.
Dirigió la vista hacia la pared, seguro que hacia el lugar donde Christian se encontraba en ese preciso instante.
—Por algún motivo, él solo piensa en protegeos, y eso es, en efecto, lo que necesitáis en estos momentos. Ya ha habido demasiadas muertes en esta familia... Pero —continuó— que viva ahora con nosotros no quiere decir que mi opinión respecto a él haya cambiado. Es un gran predador, un asesino, Lena. Mi decisión flaquea, así que aseguraos de que no me conceda ningún motivo para cambiar de parecer.
Bajé el rostro, abatida, era desolador querer ayudarle y sentirme incapaz de hacerlo.
—Deseo que seáis feliz; Lena, veros sonreír ha sido lo mejor que le ha ocurrido a esta casa en los últimos años. —Me alzó la cabeza—. Eso es todo lo que necesito.
—Liam...
El puso un dedo en mis labios, sellándolo y se despidió besándome la mano, pero aún tardé unos segundos en moverme de allí. Al salir, Christian me esperaba en el umbral de la puerta de la calle.
— ¿Cómo está? —quiso saber en cuanto me reuní con él. Sabía perfectamente que había escuchado toda la conversación.
—No lo sé, es muy difícil de decir.



Se acercó y me abrazó intentando infundirme ánimos.
— ¿Y tú? —pronunció junto a mi oído.
—Me duele verle así.
—Ojalá pudiera reconfortarte —dijo tras una breve pausa. —Ya lo haces.
Me separé y continuamos andando hasta el coche.
—Esta noche Lisange va a llevar a Liam a la ciudad para intentar distraerle un poco, ¿te apetece salir conmigo a alguna parte?
—No te imaginas lo bien que suena eso —respondí tomando aire.
—Creo que me hago una idea —comentó—. La tensión es asfixiante en esa casa.
Me encogí un poco de hombros y los dos entramos en el vehículo.
—Es normal —reconocí.
—Estoy de acuerdo, pero intentemos olvidarnos de ellos aunque solo sea por unas horas.
Ambos nos quedamos en silencio. Pasar un día entero al lado de Christian era esperanzador. Era algo especial, quizá por ese profundo deseo de volver a la «normalidad». Echaba en falta un poco de estabilidad para encontrarme a mí misma después de todos los cambios bruscos que habían rodeado a la familia en las últimas semanas, aunque, en mi caso, desde que Christian se marchó. ¿Quién me hubiese dicho entonces que ahora estaría con él y que se había ido precisamente porque me quería? Lo que más rabia me daba era que hiciera falta que ocurriera algo como lo de Flavio para que él se decidiera a volver y darme una explicación. ¿Y si no hubiera sido así? ¿Me lo habría dicho algún día? Seguramente a esas alturas yo habría renunciado ya a todo mi orgullo y dignidad y habría acabado plantándome frente a su casa, aporreando la puerta a la espera de que volviera a mirarme a los ojos para decirme todas las palabras que harían que me olvidara de él para siempre; sin embargo, sabía que yo no habría podido soportarlo. Me asustaba pensar qué estaría dispuesta a hacer entonces, ¿acudir a Hernán?
Sacudí la cabeza y volví a prestar atención a Christian para apartar esa duda de mi mente, pero, al hacerlo, me fijé en que él también parecía muy concentrado en algo, con el ceño fruncido y los brazos tensos.
— ¿Estás bien? —le pregunté.
—Sigo sin comprender por qué no me contaste nada de tu encuentro con Helga Lavisier. —De pronto parecía molesto. —No estabas cuando ocurrió —le recordé—. Además, ¿a qué viene eso ahora?
—Excusas —respondió evitando contestarme—, has tenido tiempo desde entonces.
Chasqueé la lengua. —Me olvidé.
—No puedes olvidar ese tipo de cosas —replicó.
— ¿Qué más da? —Me crucé de brazos—. Gracias a los De Cote ya lo sabes.
—Lena, quiero que me cuentes lo que ocurre; no puedo protegerte si no lo haces.
— ¿De qué? —Él guardó silencio—. Christian..., ¿protegerme de qué? —insistí.
—Solo quiero prevenir, no hay nada malo en eso. ¿Puedes hacerlo por mí?
Me resigné, no iba a conseguir nada. Me dejé caer de nuevo contra el respaldo y contemplé moverse el paisaje.
—Claro...
Sentí su mano tomar la mía con cuidado, pero no pronunció ni una palabra.

Poco después, aparcó frente a la entrada de su casa y me abrió la puerta con galantería. A la luz de la mañana se veía mucho más acogedora que la de los De Cote. Tenía un



cuidado y crujiente césped, flores de colores, grandes ventanales con jardineras..., y estaba pintada de color blanco inmaculado, todo lo contrario a lo que se podría relacionar con una «familia» de grandes predadores. De hecho, era como una casita de muñecas moderna, lo cual era bastante perturbador. La de los De Cote invitaba a la gente a alejarse, pero, en cambio, la de él era completamente diferente; parecía la versión adinerada de la cabaña de la bruja de Hansel y Gretel, incitando a entrar en ella para ir directos a la olla. Titubeé al dar un paso más, pero lo hice. Christian me condujo a través de un caminito de piedra que llevaba al porche principal, con su mano entrelazada a la mía.

—A estas horas no habrá nadie, no te preocupes. Prefiero mantenerte alejada de ellos.

El interior era muy moderno, minimalista, con grandes espacios, formas extrañas y escaso mobiliario, al menos así era el vestíbulo en el que me encontraba y el brillante salón en tonos blancos y negros que se podía ver a través de sus puertas abiertas. Pero, sin embargo, lo que más destacaba era que no había signos de vida en ella; ni un libro fuera de la estantería, ni unas llaves colgadas junto a la puerta; parecía la típica casa piloto de una inmobiliaria. La fragancia de Christian lo embriagaba todo; de hecho, los objetos habían perdido sus aromas particulares y habían adquirido el suyo y el de alguien más que no reconocí. Esa era la única prueba que existía de que habitaba alguien allí.

—Ven —indicó dirigiéndome escaleras arriba—. Es bastante diferente a la tuya. —Hizo una breve pausa, meditando algo—. Supongo que no tiene mucho sentido que te muestre las habitaciones del resto —pensó en alto, y añadió—: se volverían locos si descubrieran tu esencia en su territorio.

— ¿No recibís visitas?

—Solo en secreto, aquí nadie transpira confianza. Arrugué el ceño.

—Veo que no sois de los que se reúnen para hacer actividades todos juntos los domingos.

—No, excepto que haya cazadores o humanos de por medio.

— ¿Caza...?

—Sí, ya sabes —hizo una mueca macabra—, un poco de diversión en familia.

El siguió subiendo las escaleras; no sabía si había hablado en serio o no, pero era preferible no preguntar. Después enfiló por un pasillo y, finalmente, abrió una puerta y me invitó a pasar.

—Hemos llegado.

La habitación era amplia y muy luminosa. Las paredes eran altas y blancas y el suelo de parqué negro, el mismo color que todo su escaso mobiliario. Me acerqué a la gran ventana; las vistas al mar eran impresionantes, debía de estar bastante cerca del club de equitación al que había ido con los De Cote. Miré a mi alrededor mientras él sacaba una elegante maleta de debajo de su cama y la ponía encima para empezar a guardar sus cosas.

— ¿Qué te parece? —quiso saber.

—No lo sé —reconocí—, este lugar es tan... frío.

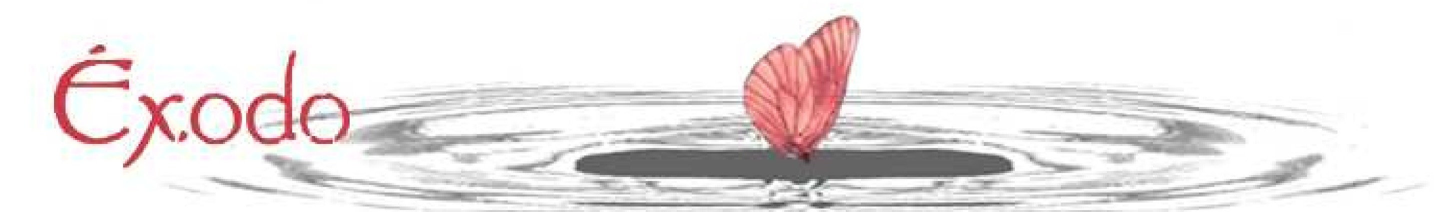
—Evito pasar aquí más tiempo del necesario —contestó.

—Pero no tienes ni un cuadro, ni un marco de fotos; incluso yo tengo alguno.

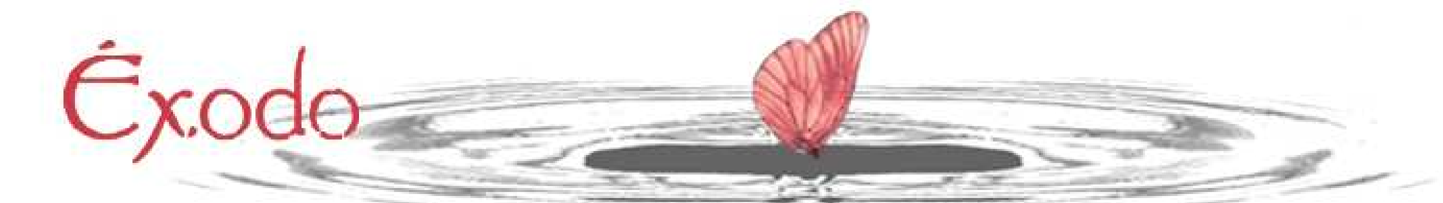
Sin duda fue Lisange quien se encargó de ello.

—Ninguno en que aparezca yo —apuntó. Callé; era cierto. Dejó a un lado el equipaje para prestarme a mí toda la atención—. Aunque no es cierto que no tenga nada —continuó—. Tengo una fotografía, solo una, no necesito más.

Se acercó a su mesa junto a la ventana, abrió un cajón y sacó de él un papel con gran



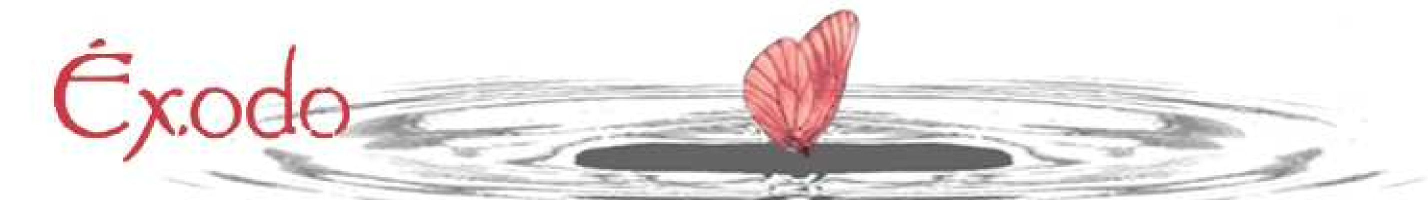
delicadeza. Volvió a mi lado y me lo entregó. Éramos nosotros dos, el día de la fiesta; no sabía que alguien hubiera llevado cámara esa noche. Me abrazó por la espalda, me besó en la mejilla y contempló la imagen con la barbilla apoyada sobre mi hombro.
—Es preciosa —susurré.
—Es tuya, te la regalo.
—No —dije—, es la única que tienes, prefiero que te la quedes tú.
—Ahora no la necesito para mirarte, Lena. Así nos tendrás a los dos colgados de tu pared.
Sonreí avergonzada y, entonces, mi vista se desvió hacia el cajón abierto del que había sacado el papel.
— ¿Qué es eso? —pregunté señalando una pequeña carpeta.
—Algo que no debería mostrarte.
Me acerqué y la cogí con delicadeza.
— ¿Puedo?
Se cruzó de brazos.
—No voy a poder persuadirte de lo contrario así que...
Abrí la solapa con cuidado y busqué en su interior. Me costó un momento tomar consciencia de qué era lo que tenía entre mis dedos; se trataba de un dibujo en blanco y negro, a carboncillo, envuelto en papel de cebolla y realizado con una precisión y un cuidado impecables.
—Es increíble —fue lo único que alcancé a decir.
—Solo es una burda imitación, no he sido capaz de captarte.
— ¡Qué va! ¿Cuándo lo hiciste?
—Durante el tiempo que estuve sin verte.
Volví a fijarme en el dibujo, mientras él regresaba a mi lado y me rodeaba de nuevo con los brazos.
—Ojalá yo pudiera hacer cosas así.
—Es basura, Lena, debería tirarlo.
Alejé la carpeta de él, protegiéndola.
—Ni hablar. Regálamelo.
— ¿De verdad quieres «eso»?
Asentí con avidez.
—De acuerdo, quédatelo.
Tomó aire poco a poco junto a mi hombro, me estrechó contra su cuerpo y comenzó a depositarme pequeños besos en el cuello. Reí mientras seguía observándolo todo a mí alrededor y, entonces, caí en algo.
— ¿Por qué tienes una cama si no duermes?
No dijo nada de inmediato, se limitó a mecerme entre sus brazos.
—Es... —torció el gesto— complicado.
—Te escucho —dije volviéndome hacia él para poder mirarle a los ojos. Christian suspiró y volvió a su tarea con el equipaje. Enseguida me arrepentí de haber preguntado.
— ¿Te has dado cuenta de que nunca nos vemos cuando hay luna nueva? —comenzó.
—Pues...
La verdad es que no me había percatado de que eso ocurría esas noches en concreto.
—Nosotros también tenemos ciertos momentos de debilidad —continuó.
Me acerqué a él y me senté en la cama, junto a la maleta.
— ¿A qué te refieres?
—Es difícil de explicar —empezó a decir—. Cuando no hay luna nuestro corazón se detiene y toda la sangre regresa a él. Es muy peligroso para todo el que se encuentre



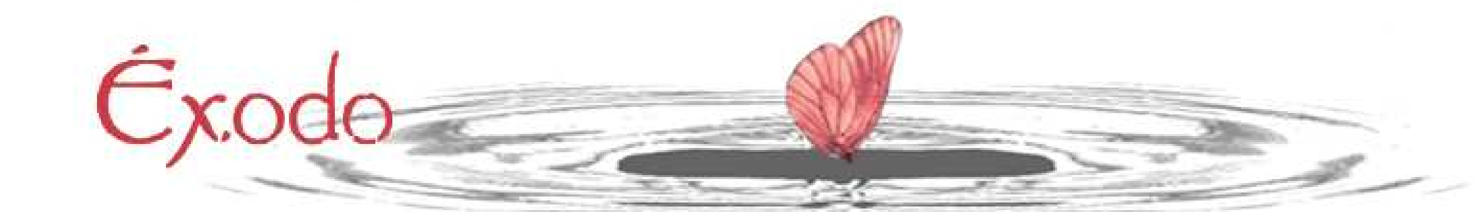
cerca.
—No lo acabo de entender —confesé.
—Imagina que todo el dolor que se bombea por nuestras venas se concentre en un solo lugar. —Guardó silencio durante unos segundos y luego añadió—: Es una de las razones por las que la mayoría de grandes predadores no superan el año de «vida».
No se me ocurría qué decir.
—Tenemos camas porque en ocasiones nos encadenamos por completo a ellas para no arrancarnos el corazón. Parpadeé sorprendida. — ¿Y aguantan? Fue una pregunta estúpida, pero, sin embargo, él rió.
—Son especiales, te sorprendería lo que pueden soportar. De hecho, esta misma está clavada al suelo.
Sonrió y centró su atención en la ropa.
— ¿Eso era lo que te ocurría la vez que vine aquí?
Calló un segundo y me observó con atención.
—No sabes la suerte que tuviste aquella noche.
Miré hacia otro lado. Recordaba todo lo sucedido como si fuera ayer.
— ¿Quién era el otro? No pude verle la cara.
—Hernán —respondió.
Sentí que un escalofrío me recorría la espalda.
—Pero no hay peligro de que te encuentres con él ahora; si no, te aseguro que no te habría traído a esta casa. Él suele regresar mucho más tarde.
Se dejó caer, meditabundo, en un gran sillón de cuero negro junto al armario. Me extendió sus brazos y acudí a ellos sin que tuviera que decirlo en voz alta.
— ¿Qué ocurre? —pregunté preocupada.
—Tengo algo que contarte.
Me alerté; la última vez que había querido hablar de ese modo fue para separarse de mí.
— ¿De qué se trata? —dije sin poder esconder un ligero temblor de la voz.
—He estado toda la noche pensando en algo. —Me aguantó la mirada con intensidad—. Quiero llevarte lejos de esta ciudad. — ¿Fuera? ¿Por qué? —pregunté separándome un poco de él. —Corres un peligro innecesario aquí. —Pero Liam y Lisange... —Ellos lo entenderán —me cortó. —No estoy tan segura de eso...
—En tal caso, lo haré sin su consentimiento. Tú eres demasiado vulnerable aquí y no puedo permitir que te hagan daño. Lena, ya ha habido una muerte.
Me separé un poco de él.
—Pero dijisteis que lo de Flavio fue una sentencia. ¿Me estáis ocultando algo?
Christian tomó mis manos entre las suyas y las besó.
—Solamente intento mantenerte a salvo, no podría permitir que te ocurriera nada malo.
Tracé con un dedo la leve arruga que había aparecido en su frente.
—Te preocupas demasiado. —Tomé aire y añadí—: No me importa adonde ir mientras no tenga que separarme de ti —le susurré al oído.
—Qué conmovedor... —interrumpió una voz socarrona. Me volví sorprendida hacia la puerta. Allí, apoyada, una mujer nos observaba con una sonrisa taimada en los labios: se trataba de Elora. El cabello castaño le caía ahora brillante sobre los hombros y proyectaba una mirada muy penetrante. Vestía unos pantalones ceñidos de cuero negros y una camisa blanca, bastante escotada. La mujer alzó la barbilla y cerró los ojos intentando captar algo. Cuando volvió a abrirlos miró a Christian arqueando una ceja—. No mencionaste que ibas a traer a una cazadora a casa, Christian —añadió en tono burlón y arrastrando las palabras.
Christian me elevó para ponerse en pie y se interpuso entre ambas, como si quisiera

protegerme de ella. — ¿Qué haces aquí? —quiso saber.
—De pronto sentí la necesidad de volver. —Me escrutó y se cruzó de brazos—. Ahora veo por qué.
Avanzó hacia mí, haciendo sonar sobre el suelo el impresionante tacón de sus altísimos zapatos, y me tendió una mano.
— ¿Qué tal estás, Lena? La última vez que te vi estabas un poco alterada. —Parecía sorprendida, tal vez pensaba que, tras las dudas que había intentado sembrar en mí con todo lo relacionado con Claire, no habría querido volver a ver a Christian. No esperó respuesta por mi parte. Clavó la vista en la maleta que había sobre la cama y, mientras las aletas de la nariz se le ensanchaban, forzó aún más su sonrisa—. ¿Piensas dejarnos, por casualidad? —Agudizó el tono de forma sutil.
—Solo durante unos días.
Ella soltó una suave carcajada.
— ¿Has conseguido que los De Cote te abran sus puertas? ¡Enhorabuena!
—Elora, márchate, por favor.
— ¿Por favor? —Volvió a reír—. No tienes que fingir conmigo. —Se aproximó al armario y cogió algunas prendas más que soltó sobre la maleta. Luego se dirigió a él, juntando mucho su cuerpo al suyo. ¿Por qué estaba posando su zarpa sobre el brazo de Christian? Sentí una punzada de odio hacia esa mujer—. Siempre te ha apasionado el teatro —le reprochó aproximándose mucho a su oído. Ambos ya habían olvidado que yo estaba allí—. Pero deberías tener cuidado, Christian; con buenas palabras o sin ellas, lo que late ahí dentro es el corazón de un gran predador, y espero por tu bien y por el de alguien más que no lo olvides. —Bajó mucho el tono de voz—. Yo te he guiado y apoyado en esta nueva forma de vida, mon petit, y sé mejor que nadie cuáles son tus intenciones. —Desvió un segundo la mirada hacia mí—. Tu pequeña cazadora se dará cuenta antes de lo que imaginas.
— ¿De qué? —pregunté, y los dos se volvieron de pronto hacia mí.
Elora se alejó de él y al pasar a mi lado agregó: —Disfrútalo mientras puedas, Lena De Cote, no creo que dure mucho. —Luego se volvió suspicaz para enfrentarse a Christian y añadió—: Demasiada ropa para solo unos días, ¿no crees?
Sonrió y salió tal cual había entrado. Christian mantuvo la vista fija en el lugar por el que ella había desaparecido.
—No prestes atención a lo que ha dicho —pidió con la voz marcada por la rabia—, sabe lo que siento por ti y no lo aprueba.
— ¿Hay alguien que esté a favor de lo nuestro?
—Tú y yo, y eso es lo único que debe importarnos ahora. —Contempló el vacío durante un segundo, pero luego volvió en sí, buscó la maleta y la cerró con un brusco movimiento—. Marchémonos ya antes de que se le ocurra venir a alguien más.
Se acercó, me tomó de la mano y salimos de allí. No intercambiamos una sola palabra en todo el trayecto de regreso.

El resto del día tuve la sensación de que me evitaba. Ni siquiera me miró, estaba como ido. Algo no iba bien. Tenía claro que no me estaba enterando absolutamente de nada. Era algo que ya había asumido porque, a pesar de lo que sabía, no tenía miedo o, al menos, no el miedo que los demás esperaban de mí. Había huido de guardianes en cuatro ocasiones en lo que llevaba de tiempo allí y en tres de ellas había creído que iba a morir, así que sabía a lo que me enfrentaba. Sentía pánico de volver a ver alguno, pero me mantenía bastante tranquila, convencida de que no iba a pasar nada. Creo que mi



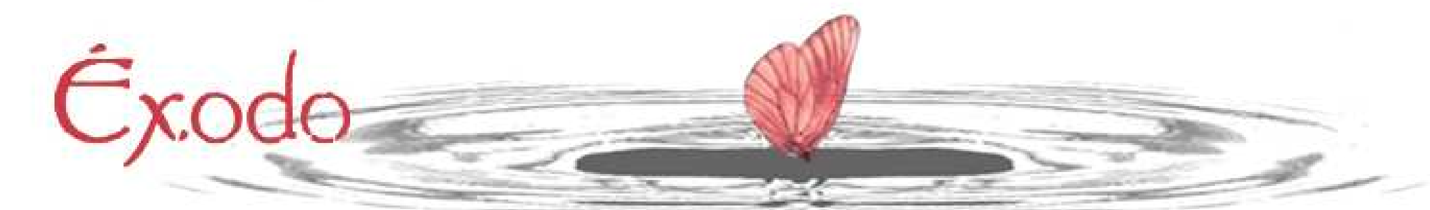
seguridad se debía a que aún no me había atrevido a preguntar otra vez cómo se mataba a un cazador; solo sabía que dejaba mucha sangre por cómo estaba la cabaña cuando llegamos. Me entró un escalofrío. Estaba segura de que era eso lo que me estaba perdiendo. Esa respuesta, ese conocimiento era lo que marcaba la diferencia entre mi aparente tranquilidad y la obsesión enfermiza del resto por mantenerme a salvo.



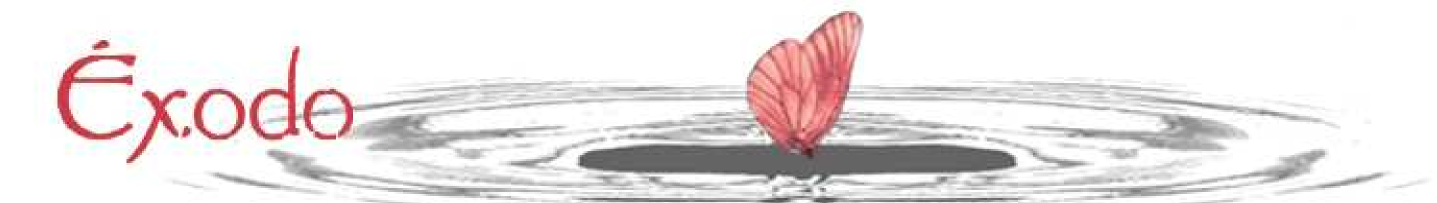
# CAPÍTULO 28

**Miradas que matan**

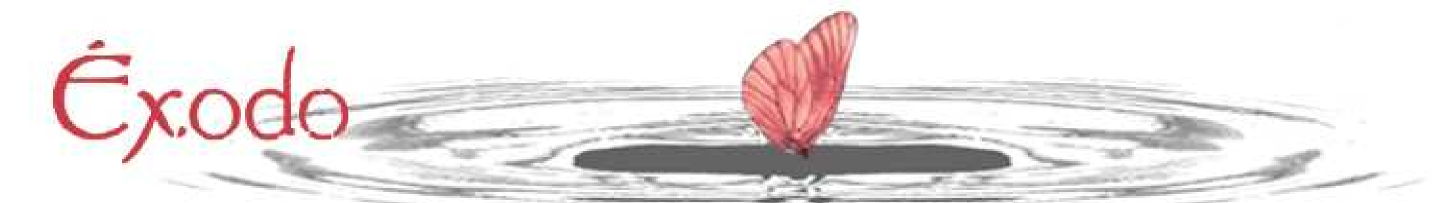
Lo miré, era perfecto. Me había llevado a la misma playa de la otra vez, pero en esta ocasión había traído una barquita de madera y me paseaba con ella. Para mi gran satisfacción, se había deshecho de su cazadora y ahora lo único que separaba su cuerpo de mi curiosa mirada era una fina camiseta, un absurdo trozo de tela que se pegaba a él de forma indecente.
-¿Por qué sonríes?- dijo devolviéndome al mundo real.
Parpadeé un par de veces saliendo del estupor en el que había caído.
-¿Lo hago?- pregunté sorprendida.
No me extrañaba en absoluto, ¿a quién no se le habría quedado una sonrisa tonta ante semejante espectáculo?
-¿En qué estabas pensando?- quiso saber.
Bajé la vista, avergonzada.
-Solo observaba el paisaje.
Arqueó una ceja, divertido. Desde mi posición, lo único que podía ver o, mejor dicho, admirar, era su cuerpo, nada más, ni siquiera el lejano horizonte.
-¿El paisaje?- Rió-. ¿Y te gusta lo que ves?
-Bueno, estaba sonriendo, ¿no? Aunque es como intentar ver el sol en un cielo encapotado. ¿En qué pensabas tú?
-A mi no se me dan tan bien las metáforas meteorológicas. Pensaba en ti.
-Christian, no necesito que intentes hacerme sentir mejor, de verdad- dije fingiendo despreocupación.
-¿Qué quieres decir?
Tomé aire y me concedí un tiempo antes de contestar.
-Yo no soy Elora; no soy guapa, ni elegante, ni refinada… y la mayor parte del tiempo no sé qué es lo que está ocurriendo a mi alrededor.- Bajé la mirada-. Soy un desastre.
-Vaya…, es cierto, no sé cómo he podido fijarme en una chica así.
Rió pero no le acompañé. Le acababa de confesar una de mis mayores inseguridades.
-¿Por qué me has estado evitando toda la tarde?- le solté.
-Eso no es cierto- me negó.
-Claro que sí- insistí-, has estado muy distante desde que salimos de tu casa y…
-Lena- me interrumpió-, no es fácil interceder por un cazador ante un grupo de grandes predadores que opinan que me ha rebajado.



-¿Y te estás arrepintiendo?- pregunté con miedo-. ¿Es eso?
-No, claro que no. Pero es complicado; creen que estoy jugando con nuestra reputación y que estoy les supondrán un significado de debilidad y una pérdida de respeto.
-Eso es una tontería.
-No, Lena, es algo muy serio.
Guardé silencio, pensando en todo eso.
-¿Tú querrías…- empecé a decir-, querrías que yo fuese como tú?
Paró en seco, cruzó los remos sobre sus rodillas y se concentró en mis ojos.
-Si quisiera a alguien como Elora, estaría con ella. Me encantan todos y cada uno de tus defectos del mismo modo que tus virtudes. No quiero que cambie absolutamente nada.
Se acercó un poco a mí, alargando un brazo para poder acariciarme la mejilla, y soltó una risa alegre, destensando de nuevo el ambiente.
-¿Y si yo fuese un guardián? ¿Cambiaría en algo las cosas?
-No sé si sería más fácil, pero la verdad es que preferiría que fueses un monstruo verde y viscoso antes que uno de esos. Pero lo cierto es que, incluso si fueses de cualquier de esas dos maneras, me seguirías volviendo loco.
Tenía un sentido de la belleza un poco retorcido…
-Creo que tienes un problema…- sentencié.
Uno muy serio.
-No es el caso porque eres preciosa, que no se te ocurra pensar lo contrario- siguió con su anterior labor-. De hecho, en este momento, estoy luchando contra mí mismo para no abalanzarme sobre ti.
-Uuuh, sí- me burlé-, tengo ahora mismo una pose tan sexy…
Estaba tumbada de cualquier manera sobre el suelo de la barca, en una postura no muy femenina.
-Te sorprendería saber con qué poco consigues hacerme perder la cabeza.
Me incorporé para sentarme en condiciones y lo observé con atención.
-¿Y cómo hacer para contenerte frente a semejante ninfa de los mares?- me mofé.
Él sonrió.
-Remo. Si te fijas, ya estamos a bastantes millas de la costa.
Miré hacia atrás, mis ojos se abrieron como platos al ver las luces de La Ciudad tan pequeña y sutiles como las estrellas.
-¡Caray!- exclamé.
-Con eso deberías hacerte una idea de cuánto me atraes.
-Estoy impresionada- bromeé., pero me pregunto…- empecé a acercándome un poco a él-, ¿y si se cayeran accidentalmente los remos por la borda? ¿Qué pasaría?
Frunció los labios pensando.
-Mmm, eso sería sin duda un inconveniente para mi autocontrol, pero tendrías que arrebatármelos y ya comprobamos, en cierta ocasión, que no podías luchar contra mí.
-Eso fue hacer mucho- alegué.
Arqueó la ceja.
-Cuando lleves siglos viviendo, háblame de nuevo sobre tu concepción del tiempo.
-Yo no he dicho nada de tirarlos, solo he sugerido un hipotético e inocente contratiempo.
Me aproximé. Aproveché un segundo en que él estaba concentrado en indagar en mis ojos para lanzar unos de los remos al agua, tan rápido que él no pudo hacer nada para interceptarlo.
-¡ja! Uno fuera- reí triunfal-. ¿Y ahora qué?
Se lanzó contra mí con tanta fuerza que me extrañó que no se hiciera un agujero en el



bote. Yo caí de la balda que hacía de banco, pero no llegué a golpearme porque él me suspendía en el aire con un brazo, apretándome contra su cuerpo. Me contempló y luego me posó delicadamente sobre el suelo, todo rastro de sonrisa había desaparecido.
-Podría matarte ahora mismo y nadie vendría a ayudarte- dijo con voz gutural, poniendo una mano a cada lado de mi cabeza-, o tal vez torturarte, como he hecho con otros, cientos de veces, y nadie te oiría gritar.
-¿Qué lo impide?- susurré de pronto, cohibida.
Tal vez no había sido una buena idea jugar así con él.
-Hacía años que no deseaba dejar de ser un monstruo.
-¿Por qué esa palabra suena tan bien si la pronuncian tus labios?- pregunté medio drogada.
De pronto, se echó a reír.
-Lena…, creo que eres tú la que tiene un problema.
-Sí- reconocí algo avergonzada por mi respuesta-, y lleva tu nombre escrito en él.
-No pienso hacer nada al respecto, entonces.
Me mordí el labio, lo tenía tan cerca…
-¿Y qué piensas hacer conmigo?- balbuceé en un susurro.
-No lo sé, te tengo atrapada en mitad del océano, sola, todo esto da rienda suelta a la imaginación.
-¿A la tuya o a la mía? Porque yo tengo claro lo que yo haría, pero no sé si tu mentalidad del pleistoceno medio podría soportarlo.
Abrió mucho los ojos.
-¿Y qué se supone que estaba maquinando tu mente del siglo XXI?
-Pensaba, principalmente, en deshacerme de esa horrible camiseta.
Se observó a sí mismo un segundo.
-¿Qué tiene mi ropa que te ofenda tanto?
-Te oculta de mí.
-De modo que ese es todo el problema…
Me miró de forma intensa, muy concentrado en algo. Lentamente se acercó más a mí, mucho más, hasta tal punto que sus labios rozaron los míos, quemándome, pero no mostré ningún titubeo, había deseado tanto este momento… Había esperado mucho tiempo a que por fin se decidiera a hacerlo, pero no importaba, era el lugar perfecto, el momento idóneo. Dejé de respirar para mantener la compostura mientras sentía su aliento contra mi piel. Pero, entonces, se detuvo. Bajó la cabeza y contuvo el aire, con la boca fruncida con fuerza. Un par de segundos más tarde, clavó sus ojos en mí y subió hasta mi frente para depositar allí un suave beso. No me esperaba algo así, me separé de él, sentándome un poco más alejada.
-¿Cuál es el problema?- exigí sin volver la vista hacia él.
Se instaló a mi lado y me observó durante un instante antes de volver a hablar.
-En mi época las cosas no se hacían así, no tan pronto.
-Pero estamos en la mía- le recordé-, y aquí sí que se hace.
-No soy como los jóvenes de ahora.
Alcé las cejas, sorprendida pero escéptica a la vez.
-¿Puedes torturar a inocentes y dañar a humanos, pero te preocupa besar a una chica?- pregunté en tono sarcástico.
-No es así de simple.
-Entonces, acláramelo. ¿Por qué no lo has hecho? ¿Por qué te has detenido?
-Lena, tienes que entenderlo, no somos como el resto- me recordó. Puse los ojos en blanco-. Ni siquiera para nuestra propia forma de vida- siguió.



Me volví por completo hacia él.
-No entiendo nada.
Christian se tomó un instante para reflexionar.
-Los grandes predadores no pueden sentir nada que no sea dolor y venganza, no hay lugar para el amor.
-¿Pretendes decirme que en realidad no me quieres?- pregunté separándome de él.
-Intento explicarte que esa es la razón por la que somos diferentes de los demás. Lo normal en mi caso habría sido acabar contigo en el momento en que empezara a sentir algo, cualquier cosa; ni te imaginas lo fácil que habría sido para mí hacer eso. Podría haberme dejado llevar, sucumbir a tu ruego y refugiarme en mi propia monstruosidad. Pero ahora siento que todo mi mundo depende de ti, Lena, y eso es lo que nunca había sucedido, ni siquiera entre dos seres de una misma especie.
Medité un segundo antes de responder.
-Bueno, yo no veo nada preocupante en eso- mentí en un intento de quitar un poco de tensión a lo que acababa de revelar.

-Lena, los cazadores tampoco aman.
Borré todo mi rastro de optimismo de mi cara. Eso sí que era impactante, podían hacerme dudar de lo que sentía, o no, otro ser, pero yo ya había puesto nombre a lo que crecía en mi interior, y a eso se le llamaba AMOR con mayúscula.
-¿Cómo que no?
-Huís de todo aquello que os pueda producir dolor, y eso incluye esto.
-Pero Liam y Lisange…
-No están juntos, si es lo que piensas.
No era que creyera que fueran realmente pareja, pero me resultaba imposible pensar que no hubieran sentido algo así por nadie en todos sus largos siglos.
-Por eso debemos ir con cuidado.
-Pero, entonces, nunca…
-Esa es una palabra demasiado grande.- Acercó su rostro al mío y depositó un pequeño beso en la comisura de mis labios-. Hace unos meses no habríamos podido ni siquiera rozarnos y ahora es incluso agradable.- sonrió.
-Supongo que no me importara si es el precio que tengo que pagar por estar contigo.
Corrió una ligera brisa cargada de olor a agua salada.
-Así que somos como las ovejas negras, ¿no? Una especia que no puede amar con otra que se niega el amor. Quizá signifique que nosotros somos más humanos- reflexioné-, ¿es posible?
-Podría ser.
Me atrajo hacia sus brazos y me meció con ternura.
-¿Podemos quedarnos más tiempo?- pregunté.
-Todo el que tú quieras.
Torcí el gesto.
-No, se enfadarán si no estoy allí por la mañana.
-Me ocuparé de eso más tarde.
Me acurruqué entre sus brazos y contemplé las estrellas.
-Christian- le susurré rompiendo el silencio
-¿Ajá?
-¿Vas a contarme cómo llegaste aquí?
Se volvió. Sabía que esa pregunta le incomodaba.
-¿Hay algún motivo especial que yo desconozca, por el cual quieres quitarle la magia a

este momento?
Me encogí de hombros.
-Solo quiero saber por qué eres lo que eres- confesé.
-No es un cuento de hadas.
-Eso ya me lo imagino.
Me contempló con un renovado interés.
-No sabía que te gustaran las historias de terror.
Levanté la cabeza para devolverle la mirada.
-Depende del protagonista.
-Voy a tener que empezar a pensar que tienes una preocupación tendencia masoquista.
-Eras del siglo XIX, ¿no?- le insté ignorando por completo su comentario.
-No exactamente- empezó a decir tomando aire-. Nací en Italia a finales del siglo XVIII. Ha pasado demasiado tiempo como para recordar la fecha exacta.- Comenzó a juguetear con los dedos con la vista perdida.
-¿Recuerdas a tu familia?- indagué.
-No, me abandonaron en un orfanato y viví allí hasta que cumplí la mayoría de edad. Tengo que reconocer que ya en vida hice cosas malas, aunque la mayoría de las veces sin ser consciente de ello.- Se aclaró la garganta y continuó-. Me junté con gente que me condujo por las sendas equivocadas, auque dudo que un huérfano como yo tuviese otro tipo de salida.
-¿A qué te refieres?- pregunté, confusa.
-Robábamos para comer.-Tomó aire-. Éramos jóvenes y solo pensábamos en vivir aventuras, así que, tiempo después, viajamos en una partida hacia Brasil en busca de una oportunidad para empezar de cero y conseguir unas tierras. –Hizo una pausa-. Un día nos internamos en la selva.- Dejó de retorcerse los dedos y cogió mi mano-. La segunda noche sacaron bebida, nada nuevo, se la habíamos robado a un pequeño comerciante. Pero mi vaso había algo, imagino que el extracto de alguna planta alucinógena, seguramente pensaron que sería divertido. Yo era el más joven y también el más ingenuo. Aún oigo sus risas; es casi lo único que recuerdo con nitidez de esa noche.- Le apreté la mano infundiéndole ánimos-. Cuando desperté a al mañana siguiente no había nadie allí. Me había abandonado, sin nada y en mitad de ninguna parte.- Apretó los dientes con fuerza-. Vagué sin rumbo día y noche, sin descanso, buscándoles. Creo que perdí el juicio por completo porque llegué a gritar durante días, suplicándole al cielo la muerte.
Me recorrió algo parecido a un escalofrío.
-Tuvo que ser horrible.
-No sé cuánto tiempo después, mi ruego fue escuchado y la muerte acudió a mí en forma de anaconda. No recuerdo bien esa parte, solo sé que acabó conmigo y, al parecer, yo también con ella. Nuestras almas se fusionaron en una sola, por eso tengo habilidades que otros no tienen. Sesgar vidas no son cualidades de mi especie. Después, desperté siendo lo que soy, un gran predador que solo quería matar.
-¿Qué hiciste entonces?- soné acongojada.
-Fui a buscarles- respondió con voz áspera y grave-. Les perseguí hasta acabar con ellos. Al más joven, que había sido un hermano para mí, no lo maté, pero me aseguré de que terminara encerrado en un psiquiátrico hasta el día de su muerte. Me trasformé en una bestia…- Intenté decir algo, pero él continuó-. Después de eso volví a Italia e intenté por todos los medios que el tiempo curara mi herida, sin establecer contacto con otras personas, ni siquiera con aquellos de nuestra especie, pero la poca humanidad que me quedaba me torturaba recordándome sus rostros antes de matarles. Me sentí un



monstruo y eso, al igual que a ti, empezó a consumirme.
Me removí en el sitio.
-¿Cómo conseguiste seguir?
-Ya ni siquiera lo recuerdo, llega un momento en que yo no sabes si han pasado días o… años. Tenía una tía abuela, en Francia, pero no lo supe hasta un tiempo después. Sabía de mi existencia, pero renegó de mí porque odiaba a mi madre. Ella no sabía que había muerto, cuando me vio aparecer creyó que estaba viendo a un ángel.- Rió sin gracia-. No sé si fue mi influencia como gran predador o ella misma, pero juró que se arrepentía. Me proporcionó un apellido y viví con ella durante dos años. A su muerte, me lo dejó en herencia todo a mí, su único pariente vivo.
-Vaya…
-Creo que con ella pude sentirme de nuevo como una persona normal, pero cuando se fue volví a ser el de antes.
Guardamos silencio, ambos. El agua chocaba contra la barca en pequeñas olas, zarandeándonos en la corriente.
-¿Por qué no querías contármelo?- pregunté.
-No suele ser buena idea hacer recordar a un gran predador por qué es lo que es; digamos que no es…. Seguro.
¿Por qué nadie me contaba esas cosas? Lo besé en la frente.
-Ojalá pudiera hacer que te sintieras mejor.
-¿Por qué? Eso es lo que hago, es lo que soy. Mi castigo es haber muerto con un ápice de humanidad.
-No seas tan duro contigo mismo.
-Debo serlo, Lena; no sabes las cosas horribles que he hecho, y que aún hago…
Me acerqué más a él.
-Estás conmigo ahora y no has intentado hacerme daño. Si no sientes un impulso sádico o cruel, es que aún no está todo perdido.
Puso los ojos en blanco, pero más relajado.
-Eres incorregible…- soltó, acariciándome la mejilla.
-Quiero estar contigo- confesé.
-Por alguna extraña razón que aún desconozco.



# CAPÍTULO 29

**La Orden de Alfeo**

Se bajó de la moto, me tomó por la cintura y con una ligera sonrisita me alzó para luego depositarme con suavidad sobre la acera. Me soltó sin decir nada, solo me miraba mientras me colocaba un poco el pelo alborotado por la repentina brisa. Yo, en cambio, me mantuve sujeta a él.

- Me alegro que ahora vivas aquí –le susurré al oído.

- Seguro que sí.

No se liberó de mi abrazo; en lugar de eso, me volvió a coger y me elevó del suelo caminando, sin ninguna dificultad, de espaldas a la entrada mientras yo le depositaba pequeños besos en torno al cuello. Podía notar su garganta vibrar por una tenue risa. Pero, entonces, tropezó con el primer escalón y nos desplomamos en el suelo. Ambos nos echamos a reír.

- Eres un peligro, Lena. Nunca me había ocurrido algo así.

- Eso te pasa por no concentrarte en el camino –alegué entre carcajadas.

Ambos guardamos silencio analizando la situación.

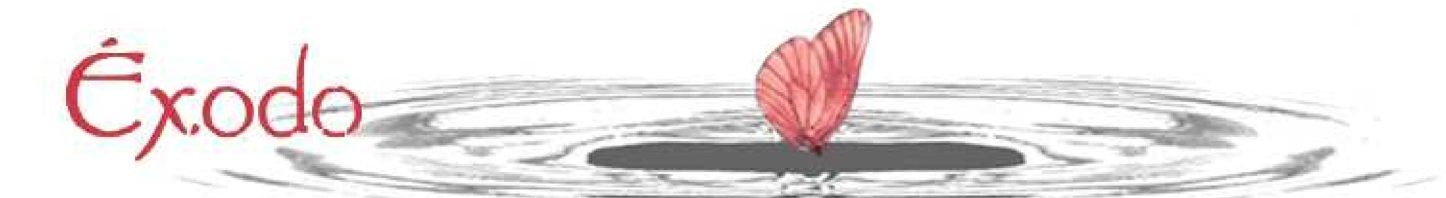
- No creo que les guste encontrarnos así –comentó refiriéndose a sus nuevos compañeros de casa.

Miré en dirección a la pequeña mansión de los De Cote; no había luces y reinaba un gran silencio; luego, me volví de nuevo hacia él.

- No parece haber nadie –dije esbozando una sonrisa pícara.

- De modo que estamos solos.- Fingió seriedad-. Creo que no debería entrar.

- ¿Por qué?



- Temo lo que pueda ocurrir –respondió sonriendo de nuevo.

Arqueé una ceja, divertida.

- ¿Christian Dubois tiene miedo?

- Todos tenemos un punto débil –se defendió.

- ¿Y quién me protegerá si no me acompañas? –señalé.

Frunció los labios, fingiendo que evaluaba algo.

- Cierto en ese caso…

Se puso de pie sin apartarse ni un milímetro de mí y llegamos hasta la puerta.

- Han cerrado con llave –informó Christian al querer abrirla.

- ¡Vaya! Pues no tengo las mías, las perdí hace tiempo.

- Por suerte para ti, yo no.

Sacó de su bolsillo una alargada llave de latón, la metió sin problemas en la cerradura y entramos. Busqué a tientas el interruptor de la luz mientras Christian se concentraba en besar todo resquicio de piel que estuviera al descubierto. No me estaba poniendo nada fácil focalizar mi atención en un insignificante botón, teniéndole a él tan cerca, además, ¿quién necesita luz? Yo no tenía ningún inconveniente en estar a oscuras y dudaba que Christian prefiriera lo contrario, así que me olvidé de la impertinente búsqueda y puse toda mi atención en él.

- ¿Qué ha pasado con la luz? –susurro sin cesar en su labor.

- Olvídate de ella –susurre tomando esta vez yo la iniciativa.

Soltó una risita, pero no puso ningún impedimento. Estaba entregada a mi "Exploración" que me olvidé por completo de mantener la compostura. Nuestros pies se enredaron y provoqué que Christian perdiera de nuevo el equilibrio. Caí contra la pared, pero él me sujetaba lo bastante fuerte como para impedir que llegara a tocar el suelo, aunque no pudo evitar que me golpeara contra ella y, para mi sorpresa, también con el interruptor, que se encendió de inmediato.

- Lo has vuelto a hacer –me reprochó.

- No creo que el problema sea solo mío…

Pero en ese momento me quede helada. Horrorizada, me llevé las manos a la boca para ahogar el grito que escapó de mi garganta al desviar la mirada hacia lo que había detrás de él. Christian se volvió de inmediato y me soltó, lentamente, casi tan paralizado como



yo.

Todo el vestíbulo había sido destrozado: los cuadros estaban rajados, los marcos rotos en el suelo, las mesas volcadas, los adornos desparramados por la alfombra… Pero no era eso lo que había provocado nuestra reacción, sino algo mucho más macabro y atroz; delante de nosotros, sujeto a la pared por cuatro puntos, estaba Caín. La sangre aún resbalaba por su pequeño cuerpo hasta caer en forma de gotas a un pequeño charco en el suelo. Con ella habían escrito por toda la sala:

“SALDRÁN LOS ÁNGELES, Y SEPARARAN A LOS MALOS DE LOS JUSTOS.
Y LOS ARROJARÁN AL HORNO DE FUEGO;
ALLÍ SERÁ EL LLANTO Y EL CRUJIR DE DIENTES.”

Cerré los parpados con fuerza y me volví hacia Christian abrazándole. No quería mirar. Desde su interior brotó un extraño ruido, un rugido más propio de un animal que de una persona. Se interpuso entre la escena y yo, e hizo ademán de adentrarse más en la casa, pero me aferré aterrada a él, impidiéndole continuar. Sus delicadas facciones se habían tornado en una expresión violenta; me asustó aún más verle a él así, pero relajó el rostro y retrocedió hasta salir de nuevo a la calle.

- ¿Qué era eso? –tartamudeé a pesar de haberlo visto con total claridad.

Él no me respondió, escrutaba cada pequeño resquicio de oscuridad en torno a nosotros con los ojos extremadamente abiertos.

- Pégate a mí –dijo llevándome a la carretera. –Me aferré aún más a su cuerpo mientras él analizaba con la mirada todo a nuestro alrededor. Pero solo se oían los pequeños animales del bosque-. Tranquila.- Me pasó un brazo por los hombros-. Ya se han ido.

- No te vayas, por favor –le pedí temiendo que saliera en busca del culpable de esa atrocidad.

Me besó en la frente, apretándome la cabeza aún más contra su pecho en un intento vano por reconfortarme.

- No voy a dejarte sola, te lo prometo.

- ¿Crees…, crees que Liam y Lisange están también ahí dentro? –tartamudeé.

- Lo dudo.

Sacó un pequeño objeto negro de su bolsillo y se lo acercó a la oreja. Segundos después, escuche la voz de Lisange al otro lado del teléfono y respiré un poco más aliviada.

- Ha ocurrido algo –susurró al móvil, más calmado de lo que cabría esperar-, ¿estáis bien?

Su rostro pareció relajarse un poco más con la respuesta. Yo me concentré en los latidos de su corazón, más acelerados de lo normal; no quería escuchar ninguna otra cosa, tenía



la imagen de Caín colgado en la pared muy gravada en mi mente. Poco después volvió a guardarlo en su bolsillo.

- Están a salvo –anunció-. Salieron a buscarte al ver que no estabas en tu habitación cuando regresaron.

Lo miré.

- Debería haberles avisado de que me iba.

- Puede que no haberlo hecho les haya salvado la vida, Lena.

Asentí. Tenía razón; quienquiera que fuese el que había entrado, no me cabía duda de que habría intentado acabar con ellos.

- Vienen hacia aquí.

El tiempo a continuación transcurrió muy lento. Tenía la cabeza completamente embotada, confusa, y sentía una extraña asfixia, además de unas ganas incontrolables de llorar, aunque Christian me mecía entre sus brazos para demostrarme, de alguna manera, que él estaba allí para protegerme de cualquier peligro. Pero, a pesar de que parecieron horas, no pasaron más de quince minutos hasta que el coche negro de Liam aparcó frente a la entrada de casa.

Lisange bajó veloz del coche y corrió hacia nosotros. Liam miraba de forma extraña a Christian, como reprochándole que hubiésemos desaparecido sin decir nada.

- ¿Dónde habéis estado? –inquirió ella lanzándole también una dura mirada; no me hubiese extrañado nada que se pensara que él me había secuestrado en mitad de la noche.

- Salimos a dar una vuelta –les explicó impaciente.

- Deberíais habernos avisado. Estábamos preocupados, pensábamos que…

- ¿Que la había matado? –termino Christian con un tono igual de severo que ellos-. Hay algo mucho más serio ahora mismo que vuestra confianza. Esta noche ha habido guardianes en la casa.

- ¿Qué queréis decir? –La voz de Liam cambió por completo.

Christian me estrechó más entre sus brazos.

- Nos han dejado un regalo.

Lisange se puso tensa, lo miró a él luego a mí, por último, a Liam, que ya iba en dirección a la entrada con paso firme y acelerado. Ella lo imitó. Yo rehusaba volver allí dentro, pero Christian hizo intención de seguirles y me negaba a quedarme sola allí fuera.



Cuando llegamos al interior, Lisange se cubría la boca con las manos, con la mirada atemorizada, y a Liam había dejado caer las llaves junto a la puerta, justo en el lugar donde yo había visto todo aquello por primera vez, y en ese momento ya se encontraba junto a Caín, con la cabeza gacha y una mano en la frente.

- ¿Cómo han entrado? – La voz de Lisange sonó débil, tal y como se habría escuchado la mía de haber podido articular palabra.

- La puerta estaba cerrada y no parece haber ninguna ventana rota.

Liam se volvió hacia nosotros.

- Recoged vuestras cosas, nos vamos de este lugar.

- ¿A dónde? –pregunto Lisange.

- A casa de los Lavisier.

- Ni hablar –soltó Christian tajante-. Me llevo a Lena de la ciudad esta misma noche.

- No haréis tal cosa.

Durante un momento pareció que se retaban con la mirada, pero Christian me tomó de la mano con firmeza y me dirigió escaleras arriba.

- Vamos, Lena.

- ¿Qué es lo que ocurre? –quise saber.

- Te lo explicaré luego, ahora prepara tus cosas.- Su voz era profunda y seca-. Coge solo lo imprescindible. Nos marchamos lejos de aquí.

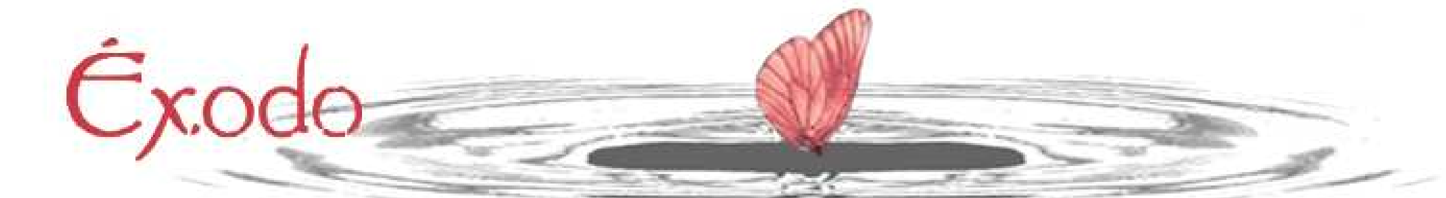
- Pero Liam ha dicho que…

- No me importa su opinión. Démonos prisa.

Fui al baño y cogí mi pequeño neceser. Cuando salí Christian ya me había dejado una pila de ropa sobre la cama y la guardaba a toda prisa en una bolsa de viaje. Le ayudé. La última vez que había hecho algo así había sido para ir a la montaña y en esa ocasión todo había acabado fatal. Sentí un gran peso en el estómago, ¿y si volvía a salir mal? ¿Y si esta vez ocurría lo mismo? No podría soportar perder a nadie más.

- ¿Ya estás lista? –me preguntó mientras se cruzaba sobre el pecho una pequeña bandolera de piel negra.

Asentí, colgándome al hombro mi mochila, donde llevaba siempre lo más importante. Volvió a tomarme de la mano, cogió la bolsa y bajamos de nuevo al vestíbulo. Oí unos pequeños golpes y una tapa cerrarse. Poco después, Liam pasó por delante de mí con



una pequeña caja de madera entre las manos. Deduje que en su interior iban los restos de Caín. El pobre gato… Quizá él se había dado cuenta antes que ninguno de qué era lo que ocurría. Ahora que lo pensaba, Goliat se había aferrado con las uñas a las cortinas para no subir a la montaña con Flavio y Caín llevaba unas semanas muy nervioso y escurridizo; de hecho, se escondía por recovecos que no sabía ni que existían. Yo lo había atribuido a las altas temperaturas, no le había dado más importancia porque Liam y Lisange tampoco lo habían hecho, aunque la verdad es que ellos no habían estado muy atentos a lo que les rodeaba desde lo ocurrido en la cabaña. Con la muerte de Flavio y la llegada de Christian a la casa, las cosas habían cambiado mucho y ya nadie pasaba demasiado tiempo allí. Se me hizo un nudo en la garganta. Quizás era cierto y me había centrado únicamente en Christian.

-Lisange, déjanos salir –pidió en un intento por controlarse.

Ella se interponía entre nosotros y la salida.

- No, Christian. Lena es un miembro de nuestro clan y no te corresponde a ti protegerla –afirmó en tono serio.

- Lena, venid a mi lado, por favor –instó Liam apareciendo detrás de nosotros.

- Pero ¿qué…?

- Ella no se queda –interrumpió Christian.

- Que hayáis decidido abandonar vuestro clan no significa que ella desee dejar de ser leal al suyo. No quisiera tener que desprenderme de vuestros servicios ahora. Si queréis permanecer a su lado, será según nuestras normas; ella no es uno de los vuestros.

Christian mantenía apretada la mandíbula con fuerza y contenía la respiración. Un extraño rugido surgió de su interior.

- No me obligues a…

- No lo haréis –interrumpió Liam-. No le demostraréis aún a Lena cómo sois.

- ¡No te das cuenta de que es peligroso para ella!

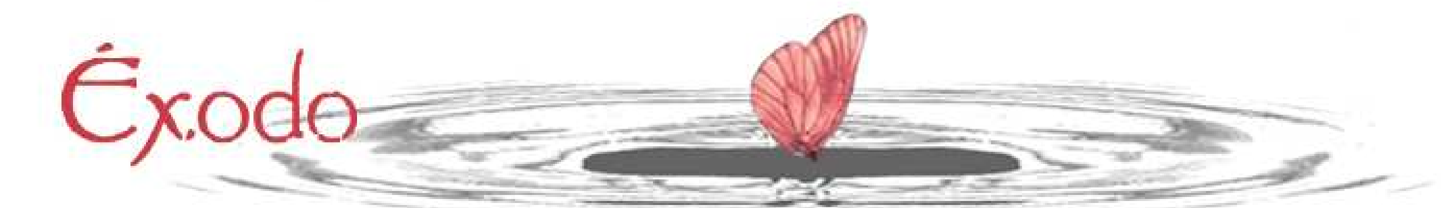
- Corre más peligro a vuestro lado. No os lo diré una segunda vez, Christian, ella se queda aquí, y si debemos enfrentarnos, que así sea.

Pasé la vista de uno a otro. No sabía hasta qué punto podrían aguantar ambos antes de lanzarse uno contra el otro, no quería comprobarlo.

- Christian…-musité-, vayamos con ellos, estaremos todos más protegidos.

Él volvió la cabeza hacia mí un instante, pero luego se centró de nuevo en Liam.

- No hay que precipitarse –interrumpió Lisange-. Vayamos a casa de los Lavisier, y



hablemos. Necesitamos debatir esto con serenidad.

Miré a Lisange con todo el agradecimiento que pude reflejar en mis ojos.

- Christian, por favor…

Busqué los suyos, pero él bajo la vista al suelo y volvió a respirar.

- Lena –dijo Lisange tendiéndome una mano-, vamos, te llevaré hasta allí.

Me puse de puntillas y lo besé en la mejilla. Él me contempló algo sorprendido.

- No me dejes, por favor –le pedí al oído.

- Desde luego que no. – Su voz era ronca-. Te dije que no me separaría de ti.

Llegamos a la casa de los Lavisier poco Después. La verdad es que aquel sitio siempre me provocaba una extraña sensación que conseguía ponerme los nervios de punta con solo acercarme a él. Me arrimé más a Christian al sentir los primeros escalofríos.

Llamamos, pero no nos abrió la sirvienta de la otra vez, así que esperamos un rato hasta que, finalmente, Lisange empujó con cuidado la puerta y esta se abrió sin ningún impedimento.

Entramos en el interior. La casa estaba más desierta y vacía que la última vez que habíamos ido allí. Había muchas cosas rotas: muebles partidos, paredes desconchadas, marcas de arañazos por cortinas, sábanas, cristales… Era como si un animal salvaje hubiera sido encerrado ahí dentro.

- ¿Qué ha ocurrido aquí? –susurré con un hilo de voz.

Christian se acercó a uno de los arañazos y lo examinó.

- No son garras –anunció pasando un dedo sobre uno de ellos-. Son marcas de un cazador.

- ¿Cómo lo sabes? –pregunté aproximándome a él.

- Si fuesen de un guardián serían más estrechas –me explicó señalando las huellas-, por lo afilado de sus uñas, pero estas son demasiado profundas; solo alguien con una fuerza de cazador podría hundir los dedos tan profundamente en la piedra.

- Cazadora, más bien –intervino Lisange dirigiéndole una mirada elocuente a Liam.

Él asintió.

- Helga…-murmuró él.

- ¿ella vive en esta casa, ahora…?

El eco de mi voz entre las paredes me produjo de nuevo aquella horrible sensación.

- Los Lavisier se fueron poco después de nuestra visita. Lo más probable es que la abandonaran aquí.

- Y está descontrolada –agregó Lisange-. La presencia que siente debe de ser enorme si ha perdido los nervios de esta manera.

Echo un vistazo a su alrededor observando todos los desperfectos.

- Tal vez deberíamos irnos –sugerí.

- No, no –soltó Lisange concentrándose en algo-, todo lo contrario, Lena. Debemos quedarnos.

- ¿Qué? –me volví hacia ella, sorprendida-. Lisange, está loca.

- No, Lena. Jamás podríamos llegar a comprender todo el mal que padece.

- Pero es peligrosa –insistí.

- No lo creo. De todas formas, eso tiene ya un tiempo. Seguramente ha huido ya de la ciudad.

Liam se volvió y se enfrentó a todos con semblante duro.

- Se acabaron las escapadas nocturnas; espero que haya quedado claro, Christian. Hemos permitido que conviváis con nosotros clan y no deseo tener que arrepentirme de ello. Os hemos brindado demasiada libertad, pero se acabó; no vamos a permitir que pongáis a un miembro de esta familia en peligro. Hemos tolerado demasiado tiempo.

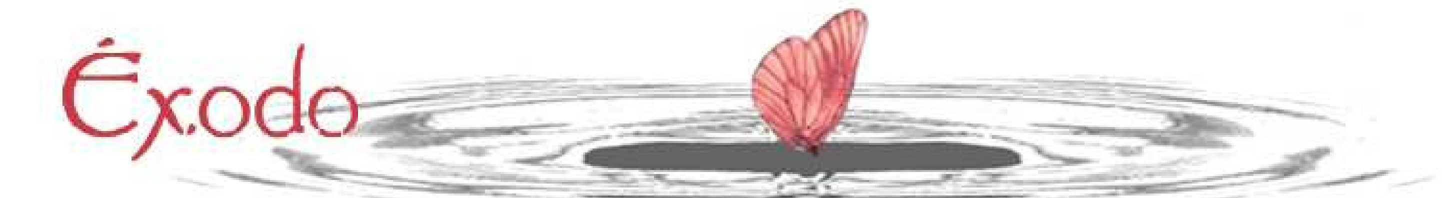
- Sé cuidar perfectamente de Lena. No estaría más a salvo en ninguna parte de lo que está conmigo.

- No estoy tan seguro de eso.

- Ese es el problema –comenzó Christian de nuevo, con fingida calma-, crees que voy a hacerle daño.

- Por razones obvias. Sois lo que sois y eso nada ni nadie va a cambiarlo.

- ¡Liam! –salté.



- Coincidiréis conmigo en que en estos momentos el problema es otro –intervino Lisange.

Liam se acercó con el rostro cansado a una mesa cercana y se sentó en una silla apartando las sábanas que la cubrían. Lisange lo imitó, pero Christian y yo nos quedamos donde estábamos. Él me rodeó con sus brazos.

- ¿Quién es Alfeo? –solté de pronto, cansada de que nadie me contara nada. Era nueva, si, pero eso no significaba que no fuera capaz de asimilar información.

Todos se volvieron hacia mí e intercambiaron miradas nerviosas.

- ¿Quién es? –insistí.

- ¿Dónde has escuchado ese nombre? – me preguntó Christian despacio.

- Os escuchado hablar sobre ello. Si yo estoy involucrada, necesito saberlo.

Se apartó un poco de mí y se apoyó contra el marco de la puerta, mirando el techo. Las señales de fatiga y preocupación en su rostro también eran evidentes.

- Será mejor que te sientes, Lena.

Sorprendida de que de verdad fuera a ceder, le hice caso.

- ¿Y bien? –le insté.

- La Orden de Alfeo –comenzó uniéndose él también a la mesa- es una rama de los guardianes, un grupo más radical que decidió separarse del resto y seguir sus propias leyes.

- Creen que son ángeles y que deben impartir justicia –apuntó Lisange.

- La cita que leíste en tu casa es su lema –siguió él-. Tienen ese versículo de San Mateo como su única religión.

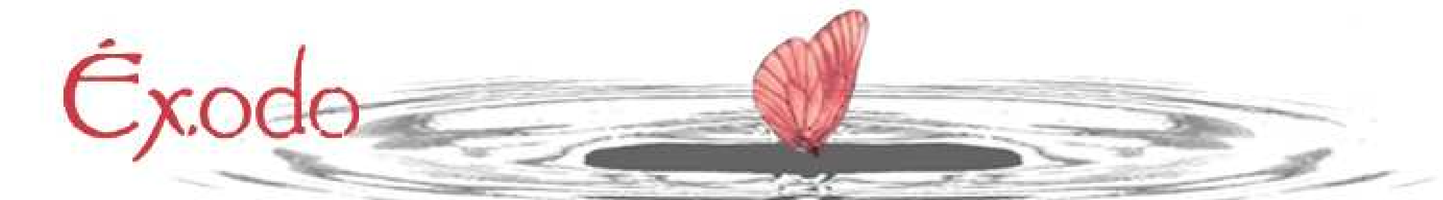
- Pero, ¿eso está permitido?

- Sí, siempre que no se dañe a grandes predadores considerados inocentes ni a otros guardianes.

- ¿Y a nosotros sí? –Estaba indignada.

- Sois la especie que más abunda, representáis una amenaza. Quieren manteneros a raya para que no os reveléis contra ellos.

- Lo esencial –interrumpió Liam- es que teníamos la certeza de que estaban extinguidos. Antaño terminaron perdiendo el norte y pelearon entre ellos. Todo el mundo dio por



desaparecida esa comunidad.

- ¿Y ahora han vuelto? –indagué.

- Su sello principal es la destrucción del escudo de cada clan, en vuestro caso Caín y Goliat –continuó Christian.

Desvié un segundo la mirada hacia Liam.

- Creíamos que se trataba de imitadores, pero las advertencias de Helga, el comportamiento de los animales, la innegable sensación del ambiente, la frase, la muerte de Caín y Goliat, lo que le ocurrió a Flavio… son demasiadas coincidencias.

Guardé silencio un momento, procesando la información.

- ¿Por qué les hacen eso a los gatos?

- Es una advertencia. Significa que han condenado a un miembro de la familia, es una forma de provocar el pánico.

- ¿Pero no protegen la casa de los guardianes?

- Sí, pero los gatos solo despiertan sus instintos ante muestras de violencia, si hubieran roto una ventana o tirado la puerta abajo no habrían podido cogerle, pero no fue así, de modo que lo pillaron desprevenido.

- ¿Y a quién creéis que buscan?

Ninguno respondió; de hecho, todos apartaron la mirada de mí. Christian abría y cerraba un puño sobre la mesa con la mandíbula apretada, Lisange bajó la cabeza procurando que sus ojos no se cruzasen con los míos y Liam pasaba de Christian a Lisange y viceversa. De pronto, lo comprendí.

- A… ¿a mí? –musité

- Podrían ir a por cualquiera –se apresuró a decir Christian.

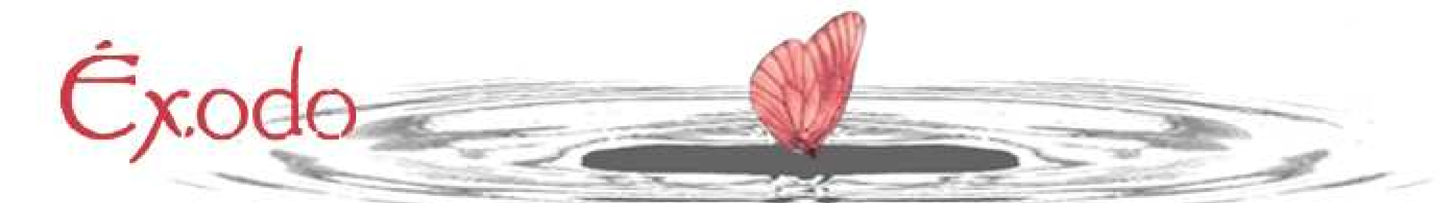
- No obstante, hay una posibilidad bastante grande de que seáis su objetivo, Lena.

Me levanté, me alejé despacio hasta el recibidor y me senté en el penúltimo escalón. Por fin. Por fin eran sinceros conmigo. Sin adornos, ni suavidad, la verdad tal cual. Christian se levantó y se acercó a mí, pero yo hice un gesto con la mano para que se quedara donde estaba.

- Flavio acabó con gran predador pero ¿Qué es lo que he hecho yo?

Sentí un temblor inusual en los dedos y un dolor intenso en la cabeza.

- Existe una razón –volvió a decir Liam clavándome los ojos mientras se unía a



Christian-: el equilibrio. –Lo miré desconcertada, no entendía qué quería decir-. No puede haber un número mayor de cazadores de lo estrictamente señalado. Aparecisteis aquí, Lena, y os acogimos, pero en realidad no podíamos hacerlo. Han debido de enterarse de vuestra presencia y por eso creemos que pretenden daros caza.

- Darme caza…-repetí, profundizando en el macabro significado de esas palabras.

- En realidad tiene sentido –musito Lisange después de aparecer también a mi lado-. No había tantos guardianes por aquí hasta que llegaste.

No supe qué decir. Hasta cierto punto sonaba incluso irónico, porque desde que desperté en esa *vida* había buscado la forma de poner fina todo, pero ahora…no quería morir.

Me mordí el labio, intentando pensar a toda velocidad.

- De acuerdo –sentencié-, me iré

Tres pares de ojos me miraron a la vez.

- ¿Qué? –preguntó Christian con voz áspera.

- No voy a poneros a vosotros en peligro. Si no debería estar aquí, me iré y listo.

- Por desgracia, no es así de simple, Lena –dijo Liam con aparente tranquilidad-. Pero vamos a ayudaros.

Negué con la cabeza.

- No es vuestro problema, no tenéis que involucraros.

- Deberíamos habernos ido ya.

- Es peligroso, Christian –insistió Lisange-. Lo estarán esperando. Si han entrado esta noche, ¿Qué nos garantiza que no asaltarán en mitad de la carretera? La próxima ciudad está a kilómetros de distancia y no tenemos protección.

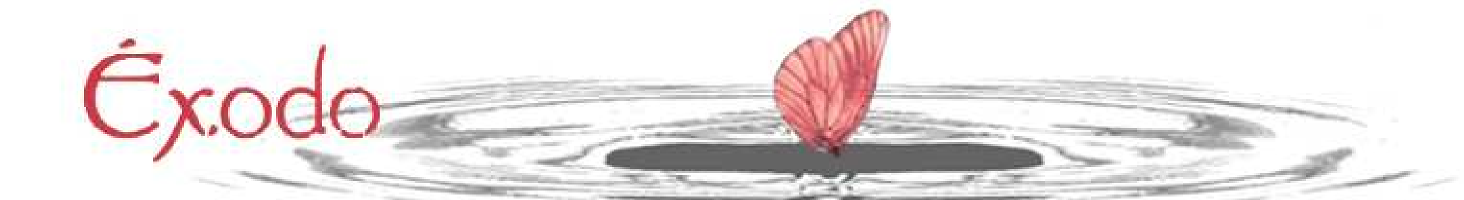
- No deshagáis el equipaje –interrumpió Liam-, nos marcharemos mañana en cuanto vuelva a haber gente por las calles.

- Noche de guardianes, no habrá luna –soltó de pronto Christian, y todos le miramos-. Liam, debemos hablar.

- Estoy de acuerdo.

Ambos desaparecieron tras una puerta. Lisange me miró, inquieta.

- ¿Por qué se van? –inquirí poniéndome en pie-. ¿Qué es lo que tiene que decirle que no puedo escuchar? ¿Qué más me estáis ocultando?



- Tranquilízate, Lena. No pretenden asustarte.

- ¿En serio? Pues hablar en secreto no me parece la mejor forma de “no asustar” a alguien.

La verdad es que cada vez estaba más alterada.

- Deben dejar de lado sus diferencias si pretenden estar en esto juntos; por eso se han ido.

Respire hondo y volvía a sentarme, hundiendo los dedos en mi pelo.

- ¿Os habéis enfrentado alguna vez a alguno de esos? –quise saber, con la vista clavada en la puerta por la que acababan de desaparecer. Ella asintió lentamente con la cabeza-. ¿Cómo son?

- Iguales a cualquier otro guardián en apariencia, pero sus habilidades están bastante más desarrolladas; aunque lo que agudiza su peligrosidad es el hecho de que no les preocupa exponerse o morir.

Me resistía a preguntarlo, pero lo tenía que hacer, debía saberlo.

- ¿Cómo se mata a un cazador?

- No creo que necesites saber eso ahora, Lena –respondió negando con la cabeza.

- Claro que sí, ¿Cómo voy a estar prevenida si no sé que esperar?

- No tendrás que preocuparte por eso. Vamos a protegerte.

- Lisange, desde que llegué aquí no habéis hecho nada más que ocultarme información. Por favor, deja de hacerlo; necesito saber qué es lo que puede ocurrir.

- Lena…

- Decís que soy parte de vuestra familia –alegué con voz dura-, demuéstramelo.

Su semblante cambió, ahora era más oscuro y serio. Lisange me observó un momento, sin saber muy bien que hacer.

- Tal vez ya no seas la niña frágil que llegó a nuestra casa hace unos meses.

- ¿Y bien?

Bajó la cabeza, abatida, y comenzó a hablar.

- La muerte de cualquiera de las tres razas reside en el corazón.

- ¿Cómo? –insistí



- Hay más de una forma, pero la más común es infectarlo. A los guardianes les afecta nuestra sangre tanto como a nosotros la suya. Si llega al corazón, la víctima muere.

Me acerqué más a ella, para poder prestarle mayor atención.

- ¿Y como se hace eso?

Volvió a mirarme.

- Desde luego, lo más seguro es clavar esa sangre ahí directamente, en nosotros solo tiene efecto de esa manera porque nuestro corazón no late, así que la sangre del guardián se queda donde nos hayan herido. No deja de ser desagradable y doloroso, pero podemos vivir. En cambio, como el suyo sí que se mueve, son mortales en cualquier punto.

- Entonces, los grandes predadores también, ¿no? –dudé antes de continuar-. Dijisteis que mataron a Flavio como a uno de ellos, ¿a qué os referíais?

Lisange volvió a bajar la cabeza, apenada. Me arrepentí de haberlo nombrado.

- A que le arrancaron el corazón…en *vida.*

Sin poder evitarlo, pensé en Christian.

- ¡Pero eso es horrible! –exclamé llevándome una mano a la boca.

Ella asintió.

- Lo es. Su cuerpo es demasiado fuerte como para que la sangre de guardián pueda matarles, aunque puede paralizarles por un tiempo, por eso la manera más rápida y eficaz es quitárselo.

Se extendió un pequeño silencio entre ambas.

- ¿Pero Christian no podría…, ya sabes, usar sus ojos con ellos?

- ¿Te lo ha contado? –parecía sorprendida.

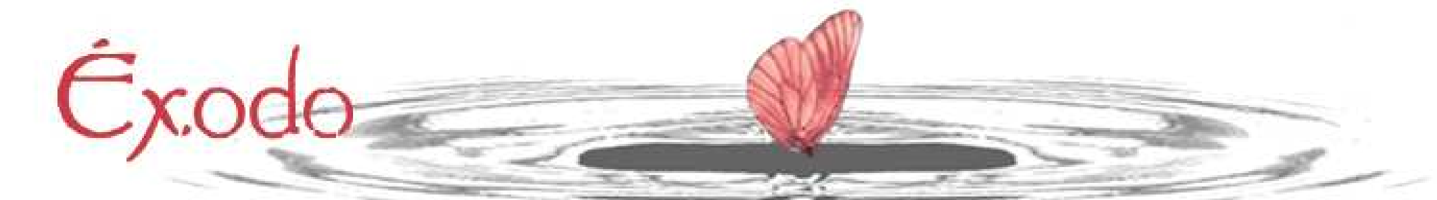
Asentí con la cabeza.

- Lo que él puede hacer el algo muy poco común –susurró.

- Pero podría funcionar…

Ella negó con la cabeza.

- No puede controlarlo siempre, y más nos vale que no lo intente porque podría alcanzarnos a alguno de nosotros.



Christian y Liam aparecieron de nuevo. Su semblante era bastante serio, pero no parecían haberse peleado.

- ¿Estáis bien? –pregunto Lisange.

- Todo en orden –respondió Christian antes de volverse hacia mí-. Lena, debes dormir.



# CAPÍTULO 30

**No Soy Fuerte**

Christian me acompañó hasta una de las habitaciones menos destartaladas y aguardó junto a la ventana hasta que yo me decidí a irme a la cama. Tardé mucho en hacerlo porque de pronto era incapaz de mantenerme parada. No hacía más que dar vueltas por todo el dormitorio, nerviosa; necesitaba aire, por decirlo de alguna manera. Sin embargo, él me concedió espacio, supongo que porque estaba igual que yo, perdido en sus pensamientos.
-Ha sido una noche difícil –comentó mientras me metía por fin entre las sábanas.
-No te quedes ahí –le pedí alzando los brazos-. Ven conmigo.
En ese momento, necesitaba más que nunca sentir su cercanía.
-No es apropiado –susurró sin mirarme.
-¿Y espiar a una chica mientras duerme sí lo es?
Volvió su cabeza hacia a mí.
-Vigilo que no corras peligro.
-También se puede <> desde el otro lado de la puerta -señalé, suspicaz. Se levantó despacio, sin hacer ruido, y se aproximó a mí. Apoyó su peso con las manos sobre la almohada, una a cada lado de mi cabeza, acercándose tanto a mí que pude sentir el fresco de su aliento sobre mi piel-. No me dejes sola por favor.
Él no dijo nada, se apartó un poco de mí y se acostó a mi lado. Le rodeé con los brazos, apoyándome contra su pecho.
-Saldré en cuanto te quedes dormida –murmuró junto a mi oído-. Liam intentará encontrar cualquier excusa para apartarme de tu lado, pero estaré detrás de la puerta toda la noche, te lo prometo.
Me dio un corto beso en la punta de la nariz y me arropó como si fuera una niña pequeña. Me resigné, cerré los ojos e intenté alejar de mi mente todo lo que me habían contado. Christian había cerrado a conciencia las ventanas de la habitación y todas las de la casa, así que, después de unos segundos, tuve que apartar las mantas por el repentino calor, a pesar de que no sirviera de mucho, aunque estaba segura de que el sofoco también estaba motiva por mi estado de ánimo.
Miré hacia el techo sin saber muy bien qué pensar. Tenía miedo; era la primera vez que todo el asunto de los guardianes me causaba especial terror y, sin embargo, estaba ahí, acostada, esperando apaciblemente a que el sueño llegara. La verdad es que por dentro estaba histérica, para qué negarlo. Había «visto» lo que le ocurrió a Flavio. Lisange me

había contado qué le habían hecho y ahora se suponía que a mí me esperaba algo muy parecido, pero era incapaz de reaccionar de forma normal. ¿Por qué? Tal vez fuera porque me costaba asimilar las cosas; quizá por la mañana supiese mejor qué hacer o pensar y me pasara todo el día pegada a Christian temblando de arriba abajo.
Me lleve una mano a la cabeza. No me extrañaba que los De Cote prefirieran el campo. En la ciudad hay cientos de sonidos incluso cuando para el oído humano solo hay silencio: el agua corriendo por las alcantarillas, un gato husmeado entre los cubos de basura, la electricidad de las farolas de la calle… Durante el día podía aprender a ignorarlos porque estaba distraída, pero por la noche era algo imposible. Era mucho más agradable el susurro de los árboles y el ulular de las lechuzas, esos al menos eran relajantes…
Intenté centrar mi atención en un solo punto; de hecho, tardé solo un instante en localizar el sonido que estaba buscando. Un suave palpitar de corazón. Me concentré en cada latido, solo en eso, y todo lo demás desapareció.

Me desperté en mitad de la noche, pero no abrí los ojos. El corazón de Christian se oía más lejano, así que debía de estar ya al otro lado de la puerta. Lo que escuchaba con más nitidez era el viento, que chocaba contra las cortinas transportando un extraño hedor que puso en alerta mis sentidos. Abrí ligeramente los párpados, pero, entonces, alguien me cubrió la boca con un movimiento tan rápido que ni siquiera pude gritar.
-He visto… -susurró la recién llegada con voz ronca y la mirada desenfocada-. He visto sangre y grandes lenguas de fuego por todas partes. –Calló un momento para retorcerse con una mueca de dolor; su expresión era de auténtico espanto, pero continuó-. Grandes llamaradas escarlata que rugen como leones mientras devoran todo rastro de vida a su paso –prosiguió; entonces me di cuenta de que todo mi cuerpo temblaba de pavor-. No podéis despreciar lo que sois. –Intenté zafarme de ella, pero me sujetó con más fuerza-. ¡Escúchame! ¡También he visto muerte! Debes olvidarte de esa absurda idea mortal sobre el amor ahora que aún estás a tiempo, o acabarás con él. Huye lejos, Lena De Cote, hazlo antes de que sea demasiado tarde… para ambos.
En ese momento, la puerta se vino abajo. Christian corrió hacia mí, pero ella ya se había ido.
-¿Qué ha ocurrido?
Desvié la vista hacia la ventana, por donde se había esfumado.
-Helga… -tartamudeé.
-¿Qué te ha dicho? –Lo miré y él reconoció el pánico en mis ojos, ¿cómo podría confesarle lo que me había revelado? Bajé la mirada. No, no podía-. ¿Lena?
Me abracé a él con fuerza, como si pretendiera que de esa forma nada pudiera separarnos.
-Me ha advertido sobre los guardianes de nuevo.
Él me rodeó con sus brazos y me meció con dulzura, intentando consolarme.
-Ya se ha ido.
Pero no era cierto. Sus palabras habían calado muy hondo en mi mente, demasiado profundo como para poder liberarme de ellas.
Renuncié en rotundo a la idea de intentar dormir de nuevo porque en cuanto cerraba los ojos la veía a ella, con esos grandes ojos casi fuera de sus órbitas, y en el silencio escuchaba su voz, siseante y penetrante.
Había tantas cosas a las que debía tener miedo… No sabía qué ocurriría a continuación, solo que ya había habido tres muertes. Eso no se iba de mi cabeza. Meses atrás, me habría resultado casi alentador la noticia de que alguien quisiera poner fin a mi

existencia, porque era lo que deseaba en ese momento; pero ahora… era distinto. Hacía tiempo que había descubierto, sin darme cuenta, la razón para seguir viviendo: Christian. Él hacía que mereciera la pena levantarme y no sentir mi corazón palpitar, el único motivo que evitaba que me aterrara la idea de no ser normal, y ahora temía perder eso, perderle a él… Sería más doloroso que todo lo malo que había sentido hasta ahora. Simplemente, me mataría, y ya no habría más oportunidades, ni más vidas…

Con suerte, en unas horas iríamos a cualquier otra parte. Un lugar donde no me persiguieran. Empezaríamos de nuevo, fingiendo una vez más no ser diferentes. Esa era una idea reconfortante, Christian y yo paseando como una pareja normal por las calles de una ciudad cualquiera… Aunque solo si las cosas salían bien, porque podían no ser así. ¿Podía arriesgarme a que sucediera todo lo contrario?

Christian me miraba desde el sillón de enfrente aparentando tranquilidad para no asustarme más y guardo silencio a la espera de que el cansancio hiciera que mis párpados cedieran. Pero eso no ocurrió, nos quedamos toda la noche en vela en el salón de aquella casa. Me acerqué a él y me hundí en su regazo. Era lo único que quería sentir en ese momento, su cercanía, la suavidad de su piel, su aroma inundando mi mente… Él me recibió entre sus brazos y suspiró con pesar sobre mi cabeza; estaba tan angustiado como yo, aunque no lo quisiera reconocer.

Llegó el amanecer sin que yo me hubiera vuelto a dormir. Había pasado el reto de la noche contemplando sus manos y sintiendo su cuerpo, se acercó a mi oído y susurró con calma.

-Veinticuatro horas, mi vida, y estaremos a salvo.

Le sonreí, a pesar de la evidente tristeza que mostraba mis ojos. La congoja había hacho presa a mi corazón. Veinticuatro horas, pensé, solo eso. Me volví hacia él y vi amor reluciendo en su mirada. Eso era todo lo que yo necesitaba.

Entonces, tomé mi decisión. Saldría de allí. Huiría lejos para alejar el peligro de ellos. Ahora sabía que no estaba loca. El aparcamiento, el bosque, el día del examen… ellos tenían razón, iban a por mí y no podía ignorar las palabras de Helga. Mi muerte no era la única que veía, debía de irme, marcharme. Si eso le salvaba, entonces era una gran razón para hacerlo. Él era mi motivo para vivir… y también para morir.

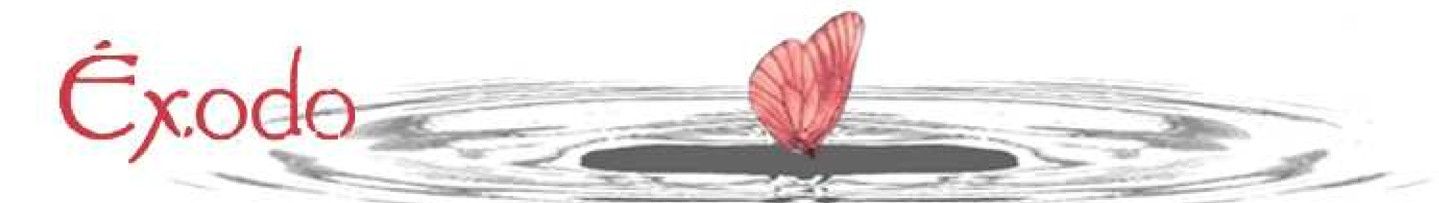
Me puse en pie de un salto, con renovadas energías.

-Hoy es el gran día.

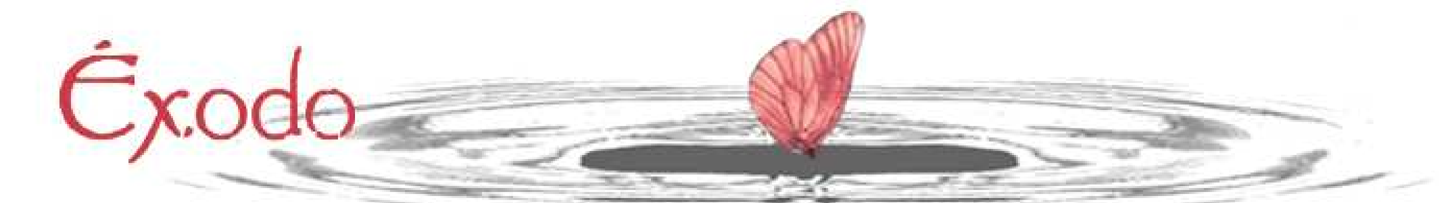
Dejé a Christian mirándome atónico mientras subía volando de nuevo a la habitación para prepararme.

El tiempo era, sin duda, un reflejo de lo que bullía en mi interior. Una gran tormenta o, al menos, un preludio de ella. Era un nuevo día porque los relojes así lo marcaban, pero el cielo estaba negro y encapotado y hacía bastante viento. Eso lo hacía todo más difícil y dramático, pro la decisión ya estaba tomada.

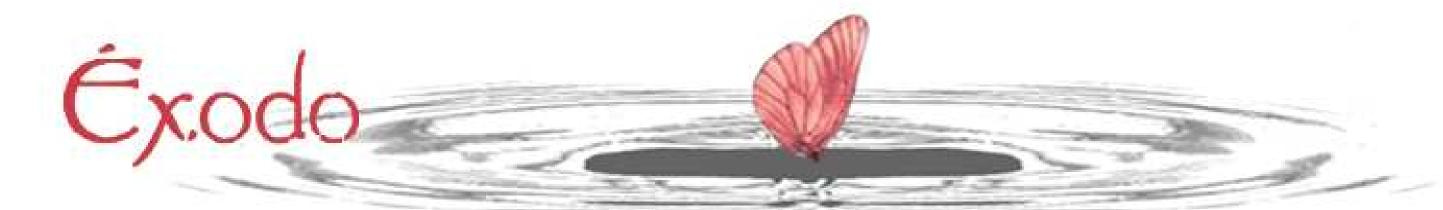
Eché un último vistazo a la casa para comprobar que, efectivamente, no se habían dado cuenta de mi ausencia. Respiré un par de veces y me alejé con paso acelerado. Estaba haciendo lo correcto separándome de ellos, apartaba el peligro. No sabía luchar, eso lo tenía claro, así que esta era la única manera que conocía de protegerlos. No estaba dispuesta a que se arriesgaran a una muerte tan dolorosa por mí. Si lo hacía bien, quizá ni siquiera moriría yo; además, ya les había esquivado en otras ocasiones. Y, si no era así, bueno, me dolía mucho marcharme de ese mundo sola, pero no tanto como la idea de no volver a verle. Aun así, debía de dar gracias por el poco tiempo en que le había tenido; él había hecho que mereciera la pena morir, y por él estaba dispuesta a volver a hacerlo. ¿Quién sabe? A lo mejor después de esta segunda «vida» había otra realidad paralela en la que al menos pudiera seguir observándole, aunque no pudiera hablarle ni



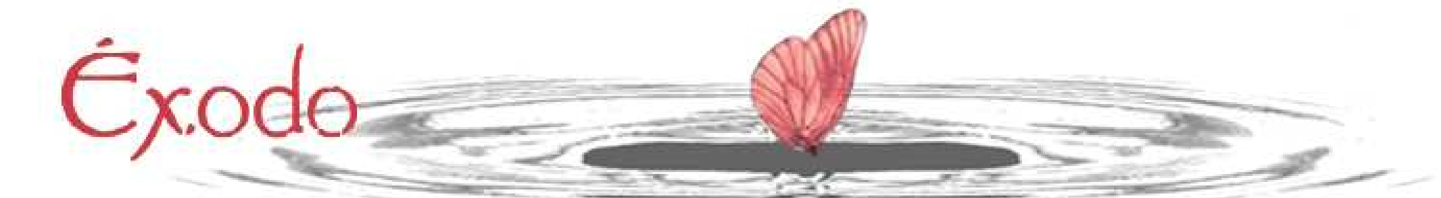
tocarle,…
«No lo hagas», me pidió la mente.
-Es lo correcto –me repetí en voz alta.
Era lo primero que hacía a lo que le encontraba sentido, pero eso no evitó que se me hiciera un nudo en la garganta. Sacudí la cabeza y apreté el paso; debía alejarme de allí antes de que pudiera arrepentirme.
Eché a correr a través de las numerosas calles desiertas de gente a causa del mal tiempo. Me enfrenté al viento, al rugido de las nubes en la lejanía, a la tortuosa voz en mi cabeza que me gritaba que regresara y al miedo que, cada vez más rápido, se iba apoderando de mi cuerpo. Atravesé toda la ciudad antes de lo que pensaba. No era consciente de a qué velocidad o cuántas energías estaba poniendo en huir de allí. Solo sabía que, de pronto, avanzaba entre la maleza, y que lo único que importaba era alejarme todo lo posible para impedir que Christian fuera capaz de captar mi rastro.
¿Tendría el valor suficiente para morir? Me asaltó esa duda mientras corría. ¿Sería lo bastante valiente? Si se piensa en frío, serlo no me serviría absolutamente de nada porque no cambiaría el resultado final; pero no, jamás lo sería lo bastante como para afrontar un mundo sin él. Me detuve un momento, acosada por mis pensamientos. ¿No había sido bastante mi anterior vida, mis recuerdos, mi futuro…, ahora también tenía que arrebatarme el amor, lo más grande que había sido capaz de sentir?
Ojalá hubiera podido disfrutar de él un poco más de tiempo, ojalá me hubiera podido despedir, pero las cosas nunca salen como uno las tiene planeadas, y esto no iba a ser la excepción.
Mi fuerza de voluntad flaqueó. Di vueltas de un lado a otro, mordiéndome las uñas, no quería hacerlo, no podía concebir un lugar sin él, una vida sin él. Quise retroceder, pero no lo hice, me deje caer al suelo y escondí la cabeza entre las manos mientras una repentina y abundante lluvia me calaba. Me tiritaban los dientes, pero no de frío, sino de congoja; me mordí el labio para intentar pararlo, pero fue inútil. Los ojos me escocían como nunca antes lo habían hecho.
-¿DÓNDE SE SUPONE QQUE ESTÁ EL CIELO? –grité elevando la cabeza hacia las nubes-. ¿QUÉ FUE LO QUE HICE PARA NO MERECER SER FELIZ?
Aguardé unos segundos mientras la lluvia me empapaba la cara, pero no recibí respuesta. Me aovillé y me tiré del pelo con fuerza, con la mandíbula apretada para no chillar, y lloré sin lágrimas. En ese momento, el viento me trajo un sonido lejano y atenuado por el temporal. Eran unas campanas. Alcé la vista y divisé a través de la tormenta de agua un pequeño campanario, no muy lejos de allí, entre los árboles.
Busqué a mí alrededor pero no reconocí la zona; era probable que ya me hubiera alejado lo suficiente de la casa de los Lavisier para poder hacer un pequeño descanso en aquel lugar. Me levanté y me encaminé despacio hacia allí. Conforme me acercaba llagaba a mis oídos, mucho más nítidas, unas voces que cantaban.
Deambulé entre los árboles hasta que salí a una pequeña explanada. Allí, no muy lejos, distinguí un pueblucho tan pequeño que no debía de aparecer en ningún mapa y que constaba tan solo de unas pocas casitas muy juntas entre sí. De entre los tejados, se alzaba una vieja veleta sobre una cruz aún más antigua. Me dirigí hacia el lugar serpenteando por las estrechas callejuelas de ese «poblado» hasta llegar al pie de una antigua iglesia. El campanario era alto, con un gran crucifijo algo torcido en la cima. La parte posterior estaba completamente derrumbada, pero del interior del edificio procedían las voces de un coro infantil.
Vacilé, no sabía si podría poner un pie dentro. Nadia me había dicho nada al respecto. ¿Y si me quemaba o me deshacía o algo así? En cualquier caso, sería una muerte mucho



más rápida que la que me esperaba y eso era un punto a mi favor. Las puertas estaban abiertas. La luz que se proyectaba del interior era tenue.
Subí dudando las escaleras de piedra irregular y me paré justo enfrente de la entrada. En su interior solo había una anciana arrodillada en el primer banco y un sacerdote dirigiendo al coro en el altar. Toda la iluminación provenía de diversos cirios, muy consumidos, colocados a lo largo y ancho del lugar. Puse un pie dentro y aguardé, pero no ocurrió nada, adelanté el otro y ya estaba dentro. Me miré, continuaba teniendo el mismo aspecto, nada había cambiado. No pude evitar la sensación de decepción que me invadió.
Avancé hasta el penúltimo banco y me senté a escuchar esas voces. A menudo, cuando la gente va ha morir intenta hacerlo en paz consigo mismo y con Dios. Mi principal pecado había sido enamorarme de la persona equivocada, pero no podía arrepentirme de ello, de nada en realidad; es más, debía de dar las gracias por que, a pesar de todo, la muerte me había llevado a la felicidad, una casi efímera y fugaz, pero felicidad al fin y al cabo. Y, si el precio era volver a morir, debía aceptarlo y dar las gracias.
Mi silencioso corazón se conmovió con aquellos cánticos. No había sido exactamente una buena idea entrar allí dentro, mi voluntad se quebraba más y más con cada segundo que pasaba. Sentía unas ganas terribles de llorar, cada vez estaba más segura de que muchos de mis problemas desaparecerían de poder hacerlo. Si pudiera pedir algo en ese momento, sería llorar una última vez.
El coro efectuó un descanso y el sacerdote acompañó a la anciana hasta la puerta.
-¿Puedo ayudarte en algo?
Levanté la cabeza hacia él; no era un hombre muy alto, tenía un vientre prominente y largas pastas de gallo en los ojos. A juzgar por lo canoso de su cabello, debía de tener ya una edad avanzada. Me sonreía de forma cortés.
-Estoy bien –mentí.
-El Señor escucha y atiende las necesidades de tu corazón, hija mía.
-No creo que nadie pueda escucharlo, padre.
-Él es Todopoderoso, no pierdas la fe. Nunca abandona a sus hijos.
Aparté la vista y él se alejó de nuevo hacia al altar. Ene se preciso momento me sentía bastante abandonada.
-¿Qué haces aquí? –me susurró de pronto una voz al oído.
Pegué un bote por el susto, había tardado menos de lo que esperaba en advertir mi ausencia, pero no me volví hacia él.
-Quería saber si podía pisarla –respondí con voz ausente de vida-. Ya sabes, en las historias de terror los no-muertos no pueden pisar las iglesias. –Chasqueé la lengua con amargura-. Pero no me ha pasado nada, y por lo que se ve a ti tampoco. –Tomé aire-. Así que también mienten en eso…
«No le mires», me ordené a mí misma, «no lo hagas o no tendrás la fuerza suficiente».
-Lena…
«No lo hagas, no…»
-Algún día escribiré un libro contando la verdadera historia –continué sin prestarle mayor atención. Él se sentó despacio junto a mí y me cogió de la mano. Volví a respirar hondo y la aparté-. No debería estar aquí –dije con voz seca.
No podía permitir bajar la guardia.
-Tú tampoco.
Contemplé fijamente el altar, e intenté concentrar en mi voz el poco empeño que me quedaba.
-Christian, no quiero que me sigas. –Esas palabras me dolieron, pero era lo que había



decidido.
-No voy a quedarme sentado observando cómo te alejas de mí.
-No puedes hacer nada.
-Te equivocas si piensas que de verdad te voy a dejar ir. Es demasiado tarde para mí. –Cerré los párpados con fuerza, no debía mirarle-. Si crees que así nos salvarás, comentes un error. –Su voz era suave, pero dura.
Sentí su mano mojada por la lluvia contra mi mejilla y su aroma penetró en mi interior; el contacto de su piel con la mía reavivo todo ese torrente de sentimientos y sensaciones que me bordaban cuando estaba a su lado.
-Me has condenado a vivir atado a ti.
Elevó mi rostro hacia él, todos mis esfuerzos fueron inútiles. Alcé la vista y sus ojos derribaron todas mis barreras.
- Christian… -musité con voz ronca.
Me miró de forma intensa; vi brillar en sus pupilas el mismo sufrimiento que había apresado a mi corazón. Su voz se endureció.
-Vayas donde vayas, Lena, llevas una parte muy importante de mí contigo y yo no puedo vivir sin ella. –Me mordí el labio con fuerza para intentar mitigar el escozor de lágrimas secas-. Has cambiado todo mi mundo. –Se acercó más a mí, poniéndome su otra mano en la mejilla, sujetándome el rostro como si se tratara de algo frágil-. Así que si vas a dejarme más vale que sea porque no me amas como yo a ti, porque como sea por protegerme estarás cayendo en el mayor error que podrías cometer. –Hizo una pequeña pausa y continuó-. Si te vas, acabarás con mi vida de una forma más cruel y despiadada de lo que podría hacerlo cualquier guardián esta noche.
Sus latidos danzaban desbocados. Aparté un instante la vista y parpadeé varias veces luchando contra el dolor.
-No puedo permitir que estés en peligro.
-¿Acaso crees que yo podría seguir si te ocurre algo, Lena? –dijo apretando los dientes con fuerza-. Tú eres lo único importante en mi maldita existencia, lo único que me hace sentir vivo, lo único que hace latir mi corazón. No puedes apartarme de ti.
-Pero… Lisange me ha contado cómo se mata a un gran predador –musité; él contuvo el aire y deslizó sus manos hasta mis hombros-. Tengo miedo de que te ocurra algo malo.
-Lisange no debería…
-Yo le obligué –interrumpí-, no podéis mantenerme al margen de todo. Es frustrante.
-Es por tu seguridad.
Levanté la cabeza para mirarle a los ojos.
-No saber cómo pueden acabar contigo no me hace sentir más segura, Christian.
Me acarició la mejilla con el dorso de la mano.
-A mí sí. Lena, temo que quieras cometer alguna locura.
-¿Qué quieres decir?
-Cuando he visto que no estabas –susurró-, creí que te había perdido.
-Y eso era exactamente lo que estaba intentando. Alejarme de vosotros…
-Era un plan suicida.
-Es mi decisión y aún sigo determinada a llevarla a cabo. No puedo ignorar las palabras de Helga.
-¿Qué es lo que te dijo? –Guardé silencio apartándome de él. No estaba dispuesta a decírselo, eso solo lo complicaría todo aún más. Él comprendió que no se lo iba a contar y tomó mis manos entre las suyas-. No importa. No existe un futuro escrito, puesto que ni siquiera deberíamos estar aquí. –Alcé la vista hacia él-. Lena, tengo muy claro que si morí aquel día en la selva y acabé en este lugar fue porque debía llegar a ti. La única



razón por la que he sobrevivido en este mundo es porque debía encontrarte, y ahora que lo he hecho no pienso perderte. Ni Helga Lavisier ni sus palabras pueden cambiar eso. ¿Por qué debemos preocuparnos de lo que otros digan? ¿Qué es lo que saben ellos de lo que sentimos? Todos olvidaron lo que era el amor hace tiempo.
-No es suficiente –insistí con voz áspera-, no si mueres por ello.
Se prolongó un pequeño silencio. Acababa de revelarle, sin querer, en qué consistía más o menos la advertencia de Helga. Me tomó de los hombros y me empujó un poco hacia atrás, de modo que pudiera volver a encontrarse con mis ojos, y me clavó una de sus miradas más impactantes mientras volvía a hablar.
-Morir por ti sería lo más maravilloso que he hecho en toda mi miserable existencia –susurró.
-No digas eso, yo… -Mi voz se quebró, parpadeé y ladeé la cabeza hacia el otro lado- no podría soportarlo-
-No tendrás que hacerlo, mañana todo será diferente, pero, si te marchas y te ocurre algo… -De pronto, sonrió, acariciando mi mejilla-. Si ambos debemos morir, procuremos que sea lo más tarde posible. Quizás eso no ocurra hasta dentro de una veintena de siglos.
Me sorprendí al descubrir la verdad de sus palabras; puede que tuviera razón, quizás aún teníamos largas décadas por delante de nosotros. Tal vez no tendría por qué acabar todo esa noche. Le rodeé con mis brazos y hundí el rostro en su pecho.
-Veinte siglos no serán suficientes –susurré contra su camisa-. No pienso perderte.
Christian llevó una mano a mi cabeza y me acaricio el pelo con ternura.
-Me alegra que de vez en cuando pensemos igual. –Me dedicó una sonrisa. Su corazón continuaba latiendo un poco más deprisa de lo normal, tal vez por la preocupación-, ¿Has terminado ya con tu pequeño experimento? –me preguntó.
-¿Eh?
-¿No querías saber si te desintegrarías?
-Ah, ese… -dije recordando.
Él rió en silencio.
-Volvamos, se hace tarde.
Un pesado nudo se instaló en mi garganta al pensar en lo que nos esperaba ahí fuera. Me tomo de la mano y la apretó lenemente para infundirme ánimo. Me aferré a su brazo, y salimos de la pequeña iglesia de vuelta a la casa de los Lavisier.

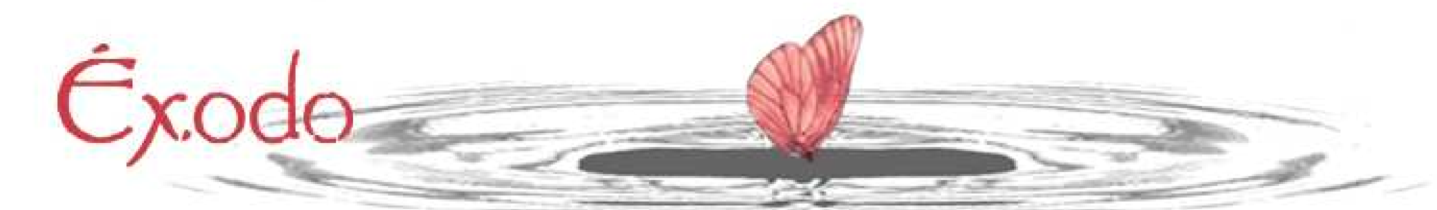


# CAPÍTULO 31

**Sangre**

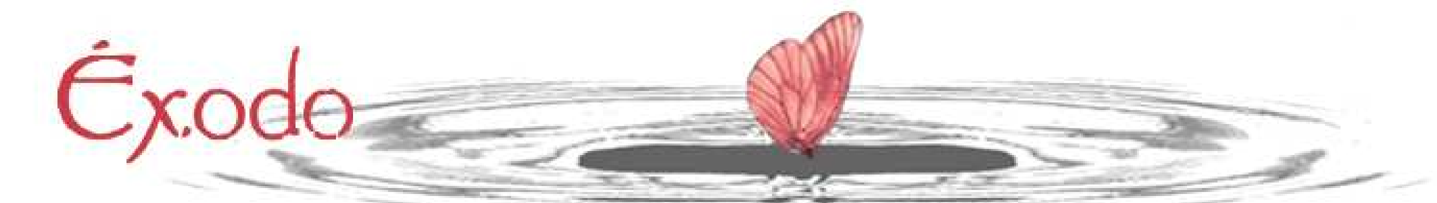
-Debéis iros de inmediato –exclamó Christian nada más entrar por la puerta.

-He hablado con Gareth –informó Lisange justo después de aparecer en el recibidor junto a Liam-, no tienen problema en acogernos en su casa.
Me moví hace él.
-¿Cómo que “iros”? –inquirí-. ¿Qué pasa contigo?
-Lena, ¿recuerdas lo que te expliqué sobre lo que nos ocurría a los grandes depredadores?
Comencé a entender de lo que hablaba.
-Esta noche no habrá luna; no puedo acompañaros, pero mañana me reuniré contigo, te lo prometo. No tengas miedo, todo se solucionará.
-Temo mucho más alejarme de ti que ver de nuevo una de esas caras –refunfuñe para mí misma.
Un escalofrío me recorrió la espalda al ver la expresión de contrariedad de Christian. Acababa de desvelar uno de mis secretos más bien guardados.
-¿Cómo has dicho?
Liam y Lisange se volvieron hacia mí con la misma expresión de contrariedad, de modo que me preparé para la lluvia de sermones que me caería a continuación.
-Lena, responde –instó Lisange.
-Bueno… -Intenté pensar a toda velocidad en una manera de salir del paso-. Cuando fuimos a la montaña…
-No llegasteis a verle el rostro a ese guardián; me aseguré de ello –señaló Liam.
-Esto es importante, Lena –interrumpió Christian-. ¿Te has cruzado con algún otro y no nos lo has contado?
No me atreví a decir que sí; de pronto me sentía como un niño al que acaban de pillar robando golosinas.
-¿Cuándo ocurrió? –preguntó despacio interpretando mi silencio.
Tomé aire para armarme de valor.
-El primero fue…la noche de la fiesta –confesé al fin; todo sería pero si no hablaba-. Uno de ellos me persiguió hasta casa; la otra vez ni siquiera puedo garantizar que se tratara de uno o varios de ellos.
Lisange se llevó la mano a la frente con aspecto consternado.
-Sólo los guardianes de la Orden cazan en grupo –musitó.



-Eso fue justo después del examen –agregué contrariada-, en ese mismo edicio.
-¿Llegaste a verle el rostro a alguno?
-Solo al que me encontré en el bosque. –Me dejé caer en el segundo escalón del recibidor, una horrible sensación me recorrió el cuerpo al recordarlo. Los tres parecían de pronto abatidos, en especial Christian. Sabía que se sentía culpable porque esa noche yo había salido a buscarle a él; pero eso no justificaba que Liam y Lisange también se pusieran así-. No entiendo, ¿en qué cambia esto las cosas?
-En todo –sentenció Christian.
-No escapaste de milagro, Lena. Su intención no era matarte, al menos no antes de dejar su aviso; estaban rondándote.
-¿Qué quieres decir?
Los recorrí a los tres con la mirada, pero ninguno me respondió.
-Debemos hacerlo –pronunció entonces Liam, hablando más para sí que para el resto.
-Sí –apoyó Lisange-, no es tarde, aún hay tiempo.

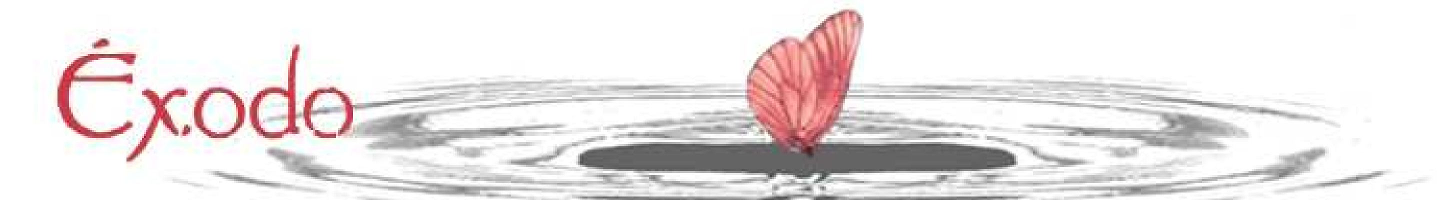
-No hablo de huir –repuso él-, sino de quedarnos precisamente donde estamos.
Ella le miró como si de repente se hubiera vuelto loco.
-¡Liam, no habrá luna! ¡Nos atacarán esta misma noche si no nos marchamos ya!
-Es lo que intento decir, Lisange; debemos quedarnos y hacerles frente.
-¡No pienso exponer a Lena a semejante peligro! –exclamó Christian fuera de sí.
-No habléis de peligro, Christian; no sois el más indicado para valorar su seguridad. Yo tampoco quiero exponerla, pero pensadlo, hoy podemos protegerla tres, pero ¿y mañana? Si no les detenemos la seguirán a cualquier lugar donde vaya. Si ponemos fin a esto ahora, el secreto de Lena desaparecerá con ellos.
-Si lucháis os perseguirán a vosotros también –dije.
-Solo si no acabamos con todos. Es un riesgo que no me importa correr.
Christian desvió la vista, meditando con un puño presionado contra su boca. Entonces, recordé algo.
-¡La luna! –pensé en voz alta-. Christian, tú no puedes…
-Cierto –apoyó Lisange-. Liam, no sabemos cuántos son, si nos atacan esta noche dudo que tú y yo solos podamos contenerlos, si al menos él pudiera…
-Hay una forma –intervino Christian.
Su rostro había palidecido aún más de lo normal.
-No tienes que pasar por eso, nos iremos.
*¿Lisange preocupándose por él?*
-No –intervino aún cavilando-, Liam tiene razón. Si han estado rondando a Lena la perseguirán allí donde vaya. Voy a hacerlo, esa decisión me corresponde a mí tomarla.
Lo miré.
-¿Hacer qué? –pregunté con miedo.
-Inyectarse sangre de guardián –me respondió Liam.
Salté del escalón en el que estaba sentada.
-¡¿QUÉ?!
-Bloqueará mi cuerpo –explicó con calma -, mi corazón se centrará en combatirla y retrasará unas horas el proceso.
-Pero luego será mucho peor.
-Por favor, Lisange, Lena no tiene que por qué conocer los detalles.
-¡Por supuesto que sí! –exclamé-. ¡Quiero saberlos!
-No.
Lisange ignoró el comentario.



-Pero estarás indefenso –añadió; se le notaba cada vez más inquieta -. Menguará tus habilidades, si es que no llega a paralizarte.
-No con la cantidad justa. Lo haré en el momento indicado, cuando empiece a percibir los síntomas.
-Pero tu sangre quedará inutilizada al mezclarse con la suya, y entonces no tendrás con qué atacar –siguió ella.
Liam mantenía los ojos fijos en mí.
-Siempre elegirán esta noche para atacar porque creerán que de esa forma no contaréis con ayuda de grandes predadores –razonó Christian-; las condiciones serán las mismas y no estoy dispuesto a quedarme fuera. Ellos no esperarán a un gran predador aquí.
-Pero sabrán que eres vulnerable. Irán a por ti y si te infectan no podremos ayudarte.
Lisange se dirigió a Liam en busca de apoyo, pero él seguía meditando algo.
-Está bien –accedió Liam de pronto.
-¡No! ¡No, no lo está! ¡No debes permitírselo!

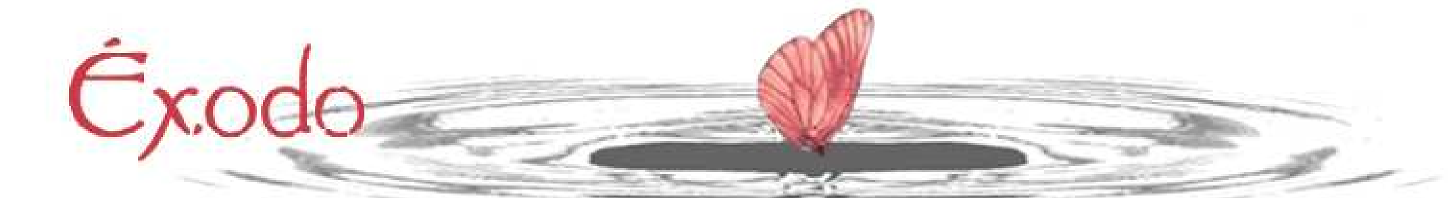
-No me corresponde a mí decidir lo que puede o lo que no puede hacer. –Lisange estaba tan atónita como yo-. ¿Cómo la conseguiréis?
-En ese sentido no habrá problemas, tenemos una pequeña reserva en casa.
Tardé un par de segundos en comprender para qué querían ellos esa sangre, y tenía mucho que ver con el lado más oscuro de Christian.
-¿Y para atacarles? –insistió Lisange, desesperada por encontrar un argumento que echara por tierra su improvisado plan.
-Yo le prestaré la mía.
-¿OS IMPORTA PARAR DE UNA VEZ? –grité con la respiración agitada.
Todos me miraron, pero no dije nada más. Me di la vuelta y subí corriendo por las escaleras. Cerré de un portazo la puerta y me lancé sobre la cama, abrazándome a la almohada. Abajo guardaban silencio.
Una batalla cuerpo a cuerpo contra guardianes y Christian sin apenas poder defenderse. Seguro que era a lo que Helga se refería. Eso significaba que Christian podía morir esa misma noche, ¡en apenas unas horas! ¿Por qué había accedido a regresar? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? No debería haberle hecho caso, ahora estaría lejos de ellos. ¿Por qué había sido tan estúpida?

Noté un peso a mi lado y un brazo me rodeó la cintura.
-No quiero que te inyectes esa cosa –sollocé sin moverme.
Acortó la distancia que nos separaba hasta que su torso quedó pegado a mi espalda.
-No lo haría si no lo creyera necesario. –Su aliento me acarició el cuello.
-Te hará daño –susurré.
-Llevo años torturando a cazadores con ella, es hora de probar mi propia medicina.
Rió de forma amarga.
-No me hace gracia –bufé contra la almohada.
-No te preocupes. Todo irá bien.
Volví la cabeza hacia él.
-Deja de intentar consolarme, sé muy bien que puede salir fatal.
-Lena –dijo echándome hacia atrás el pelo-, si hemos llegado hasta aquí, tiene que haber una razón; no tendría sentido que terminara tan pronto, ¿no crees?
-Puede que nuestro destino sea morir esta noche.
-En tal caso, descubriremos juntos lo que quiera que haya después. No voy a permitir que nada me separe de ti. –Ya no sonreía; solo me acogía con sus ojos grandes y



penetrantes-. Supe que te amaría desde el primer instante en que te vi.
No había ni un leve destello de inseguridad o vacilación en su expresión, solo sinceridad.
-Tuviste una forma extraña de demostrarlo –refunfuñe.
-Porque también sabía que serías mi debilidad.
-Y ahora estoy aquí, abrazada a ti, suplicándote que no cometas una locura.
-Sí, eso es… -rió-. Estoy loco por ti.
Me besó en la frente, yo aproveché para sujetarle el rostro con las manos.
-No lo hagas…, por favor.
Él tomó la mías entre las suyas y las acarició con los labios.
-No me pidas que no luche por ti. Si hay un solo motivo para hacerlo, eres tú.
-Christian…
-Todo acabará bien, te lo prometo.
Me sumergí en sus ojos y todo lo demás se esfumó. Le tenía a él, a mi lado, dispuesto a torturarse por mí. Atraje su cuerpo hacia el mío y lo besé, primero en el cuello y luego descendí. Quería embriagarme en su esencia. Le desabroché los primeros botones de la camisa para poder continuar por el pecho, pero me cogió con delicadeza por los hombros y me separó. Tenía los ojos febriles y los labios más rojizos que nunca; su corazón parecía estar corriendo una maratón, pero su mirada permanecía firme.
-Lena. –Su respiración era entrecortada-, no hagas esto.
-¿Por qué?
Se levantó despacio de la cama y se alejó hacia la ventana mientras se abotonaba de nuevo la ropa.
-Parece una despedida.
Deambuló con paso firme hacia la pequeña mecedora que había al otro extremo de la habitación y se sentó con gran elegancia en ella, entrelazando sus manos con los codos apoyados sobre el mueble.
-No…-balbuceé, pero tenía un gran nudo en la garganta-. Ven aquí.

Abajo comenzaron a oírse golpes y, como si de una llamada se tratase, volvió a levantarse.
-Debo irme, pero regresaré pronto.
Lo imité y lo seguí por las escaleras.
-¿A dónde? –quise saber, pero él no me respondió.
Me recibieron los mismos rostros preocupados que llevaba viendo esos últimos días. Llegué junto a Christian y le cogí de la mano.
-La casa es el mejor escudo que tenemos –comenzó Lisange-. Sellaremos lo que queda y aguardaremos, eso evitará que entren todos a la vez. Tendremos más posibilidades si nos enfrentamos a ellos en grupos reducidos.
-Empecemos pues.
-¿Qué hago yo? –pregunté.
-Tú no te despegues de ellos –me respondió Christian.
-Pero quiero ayudar –alegué.
-Lena –advirtió, y al ver mi cara añadió-: todo esto es por tu seguridad.
*¿De verdad no servía para nada?* Me sentí completamente inútil. Resignada, me dejé caer en el sofá, uno de los pocos muebles que aún permanecían en pie.
-Regresaré enseguida. –Me depositó un suave beso en la frente y desapareció tras la puerta.
-Quedaos aquí, Lena.



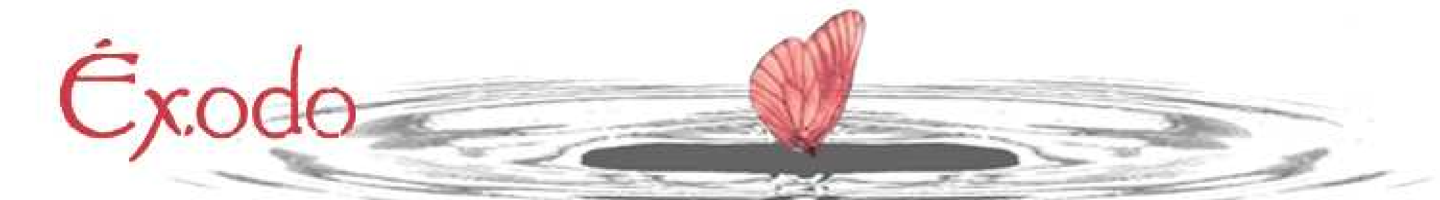
-Liam –interrumpió Lisange-, no va a pasar nada si nos ayuda a cerrarlo todo. Yo estaré con ella.
Le dirigí una mirada suplicante.
-De acuerdo.
Me sentí un poco mejor ayudando a Lisange a romper muebles, aunque era demasiado sencillo y la tarea no acababa de ocupar mi mente; sin embargo, me sirvió para descubrir que, sin darme cuenta, había conseguido dominar el uso de mi fuerza y eso me subió un poco la moral. Pero, en cuanto regresó Christian, insistió en que dejara eso y descansase; algo completamente injusto.
Tuve que conformarme con clavar unas cuantas maderas para tapar una ventana que me había cedido Lisange en un alarde de compasión mientras Christian apuntalaba con Liam en la buhardilla. Era como si yo fuese un paquete y eso me crispaba. Lo peor de todo era que debía resignarme y guardar silencio, porque lo estaban haciendo todo por mí. Ponían en peligro sus vidas sin saber a qué se estaban enfrentando, y todo por protegerme.
Me apoyé contra la pared y resbalé hasta sentarme en el suelo mientras Lisange terminaba con las últimas maderas.
-¿De qué sirve esto si pueden romperlo con un dedo?
-Ellos no pueden hacer eso –aclaró instalándose a mi lado, tenía aspecto de estar muy cansada-, no tienen esa habilidad. Su ventaja es la velocidad, tanta como nosotros fuerza.
-Pero, si se mueven tan rápido, ¿cómo vais a enfrentaros a ellos?
Lisange torció el gesto, pensando.
-Ese es el gran inconveniente, pero hemos tenido siglos para perfeccionar nuestros reflejos. Por eso tú eres tan vulnerable.
Christian pasó por mi lado y perdí el hilo de la conversación. Parecía enfermo. Su andar era pesado, sus ojos habían enrojecido y su piel se debatía entre el amarillo y el verdoso, el mismo tono de alguien que está a punto de vomitar. Se desmoronó sobre un sillón con la cabeza echada hacia atrás y los parpados caídos, y se cubría el antebrazo izquierdo con la mano. Parecía apagado, igual que alguien que lleva semanas sin dormir, aunque en realidad fuesen siglos. No me costó comprender por qué se encontraba en ese estado.
Me levanté y me dirigí veloz hacia él.
-Es esa cosa, ¿verdad?
Respiraba con dificultad, de forma lenta y profunda.
-Estoy bien, solo será un momento.
-No tienes que hacerlo –musité a su lado.
Me miró.
-Ya hemos hablado de esto.
-Lo sé, pero odio verte así.
-En tal caso, me iré a otra habitación. –Hizo amago de levantarse, pero no pudo sostener su propio peso y volvió a caer.
-Christian…, no, no te vayas, por favor.
-Me molesta que pienses que no te mereces esto.
-Te quiero –dije a modo de excusa.
Él extendió sus brazos y me rodeó la cintura, yo enterré los dedos entre su pelo y le besé la cabeza.
-Dijiste que nada de super héroes –susurré.
-Cierto, hasta que se encuentra la razón para serlo.



Tomé aire, despacio.
-¿Qué vamos a hacer ahora?
Se separó de mí y me sentó sobre su rodilla, dibujando con dificultad una tenue sonrisa en sus perfectos labios.
-Nada, solo estar juntos –respondió.
Me acurruqué en su regazo. El pulso de su corazón era débil, cansado y de vez en cuando palpitaba mucho más fuerte. Me hacía sentir terriblemente mal notar su cuerpo estremecerse y tensarse en un intento desesperado de mitigar el sufrimiento, sobre todo porque yo era la razón por la que se había inyectado esa cosa. Yo era el motivo de su tormento, y ese sentimiento me recordó las palabras de Helga.
-¿En qué piensas? –preguntó de pronto juntando su frente a la mía.
-En tus labios.
Los rocé con la yema de un dedo y sonreí con tristeza.
-Una siempre desea lo que no puede tener –sentencié.
-Todo lo que soy te pertenece solo a ti, Lena.
-Nunca por completo –suspiré.
Él deslizó el dorso de una mano por mi rostro.
-Solo necesitamos tiempo.

Besé su mano y me recosté de nuevo sobre su hombro.
-Eso si pasamos de esta noche.
-Todo va a salir bien –me intentó tranquilizar.
-¿Cómo puedes estar tan seguro?
Lo miré. Él se encogió de hombros con una sonrisa traviesa en los labios.
-Aún tengo que besarte, así que tendré que asegurarme de que sobrevivimos a esto.
Sonreí apartando un mechón de pelo que había caído sobre sus ojos. Su cuerpo volvió a tensarse en un nuevo golpe de dolor y yo me estremecí; lo hubiese dado todo por ser capaz de aliviar esa tortura.
El tiempo transcurría eterno mientras esperábamos a que la noche se cerrara. Una parte de mí ansiaba que todo terminara, pero la otra estaba aterrorizada por lo que podría ocurrir. No sabía a cuántos deberíamos enfrentarnos, o si serviría de algo lo que habíamos estado haciendo.
Nos juntamos todos en la destartalada sala, sobre las tapicerías desgarradas de los sofás. Nadie hablaba, para variar. Christian jugueteaba distraído con los dedos de mis manos y mantenía la mirada perdida en el vacío. De vez en cuando se retorcía sutilmente y su aspecto empeoraba cada vez más. Lisange estaba aovillada, sujetándose las rodillas con los brazos, y tenía los ojos clavados en una de las ventanas, atenta a cualquier ruido. Liam daba vueltas por todo el salón, impaciente, con la mandíbula apretada y todos los músculos en tensión.
Echaba de menos cómo eran las cosas antes, tal y como las había conocido en el momento en que desperté allí, excepto, claro, por Christian. Hacía siglos que no veía una sonrisa sincera en los labios de Liam, ni a Lisange tan despreocupada y alegre como al principio, y a Flavio…Ahora todo había cambiado, excepto por el hecho de que me sentía de nuevo ajena a todo, como si perteneciera a otro mundo muy distinto.
Liam se plantó de pronto ante nosotros, con un paño enrollado en el regazo.
-He encontrado esto –dijo desenvolviendo con cuidado el trapo.
Estiré el cuello para ver su contenido y descubrí tres afiladas dagas de acero, coda una de un tamaño y forma.

Creo que solo eran parte de la decoración, pero servirán.
Le entregó una a Christian, otra a Lisange y guardó la última para él.
-Lena, no os acerquéis a la sangre.
Asentí. Christian me miro con el ceño fruncido, sorprendido de que no me quejara.
-No estoy de ánimo ni siquiera para eso –le susurré.
Pareció complacido. Lisange se levantó y se acercó a la ventana para otear el exterior a través de las rendijas que habían quedado entre taba y tabla.
-El cielo ya se ha cerrado –anunció-, a partir de ahora pueden aparecer en cualquier momento.
Me estremecí. Christian me apartó un poco y acudió a su lado.
-¿Hay alguien? –preguntó Liam.
Christian entrecerró los ojos, penetrando en la noche.
-Veo una figura humana, está apoyada contra un árbol a unos cien metros de la casa.
-¿Un guardián? –me aventuré.
-Es posible, parece vigilar la entrada.
Oí un ruido y, asustada, alcé la vista al techo. Algo se había movido en el último piso. Christian se colocó frente a mí en dos zancadas. Liam ya estaba al pie de las escaleras, escrutando la oscuridad. El ruido no cesaba, parecía que alguien se había golpeado con una pila de objetos metálicos. Desde luego, quienquiera que fuese, no estaba siendo nada sigiloso.
-Quizá sea un ladrón –aventuré en un susurro, incapaz apenas de articular las palabras.
Lisange se colocó a mi lado.
-Si lo es, ha elegido un mal día para venir a robar.
Liam subió un par de peldaños, descubriéndose el antebrazo sin apartar la vista de lo alto de la escalera.
-No subas –le pedí.
Pero él no me escuchaba. Sacó la daga y hundió la punta de acero en su piel. Un segundo después, volvió a sacarla teñida de sangre, listo para atacar.
Hubo un gran estruendo y un golpe seco sobre madera, seguido de un grito agudo. Algo bajó rodando desde el rellano y cayó a los pies de Liam. Al ver de quién se trataba, Lisange acudió a su lado.
-¡Helga!
Liam apartó lentamente la hoja afilada del cuello de la mujer que permanecía en el suelo. Su mirada estaba desorbitada, observando su alrededor con pavor. De pronto, reparó en mí, yo retrocedí un paso.
-Helga, no es seguro que vengáis ahora.
-¿Crees que no he notado lo que se acerca a mi casa? –alegó desde el suelo mientras mantenía sus ojos clavados en mí.
-Perdonad la intrusión, Adam nos instó a refugiarnos aquí.
-Sé que lo hizo.
Se puso en pie con cierta dificultad, ayudada por Lisange, parecía más cuerda que las anteriores veces que la había visto y eso me pareció chocante, aunque no sé bien el porqué.
-He venido a ayudaros.
Se había quitado el pijama blanco con el que la había visto la primera vez. Ahora vestía ropa más nueva, pero puesta de forma descuidada y, además, emitía un extraño olor, una mezcla poco agradable de todos los lugares en los que había estado. Sus facciones delataban todo el sufrimiento y el dolor que padecía; el cabello negro desaparecía en diversas zonas de la cabeza, luciendo calvas que no le había visto antes, y apenas le



quedaban uñas en los dedos. Debía ser horrible vivir esa situación. Lisange le tomó las manos con suavidad y la miró horrorizada.
-Esto debe de dolerte una barbaridad.
Ella se apartó de forma brusca y se alejó un paso de ella.
-Ven, Helga, te las vendaré.
-¡No hay tiempo para eso!
De pronto alargó una mano con fuerza hacia el pecho de Liam y lo palpó sin encontrar lo que buscaba.
-¿Qué ocurre? –le susurré a Christian.
Ella clavó sus desorbitados ojos de nuevo en mí, pero no dijo nada. De un solo manotazo echó a un lado el sofá, los sillones y la mesa. Me quedé atónita ante tal demostración de fuerza. Tiró de la alfombra y descubrió una trampilla en el suelo, apenas visible por la capa de polvo que la cubría. Una pequeña argolla sobresalía de la superficie grisácea. Helga tiró de ella y desapareció bajo el suelo. Segundos después reapareció cargada con una pila de objetos metálicos que tintineaban a su paso. Nos miró y los tiró al suelo, provocando un ruidoso estruendo.
-Uno para cada cazador. –Miró a Christian marcando de forma exagerada la última palabra.
Cogió uno y se lo pasó por la cabeza. La observé y descubrí que se trataba de algo sí como una protección, como un chaleco de los que utiliza la policía pero que cubría solo la parte izquierda del torso, desde el hombro hasta la altura del esternón, pasando por debajo del brazo. Christian ya había cogido uno, y lo analizaba de cerca.
-¿Cómo los has conseguido, Helga?
-Los hice yo misma hace años. Creé uno para cada miembro de mi familia.
Las rodillas se me doblaron al sentir peso sobre el hombro izquierdo.
-¿Puedo? –me pidió Christian.
-Adelante.
Levanté el brazo para permitirle una mayor libertad de movimiento. Con gran destreza, separó todas las correas y fue poniéndolas una a una en su lugar. Hundí un dedo en la superficie de ese artefacto y me sorprendí, la tela que lo recubría era mullida y suave. Penetré un poco más en la tela y toqué una sólida placa, algo muy duro y de gran grosor. Eso explicaba el peso.
-Tardé meses en prensar todo este hierro con mis propias manos –agregó Helga, observando como Christian terminaba de ajustar las hebillas de las dos últimas correas de cuero bajo mi hombro derecho, asegurándose de que el lado izquierdo quedaba concienzudamente protegido.
Cuando terminó, se alejó unos pasos para contemplarme. Debía tener un aspecto horrible con eso puesto, pero él pareció complacido.
-Fue una gran idea –la felicitó Christian-, es una obra maestra.
-Los auténticos son casi inaccesibles –reconoció Lisange, que aún seguía sorprendida. –Utilizaba la punta de su daga para intentar atravesar la armadura, pero no lo consiguió. –Es perfecto –añadió.
Pero Helga ya no estaba con nosotros, su cuerpo era lo único que quedaba. Estaba callada, más pálida y con los ojos vidriosos y rojizos, mucho más abiertos de lo normal.
-¿Qué ocurre, Helga?
Parpadeó dos veces y añadió con voz gutural:
-Es la hora –anunció.
Entonces se hizo el silencio.



# CAPÍTULO 32

**Acción**

Ni nuestras respiraciones, ni el aire fuera de la casa… tan solo escuchaba los latidos del corazón de Christian, algo que no hacía más que pronunciar la tensión.

-¿No puedes hacer que se calle? –soltó Helga-. Así no podemos tomarles por sorpresa.

-Arráncamelo –pidió él con sarcasmo.

Helga le devolvió una mirada salvaje. Yo me acerqué más a él interponiéndome entre ambos y la miré amenazante; no estaba segura de que no fuera a lanzarse contra él para hacerlo. Christian rió por lo bajo.

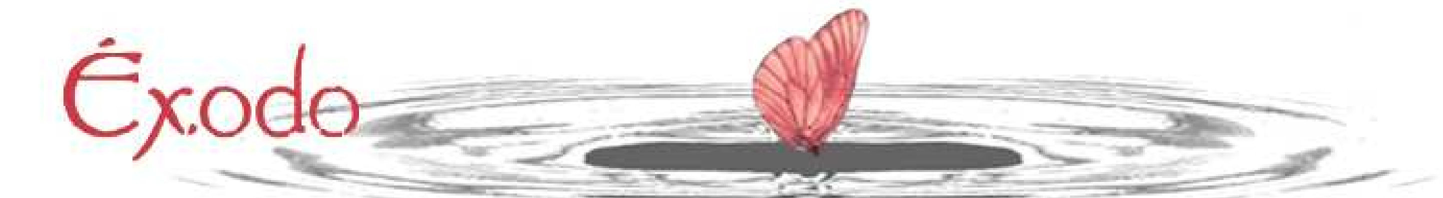
-Espero que esto no te resulte divertido –le susurré.

-Dentro de unos años lo será.

Mi cuerpo estaba entumecido, expectante a cualquier pequeño indicio que señalara que no estábamos solos.

Debía reconocerlo; nunca había sido valiente, no era ningún misterio, y eso no es bueno en una situación como aquella. Quizá lo fui al principio de mi nueva vida, cuando buscaba poner fin a todo, pero ahora era distinto. Aunque la verdad es que lo que me asustaba no era el miedo a morir, sino algo mucho peor; el miedo a que me separaran de él, fuera cual fuera la razón. Si a él le pasaba algo, yo no querría seguir viviendo más. Debía tener ese pensamiento muy presente, porque si acababan con él esa noche tendría que aprovechar mi oportunidad con los guardianes para que hicieran lo mismo conmigo. Yo no podría vengarle, tan solo me quedarían fuerzas para unirme a él y a lo que fuera que viniese después. Así debía ser. Me reconforté a mí misma; si lo pensaba fríamente, ya había pasado por ello una vez.

Todos prepararon sus armas. Liam ya cogía la suya con firmeza y parecía listo para enfrentarse a lo siguiente; Lisange también se hizo un corte y Christian ensangrentó su daga en el brazo de Liam, pero, en cambio, Helga abrió la boca y hundió la afilada hoja de un hacha en la lengua. Su rostro era salvaje, acentuado por unos ojos violentos y fuera de orbitas.



Cuando conseguí evadirme de la mirada de Christian, me hice con un abrecartas afilado que había encontrado bajo una mesa cuando destruíamos todos los muebles, y lo escondí bajo el chaleco, solo por si acaso. Si algo lo amenazaba, no iba a quedarme sentada.

Intenté sosegarme, todo iba a salir bien.

-Deberías de haberte marchado –murmuró Helga detrás de mi oído con voz afónica, sobresaltándome. Una horrible sensación me recorrió la espalda -. Ahora afronta las consecuencias.

Me volví para enfrentarme a ella, pero mantenía el rostro impasible. Entonces, algo interrumpió en la noche, y todos los perros de alrededor de la casa comenzaron a ladrar como si hubiesen perdido la cordura. Miré hacia la ventana y luego a Helga otra vez, pero ya había regresado a su posición junto a Liam. Así que me giré hacia Christian.

Él me encaró y me tomó de las manos.

-Lena –pronunció lentamente-, si la situación se escapa de nuestras manos quiero que te vayas con Lisange; ella te llevará a un lugar seguro.

Negué con la cabeza.

-No pienso dejarte.

-Esto no es discutible.

-Estoy de acuerdo, no lo es.

-Lena –intervino Liam sin moverse-, él no podrá protegeros y cuidar que no le ataquen al mismo tiempo.

Christian buscó de nuevo mi mirada.

-Yo tampoco quiero separarme de ti, mi vida; no lo haría si no fuera la mejor opción.

Una vez más, era el lastre que ponía en peligro al resto.

-De acuerdo –renuncié dándole la espalda, enfadada.

Christian avanzó hacia la trampilla y la abrió justo antes de cogerme de la mano y tirar un poco de mí. Di un paso hacia atrás al comprender qué era lo que pretendía.

-No vas a meterme ahí dentro, Christian Dubois –sentencié apuntando con un dedo el interior del subsuelo.

-Es por tu seguridad.



-Me da lo mismo –afirmé-, no pienso esconderme.

-Lena, por favor, Liam tiene razón.

Resoplé, aún más enfadada. Si salíamos de esa, me lo iba a pagar muy caro.

El lugar era pequeño, como cabía esperar. Se limitaba a unas cuantas cajas apiladas en el fondo, un gran saco donde imaginaba que habían estado guardados los chalecos, y una pequeña lamparilla apagada. Apretó los labios contra mi mano a modo de despedida, interceptando mi intención de abrazarme a él. Le dirigí una última mirada suplicante antes de que cerrara la trampilla, pero él se limitó a lanzarme un beso triste. Oí cerrarse la argolla y vi los pies de Christian pasando por encima. Al menos, había unas rendijas por las que podría ver lo que ocurría.

Me senté a esperar, rodeándome las rodillas con casi todo el cuerpo. No era justo. Yo debería estar ahí arriba, a su lado, luchando por él de la misma forma que él iba a hacerlo por mí. Me juré que esta sería la primera y última vez en que yo fuera el elemento inactivo, el pasivo, el inservible. Pero en ese momento oí algo, un pequeño sonido casi inapreciable.

-Están dentro –susurró Lisange.

Me levanté de un salto y me pegué al techo, ya había algo ahí. Era una figura alta e imponente; llevaba el rostro tapado, dejando al descubierto solo los ojos y la boca, y vestía de blanco, un blanco inmaculado. Liam era el que estaba más cerca y Christian y Lisange le escudaban en la retaguardia. Detrás, aparecieron otros tres guardianes; quise gritar para avisarles, pero antes de que pudiera decir palabra ya estaban esquivando sus golpes.

No fui consciente de en qué momento empezó la pelea; todo pasaba muy rápido. Los guardianes aparecían y desaparecían a la velocidad del rayo, pero ellos siempre estaban preparados para evitar el siguiente ataque.

Una nueva figura fue directa a por Lisange, mientras los otros dos acosaban a Christian. Ella tenía razón; habían ido a por él porque sabían que era vulnerable. De pronto, oí un grito, era Helga, estaba segura de ello. La busqué lo más rápido que pude pero no fui capaz de encontrarla. Cuando volví la vista, Liam desaparecía escaleras arriba.

Nerviosa, volví a centrar mi atención en el pequeño grupo que se batía a pocos metros de mí. Sentí un pequeño arrebato de júbilo cuando Christian consiguió hundir su daga en uno de ellos. El compañero se encolerizó y saltó sobre él tirándole al suelo. Por sus rugidos deduje que se trataba de una chica. Les vi forcejear: las manos de ella eran como garras y lanzaban estocadas allí y allá; en uno de esos zarpazos le cruzó el cuello a Christian. Un gruñido de rabia brotó de mi interior. Me llevé la mano hacia la zona donde mantenía oculto mi pequeño abrecartas, pero me contuve; Christian se había deshecho de ella y la había lanzado a través de toda la habitación. Cayó cerca de la trampilla, que tembló con el golpe, y él se apresuró a acercarse a la zona bajo la que yo estaba escondida.



Entonces, ella introdujo la mano en su bolsillo y extrajo algo metálico. Al verlo, Christian gritó algo que no fui capaz de entender. Del objeto surgió una pequeña luz: era un encendedor.

Giró la mano muy despacio hacia la ventana, saboreando cada segundo, y lo acercó contra la cortina. No pasaron ni dos segundos hasta que la llama prendió y la cortina comenzó a consumirse.

Ella rió y desapareció, resurgiendo en el otro extremo de la sala, e hizo lo mismo. Un instante después, había varios focos incendiados. El fuego empezó a expandirse rápidamente por toda la casa.

Oí un gran estruendo al tiempo que una gran nube grisácea caía sobre mí a través del techo de mi escondite. Como acto instintivo, me acurruqué protegiéndome la cabeza con los brazos, pero poco después volví a ponerme de puntillas para ver qué había ocurrido, sacudiéndome entera; pero yo no era la única a la que el polvo había cubierto, mi visibilidad a través del suelo que tenía encima era prácticamente nula. Entorné los ojos, encaramándome aún más contra las maderas. Veía las llamas alrededor de toda la habitación y el humo no tardó en comenzar a penetrar entre las hendiduras del suelo. La temperatura se estaba elevando muy rápido. Hacía calor, demasiado calor.

Debía salir de ahí enseguida. Empujé la trampilla hacia fuera pero no ocurrió nada; algo la bloqueaba. Ni siquiera mi fuerza era capaz de levantar el peso que había sobre la argolla. Retrocedí unos pasos, sin saber qué hacer. Miré a mi alrededor en busca de algo que pudiera ayudarme, pero no encontré nada. Estaba atrapada.

El ruido era ensordecedor, no podía oírme ni a mí misma. Intenté buscar a Lisange y a Christian, pero estaba todo demasiado nublado. Golpeé con fuerza la puertecilla y proferí un grito que tampoco fui capaz de escuchar cuando vi, justo sobre las rendijas, dos enormes iris azules y fríos como el hielo. Un pequeño chillido escapó de mi garganta y caí hacía atrás del susto.

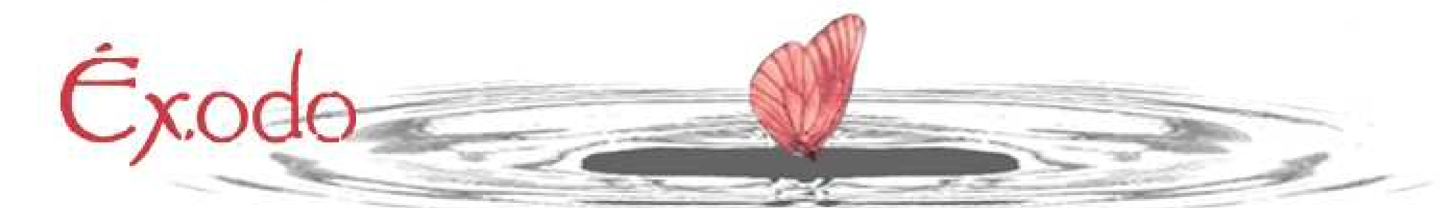
-Es un placeg vegte de nuevo, Lena. –Su voz ya no era aguda y chillona, sino profunda y perturbadora.

Pero, justo un instante después, desapareció aullando como si hubiera recibido un fuerte golpe. Me aparté asustada hasta que choqué contra la pared opuesta. De pronto, dos puños atravesaron el suelo haciendo un boquete más o menos grande. El humo comenzó a entrar más denso y el calor se intensificó. Las manos me aferraron las muñecas y tiraron de mí hacia arriba. Intenté soltarme, pero entonces distinguí vagamente el rostro de Christian entre la tupida atmósfera y me abracé a él.

-¿Estás bien? –me preguntó con ansiedad.

Pero no pude responder; algo nos golpeó con brusquedad, separándonos. Yo caí contra el amasijo de escombros que bloqueaban la trampilla. Miré a mi alrededor, pero no pude verle a él. Ni a nadie.

Una sombra surcó el techo y cayó frente a mis pies: Silvana se había deshecho de la tela



que cubría su rostro, pero incluso con el cabello blanco, los ojos encolerizados y los dientes puntiagudos podía reconocerla. Llevaba una gran daga de plata ensangrentada en la mano y la hacía girar preparándose para atacar. Mantenía la vista fija en mí y sonreía de forma macabra, mostrándome amenazante su afilada dentadura.

Me incorporé como pude sin perder el contacto visual ni un instante. Caminamos en círculo, la una frente a la otra; ella preparada para atacar y yo intentando encontrar la manera de evitarla. Me devolvía la mirada fijamente, como si intentara adivinar mis movimientos.

-Pegdona la integupción de antes –dijo -, tu novio ha intervenido en el peog momento.

Parpadeó y apareció tras de mí. Sin saber a qué instinto debía agradecérselo, me agaché justo a tiempo para evitar su ataque, luego rodé en el suelo para escapar de otra embestida y me puse en pie, preparada para esquivar el siguiente golpe. No era consciente de lo que hacía, tan solo podía fiarme de mis instintos y de mis maravillosos reflejos, sin los cuales ya habría caído.

Ella se lanzó de nuevo hacia mí, pero esta vez no tuve tanta suerte. Me agarró del cuello, elevándome un palmo del suelo, y con una sola mano me lanzó contra la vidriera de los Lavisier. Choqué fuertemente contra el cristal y caí al otro lado de la habitación a pocos metros del fuego. Me costó un instante tomar conciencia de lo que acababa de pasar. Intenté ponerme en pie con dificultad. Lisange estaba equivocada, no cabía duda de que los guardianes sí que tenían una gran fuerza. No llegué a incorporarme. Silvana ya me había cogido del pelo y me arrastraba por el suelo hasta hacerme chocar contra una de las columnas del centro del salón. Con el golpe, la piedra se quebró y caí de bruces sin ni siquiera poder gritar. El pequeño abrecartas cayó sobre la superficie de madera, junto a mi mano.

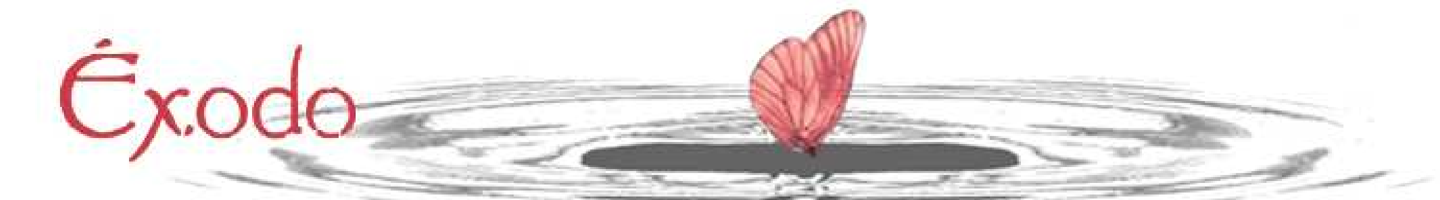
Oí a Christian en la lejanía.

-¡LENA!

Pero Silvana ya estaba sobre mí, empuñando la daga infectada. Me acechaba como un animal sediento de sangre. En un intento desesperado por desviar su mano de la trayectoria hacia mi corazón, aferré la pequeña cuchilla y le hice un profundo corte en la mano. Ella gritó, tuve que taparme los oídos para protegerlos del tremendo alarido y se volvió rabiosa hacia mí, dispuesta más que nunca a matarme. Aterrada, la golpeé sin saber cómo, para apartarla, pero fue tal la fuerza que empleé, que atravesó la habitación volando y chocó contra la pared opuesta. Escuché el sonido del cristal y la madera haciéndose añicos.

Christian aterrizó a mi lado, no podría decir exactamente desde dónde, me ayudó a ponerme en pie con una sola mano y me atrajo hacia sí.

Sentí las maderas removerse. Desvié la vista en la dirección de donde provenía el ruido y vi a Silvana recuperada de nuevo. Nos contemplaba de forma macabra, con una gran sonrisa espeluznante. Christian se interpuso entre ambas empuñando la daga en alto. En ese momento, una parte del tejado se derrumbó donde estaba ella, pero Silvana ya había



desaparecido; la casa se desmoronaría de un momento a otro. Los De Cote aparecieron a nuestro lado.

-¿Cuántos quedan? –inquirió Liam.

Tenía toda la ropa ajada y oscurecida por el humo, igual que su antes inmaculada piel.

-Han entrando cuatro y hemos acabado con todos ellos, ¿no? –respondió Lisange, con el mismo aspecto que Liam.

-Cinco –corregí-, y habéis acabado con tres; Silvana y otro más escaparon.

El calor cada vez era más agobiante. El techo crujió, las llamas ya habían comenzado a destruir los cimientos. Una viga incendiada se tambaleó.

-¡Salgamos de aquí!

Noté el brazo de Christian tirar con fuerza del mío hacia los jardines. Allí no había nadie.

-¿Cómo puede ser Silvana un guardián y no habernos dado cuenta? –exclamó de pronto Lisange mirando en todas direcciones.

-Lo cierto es que tiene lógica –sentenció Liam, también en guardia.

-¿En serio? –pregunté volviéndome hacia él.

-Podría ser… Empezó a acosar a Liam desde tu llegada –señaló Lisange pensativa dirigiéndose también a él-. Nos equivocamos con sus intenciones, cuando se presentó con la invitación, pretendía rondarte; por eso se puso tan nerviosa al vernos allí, fue el día que decidimos no ir al club en el último momento; ella no nos esperaba. ¿Cómo no nos dimos cuenta al ver la reacción de Caín?

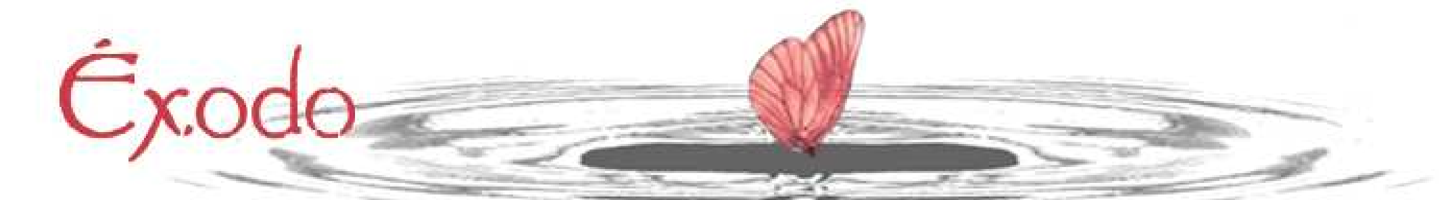
-Eso no explica cómo entraron en casa.

-Usaron mi llave –dije, y los tres me miraron-; la que perdí hace tiempo.

-¿Y cómo llegó a sus manos? –inquirió Christian, pendiente de cada pequeño sonido.

-No lo sé, creo que las perdí en el club. –Su expresión pasó del desconcierto a una dolorosa comprensión-. Renoir… -anuncié de pronto iluminada bajo una nueva luz-. Él debe de ser uno de los que están aquí esta noche. Por eso no forzaron la puerta. Seguramente me las cogió de la mochila que guardé allí. De hecho –continué, pensando a toda velocidad-, si Renoir es un guardián, ese club debe de ser el lugar donde tienen controlados a todos los clanes. Vi otros apellidos como Dubois, Lavisier…, y había más…

-Él quiso saberlo todo: cuándo habías venido, de dónde procedías…-prosiguió Lisange de nuevo en guardia.



-Y…-continuó Liam con aire meditabundo mientras se alejaba un poco de nosotros con gran pesar –nos escuchó hablar en innumerables ocasiones de nuestro viaje a la montaña. –Negó con la cabeza, derrotado -. ¿Cómo pudimos pasar por alto tantas señales?

-¿Dónde está Helga? –pregunté de repente, percatándome en ese momento de su ausencia.

-Desapareció poco después de incendiarse la casa –explicó Lisange con voz entrecortada-, no hemos vuelto a verla.

Christian me envolvió con sus brazos para reconfortarme.

-¡LIAM! –gritó Lisange de pronto.

Nos separamos como si una corriente se hubiera interpuesto entre nosotros y, horrorizada, vi aparecer una sombra blanquecina a espaldas de Liam. Todo ocurrió a cámara lenta. Liam giró sobre sí mismo para encararle, pero, en ese momento, la figura insertó un puñal en su costado. Le vi contraerse por el dolor, impotente, y cayó al suelo de rodillas. Con una mueca de dolor se arrancó el objeto y lo lanzó lejos. El guardián ya había preparado otro, para clavarlo esta vez en su corazón, pero Liam se volvió y hundió su daga en el pecho del atacante, que se desplomó en el suelo. Lisange corrió a su lado, yo quise seguirla, pero Christian me detuvo. Unos chillidos estridentes irrumpieron en la noche, ajenos a los oídos humanos, acompañados una vez más por el ladrido descontrolado de todos los perros de la ciudad.

Liam se enderezó de nuevo. Cualquier rastro de color había abandonado su rostro y respiraba con dificultad, apretando la mandíbula con fuerza para esconder el sufrimiento. Caminó unos pasos lejos de Lisange y blandió otra vez su arma.

Christian palpó sus bolsillos, buscando algo con avidez.

-¿Qué ocurre? –pregunté alarmada.

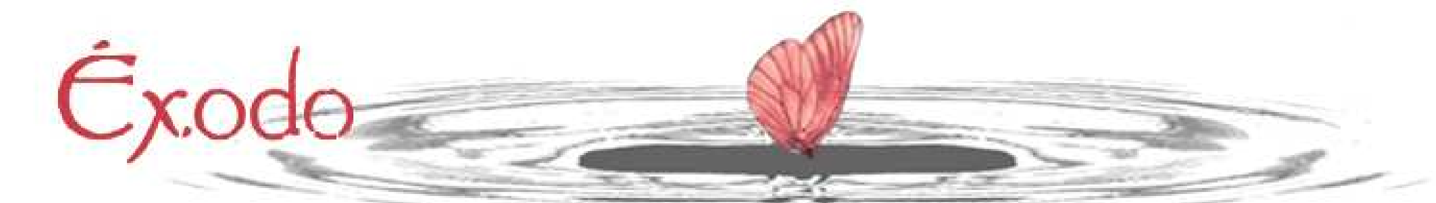
-Silvana me arrebató la segunda dosis de sangre de guardián.

Lo miré asustada.

-¿Estás bien? –No le di tiempo a contestar, algo desvió por completo mi atención-. ¡Christian, allí! –señalé a lo alto del tejado entre las llamas.

No podía ver de quién se trataba, pero a unos cincuenta metros de nosotros había un guardián apuntando con un arco a Lisange, a punto de disparar. ¿Es que no iban a dejar de aparecer? Me volví hacia Christian, pero él estaba doblado, con una mano apoyada contra el corazón y los ojos enrojecidos.

Se irguió y me miró fijamente, acariciando mi mejilla con una mano. Un mal presentimiento me recorrió todo el cuerpo. Él bajó un poco la cabeza hacia mí y, con



mucho cuidado, apretó sus labios contra los míos.

-Ve con ella. –Su voz era entrecortada, apenas audible.

-Christian…

Pero él dio un paso hacia delante, saltó a mi lado, voló por el aire y aterrizó en el tejado. Parpadeé un par de veces para asimilar lo que acababa de ver y, por suerte, un instante después reaccioné. Corrí hacia Lisange y me lancé sobre ella para tirarla al suelo justo cuando una veloz flecha rozó nuestras cabezas. Ella alzó la vista en dirección al tejado; allí, Christian se enzarzaba ya en una pelea contra el individuo que había disparado, luego me dirigió una fugaz mirada.

-Gracias –me dijo Lisange, sorprendida.

Liam cayó al suelo, inconsciente.

-¡LIAM! –Esta vez fui yo quien gritó.

Corrimos hacia él pero, de la nada, apareció Silvana cortándonos el paso. Esquivé su daga de milagro, pero me hizo un pequeño corte en el brazo. La zona comenzó a arderme, como si me hubiera dañado con un hierro al rojo vivo. Caí al suelo, pero Lisange se interpuso entre ambas. En el fondo, sabía que las dos disfrutaban de ese encuentro; la aversión que sentían la una hacia la otra había sido palpable incluso cuando creíamos que ella era humana. Lisange sonreía y, entonces, todo ocurrió. Fue una serie inagotable de movimientos. Silvana era un conjunto de borrones que aparecían y desaparecían, y Lisange apenas se movía del sitio. En una de sus múltiples apariciones, Lisange se lanzó contra ella tomándola por sorpresa y esta no pudo esquivarla. Ambas salieron despedidas con gran fuerza hacia el fondo de los jardines, algo alejadas de nosotros.

A pocos metros de distancia, vi un pequeño objeto en el suelo que reflejaba el fuego que prendía la casa. Silvana debía de haber perdido la ampolla de Christian en ese último ataque. Corrí y la cogí antes de perder mi oportunidad. Cuando giré la cabeza, vi que Silvana y Lisange regresaban a la zona. Me arrastré hasta el lugar donde yacía Liam, mientras Christian y Lisange luchaban a vida o muerte.

-Liam –susurré.

-Lena… -Su voz era apenas audible y su respiración irregular. Mantenía los ojos cerrados con fuerza por el dolor-. Contadme qué está pasando, os lo ruego –me pidió.

-Christian está luchando contra un guardián en el tejado, creo que la sangre ha dejado de hacerle efecto. –Lancé una mirada nerviosa hacía el lugar, pero solo podía distinguir manchas moviéndose demasiado rápido. –Y Lisange está con Silvana –continué-. Ni veo a nadie más.

Liam tomó aire para hablar de nuevo.

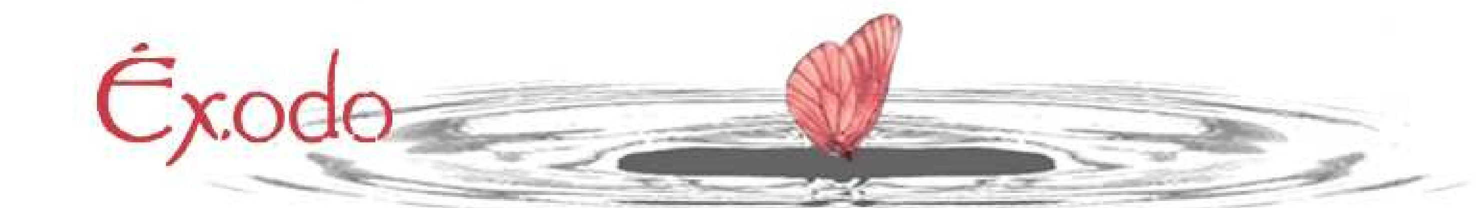


-Lena…debéis huir.

-No pienso dejaros.

Lisange paró en seco, de pronto, Silvana había desaparecido. Dio vueltas sobre sí misma, en guardia, pero ya no volvió a aparecer. Se acercó rápido a nuestro lado, exhausta, y se dobló por la cintura intentando normalizar la respiración.

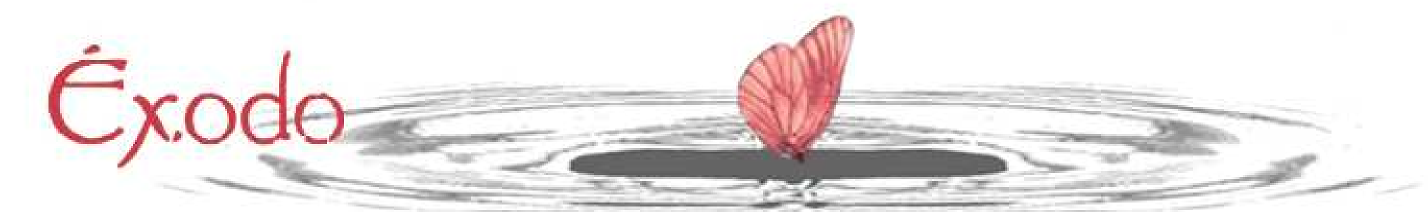
-Christian está mal –fue lo primero que dijo.



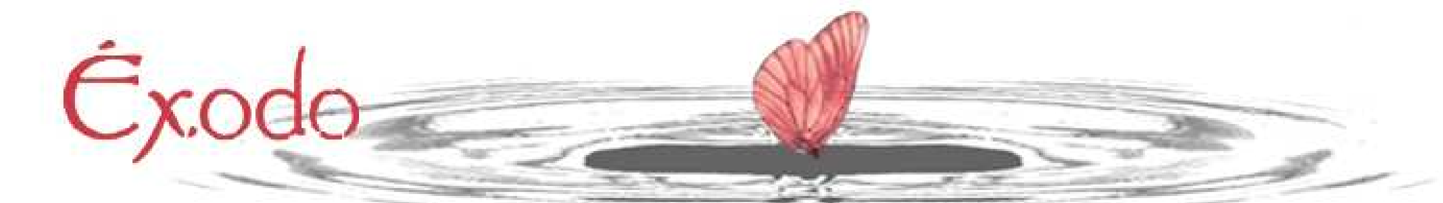
# CAPÍTULO 33

**Adiós**

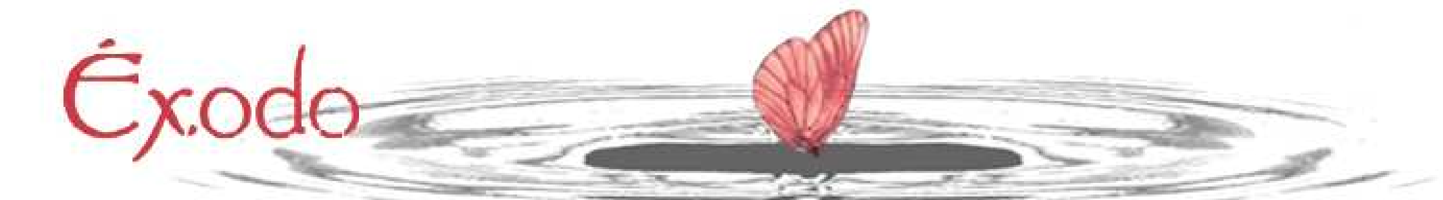
Escuche las sirenas de los bomberos cada vez más cerca, pero aun estaban a unos cuantos kilómetros de allí, demasiado lejos para detener toda aquella locura. De pronto, la voz de Christian sobresalió clara de entre todo el ruido.
-¡LISANGE! ¡SACA A LENA DE AQUÍ! ¡LLÉVATELA!
Caían casquillos incentivos en todas direcciones, el humo comenzaba a rodearnos y ya apenas se le distinguía ahí arriba, sobre las vigas, enfrentándose cada vez más débil a ese monstruo. Ambos se movían muy rápido, saltaban, volaban… Aquello parecía sacado de lo más profundo de mis pesadillas.
-No pienso dejarle –advertí apartándose de ella.
Liam estaba de nuevo en pie, a mi lado.
-Yo le ayudaré, ¡marchaos!
-¡Estás herido, no puedes arriesgarte!
Oí un tremendo ruido, algo casi ensordecedor. Giré la cabeza con pánico hacia la casa a tiempo de ver cómo los cimientos cedían y los restos del hogar de los Lavisier desaparecían entre las llamas. Mi corazón se encogió en un puño.
-¡CHRISTIAN! –grité corriendo hacia allí con los ojos muy abiertos, pero Lisange me siguió y me detuvo sujetándome por la espalda antes de poder acercarme lo suficiente. Forcejeé y ambas caímos al suelo.
-Lena, debemos irnos –dijo conteniéndome con fuerza.
-¡HAY QUE SACARLO DE AHÍ! –grité fuera de mí.
-¡No puedes entrar! ¡Morirás!
Liam me adelanto y se volvió hacia nosotras. No se veía nada bien; la herida que le habían hecho tenía muy mal aspecto, pero, aun así, se irguió todo cuanto pudo y endureció su rostro antes de añadir:
-Haremos lo que estaba previsto. –Miró hacia los escombros y luego a nosotras-. ¡Marchaos!
Un instante después, Liam desapareció tras la humareda. Lisange me aferró del brazo y tiró de él con fuerza, pero yo me resistí; no podía alejarme ni un paso de él, no sin saber si aún estaba vivo. Me negaba a dejar allí a Christian y ahora también a Liam.
-Lena, tenemos que irnos.
-No puedo hacerlo –sollocé, sintiendo que mis fuerzas empezaban a flaquear.
-Saben cuidarse –insistió apresuradamente-, tú no. ¡Vamos!
Pero no me moví, no quería. Entonces, noté que alguien me elevaba del suelo: Lisange me había cogido y corría ya en dirección contraria.



-¡NO! ¡LISANGE! ¡POR FAVOR BÁJAME! ¡BÁJAME! ¡NO QUIERO DEJARLE!
Ella ignoró mis súplicas y continuó corriendo, ajena a mis forcejeos, mientras, impotente, veía alejarse cada vez más el horizonte y a Christian en él… «Grandes lenguas de fuego que rugen como leones», la voz de Helga resonó en mi cabeza más nítida que nunca. ¡Ella lo había visto! ¡Me la había advertido! Y, tonta de mí, no tuve la suficiente fuerza para hacer lo correcto. ¿Por qué? ¿Por qué había permitido que él me convenciera para regresar? Ahora, quizás… quizás él estuviera… no, no podía pronunciar esa palabra. Ya había perdido a Flavio, no podía perderle a él también, a él no… Canalicé toda mi rabia y comencé a retorcerme y a patalear en un intento desesperado por que Lisange me bajara.
-¡SUÉLTAME! ¡LISANGE!
Pero ella no se detuvo hasta llegar cerca de un puente antiguo. Me deshice de sus brazos y salí corriendo calle abajo, con la intensión de regresar; miré a mi alrededor, sin saber por dónde continuar.
-¡Lena! –me llamó desde lo alto de la carretera.
-¿¡POR QUÉ LO HAS HECHO!? –grité volviéndome hacia ella-. ¡TENÍAMOS QUE AYUDARLE!
-¡No podíamos hacer nada por él!
-¡NO! ¡MIENTES! –subí un poco para encararla-. No debimos dejarle ahí.
-Fue Christian quien decidió luchar –alegó mientras descendía hacia mí.
-¡Vosotros siempre estuvisteis en contra de él!
-¡Lena! No olvides que Liam también está ahí abajo.
-Dime cómo regresar. –Intenté calmarme.
-Lena…
-¡Dime cómo! –Pero ella no respondió; entonces, caí en algo-. ¿Por qué me has traído aquí? –susurré de pronto.
Estábamos en la zona más elevada de la ciudad, desde ahí podía ver sin problemas la casa en la que estábamos escasos minutos antes. Una gran humareda color rojizo se extendía en mitad de la noche. Pude distinguir grandes chorros de agua alzándose contra las llamas y se me hizo un nudo en el estómago. ¿Por qué me había llevado allí? ¿Acaso esta era su manera de permitirme despedirme de él? Me volví hacia ella, aterrada ante la idea, interrogándola con la mirada pero, al hacerlo, encontré sus ojos vidriosos y una expresión de dolor que no le había visto nunca antes, mi corazón se encogió; no necesité nada más, ni una sola palabra. Lisange bajó la mirada atormentada, confirmando mis peores pensamientos. Me había alejado para que no le viera morir.
-Dijiste… -me mordí el labio con fuerza y cogí aire-, dijiste que había más de una forma de acabar con un gran predador. El fuego es una de ellas, ¿verdad?
-No hay nada que se resista al fuego, Lena, ni siquiera nosotros.
Tomé una gran bocanada de aire incapaz de pronunciar ni una sola palabra, y me volví hacia la columna de huno que ascendía hasta camuflarse con las nubes de la noche. Por un momento no reaccioné, solo pude contemplar los restos en llamas, ausente, sin ser consiente de nada a mi alrededor. Lisange me puso una mano en el hombro y entonces noté que me faltaba el aire. Ella me rodeó con un brazo, pero mis piernas flaquearon y se doblaron, haciendo que me derrumbara en mitad de la carretera. Cerré los puños con fuerza y dejé que mi frente reposara sobre el cálido asfalto mientras mi cuerpo se convulsionaba en ahogados sollozos.
-No puedo vivir sin él –balbuceé-. No debí haber regresado, yo… o debí hacerlo… -Mi voz se apagó.
-Puede que se haya salvado del derrumbamiento –susurró arrodillándose a mi lado.

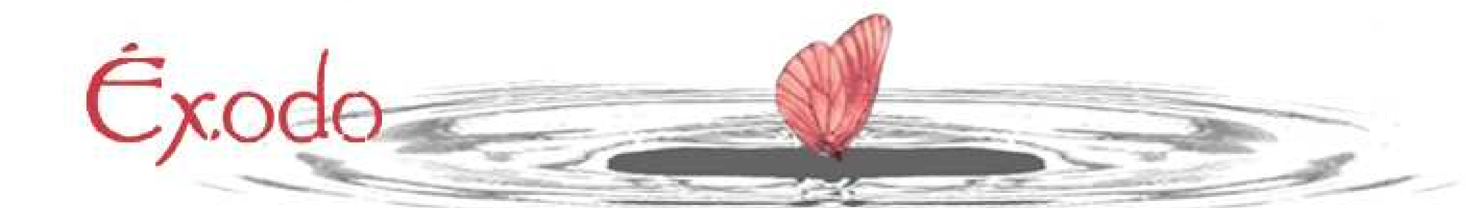


-¡Él estaba ahí cuando el techo se hundió! –exclamé alzando la cabeza y contemplándola con los ojos ardiendo por las lagrimas que no podía derramar-. ¡Entre las llamas! –Lisange no dijo nada, tampoco hacía falta. Me reincorporé un poco y me froté los ojos con las manos-. ¿Qué pasa con Liam?
-Él estará bien –me tranquilizó-, su herida no le matará.
-Pero el fuego…
-Habrá mantenido las distancias. Ha existido los siglos suficientes como para saber dónde están los límites. Regresaré por él en cuanto estés a salvo en el aeropuerto.
-¿El aeropuerto? –pregunté horrorizada, volviéndome hacia ella.
-Christian me dijo que se reuniría contigo allí si os veíais obligados a separaros.
Miré de nuevo hacia los restos de la casa.
-Sabes tan bien como yo que él no estará allí. –Mi voz sonó mortecina, de nuevo me faltaba el aire.
No respondió. Creí que su silencio era una afirmación, así que giré la cabeza hacia ella, pero, al hacerlo, me alarmé; Lisange miraba en todas las direcciones alrededor de nosotras, oteando la oscuridad con los ojos muy abiertos. Algo iba mal.
-Lena, no te separes de mí, tenemos que irnos de aquí ahora mismo. –Su tono de voz se había vuelto serio y apremiante.
Me concentré en lo que nos rodeaba. De pronto, todo se había sumido en ese silencio antinatural que precede al peligro. Lisange sacó de su cinturón la daga y me dio la mano para ayudarme a levantar.
-¡Vamos!
Nos dirigimos calle arriba hacia el puente, pero no llegué a dar ni dos pasos cuando algo me tiró con fuerza contra el suelo. Escuché un rugido amortiguado por el viento y, de nuevo, silencio. Me puse en pie, bastante mareada, y di una vuelta a mi alrededor, pero no había nada. La pequeña farola que iluminaba la zona parpadeó y se fundió. Una vez más estábamos en silencio, la oscuridad y yo.
-¿Lisange? –pregunté avanzando y buscándola a mi alrededor-. ¿Lisange? –Pero nadie respondió-. ¿Lisange?
Esta vez mi voz sonó entrecortada, cogida por el repentino pánico que me invadía todo el cuerpo. Caminé alrededor buscándola, pero no había rastro de ella. Una serie de instinto luchaban por apoderarse de mí: gritar, correr, esconderme…, pero estaba paralizada. Oteé el cielo y la oscuridad con ansiedad y descubrí que estaba sola.
El fuego ya se había extinguido, las llamas ya no pintaban el cielo y la gran nube rojiza era ahora gris aunque seguía cernid sobre gran parte de la ciudad, pero yo estaba lejos de esa zona. Un agudo pitido me atravesó los oídos, el sonido del silencio seguido de… una respiración en la nuca.
No esperé a verle la cara, salí corriendo en dirección contraria, hacia el centro de la ciudad, pero algo me aferró la camiseta. La tela se desgarró y caí de bruces al suelo. Acto seguido, una mano me agarró un tobillo y me arrastró por el asfalto arañándome la piel. Jadeé intentando clavar las uñas en la acera para impedir que me llevara, pero no pude luchar contra esa fuerza. Por un momento pasó por mi mente la idea de reunirme con Christian, pero, entonces, algo cayó frente a mí cuando pasaba bajo el puente. Chillé, llevándome las manos a la cabeza y provocando que toda mi resistencia cediera. Empezaron a tirar de mí más rápido, pero, de pronto, me soltaron. Antes siquiera de poder plantearme la posibilidad de volver la cabeza para enfrentarme al guardián, alguien me cogió en brazos. Miré con pavor al recién llegado y juraría que mi corazón dio un vuelto, sin pensarlo dos veces, me aferré a él; era Christian. No pasó ni una décima de segundo hasta que de una forma sobrenatural saltó hacia la parte superior del



puente mientras veía desaparecer el rostro de Silvana, sonriendo, en la oscuridad.
-¿Estás bien? –me preguntó.
Pero no pude responder, había dejado en marcha la moto, así que me montó y arrancó a una velocidad de vértigo alejándote de allí. Me agarré a su pecho, sin quitar la vista de la columna de humo. Algo me oprimía el pecho, y no tenía nada que ver con el extraño escudo de Helga. Era dolor: Lisange había desaparecido; la última vez que había visto a Liam estaba malherido y Helga era muy probable que hubiese muerto.
Desconocía a dónde íbamos, y qué sería de nosotros a continuación. Solo sabía, con certeza, que Christian había sobrevivido, pero su cuerpo se convulsionaba cada cierto tiempo. Los ojos me escocían mientras atravesábamos las oscuras carreteras. Christian se detuvo justo antes de llegar a la autopista. Bajé de un salto y me alejé a tomar aire. En un arrebato de ira e impotencia, me arranqué el protector de Helga y lo lancé contra la oscuridad.
-Debemos regresar para ayudarles –dije volviéndome hacia él.
Christian se acercó a mí intentando mantenerse erguido.
-No, es tarde; debo sacarte de este lugar cuanto antes.
-¡PERO NO PODEMOS DEJARLES ASÍ!
-Ellos han arriesgado sus vidas para ponerte a salvo –me recordó-. Regresar ahora sería una pésima forma de agradecérselos.
-Pero…
Me abrazó. No me di cuenta hasta ese momento de que todo mi cuerpo temblaba. Él estaba tieso, extremadamente tenso, impaciente por alejarme de allí lo antes posible. Pero esperó, rodeándome con sus brazos, hasta que me tranquilicé.
-Ellos saben protegerse. Todo irá bien –susurró, sabiendo que yo lo escucharía. Sus músculos se contrajeron para combatir un nuevo espasmo. Intentó ahogar un gemido, pero no me hacía falta escucharlo para saber que sufría. Entonces, sentí su mano presionando con delicadeza la mía contra su pecho-. Te amo.
Cerré los ojos con fuerza antes de regresar a la carretera. Una parte importante de mí se quedaba en esa ciudad.

# FIN



# AGRADECIMIENTOS


- **TRANSCRIPCIÓN EN FORO ALISHEA DREAMS**
- **http://alisheadreams.foroactivo.com/**

- **TRANSCRIPTORAS**
- Ashn
- Iril
- Estereta
- Kirtassh
- Diana NL
- Jpame
- Dark.heart cullen

- **FORMATO Y DISEÑO**
- **Reprisse (LAS TWINS)**

- **RECOPILACION**
- **Alishea**


¡¡¡VISITANOS Y COMPARTE CON NOSOTROS EN NUESTRO FORO!!!

# "ALISHEA DREAMS"

http://alisheadreams.foroactivo.com/

